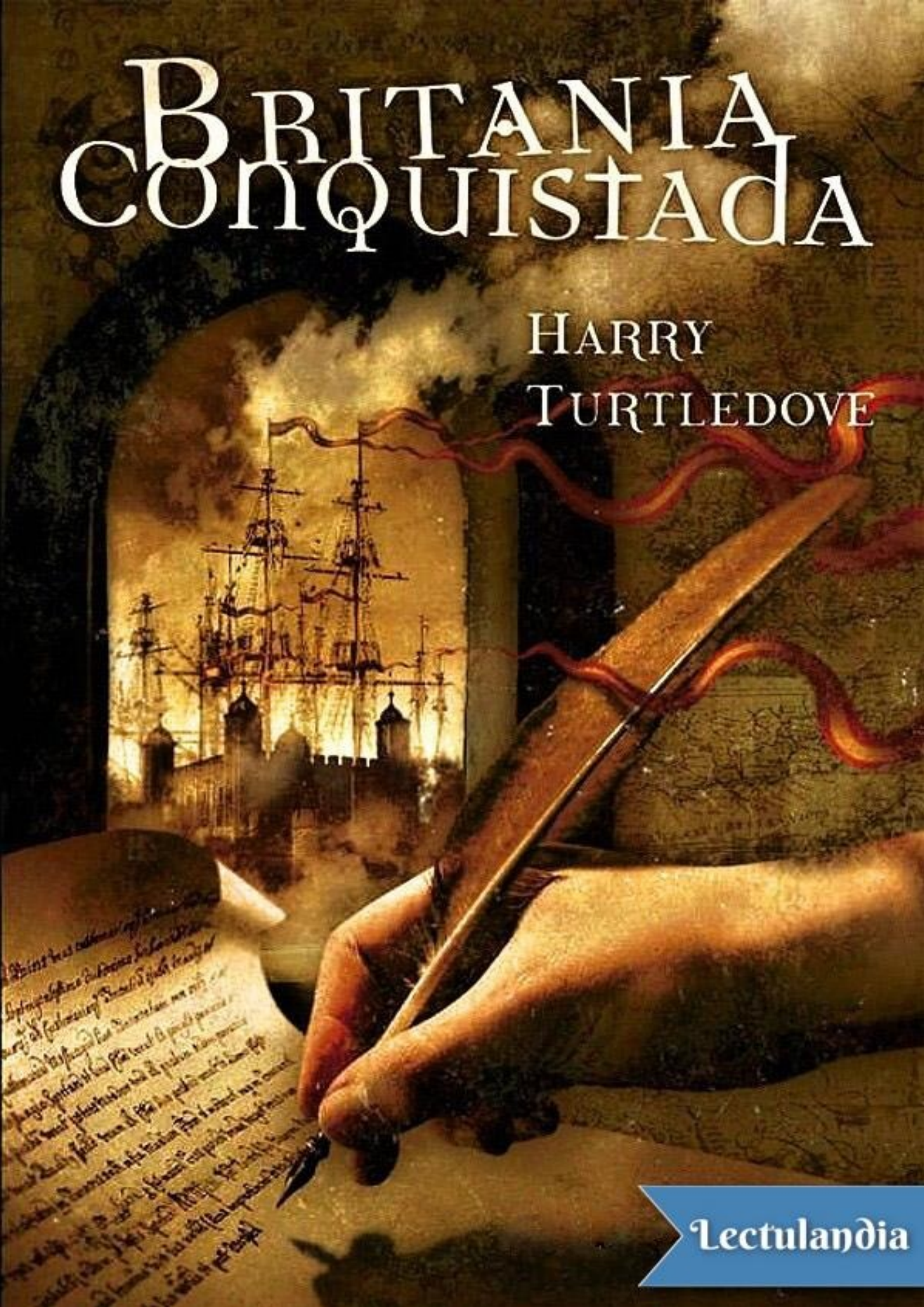
Britania conquistada

Harry Turtledove



Lectulandia

Britania Conquistada fue una novela que, pese a la alta tasa de escritura de su autor, le llevó más de seis años investigar, documentar y finalmente escribir. La historia se desarrolla en una realidad alternativa (la conquista de Inglaterra por parte de la Armada Invencible española) que ha dado lugar a numerosas ucronías entre los escritores anglosajones, como Pavana, de Keith Roberts.

Pero en esta ocasión la historia se desarrolla en un período mucho más cercano. Estamos en el año 1597 y sólo han pasado diez años desde que la Armada se hiciera con el control de Inglaterra. La reina Elizabeth I está prisionera en la Torre de Londres, e Isabel, hija de Felipe II, gobierna el país con la ayuda de su marido Alberto de Austria. La novela, no obstante, se centra en dos personajes humildes, un escritor de teatro inglés y un teniente del ejército español: William Shakespeare y Lope de Vega.

Cuándo la salud de Felipe II empeora, los españoles encargan a Shakespeare la composición de una obra teatral que glose sobre el Rey y su reinado. No obstante Shakespeare también es tentado por los rebeldes ingleses, con el fin de usarlo para sus planes de liberación. De este modo, ante esa sospecha, le es asignado el teniente Lope de Vega, para que lo vigile. Estos ingredientes, mezclados con la más pura tradición teatral inglesa, y un fino sentido del humor presente a lo largo de toda la obra, se convierten en una de las mejores ucronías de los últimos tiempos, para disfrutar tanto de su vertiente de ficción como de la histórica.

Lectulandia

Harry Turtledove

Britania conquistada

ePub r1.0
Vaderlex 13.04.16

Título original: *Ruled Britannia*
Harry Turtledove, 2002
Traducción: Eva Verloop
Diseño de cubierta: Alejandro Terán

Editor digital: Vaderlex
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

Dos soldados españoles bajaban por Tower Street con paso altanero en dirección a William Shakespeare. Sus botas chapoteaban en el fango. Uno llevaba una coraza oxidada y un elevado morrión, el otro llevaba un casco similar y una chaqueta de algodón acolchado. De los cintos colgaban sendos estoques. El que llevaba la coraza iba armado con una pica que medía más que él, el otro cargaba un arcabuz al hombro. Los rostros delgados y morenos reflejaban lo que parecía una sonrisa sarcástica permanente.

La gente se apartaba de su camino: aprendices sin gorgueras y con sencillas capas de lana; un marinero que fumaba en pipa con un pantalón a rayas en espiral azules; la mujer de un mercader con un jubón rojo con lunares blancos de lana (en un estilo casi masculino) que se alzaba la larga falda negra para evitar mojarse en los charcos; un granjero harapiento procedente del campo con un burro cargado de sacos repletos de alubias.

Para camuflarse entre el resto de la gente, Shakespeare se precipitó hacia la entrada, áspera y desgastada por el tiempo, de una tienda. Hacía más de nueve años que los españoles habían conquistado Londres, la habían conquistado en nombre de la Reina Isabel, hija de Felipe de España, y el marido de ésta, Alberto de Austria. Todo el mundo sabía lo que podía acaecerles a aquellas personas lo suficientemente imprudentes como para mostrarles alguna falta de respeto ante sus narices.

Del cielo gris empezó a caer una fría y desagradable llovizna de otoño. Shakespeare se caló el sombrero hasta la frente para evitar que la lluvia le alcanzase los ojos y para evitar que la gente se percatase de lo fino que se le estaba volviendo el pelo de la parte delantera de la cabeza, a pesar de que tan sólo tenía treinta y tres años. Se rascó la perilla recortada. ¿Cuál era el papel de la justicia en todo aquello?

Los españoles pasaron. Uno de ellos le dio un puntapié a un perro escuálido y anaranjado que mordisqueaba una rata muerta. El perro se fue corriendo. El soldado casi cayó tendido en la calle mugrienta. Su compañero le cogió del brazo para devolverle el equilibrio.

Detrás de ellos, los ingleses volvían a sus quehaceres. Un tabernero con la cara picada cogió a Shakespeare de la mano.

—Pasaos por el Red Bear, amigo —le dijo el hombre, echándole a la cara el aliento a cerveza y el hedor a dientes podridos—. La bebida es buena, las mozas simpáticas…

—Shakespeare se zafó de su presa. Con enorme disgusto, se había percatado de que la mano mugrienta del tabernero le había manchado el jubón verde lima.

—¿Que desaparezca? ¿Que desaparezca? —chilló el tabernero—. ¿Acaso os parezco un escarabajo al que podéis aplastar sin más?

—Escarabajo o no, os daré un puntapié si seguís molestándome —le replicó Shakespeare. Era un hombre alto, tirando a delgaducho pero de constitución recia y

bien alimentado. Alrededor de las mejillas y de la mandíbula, la piel del vendedor se estiró como la piel de un tambor. Se marchó sigilosamente a ganarse sus peniques, mejor dicho, sus cuartos de penique, a otra parte.

Unas puertas más abajo, se encontraba la sastrería a la que solía acudir Shakespeare. Dentro, el hombre que estaba trabajando le miró a través de los anteojos que le engrandecían los ojos enrojecidos.

—Buenos días tengáis, maestro Will —le dijo—. Por dios, me alegro de veros sano.

—Yo también, señor Jenkins —le contestó Shakespeare—. Espero que vuestra buena esposa se encuentre bien. ¿Cómo está vuestro hijo?

—Ambos se encuentran muy bien —le respondió el sastre—. Os agradezco el interés. Peter estaría encantado de poderos saludar también, pero ha ido a llevar una capa que justo acabo de terminar al dueño de la pescadería, a su residencia en Thames Street, en Bridge Ward.

—Espero que el propietario de la pescadería la disfrute —dijo Shakespeare—. ¿Habéis acabado también la toga de rey que prometisteis para los actores?

Tras los gruesos anteojos, los ojos de Jenkins se hicieron aún más grandes y se abrieron todavía más.

—¿Se suponía que tenía que estar lista para hoy?

Shakespeare se dio con la palma de la mano en la frente, casi desprendiéndose de su sombrero.

—Por Dios, maestro Jenkins —dijo mientras volvía a colocárselo —¿cuántas veces os dije que lo necesitaba para el día de Todos los Santos? ¿Acaso no es hoy?

—Lo es. Lo es. Y sólo puedo rogaros que me disculpéis —dijo Jenkins afligido.

—Eso no me sirve de nada, y tampoco a mis compañeros actores —respondió Shakespeare—. ¿Pretendéis que Burbage se pavonee mañana en el escenario en mangas de camisa? Me matará cuando se entere y luego vendrá a por vos —negó con la cabeza al decir esto último, la furia precedía al sentido.

Para el sastre, la furia era más importante.

—Ya está casi acabada. Si tan sólo aguardarais un momento, puedo acabarla en una hora, o mi cabeza podría pagar por ello —hizo un gesto apaciguador y, para mayor convicción, dejó a un lado el jubón en el que había estado trabajando.

—¿Una hora? —Shakespeare suspiró profundamente mientras Jenkins asentía con energía. Tamborileando los dedos sobre el brazo, Shakespeare también asintió—. Que sea como decís, entonces. Si no fuera porque la toga de nuestro vestidor parece más bien la vestimenta harapienta y andrajosa de un vagabundo, no sería tan paciente.

—Verdaderamente, maestro Will, sois todo un caballero —Jenkins temblaba mientras sacaba la toga de terciopelo escarlata de debajo del mostrador.

—Confío en que este indecoroso retraso se refleje en el precio —dijo Shakespeare. Por la expresión del sastre, se dio cuenta de que Jenkins no había considerado esa afirmación en absoluto caballerosa. Mientras Shakespeare

continuaba tamborileando los dedos, Jenkins cosía las últimas briznas de hilo de oro y le hacía el dobladillo a la toga.

—Podríais llevarla para ir por la calle, maestro Will, y hacer que la gente del pueblo se postrara ante vos como si en verdad fueseis un importante noble —dijo riendo entre dientes.

—Podría llevarlo para ir por la calle y que me detuvieran y me encerraran por ir vestido por encima de mi clase —le recriminó Shakespeare—. A los actores se les está prohibido, excepto cuando se encuentran sobre un escenario.

Jenkins volvió a sonreír entre dientes, lo sabía perfectamente.

Acabó casi tan rápido como había prometido, y desplegó la toga ante Shakespeare como si se tratara del encargado de vestuario preparado para ayudarle a ponérsela. —Estoy seguro de que bromeabais con lo del pago— le dijo.

—Por los clavos de Jesucristo, maestro Jenkins, no lo hacía. ¿Acaso carece de valor mi tiempo libre que debería malgastarlo alegremente por vuestra promesa rota?

—No la he roto, pues os prometí la toga para hoy, y aquí está.

—¿Y si hubiera venido esta tarde en vez de esta mañana? En ese caso, no la habríais cumplido. Puede que hayáis enmendado vuestra promesa, pero eso no significa que no la hubierais roto.

Discutieron durante algún tiempo más, de forma más o menos afable. Finalmente, el sastre descontó cinco chelines al precio establecido inicialmente.

—Más de lo que os merecéis; pero, por el bien de nuestros futuros negocios, lo haré —le aclaró a Shakespeare—. Lo cual hace que la suma a pagar ascienda a catorce libras, cinco chelines y seis peniques.

—Las telas que usáis son costosas —refunfuñaba Shakespeare mientras le daba a Jenkins el dinero. Algunas de las monedas de plata y cobre que depositó sobre el mostrador llevaban grabadas los rostros de Isabel y Alberto, otras (las más viejas y desgastadas) llevaban el de la depuesta Elizabeth, que seguía encerrada en la Torre de Londres, a tan sólo aproximadamente un estadio de distancia de donde se encontraba Shakespeare. Miró hacia fuera. Seguía lloviznando.

—¿Podéis darme algo con lo que cubrir esta toga, maestro Jenkins? De buen grado no desearía que estos cielos llorones me la percudieran.

—Creo que algo tengo. Dejadme que lo mire —Jenkins hurgó bajo el mostrador y apareció con un trozo de lona basta que ya había pasado sus mejores días—. Aquí tenéis, ¿os servirá esto? —Ante el brusco asentimiento de Shakespeare, el sastre envolvió la toga con la tela y la ató con un poco de bramante. Inclinó la cabeza hacia Shakespeare cuando le pasó el bulto—. Aquí tenéis, maestro Will, y disculpad los inconvenientes que pueda haberos ocasionado.

Shakespeare suspiró.

—Ya no puede hacerse nada. Lo que ahora necesito… —Empezaron a resonar cornetas y el ruido sordo de los tambores invadió las calles. Se sobresaltó—. ¿Qué es todo esto?

—¿No os acordáis? —el semblante del sastre cambió—. Por decreto de los españoles, hoy es el día del gran auto de fe.

—¡Oh, por todos los rayos! Tenéis razón, lo había olvidado por completo —Shakespeare miró hacia la calle mientras la llamada de las cornetas y el redoblar de los tambores volvía. En respuesta a la música, la gente surgía de todos los rincones para observar boquiabierta el espectáculo.

—Todo aquel capaz de olvidarse de los inquisidores es un hombre con suerte —dijo Jenkins—. Hace un mes, tal y como tienen por costumbre, bajaron por Toser Street para proclamar que esta… ceremonia se llevaría a cabo. —Parecía que iba a hacer algún comentario sobre el auto de fe; pero no lo hizo. Shakespeare no podía culparle por cuidar lo que salía de su boca. En Londres, por aquel entonces, una palabra que llegara a los oídos equivocados podía significar la condena al infierno de alguien.

Sintió que tendía que pasar por otro tipo de infierno, más pequeño.

—Entre este enjambre de personas, tardaré un siglo en volver a mi casa de huéspedes.

—¿Y por qué no acompañar el desfile hasta Tower Hill y ver lo que hay que ver? —preguntó Jenkins—. Después de todo, cuando a Roma fueres… y ahora somos todos romanos, ¿no es así? —Volvió a sonreír entre dientes.

Agriamente, Shakespeare hizo lo mismo.

—Claro, ¿por qué no? —respondió. En la época de Elizabeth, los opositores católicos habían tenido que pagar una multa por negarse a asistir a los oficios protestantes. Ahora, con sus reyes católicos gobernando, con la Inquisición y los jesuitas volviendo a reunir fervorosamente el país bajo el dominio del Papa, el hecho de no asistir a misa podía significar algo peor que las multas, y la mayor parte de las veces así era. Como la mayoría de las personas, Shakespeare se conformaba de la misma manera que había hecho bajo el mandato de Elizabeth. Algunos iban a misa porque era lo más seguro; otros, después de nueve años o más de gobierno católico, porque habían llegado a creer. Pero casi todo el mundo iba.

—¿Por qué no, qué? —repitió Jenkins—. Pensad lo que queráis sobre los españoles y los monjes, pero ofrecen un buen espectáculo. Quizás veáis algo que os sirva de inspiración para alguna de vuestras obras de teatro.

Shakespeare había pensado que no había nada que pudiera despertarle el deseo de asistir a un auto de fe. Ahora, se dio cuenta de que estaba equivocado. Asintió al sastre.

—Os doy las gracias, maestro Jenkins. No había pensado en eso. Quizás lo haga. —Guardó el bulto bajo el brazo, se recolocó el sombrero más firmemente, y salió a Tower Street.

Soldados españoles -y algunos ingleses de barba rubia leales a Isabel y Alberto- con cascos y corazas sujetaban las picas horizontalmente frente a sus cuerpos para contener a la multitud y permitir que la procesión pudiera proseguir su camino hacia

Tower Hill. Parecía como si estuvieran dispuestos a utilizar las lanzas, y las espadas que colgaban de sus cintos, ante la más mínima excusa. Quizás por eso, nadie les daba semejante excusa.

Delante de Shakespeare se encontraban dos o tres filas de personas, pero no tenía problemas para ver por encima de las cabezas, a excepción de una mujer cuyo sombrero en forma de cucurucho le llegaba justo al nivel de los ojos. Miró en dirección este, hacia la iglesia de Santa Margaret en Pattens Lane, desde la cual procedía la procesión. A la cabeza avanzaban los trompeteros y los tamborileros, que empezaban a tocar otra fanfarria justo cuando se dio la vuelta para observarles.

Les seguían más soldados de semblante sombrío: nuevamente, españoles e ingleses entremezclados. Algunos llevaban picas. Otros llevaban arcabuces o mosquetes más largos y pesados. Diminutas volutas de humo surgían de las mechas de encendido que cargaban los hombres con armas. La llovizna ya casi había cesado durante el tiempo que Shakespeare había esperado a que el sastre finalizara la toga. Con ese tiempo húmedo, las armas de mecha habrían servido de poco más que de garrotes. Mientras marchaban, hablaban los unos con los otros en una jerga que había nacido desde el desembarco de los hombres de la Armada, con ceceos y vibraciones españolas mezclándose con las sonoridades pausadas del inglés.

Tras los soldados, caminaban cientos de madereros en la librea chillona propia de su compañía. “Uno de esos trajes podría también hacer las veces de traje del rey como el que tengo yo aquí”, pensó Shakespeare. Pero los madereros, cuyos bienes alimentarían los fuegos que quemarían a los herejes de hoy, parecían estar interpretando el papel de soldados: al igual que los hombres con armaduras que iban delante, ellos también marchaban con arcabuces y picas.

Desde la ventana de un segundo piso, al otro lado de la calle en la que se encontraba Shakespeare, una mujer gritaba:

—¡Deberías avergonzarte, Jack Scrope!

Uno de los madereros armado con una pica se volvió para ver quién había gritado, pero por aquella ventana no se asomaba nadie. Las mejillas del hombre se ruborizaron sensiblemente mientras seguía el paso.

Luego, apareció un grupo de frailes dominicos vestidos de negro (por sus miradas, la mayoría eran españoles) a los cuales precedía una cruz blanca. Cantaban salmos en latín mientras desfilaban hacia Tower Street.

Tras ellos marchaba Charles Neville, Conde de Westmorland, protector de la Inquisición inglesa. Su rostro nórdico era duro, reservado y orgulloso. Una generación antes, se había sublevado contra Elizabeth, había pasado años exiliado en Flandes y, seguramente, disfrutaba de cada oportunidad que se le presentaba de vengarse de los protestantes. El viejo portaba el estandarte de la Inquisición, y lo mantenía bien en alto.

Por un instante, la mirada de Shakespeare se dirigió hacia la izquierda, hacia la enorme construcción gris de la Torre, aunque la iglesia de Allhallows Barking

impedía ver parte de la fortaleza. Se preguntó si, desde una de esas torres, Elizabeth estaría observando el auto de fe. ¿Qué debería estar pensando la reina encarcelada si lo estaba viendo? ¿Le estaba agradecida al rey Felipe por perdonarle la vida después de que los soldados del Duque de Parma acabaran con sus levas inglesas? -Aunque ella también acabara con la vida de una reina, no me rebajaré a hacer lo mismo-, había dicho Felipe. ¿Era eso generosidad? ¿O Elizabeth, al ver cómo se desvanecía todo aquello por lo que había luchado durante tanto tiempo, consideraba que su reclusión era como una especie de infierno en la tierra?

"Sería una tragedia espléndida", pensó Shakespeare, "sobre la que escribir; pero una sola línea dejaría mi vida sin valor alguno. Además de garantizarme una muerte dura y cruel". Escritas o no, estas escenas empezaron a cobrar forma en su mente. Sacudió la cabeza como un caballo acosado por las moscas, tratando de sacárselas de encima.

Para su alivio, un murmullo entre la multitud hizo que volviera a centrar su atención en el desfile. Tras el Protector de la Inquisición, avanzaba Robert Parsons, Arzobispo de Canterbury. Sus rasgos fríos y delgados hacían que Neville pareciera cordial. Había pasado una generación en el exilio, luchando desde la distancia contra el protestantismo inglés.

Tras el prelado, avanzaba una compañía de miembros de la Guardia Real. Eran irlandeses salvajes, que habían sido traídos para ayudar a los españoles a dominar Inglaterra. La mayoría sólo hablaba irlandés, los pocos que hacían uso del poco inglés que conocían tenían un acento tan pronunciado que era difícil distinguirlo de la otra lengua.

La multitud se agitaba y zumbaba como un enjambre. Una pareja de hombres señalaba con el dedo. Una mujer gritó. "Tras la ensalada viene el plato principal", pensó Shakespeare. Un par de docenas de hombres exhibían unos retratos a tamaño real de personas condenadas por la Inquisición que habían muerto en el calabozo o que habían escapado de sus garras y que ahora eran forajidos. Otros sirvientes cargaban baúles que guardaban los huesos de los primeros. Los costados y tapas de los baúles habían sido decorados con llamas ardientes del infierno.

A continuación, avanzaban los prisioneros. Primero había un grupo de aproximadamente una docena de hombres y mujeres con sombreros cónicos de cartón de una yarda de altura sobre sus cabezas. La mayoría de sombreros llevaban escrita la palabra HEREJE en letras grandes, en inglés y en latín. Uno rezaba ALQUIMISTA, y otro SODOMITA. En los primeros años tras la victoria de los hombres del Duque de Parma, Shakespeare recordaba que las palabras también se escribían en español. Pero hoy en día, la Inquisición inglesa actuaba por sí misma, con poca ayuda de sus antiguos maestros. Cada uno de los condenados llevaba una soga alrededor del cuello y una antorcha en la mano derecha.

Más prisioneros, los cuales también sujetaban antorchas, seguían al primer grupo. Llevaban sambenitos (túnicas penitenciales amarillas de tela basta sin mangas) con la

cruz de San Andrés pintada en rojo a la espalda. Algunos de ellos, después de su condena en la ceremonia, volverían a ser encarcelados. Otros serían puestos en libertad, pero serían sentenciados a llevar el sambenito para siempre como señal de sus crímenes. —Más innoble y más humillante que la propia muerte —había dicho un hombre gordo junto a Shakespeare. Dos miembros de la Inquisición acompañaban a cada uno de ellos.

Y tras éstos, avanzaba, con paso pesado, la docena aproximada de personas que había sido condenada a la hoguera. No sólo llevaban sambenitos, sino también gorros de cartón, todos pintados con llamas y demonios. Entre los defensores de la Inquisición, también iban cuatro o cinco monjes para preparar sus almas para la muerte.

Un prisionero, un hombre grande y fornido, rechazaba todos los intentos de consuelo.

—Con mucho gusto me dirijo a la muerte —declaró— a sabiendas de que pronto veré a Dios cara a cara y me regocijaré en Su gloria por siempre jamás.

—Estás muy equivocado, Philip Stubbes —le replicó un monje rápidamente—. Si logras confesar tus pecados, puede que te libres del Infierno para ir al Purgatorio.

—El Purgatorio no es más que un sueño, una mentira, una más de la infinidad de mentiras que el Papa expulsa por su podrida boca —dijo el puritano.

El monje se santiguó.

—También te ganarás una muerte más sencilla, ya que el verdugo te estrangulará antes de que sucumbas a las llamas.

Stubbes negó con la cabeza.

—Elizabeth le cortó la mano a mi hermano por decir la verdad. Atormentadme si queréis, igual que los romanos atormentaron a los mártires antaño. Las llamas sólo me tendrán durante un instante, pero a ti y todos los infames de tu calaña os retendrán durante toda la eternidad.

Otro hombre, un tipo de barba pelirroja, rostro inteligente y asustadizo y con las orejas cortadas hablaba atropelladamente a un monje sombrío:

—Diré todo lo que queráis. Haré todo lo que me pidáis. Sólo salvadme de las llamas.

Una gota de lluvia vagabunda aterrizó sobre la tonsurada calva del monje. La limpió con la mano antes de contestar:

—Kelley, tus confesiones, tus renuncias, no tienen ningún valor, tal y como has demostrado una y otra vez. Volverás a practicar tu alquimia, como el perro vuelve a su vómito. ¿Acaso los herejes de la reina no te pidieron oro para oponerse a la limpieza llevada a cabo por la Armada?

—No se lo di —respondió apresuradamente Kelley.

—Y no morirás por ello —prosiguió el monje inexorable como una avalancha—, seguramente lo harás por haber acuñado monedas falsas en metal común.

—No hice semejante cosa —insistió Kelley.

—Cada mentira que salga de tu boca hará que las llamas del infierno sean más ardientes. Ahora, serena tu espíritu y reza por la piedad de un Dios justo cuyos juicios son verdaderos y rectos a la vez.

A continuación, para horror de Shakespeare, los ojos de Kelley, verdes como los de un gato, mostrando el blanco alrededor del iris, se encontraron con los suyos entre el tumulto y se centraron en ellos.

—¡Will! ¡Will! ¡Por el amor de Dios, Will, diles que digo la verdad y que soy leal!

Shakespeare se preguntaba si se había tornado rojo o blanco. Se sintió sumido en el hielo y acalorado, todo a la vez. Quizás se había topado con Edward Kelley media docena de veces durante los últimos seis años, lo suficiente como para saber que había perdido las orejas por acuñar y poner en circulación monedas falsas. El alquimista se movía en los mismos círculos que Christopher Marlowe, y algunos de los conocidos de Marlowe también lo eran de Shakespeare. “Círculos dentro de círculos, como en los epiciclos del maestro Ptolomeo”. Pero tanto como para que Kelley le señalara ante la Inquisición…

Antes de que pudiera hablar, para maldecir a Kelley (que es lo que quería hacer) o para alabarle, el monje dijo:

—Donde no te salvan tus palabras, ¿qué te hace pensar que las de otro hombre sí lo harán? Anda, miserable, y muere tal y como mereces.

Pero miraba en la misma dirección en la que lo había hecho el alquimista. Y, también, sus ojos se encontraron con los de Shakespeare. Asintió para sí mismo pensativamente. “Ahora sabe quién soy”, pensó Shakespeare con un sentimiento cercano a la desesperación. Otras personas también se percataron de todo y se apartaron de él, de manera que se encontró en una pequeña isla de espacio abierto en el océano de la multitud. Acababa de contraer una enfermedad tan mortal como la viruela o la peste negra: la sospecha. “Que los demonios te asen hasta quemarte, Kelley, y usen tus tripas como ligas”.

La procesión prosiguió. Otras voces ahogaron la de Edward Kelley suplicando su inocencia. Detrás de los prisioneros condenados, cabalgaba el Gran Inquisidor, sombrío con un hábito púrpura, y diversos miembros de la Cámara de los Comunes, con sus rostros engreídos, gordos y autosatisfechos. Otra compañía de soldados, nuevamente españoles e ingleses entremezclados, y el desfile había llegado a su fin.

Una vez todos hubieron pasado, los hombres de las picas que habían contenido a la multitud cargaron sus armas al hombro. Algunas personas volvieron a sus tareas. La mayoría salió tras la procesión hacia Tower Hill, para observar los crematorios que seguirían a continuación. Shakespeare se adentró en la calle embarrada. Además de ver el resto del espectáculo sombrío, quería ver morir a Edward Kelley.

—Decid lo que queráis sobre los españoles, pero nos han traído un excelente espectáculo —dijo un hombre a su compañero.

El amigo del hombre asintió.

—Mucho mejor que los combates de osos o una pelea de gallos, y nunca pensé que diría eso de cualquier deporte.

Tower Hill, al noroeste de la propia Torre, se había convertido en una zona de ejecución desde la época de Eduardo IV, más de cien años atrás. Ahora, todo era más elaborado que entonces. Hogueras de madera empapadas en aceite en las que se alzaban altas estacas a la espera de los prisioneros condenados. También les esperaban jaulas de metal desde las cuales escucharían los cargos que les habían llevado hasta allí. Más jaulas de metal, esta vez pequeñas, esperaban los rostros de cartón de las personas que habían muerto en el calabozo o que habían escapado de las zarpas de la Inquisición.

A una distancia segura de las hogueras, había una tribuna de madera. La Reina Isabel y el Rey Alberto se encontraban sentados sobre tronos tapizados, rodeados de nobles, ingleses y españoles, sentados en unos bancos. El Arzobispo de Canterbury, el Gran Inquisidor, y otros dignatarios de la procesión se unieron a ellos. El primer grupo de soldados se abrió en abanico para proteger la tribuna junto a los soldados que ya estaban allí. El resto se encargaba de contener a la multitud.

Tras encerrar a Philip Stubbes en una jaula, éste empezó a cantar himnos y a gritar:

—¡Vanidad y mentiras! ¡Cuidado con la vanidad y las mentiras papales! —Un monje se dirigió a él. Desafiantemente, negó con la cabeza y prosiguió gritando. El monje abrió la jaula y entró con varios de los suyos. Le ataron las manos y le amordazaron para evitar que interrumpiese la última parte de la ceremonia.

Eso no obtuvo el resultado que esperaban. Cuando se leyó el cargo de herejía contra él, hizo un movimiento con la pierna como un cortesano, como si se tratara de un elogio. No fueron pocos los que se echaron a reír y los que le aplaudieron la gracia.

Shakespeare no. “No hay forma de saber qué ojos me observan; sobre todo después de que Kelley -¡maldito sea!- gritara mi nombre”. En un gesto de nerviosismo, se acarició la diminuta perilla. “Vivir en un reino en el que los gobernantes se sientan incómodos en el trono y sus secuaces corren tras los enemigos igual que los perros de caza tras los ciervos es ardua tarea”.

Se arrancó un pelo. El dolor breve y leve transportó sus pensamientos a otra esfera. “En una obra, ¿podría introducir a un hombre con el coraje de Stubbes?” se preguntó. “¿O los mosqueteros lo verían como algo imposible de creer?”

Uno por uno, se llevaron a los cautivos sentenciados a seguir encarcelados o a llevar el sambenito. Sólo aquellos que iban a morir permanecieron allí. Los sacaron de sus jaulas y los encadenaron a la estaca de la hoguera. Mientras los monjes se santiguaban, los verdugos estrangulaban a algunos: personas que se habían arrepentido de sus errores, ya fuera sinceramente o para obtener una muerte más fácil.

Edward Kelley gritaba:

—¡A mí! ¡A mí! ¡*In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti*, a mí! —Pero su

latín, sus nociones, no le sirvieron de mucho.

Los verdugos miraron a la reina. Isabel estaba a principios de la treintena, un par de años más joven que Shakespeare, y era morena incluso para un español; a los ojos de un inglés no estaba lejos de asemejarse a un morisco. La enorme gorguera blanca nieve tan sólo acentuaba aún más su piel oscura. Morena o no, era la Reina; Alberto mantenía el trono gracias a su matrimonio con ella. Ella alzó la mano y, a continuación, la dejó caer.

Y, a medida que caía, los verdugos lanzaron las antorchas a los haces de leña expectantes. Todos se encendieron a la vez. El rugido de las llamas casi ahogaba los gritos de las personas ardiendo. El clamor de la gente era cada vez más silencioso. Ese aullido tenía un trasfondo importante, casi lujurioso. Ver a otros morir mientras uno seguía con vida…

“Mejor él que yo”, pensó Shakespeare mientras el fuego engullía a Edward Kelley. La mezcla de vergüenza y alivio que se revolvía en su interior casi le hizo devolver "Oh, Dios mío, mejor él que yo”. Se apartó de las hogueras, del olor a carnes quemadas, y regresó rápidamente a la ciudad.

Lope Félix de Vega Carpio llevaba en Londres más de nueve años, y en todo ese tiempo no creía haber disfrutado, ni una sola vez, de un clima mínimamente cálido. Los ingleses alardeaban de su primavera. Allí llegaba dos meses más tarde que en Madrid, donde se hubiera considerado un invierno suave. Pero en cuanto al verano… puso los ojos en blanco. Por lo que podía contar por su experiencia, el verano inglés no existía como tal.

Aún así, había ciertas compensaciones. Se acurrucó bajo el edredón relleno de plumas y besó a la mujer a la que ofrecía compañía.

—Ah, Maude —dijo—, entiendo porqué las mujeres como vos, las mujeres inglesas, sois tan blancas— Tenía un don para el lenguaje y las lenguas; su inglés, aunque con acento, era fluido.

—¿A qué se debe, querido? —preguntó Maude Fuller, perezosa y soñolienta después de hacer el amor. Estaba en plena veintena, unos diez años más joven que él, y no era simplemente rubia (también había rubias en España) sino con la cabellera color fuego y la piel más pálida que la leche. Incluso sus pezones apenas tenían un matiz de color.

Despreocupadamente, Lope tomó uno de forma provocadora entre el pulgar y el índice.

—Sé porqué sois tan blanca —repitió—. ¿Cómo podría ser de otra forma, si el sol nunca os toca?

Dejo que su mano se deslizase más abajo, acariciando la suave piel aterciopelada del ombligo hasta llegar a la entrepierna. El vello que había allí era asombrosamente cobrizo, como el de su cabello. Sólo pensar en ello le encendía. “Aquí el tiempo nunca me calentará de la misma forma que lo hacen las mujeres”, pensó. Por supuesto, las mujeres en España también le habían dado calor. Si hubiera navegado

hacia América en lugar de enrolarse con la Armada e ir a Inglaterra a bordo del San Juan, sin duda alguna, se hubiera enamorado de una, o dos, o seis, de aquellas indias de piel cobriza y cabello negro. Llevaba en la sangre amar a las mujeres.

—¿Qué? ¿Otra vez mi amor? —dijo Maude en un bostezo. Pero sus caricias la encendieron más de lo que podían hacerlo las ascuas de la chimenea. Al poco rato, volvieron a empezar. Él se preguntó si conseguiría empezar la segunda ronda tras haber pasado tan poco tiempo desde que acabaron la primera, y su orgullo no fue poco cuando lo consiguió.

"Diez años atrás, habría estado seguro de ello", pensó mientras su acelerado corazón recuperaba el ritmo. "Diez años atrás…" Negó con la cabeza. Ahora no quería preocuparse pensando en eso. "Dios y la Virgen, pero el tiempo es cruel".

Para mantener apartados semejantes pensamientos, volvió a besar a la inglesa.

—*Ah, querida*[1], amada, ¿veis lo que me hacéis? —le dijo. Pero muchas mujeres le hacían lo mismo. Tenía otras dos amantes en Londres, aunque Maude, una conquista reciente, no sabía de ninguna de las dos.

Y ella también escondía secretos, tal y como pudo descubrir de la peor forma posible. Abajo, una puerta se abrió y se cerró de un golpe.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la moza, mientras se incorporaba rígidamente— ¡Mi marido!

—¿Vuestro marido? —a pesar del horror, De Vega mantuvo el sentido común suficiente como para mantener la voz en un susurro—. Mentirosa descarada, ¡me dijisteis que erais viuda!

—Bueno, lo sería, si él estuviera muerto —le respondió, en un tono absurdamente razonable.

En una obra, un comentario de este tipo habría provocado risas. Lope de Vega lo archivó mentalmente. Había tratado de hacer algunas comedias, para entretener a sus compañeros durante la tarea de ocupación en Londres, e iba a los teatros ingleses siempre que tenía la ocasión. Pero lo que en una obra podía ser divertido, podía resultar fatal en la vida real. Saltó de la cama y, a la lumbre de las brasas, se vistió a toda prisa.

Calzones. Polainas. Camisa. Jubón y gregüescos. No se preocupó en atárselos, eso podía esperar. Sombrero. Capa. Botas. Demasiada maldita ropa, cuando se tiene mucha prisa. Pasos en las escaleras. Pasos pesados: los alabarderos ingleses eran personas exageradamente enormes. Un beso fugaz para Maude, que no se lo merecía, no cuando había intentado que le mataran.

Lope abrió la contraventana. Una corriente de aire frío y húmedo penetró en la habitación.

—*Adiós* —le susurró—. *Hasta la vista.*

Salió por la ventana y, durante unos segundos, permaneció colgado del alféizar, y luego se soltó para aterrizar en la calle.

Cayó suavemente y no se hizo daño, pero el pie izquierdo acabó en un charco de

algo que apestaba a mil demonios. Desde la ventana que acababa de abandonar, surgió una tosca voz masculina:

—¿Qué demonios ha sido eso? ¿Por qué están las ventanas abiertas, Maude? ¿Estás loca? Vas a buscarte la muerte.

Por mucho que a Lope le apeteciera, no se quedó para escuchar las excusas de Maude. No temía enfrentarse a su marido, pero un adúltero no tenía honor, ganase o perdiese. En lugar de usar el estoque colgado de su cinto, corrió hacia la vuelta de la esquina.

Tras él, el marido inglés decía:

—¿Qué es eso? —una y otra vez, y luego: —Por el amor de Dios, mujer, ¿no estarás poniéndome los cuernos, no?

—Oh, no, Ned —la voz de Maude era todo dulzura. “Oh, sí, Ned”, pensó De Vega. No alcanzó a oír que más decía, pero hubiera apostado a que lograba convencerlo. Por lo que había visto, todo apuntaba a que tenía práctica.

Lo que fuera en lo que Lope había aterrizado, seguía pegado a su bota. Arrugó la nariz. Si el marido de la inglesa hubiera optado por perseguirle, el hombre podría haber seguido el rastro de su hedor, como si se tratara de una mofeta. Al encontrarse con una piedra por el camino, se fregó el tobillo y la suela del zapato. Lo cual sirvió de algo, aunque tampoco de mucho.

Miró a su alrededor. Sólo se había alejado unas manzanas de la casa de Maude; pero, a causa de la niebla y de la oscuridad, había dado la vuelta. “¿Cómo se supone que debo encontrar el camino de vuelta al acuartelamiento de Londres, y mucho menos a Westminster, cuanto ni tan siquiera creo que pudiera encontrar el camino de vuelta a la habitación que acabo de abandonar?” Madrid rebosaba de muchas más antorchas por las noches.

Lope se encogió de hombros y se rió suavemente. Su rostro alargado y huesudo ofrecía una cierta incompatibilidad con el humor, pero sus ojos centelleantes desmentían la imagen de esos huesos. “De una forma u otra, espero conseguirlo”.

Y para asegurarse de que lo conseguía, desenvainó el estoque. En Londres había toque de queda, y él había salido mucho después de la hora. Eso no tenía importancia si se topaba con un escuadrón de soldados españoles patrullando por las calles. Los únicos ingleses que a esas horas pululaban por allí eran gente de mala fe, desdichados y sanguijuelas: ladrones y atracadores que podrían tener cierto interés profesional en conocerle. Si además llegaban a conocer su espada, no le molestarían.

Al final de un callejón, un perro gruñó y empezó a ladrar. El estoque también le mantendría a salvo de los animales que iban a cuatro patas. Pero se oyó el sonido metálico de una cadena, y el perro aulló frustrado. De todas formas, tampoco tendría que haberse preocupado por eso.

Retomó el camino en dirección oeste, o al menos eso esperaba estar haciendo. Si iba en la dirección correcta, se dirigía hacia el acuartelamiento, que no se encontraba lejos de la iglesia de San Swithin. No sabía quién era San Swithin. Se preguntó si

Roma lo sabría.

Oyó pasos en una callejuela lateral. Su mano derecha se tensó sobre la empuñadura de piel del estoque. Quienquiera que fuese el que iba por esa calle también debía haberle oído, ya que los pasos se detuvieron. Lope se detuvo, escuchó, farfulló:

—Que el Demonio se apodere de él, quienquiera que sea— y prosiguió. Unos pasos más adelante, volvió a detenerse y escuchó. Alcanzó a oír un suspiro de alivio procedente de una voz femenina. Sonrió, se sintió tentado a retroceder y ver de quién se trataba y de qué calidad era. Transcurrido un instante, negó con la cabeza. “Otra vez será”, pensó.

Unas manzanas más al oeste (en todo caso, él pensaba que era al oeste) oyó un ruido que no pudo ignorar. Media docena de hombres, quizás más, venían en su dirección sin preocuparse lo más mínimo en ser sigilosos. Se resguardó en un portal. Quizás era una patrulla. Aunque, por otra parte, quizás eran bandidos ingleses, lo suficientemente numerosos y atrevidos para enfrentarse a una patrulla si se topaban con una.

Giraron la esquina. La niebla no podía ocultar sus antorchas, aunque lo intentaba. Lope se tensó cuando el pálido rayo de luz proyectó una sombra sobre su bota. A continuación, reconoció los sonidos dulces y ceceantes del castellano.

—*¡Gracias a Dios!* —exclamó, y salió del portal.

Los soldados no tenían ni idea de que él se encontraba ahí. Dieron un grito de sorpresa y alarma. Uno de ellos inclinó el arcabuz en su dirección; otro le apuntó con una pistola.

—¿Quién sois y qué estáis haciendo por aquí después del toque de queda? —rugió el cabecilla—. Avanzad para que podamos reconoceros. Poco a poco, si es que sabéis lo que os conviene.

Antes de avanzar, antes de ser totalmente visible, De Vega volvió a enfundar el estoque. No quería que nadie empezara a disparar o a cualquier otra cosa de la que pudiera arrepentirse a causa de la sorpresa o del miedo. Cuando se acercó hizo una gran reverencia, como si el sargento de la patrulla fuera un duque en lugar de, probablemente, el hijo de un porquero.

—Buenas noches —dijo—. Tengo el honor de ser el Teniente Primero Lope Félix de Vega Carpio.

—Jesucristo clavado en la cruz —murmuró uno de los soldados—. Otro oficial apestoso que se cree que las reglas no le atañen a él.

Lope hizo como que no oía el comentario. Pero no pudo ignorar el tono de reproche en la voz del sargento.

—Señor, podríamos haberos confundido con un inglés y haberos volado la cabeza.

—Me alegro muchísimo de que no haya sido así —contestó Lope.

—Sí, señor —le dijo el sargento—. Pero aún no nos habéis explicado, señor, qué

hacéis por aquí transcurridas tantas horas desde el toque de queda. Tenemos la autoridad suficiente como para arrestar a los oficiales, señor.

Podía ser que la tuviera, pero no parecía feliz ante la idea de tener que hacer uso de esa autoridad. Un oficial con buenos contactos y mal carácter podía hacer que se arrepintiera de haber nacido, sin importar toda la razón que pudiera llevar. Lope no disponía de semejantes contactos, pero ¿cómo podía saberlo el sargento?

—¿Que qué hacía tan tarde? —repitió—. Bueno, ella tenía una melena pelirroja y los ojos azules y… —Sus manos describieron que más era lo que tenía Maude. —Prosiguió: —Mientras estuve con ella, no me preocupé de la hora que era.

—Deberíais haber pasado la noche ahí, señor —le replicó el sargento.

—Me hubiera gustado. A ella también le hubiera gustado. A su marido… me parece que no —Lope negó con la cabeza.

—Su marido, ¿eh? —La sonrisa del sargento descubría la falta de un diente. Algunos de sus hombres prorrumpieron en sonoras carcajadas subidas de tono—. ¿Un inglés? —preguntó, y se contestó a sí mismo— sí, por su puesto, un perro hereje inglés. Bueno, por Dios, bien para vos.

—Y así era ella —dijo De Vega, con lo que arrancó algunas carcajadas más. Con el encanto que hacía que las mujeres le abrieran sus corazones, y las piernas, prosiguió: —Y ahora, amigos míos, si fuerais tan amables de señalarme el camino de vuelta al acuartelamiento, siempre os estaría en deuda.

—Desde luego, señor —el sargento gesticuló con su antorcha—. En esa dirección, no muy lejos.

—¿En esa dirección? —exclamó sorprendido Lope. —Pensaba que era dirección sur, hacia el Támesis —los hombres negaron con la cabeza, todos a la vez. Había visto actuaciones peores sobre el escenario. Suspiró con aire melodramático—. Evidentemente, estoy equivocado. Entonces, me alegro de haberos encontrado. Me he perdido en esta niebla.

—El Demonio es el que rige el tiempo inglés —dijo el sargento, y sus hombre asintieron con la misma compenetración que habían mostrado anteriormente—. Sí, el Demonio trae el frío, y la lluvia y la niebla. Y los ingleses le reciben porque todos lo llevan dentro. En el fondo, todos son herejes, no importa cuántos quememos —el resto de la patrulla volvió a asentir.

—Amén —dijo De Vega—. Bueno, ahora que sé hacia donde voy, me marcho. Muchas gracias por la ayuda —y volvió a hacer una reverencia.

Tras corresponderle igualmente con una reverencia, el sargento le dijo:

—Señor, me temo que sólo conseguiréis volver a perderos, y las calles no son seguras para un caballero que anda solo. No desearía que os sucediera nada —“Si os sucede algo, yo cargaré con las culpas”, Lope sabía cómo interpretar lo que le acababa de decir contrastado con lo que, en realidad, quería decir. El suboficial se dirigió a sus hombres: —Rodrigo, Fernán, acompañad al teniente al cuartel.

—Sí, sargento —corearon los soldados de infantería. Uno de ellos hizo una

floritura espléndida con su antorcha—. Venid con nosotros, señor. Os llevaremos a vuestro destino.

—Así es —dijo el otro totalmente de acuerdo—. Conocemos mejor que nadie esta miserable y mugrienta ciudad o, al menos, deberíamos. La hemos recorrido entera, día y noche.

—Entonces, estoy a vuestra merced —respondió Lope. No les importaría acompañarle de vuelta; no, si eso significaba estar lejos del resto de la patrulla. No sabía lo lejos que estaba, había perdido toda noción de tiempo.

Demostraron ser tan buenos como decían al guiarle de vuelta al gran edificio de madera junto a la Piedra de Londres. Algunos ingleses aseguraban que esa piedra de listones de hierro era mágica; algunos españoles les creían. Lope de Vega no se preocupaba por si era cierto o no. Simplemente estaba contento de verla aparecer entre la niebla.

Un centinela pidió una seña. Los soldados la contestaron.

—¿Qué hacéis otra vez aquí, malnacidos? —les preguntó el centinela—. Sólo hace una hora que os marchasteis.

—Tenemos aquí con nosotros a un caballero que se ha perdido, un teniente —le contestó el soldado llamado Fernán—. El sargento Díaz nos ha enviado de vuelta para acompañarle, no podíamos dejarlo por ahí suelto perdido para que algún *cabrón* inglés le reventara la cabeza.

—Puede que sea un teniente, pero no soy un crío —dijo Lope mientras avanzaba. A Fernán, Rodrigo y al centinela todo les parecía muy gracioso. “Con qué tipo de tenientes se habrán topados estos?”se preguntó. “O quizás es mejor que no lo sepa?”

El centinela le saludó tal y como era debido y le dejó entrar. Una vez dentro, un sargento debería haberle preguntado el nombre; pero el hombre esta dormitando ante un brasero de carbón vegetal. Lope pasó junto a éste y entró en su habitación, donde se sacó el sombrero, las botas y el cinto con la espada y se fue a la cama. Diego, su sirviente, ya estaba ahí roncando. Por lo que había podido comprobar, Diego dormiría hasta durante el Juicio Final.

“Por lo mismo podría no tener sirviente”, pensó De Vega, mientras iba adentrándose en un sueño profundo. “Pero un caballero sin sirviente sería algo… inimaginable” era la palabra que debería haberse formado en su mente. Lo que le había sucedido, mejor que no lo supiera nadie más. Bostezó, se estiró y dejó de preocuparse.

Cuando se despertó, aún era de noche. Aún así, se sentía lo suficientemente descansado. En otoño y en invierno, la noche inglesa se alargaba tremendamente y las horas de sol de julio nunca parecían ser suficientes para compensarla. Diego no parecía haberse movido; la verdad era que sus ronquidos no habían perdido el ritmo. Si alguna vez se había sentido lo suficientemente descansado, nunca había dado señales de ello.

Lope le dejó en su estado de hibernación, y volvió a ponerse lo mismo que había

llevado la noche anterior. Se ajustó la gran pluma de faisán en la cinta trenzada de cuero del sombrero en el ángulo adecuado y garboso. Se resistió a la tentación de cerrar la puerta de un portazo cuando salió para ir a desayunar. “Seguro que mis virtudes se amontonan en el cielo”, pensó.

Se unió a un grupo de soldados que bostezaban y se frotaban los ojos enrojecidos. El desayuno consistía en vino tinto y una aceitera con aceite de oliva (ambas importadas de España, ya que ni las uvas ni las olivas crecían en el clima nórdico) y media barra de pan moreno. El pan era de la zona, y al menos tan bueno como el que le hubieran dado en Madrid.

Ya estaba acabando cuando el sirviente de su superior se le acercó. El Enrique del Capitán Guzmán era todo lo contrario a su Diego, en todos los sentidos: alto, delgado, mucho más listo que cualquier otro sirviente, y alarmantemente diligente.

—Buenos días, teniente —dijo Enrique—. Mi señor solicita el honor de vuestra compañía en cuanto sea de vuestra conveniencia.

Con el último trago de vino, Lope se puso en pie.

—Estoy al servicio de su Excelencia, por supuesto —no importaba lo florido que diese un sirviente una orden, orden se quedaba.

Aunque Lope se apresuró, Enrique llegó antes a la oficina de Guzmán.

—Aquí está De Vega —le dijo a Guzmán en tono displicente. Como hombre de un capitán, no cabía duda de que miraba por encima del hombro a una criatura de tan bajo rango como un teniente, incluso un teniente primero.

—*Buenos días*, Excelencia —dijo Lope a la vez que entraba. Se quitó el sombrero e hizo una reverencia.

—Buenos días —le respondió el Capitán Baltasar Guzmán, saludando con la cabeza sin levantarse de su asiento. Era un hombre pequeño y atildado, cuyos bigotes y perilla se mantenían ralos por la juventud: a pesar de ser el superior de Lope, debía ser al menos quince años más joven que él. Tenía algún tipo de relación con la noble casa de los Guzmán -la casa de, entre otros, el duque Medina Sidonia, comandante de la Armada- lo que explicaba su rango. A pesar de eso, no era un mal oficial. “Enrique no le hubiera permitido ser un mal oficial”, pensó Lope.

—¿Y en qué puedo serviros esta mañana, Excelencia? —preguntó.

El Capitán Guzmán le apuntó con el dedo índice.

—He oído que ayer noche estuvisteis fuera.

—Era muy bella —le replicó De Vega con dignidad—. También era muy amable.

—No lo dudo —le contestó secamente Guzmán—. Aún así, nuestro trabajo consiste en perseguir a aquellos ingleses que no son amables con el Rey Felipe, Dios le bendiga, y no buscar a aquellos que sí lo son.

—No estaba de servicio —Lope trató de cambiar de tema de conversación—. ¿Hay buenas nuevas sobre la salud de su Majestad?

—Se está muriendo —le contestó Baltasar Guzmán y se santiguó—. La gota, las llagas… Lo último que he sabido es que está empeorando. Puede que se presente ante

el Señor mañana, quizás dentro de un año, o incluso quizás dos. Pero se está muriendo.

Lope también se santiguó.

—Seguramente, su hijo demostrará ser tan ilustre como lo ha sido él mismo.

—Seguramente —contestó Guzmán sin mirarle a los ojos. Felipe II no era ningún gran capitán, ningún guerrero al que sus hombres seguirían a la batalla con una canción en los labios y en el corazón. Pero tales capitanes estaban bajo sus órdenes. En más de cuarenta años de reinado competente, había hecho retroceder a los turcos en el Mediterráneo y había sacado a Inglaterra y a Holanda de la herejía para que volvieran a abrazar la religión católica. Hombres mucho más flamantes habían logrado menos.

Su hijo, el príncipe que sería Felipe III, tampoco era flamante. Pero, por todo lo que tenía entendido Lope de Vega -por lo que había oído todo el mundo- tampoco es que fuera muy competente.

—Dios nos protegerá, como lo ha hecho hasta ahora. —dijo Lope.

—Que así sea —se santiguó Guzmán; ahora le miraba directo a los ojos—. Y, por supuesto, nuestra misión es ayudar a Dios lo mejor que podamos. ¿Cuáles son vuestros planes para hoy, Teniente? Quiero decir, dejando de lado a las señoras inglesas.

—Esta tarde se representará una obra en el Theatre —contestó Lope—. Iré allí y me situaré entre los mosqueteros, les escucharé, veré la obra y luego, si tengo oportunidad, interactuaré con los actores.

—Una tarea que estoy seguro que odiáis —dijo el Capitán Guzmán—. Me pregunto si vuestra asistencia es por el bien de la Reina Isabel y el Rey Alberto, Dios los bendiga; por el bien del Rey Felipe, Dios le bendiga y le mantenga sano; o por el bien de un tal Lope Félix de Vega Carpio.

—Y que Dios me bendiga también —dijo De Vega. El asentimiento de Guzmán parecía hecho de mala gana; pero era un asentimiento. Lope prosiguió: —Cuando me encuentro entre los ingleses corrientes, puedo escuchar sus quejas. Y cuando me mezclo con los actores, incluso puedo llegar a oír más cosas. Algunos de ellos son algo más que actores. Algunos de ellos tienen contactos con los nobles ingleses, los cuales son sus patrones. Algunos de éstos, de vez en cuando, hacen encargos para sus patrones.

—De hecho, algunos de ellos tienen “contacto” con sus patrones —Guzmán le dio a la palabra un giro obsceno. Pero luego suspiró—. Aún así, no puedo decir que no estéis en lo cierto. Algunos de ésos son espías, de manera que… de manera que, Teniente, sé que estáis mezclando el placer con vuestras obligaciones; pero no puedo deciros que no lo hagáis. Quiero un informe exhaustivo, por escrito, cuando volváis.

—Tal y como ordenéis, Excelencia, así será —prometió Lope, mientras se esforzaba por ocultar su alivio. Se dio la vuelta para marcharse.

Baltasar Guzmán esperó a que diera un paso hacia la puerta y luego alzó un dedo

y le detuvo en su camino. —Ah… una cosa más, De Vega.

—¿Excelencia?

—Quiero un informe que trate sobre asuntos políticos. La crítica literaria ya tiene su lugar. Eso no os lo discuto. De todas formas, este no es el lugar apropiado. ¿Me habéis entendido?

—Sí, Excelencia —“sois un cernícalo, Excelencia. Es un milagro de Dios que vos podáis leer y escribir, Excelencia”. Pero Guzmán era aquí el hombre con más rango. Guzmán era el hombre de buena familia.

Guzmán era también el hombre con el sirviente que sabía leer y escribir, inteligente, curioso. Cuando De Vega salió de la oficina, Enrique le dijo:

—Señor, vuestro inglés es mucho mejor que el mío. Me encantaría saber de qué tratan esas obras, poder compararlas con las nuestras.

Tener a Enrique contento podía ayudar a tener contento al Capitán Guzmán. Y Lope era un apasionado del teatro. Deseaba que el inútil de su Diego fuera un apasionado en algo que no fuera dormir.

—Por supuesto, Enrique. Cuando vuelva.

El Theatre se encontraba en Shoreditch, más allá de los muros de Londres y, de hecho, más allá de la jurisdicción de la ciudad. Antes de la restauración católica, los adustos protestantes, que se autodenominaban puritanos, mantuvieron los teatros fuera de Londres. Muchos de esos mismos hombres seguían gobernando la capital de Inglaterra. Habían firmado una especie de paz mediocre con la Iglesia; pero sin regocijarse. Seguía sin haber teatros en los límites de la ciudad.

La capa y el sombrero de Lope le protegían de la eterna llovizna de otoño mientras caminaba por Bishopsgate de camino hacia Shoreditch High. Dejar el muro atrás no significaba dejar atrás lo que aún parecía ser una ciudad, incluso aunque ya no se tratara exactamente de Londres. Espantosas casas de vecinos bordeaban las calles angostas y se ladeaban unas encima de otras. Aquí, un hombre podía ser asesinado sin tan siquiera hacer uso de la excusa de que hubiese dormido con la mujer de otro hombre. Lope mantenía una mano sobre la empuñadura de su estoque y el paso firme con una determinación que advertía a todo el mundo de que sería difícil de abatir. En lugar de molestarle, la gente se apartaba de su camino. “Mejor ser descarado”, pensó.

Los burdeles también prosperaban más allá del alcance del gobierno de la ciudad de Londres. Una mujer delgada, sucia y con los pechos al descubierto estaba asomada por la ventana y le gritó a De Vega:

—¿Qué me dices, guapo?

“Dios me salve de nunca estar tan desesperado”, fue lo que en esos momentos pasó por su mente. Se levantó el sombrero, saludó y prosiguió su camino.

—¡Maldito indeseable! —le gritó ella—. ¡*Maricón!*

¿Sabía ella que él era español? ¿O era simplemente otro insulto, uno de esos nuevos desde la llegada de la Armada? Nunca lo descubriría.

Los edificios empezaban a escasear. Empezaban los campos, los huertos y los terrenos de jardín. Muchas personas se dirigían hacia el Theatre. Lope lo admiraba de una forma increíble, a éste y a los otros teatros a las afueras de Londres. En España, no existían semejantes lugares en los que llevar a cabo las representaciones. Allí, los actores actuaban en un patio frente a una taberna y la audiencia miraba desde los edificios de los otros tres lados. Pero lugares específicos para actuar… ¿Se daban cuenta los ingleses de lo afortunados que eran? Lo dudaba. Por lo que había visto, lo hacían en contadas ocasiones.

Aunque lo habían mejorado con capas de pintura, las vigas del Theatre en sí eran viejas y descoloridas; el edificio poligonal de tres plantas llevaba en pie más de veinte años. Alegres banderas en el tejado ayudaban a congregar a la multitud. Como también lo hacía un enorme rótulo colorido sobre la entrada, en el que se informaba de cuál iba a ser el espectáculo del día: si os gusta, una nueva comedia de William Shakespeare. Hombres con apariencia licenciosa se ganaban unos peniques para la bebida paseando por las calles mientras anunciaban a gritos el título de la obra.

Lope pagó su penique en la entrada.

—¡Mosquetero! —gritó el hombre que acababa de aceptar la moneda. Otro hombre acompañó a De Vega a la sala de la gente que se quedaba de pie alrededor del escenario de colores vivos, donde avanzó a empujones. Si hubiera pagado dos o tres peniques, podría haberse sentado en uno de los asientos de las galerías y mirar la obra desde arriba. Aunque, ahí, entre la población más pobre, seguramente se toparía con cosas mucho más interesantes.

Los vendedores ambulantes trataban de hacerse paso entre la muchedumbre, para vender salchichas, empanadas, sidra y cerveza. Lope se compró una salchicha y un vaso de sidra. Estaba ahí de pie masticando y sorbiendo, mientras protegía su sitio con los codos a la vez que escuchaba a los hombres y las mujeres que se amontonaban a su alrededor.

—Ser quemado, que desagradable forma de morir —comentó un hombre de barba blanca.

—¿Habéis visto nunca nadie más valiente que Parsons Stubbes el otro día? —dijo una mujer—. Nadie podría haber sido más valiente. Dios ama a los hombres así, que sólo atienden a la razón. Espero que ahora esté en el cielo.

—¿Y qué me decís de los que le quemaron? —preguntó otro hombre.

—Oh, no sé nada sobre eso —contestó la señora rápidamente. Ya había dicho demasiado, y lo sabía, pero no iba a decir nada más. Nueve años de Inquisición había enseñado algo a esta gente parlanchina, por lo menos, a callarse los comentarios. Y antes de esto hubo una generación de herejía severa bajo el reinado de Elizabeth, y antes de eso el catolicismo bajo el reinado de María y Felipe y antes de eso más herejía bajo Enrique VIII. La situación había cambiado tanto en tantas ocasiones, que era increíble que no hubieran estado bajo gobierno turco y que no se hubieran visto obligados a convertirse al islamismo durante algún tiempo.

A continuación, estos pensamientos le abandonaron, ya que dos actores aparecieron sobre el escenario, y la obra dio comienzo. Lope debía centrar toda su atención en ella. Su inglés era bueno, pero no tan bueno como para entenderlo sin prestar atención a lo dicho cuando lo hablaban rápido. Y Shakespeare, tal y como era su costumbre, había tramado un argumento mucho más complicado de lo que cualquier dramaturgo español podría haber imaginado: disputas entre hermanos nobles, el pequeño había usurpado el puesto del mayor como duque; los hijos enfrentados de un caballero leal al duque legítimo exiliado, y las hijas del duque legítimo y su hermano.

Esas "hijas", Rosalinda y Celia, casi hicieron perder el interés de Lope por la obra durante un instante. Como era costumbre en Inglaterra, éstas eran representadas por jóvenes imberbes y de voz intacta. Aquí, las mujeres no se subían al escenario, al contrario de lo que había empezado a suceder en España. Uno de los chicos que representaba a una de las hijas era notablemente mejor a la hora de dar una impresión de mayor feminidad que el otro. Si la compañía tuviera actrices auténticas, no hubiera surgido este problema.

Pero Shakespeare, como De Vega ya había visto hacer en otras obras, utilizaba las costumbres inglesas a su favor. Rosalinda se disfrazaba de hombre para escapar de la corte de su malvado tío: un chico que hacía de chica que a su vez hacía de chico. Y el personaje secundario que representaba un papel femenino se enamoraba de "él": un chico que representaba a una chica enamorada de un chico representado por una chica representada por un chico. Lope no podía contener las carcajadas. Tuvo la tentación de contar con los dedos para seguir el hilo de quién era quién, o de quién se suponía que era quién.

Las obras españolas consistían en tres actos. Las de Shakespeare, siguiendo las costumbres inglesas, tenían cinco actos (unas dos horas) en las que debía solventar todos los cabos sueltos que había introducido y todos los entramados que había comenzado. Lo hizo casando a las hijas de los nobles con los hijos del caballero y haciendo que el duque usurpador se retirara a un monasterio de forma que el hermano mayor pudiera reclamar el trono.

"¿Cómo lo habrían arreglado los ingleses en caso de que el reino todavía fuera protestante?" Lope se hacía esta pregunta mientras el chico que interpretaba a Rosalinda, que era el mejor actor, pronunciaba un epílogo en el que solicitaba un aplauso por parte del público. Lope encontró eso tan extraño como el hecho que no hubiera actrices. Él utilizaba las últimas líneas de sus obras para despedirse; pero nunca habría dedicado todo un discurso a ello.

Pero eso no le importaba a la gente que se encontraba a su alrededor. Aplaudían y pataleaban y gritaban hasta que los oídos le pitaron. Los actores salieron para saludar. Richard Burbage, que había representado al duque usurpador, hizo una reverencia en una toga que ni el propio Rey Felipe se hubiera avergonzado de llevar. Seguramente, su corona era de latón pulido, no de oro; pero relucía intensamente. Shakespeare, que

había representado al hermano mayor, también llevaba un traje real; pero era mucho menos espléndido que el otro, acorde con su exilio al extranjero. “Un toque espléndido”, pensó Lope. Cuando Shakespeare se quitó su corona de latón, su propia coronilla también relució considerablemente. Lope, que aún conservaba todo su cabello, se dio cuenta del detalle con cierto regocijo engreído.

Otra ventaja más del escenario, desde el punto de vista de una compañía teatral, era que podían vender algunos asientos junto al borde de éste y pedir más por ellos que por muchos otros del resto del teatro. Los hombres y mujeres que se levantaban de esos asientos para aplaudir mostraban más terciopelo y encajes y trabajo en hilo de oro y plata que todos los mosqueteros juntos. Las perlas y las piedras preciosas brillaban en los tocados femeninos. El oro relucía en los cinturones de los hombres, en sus vainas y en sus estoques.

A pesar de esos visibles signos de riqueza y poder, los mosqueteros tras los ricos no tenían miedo en hacerse oír.

—¡Sentaos! —gritaban—. ¡Hemos venido aquí a ver la obra no vuestros traseros! —Y otros comentarios más como: —¡Dios puede ver a través de vos, pero nosotros no!

Uno de aquellos importantes nobles se dio medio vuelta y puso una mano repleta de anillos sobre la extravagante empuñadura de su espada. Un pedazo de salchicha voladora manchó de grasa su jubón naranja. A salvo por el anonimato de la multitud, otro mosquetero le lanzó otra cosa, la cual pasó junto al noble y rebotó en mitad del escenario. La gente pobre envuelta en desaliñada lana prorrumpió en sonoros aplausos.

De la misma manera que hubiera hecho un noble español, el inglés se puso lívido de ira. Pero la mujer que se encontraba a su lado, cuyo collar era aún más llamativo que su cascada de rizos rubios, puso una mano sobre su manga y le dijo algo en voz baja. Su respuesta no fue ni mucho menos en voz baja, y totalmente sulfurada. Ella volvió a hablarle como queriéndole decir: “¿Y qué puedes hacerle? No puedes matarlos a todos”. A regañadientes, dio la espalda a los mosqueteros; pero ésta seguía irradiando furia. Le abuchearon más fuerte de lo que habían hecho antes.

Después de la última reverencia, los actores se recogieron al vestidor situado detrás del escenario para volver a ponerse la ropa de calle. La mayoría de la muchedumbre se dirigió hacia la angosta salida por la que había entrado. Amigos y parejas de los actores se apretujaban para encontrarse con sus conocidos en los bastidores. También se encontraban allí apasionados del teatro: gente que quería llegar a ser actores, escritores, amigos y parejas.

Los ayudantes del encargado de vestuario, un par de fornidos hombretones que no se separaban de sus garrotes, se encontraban delante de las puertas que llevaban al vestidor. Aun así, Lope no tuvo ningún problema; siempre pasaba a los bastidores después de cada función que iba a ver.

—Dios os propicie un agradable día, maestro Lope —le dijo uno de los

ayudantes, mientras descubría su capa y se apartaba para dejar paso al español.

—Igualmente, Edward —le contestó De Vega—. ¿Qué te ha parecido el espectáculo de hoy?

—Hemos hecho una buena recaudación —le dijo Edward, la primera preocupación de cualquier hombre en una compañía teatral. Luego parpadeó—. Ah, ¿os referís a la obra?

—En realidad, sí, a la obra —le contestó Lope—. Suceden tantas cosas ahí arriba, y todas a la vez.

—El maestro Will no las escribe precisamente sencillas —dijo el ayudante del encargado de vestuario—. Pero tiene el don de ayudar a recordar a la gente quién es quién, y me ha parecido que el público seguía bastante bien —mientras asentía para darle la razón, Lope pasó. Edward miró con el ceño fruncido al inglés que iba detrás —. ¿Y quién eres tú, amigo?

El caos reinaba en el vestidor. Algunos de los actores aún llevaban puestos los trajes; otros ya volvían a vestir con sus ropas sosas adecuadas para hombres y chicos de su clase; y otros, entre una fase y la otra, iban casi desnudos. Se tomaban la casi desnudez con calma, de la misma forma que hubieran hecho los actores españoles. La sala estaba impregnada de un tufo mezcla de sudor, perfume y el humo de las antorchas.

Lope se movió por ahí todo lo mejor que pudo, estrechando manos, haciendo una reverencia cuando el espacio se lo permitía y felicitando a los actores. Alguien, no alcanzó a ver quién, le pasó una taza de cuero. Al sorber el líquido, éste le pareció muy dulce, un vino español fuerte. Los ingleses lo adoraban aún más que su propio pueblo, quizás porque ellos tenían que importarlo y no podían tomarlo siempre que querían.

Chocó contra una mujer, la mujer de alguien; pero no podía recordar de quién.

—Disculpadme, mi señora —le dijo—. Con vuestro permiso —y se inclinó sobre su mano para besarla. Ella le sonrió de tal forma que podría haberse interpretado como un gesto esperanzador.

—Tened cuidado con el maestro Lope —dijo el caballero de cara redonda llamado Will Kemp justo detrás de ella—. Lope *le loup*, Lope el *lobo* —el bufón de la compañía aulló como un lobo. Surgió una carcajada estridente. Lope se unió a ella, era la mejor manera que conocía de desviar las sospechas. La mujer se dio la vuelta para hablar con un inglés, de manera que no había sospecha que desviar. *Así es la vida*, pensó De Vega y suspiró.

Felicitó a Burbage y al chico que había representado a Rosalinda.

—Muchísimas gracias, señor —le contestó el joven. Con sus polvos y sus pinturas, aún parecía bastante femenino, incluso tentador; pero su voz natural, aunque aún no era como la de un hombre, era más profunda que la que había utilizado sobre el escenario. No podría aspirar durante mucho tiempo más a la feminidad.

Al final, Lope consiguió llegar hasta donde estaba Shakespeare. El actor y

dramaturgo se encontraba en una esquina manteniendo una tertulia con el atractivo moreno Christopher Marlowe. Lope hizo una reverencia encantado.

—¡Mis dos favoritos del escenario inglés, aquí juntos! —exclamó.

—Buenos días, ¿o debería decir buenas tardes, maestro De Vega? —le contestó Shakespeare—. ¿Conocéis al maestro Marlowe? —Dirigiéndose a Marlowe, añadió: —El Teniente De Vega escribe obras en español, y más de una vez ha pisado los escenarios con la compañía de Lord Westmorland como actor secundario.

—¿De verdad? —murmuró Marlowe. Sus ojos fríos y oscuros midieron a Lope —. Que… versátil —asintió y se inclinó ante él—. Un placer poder conoceros, señor.

—Nos hemos topado en dos o tres ocasiones, señor; pero ¿cómo puede sorprenderme que no os acordéis? —le dijo De Vega. Aunque por la forma en que Marlowe le miraba, se preguntó si el inglés alguna vez olvidaba algo. Los ojos medio abiertos de Enrique, el sirviente del Capitán Guzmán, revelaban la misma mirada excesivamente inteligente, y nunca olvidaba nada.

Pero Lope empezó a mantener una conversación con los dos dramaturgos y, por un momento, se olvidó de todo lo demás. No le preocupaba el espionaje; ni tan siquiera le preocupaban las bellas damas que había en la sala. ¿Qué importancia tenía cualquiera de esas cosas en comparación con la pasión por la palabra, por el teatro, que los tres hombres compartían?

Una antorcha ardía y proyectaba sombras sobre las paredes del vestidor, una cuarta parte de éste se encontraba sumida en la oscuridad y aportaba un tufo a grasa caliente al ambiente ya atestado. Christopher Marlowe se golpeó la frente con la mano en uno de esos gestos melodramáticos que utilizaba de forma tan natural.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó—. ¿Es que ese maldito español nunca pensaba marcharse?

Shakespeare, que era unos centímetros más alto, puso una mano sobre el hombro del dramaturgo.

—Por mucho que haya tardado en desaparecer, ya se ha ido, Kit. Es inofensivo, al menos, todo lo inofensivo que pueda ser un hombre de su reino. Como te habrás dado cuenta, es un apasionado del teatro.

—¿Eso crees? —le preguntó Marlowe y Shakespeare asintió. Marlowe puso los ojos en blanco. —¿Y crees que los bebés están escondidos bajo hojas de coles a la espera de que sus mamás les encuentren?

El encargado de vestuario tosió. Quería que la sala quedara vacía cuanto antes para poder echar llave a sus preciosos trajes y poder irse a casa. Ya sólo quedaban unas pocas personas, que seguían explicando lo que habían hecho, lo que quizás deberían haber hecho y lo que harían la próxima vez que se representara “Si os gusta”. Incluso Will Kemp, que hacía lo que le daba la gana, se tomó en serio al encargado de vestuario. Con una reverencia burlona para los que aún quedaban

dentro, salió por la puerta.

Molesto, Shakespeare se quedó allí donde estaba.

—Sé muy bien de dónde vienen los bebés. Lo sé mucho mejor que tú, por Dios —dijo bruscamente. Incluso a través de la tenue e incierta luz que quedaba en la sala, pudo ver cómo Marlowe se ruborizaba. El poeta perseguía a chavales con la misma avidez con la que el don Juan de Lope iba tras las mujeres de otros hombres.

—De acuerdo, Will —Marlowe contuvo visiblemente la ira—. No eres ningún ignorante, si nos ponemos de esta manera. Pero no nos adora únicamente por ser nosotros mismos. Si fuéramos mozas, entonces, pues quizás sí. Las cosas son como son… —negó con la cabeza.

—¿Qué? ¿Crees que Lope, el apasionado por el teatro, es un agente secreto? —Shakespeare casi se rió en su cara—. ¿Qué es lo que te hace pensar eso?

—*Imprimis*, es un español. *Secundus*, es un hombre. *Tertius*, si no sospechas de un hombre, demostrará ser la víbora que te alza y te envenena.

Creía en todas y cada una de las palabras que decía. Shakespeare lo veía todo. Suspiró con la misma exasperación con la que tosía el encargado de vestuario.

—Bonito mundo en el que debes vivir, Kit, ahí en la fortaleza de tu cráneo.

—Yo vivo —dijo Marlowe—, y tengo la intención de seguir haciéndolo durante mucho más tiempo. Si yo fuera tan despreocupado como tú, ya habría muerto unas diez veces. Las discusiones son fáciles de encuadrar: quizás un bravo chulo que se imagina un insulto en la calle o una discrepancia de opiniones en un cuarto pequeño. Tú eres mejor persona que yo. Por suerte, tu bondad no te resulta perjudicial.

—Caballeros, por favor —dijo el encargado de vestuario, con un tono que se aproximaba a la desesperación.

Shakespeare salió del teatro, Marlowe tras su estela. El crepúsculo de otoño se adelantaba, y la oscuridad se cernía rápidamente. En poco tiempo, las nubes grises sobre sus cabezas se volverían negras. Acabada la función, las calles alrededor del Theatre estaban casi vacías. De camino de vuelta a Londres y a su casa de huéspedes, Shakespeare dijo:

—Bueno, ahora que el español ya no está. ¿Qué me dirías que no me pudieras comentar ante ese espía granuja que nos estaba escuchando?

—Te estás burlando —dijo Marlowe—. Algún día te arrepentirás, Dios quiera que no sea pronto. ¿Que qué debía decirte? Ya he dicho más de lo que debía decir.

—Entonces no digas más, y déjalo de lado —Shakespeare aceleró el paso; Marlowe casi tenía que trotar para mantener el ritmo. Mientras hablaba por encima de su hombro, Shakespeare añadió: —Ya tenemos suficientes preocupaciones en el mundo, suficientes como para coleccionarlos, sin los duendes que burbujean dentro de la caldera demasiado fértil de tus miedos.

—¡Maldito seas! ¿Quieres escucharme? —le gritó Marlowe. Una vieja coja que cargaba con un cubo de agua los observaba atónita.

—¿Escuchar? ¿Cómo? Si no hablas más que con enigmas —Pero Shakespeare se

detuvo.

Marlowe cogió aire. Lentamente, a conciencia, lo dejó fluir.

—Entonces, escúchame de forma clara —le dijo y le hizo una reverencia burlesca —. Me gustaría que conocieses a un amigo mío.

—¿Un amigo? —preguntó sorprendido Shakespeare. Por lo que él sabía, por lo que cualquiera en Londres sabía, Christopher Marlowe no tenía ningún amigo al que desear. Tenía una gran cantidad de conocidos de distintos grados de intimidad, que dependían de lo útiles que pudieran serle.

Estaba tan al tanto de esa escasez de amistades como podía estarlo cualquier otra persona. Dudó antes de asentir y añadió:

—Un hombre con el que mantengo contacto desde hace un tiempo.

—¿Contacto de qué tipo? —le preguntó Shakespeare.

—Uno al lado del otro, asqueroso mal pensado, no delante y detrás —dijo Marlowe—. Es una cuestión de negocios en la que de buen grado quiere contar con tu presencia —Se encogió de hombros. Tenía la mirada clavada en el suelo. Estaba furioso y no se esforzaba mucho en tratar de ocultarlo.

Shakespeare supuso que acabaría explotando de la misma manera que el Maestro de Ejecuciones de Amberes cuando no estaba de humor. Marlowe enojado no era nada para tomarse a la ligera, de manera que Shakespeare le dijo:

—Iré a verle, igualmente, de buen grado, quienquiera que sea. Tráelo a mi taberna durante la hora de comer o de cenar, si eso es lo que te place.

—Lo haré —contestó Marlowe, aunque no sonaba en absoluto complacido. En todo caso, parecía más furioso que nunca.

“Por Dios, ¿y ahora qué?”, se preguntó Shakespeare. En lugar de apresurarse hacia Bishopsgate, se detuvo a medio camino. Marlowe continuó unos cuantos pasos antes de detenerse.

—Te he dicho que haré lo que quieres que haga, Kit —le dijo Shakespeare—. Entonces, ¿por qué sigues furioso conmigo?

—No lo estoy —Marlowe arrojó estas tres palabras sobre él y volvió a retomar el paso.

—Entonces ¿qué? —Ahora era Shakespeare el que tenía que correr tras él —era eso o empezar a gritar y convertir su conversación en un asunto público para todo aquel que hiciera el esfuerzo de escuchar. Le hizo la única pregunta que se le ocurrió: —¿Si no es hacia mí, entonces tu furia va dirigida a tu “amigo”?

—Así es —Escupió dos palabras más.

—¡Aquí hay gato encerrado! —exclamó Shakespeare .—¿Por qué tanta furia hacia él?

—Porque de buen grado te quiere metido en este asunto —dijo Marlowe de forma tosca.

En ese momento, con el anochecer cerniéndose sobre ellos y con unas gotas de llovizna cayendo sobre su mano, Shakespeare empezó a perder también la paciencia.

—Basta ya de adivinanzas, de rompecabezas, de acertijos —dijo—. Hazme el honor, hazme la cortesía, de hablar claro.

—No podría ser más claro: porque de buen grado te quiere metido en este asunto —Pero, entonces, involuntariamente, Marlowe lo aclaró todo mucho más—. Porque te quiere a ti en el asunto y no a mí. Maldito seas —empezó a caminar a paso acelerado, doblado, como si caminase a contra viento.

—¡Oh, Kit! —Ahora Shakespeare entendía dónde residía el problema. Lo que no sabía era cómo podía arreglarlo. Marlowe había cosechado un gran éxito en Londres antes de que Shakespeare pasara de actuar en obras a tratar de escribirlas. Algunas de las primeras obras de Shakespeare llevaban muy marcadamente el sello de Marlowe. “Si un hombre imita, que imite al mejor”, pensaba Shakespeare.

Incluso ahora, Marlowe seguía siendo popular. Vivía de su pluma, cosa que muy pocos podían hacer. Pero aquellos que le habían otorgado el primer lugar, ahora, le relegaban al segundo. Para un hombre orgulloso, como seguramente era, eso debía doler. Si el “asunto” tenía que ver con el teatro, si su “amigo” quería a Shakespeare en lugar de a él… no era de extrañar que tuviera mala cara.

—¡Espera! —le gritó Shakespeare y corrió tras él—. ¿Quieres que le diga a ese despreciable que, si es tu amigo, el trabajo debería ser para ti?

Para su sorpresa, el otro dramaturgo negó con la cabeza.

—No. Tiene razón. Para lo que se propone, tú eres la mejor opción. Me gustaría que fuera al revés; pero la vida es como es y no como debería ser.

—Me tienes totalmente intrigado y perplejo —dijo Shakespeare.

La sonrisa de Marlowe contenía más mal genio que júbilo.

—Y yo podría decir lo mismo de ti, Will. Si tú me ofrecieses esta ciruela, yo no te la ofrecería de nuevo a ti. Puedes estar seguro de ello.

Shakespeare lo estaba. En un negocio encarnizado, Marlowe poseía cuchillos mucho más afilados que la mayoría. Pero, a diferencia de otros, rara vez se preocupaba por ocultarlo.

—Dios me guarde de estar en alguna ocasión tan hambriento como para tener que quitar el pan de la boca de otro hombre —dijo Shakespeare después de un rato sumido en sus pensamientos.

—Ay, querido Will. Si es que hay un Dios, puede hacer cosas peores que escuchar las plegarias de gente como tú. Eres un imbécil, pero un imbécil honesto —Marlowe se puso de puntillas para besarle la mejilla.— Traeré al tipo a tu taberna mañana al caer el manto de la noche, conozco el lugar que visitas. Hasta entonces —avanzó apresurado en dirección a Bishopsgate. Esta vez, la postura de sus hombros le decía a Shakespeare que no habría sido bien recibido si hubiera decidido continuar a su lado.

Con un suspiro, Shakespeare recorrió penosamente Shoreditch High Street tras él. Justo cuando parecía que un hombre empezaba a entender a Marlowe, hacía algo así. No podía elogiar sin poner un aguijón envenenado entre la miel, pero el beso había sido real, al menos, eso había parecido.

—De prisa, de prisa —gritaban los guardias que se encontraban en la entrada. —Entren todos —era un grupo muy variopinto: ingleses y mercenarios irlandeses huesudos. Los soldados irlandeses parecían doloridamente ansiosos por matar a alguien, a cualquiera. Corrían rumores que aseguraban que comían carne humana. Shakespeare no estaba dispuesto a descubrir si los rumores eran ciertos. Tratando de evitar sus miradas feroces como las de un halcón, se escabulló por la ciudad.

Su habitación en la casa de huéspedes se encontraba en Bishopsgate Ward, no lejos del muro, en una casa propiedad de una viuda que vivía de alquilar la mayor parte del espacio. Tenía su propia cama, pero otros dos ocupaban también la habitación en la que él dormía. Uno de los hombres con los que compartía habitación, un vidriero llamado Jack Street, tenía un ronquido similar al rugido de un león. El otro, un pequeño tipo vivaracho llamado Peter Foster, aseguraba ser hojalatero. Shakespeare sospechaba que era un ratero. Aunque no se tiraba piedras a su propio tejado: nunca había desaparecido nada de la casa.

—Llega tarde, maestro William —dijo Jane Kendall, la casera de Shakespeare—. Por nuestra Virgen, espero que todo haya ido bien en el Theatre —se santiguó. Por las cosas que había dicho a lo largo de todos los años que hacía que vivía allí, debía haber sido católica incluso antes de que la Armada restaurara la lealtad de Inglaterra con Roma.

—Suficientemente bien, gracias —le contestó—. A veces, al hablar entre nosotros al finalizar la obra, perdemos la noción del tiempo —con tanta gente viviendo tan junta era difícil mantener secretos. Contar algo de verdad, había demostrado ser la mejor forma de no revelar nada.

—¿Y el edificio estaba lleno? —persistió la viuda Kendall.

—Casi —Shakespeare le sonrió y le hizo una reverencia, como si se tratara de una bella noble joven, y no de una desastrada viuda de un candelero de cabellos grises—. No temáis. Nunca tendré problemas con el alquiler mensual.

Ella se rió tontamente como si fuera una chiquilla. Pero cuando dijo:

—Me alegro de oír eso —su voz no decía nada más que la verdad. Un huésped sin alquiler se convertía en poco tiempo en un huésped en la calle. Aun así, la había complacido y ella prosiguió —hay cerveza recién preparada en la cocina. Si os apetece, servíos una jarra.

—Eso mismo haré, y encantado —Shakespeare complementó sus palabras con acción. La viuda preparaba una buena cerveza. En esa época, la cerveza con lúpulo era mucho más común que la cerveza anterior ya que ésta tardaba mucho más en ranciarse. Saboreó la jarra y, cuando vio que su casera le miraba de forma aprobadora, se tomó otra. —Bien calentada —dijo—. Ahora me voy a la taberna a cenar.

—No os olvidéis de la hora —asintió ella— y sigáis garabateando hasta pasado el toque de queda —le advirtió.

—No lo haré —“espero no hacerlo”, pensó Shakespeare. “¿O sí?” La taberna era

un lugar mucho mejor en el que trabajar que la casa. Por las noches, cuando las ideas parecían fluir directas de su mente a la hoja, podía perder la noción del tiempo, y, a veces, lo hacía. Más de una vez había vuelto a casa ocultándose de las patrullas.

Del baúl junto a su cama, cogió su segunda mejor cuchara, la de peltre, unas cuantas plumas, un cuchillo para afilarlas, tinta y tres hojas de papel. A veces deseaba tener un oficio menos caro: cada hoja le costaba más que una rebanada de pan. Volvió a cerrar con llave el baúl y corrió hacia la taberna que se encontraba a la vuelta de la esquina. Se sentó a la mesa iluminada por la vela más grande y más gruesa: quería la mejor luz posible para escribir.

Una camarera vino a servirle.

—Buenas noches, maestro Will. ¿Qué os sirvo?

—Hola, Kate. ¿Cuál es la cena de tres peniques de esta noche?

—Pastel de riñón, escandalosamente bueno —le dijo. Él asintió. Ella se lo trajo con una jarra de cerveza. Se abalanzó sobre el pastel con su cuchara, comía con avidez. Cuando se lo acabó, desplegó sus papeles y se puso manos a la obra. “Trabajos de amor ganados” no iba tan bien como él deseaba que fuera. No conseguía centrarse y no tuvo problema en retirarse cuando se acercó la hora del toque de queda. Al regresar a la casa, cogió una vela suya del baúl, Jack Street ya casi roncaba en la cama junto a la suya, la encendió con el fuego de la chimenea y la puso sobre la mesa. Entonces volvió a ponerse a escribir, y prosiguió hasta que ya no pudo mantener los ojos abiertos por más tiempo. Se había inspirado en una historia de Boccaccio; pero este trabajo, ganado o perdido, le recordaba la diferencia entre una historia y una obra de teatro finalizada.

Al día siguiente, volvió a actuar en el Theatre. Casi olvidó que tenía una cena de compromiso esa noche, y tuvo que coger su mejor cuchara, la de plata, y salir corriendo hacia la taberna. Para su alivio, Christopher Marlowe y su misterioso amigo aún no habían llegado. Shakespeare pidió una jarra de cerveza y esperó a que llegaran.

Llegaron aproximadamente un cuarto de hora más tarde. Shakespeare no había visto antes al otro hombre: un tipo pequeño y escuálido en la cuarentena, de cabello rubio oscuro tornándose gris y una barba pobre que no cubría todas las cicatrices de la viruela. Llevaba anteojos; pero, aun así, entornaba los ojos de manera miope. Marlowe le presentó como Thomas Phelippes. Shakespeare se levantó de su silla e hizo una reverencia.

—A vuestra merced, señor.

—No, yo a la vuestra —Phelippes tenía una voz alta, fina, melindrosamente precisa.

Los tres compartieron un capón asado y pan con mantequilla. Phelippes era hombre de pocas palabras. Parecía contento de oír los cotilleos teatrales de Shakespeare y Marlowe. Después de un rato, una vez no hubo nadie sentado lo suficientemente cerca como para oírles, Shakespeare le habló directamente.

—Kit dice que vos tenéis algún tipo de trabajo para mí. ¿De qué se trata?

—Pues, del trabajo de salvar a Inglaterra, por supuesto —le respondió Thomas Phelippes.

II

—Bueno, Enrique, ¿qué es lo que quiere hoy de mí el Capitán Guzmán? —preguntó Lope de Vega.

—Creo que tiene algo que ver con el informe sobre “Si os gusta” —respondió el sirviente de Guzmán—. Aunque exactamente el qué, no puedo decíroslo. *Lo siento mucho* —extendió las manos en señal de disculpa y añadió —yo mismo encontré el informe muy interesante. Este Shakespeare es un hombre extraordinario, ¿no es así?

—No —Lope hablaba con la precisión de un escritor—. Como “hombre”, es todo menos extraordinario. Bebe cerveza, hace bromas estúpidas, mira a las chicas bonitas: tiene mujer en algún lugar de la provincia, e hijos, pero no creo que eso le preocupe mucho aquí en Londres. Ordinario, tal y como digo. Pero ponle una pluma en la mano y, de repente, es como si Dios y la mitad de los santos le estuvieran susurrando al oído. Como “dramaturgo”, extraordinario es una palabra que se le queda pequeña.

La puerta de Guzmán estaba abierta. Enrique entró primero para anunciarle que De Vega había llegado. Lope esperó en el recibidor hasta que Enrique le llamó.

—Su Excelencia desea veros ahora, Teniente.

Lope entró en el despacho de su superior. Él y Baltasar Guzmán intercambiaron reverencias y cortesías. El informe sobre su última visita al Theatre estaba encima de la mesa. Observó que Guzmán, al estilo del Rey Felipe, había escrito comentarios a los márgenes. Exhaló un suspiro breve y silencioso; le gustaba que le corrigiesen tanto como a la mayoría de escritores.

En ese momento, el capitán hizo un gesto con la cabeza a Enrique y le dijo:

—Puedes retirarte. Cierra la puerta cuando salgas, *por favor*.

—Como ordenéis, Excelencia —la voz del sirviente de Guzmán parecía cargada de reproche; lo cual, como siempre, no le hacía ningún bien. Lope se preguntó si cerraría la puerta de un portazo para mostrar su disgusto; pero Enrique tenía más sutileza que eso. La cerró con exagerada delicadeza, para que no hiciera ningún ruido en absoluto.

El Capitán Guzmán también se percató de ello.

—Vuelve a estar fuera de su lugar —dijo riendo entre dientes— porque es inteligente, cree que también debería ser importante.

—Mejor un sirviente listo que un ignorante como mi Diego, que se habría olvidado de su nombre de no ser porque la gente todo el día se lo grita —dijo De Vega.

—Oh, no hay duda, no hay duda; pero Enrique confía demasiado en sí mismo —Puso el dedo sobre el informe y se centró en los asuntos de trabajo—. En general, se trata de un buen trabajo, Teniente. Aún así, tengo que volver a recordaros que acudís al Theatre en calidad de espía de su Majestad y no de su crítico literario.

—Lo siento muchísimo, su Excelencia —mintió Lope.

Guzmán volvió a reírse.

—Una historia prometedora. Sois un hombre afortunado al poder disfrutar tanto a la hora de llevar a cabo vuestro trabajo.

—Lo disfrutaría aún más si los ignorantes ingleses dejaran subir mujeres al escenario —dijo Lope.

—Efectivamente. Me asustaría, Teniente, pensar en lo mucho que disfrutaríais entonces —Baltasar Guzmán volvió a tamborilear los dedos sobre el informe. Lucía una elegante manicura. Miró desde el otro lado de la mesa a De Vega—. He visto que conocisteis a ese Marlowe en el vestidor después de la función.

—Así es, su Excelencia —asintió Lope—. Mantenía una conversación con Shakespeare. Gran parte del tiempo la pasó explicándole cómo podría haber hecho las cosas distintas; y, en su opinión, mejor. Entenderéis, señor, que esto es algo que los dramaturgos suelen hacer.

—No cabe duda de que vos lo sabréis mejor que yo —dijo Guzmán—. Pero Christopher Marlowe es un personaje peligroso; sabe demasiado sobre la gente equivocada. Conocer a tantos granujas puede convertirle también en un granuja. Tengo entendido que la Inquisición le ha puesto los ojos encima en diversas ocasiones. No investigan a un hombre simplemente por diversión.

—Mientras yo estuve allí, Shakespeare y él no hablaron de nada más que del oficio.

Guzmán enumeró con los dedos.

—Primero, Teniente, no podéis estar totalmente seguro de eso. Podrían ocultar algunos símbolos codificados en su conversación, y no tendríais porqué haberos enterado. Segundo, ¿quién sabe lo que dijeron después de que abandonarais el Theatre? Ellos lo saben, y Dios lo sabe, pero nadie más. Vos no.

El hecho de que tuviera razón no hacía que su aire altanero fuera menos molesto: en todo caso, aún más.

—Decid lo que queráis sobre Marlowe —protestó Lope— pero Shakespeare siempre se ha mantenido ocupado en el escenario y tiende a evitar los temas políticos.

Pero su superior negó con la cabeza.

—No necesariamente. En el reciente auto de fe, uno de los hombres que trataba de obtener una muerte menos dolorosa, un importante hechicero y falsificador, vio a Shakespeare entre la multitud y le llamó para que testificara sobre su buen comportamiento. Ese tipo, un tal Kelley, era también amigo íntimo de Christopher Marlowe. De manera que Shakespeare no está libre de sospecha. Ningún hombre está libre de sospecha —añadió, y sonó tan determinado como si recitara el Credo de Anastasio.

Aunque las nuevas noticias sorprendieron a Lope, se esforzó por no exteriorizar su impresión.

—Un hombre a punto de ahogarse se agarraría a cualquier cabo.

—Es cierto —dijo el Capitán Guzmán totalmente de acuerdo—. O puede que sea

verdad. Pero creo que es interesante el hecho de que este Kelley considerase a Shakespeare un cabo al que valía la pena agarrarse —sin darle a De Vega la oportunidad de contestar, enrolló el informe, escribió algo en el exterior y lo ató con una cinta verde. Se lo extendió —quiero que llevéis esto a Westminster, a un señor inglés que hay allí y que ha trabajado estrechamente con nosotros durante mucho tiempo. Él ya está al corriente de los asuntos del hechicero, y está muy capacitado para juzgar la importancia que puede tener ese encuentro entre Shakespeare y Marlowe.

—Muy bien, Excelencia —Lope cogió el informe— ¿Habéis dicho un señor inglés? ¿Debo traducir aquí mi trabajo? Me gustaría que un secretario me ayudara con esa tarea. Hablo bastante bien el inglés, pero no puedo decir que lo escriba.

El Capitán Guzmán negó con la cabeza.

—No hay necesidad de ello. Tiene un español muy fluido. Tal y como os he dicho, ha estado con nosotros desde que Isabel subió al trono.

—De acuerdo. Bien. Eso facilita las cosas. ¿Este es el nombre del tipo?

—Así es. Coged un caballo de los establos y lleváoslo enseguida. *Id con Dios* —la despedida era, a la vez, una forma de echarlo.

Un pálido sol inglés, increíblemente bajo en el cielo sur, aparecía y desaparecía de entre las nubes inquietas, mientras Lope de Vega trotaba por Londres en dirección a Westminster. Cuando pasó la catedral de St. Paul, se rascó la cabeza mientras se preguntaba, como tenía por costumbre hacer, por qué el magnífico edificio debía echarse a perder por culpa de una extraña aguja cuadrada y de superficie plana. “Allí arriba no habría nada mejor que una cruz”, pensó, y chasqueó la lengua en señal de reproche hacia los estúpidos ingleses.

El caballo, castrado zaino, no era más energético de lo que se esperaba que fuera. Deambuló por Ludgate Hill y salió de los muros en Ludgate. Londres en sí no se acababa en el muro; De Vega fue en dirección oeste por Fleet Street pasado St. Bridget, St. Dunstan al oeste y el Nuevo Templo, la iglesia de los caballeros templarios antes de que se suprimiera la orden de las cruzadas. Todos estos elementos arquitectónicos se encontraban en el distrito de Farringdon.

Lope no sabía decir exactamente dónde acababa el distrito y empezaban los suburbios de la ciudad. Siempre había creído que Madrid era un lugar enorme, y lo era, pero en comparación con Londres parecía pequeña. No le sorprendería que la capital inglesa tuviera un cuarto de millón de habitantes. Si eso no la convertía en la ciudad más grande del mundo, seguramente estaba cerca.

Westminster, que se encontraba en una curva del río Támesis, era una ciudad aparte, pero mucho más pequeña y con sus propios derechos, dividida en doce distritos. El aparato gubernamental dominaba mucho más que la propia Londres. Isabel y Alberto habitaban en uno de los diversos castillos que se alzaban allí. El Parlamento -el cual Lope consideraba como el equivalente a las Cortes de Castilla, aunque era aún más exigente con sus privilegios que las Cortes de Navarra- se reunía

allí. La Abadía de Westminster era un centro eclesiástico, aunque el primer Arzobispo de Inglaterra, por razones que De Vega desconocía, lo presidía en Canterbury, a cincuenta millas de allí. Los actuarios, secretarios y escribanos que servían a los altos funcionarios también llevaban a cabo sus tareas en Westminster.

Para cuando encontró finalmente al hombre que buscaba, Lope se sintió como si hubiera navegado por el laberinto del Minotauro. Había perdido más de una hora y gran parte de su paciencia tratando de encontrar el camino adecuado por el laberinto antes de llamar a la puerta correcta: una de las oficinas de los hombres al servicio de Don Diego Flores de Valdés, el comandante de los soldados españoles apostados en Inglaterra.

—Entrad —dijo una voz en inglés.

Así lo hizo Lope de Vega. El tipo detrás de la puerta carecía totalmente de atractivo: canijo, escuálido, pálido, con la cara picada por la viruela y con anteojos. Cuando De Vega entró, el otro le dio la vuelta a una hoja de manera que el recién llegado no pudiera leerla. Lope vio de soslayo garabatos y jeroglíficos: algún tipo de código. Quizás el hombre tenía de cerebro lo que no tenía de apariencia. Echó un vistazo al informe.

—¿Sois vos Thomas… Phelippes? —Nunca había visto el nombre escrito de esa forma; pero, en aquellos tiempos, las rarezas de la ortografía inglesa podrían haber enloquecido a cualquier español.

—Yo mismo —dijo Phelippes en inglés, y luego cambió a buen español—. Tenéis ventaja sobre mí, *señor*. ¿Preferís usar vuestra lengua o la mía?

—Cualquiera me parece bien —contestó Lope en inglés. Después de facilitar su nombre, prosiguió —mi superior, el Capitán Baltasar Guzmán, me ha ordenado que le traiga mi informe sobre un posible asunto sospechoso en el Theatre el otro día y, por eso, os lo entrego a vos —se lo extendió como si se tratara de un bastón.

Phelippes lo tomó.

—Muchas gracias. Conozco al Capitán Guzmán. Un buen hombre, astuto como una serpiente —Lope no hubiera utilizado esa comparación como un elogio, pero el inglés lo había dicho con esa intención. También hablaba del noble como si fuera un igual o inferior. “¿Cuán importante sois?” Lope sabía que no podía preguntarlo. Phelippes seguía con la conversación—. ¿Hay algo que quiere que mire con especial atención?

—Sí. Desea su opinión sobre la confianza de los dos poetas, Marlowe y Shakespeare —dijo De Vega.

—Antes pondría la mano en la boca de un lobo que mi confianza en Christopher Marlowe —dijo enseguida Phelippes—. Se deja acompañar por todo tipo de estafadores, de desgraciados y de rebeldes que se comportan como tales. Me temo que acabará mal, y nunca sabrá porqué. Aunque los niños tiren piedras a las ranas como una especie de deporte, las ranas acaban muriendo.

Lope sonrió.

—Veo que sois un hombre lo suficientemente cultivado para recurrir a Plutarco si así lo necesitáis. Y ahora, ¿qué me decís de Shakespeare?

Rasgo por rasgo, el rostro de Thomas Phelippes no era notable en modo alguno. Aunque, de alguna forma, lograba tener una sonrisa sarcástica que cualquier aristócrata hubiera envidiado.

—¿Shakespeare? No es más que una criatura quejumbrosa sobre los grandes asuntos, y tampoco le importan. Lo único que le interesa es su compañía de actores y las obras que escribe para ellos.

—Eso es lo que pienso yo —Lope se esforzó por no revelar su alivio—. Y no os hubiera mencionado su nombre, si el Capitán Guzmán no hubiera remarcado que un tal Edward Kelley le llamó de camino hacia la hoguera purificadora de la Inquisición.

—Ah, Kelley. Hay basura que, en verdad, quiere que la quemen —Phelippes lo dijo acompañado de otra sutil sonrisa sarcástica—. Pero no era amigo íntimo de Shakespeare. Eso lo sé seguro. No era más que un infeliz que buscaba socorro sin nadie que pudiera dárselo —el inglés también demostró tener una desagradable sonrisita entre dientes.— Sospecho que sobresaltó al maestro Will lo suficiente como para hacer que el corazón se le detuviera.

—¡No podría haberlo dicho mejor! —De Vega no quería que un inquisidor se percatara de su conexión con un hombre a punto de morir. Inclinó la cabeza hacia Phelippes—. Me tranquilizáis, por lo que os doy las gracias. Informaré de vuestras palabras al Capitán Guzmán.

—A vuestra merced, señor —Phelippes tamborileó con la uña sobre el informe, de la misma forma en que lo había hecho Guzmán. —Y resumiré esto para don Diego. Estoy seguro de que conoce el dicho: Cuanto más importante el hombre, menos tiempo para leer.

—No siempre —dijo Lope—. Siempre está el Rey.

—¿Qué? ¿Alberto? Un nuevo conocido no me desagradaría, *señor*, pero…

—No, Alberto no —dijo De Vega impaciente—. Felipe, el Rey, Dios le proteja —Y se santiguó.

También lo hizo Phelippes. Por la manera en que lo hizo, Lope supo que no era algo que hubiera hecho toda su vida.

—Amén —dijo—. ¿Pero qué sabéis de su salud? Las últimas noticias que tuve no eran buenas.

—Tampoco así las mías —admitió Lope—. Ahora ya ha traspasado el umbral de los setenta.

—Está en manos de Dios. —Volvió a hacer la señal de la cruz.

—Siempre lo ha estado, igual que todos nosotros —Phelippes también volvió a santiguarse, con la misma soltura que antes.

Lope asintió aprobador. No había creído que el inglés fuera tan beato.

—Entonces, estoy a favor de Londres —dijo—. Espero volveros a ver, señor, y os agradezco nuevamente que me hayáis tranquilizado.

—Todo un placer, señor —incluso antes de que Lope saliera por la puerta, Phelippes volvió a ponerse con el mensaje codificado en el que había estado trabajando.

Cuando los ensayos salían bien, eran un placer. Había pocas cosas con las que Shakespeare disfrutaba más que con ver cómo lo que habían sido sólo imágenes y palabras en su cabeza tomaban forma ante sus ojos sobre el escenario. Cuando las cosas no salían tan bien, como era el caso de esa mañana, se golpeaba la frente con la palma de la mano.

—¡Por Dios! —gritó—. ¡Artesano de manteca salada! ¡Pendenciero, fachendón, remilgado, marica!

Richard Burbage miró por encima de su enorme nariz a Shakespeare. Era el único actor de la compañía de Lord Westmorland lo suficientemente alto como para hacer el papel.

—Un momento, Will, no eres el más indicado para echarnos las culpas cuando tú eres el peor de todos —retumbó. Su voz, potente y sonora, se centró sólo en Shakespeare en lugar de en todo un público.

Además tenía razón, como muy bien sabía Shakespeare. El poeta trató de defenderse lo mejor que pudo.

—Pero mi papel es muy pequeño…

—¡Ja! —le interrumpió Will Kemp—. Nunca pensé oír a un hombre admitirlo tan claramente.

—¡Vete al Diablo! —gritó Shakespeare al payaso—. Si no eres ni capaz de recordar tus propias frases, no te metas con las mías —se compuso—. Si actuamos tal y como hemos ensayado, nos arrojarán suficientes coles y nabos como para hacer sopa durante todo el año.

—Lo haremos mejor esta tarde. Siempre lo hacemos —Burbage tenía la confianza de un hombre rico; el Theatre y la tierra sobre la que se alzaba pertenecían a su familia. Aunque era algunos años más joven que Shakespeare, tenía una considerable doble barbilla (parcialmente disimulada por la barba puntiaguda) y el comienzo de una barriga prominente.

—No siempre —dijo Shakespeare, mientras recordaba calamidades que desearía olvidar.

—Lo suficiente —dijo Burbage plácidamente—. No hay mejor compañía que la nuestra, y todo Londres lo sabe. —Sus ojos, profundos bajo las gruesas cejas, centelleaban—. Pero tú, Will. Tú eres el miembro de la compañía más serio que tenemos; siempre te sabes tus guiones —se rió entre dientes—. Y así debe ser, ya que la mayoría los has escrito tú. ¿Pero hoy? Nunca antes te había visto tan poco apto, como si todas esas palabras te fueran extrañas. ¡Ya basta! ¿Qué demonios pasa por tu cabeza?

Shakespeare miró alrededor del Theatre. Además de la compañía, el ayudante de vestuario y sus asistentes, el apuntador y el tramoyista, unas docenas de amigos, mujeres y amantes se arremolinaban en la zona que, en unas horas, se atestaría de mosqueteros. Los músicos miraban desde su sitio, una planta por encima del vestidor. Tenía que hablar con Burbage, pero no delante de tanta gente. Todo lo que podía hacer ahora era suspirar.

—Las preocupaciones, a diferencia de los espías, no se presentan en solitario sino en batallones.

Burbage sacudió la cabeza como un caballo asediado por las moscas.

—Muy bonito. No aporta nada, por supuesto; pero, sin embargo, es muy bonito.

—Para ya, por favor —dijo Shakespeare cansado. —Sólo estoy obligado a abrir mi corazón ante Dios, y tú no eres Él.

Los ojos de Kemp se abrieron de par en par en un gesto de asombro propio de un mimo.

—¿No lo es? No le digas eso, porque te aseguro que no tiene ni idea.

El rubor coloreó las mejillas de Burbage y se extendió hasta la frente.

—Sapo blasfemo.

—A sus órdenes, señor —Kemp hizo una reverencia de cortesano. Burbage resopló.

Igualmente lo hizo Shakespeare. El payaso se burlaría de cualquiera, y no permitía que ningún insulto le atañese.

—¿Volvemos a intentar la escena de la controversia —preguntó Shakespeare— esa en la que Romeo se interpone entre la disputa entre Mercucio y Tibaldo? Ya hemos representado esta tragedia suficientes veces durante los últimos años. Deberíamos hacerlo mejor de lo que hemos demostrado en otras ocasiones.

—Demasiados guiones de demasiadas obras, todos revoloteando en nuestras cabezas —dijo Kemp—. Es un milagro que podamos articular alguna palabra que no sea la que un escritorzuelo infeliz haya escrito para nosotros.

Shakespeare pocas veces se había sentido más despreciado. Como Mercucio que era, debía reñirse con el Tibaldo de Burbage. El otro actor había luchado contra los españoles invasores, y con una espada de verdad; el manejo de la espada de Shakespeare sólo era el que había conocido encima del escenario. Y ahora Burbage manejaba la espada como si estuviera sediento de sangre; cuando le llegó la hora de acabar con la vida de Mercucio aprovechando un gesto de Romeo, casi lo hizo de verdad.

—Por Dios —dijo Shakespeare después de apartarse—, mi escena de muerte casi se convierte realmente en mi verdadera escena de muerte.

Burbage lanzó una sonrisa depredadora.

—Es lo que te mereces, por lo que nos has dicho antes. ¿Te satisface ahora la escena?

—Servirá —contestó Shakespeare—. Aunque aún tengo algo que comentarte

sobre el tema de tu manejo con la espada —“y también otras cosas”, pensó. Pero esas tendrán que esperar.

El otro actor optó por malinterpretarle.

—Estoy a tu servicio —le dijo con una mano sobre la empuñadura de su espada.

Si luchaban con espadas en serio, Shakespeare sabía que era hombre muerto. ¿Qué es lo que había dicho Marlowe sobre discusiones avivadas? “Burbage seguro que no sería capaz”, pensó Shakespeare, “no cuando hemos trabajado juntos durante tanto tiempo”. Que algo así pudiera ocurrirle incluso a él formaba parte de las nuevas preocupaciones con las que cargaba. “Dentro de poco seré como Kit, veré el peligro reflejado en cada rostro”.

—Déjalo, Dick —dijo Kemp—. Cuando lo hayas dejado como un filete, ¿quién serás entonces? No serás más que un fantasma -un fantasma atractivo, no lo negaré, pero aún así un fantasma- que, repentinamente, se habrá quedado mudo por haber dado muerte a aquel que le daba las palabras para hablar.

—Hay más escritorzuelos —retumbó amenazadora su voz. Pero debió percatarse de que había ido demasiado lejos—. Nosotros, que somos la mejor compañía —añadió—, nos merecemos lo que tenemos: a saber, el mejor de los poetas —se dio la vuelta hacia Shakespeare y aplaudió con sus enormes manos cubiertas de cicatrices.

Llegada la tarde, la obra transcurrió sin problemas. Después, mientras pensaba en todo ello, Shakespeare negó con la cabeza. La función había ido bien; pero hubo algo más que eso. Algunos de los caballeros sentados en los lunetes fumaban sus pipas tan frenéticamente que el humo espeso del tabaco dejaba sin visión a los mosqueteros que se encontraban detrás de pie. Los alborotadores, que habían pagados sus peniques, estaban convencidos de que eran tan importantes como cualquier otro y arrojaron a los infractores nueces y cantos rodados; una de éstas, que iba muy alta, alcanzó por accidente al chico que interpretaba a Julieta justo en el momento en que iba a preguntarse dónde estaba Romeo. Pero la cosa no llegó a convertirse en un disturbio; por alguna razón que Shakespeare aún no lograba entender.

—En ocasiones, extraño; pero nunca aburrido —dijo en el vestuario—. Pásame la palangana, Dick, si eres tan amable.

—Lo haré —contestó Burbage.

Shakespeare se tiró agua a la cara y se frotó fuerte con una toalla para desprenderse de los polvos, el colorete y la pintura. Se miró en un espejo, y frotó aún más. Después del segundo intento, asintió.

—Así mejor. Vuelvo a tener mi propia apariencia.

—Si fuera tú, no estaría tan orgulloso de eso —dijo Kemp con picardía.

—Si fuera tú, tendría mejor apariencia de la que tienes —le replicó Shakespeare. La gente se rió más de lo que la broma merecía. El ladrón robado siempre era divertido; Shakespeare había usado esa técnica, en más de una obra, para dar un buen efecto. Will Kemp mostró los dientes en un gesto que simulaba una sonrisa. No le veía la gracia a la broma.

—¡Magnífico, maestro Will! —Ahí estaba el Teniente Lope de Vega, con una enorme sonrisa dibujada en el rostro—. ¡Realmente magnífico!... ¿Va algo mal?

Se percató del sobresalto de Shakespeare.

—No, en realidad, no —contestó Shakespeare, contento de que su formación como actor le permitiera utilizar un tono de voz desahogado: ya que había sido, sin duda, un sobresalto de culpabilidad. —me ha sorprendido que vinierais tan rápido.

—Lo siento —dijo el español—. Pero es que esta obra, esta obra, señor, es espléndida. Esta obra se acerca más a lo que alguien -un genio, por supuesto- hubiera escrito en España, más que en el caso de "Si os gusta"… aunque esa también fue una obra excelente, debo añadir.

—Me elogiáis en exceso —dijo con modestia Shakespeare, aunque los cumplidos le reconfortaban. Nunca había conocido a un escritor al que no le gustase que los otros le dijeran lo bueno que era. Algunos tenían problemas para continuar si no oían este tipo de palabras con cierta frecuencia. Marlowe, por ejemplo, florecía como la madreselva ante la presencia del sol cuando oía un elogio, pero el gélido colmillo del invierno parecía agujerear su corazón cuando su obra recibía una acogida agria o, peor aún, cuando era ignorada. Se alimentaba de aplausos, incluso mucho más que la mayoría de actores. Shakespeare sabía que padecía de la misma enfermedad, pero a un nivel más bajo.

Y Lope negaba con la cabeza.

—En absoluto, señor. Os merecéis más elogios que todo el inglés que tengo para vos —obsequió a Shakespeare con diversas frases en un apasionado español. El hecho de oír esa lengua en el vestidor, hizo que varias personas se giraran y enmudecieran: lo último que Shakespeare deseaba.

—Os vuelvo a repetir, señor, que sois demasiado generoso —murmuró. El Teniente De Vega volvió a negar con la cabeza. Al menos volvió al inglés, aunque prosiguió hablando sobre obras que había visto en Madrid antes de que la Armada se echara a la mar. "Esta obra mía le agrada mucho por la proximidad con las obras que veía en otros tiempos", se dio cuenta Shakespeare. Eso le restó algo de placer a los elogios: ¿A qué mujer le gustaría que un hombre le dijera lo bella que era porque le recordaba a su madre?

Transcurrido un tiempo considerable, De Vega dijo:

—Bueno, pero será mejor que me marche ya, ¿no?

—De ninguna manera —mintió Shakespeare. No podía dejar que se marchara así. —Si escribierais con la misma celeridad con la que habláis, maestro Lope, asombraríais al mundo con las obras que manarían de vuestra pluma: os convertiríais en un prodigio de las palabras.

—Si no fueran tantas mis obligaciones, tendría más tiempo para escribir —respondió el español, y Shakespeare pensó que en eso tenía razón. Pero luego De Vega le recordó que, de hecho, era el Teniente Primero De Vega: —A beneficio de mis obligaciones, señor, una pregunta. ¿Qué relación teníais vos con Edward Kelley,

para que gritara vuestro nombre cuando iba de camino a la hoguera?

“No le había visto nunca antes en mi vida”. Eso era lo que Shakespeare quería decir. Pero una mentira que caía por su propio peso era mucho menos que inútil. “Marlowe tenía razón, maldito sea. De Vega es primero español, y espectador, dramaturgo y poeta, después”. Escogiendo con sumo cuidado sus palabras, el inglés le respondió:

—Durante unos años compartí con él conversaciones de taberna, no más —aunque el vestidor era fresco, el sudor le resbalaba por los costados procedente de las axilas.

Pero Lope de Vega sólo asentía.

—Eso mismo creía yo. ¿Quién creéis que debía conocer mejor a Kelley?

“Marlowe”, pensó Shakespeare, y volvió a maldecir a su compañero poeta. Aunque no lo dijo en voz alta.

—Sin haber llegado a conocerle bien yo mismo, me temo que no os puedo responder la pregunta —extendió las manos para simular una disculpa afligida.

—Ya veo —Lope se mantuvo tan educado como siempre. Aún así, le hizo una pregunta más—. Bueno, entonces, ¿quién más os acompañaba cuando estabais con ese desdichado?

—Os pido me disculpéis, pero no lo recuerdo —Shakespeare hacía uso de su formación como actor para mantener la voz firme—. No le había visto desde hacía más de un año, quizás dos, cuando nos vimos en Tower Street.

El español dejó el asunto ahí. Se fue a presentar sus respetos a una bella dama que Shakespeare nunca había visto, una que seguramente había pasado la barrera de los asistentes del encargado del vestuario por su belleza. Quienquiera que fuera, se reía ante las atenciones de De Vega, sonreía como una cría y se ruborizaba. Shakespeare pudo averiguar a qué actor había venido a ver -uno de los hombres contratados para representar papeles pequeños y que no formaba parte de la compañía- por la expresión más infeliz que nunca del hombre. Pero el contratado no llevaba arma en el cinto, al contrario que el Teniente De Vega el cual no sólo llevaba un estoque sino que además, por la postura que mantenía, sabía cómo manejarlo.

“No es de mi incumbencia”, pensó Shakespeare. Por un momento se avergonzó, seguramente el levita que andaba por el otro lado de la calle tuvo un pensamiento similar, pero lo cortó de raíz. Al cruzarse con la mirada de Burbage, le preguntó:

—¿Nos vamos?

—Vamos —le respondió el hombretón. Con un remolino teatral, Burbage se envolvió en su capa: durante toda la obra parecía que hubiera tenido que llover y, ahora que el día llegaba a su fin, el cielo estaba destinado a romper a llorar pronto.

Un mosquetero borracho roncaba contra la pared interior del Theatre.

—Tendrán que arrastrarlo fuera antes de que cierren esta noche —dijo Shakespeare cuando los dos actores pasaron junto al borracho.

Richard Burbage se encogió de hombros.

—Ha pasado la madurez tambaleante; seguramente está lo suficientemente borracho como para dormir ahí hasta mañana y así se ahorrará su penique para la representación del nuevo día. Pero la idea de tener a la mañana siguiente a un hombre allí sin haber pagado su penique fue suficiente para que informara de la presencia del borracho a uno de los guardias de la entrada del teatro. El hombre asintió y se marchó para tratar de hablar con el otro.

Shakespeare esquivó un charco. Burbage, con botas resistentes, lo atravesó. Para entonces, ya había empezado a llover, era una lluvia fuerte, fría y desagradable que hacía tiritar a Shakespeare.

—Este es el tipo de lluvia que acaba en aguanieve —dijo.

—Aún es pronto —respondió Burbage, pero luego volvió a encogerse de hombros—. Pero no me sorprendería que llevases razón.

Prosiguieron su camino. A medida que la lluvia iba cayendo con más fuerza, en Shoreditch High Street se iban formando más charcos en el barro. Una mujer perdió el equilibrio y, sacudiendo los brazos, cayó de culo. Vociferó maldiciones mientras se ponía en pie, mugrienta y empapada.

—Si Kemp la hubiera visto —dijo Shakespeare—, habría utilizado su caída para sus propias actuaciones.

—Bufones —Burbage puso un mundo de desdén en esa palabra—. Los estúpidos que les ven se ríen, razón por la que se creen más magníficos que la obra en la que actúan.

Shakespeare asintió. Kemp en particular tenía el hábito de improvisar sobre el escenario. A veces, su toque de ingenio aportaba más júbilo que el de Shakespeare. Eso ya era suficientemente mortificante. Pero obtuviera sus risas o no, sus salidas del texto escrito nunca pusieron en peligro la forma de la obra.

—Lo sepa o no, no es la Tierra, y los otros actores no son el Sol, la Luna y los planetas girando alrededor de su importante yo —dijo Shakespeare.

—O el Sol, con la Tierra y demás, girando a su alrededor, tal y como asegura Copérnico —dijo Burbage.

—Cuando esté muerto, podrá afirmar lo que le plazca —Shakespeare miró nervioso a su alrededor para asegurarse que nadie les había oído—. Su Santidad el Papa no sostiene la misma opinión, así que no podemos disfrutar de ese privilegio.

Burbage frunció el ceño.

—Si algo es cierto, lo sigue siendo con la aprobación o con el pesar del Papa.

—En eso hay una cosa cierta, Dick —dijo Shakespeare—. Si estas palabras llegan a los oídos equivocados, tendrás que dar explicaciones ante la Inquisición.

—Esto por la Inquisición —Burbage carraspeó y escupió.

“Para él es fácil ser tan valiente”, pensó Shakespeare. “Él no está bajo sospecha… aún”. De la misma forma que habían hecho las súplicas desesperadas de Edward Kelley, las preguntas del Teniente De Vega le recordaron el poder soberano del miedo. El español aún parecía lo suficientemente amable y respetuoso; pero

Shakespeare sabía que ya no volvería a pensar que era un estúpido y un inocente. “Para cuando esto acabe, veré enemigos y espías en todos los rincones, igual que Marlowe”. Ya había tenido ese pensamiento antes.

Pero el desdén de Burbage hizo que Shakespeare formulara la pregunta que sabía que tarde o temprano debería hacer:

—Entonces, ¿desearías que aún viviésemos bajo el reinado de Elizabeth? —En el lado izquierdo de la calle se extendía un campo. Cuando giró la cabeza en esa dirección, divisó a lo lejos la amenazante masa de la Torre. ¿Qué haría allí Elizabeth? ¿En qué debía estar pensando? Un bonito problema para un dramaturgo.

Burbage siguió su camino durante un rato sin responder, se dio el tiempo necesario para considerarlo. Aunque al final habló.

—Un hombre hará lo que sus necesidades le hagan hacer, de manera que pueda vivir y prosperar si su destino es ese. Eso lo sabemos. Eso es lo que se nos ha enseñado estos últimos nueve años. Pero cuando me preguntas que qué preferiría. Soy inglés, Will. Si tú piensas lo contrario, corre a contárselo a tu ceceante amigo —se burló del acento castellano de De Vega.

“No es amigo mío”. Shakespeare empezó a decirlo; pero no era verdad, al menos, no lo era hasta que De Vega había empezado a preguntar sobre Kelley. El español era inteligente, y una compañía excelente: sabía todo lo que había que saber sobre el teatro de su país y había aprendido mucho sobre el de Inglaterra. Si alguna vez se ponía a escribir en lugar de hablar eternamente, podía hacerse un nombre.

—Has sido un estúpido al revelarme tus pensamientos, sabes que podría traicionarte —contestó Shakespeare tras un breve silencio propio.

—La traición nunca prospera: ¿Por qué? Por que si prosperase, nadie osaría llamarla traición —citó Burbage, y luego se colocó el sombrero a un lado— se me ha olvidado, ¿es tuya la cita?

Shakespeare negó con la cabeza.

—No, de otro hombre. Gracias, me doy por contestado.

—¿Y si hubiera gritado “¡Viva!” por la reina Isabel?

—Muchos gritan a la prosperidad —dijo Shakespeare.

—Los españoles están aquí y, por lo que parece, aquí piensan quedarse —dijo Burbage.— Un hombre debe vivir, como he dicho antes, y, para vivir, debe vivir con ellos. Hasta aquí pienso llegar, hasta aquí y no más. El que lloriquea y lame el culo a los españoles, como si fuera un perro callejero costroso que sólo gañe acompañado de una manada de alanos… ¡Esto para él! —Volvió a escupir.

Sus caminos se dividieron poco después de atravesar el muro. Shakespeare se dirigió a la casa de huéspedes. Burbage tenía casa propia en una zona más próspera de la ciudad, más al oeste. “Podría volver a Stratford”, pensó Shakespeare. “Allí tengo un hogar, una esposa y unos hijos”. Maldijo en voz baja. Su hijo Hamnet murió el año anterior a causa de algún tipo de fiebre infantil y le enterraron antes de que Shakespeare pudiera regresar a Warwickshire.

Un terrier pasó orgulloso por su lado, entre sus mandíbulas colgaba una rata muerta. Shakespeare suspiró y chasqueó la lengua entre los dientes. Si hubiera vuelto a Stratford, Anne hubiera querido que se quedara allí. Si se hubiera quedado, no habría tenido que preocuparse de los españoles altaneros. Apenas se había visto alguno por la región central de Inglaterra.

"¿Pero cómo podría quedarme?" Se preguntó a sí mismo la misma pregunta que le había formulado entonces a su esposa. Tenía una vida mucho mejor en Londres que la que podría haber tenido en Stratford: suficiente para enviarle dinero a Anne y a sus hijas, Susanna y Judith. Y Anne no era siempre una persona fácil de tratar. Era más feliz y se sentía más libre cuando admiraba sus virtudes desde la distancia, en lugar de tenerlas delante de sus narices.

Cuando entró en la casa donde tenía la habitación alquilada, Jane Kendall le recibió con un:

—Un hombre ha preguntado por vos hoy, maestro Will.

—¿Un hombre? —preguntó Shakespeare con gran sorpresa y no menos alarma. Su casera asintió. A la vez que luchaba por mantener la calma, encontró otra pregunta que formular. —¿Qué tipo de hombre? ¿Uno de los españoles?

La viuda del candelero negó con la cabeza. Shakespeare deseó que no se notara lo aliviado que se sentía.

—Era un hombre de vuestra edad —dijo la viuda—, ni alto ni bajo. Diría que era poco agraciado; pero con una mirada… Si me hubiera pedido que jugara con él a los dados, no hubiera jugado con los que hubiera traído él.

Shakespeare frunció el ceño y se rascó la cabeza.

—No parece que sea ningún hombre que conozca —dijo lentamente— ¿Dio algún nombre para reconocer ese semblante poco agraciado?

Antes de que la casera pudiera responder, Peter Foster rió estridentemente.

—¿Era el nombre de su mujer, de su amante o de su hija?

—¡Desaparece! —dijo Shakespeare, el cual notó que las orejas le hervían. No llevaba vida de monje en Londres, pero no había, o al menos no lo creía así, dado ningún motivo a nadie para que vinieran a buscarlo por alguna razón de este tipo. El Teniente De Vega se jactaba de los cuernos que había puesto a muchos maridos. Shakespeare, por el contrario, veía en la discreción la mejor parte del placer.

De nuevo, la viuda Kendall sacudió la cabeza.

—No dijo nada respecto a ningún tema de este tipo. Y sí que dejó un nombre; pero no logro recordarlo… Cada año que pasa me vuelvo más olvidadiza. Me asusta —pero, de repente, sonrió y chasqueó los dedos—. ¡Skeres! —exclamó con placer.

—¿Perdonad? —dijo Shakespeare, pensaba que había exclamado alguna maldición y se preguntó porqué.

—Skeres —volvió a decir—. Nick Skeres fue el nombre con el que se presentó.

—Oh —el poeta sonrió al ver que la confusión se había resuelto. Aún así… —Quizás me conozca, o haya oído hablar de mí, pero yo no le conozco. ¿Dijo algo de

cuándo podría volver a venir?

—Ni una palabra al respecto —contestó la viuda,— Le dije que, durante el día, buscara al maestro Will en el Theatre. Debe ser un necio, y un gran necio por eso, al saber donde os alojáis pero no donde os ganáis el pan.

—Os agradezco vuestras palabras —Shakespeare no estaba totalmente seguro de que debiera darle las gracias. Le hubiera sorprendido en cualquier momento que un extraño pidiese por él. Bueno… Exhaló por la nariz un silencioso suspiro. No había nada que hacer.

Cuando habló, Peter Foster sonó astuto e inteligente y más experimentado.

—Tened cuidado, maestro Will. Este granuja podría ser un alguacil, que podría haber venido para llevaros a Clink o a cualquier otra prisión.

—No he hecho nada contrario a la ley —dijo Shakespeare. “Aún”.

La sonrisa de Foster se compadecía de un hombre capaz de tanta ingenuidad.

—En ese caso le han pagado, eso le importará un comino. Unos cuantos chelines pesan más que el buen nombre de una persona. —Nuevamente, su tono de voz era la de una persona que sabía de lo que hablaba. Sus ojos echaron un vistazo rápido al cinto de Shakespeare—. Ni tan siquiera tenéis espada.

—No me haría ningún bien —dijo Shakespeare tristemente—. Incluso para un actor, un figurante, con la espada en la mano soy un necio con manos de mantequilla, y doy muestra de ello cuando ensayamos nuestras escenas para una obra en la que hay manejo de espada.

—Vos lo sabéis, y ahora yo también lo sé, pero ¿lo sabrá ese Nick no sé qué? Permitidme que lo dude —Foster le guiñó el ojo—. Y si él os viera con un estoque colgado al cinto, ¿qué pensaría? Algo como: “Aquí hay una bestia de hombre que podría partirme en dos”, o algo por el estilo. El puercoespín no necesita lanzar sus púas para asustar a las demás bestias, le basta con tenerlas.

Nuevamente, el hojalatero, si eso era a lo que se dedicaba, tenía razón. Shakespeare se inclinó.

—Muchas gracias, maestro Foster. Creo que tendré en cuenta vuestro consejo.

Cogió sus herramientas de escritura del baúl y se dirigió a la taberna a comer y a trabajar. La cena de tres peniques, como dijo la camarera, consistía en:

—Un revoltijo de anguilas cocido con puerros. El maestro Humphrey ha bajado al muelle de Fish Wharf y ha traído un tonel lleno.

—¿Anguilas? —A Shakespeare se le hizo la boca agua—. Tráelas, Kate, con una copa de jerez para acompañarlas.

—La cerveza entra en la cena de tres peniques. El vino es un penique más —le advirtió Kate. Shakespeare asintió, lo quería igualmente.

Cuando las anguilas llegaron, se las comió con deleite, saboreando la carne rica y grasa, y deteniéndose cada dos por tres para escupir las espinas al suelo. Luego sacó papel, plumas y tinta y se puso a trabajar. Avanzaba poco a poco: cada vez que alguien entraba en la posada, levantaba la vista para ver si era el hombre que había

preguntado a la viuda Kendall por él. Pero no había extraños de aspecto poco agraciado, sólo personas que, como él, cenaban a menudo allí. Algunos de ellos intercambiaron una o dos palabras con él; la mayoría, al verle trabajando, le dejaba tranquilo. Cuando le interrumpían, a veces se ponía de mal genio; incluso, en alguna ocasión, se había puesto furioso.

Aunque esa noche, sus propios recelos eran los que no cesaban de interrumpirle. No era una noche de aquellas en las que tenía que preocuparse por el toque de queda. Que apenas hubiera avanzado algo de "Trabajos de amor ganados" le sobrevenía como un milagro menor.

Los dos actores -en realidad, los dos soldados españoles- que representaban a Liseo y a su sirviente, Turín, aparecieron en lo que representaba ser una posada en la ciudad española de Illescas, que se encontraba a unas veinte millas al sur de Madrid. El que hacía de Liseo vaciló, se mordió el labio y parecía confundido. Lope de Vega le siseó la línea en español:

—¡*Qué lindas posadas!*

—¡Qué lindas posadas! —repitió, obedientemente, el soldado, cuyo verdadero nombre era Pablo. Podría haber sido una estatua de madera ligeramente, muy ligeramente, animada, pintada para parecer animada; pero, aún así, de madera.

—¡*Frescas!* —asintió el tipo que hacía de su sirviente (su verdadero nombre era Francisco). Sabía que, en realidad, tenía que decir "Aire fresco", para sugerir la existencia de un agujero en el techo imaginario, pero hacerlo hubiera sonado más poco real de lo que Pablo lo había dicho.

Antes de que pudieran empezar a quejarse sobre la probabilidad de la existencia de chinches y piojos, Lope alzó los brazos al aire.

—¡Parad! —gritó— ¡Por Dios y por todos los santos, parad!

—¿Qué ocurre, Teniente? —preguntó el soldado que hacía de Turín—. Me acordaba de mi frase, y Pablo parecía que también fuera a acordarse de su siguiente frase.

—¿Que qué ocurre? ¿Que qué ocurre? —El tono de voz de Lope aumentaba con cada repetición—. Yo os diré lo que ocurre. ¿Cuál es el nombre de mi obra?

—*La dama boba* —respondió Francisco— ¿Es ese el problema, señor?

—Dios dame fuerzas —murmulló De Vega. Se dio la vuelta hacia los soldados—. Así es. Se supone que la señora Finea debe ser una boba. La intención no es que vosotros dos seáis los bobos. ¡Entonces, ¿por qué os comportáis como si fuerais un par de bobos?! —empezó a rugir nuevamente.

—No lo hacíamos —dijo Pablo ofendido—. Simplemente repetíamos nuestras frases.

—Si las repetís de esa forma, ¿quién queréis que las tome en serio? —preguntó Lope—. No pareceríais más rígidos si estuvieseis embalsamados. Se supone que esto

es una comedia, no un espectáculo de luto para… —Empezó a decir “para el Rey Felipe”, pero se detuvo. El Rey de España aún no había fallecido—. Para Julio César —finalizó.

—Lo hacemos lo mejor que podemos, señor —dijo Francisco.

Eso podría haber sido verdad. Probablemente, era verdad. Pero no era excusa suficiente, sobre todo en el estado nervioso de Lope en ese momento.

—¡Pero es que no sabéis actuar! —aulló—. Deberíais ir a una obra para ver cómo lo hacen esos ingleses. ¡Eso son actores y no una panda de maniquís de sastre!

—Al diablo con esos malditos ingleses —replicó Pablo—. Vinimos a este miserable país para asegurar que esos indeseables se comportaban, no para ridiculizarnos en obras teatrales. ¡Si no os gusta como lo hacemos, lo dejamos!

—Así es —dijo Francisco.

—¡No podéis hacerlo! —exclamó Lope—. Se supone que en una semana tenéis que empezar a representar la obra.

—¿Y qué? Estoy hasta las narices de esto —dijo Pablo—. Esto no forma parte de mis obligaciones. Si creéis que los malditos ingleses son tan buenos actores, *señor* Teniente, vaya a buscarlos para que actúen en vuestra obra. *Hasta la vista*. —Salió con paso firme seguido del soldado que hacía de su sirviente, que, tras ellos, cerró la puerta de un portazo.

Lope echaba pestes. Se puso en pie de un salto y le dio un puntapié al banco sobre el que había estado sentado, el cual se vino abajo y casi le rompió uno de los dedos del pie. Mientras saltaba sobre un pie, y seguía maldiciendo, se preguntó cómo demonios iba a representar *La dama boba* sin dos de sus principales personajes. Si hubiera podido conseguir hombres de la compañía teatral de Shakespeare para que recitaran en español, lo habría logrado. Excepto cuando maldecían, los ingleses no querían aprender español.

Con cuidado, apoyó el peso sobre el pie lastimado. No estaba demasiado mal, no creía que se hubiera roto nada.

—Me gustaría partirles esas enormes y estúpidas cabezas —murmulló. Él era un oficial. Ellos no eran más que soldados. Podía ordenarles que actuasen. Pero no podía ordenarles que fueran buenos. Para empezar, por una parte, no es que fueran muy buenos. Por otra parte, seguramente lo hacían mal por despecho. Si él hubiera sido un soldado raso al que hubieran ordenado hacer algo que en realidad no quisiera hacer, se hubiera esforzado en echar gravilla al engranaje. No pasaba nada, entendía ese impulso.

De repente, chasqueó los dedos con placer. Corrió hacia el despacho del Capitán Baltasar Guzmán. Guzmán estaba puliendo algo que acababa de escribir para absorber la tinta sobrante.

—*Buenos días*, Teniente De Vega —dijo con cierta sorpresa—. No esperaba veros esta mañana. Pensaba que estabais ocupado con vuestros actos teatrales. ¿Significa esto una nueva devoción hacia vuestros deberes?

—Excelencia, siempre muestro devoción hacia mi función —dijo Lope. No era totalmente cierto, pero sonaba bien. —Y los poderes existentes han sido lo suficientemente amables para fomentar mis obras. Dicen que mantienen a los hombres felices ofreciéndoles algo de lo que podrían tener en casa.

—Sí, eso dicen —dijo el Capitán Guzmán poco convencido. Pero prosiguió—. Si eso es lo que dicen, difícilmente puedo estar en desacuerdo. ¿Qué es lo que necesitáis entonces?

—A vuestro sirviente, Enrique —respondió Lope. Guzmán parpadeó. Lope le explicó cómo acababa de perder a dos actores—. Dios debe haberme aportado esta idea, Excelencia. Enrique adora el teatro, es listo, actuaría bien y, dado que es un sirviente y no un soldado, no se enfurruñaría como han hecho Pablo y Francisco. Si pudierais darle el suficiente tiempo libre como para aprenderse el papel de Liseo, estoy seguro de que os sentiréis orgulloso cuando le veáis actuar.

Una de las expresivas cejas del Capitán Guzmán se arqueó.

—¿Os ha sobornado él para que me sugiráis esto?

—No, señor. No lo ha hecho. Solo desearía que se me hubiera ocurrido antes la idea de contar con él.

—Muy bien, Teniente Primero. Podéis tomarlo prestado, y rezaré para que me lo devolváis algún día —dijo Guzmán—. Y bien, ¿quién tenéis en mente para el otro puesto vacante, para el papel del sirviente de Liseo, no es así?

—Iba a utilizar a mi propio sirviente, Diego.

La ceja de Guzmán volvió a arquearse, esta vez para transmitir una expresión distinta.

—¿Estáis seguro? ¿Conseguís que se mueva por sí solo?

—Si no hace lo que le diga, puedo convertir su vida en un infierno, y lo haré —dijo Lope—. Es una cuestión de hecho, aún espero poder sacar de él algún tipo de trabajo real. Por mucho que intente dormir todo el día, al fin y al cabo es mi sirviente. Quizás no le posea de la misma manera que haría con un negro de Guinea; pero estoy autorizado a mucho más de lo que nunca me ha dado.

—Ciertamente estáis autorizado. Ahora, si lo conseguiréis es otra cuestión. Aún así, esa es vuestra preocupación y no la mía —la risa entre dientes de Guzmán sonó más como si se estuviera riendo de Lope que con él—. Os deseo buena fortuna. También os puedo decir que creo que necesitaréis más de la que yo os puedo desear.

—Eso ya lo veremos —dijo De Vega, aunque temía que su superior estuviera en lo cierto—. Se supone que ahora debe estar lustrando mis zapatos. Lo odia. Quizás prefiera actuar que hacer algo que odia —suspiró—. Por supuesto, lo que prefiere hacer es no hacer nada.

Cuando entró en su habitación en el cuartel español, Diego no estaba lustrando sus zapatos. Tampoco era porque ya hubiera acabado de hacerlo, las botas se encontraban junto a la cama, raspadas y sucias, y Diego estaba en la cama, felizmente inconsciente y roncando.

Lope le zarandeó. Sus ojos se abrieron de par en par.

—¡Santo Dios! —exclamó en un bostezo—. ¿Qué sucede? —Luego, la inteligencia, o lo que tenía de inteligencia, retornó a su cabeza—. Oh. *Buenos días*, señor. Pensaba que habíais salido durante el resto del día.

—De manera que tú pudieras pasarte todo el día en la cama, ¿no? —dijo De Vega —. No ha habido tanta suerte. Felicidades, Diego. Estás a punto de convertirte en la nueva estrella del escenario.

—¿Qué? ¿Yo? ¿Actor? —Diego negó con la cabeza—. Antes la muerte —hizo como que desaparecía bajo las sábanas.

El silbido de la espada de Lope al desenvainarse detuvo el ademán antes de que empezara.

—Créeme, vago inútil, eso puede solucionarse —dijo—. Si crees que estoy bromeando, está en tus manos adivinarlo.

No sabía si acabaría o no con la vida de su sirviente. Tampoco Diego parecía estar muy seguro de ello. Observó a Lope con resentimiento somnoliento.

—¿Qué es lo que queréis… *señor*? —dijo. Su mirada nerviosa seguía fija sobre el estoque.

—Levántate. Vístete. Te aprenderás, por Dios, Diego, si te aprenderás, el papel de Turín. Es un sirviente y algo chismoso, así que debería adaptarse bien a ti.

Con un bostezo, Diego se dignó a sentarse.

—¿Y si no? —preguntó.

Lope mantenía la punta del estoque frente a la nariz del sirviente, de manera que Diego tenía que bizquear para verla. —Si no lo haces... —dijo Lope—. Si no lo haces, la primera cosa que sucederá es que te relegaré de tus funciones a mi servicio.

—Ya veo —Diego no era muy astuto; De Vega podía leerle la mente. “Si me despides, ofreceré mis servicios a algún otro español, y me pegaré a él como una lapa a una roca. Quienquiera que sea, no me hará actuar”.

En un gesto de lamento, Lope negó con la cabeza.

—Ya he discutido este asunto con el Capitán Guzmán. Ya sabes lo escasos que vamos de hombres -españoles buenos, fuertes y valientes- en Inglaterra. Cualquier sirviente despedido por su amo va directo a la armada como piquero destinado a la frontera con Escocia. El norte de Inglaterra es un lugar desagradable. El tiempo es tan malo que, en comparación, Londres parezca Andalucía. Los escoceses son grandes y feroces y blanden espadas a dos manos que llaman, creo, “claymores”. Rebanan cabezas. No comen carne humana como se dice que hacen los irlandeses, pero rebanan cabezas. Creo que a mí me servirías poco como trofeo, pero quién sabe lo poco exigente que puede llegar a ser un escocés.

Mentía, al menos en parte. No sobre el norte de Inglaterra, tenía muy mala reputación, y Escocia aún peor. Pero los sirvientes despedidos no se convertían directamente en carne de cañón. Por supuesto, Diego no lo sabía. Y Lope sonaba convincente. No era un Burbage o un Edward Alleyn, pero sabía actuar.

—Apartad esa estúpida espada, *señor* —dijo Diego—. Soy vuestro hombre. Si tengo que ser vuestro actor, seré vuestro actor —Y, como muestra de ello, se levantó de la cama.

—Ah, muchas gracias, Diego —dijo dulcemente Lope, y envainó el estoque—. Estaba seguro de que entrarías en razón —el sirviente, aún en camisón, hizo un comentario mordaz en voz baja. Tal y como debía hacer todo aquel que tenía un sirviente, Lope había aprendido a no escuchar. Esta pareció ser una de esas veces.

William Shakespeare salió de una pollería en Grass Street con un par de plumas de oca nuevas, listas para convertir en plumas para escribir.

—Volved cuando queráis, señor —dijo el pollero mientras salía—. Con frecuencia, las plumas van a la basura, y un par de peniques siempre son bienvenidos. Ya no es como en mis viejos tiempos, cuando los flecheros las compraban a montones para fabricar flechas.

—La pluma es más poderosa que la espada, eso dicen —contestó Shakespeare—, pero no sé si eso también puede aplicarse a las flechas. Seguro que la pluma dura más que la flecha.

Complacido consigo mismo, empezó a caminar de vuelta a su alojamiento en Bishopsgate. Acababa de girar la esquina cuando un hombre que iba en su dirección se detuvo en medio de la estrecha y embarrada calle.

—Perdonad, señor —dijo señalándole— ¿acaso no sois vos el maestro Shakespeare, dramaturgo y poeta?

A menudo le reconocían fuera del Theatre. Normalmente, eso le satisfacía. Hoy… Hoy, deseaba que llevara un estoque, tal y como Peter Foster le había sugerido, aunque fuera uno de los de las obras, sin el filo y el temple adecuado. En lugar de asentir, preguntó:

—¿Quién le reclama? —como si se tratara de otra persona.

—Soy Nicholas Skeres, señor —el hombre hizo una reverencia. Cumplía con la descripción poco favorecedora de la viuda Kendall, pero hablaba de forma suficientemente educada. Y sus siguientes palabras captaron la plena atención de Shakespeare. —El maestro Phelippes me ha enviado a buscarle.

—¿Es cierto lo que decís? —dijo Shakespeare, y Skeres asintió. —¿Y qué es lo que queréis? ¿Qué es lo que quiere? —preguntó Shakespeare.

—Bueno, sólo que me acompañéis a cierta casa y que conozcáis a cierto hombre —contestó Nick Skeres—. ¿Qué podría ser más fácil? ¿Qué podría ser más seguro? —Su sonrisa mostró los dientes torcidos, uno de ellos negro. Por el brillo en sus ojos, pudo ver que, en su día, había vendido muchos caballos sin valor alguno a precios considerables.

—Mostradme alguna señal del maestro Phelippes, de manera que pueda saber que lo que decís es cierto —dijo Shakespeare.

—No sólo os lo mostraré, os lo daré —Skeres extrajo algo de una bolsa en su cinto y se lo extendió a Shakespeare—. Guardáoslo, señor, con la esperanza de que otras como ésta vuelvan a acuñarse de nuevo y a verse por todo el país.

Era un penique de cobre, con la mirada de Elizabeth puesta en Shakespeare. Aún circulaban muchas de las viejas monedas, así que no era seguro que fuera una señal, pero Skeres había dicho las palabras acertadas, de manera que… De repente, Shakespeare asintió.

—Guiadme, señor. Os seguiré.

—Soy vuestro sirviente —dijo Skeres, a lo que Shakespeare dudó con toda su alma: parecía un hombre centrado primero en sí mismo, y también después y siempre. Avanzó a paso rápido, Shakespeare siguió sus pasos.

Creía que irían hacia el vecindario al norte del muro, o quizás a Southwark en la ribera lejana del Támesis: seguramente a alguna casa humilde para encontrarse con un estafador o con un rufián, un hombre que no se atrevía a mostrar su rostro en compañía de gente educada. Y Nicholas Skeres le llevó fuera de Londres, pero hacia el oeste, hasta Westminster. En Somerset House y cerca de la iglesia de St-Mary-le-Strand, Skeres giró en dirección norte, hacia Drury Lane.

Importantes nobles residían en esas magníficas casas, mitad ladrillo, mitad madera. Una de esas casas podía albergar un par de casas vecinales pobres. Shakespeare estaba seguro de que Skeres pasaría de largo, dejaría esto atrás, y se dirigiría a St. Giles, que estaba más adelante. Pero se detuvo y entró en una de esas casas. Ni tan siquiera se dirigió a la entrada del servicio, sino que valientemente llamó a la puerta principal.

—¿Vive “aquí” vuestro amo? —dijo Shakespeare con cierta incredulidad.

Skeres negó con la cabeza.

—No. Eso sería demasiado peligroso. Pero no vive lejos —se detuvo, la puerta se abrió. El hombre que estaba ahí de pie no era más que un sirviente; pero iba mejor vestido que Shakespeare. —Nos esperan —dijo Nick Skeres y murmuró algo tan bajo que el poeta no pudo oír.

Fuera lo que fuera, cumplió con su propósito. El sirviente hizo una reverencia.

—Acompáñenme. Les espera. Les llevaré ante él —dijo.

A medida que caminaban por unos y otros pasillos, los pies de Shakespeare distinguían suaves alfombras. Estaba más acostumbrado al crujido de las prisas en las dependencias interiores. La casa era enorme. Se preguntaba si sería capaz de encontrar la salida sin ayuda. “Como hizo Teseo de Atenas en el laberinto, debería soltar hilo a mi paso”.

—Ya hemos llegado, buenos señores —dijo al final el sirviente y abrió una puerta —. Ahora les dejaré aquí. Dios les ampare —ligero y silencioso como una serpiente, se retiró.

—Venga —dijo Nick Skeres. En cuanto Shakespeare hubo entrado en la sala, Skeres cerró la puerta tras de sí. Luego hizo una profunda reverencia ante el viejo

señor que estaba sentado en un sillón tapizado cerca de la chimenea en la pared más lejana; un libro descansaba sobre el brazo del sillón. —Dios os dé un buen día, Lord Burghley. Os presento al maestro Shakespeare, el poeta, a quien me han pedido que traiga aquí ante vos.

Shakespeare se dio prisa en hacer una reverencia.

—Il…Ilustrísima —tartamudeó. Si Skeres le hubiera contado que iba a ver al que, durante años, fue el tesorero de la Reina Elizabeth, le hubiera tachado de mentiroso en su cara y hubiera proseguido con sus quehaceres. Pero ahí, sin duda alguna, se encontraba Sir William Cecil, Primer Barón de Burghley. Después de que los soldados del Duque de Parma conquistaran Inglaterra, la mayoría de los consejeros privados de Elizabeth huyeron a principados protestantes en el continente o conocieron al verdugo del hacha. Pero Burghley, a petición específica del Rey Felipe, había sido perdonado.

Debía estar más cerca de los ochenta que de los bíblicos setenta. Su barba era blanca como la leche, más blanca que su gorguera, y crecía fina y escasa. Su carne era también pálida, y parecía más suave e hinchada de lo que debería, casi hidropónica. Bajo sus ojos, oscuras y flácidas ojeras. Pero esos ojos azules seguían alerta e inteligentes, a pesar de una catarata que había empezado a nublar uno de ellos. El escudo de la Orden de los Garter, con la imagen de San Jorge matando a un dragón, colgaba de una cadena gruesa de oro por encima de sus hombros.

—Encantado de conoceros, maestro Shakespeare —dijo; su voz retumbó profunda sin mucha fuerza—. Hace ya un tiempo que vuestros poemas y obras me merecen una buena opinión.

—Sois mucho más generoso de lo que merezco —dijo Shakespeare, aún perplejo. Seguramente, no le habían llamado únicamente para oír grandes elogios. Negó con la cabeza, molesto consigo mismo por ser tan estúpido por incluso pensar algo así. La mano de Thomas Phelippes estaba tras esto. Phelippes, fuera lo que también fuera, no era un hombre de los que perdían el tiempo con cosas sin importancia.

—Sentaos. Sentaos. —Lord Burghley indicó a Shakespeare y a Nicholas Skeres un par de sencillos taburetes de madera frente a su sillón. Expectoró en diversas ocasiones mientras se acomodaban, Shakespeare lo hizo de forma nerviosa, y luego prosiguió—. Este es el invierno de nuestro descontento —Shakespeare se agitó. La sonrisa de Burghley dejó entrever diversos dientes caídos y otro más roto—. Sí, oí a Burbage, como Ricardo, recitar vuestras palabras. Contenían más verdad que las de los Plantagenet. ¿Sabéis que el Rey Felipe se muere?

—He oído algo al respecto —contestó cautelosamente Shakespeare, mientras pensaba que el propio Sir William Cecil también lo hacía.

No mucho después de que este pensamiento cruzara por su mente, el noble esbozó una risita legañosa.

—Competimos a ver quién entierra a quién. Pero cuando los gusanos nos devoren, la victoria será mía, ya que mi hijo es mejor que su principucho.

Probablemente, trataréis con Robert antes de que este asunto termine; pero, de momento, lo haréis conmigo.

—Soy vuestro sirviente, mi señor —dijo Shakespeare, tal y como había dicho antes Nick Skeres. Pero Skeres sólo había sido educado de forma aduladora. Shakespeare no podía imaginarse el hecho de desobedecer a Lord Burghley, y no quería imaginarse lo que le sucedería si lo hiciera.

—¿Mi sirviente? —Sir William Cecil negó con la cabeza. La carne de sus mejillas tembló como gelatina, como no lo hubiera hecho la de un hombre saludable. —No. Seréis mi brazo derecho y la espada en él para asestar un golpe por Inglaterra como nadie ha dado antes.

Shakespeare pensó en Christopher Marlowe, y en la furia que Kit sentía al sentirse excluido de esta trama. También pensó que, con mucho gusto, le habría cedido su lugar a Marlowe. Pero si tenía que hacerse, tenía que hacerlo el mejor hombre. Tanto Shakespeare como Marlowe sabían quién era ese hombre.

—Con vuestro permiso, señor —dijo Shakespeare—, debo informaros de las posibilidades de que todo vaya tal y como desearíamos… —su voz se apagó. No podía decirle a Burghley lo bajas que pensaba que eran las posibilidades.

El gesto fue suficiente. Lord Burghley volvió a reírse, luego empezó a toser de nuevo y tuvo dificultades para dejar de hacerlo. Cuando por fin lo hizo, habló.

—¿No creéis que, al oír sobre el fallecimiento del tirano Felipe, nuestros audaces ingleses recordarán que son libres y valientes? ¿No creéis que lo harán, si alguien les recuerda lo que eran, lo que son y lo que quizás serán?

Shakespeare mostró sus dientes en una mueca que era todo excepto una sonrisa.

—¿Acaso, Ilustrísima, debo ser como Atlas el que soporte la carga del peso de todo el mundo sobre sus hombros?

—Yo aligeraré algo dicha carga; así será —Lord Burghley cogió el libro. A pesar de haberse colocado los anteojos sobre la nariz, tenía que mantener el tomo a poca distancia para leer. Hojeó rápidamente, luego más lentamente, hasta que al final gruñó de satisfacción. Luego, para sorpresa de Shakespeare, pasó del inglés al latín. —¿Conocéis la lengua de los romanos, maestro *Guglielmus?*

Shakespeare recordó a Thomas Jenkins, el maestro que, con una vara, se aseguró de que las lecciones de latín quedaran grabadas en su mente, y asintió.

—Sí, señor, aunque ha pasado tiempo desde la última vez que lo usé en voz alta. Sería una cortesía por su parte que hablara despacio.

Nicholas Skeres miraba a uno y a otro. Un ligero rubor coloreó sus mejillas.

—No nos entiende, ya que no ha aprendido latín —dijo Sir William Cecil.

—¿Estáis seguro? —preguntó Shakespeare—. Parece un hombre que da muestras de menos de lo que realmente sabe.

Burghley asintió con fuerza.

—En esto no os engaña. Tened cuidado con él en una reyerta, ya que siempre guardará un cuchillo en la manga o en una bota. Pero debéis creerme cuando os digo

que el latín no se encuentra entre las habilidades que oculta.

—Muy bien, señor —no estaba muy bien; Shakespeare no confiaba plenamente en Nick Skeres. Pero había llevado sus quejas todo lo lejos que había podido—. ¿Qué me diríais a mí que no diríais ante su conocimiento?

—Si fuisteis un estudioso del latín, seguramente revisasteis los *Annales* de Tácito.

—Así fue —asintió Shakespeare—. Fue un trabajo muy duro, os confieso, ya que se trata de un autor difícil.

—¿Recordáis el pasaje con el que empieza el capítulo vigésimo noveno del catorceavo volumen de dicha obra?

—Os pido disculpas, señor, pero no lo recuerdo. Quizás si me contáis de qué trata, mi memoria os lo agradecerá.

—Haré algo mejor que eso. Atended —con la vista posada en el libro, ahora sobre su regazo, Burghley empezó a leer el sonoro texto en latín. Tras algunas frases, miró a Shakespeare por encima de sus gafas. —¿Me seguís?

—Cojo el sentido, sí, aunque no me vería capaz de traducir en voz alta.

—El sentido es suficiente —le dijo Lord Burghley—. Ya no sois un estudiante, y yo no soy vuestro maestro. No os castigaré con la vara si os equivocáis con un ablativo o un dativo. ¿Prosigo?

—Como os plazca, señor.

Sir William Cecil continuó leyendo hasta el final del pasaje. Para alivio de Shakespeare, una vez el poeta hubo admitido sus dificultades para seguir la gramática, leyó más lento. Cuando terminó, volvió a posar su mirada sobre Shakespeare.

—¿Os dais cuenta de las posibilidades dramáticas inherentes en esta sección?

—Así es —Shakespeare tuvo que hacer una pausa e ir lentamente para transmitir sus pensamientos en latín. Las posibilidades que Burghley había mencionado bullían en su mente. Quería hablar sobre éstas en ingles plano, en el que escribía. Incluso más que eso, quería salir de esa lujosa casa en Drury Lane, coger papel, plumas y tinta y sentarse en su taberna o en algún sitio lo suficientemente tranquilo como para empezar a trabajar.

Podía ser que Lord Burghley también se percatara de ello, ya que esbozó una sonrisa.

—¿Y veis qué forma quisiera que tuviera el drama que brota de este texto?

—Sí —Shakespeare asintió—. Queréis que el público compare a los romanos con... digamos, un pueblo más contemporáneo que habla una lengua que proviene del latín. A partir de aquí, podría continuar...

Burghley alzó una mano.

—No hace falta que digáis más, *magister Guglielmus*. Veo que habéis adivinado perfectamente mi propósito. De ahí mi siguiente pregunta: ¿Podéis hacerlo?

Shakespeare volvió al inglés, ya que quería asegurarse de que se hacía entender.

—Mi señor, puedo hacerlo; de eso, no hay duda alguna. Pero, ¿debería hacerlo?

Ahí es donde reside la dificultad, ya que si el primer garabato de la pluma sobre el papel ya representaría traición, no hablemos de la representación basada en éste.

—Eso podéis decirlo en inglés, con plena seguridad ya que ya lo sé —dijo Nick Skeres.

William Cecil también regreso a su habla nativa.

—Una sola representación es todo lo que espero o deseo.

—¡Santo Dios y la Virgen santísima, eso espero! —exclamó Shakespeare—. Ya que después de la primera, nunca volvería a haber, nunca podría volver a haber, una segunda.

Pero Burghley negó con la cabeza.

—Estáis equivocado. Si la primera desencadena los sucesos tal y como esperamos, ¿no creéis que vuestras palabras no sólo perdurarán durante una época, sino por siempre jamás?

—¡Esa sí es una buena razón! —Los pequeños ojos vivaces de Nick Skeres se iluminaron—. Daría uno de mis testículos por alcanzar la fama eterna, ¡qué me execren si no lo haría!

Que semejante fama pudiera ser suya, nunca había pasado por la cabeza de Shakespeare. Cualquier actor que soñara con cosas similares debía estar loco. Lo normal era que sus representaciones sobre el escenario se las llevara el viento. El chico más joven que le había visto crecería, se haría mayor y moriría y entonces, ¿qué sería él? Un fantasma. Peor aún, un fantasma olvidado. Tenía la esperanza de que sus obras duraran más que los recuerdos de sus actuaciones, pero la esperanza sólo era eso, esperanza. El único dramaturgo que conocía que esperaba hacerse famoso era Marlowe, y Kit tenía arrogancia suficiente como para un ejército y aún le sobraba.

Aún así, Lord Burghley tenía algo de razón; no había duda de ello. Si pudiera lograrlo, si pudiera ayudar a lograrlo... Sus ojos debieron brillar como un instante antes habían hecho los de Skeres.

—¿Entonces lo haréis? ¿Lo llevaréis al escenario en el momento acordado? —dijo Burghley.

—Mi señor —Shakespeare extendió inútilmente las manos—, confío en que vos estéis convencido de que sólo aportaré buena voluntad. Y, como buena voluntad es lo que quiero aportar, tengo que deciros que esta presentación, que con tantas ansias deseáis, no es tan fácil de llevar a cabo en la próxima estación como suponéis, Ilustrísima.

El frunce de ceño de Sir William Cecil hizo pensar a Shakespeare en las nubes negras que se congregan antes de la tormenta. Ante él se encontraba un hombre poco acostumbrado a escuchar objeciones o dudas.

—Proseguid —fueron las únicas palabras del noble, tras una profunda exhalación.

—Muchas gracias, mi señor. Entonces, escuchadme —Shakespeare tomó una bocanada de aire antes de proseguir—. Puedo escribir la obra. Con lo que me ha aportado, puedo convertirla en el arma que deseáis. Puedo montar en cólera

directamente a los mosqueteros. Una vez haya escocido la herida, no habrá forma de retomar el control de la moderación.

—Bien, ¿y entonces? —Burghley cruzó los brazos con mangas de terciopelo sobre el pecho, tapando la Orden de los Garter que llevaba. —¿Qué más deseáis?

“Aquí un hombre sabio que se muestra como un estúpido”. Shakespeare se recordó a sí mismo que el teatro no era el fuerte de Burghley.

—Mirad, mi señor, debéis pensar una cosa: una obra es algo más que palabras sobre el papel. Significa hombres y chavales sobre un escenario, haciendo que las palabras y las escenas parezcan reales a aquellos que las miran y escuchan.

—¿Y bien? —Burghley seguía perdido.

Pero Nick Skeres se removió en su silla.

—¡Creo que entiendo lo que trata de deciros, mi señor! —exclamó—. Podemos confiar en él, de todas formas, ya creíamos que podíamos confiar en él —Hablaba rápido y seguro; se sentía a gusto en el mundo de las tramas y las contratramas, de la misma forma en que se sentía Shakespeare cuando pisaba los tableros del Theatre—. Pero la obra afecta a toda la compañía. Cualquier hombre que conozca lo que se está tramando, puede revelarlo a los españoles, y entonces... —Hizo un gesto con el dedo de rebanarse el cuello.

—Ah —ahora William Cecil asentía. Volvió a dirigirse a Shakespeare—. ¿Creéis que en vuestra compañía hay tales proditores, como Edén tenía la serpiente? —preguntó.

—No lo sé. No diría, no podría decir, que alguna vez haya oído o haya tanteado el tema...y, si lo hiciese, podría ser acusado de traición.

—Un problema —admitió el barón Burghley—. Un problema importante —parecía todo menos contento, aunque no rechazó las palabras de Shakespeare porque no era lo que quería oír. Shakespeare le admiró por ello—. Entonces, ¿qué es lo que hay que hacer? —preguntó.

—Primero, un momento para que pueda complaceros —dijo Shakespeare—, ya que no había sopesado todos los problemas concernientes a este asunto —Esperó a que Burghley asintiera antes de proseguir—. Este secreto, tal y como el maestro Skeres ha dicho, debe mantenerse a salvo dentro de los hombres de la compañía. Esto sólo ya no es tarea fácil.

—Es cierto —Burghley volvió a asentir—. ¿Qué más?

—No sólo deben mantenerlo en riguroso secreto, señor, sino que además deben mantenerlo en secreto durante un largo periodo de tiempo en el que deberán aprenderse sus papeles y ensayarlos: todo esto, por supuesto, en secreto. Y deberemos conseguir los trajes para los romanos y los...

—Un momento —Lord Burghley alzó una mano—. ¿Cuánto de estos gastos podríais escatimar?

—Todo lo que queráis, mi señor —respondió Shakespeare. El noble parecía satisfecho, hasta que éste prosiguió—. Ya que, si es de su agrado presentar una

chapuza de espectáculo malogrado, nosotros nos encargaremos de eso. Pero, con semejante puesta en escena, en la que nos silbarán y arrojarán cosas al escenario, creo que su objetivo no llegará a su fin de la forma en que deseáis.

Procedente de las profundidades del pecho de Lord Burghley se oyó un estruendo mudo.

—Me mostráis un mar de problemas, maestro Shakespeare. ¿Cómo luchar contra estos? Aquí debéis ser vos mi guía: vos, y no yo, sois el heraldo de este secreto.

—No veo una vía segura —le dijo Shakespeare, y deseó que pudiera decir algo distinto—. Lo que parece mejor es lo siguiente: tantear a los actores uno por uno, de manera que no perdamos en caso de que uno prefiriese a los españoles —o incluso el silencio— a desafiar las hondas y las flechas de la fortuna exorbitante.

—¿Y si uno de ellos resultara ser un estafador o un espía? —preguntó Nick Skeres. Seguramente, daba por garantizadas la conspiración y la traición—. ¿Cómo evitaréis que os envíe a todos los demás a la cárcel, a las galeras o a algunos de esos placenteros juguetes que sólo los españoles serían capaces de idear?

—Ese es el riesgo que entraña nuestro propósito— remarcó Lord Burghley.

“Ya podéis decirlo, ya” pensó Shakespeare ofendido. “Probablemente vos ya estaréis muerto antes de que todos empecemos con esto”. Y el anciano moriría a su tiempo, después de vivir una larga vida. Pero si los actores eran descubiertos... Skeres tenía toda la razón. Esos placenteros juguetes... Se estremeció. No era un hombre especialmente valiente. En su monótona vida cotidiana, pocas veces había necesitado ese falso valor que había demostrado sobre el escenario.

—¿Queréis volver a ver Inglaterra libre? —preguntó suavemente Burghley.

“Si, he aquí la cuestión”, pensó Shakespeare. Todo pueblo sobre la faz del país soñaba con la liberación de Inglaterra. Se dio cuenta de que él también asentía. No podía hacer nada más.

—Entonces encontraremos el modo y los medios, los encontraremos o nos haremos con ellos por cuenta propia —el barón parecía totalmente seguro. De nuevo, Shakespeare echaba humo silenciosamente. “¿Pero qué puedo hacer salvo continuar?” Ya había oído lo suficiente como para ser hombre muerto si no confesaba a los españoles; “y si las cosas no van bien”, se recordó. “Si todo va bien, te convertirán en un héroe”.

Le costaba creérselo.

Sir William Cecil se frotó las manos energéticamente.

—Entonces, estamos de acuerdo, ¿no es así? —Shakespeare asintió, mucho menos que contento. El noble le sonrió—. Comenzad tan pronto como podáis. Cuanto antes esté acabada la obra y cuanto antes los actores memoricen sus papeles, mejor. Sólo Dios sabe cuánto tiempo más vivirán Felipe, y Elizabeth. Debemos estar preparados.

Shakespeare no gritó, pero estuvo cerca.

—Mi señor —dijo cuidadosamente—, en este momento me han contratado para

preparar una nueva obra para la compañía y...

—Esto tiene un peso mucho más importante —dijo Burghley.

De nuevo, los gritos bullían cerca de la superficie.

—Su Ilustrísima, si dejo de trabajar en una obra a medio acabar, ¿quién no se extrañaría? ¿No sería mejor que no levantara ningún tipo de sospecha entorno a mí?

—Nimiedades —dijo Burghley en tono alarmante.

—Por Dios, señor, no lo son —respondió Shakespeare—. Dejadme que acabe de explicároslo: la compañía de Lord Westmorland me pagará por "Trabajos de amor ganados", y me pagará bien. ¿Quién me pagará por esta tragedia romana? Un poeta no vive del aire, ni de los rayos de la luna, necesita comer y beber como cualquier otro hombre.

—Ah —asintió Burghley. Cogió de su cinto una pequeña bolsita de cuero y se la lanzó a Shakespeare, quien la cogió en el aire. Era más pesada de lo que esperaba. Cuando deshizo el cordel, el oro relucía en su interior. Sus ojos debieron abrirse de par en par, ya que William Cecil esbozó otra de sus risitas—. Hay cincuenta libras —dijo despreocupadamente—. Si necesitáis más, Nick Skeres os lo conseguirá.

—Ilustrísima —dijo Shakespeare entrecortadamente. Nunca había recibido tanto por una obra; la mayor parte de sus ingresos procedía de su parte de la recaudación del Theatre. También miró a Skeres. Seguramente, cualquier suma de dinero que llegara por mediación del pequeño hombre se reduciría antes de llegar a su pretendido destino. Skeres le devolvió la mirada, soso como la mantequilla.

—¿Ya está todo dicho? —preguntó el barón Burghley. Paralizado, Shakespeare asintió. Al principio, cuando se puso en pie, las piernas no querían sujetar el peso. —Haced vuestro camino, maestro Shakespeare. Yo me iré dentro de un rato. No deberían vernos entrar o salir juntos, tampoco deberíais venir a mi casa, hasta que se acerque el momento. Estoy aquí con la excusa de visitar a mis primos, Anthony y Francis Bacon.

—¿Les conoceré si vuelvo por aquí en otra ocasión, están al corriente de nuestros asuntos?

Sir William Cecil miró a través de él como si no hubiera formulado la pregunta.

—Cualquiera puede ver que sois nuevo en el juego —dijo Skeres entre risas— lo que no sepáis, no os lo podrán exprimir con el bastinado.

Shakespeare hizo un ruido en lo profundo de su garganta, nada similar a una palabra.

—Uffff —Skeres podía haberlo llamado un juego, pero los juegos no mataban. Algunos sí, se corrigió Shakespeare: "provocar al oso o al toro". Casi podía sentir cómo le rasgaban los colmillos.

Aún sacudiendo la cabeza, abandonó la casa en Drury Lane. Estaba a medio camino hacia casa antes de darse cuenta de que nadie había dicho nada sobre cómo Nick Skeres regresaría a Londres. Se encogió de hombros. Estaba seguro, de que Skeres demostraría ser tan escurridizo y evasivo como un escarabajo o una rata.

Desearía poder decir lo mismo de sí mismo.

III

Lope de Vega hizo señas a un inglés alto y escuálido vestido con ropas andrajosas que esperaba, con todo el optimismo posible, junto a un bote de remos.

—¡Eh, tú, el de ahí! —le dijo con dureza—. ¿Cuánto para llevarnos hasta el otro lado, a Southwark? —apuntó a la ribera lejana del Támesis.

—Dos peniques, señor —respondió el hombre, haciendo de su reverencia una chapuza tosca—. Un penique por vos, y otro por vuestra dama.

—Aquí tienes, pues —Lope le dio dos monedas de bronce—. Acércanos todo lo que puedas a la plaza en donde se llevan a cabo las peleas de osos.

—¿A la vieja o a la nueva? —preguntó el remero.

—A la nueva —contestó De Vega.

—Sí, señor. Así lo haré —el inglés dedicó una sonrisa a su acompañante—. Cuidado con el escalón cuando subáis, mi señora.

—No tengáis miedo, querida, mi amada —dijo Lope presuntuosamente y le ofreció el brazo a Nell Lumley. Ella le sonrió mientras lo aceptaba. Era tan alta como él, rubia y pechugona, y se autodenominaba viuda por cuestión de cortesía, aunque De Vega dudaba que hubiera estado casada. Pero ella le tenía mucho cariño y él siempre disfrutaba de escoltar a una bella mujer. También esperaba poder disfrutar después junto a ella en la cama. “País frío, sangre caliente”, pensó; las mujeres inglesas le habían sorprendido gratamente.

Y también disfrutaba de la sensación de estar medio, o algo más que medio, enamorado. Le calentaba la sangre de la misma forma que haría una copa de vino. A menudo, descartaba a una de sus amantes y escogía otra sin razón aparente —“pero también, por esa misma razón”, se dijo— a parte de disfrutar de esa dulce intoxicación corriendo por sus venas.

Como ahora: se quitó la capa, la dobló unas cuantas veces y la puso en el banco para Nell. Ella le señaló con un dedo.

—Ah, Lope, mi amado, no necesitáis hacer eso.

—No lo hago porque necesite hacerlo —respondió—. Lo hago porque quiero hacerlo. Sentaos, sentaos —cloqueó como una gallina. Con una sonrisa en los labios, ella se sentó.

El remero empujó el bote hacia el Támesis, luego subió con dificultad, con las botas empapadas. Sabía cómo manejar los remos, remaba tan ligero que no levantaba ni una sola gota. No habían ido muy lejos cuando Nell Lumley arrugó la nariz chata y respingona.

—Por el amor de Dios, el río apesta. —Un perro muerto, todo hinchado, escogió ese preciso momento para pasar junto a ellos, río abajo.

—¿Cómo puede no apestar? —contestó Lope—. Es la alcantarilla de Londres. Y Londres apesta. ¿Qué ciudad no apesta? Quizás la ciudad del cielo, para demostrar que los ángeles viven allí.

Por supuesto, la gente río abajo bebía el agua en el que la gente río más arriba vertía la mierda, los orines y las asaduras. Lope lo sabía. Siempre lo había sabido. ¿Cómo podía él, cómo podían todos, evitar saberlo? Pero no era algo sobre lo que pensase a menudo. Lo daba por sentado, como todo el mundo hacía. Pero ahora, mientras se balanceaba sobre la apestosa corriente, no podía. Tragó.

—¡Por dios, inclínese sobre el bote o acabará arrojándolo todo! —exclamó el remero.

“Y echar más mugre al río”, pensó De Vega. Apretó las mandíbulas. Poco después, las náuseas desaparecieron.

—Si la travesía por el Támesis hace que devolváis la comida, ¿cómo hicisteis para venir con la Armada Invencible?

Recordar la travesía de Lisboa a Dover casi hizo que vomitara la comida almacenada en su estómago. Dio una palmadita a la mano de su amada y le obsequió con la mejor mentira que se le ocurrió.

—La compañía que tengo ante mí, hace que me olvide de lo que tuve que pasar antes de poner pie en suelo inglés.

Nell Lumley se sonrojó y tartamudeó. El remero, cuyo sudor empezaba a correr bajo sus axilas a pesar de las frías temperaturas, hizo un sonido que simulaba al de las arcadas. Lope le lanzó una mirada dura. Él le devolvió la mirada, en su rostro sólo se reflejaba el esfuerzo. Nell no parecía haberse dado cuenta. Lope no le dio más importancia, de momento. Los ingleses eran groseros por naturaleza.

La quilla del barco alcanzó el fango a menos de doscientos metros al oeste del Puente de Londres.

—Southwark, señor —dijo el remero, tan afablemente como si no se hubiera comportado de forma insolente momentos antes—. Ahí está la nueva plaza donde celebran las peleas de osos. La encontrarán pasados los tejados de los burdeles.

—Sí, gracias —De Vega ayudó a Nell a salir del bote. De propina tan sólo le dio un cuarto de penique al remero. La verdad era que el tipo había remado bien, pero no tenía la intención de olvidar la manera en la que el hombre se había burlado de su cumplido.

Sin mediar palabra, el remero se introdujo la minúscula moneda en el bolsillo. Sin decir ni media palabra, empujó su bote dentro del Támesis y empezó a remar de vuelta a Londres. Y entonces, fuera del alcance del estoque de Lope, fue cuando gritó:

—Desgraciado, afeminado, zopenco, inútil, animal de lengua española.

No importaba lo inútil que fuera el acto, la mano de Lope voló hacia la empuñadura de su espada. Nell se reía, lo que no ayudó a templar su enojo.

—No os inquietéis. Está celoso, nada más.

—Y tiene buenas razones para estarlo —respondió Lope, más calmado— ¿Acaso no soy el hombre vivo más feliz de la Cristiandad?

—Ah —dijo Nell suavemente e hizo una caída de ojos.

Tuvieron que caminar por una calle de burdeles para llegar hasta el lugar donde se celebraba la pelea de osos. Incluso aunque De Vega fuese del brazo de su acompañante, las lascivas mujeres le hacían invitaciones que le hacían hervir las orejas. Hacía como que no las oía y continuó su camino.

—Él no te quiere —le gritó una de las mujeres a la otra—, ¿no lo ves? Ya tiene una putita para él solito.

Si Lope había estado furioso con el remero, Nell lo estaba ahora con la prostituta.

—¡Asquerosa zorra de mierda! —gritó—. Te arrancaré el pulgar de un bocado —lo dijo en tono de amenaza, no de aviso.

El contenido de un orinal salió volando desde la ventana de un tercer piso y fue a parar en medio de la calle justo frente a ellos. Por fortuna, la salpicadura fue para el otro lado; Lope y Nell no acabaron muy sucios.

Nell seguía furiosa.

—Enrique VIII mandó cerrar los burdeles —dijo—, no volvieron a abrir hasta la llegada de… la Reina Isabel y el Rey Alberto.

“En compañía distinta, seguramente habría dicho algo represivo sobre los españoles”, pensó Lope.

—Puede que el Rey Enrique cerrara estos burdeles; pero, seguramente, en una ciudad del tamaño de Londres, surgieron otros.

—Cómo se han atrevido a tacharme de furcia a la cara… —Pero Nell no contestó directamente al comentario de Lope, por lo que él concluyó que no podía estar totalmente en desacuerdo con él.

Corrieron a la plaza de los osos. Una larga cola de hombres y mujeres ingleses de todas las clases, aderezada con unos pocos españoles, avanzaba hacia la entrada. El edificio era un óvalo que a De Vega le recordaba un anfiteatro romano, aunque construido en madera y no en piedra resistente. Dentro, los perros ya ladraban y gruñían ferozmente.

En la entrada, Lope le dio un par de peniques al encargado de recaudar el dinero. El inglés le hizo señas para que pasaran adentro. Más adelante, en las escaleras, la mayoría de las personas subía por las escaleras. Le dio cuatro peniques al hombre con la caja recaudadora. El hombre le saludó con un gesto cortés y profesional.

—¿Queréis estar cerca de la muerte, eh? —dijo—. Seguid hacia abajo, y escoged allí los asientos más cercanos al foso que encuentren.

—¡Allí! —apuntó Nell. Aún quedaban unos asientos libres en primera fila. —Si nos damos prisa —ahora era ella la que guiaba a Lope, y no al revés. Iba tan rápido que tropezó con el dobladillo de su falda mientras corría escaleras abajo. Hubiera caído de no ser haber sido porque la cogió a tiempo. —Muchas gracias —le dijo, y le dio un beso en la mejilla.

Un inglés con su esposa y su joven hijo también se dirigían hacia los mismos asientos. Dirigieron miradas agrias a Nell y Lope cuando descubrieron que les habían quitado el sitio. El hombre, un tipo grande y fornido, murmuró algo entre sus barbas.

—No, calla —dijo a su mujer, cuyo rostro reflejaba lo que parecía una eterna expresión de preocupación—. Que me aspen si no es un español.

—Es un ladrón, eso es lo que es —retumbó el hombre—. Robaría un huevo de un claustro, lo haría, igual que todos los de su calaña —pero se fue y encontró asientos para él y toda su familia a una buena distancia de De Vega. Lope miró atrás por encima del hombro y mostró los dientes en un gesto que representaba más un reto que una sonrisa. El inglés rehusó cruzarle la mirada. Lope asintió para sí mismo, orgulloso como un gallo de pelea que no había tenido que hacer uso de sus espolones para derrotar a su rival.

Abajo en el foso, el primer oso ya estaba encadenado a la fuerte estaca de hierro en el centro del suelo de tierra. Era una bestia de gran tamaño, y no parecía mal alimentado. Su olor caliente y fétido inundó las fosas nasales de Lope. Los mastines, aún encerrados, también lo olían. Su ladrido era cada vez más frenético.

El señor inglés sentado junto a Lope le dio un codazo y le dijo:

—Media corona por el viejo oso a que antes de que le maten se carga a seis perros o más. Si queréis, una corona.

Lope le observó. No iba del todo bien vestido; cinco chelines, incluso dos y seis peniques, debía ser mucho dinero para él. Y parecía un poco demasiado ansioso, demasiado seguro. Los que sabían demasiado de osos y perros eran la ruina de la plaza, que estafaban a aquellos que no tenían información interna.

—Se lo agradezco; pero no —dijo De Vega—. Estoy aquí para ver la pelea, nada más —el inglés parecía decepcionado, pero Lope le había rechazado demasiado educadamente como para montar un número.

—¿Un estafador? —preguntó Nell en voz baja.

—Sin duda alguna —respondió Lope.

Un vendedor de vino andaba entre la multitud. Nell le hizo señas. Lope compró un vaso para ella y otra para sí mismo.

Miró alrededor de la plaza. Ya estaba casi llena. No tardarían mucho en… antes de que pudiera acabar su pensamiento, lo hicieron. Un hombre con una palanca levantó los lados móviles de todas las jaulas de los mastines a la vez. Aullando como sus hermanos lobos, los enormes perros irrumpieron en el foso de lucha.

Uno murió casi al instante al rompérsele el cuello a causa de un acertado golpe de la enorme zarpa del oso. El resto de mastines, más furiosos que nunca, saltaron sobre el oso, clavándole las mandíbulas en la pata, la cadera, el vientre y la oreja. Rugiendo como un león, se revolcó en la suciedad, aplastando a otro animal bajo él. Unos mastines más se liberaron justo antes de que su peso les aplastara. Con los hocicos prácticamente rojos de sangre, volvieron a saltar a luchar.

—¡Oh, muy bien hecho! —gritó Nell Lumley detrás de Lope. Aplaudía entusiasmada. Le brillaban los ojos—. ¡Hacedlo pedazos!

La suya no era la única voz que surgía de la plaza de los osos. Gritos de “¡Matadlo!” y “¡Mordedle!” se oían desde todos los rincones. Como también algunos

gritos de “¡Desgarra a esos perros!” y “¡Hazlos trizas!”. Seguramente algunos procedían de la gente que apostaba por el oso. Pero los ingleses, al ver un animal atado y a diez atacándole, segura y perversamente solían optar por cogerle cariño, al menos durante un momento.

Como por accidente, Lope dejó posar su mano sobre el muslo de Nell. Ella le miró con sorpresa; quizás se había olvidado de su presencia. Sus mejillas se habían sonrojado y sus labios estaban ligeramente hinchados. Puso su mano sobre la de él. Él le sonrió y la besó. El ruido procedente del fondo de su garganta era casi tan feroz como los que procedían del foso. Lope se rió un poco cuando finalmente se separaron. Las peleas de osos y las corridas de toros siempre la ponían más lasciva.

Ya había tres perros muertos, y otros tantos gravemente heridos. Pero la sangre goteaba y manaba del oso por todas partes. Se tambaleaba sobre las patas; un pedazo rosa de intestino le sobresalía del vientre. Sus gruñidos y bramidos eran cada vez más débiles.

—No durará mucho —dijo Lope. Nell asintió sin mirarle, sólo tenía ojos para el foso.

Como guiados por una única voluntad, todos los mastines supervivientes, incluso los heridos, saltaron sobre el oso. Cuando sus dientes se hincaron sobre el animal, Nell gimió como si fuera Lope el que la estuviera mordiendo. El oso luchó durante un instante, pero luego se desmoronó ante los perros. El estruendo en la plaza ensordeció a De Vega.

El desarrapado inglés sentado junto a él volvió a darle un codazo.

—¿Lo veis? Hubierais ganado. Sólo ha matado a cuatro, a no ser que el quinto esté demasiado herido para vivir.

—Así es la vida —le dijo Lope. Un comentario que no daba más espacio a conversación al otro hombre.

Los cuidadores de los perros salieron en gordos jubones y pantalones bombachos de cuero para volver a encerrar a los mastines. Necesitaban las porras que llevaban para separar a los enormes perros del cadáver del oso. Una vez los perros estuvieron fuera de la plaza, un asno que ponía los ojos en blanco ante el hedor de sangre arrastró el cuerpo. Lo cortarían a pedazos y venderían la carne.

—¿Alguna vez habéis comido carne de oso? —le preguntó Lope a Nell.

Ella asintió.

—En contadas ocasiones, pero sí. También es impresionante: dulce como la del cerdo y tierna como la del cordero.

—Pensaba lo mismo —dijo Lope—. Yo la he comido una o dos veces en España. Si los osos fueran tan comunes como el ganado, ¿quién le haría caso a la ternera?

Unos cuantos trabajadores más pasaban el rastrillo por la plaza y esparcía arena y nueva suciedad sobre el charco de sangre. La primera lucha podría no haber tenido lugar nunca. En todo caso, era lo que le decían los sentidos a Lope. Pero cuando los encargados trajeron al siguiente oso a la estaca, la persistente esencia a sangre en el

aire, le puso tan agresivo que casi se liberó.

Un nuevo grupo de mastines asaltó al oso. Éste era más pequeño que el que había luchado hacía unos instantes, pero parecía más salvaje. Se revolcaba a un lado y a otro, y se encorvaba de tal forma que los perros tenían dificultades para alcanzarle el vientre y sus intimidades. Los mastines iban cayendo uno tras otro. Otro se arrastró fuera de la pelea con las patas posteriores rígidas, tenía la espalda rota. Un trabajador le rompió la cabeza de un golpe con un garrote.

—¡Los matará a todos! —Nell estaba tan contenta de aclamar al oso como en la primera pelea lo había estado de aplaudir a los perros.

Y el nuevo oso los mató a todos. Cuando el último mastín, con el cuello arrancado, se tambaleó y cayó muerto, Lope pensó: “La mayoría de los apostadores querrían ahorcarse: este desastre casi nunca sucede. Y los criadores de los perros, también, con tanto animal caro muerto”. Un grupo nuevo de mastines tuvo que ser soltado contra el oso. Debido a que tenía tantas heridas del primer grupo, la lucha acabó en un abrir y cerrar de ojos.

Eso fue todo. El corto día londinense llegaba a su fin. Lope se levantó y le ofreció el brazo a Nell Lumley.

—¿Queréis que vayamos a la ciudad y busquemos un sitio para nosotros?

Su sonrisa de respuesta no escondía ninguna timidez.

—Sí, vayamos —dijo. Seguramente, después de una pelea de osos su propio instinto animal estaba revolucionado.

Lope y Nell acababan de abandonar la plaza donde se celebraban las peleas de osos cuando alguien gritó su nombre por detrás. Como si de una pesadilla se tratara, Lope se dio la vuelta lentamente. De la arena salía su otra amante, Martha Brock, del brazo de un hombre que se parecía lo suficiente a ella como para ser su hermano, y probablemente lo era.

Debería serlo, pensó Lope aterrorizado e impotente. Si me estuviera engañando, no podría enfadarse mucho. Pero si no… ¡Oh, Virgen Santa, si no…! Demasiado tarde ya, se dio cuenta de que la Virgen no era la mejor a quien encomendarse.

—¿Quién es ésta? —reclamó Martha Brock, mientras apuntaba a Nell.

—¿Quién es ésta? —reclamó Nell Lumley, mientras apuntaba a Martha.

—Queridas damas, puedo explicarlo —empezó a decir Lope desesperadamente.

Nunca tuvo la ocasión. No pensó que la tendría.

—¡No, no estás más seguro de lo que está una brasa sobre el hielo, o el granizo al sol! —gritaba Nell—. ¡Yo os quería!

—Cosa imperseverante —añadió Martha—. Temperamento vagabundo.

Lope volvió a intentarlo.

—Puedo expl…

Nuevamente, sin resultado. Ambas le gritaban. Ambas le abofetearon. Ni tan siquiera discutían la una con la otra, cosa que seguramente le habría salvado. Cuando ambas rompieron a llorar sobre el hombro de la otra, el hermano de Martha le dijo:

—Señor, sois un villano desleal. ¡Marchaos de aquí! —Ni tan solo le hizo falta tocar la espada. Con De Vega habiendo actuado tan claramente mal, no la necesitaba.

Abucheado por los ingleses que habían observado su derrota, Lope caminó de vuelta hacia el Támesis completamente solo. Cuando los hombres de Pizarro conquistaron a los incas, uno de ellos se quedó un enorme sol de oro como parte de su botín… y lo perdió apostando antes de que volviera a amanecer. Él también había cometido una enorme estupidez. “Pero la he superado”, pensó con abatimiento Lope. “No he perdido una amante, sino dos, y todo en un abrir y cerrar de ojos”.

Will Kemp miró con malicia a Shakespeare. Los rasgos del bufón eran suaves como la arcilla, y podían moldearse en cualquier forma. ¿Qué se escondía tras sus estupideces? Shakespeare no tenía ni idea.

—¡Lo primero que haremos —exclamó Kemp— será matar a todos los españoles!

Ni siquiera hizo el mínimo esfuerzo de bajar el tono de voz. Estaban solos en el vestuario, pero el encargado del vestuario o sus ayudantes o los vigilantes podrían oírles. —Que Dios te arregle la voz —susurró Shakespeare—. Si hablas tan alto, sólo ofenderás a tus pulmones.

—No sólo a mis pulmones —dijo Kemp inocentemente—. ¿Tú no te sientes ofendido?

—¿Ofendido? No —Shakespeare negó con la cabeza—. ¿Asustado? Sí, estoy asustado.

—Y ¿por qué? —preguntó el bufón—. ¿Acaso no has obtenido el resultado que me acabas de pedir?

—Por supuesto que sí —contestó Shakespeare—. Pero si la fuente de tu mente volviera a estar clara, estúpido loco, podría arrojar un asno dentro. Si lo difundes antes del día, nuestras cabezas colgarán del Puente de Londres y los perros callejeros se alimentarán de nuestros cuerpos.

—De acuerdo, de acuerdo —quizás Kemp no había pensado en todo eso. También podía ser que se estuviera esforzando al máximo para provocarle a Shakespeare una apoplejía. Su mayor esfuerzo era excesivamente bueno. —Tú escribes la obra y yo actúo en ella. Y ya está —le dedicó una amplia sonrisa a Shakespeare—. ¿Estás contento ahora, mascota mía? —Con esa pregunta bien podía haber estado tranquilizando a un niño llorica.

—¿Por qué no podrías haberlo dicho antes? —Shakespeare se esforzaba por contener su enfado, pero no pudo evitar añadir otro: —¿Por qué?

—Quieres que todo esté en su lugar —de nuevo, Will Kemp podía estar, seguramente así era, tratando de enojarle—. Puedo ver cómo podría ser esto para ti. Al fin y al cabo, quieres que antes vaya el Acto primero y después que continuemos con el Acto segundo, ¿eh?

—Eso desearía —dijo Shakespeare entre dientes. ¿De qué cotorreaba ahora el

bufón?

Kemp se dignó a explicárselo.

—Tú eres un poeta y, como tal, quieres todo en un determinado orden. Pero ¿qué quiere un bufón? —negó con la cabeza—. Normalmente, no tengo ni idea de qué es lo siguiente que haré sobre el escenario.

—Ya me he dado cuenta de eso. Todos nos hemos dado cuenta de eso —dijo Shakespeare.

—¡Bien! —Kemp convirtió lo que iba dirigido como un reproche en un cumplido—. Si yo no lo sé, mucho menos pueden adivinarlo los mosqueteros. Cuanto más se sorprendan, más fuerte será la risa.

—A pesar de como tu cambio afectará a la estructura de la obra —dijo Shakespeare.

Kemp sólo se encogió de hombros. Shakespeare se habría enfadado más de haber esperado una reacción distinta.

—No te preocupes —dijo el bufón— no sé lo que haré mañana. Si actúo, entonces actúo. Si en lugar de eso, opto por ir bailando el Morris de Londres a Norwich, por Dios, pues lo hago. También haría bien en hacerlo —parecía imaginarse la ridícula idea—. La gente pagaría por verme por el camino, y luego quizás podría escribir un libro. Lo titularía “El milagro de nueve días de Kemper”.

—Nadie podría bailar durante los nueve días que se tarda en llegar allí —dijo Shakespeare, interesado muy a su pesar.

—Apuesto diez libras a que mientes —por el brillo en los ojos de Kemp, estaba dispuesto a ponerse campanas en las piernas y a salir con un hombre que tocara la flauta y los tambores. Lo que le había dicho a Shakespeare, lo había dicho totalmente convencido: no tenía ni idea de qué sería lo próximo que iba a hacer, ni sobre el escenario ni en ningún lado.

—Venga poeta. ¿Aceptas mi apuesta?

“Este hombre es una veleta, que ahora gira en esta dirección, y después en esta otra, al compás del viento de su apetito”, pensó Shakespeare. Alzó una mano aplacadora.

—No tengo el dinero para apostar contra ti —mintió—. Dejémoslo tal y como tú dices. Pero no te marches a Norwich, ni a ningún otro lugar —se dio cuenta de que le estaba suplicando—. Actúas esta tarde, lo sabes, y mañana también.

—No hay más valor en ti, que el que tiene un pato salvaje —dijo Kemp con desdén—. Eres tan valiente como una paloma iracunda, o el ratón más magnánimo.

Decía la verdad. Shakespeare sabía muy bien sobre su escasez de valor. Pero le alzó un dedo a Will Kemp.

—Si quieres intercambiar insultos, piensa antes de hablar. Has utilizado en dos ocasiones “valor”, y hubiera sido mejor que en el primer ejemplo hubiera hablado de coraje.

—¡Qué la desgracia caiga sobre ti y sobre todos los falsos profesores! —replicó

Kemp—. ¡Oh, juicio! Tu arte a disposición de las brutas bestias.

Shakespeare alzó los brazos al aire.

—¡Basta! —y así, aunque de forma enloquecida, fue. Kemp, a su manera, había dicho que haría lo que fuera necesario hacer. Shakespeare no creía que el payaso le traicionase ante los españoles después de eso; no a propósito, en todo caso. —Ahora, ni una palabra, por tu vida —le advirtió—. “Y también por mi vida, aunque a Kemp eso le importa un comino”.

—¿Qué, irme sin una palabra? —dijo el bufón—. Oh, muy bien, por tu suerte.

Cuando Shakespeare salió del vestidor, tuvo la sensación de que había envejecido diez años. El encargado de vestuario le echó una mirada de curiosidad.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó.

—Que Kemp es más terco que el acero forjado —dijo Shakespeare desdeñosamente, mientras actuaba y decía la verdad a la vez—. Creo que, al final, ha entrado en razón.

—Os referís a hacer lo que le habéis dicho que haga —dijo el encargado. Su nombre era Jack Hungerford. Su barba, que alguna vez fue pelirroja, ahora era blanca; sólo eso hacía que sus ojos pareciesen más azules. Se había encargado de los trajes y los accesorios durante décadas antes de que el *Tamberlane* de Marlowe hiciera que el verso libre fuera lo corriente para las obras, y tenía toda la perspicacia propia de su edad.

Aunque, en este caso, jugaba a manos de Shakespeare.

—No os diré que estáis equivocado —contestó el poeta, y Hungerford miró con aire petulante. Pero tener al encargado de vestuario contento no era suficiente. Como muchos de los actores, él formaba parte de lo que seguía a continuación. Shakespeare escogió cuidadosamente sus palabras. —¿Y ahora qué, maestro Jack? Vos habéis visto más que muchos hombres.

—¿Y si es así? —preguntó Hungerford. De repente, su mirada se tornó penetrante, mientras que el resto del rostro permaneció inmutable. Shakespeare había visto esa máscara inexpresiva más veces de las que podía contar, en todos los años desde que la Armada llegó.

De hecho, había llevado esa máscara inexpresiva más veces de las que podía contar. Era el escudo de hombre inglés contra la revelación, contra la traición, en un país que ya no era el suyo. Que lo utilizara contra él fue algo que le entristeció. La respuesta más segura a la pregunta: “¿En quién confiar?” Era: “En nadie”.

“Hará que me descubra ante él”, pensó Shakespeare desdichado. “Entonces el riesgo será mío y no suyo. Bueno, no hay más remedio”.

—Seguro que recordáis bien los días antes de que Isabel y Alberto se hicieran con el trono —le dijo.

—No hace tanto de eso, maestro Will —contestó, Hungerford en un tono estudiadamente neutral—. Seguro que vos mismo lo recordáis, aunque sólo tengáis la mitad de años de los que tengo yo.

—Me gusta pensar que fueron mejores tiempos —dijo Shakespeare.

—Algunos lo eran. Otros no tanto —el encargado de vestuario no revelaba nada, absolutamente nada. A espaldas de Shakespeare, una de sus manos se doblegó en un puño. “Debería haberme imaginado que sería así”. Pero Hungerford prosiguió: —Mejores días, debo admitir, que estos en los que vivimos. Sólo digo eso, y solo lo digo porque, por supuesto, lo que un hombre hace en su juventud parece mucho más dulce a medida que pasan los años.

—¿Creéis que los buenos tiempos pueden volver?

—No lo sé —dijo Hungerford, y Shakespeare deseó darle una bofetada—. Ojalá fuera así, pero no lo sé.

¿Era eso aliciente suficiente para continuar? Shakespeare no lo creía así. “Maldita seas, Jack Hungerford”, bramó, pero sólo para sí mismo. Ofendido se apartó del encargado de vestuario, como si Hungerford le hubiera soltado algún insulto mortal. Tras él, Hungerford llamó a uno de sus ayudantes. Si sabía por dónde había encaminado Shakespeare la conversación, no dio señal de ello.

Ese día, la compañía de Lord Westmorland representó *El Cid* de Marlowe. Shakespeare sólo tenía un pequeño papel: una de las princesas árabes con las que el Cid entablaba una amistad y luego, en nombre del cristianismo, traicionaba. Se desenrolló el turbante, se despojó de la brillante toga verde y dejó el Theatre temprano, con la esperanza de aprovechar la poca luz del día que quedaba en el cielo.

Libreros pregonaban sus mercancías a la sombra de St. Paul. La mayoría de ellos vendía panfletos que denunciaban el protestantismo e informes espeluznantes sobre brujas en la zona del campo. Otros, ofrecían los textos de obras de teatro —la mayor parte de las veces, eran ediciones no autorizadas, escritas gracias a lo que los actores recordaban de sus papeles. Normalmente, en esos volúmenes, la memoria de los actores demostraba ser menor que la que había sido anteriormente.

Shakespeare jugaba con sus dientes mientras caminaba por delante de un puesto todo lleno de estas obras. Él mismo también había padecido el robo furtivo en sus propias carnes. Que no obtuviera nada de su venta ya era suficientemente malo. Que destrozaran sus palabras era aún peor. Pero lo que le habían hecho a su “Príncipe de Dinamarca”…

Había añadido injuria al insulto al comprar su propia copia de esa obra con la intención de ver si era tan mala como todos aseguraban. No lo era. Era aún peor. Cuando pensaba en el llamado soliloquio del príncipe:

“Ser o no ser. Así es la cuestión.
Morir o dormir, ¿es eso todo?
Ni uno ni el otro, sino el amor.”

Lo había visto, le quemaba en la memoria, de manera que podía citarlo con la misma facilidad como si realmente lo hubiera escrito él. Podía, pero no tenía

estómago para pasar de la tercera línea.

Espléndido en su toga roja, un obispo salió de St. Paul y bajó las escaleras, rodeado de un séquito de curas y seglares vestidos más sencillos. Al final de las escaleras, los soldados de guardia se tensaron de atención. Uno de ellos (por su cabello claro, seguramente un inglés) se arrodilló para besar el anillo del obispo cuando éste pasó.

“Los españoles han esclavizado a algunos de los nuestros”, pensó Shakespeare. “Pero otros se han esclavizado a sí mismos”. Nadie ha obligado a ese soldado a doblegar la rodilla ante el obispo. Nadie habría pensado mal de él si no lo hubiera hecho. Pero lo había hecho. Por lo que parecía, estaba orgulloso de haberlo hecho.

“Incluso si sigo adelante con este plan descabellado, ¿tendrá el desenlace que Lord Burghley desea?” Shakespeare se encogió de hombros. Ya había llegado demasiado lejos para echarse atrás; a no ser que se decantara por la traición. “Eso podría salvarte. Quizás te haría rico”. Volvió a encogerse de hombros. Algunas cosas se compraban demasiado caras.

Movimiento en lo alto de St. Paul le llamó la atención. Un hombre con sencillos pantalones y jubón de artesano caminaba por el tejado plano de la torre, de vez en cuando se detenía como si estuviera midiendo. Una vez más tenemos un rey y una reina católicos. “¿Ordenarán por fin que se finalice el capitel?” Shakespeare volvió a encogerse de hombros una vez más. “De hecho, sería otra señal de que ya no somos lo que éramos, lo que pretendíamos ser. Pero, ¿a cuántos les importa eso?” La tristeza amenazaba con asfixiarle.

La tristeza también le distraía, así que casi pasó de largo por la parada que buscaba. No fue el hecho de ver los libros lo que hizo que se detuviera, sino el hecho de ver al librero.

—Dios os salve, maestro Seymour —dijo.

—Por Dios, ¡maestro Shakespeare! Que Dios os salve también a vos —contestó Harry Seymour. Era un hombre alto y enjuto, que habría sido atractivo de no ser por una enorme verruga peluda al final de la nariz—. ¿Habéis venido a pasar el tiempo o puedo ayudaros en algo?

—Siempre me place pasar el tiempo aquí con vos —le contestó Shakespeare, lo cual era cierto: nunca había sabido que Seymour publicase o vendiese obras no autorizadas. —Pero si tenéis los *Annales* de Tácito en inglés, estaría encantado de comprároslo —prosiguió.

—Lo tengo, maestro Shakespeare, tan cierto como que estoy vivo. Y juraría que he puesto aquí algunas copias de ese libro esta mañana —Seymour fue a la parte delantera de la parada—. Bueno, ¿dónde las he puesto?... ¡Ah! Ya lo tengo —extendió una copia a Shakespeare—. ¿Lo queréis para una obra?

—Quizás. Pero mi latín se oxida por la falta de uso; así que, de buen grado, cojo el camino corto para recordar de qué trata —Shakespeare admiró la ornamentada primera página, ilustrada con un grabado de romanos fanfarrones y vestidos con togas

—. Un volumen precioso, no os lo negaré.

—Podría ser aún más bonito, encuadernado con bucarán o tafilete fino—. Como cualquier librero, Seymour vendía sus mercancías sin atar; las tapas que llevaran dependían del gusto y monedero del cliente.

—Sin duda —dijo Shakespeare cortésmente, con lo que quería decir que no pretendía encuadernar el libro. Ni tan siquiera el oro del barón Bughley podía tentarle a semejante extravagancia. Como actor y poeta, sabía muy bien cómo el dinero podía llover un día y dejar de hacerlo al siguiente. Se aferraría a tantas de esas monedas como pudiera. A beneficio de que… Levantó el libro al aire. —¿Cuánto debo?

—Seis chelines —le respondió Harry Seymour.

—Mi querido compañero, sois un ladrón declarado —exclamó Shakespeare—. Pero vuestro robo es demasiado abierto. Vuestro mangoneo es como un cantante sin talento; no perdáis el tiempo.

—Decid lo que queráis, Will, pero si no obtengo lo que pido, vos no tendréis el libro —dijo Seymour—. Doy gracias a la Virgen Santísima de que pueda vivir de mi negocio. Los tiempos son duros y es época de vacas flacas.

—No soy un pordiosero que se tambalea borracho por delante de vuestra parada. Soy cliente habitual vuestro siempre que busco alguna obra erudita; o así había sido, hasta ahora. —La indignación de Shakespeare era parte totalmente real y parte fingida. Si accedía con demasiada facilidad a las peticiones del librero, quizás éste se preguntaría el porqué, y el juramento de Seymour había revelado que era católico. “Tengo que continuar comportándome como siempre”, pensó Shakespeare. Cuanto más se metiera en el papel, más real parecería.

—No tenéis ni idea de lo que he tenido que pagar al maestro Daniels que fue el que tradujo a nuestra lengua las nobles palabras romanas —protestó Seymour.

Al mostrar debilidad, Shakespeare le presionó.

—Que seáis un astuto bellaco, un villano de rostro sonriente, no os hace ser menos bellaco ni menos villano —hizo como si le devolviera los *Annales* a Seymour.

El librero tenía temple.

—Ahorraos vuestros trucos de actor para el escenario —le dijo—. Ya os he dicho mi precio.

—Y yo os digo adiós, si me tratáis así —Shakespeare no quería tener que buscarse una traducción distinta en otro lugar, no cuando tenía ésta entre sus manos; pero tampoco quería tener que pagar seis chelines. ¿El sueldo que cobra un soldado por nueve días de trabajo para comprar un libro?

Harry Seymour emitió un ruido sordo e infeliz desde la profundidad de su garganta.

—Pues cinco chelines y seis peniques —dijo, como si le hubieran herido de muerte—, y por ningún hombre vivo bajaría el precio ni un poco.

Con el honor a salvo, Shakespeare pagó al momento.

—¿Lo veis? Sabía que erais todo un caballero, sumamente culto y

maravillosamente afable: lleno, como dicen, de cualidades honorables.

—Tratáis de caballero a aquél que hace lo que se os antoje —dijo agriamente Seymour—. Seguid vuestro camino, maestro Shakespeare; he perdido la paciencia con vos. Espero que disfrutéis de los seis peniques que me habéis sacado.

Su alegría por esos seis peniques era considerable; Shakespeare se dirigió hacia el noreste, de vuelta a su residencia en Bishopsgate. La luz se atenuaba a cada paso que daba. El solsticio de invierno no tardaría en llegar, con las Navidades pisándole los talones. De hecho, ambos fenómenos llegarían antes de lo que calculaba. Tras su coronación, Isabel y Alberto impusieron el calendario moderno del Papa Gregorio en Inglaterra, eliminando diez días de junio en 1598 para que el calendario del reino estuviera conforme con el de España y el resto de la Europa católica. Cuando Shakespeare analizaba las cosas con lógica, entendía que esos diez días en realidad no eran robados. Pero cuando no lo entendía -lo que sucedía, como humano que era, la mayoría de las veces- aún sentía como si el tiempo robado se encontrara en su bolsillo.

Algunos testarudos aún celebraban la fiesta de la Natividad durante el día que el calendario gregoriano insistía que era el 4 de enero. Lo celebraban en secreto. Debían hacerlo en secreto porque la Inquisición inglesa merodeaba con más intensidad en esa época del año en busca de aquellos que mostraban afecto por el viejo calendario y, por tanto, por la fe del protestantismo.

Junto a la oscuridad, la niebla empezó a llenar las calles. Aquí y allí, la gente encendía hachones frente a sus casas y tiendas; pero el destello de las llamas apenas iluminaban en la penumbra. Shakespeare se apresuró por Cheapside Street hacia Poultry Street, pasó por las pequeñas iglesias de San Peter y Santa Mildred, subió por Threadneedle Street, a cuyo lado oeste se ubicaban las iglesias dedicadas a San Christopher-le-Stock y a San Bartolomé. Dejó escapar un suspiro de alivio cuando, al final de Threadneedle Street apareció Bishopsgate. Un instante más tarde, soltó un grito sofocado al ver a un pelotón de españoles que se dirigían hacia él. Pero su líder solo le sacudió el pulgar como para decirle que se diera prisa en volver a casa.

—Muchas gracias, señor —murmuró, y con la mano se tocó el ala del sombrero mientras desaparecía por la calle que le llevaría a la casa de huéspedes de la viuda Kendall. El español le devolvió el saludo, asintió y condujo a sus hombres hacia el suroeste por Threadneedle Street. “Un hombre decente que hace bien la tarea que se le ha asignado”, pensó Shakespeare. Había un buen número de ocupantes que eran hombres decentes. Aunque la tarea que les había asignado Felipe era la subyugación de Inglaterra. Y, de acuerdo con lo sucedido en los últimos nueve años, lo hacían bien.

—Oh, maestro Will, me alegro de veros —dijo Jane Kendall cuando Shakespeare entró en su casa. Mientras él siguió su paso para acercarse al fuego, ella prosiguió —temía que los demonios españoles se os hubieran llevado.

—No ha sido así. Como podéis ver, estoy aquí —echó un vistazo al salón—.

¿Dónde está el maestro Foster? Normalmente, llega antes que yo y, después de encargarme de un par de asuntos tras cerrar el Theatre, sé que llego más tarde de lo normal.

—Más tarde de lo que deberíais —dijo la viuda Kendall en un tono desaprobador—. Y, en cuanto al maestro Peter…

Antes de que pudiera acabar la frase, Jack Street irrumpió en la habitación.

—Está en la cárcel, en el Hole. Al final le han pillado. No sabría decir qué es lo que ha hecho, pero seguro que algo contrario a la ley.

Shakespeare tampoco sabía cuál era la especialidad ilegal de su compañero de habitación desaparecido, pero no le sorprendió que las autoridades pensasen que Peter Foster tenía alguna.

—¿Podemos hacer algo por él? —preguntó.

Jack Street negó con pesar.

—No, a no ser que queramos que esos desgraciados vengan después a preguntarnos a nosotros —dijo el vidriero, lo que hizo que Shakespeare desestimara la idea al momento.

—Ha pagado hasta final de mes —dijo la viuda Kendall—. Y ahora está encerrado; así que venderé sus bienes para lo que puedan aportar —Pensaba más en lo que podía hacer por sí misma, que por su huésped.

Tras calentarse junto al fuego, Shakespeare se dirigió a la taberna a la vuelta de la esquina para cenar. Un bistec bien caliente y media barra para mojar en la salsa le hacían un hombre feliz. Sacó su pluma y la tinta y se puso a trabajar en “Trabajos de amor ganados”.

—Por Dios, maestro Will, cómo se siente uno al tener tantas palabras en la cabeza —le preguntó la sirvienta.

—Mientras fluyan, Kate, no hay ningún problema —respondió—. Pero si mis pensamientos se bloquean, yo me bloqueo con ellos —se golpeó la frente con el pulpejo de la mano para tratar de mostrarle a la sirvienta la sensación que le asaltaba cuando no lograba que las palabras acumuladas en su mente se traspasaran al papel.

Ella sonrió y asintió.

—¿Creéis que otra jarra de cerveza ayudará a fluir vuestra mente? —preguntó.

—Puede que otra más sí —dijo, mientras ella le llenaba la jarra con el cántaro que llevaba.

—Os suplico no volváis a preguntármelo, ya que si bebo demasiado tengo problemas para saber si las palabras de mi mente tienen el valor adecuado.

—Entonces aquí os la dejo —le dijo Kate, y así lo hizo.

Pero esa noche las palabras, con valor o sin él, no querían fluir. Shakespeare tenía la mirada fijada en la llama de la vela y trató de poner en práctica todos los trucos que conocía para derribar el muro que se erguía entre su ingenio y su pluma; pero no tuvo mucha suerte. Mientras abría parte de su mente trataba de trabajar obedientemente en “Trabajos de amor ganados”, la fuente más profunda, la parte de la que emanaba la

inspiración, habitaba con los males de la antigua tribu icena y no con sus personajes actuales. Volvió a golpearse la frente, esta vez totalmente en serio. El dolor repentino tampoco le hizo ningún bien.

Frustrado, miró a su alrededor. No tenía a nadie más a quien echarle la culpa de sus problemas excepto a sí mismo. Empezaba a ser tarde; era el último cliente que quedaba en la taberna. Con todo calmado y sereno, debería haber escrito como si le persiguieran los demonios. Murmuró una maldición. Los demonios estaban tras él; pero no eran los del tipo que le aportaban inspiración.

Cuando Kate volvió a acercarse, él dejó la pluma con un suspiro. Ella le obsequió con una sonrisa simpática.

—Os he visto preocupado; pero no quería hablaros por miedo a asustar a la palabra que podríais haber liberado —dijo.

—Esta noche, no hay donde encontrar esa palabra, o ya ha volado —respondió Shakespeare con pesar—. Si mi pluma fuera un puñal, no se clavaría.

—No digáis eso, que os conozco de buena tinta —dijo Kate. Esta vez, su sonrisa era distinta.

—Ah. De manera que así están las cosas, ¿no? —Sin esperar respuesta, Shakespeare se puso en pie. Incluso en un momento así, era muy cuidadoso en recoger su precioso manuscrito, sus plumas y su tinta antes de dirigirse hacia las escaleras con la sirvienta. —Sois dulce, Kate, al ofreceros a una fuente que se ha secado como yo.

—Todavía falta mucho para la primavera, y fuera hace frío —dijo ella—. Y dudo que estéis seco en todas vuestras facetas. Sino, ¿cómo es posible que la última vez que estuvimos entre sábanas encontrara una mancha húmeda?

Con una sonrisa, la cogió por la cintura.

—Me declaro sin argumentos —dijo. Ella se arrimó a él y suspiró suavemente. Él sostuvo en alto sus papeles—. Quizás también podáis vencerme en el escrito. ¿Os atrevéis a probar?

—Venga ya —dijo ella—. Yo que necesito poner una cruz para firmar.

Llegaron a lo alto de las escaleras. Su puerta se encontraba justo a la derecha. Ella la abrió. Entraron. Kate cerró la puerta. Shakespeare la tomó entre sus brazos.

—Besadme —le dijo. Y así lo hizo ella.

Cuando salió de la taberna, no había avanzado apenas en “Trabajos de amor ganados”. Aún así, su cabeza estaba eufórica y él andaba dando algún saltito de vez en cuando. Empezó a silbar una balada; pero calló y se metió en un portal al oír unos pasos que bajaban por la oscura calle. Si aún no era toque de queda, debía faltar poco. Lo último que quería en ese momento era toparse con una patrulla. Los hombres que pasaban hablaban en voz baja, y en inglés. Hubiera apostado lo que fuese que ellos tampoco querían toparse con una patrulla. Y él tampoco quería toparse con ellos, así que suspiró silenciosamente cuando desaparecieron en la niebla.

Una vez hubo llegado a su residencia, se sentó ante una mesa del salón con la

esperanza de poder plasmar unas cuantas palabras sobre el papel antes de estar demasiado cansado para trabajar. Pero no había escrito más de línea y media antes de que Peter Foster asomara la cabeza para ver qué ocurría.

—Oh. Maestro Will. Dios os propicie una buena noche.

—Os propicie una buena noche —repitió automáticamente Shakespeare. Luego miró boquiabierto—. ¡Decían que os habían encarcelado en el Hole!

—Bueno, así era —Foster puso un dedo junto el costado de su nariz—. Dios me propició una buena noche, y estuvo de mi parte —sostuvo en alto la llave maestra para que Shakespeare pudiera admirarla. Parecía un hombre bastante acostumbrado a forzar cerraduras.

—Muy bien hecho —dijo el poeta—. Pero, ¿no vendrán a buscaros de nuevo?

—¿Desde cuando? Probablemente el carcelero ni siquiera sabe que me he ido —dijo Peter Foster con total desprecio—. No, Will, dormiré aquí esta noche y cuando amanezca escaparé. Os diré la verdad, estoy contento de alejarme de ese aserradero que duerme con nosotros.

—Lo que consideréis más oportuno —dijo Shakespeare mientras se encogía de hombros—. Yo preferiría no dormir en mi propia cama para poder escapar de los representantes de la corona.

—Os inquietáis más que yo —dijo Foster, pero no desagradablemente; quizás se esforzaba por no tachar a Shakespeare de cobarde—. Me considerarán un malvado tanto si me quedo aquí como si me marcho. Recordad que no me habéis visto.

—Pensad lo que queráis de mí, pero no soy ningún delatador —dijo Shakespeare. “¿Y si me quitan las botas y me someten al bastinado hasta que no aguante más?” Se esforzó en no pensar en ello. Se alegró cuando Peter Foster asintió, aparentemente satisfecho, y se retiró a su cama. Pero, por la forma en que “Trabajos de amor ganados” se iba a pique, podría haber sido a bordo del barco de Sir Patrick Spens en su viaje más desafortunado a Noruega. Shakespeare también se fue a la cama. Jack Street hizo que la noche fuera horrible; pero sus ronquidos fueron la menor razón por la que Shakespeare se mantuvo despierto durante tanto tiempo.

Cuando se levantó, Foster se había ido. Nadie había venido en busca de aquel hombrecillo de herramientas interesantes. Shakespeare se dirigió al Theatre con un humor muy meditabundo. Su compañero de habitación conocía el crimen tan bien como él la poesía, y quizás hubiera disfrutado de una vida mejor con su oficio.

—*Buenos días*, Excelencia —dijo Lope de Vega a la vez que se quitaba el sombrero y le hacía una reverencia al capitán Baltasar Guzmán—. ¿En qué puedo serviros esta mañana?

—*Buenos días*, Teniente —le contestó Guzmán—. Primero de todo, dejad que os felicite por vuestra obra *La dama boba*. Vuestra dama era una boba encantadora, y ayer disfruté mucho de sus payasadas.

Lope volvió a hacerle una reverencia, esta vez casi se dobló en dos.

—¡Estoy a vuestras órdenes, señor! —exclamó encantado. Su superior nunca le había obsequiado con semejantes cumplidos sobre sus trabajos teatrales o, mejor dicho, sobre ningún tipo de trabajo.

El capitán Guzmán prosiguió:

—Y os felicito especialmente por haber conseguido sacarle una actuación tan buena a vuestro Diego. Estoy seguro de que no debe haber sido tarea fácil.

—De haber sabido que le necesitaría, habría hecho que el sirviente fuera un hombre más adormilado —dijo De Vega—. Tal y como estaban las cosas… —imitó el gesto de restallar un látigo sobre la espalda de Diego.

—Aún así —asintió Guzmán. Luego elevó una elegante ceja y preguntó: —Decidme: ¿En cuál de vuestras amantes os basasteis para la señora Nisea? O debería decir: ¿En cuál de vuestras antiguas amantes? Los rumores cuentan que tenían planeado lanzaros a la arena del oso para la pelea de los mastines.

—Oh, creedme, Excelencia, tampoco fue para tanto. —Pidió al capitán Guzmán que le creyera. No le dijo a su superior que lo que decía era verdad.

Las cejas de Guzmán seguían totalmente arqueadas.

—No, ¿eh? Lo cierto es que por aquí se han hablado auténticas maravillas. Supongo que debería admirar vuestra energía, si no vuestra suerte en la plaza de los osos. Todos los que las vieron dijeron que un hombre debería sentirse afortunado de tener una mujer así, y no hablemos de dos.

“¿Cómo puedo responder a esto?” Se preguntó De Vega. Al llegar a la conclusión de que no podía, no hizo el intento de hacerlo. En lugar de eso, repitió:

—¿En que puedo serviros, señor?

En lugar de responderle directamente, Baltasar Guzmán le dijo:

—Vuestra organización podría haber sido mejor, Teniente. —Le dijo Guzmán, en lugar de responderle directamente.— De hecho, difícilmente podría haber sido peor.

—¿Señor?

—¿Habíais olvidado que debíais veros con el Cardenal Parsons esta mañana? —Guzmán le observó, luego adoptó una expresión severa—. Ya veo que sí. Es una lástima. Podría ser que el Cardenal, al ser un señor inglés que justo acaba de llegar de Canterbury no haya oído hablar de vuestra, mmm…, escapada. Podría ser. Espero que así sea. Pero yo no contaría con ello. Ese hombre está endemoniadamente bien informado.

Lope suspiró.

—Sí, señor. Lo sé —dijo con abatimiento—. Haré todo lo que pueda.

—Espléndido. Estoy seguro de que les dijo lo mismo a sus dos damas.

Con las orejas al rojo vivo, Lope deseaba una rápida retirada de la oficina del Capitán Guzmán. Como había temido, Enrique le detuvo en el vestíbulo. El sirviente de Guzmán también rebosaba de entusiasmo sobre “La dama boba”.

—Sobre todo, admiré la transformación de Nisea de una boba a una mujer con

cabeza, y una buena cabeza, por sí sola —dijo.

Ya que Lope había trabajado especialmente a conciencia para llevar a cabo esa transformación, los elogios de Enrique deberían haberle encantado. Y, de hecho, le encantaban; pero ahora no tenía tiempo para Enrique.

—Espero que me disculpes —le dijo—, pero voy de camino a St. Paul.

—Oh, sí, por supuesto, para vuestra reunión con el Arzobispo de Canterbury —Enrique asintió sabiamente. “Todo el mundo conoce mis obligaciones mejor que yo”, pensó De Vega con una punzada de resentimiento. El sirviente del Capitán Guzmán prosiguió: —Es un hombre muy sabio, a la vez que un hombre muy santo, sin duda alguna.

—Lo sé —dijo Lope, desesperado por partir—. Si me disculpáis… —Aún retirándose, se apresuró a salir del acuartelamiento español en dirección oeste hacia la catedral más importante de Londres. Los libreros junto a las escaleras le tentaron con entretenerlo; pero resistió la tentación y subió las escaleras y entró en la gran iglesia. Si los libros fueran atados con faldas, quizás… Molesto consigo mismo, sacudió la cabeza para tratar de sacarse la idea vagabunda de ella.

Un diácono salió a su encuentro cuando entró en la tranquilidad fresca y oscura.

—Y vos debéis ser, señor… —preguntó el hombre en inglés.

Lope respondió orgulloso en su propia lengua castellana.

—Tengo el honor de ser el Teniente Primero Lope Félix de Vega Carpio.

No se sorprendió cuando el diácono también le habló en español.

—Ah, sí. Estáis aquí para reuniros con el Arzobispo de Canterbury. Acompañadme, señor.

El silencio se evaporó a medida que el diácono guiaba a De Vega a través de la catedral. Hombres sin amo regateaban con mercaderes y artesanos sobre quién podría tener trabajo para ellos. Los letrados en ricas togas comerciaban con chismes. Mujeres bien vestidas, sonrientes, fragantes con perfume dulce y mostrando tanta carne como se atrevían, rondaban cerca de los letrados. Una de las mujeres sonrió a Lope. Pero él la ignoró, lo que convirtió la sonrisa de ella en un ceño fruncido. No tenía interés en contratar los servicios de una fulana, no importaba lo extravagante y encantadora que fuera: él prefería enamorarse o, al menos, imaginarse que se había enamorado. “¿Y cuál es la diferencia?” Se preguntó. “Solo en el tiempo que duran los sentimientos”.

—Tened cuidado —le advirtió el diácono—. Aquí, robar o rajar bolsillos es un deporte.

—Supongo que esto también es caridad cristiana —dijo Lope. El diácono le dirigió una mirada extrañada.

Lejos de los enormes espacios públicos de St. Paul, se encontraban los aposentos que el clero usaba para sí mismo. El diácono guió a De Vega a uno de éstos. Luego, como hacía Enrique cuando iba a ver al capitán Guzmán, le dijo:

—Esperad aquí un momento, por favor —y entró solo en la sala. Cuando regresó,

le hizo señas—. Su Eminencia os espera con placer.

—Es demasiado amable —murmuró Lope.

Incluso ataviado con los ricos ropajes de cardenal, Robert Parsons parecía un monje. Su rostro era aguileño y pálido; la barba grisácea cortada muy corta no ayudaba a ocultar los huecos de los pómulos. Extendió el anillo para que De Vega lo besara.

—Me place conoceros, señor Teniente —dijo en latín.

—Gracias, Eminencia —contestó Lope en la misma lengua. Pasó al inglés. —Hablo vuestra lengua, señor, y vos no domináis el español.

—Prefiero el latín. Es más preciso —dijo Parsons. Por lo visto, era todo menos un hombre impreciso.

—Como vos gustéis, por supuesto —Lope esperaba que su latín pasara la prueba. Lo leía bien, pero no era clérigo, por lo que no lo hablaba a menudo—. Estoy a vuestro servicio para todo lo que deseéis.

—Bien —el Cardenal Parsons miró algunas notas sobre su mesa y asintió para sí mismo—. Me han contado que vos sois el oficial más preocupado por indagar sobre la traición dentro del teatro inglés.

—Sí, Eminencia, creo que eso es cierto —contestó Lope, contento de recordar el uso de las estructuras latinas.

—¿Esto se debe a que —el Arzobispo de Canterbury volvió a revisar sus notas— vos mismo aspiráis a convertiros en dramaturgo?

—Si, Eminencia —repitió De Vega, mientras se preguntaba si el eclesiástico contrataría sus servicios.

—Me alegro de oírlo, Teniente —fue lo único que dijo— ya que la traición se encuentra en esa esfera, y es menos probable que os engañen a vos, al estar familiarizado con estos ardides, que a alguien sin experiencia en tales misterios.

Lope tuvo que pensar antes de responder. El latín del cardenal era tan fluido, tan seguro, que parecía traído por un brujo de la época de Julio César a la actualidad. No hacía concesiones al latín más flojo de Lope; Lope tuvo la impresión que Parsons hacía pocas concesiones, a excepción probablemente del Papa.

—Excelencia, voy al teatro más para vigilar la audiencia que los actores —dijo De Vega—. A muchos los conozco bien y no se han mostrado desleales a la Reina Isabel ni al Rey Alberto.

Robert Parsons resopló como un caballo. Lope necesitó un instante para asimilar que era con intención de imitar una risa.

—¿Y qué probabilidades hay de que declarasen su traición ante un oficial de su Gran Majestad Católica de España? —dijo Parsons.

—Me tratáis como si fuera un estúpido, un crío —dijo Lope enfadado.

—En absoluto, Teniente —la sonrisa del Arzobispo de Canterbury era fría como el invierno en la frontera escocesa—. Con vuestras propias palabras, sois vos mismo el que se trata como tal.

Sin pensarlo, la mano de De Vega se movió unas pulgadas hacia la empuñadura de su estoque. Detuvo la acción. Incluso aunque le insultasen, sacar el arma a un prelado le llevaría sin duda a la cárcel, y, probablemente, al infierno. Hizo una reverencia rígida al Cardenal.

—Si me disculpáis, Eminencia…

—No —la voz de Parsons sobrevino cortante como el restallido de un látigo—. Os diré que hay un traidor entre esos hombres, y vos seréis el instrumento de Dios para despellejarle.

—Pero, Eminencia —Lope extendió las manos— si no me lo muestran cómo puedo descubrirlo. La traición no aparece en las obras que se representan. El Maestro Censor las ve y las aprueba antes de que la obra llegue al escenario. Sir Edmund Tilney es el que sabrá si los poetas planean una sedición; de hecho, ya ha arrestado a algunos por tratar de decir lo que no debía decirse.

Igual que su rostro, los dedos de Parsons eran largos, delgados y pálidos. Cuando los tamborileó sobre la mesa, a De Vega le recordaron las patas de una araña.

—Volvéis a hablar de traición patente —dijo Parsons—. Los enemigos de Dios y de España, como Satanás, su patrón, son más perspicaces que eso. Merodean. Conspiran.

—¿Con quién? —interrumpió Lope.

—Yo os diré con quién: con los nobles ingleses que aún sueñan con liberar a esa asesina mujerzuela hereje, Elizabeth, su antigua reina. —los ojos de Parsons centelleaban—. El rey Felipe fue excesivamente compasivo primero en no quemarla cuando la cogieron, y segundo al no acabar con todos aquellos hombres que estaban a su servicio y la defendían cuando gobernaba.

Lope recordó que había pasado más de veinte años en el exilio fuera de su país natal. Cuando hablaba de merodear y conspirar, hablaba de lo que sabía.

—¿Tenéis a alguien en especial en mente? —preguntó De Vega con sumo cuidado.

Esperaba que el Arzobispo de Canterbury nombrara a Christopher Marlowe, todos parecían poner a Marlowe a la cabeza de su lista de alborotadores, o George Chapman o Robert Greene (aunque había oído que Greene estaba enfermo y a punto de morir después de comer un plato en mal estado de arenques en vinagre). Pero Parsons, tras un asentimiento brusco con la cabeza, respondió:

—Sí. Un villano difamador que responde al nombre de William Shakespeare.

—¿Shakespeare? —dijo sorprendido Lope—. Ruego a vuestra Eminencia que me disculpéis; pero debéis estar equivocado. Conozco bien a Shakespeare. Es un hombre de buen carácter; diría que de mejor carácter que la mayoría de poetas.

—¿Qué hay de las amistades de los poetas? —preguntó el Cardenal Parsons.

Lope necesito un instante para darse cuenta de que le había dado una interpretación femenina a “amistades”. Bueno, Baltasar Guzmán ya le había advertido que al cardenal no se le pasaba mucho por alto, y tenía razón.

—¡Eminencia! —dijo Lope en un tono de reproche.

—Dejadlo. Dejadlo. Olvidad lo que he dicho —le dijo Parsons—. Pero os advierto, Teniente, os advierto que ese hombre es más complicado de lo que parece. Le han visto en casas donde un hombre de su posición no tiene ocasión de llamar y tiene amistades que ningún hombre honesto mantendría, o querría mantener.

—Conoce bien a Marlowe —dijo Lope—. Y al conocer a Marlowe, también conocerá a los conocidos de Marlowe. Mucho de ellos, me temo, son hombres que responden a los que describís.

—Hay más que eso —insistió el Cardenal Parsons—. No sé cuánto más. Eso, os encargo que lo descubráis. Pero os diré, Teniente, que hay más que descubrir —las narinas le temblaron como las de un perro de caza en tensión concentrado en distinguir un rastro.

El Capitán Guzmán también tenía oscuras sospechas sobre Shakespeare. Lope las había descartado: ¿Quién cree que su superior siempre lo sabe todo? Pero si Robert Parsons y Guzmán tenían la misma idea, quizás ahí había algo.

—Haré todo lo que esté en mis manos para ayudar a la causa de España, Eminencia —dijo De Vega.

Con un ligero tono de desaprobación en la voz, Parsons respondió:

—No se trata sólo de la causa de España. Es la causa de Dios. —Pero luego se suavizó—. Os tomaré la palabra, Teniente. Trabajad duro. Y trabajad rápido. Mis últimas noticias son que su Majestad Católica no mejora, y cada día se acerca más a su recompensa eterna. Con su crisis, lo más seguro es que llegue la crisis de nuestra santa fe católica aquí en Inglaterra. Al igual que los inquisidores, vos lucharéis contra la herejía. Id, a sabiendas de que Dios está con vos.

—Sí, Eminencia. Gracias, Eminencia —Lope volvió a besar el anillo del Cardenal Parsons. Salió de su despacho y de St. Paul tan rápido como sus piernas le permitieron. No cabía duda de que Parsons había intentado hacerle un cumplido al compararle con un inquisidor. Pero su intención y lo que Lope había sentido eran cosas muy distintas.

La Inquisición era necesaria. De eso, De Vega no tenía duda alguna. Pero también había una diferencia entre lo que era necesario y lo que era de admirar. “Los buitres y las moscas son necesarios. Sin ellos, el suelo estaría cubierto de animales muertos, pensó. Aún así, nadie les invita a cenar, y nunca lo harán”.

Shakespeare se arrodilló en el confesionario.

—Perdonadme Padre porque he pecado —dijo. El cura al otro lado del confesionario murmuró una pregunta que apenas oyó. Confesó su adulterio con la sirvienta en la taberna, su furia hacia Will Kemp (aunque no le dio todas las razones), sus celos hacia la última tragedia de Christopher Marlowe, y otros pecados semejantes que le venían a la mente… y que podían contarse sin peligro a un cura

católico.

De la misma manera que Shakespeare se había pasado a la adoración protestante durante el reinado de Elizabeth, se conformaba con el rito romano, ahora que Isabel y Alberto ocupaban el trono inglés y Felipe de España estaba tras ellos.

La mayor parte de las veces, la conformidad era fácil. Los ritos de la iglesia católica tenían una grandeza, un esplendor, que le faltaba al protestantismo. Si Shakespeare hubiera podido escoger él mismo una fe, seguramente habría escogido la de Roma. Su padre había permanecido discretamente católico durante todo el reinado de Elizabeth. Pero el hecho de que los invasores impusieran su credo era algo que molestaba a Shakespeare, de la misma forma en que molestaba a los hombres ingleses.

El cura le dio su penitencia y luego, en voz baja, le dijo:

—Id y no pequéis más —le mandó hacer su camino. Se acercó al altar de la pequeña iglesia parroquiana de Santa Ethelberge, la Virgen (la iglesia más cercana a donde residía), se arrodilló en un banco, y comenzó a rezar los avemarías y padrenuestros que el cura le había asignado. Para cuando terminó, se sintió limpio de todo pecado, aunque era un hombre que sabía que pronto volvería a tropezar con ellos.

Nueve años de conformismo de costumbres católicas era tiempo suficiente para dejarle lleno de culpa por todo lo que no había confesado. A pesar de la santidad del confesionario, cualquier mención sobre su encuentro con Lord Burghley habría ido directamente a oídos de la Inquisición inglesa, y, sin duda alguna, también de las autoridades profanas. Estaba tan seguro de ello como de su propio nombre. Aún así, alzó los ojos al cielo cuando finalizó su último Ave María. El cura no sabría lo que se guardaba para sí, pero Dios sí.

Mientas se santiguaba, otro gesto que se había casi automatizado desde la llegada de la Armada, se levantó para salir de Santa Ethelberge. En su camino por la nave hacia la puerta, Kate salió de un confesionario y se dirigió al altar. Una vergüenza torpe hizo que Shakespeare bajara la mirada al suelo de piedra. Seguramente ella había confesado la misma escena sexual. Por supuesto, para ella no se trataba de adulterio, solo de fornicación.

Se obligó a mirarle a la cara.

—Dios os dé un buen día —dijo, como si la conociera, pero no en sentido bíblico.

—Igualmente, maestro Will —respondió en voz baja—. ¿Volveremos a vernos esta noche en la taberna?

—Probablemente —dijo. Ella pasó por su lado. Su pequeña sonrisa secreta revelaba que quizás había confesado; pero que no se arrepentía plenamente.

Caminó de vuelta a la casa de huéspedes de la viuda Kendall. Quería sumirse en la escritura mientras persistiera la luz del día, y antes de que la mayoría de huéspedes volvieran a casa y convirtieran el lugar en un sitio demasiado ruidoso para poder pensar en los ritmos del verso blanco. Deseó ser un hombre rico, como los Bacons, en

cuya casa había conocido a Lord Burghley. Que pudiera sentarse en una habitación sin tener a media docena de personas parloteándole a la oreja… “está por encima de tus posibilidades, así que deja de darle vueltas”.

No había ido muy lejos cuando un aprendiz -fácil de reconocer por su ropa, ya que llevaba una sencilla capa lisa y una gorguera pequeña al cuello- le señaló.

—Ahí va el maestro Shakespeare.

Al ser un rostro que muchos veían, era algo que a Shakespeare le sucedía a menudo. Casi le hizo una reverencia al aprendiz, para afirmar que era quien el joven pensaba que era. Pero algo en el tono de voz del joven le contuvo. El aprendiz no sólo le había reconocido; por como sonaba, había otros que también buscaban a Shakespeare. No le dio mucha importancia a eso.

Aunque, efectivamente, otro hombre y una mujer le señalaron ante sus amigos en su camino de vuelta a la residencia. Y, cuando llegó allí, Jane Kendall estaba en un estado de angustia absoluto.

—¡Oh, Señor! —exclamó—. ¡Primero el maestro Foster y ahora vos! ¿Qué voy a hacer?

—¿A qué os referís señora? —le preguntó a la vez que pensaba, “¿Qué hará? Buscar más huéspedes, qué si no. Pero si me persiguen como persiguen a Peter Foster, ¿qué voy a hacer?” Dudó si huir a Stratford le serviría de algo. Le localizarían allí. ¿Podría pasar la frontera de Escocia? “¿Tienen teatros en Escocia? ¿Podría un actor sobrevivir allí o moriría de hambre lentamente?”

—Maestro Shakespeare, el hombre que preguntaba por vos parecía un auténtico carcelero —respondió su casera—. También tenía una voz muy áspera y profunda, suficiente para hacer temer a todos. Oh, maestro Shakespeare, ¿qué es lo que habéis hecho?

—Nada —respondió Shakespeare. Y eso era cierto, o cercano a la verdad. No había puesto por escrito ninguna palabra. Lo más cercano a alguna prueba que podrían encontrar entre sus posesiones era la traducción de los *Annales* de Tácito. Pero no era la única obra histórica de su baúl, y no había más que sobado la página más relevante. Por lo que a las pruebas respectaba, pisaban terreno resbaladizo.

¿Pero qué importaba eso? El bastinado, el potro, la empulguera, la tortura del agua de la que era partidaria la Inquisición inglesa… Si se lo llevaban y empezaban a atormentarle, ¿cuánto podría aguantar? Se estremeció. El sudor empezó a correr por su frente. No era ningún héroe, y lo sabía demasiado bien. Si le torturaban, contaría todo lo que sabía, y rápido además.

Esforzándose por no pensar en esas cosas, se fue a la taberna para cenar y trabajar. Todo lo que sabía sobre lo que comía era que costaba tres peniques. Se dio cuenta de la sonrisa de Kate, y, distraído, se la devolvió. Una vez Kate le hubo retirado la bandeja de madera, empezó a trabajar en “Trabajos de amor ganados”. Esa noche, la escritura iba bien: al menos, mejor que la última quincena. Mojaba su pluma en la tinta una y otra vez; corría a través de la página.

Kate sabía muy bien mantener su silencio cuando las palabras fluían como el Támesis desbordado. Cuando finalmente se acercó a su mesa, sólo fue para advertirle:

—Ha sonado el toque de queda.

—Oh —no quería parar; pero tampoco quería que le cogieran, no si ya iban tras él. Al recoger sus plumas, papeles y la tinta, retornó al mundo real. La sonrisa que ahora le ofrecía la sirvienta era avergonzada—. Otra vez será, me temo.

Ella asintió, no muy ofendida.

—Cuando os vi escribir de esa manera, ya sabía que las cosas serían así —su voz se acarameló—. Que Dios os ampare.

—Y a vos —Shakespeare retiró el taburete de la mesa. De todas formas, no podría haber seguido mucho tiempo más, la vela ya había prendido casi toda. Con un saludo torpe, casi el saludo que le hubiera dado un joven a una bella damisela a la que era demasiado tímido para cortejar, salió a toda prisa de la taberna.

A la mañana siguiente, se levantó cuando todavía era oscuro; en diciembre, el sol permanecía largo tiempo en la cama. Gachas de cereales del puchero sobre el fuego y una jarra de cerveza de la viuda Kendall interrumpieron su prisa. Y no era el primer huésped en pie, Jack Street salió por la puerta mientras él aún comía.

Cuando Shakespeare siguió al vidriero fuera de la residencia, un hombretón salió de la sombra.

—Vos sois el maestro William Shakespeare —debía ser el hombre que había hablado con Jane Kendall; su voz resonaba desde lo más profundo de su pecho.

—¿Y si lo fuera? —preguntó Shakespeare—. ¿Quién sois y qué es lo que queréis de mí?

—Debéis venir conmigo a Westminster —respondió el hombre—. Inmediatamente.

—Pero me esperan en el Theatre —replicó Shakespeare.

—Os esperan en Westminster, y allí es adonde iréis —dijo, implacable, el hombretón—. El viento procede del este. Venid, vayamos al río a dar un paseo en barca. Será más rápido —se santiguó—. Dios es testigo, maestro Shakespeare, de que no estáis arrestado. Ni lo estaréis si hacéis lo que se os pida. Ahora venid. Cuanto antes estemos allí, antes habremos acabado.

—A vuestro servicio —dijo Shakespeare, sumamente contento de no ser, al menos no aparentemente, el prisionero del otro hombre.

El crepúsculo matutino había empezado a dar caza a la oscuridad del cielo del este cuando bajaron al río Támesis. Incluso tan temprano, una media docena de boteros les gritaron, ansiosos por un trayecto.

—¿A dónde queréis ir, mi señor? —le preguntó uno de ellos después de que el tipo enviado para ir a por Shakespeare le pusiera una moneda de cuatro peniques de plata en la mano.

—Westminster —respondió el hombretón.

—Os llevaré allí en un momento, señor —dijo el botero. Demostró ser tan bueno como su palabra, hizo uso tanto de la vela como de los remos para hacerse camino hacia el oeste contracorriente. El viento soplaba con energía del este, lo que ayudó a que el pequeño barco cogiera velocidad hacia Westminster. Llegaron allí antes de lo que Shakespeare hubiese tardado caminado, sobre todo, cuando aún tenía problemas para ver donde ponía los pies.

Su -¿guía?- le condujo a través del laberinto de palacios y otros edificios solemnes. Oía español en los callejones y en los vestíbulos con la misma frecuencia que inglés; Westminster era el corazón latiente de la ocupación española en su país. La mera palabra le mareaba, a menudo se usaba para hacer referencia al acto de un hombre al acostarse con una mujer. Y, de hecho, mediante sus soldados, el rey Felipe había destronado a la reina Elizabeth, había destronado a toda Inglaterra, y…

—Esperad aquí un momento —le dijo el inglés de la voz profunda, y entró en una oficina. No tardó en asomarse por la entrada y llamarle por señas. —Pasad —dirigiéndose al hombre tras la enorme y vistosa mesa, le habló en español —Don Diego, le presento al *señor* Shakespeare, el poeta —Shakespeare apenas sabía algo de español; pero entendió lo justo para saber lo que le había dicho. El inglés volvió a centrar su atención en Shakespeare y volvió a dirigirse en su lengua natal —Maestro Shakespeare, éste es don Diego Flores de Valdés.

Shakespeare hizo una reverencia al español.

—Es todo un honor, Excelencia —dijo. De hecho, estaba más bien horrorizado. Diego Flores estaba al mando de todos los soldados del Rey Felipe en Inglaterra. “¿Qué es lo que sabe?”

En lugar de traducir, como había esperado Shakespeare, su guía inclinó la cabeza cortésmente al importantísimo español y se retiró. Flores demostró hablar un buen inglés aunque con un fuerte acento.

—Por favor, acomódese *señor* Chakespeare —señaló una silla frente a la mesa. Como la mayoría de españoles, se hizo un lío con el sonido “sh” al principio del nombre de Shakespeare y lo pronunciaba como si tuviera tres sílabas.

—Gracias, señor —Shakespeare se sentó con cautela en la silla. Antes hubiera preferido salir corriendo. Incluso a sabiendas de que el hecho de escaparse sería fatal, éste no dejaba de ser menos tentador. Tomó una bocanada de aire y forzó una actitud de calma falsa de actor. —¿En qué puedo serviros?

Don Diego Flores le estudió antes de responderle. El comandante español estaba en la cincuentena, la barba empezaba a volverse gris, la nariz aguileña más afilada en el rostro escuálido de lo que debía haber parecido cuando era joven.

—He oído que sois el mejor poeta en Inglaterra —a pesar de todo sonó como un hombre que no tenía por costumbre creer en lo que le contaban.

—De nuevo, Excelencia, me honráis más de lo que merezco.

—¿Quién le supera? —le preguntó Flores con dureza, su ceceo español hacía que su inglés sonara anticuado. Cuando Shakespeare no respondió, el oficial se rió. —Ahí

lo tenéis. ¿Lo veis? El honor recae sobre vos, más de lo que pensáis. Eso lo entiendo. Eso lo admiro. Si es pecado codiciar el honor, entonces yo mismo soy el alma más ofensora que existe —se golpeó con el puño sobre el pecho—. De manera que es por esta razón por la que os he convocado aquí: porque sois el mejor.

—¿Qué es lo que queréis de mí? Sea el tipo de poeta que sea, soy un poeta inglés. No conozco la lengua española.

—*Claro que sí* —dijo, en español, Don Diego, y luego, al ver la expresión perpleja de Shakespeare, volvió al inglés— pro por supuesto. Se os ha solicitado porque escribís tan bien en inglés —Shakespeare estaba convencido que debía mirar con más perplejidad de la que había mirado nunca. Flores continuó—. ¿No habéis oído que el rey Felipe, Dios le adore, empeora en lo que a su salud atañe?

¿Era eso una trampa? "Debería mostrar ignorancia?"se preguntó Shakespeare. Tras pensarlo un rato, rechazó la idea: el declive del Rey de España era demasiado conocido como para peligrar por albergar semejante conocimiento.

—Sí, Excelencia, he oído algo al respecto —dijo el poeta con cautela.

—*Muy bien*. *Very good* —el español volvió a traducir para sí mismo, aunque esta vez Shakespeare le siguió perfectamente. Santiguándose, Flores prosiguió —pronto, el Buen Señor se llevará al Gran Rey a su morada.

—Que el Rey Felipe viva y reine por muchos años —Shakespeare no vio la manera de decir otra cosa, no al comandante de Felipe en Inglaterra.

—Quizás sea así, *sí*; pero Felipe es un hombre mortal, en eso es igual que cualquier otro —Flores sonaba impaciente; quizás sabía más del estado de salud de Felipe de lo que era simple cotilleo en Londres—. Os he mandado traer para rendirle un monumento conmemorativo.

—¿Señor? —Shakespeare aún se sentía desorientado—. Como os he dicho, soy un poeta, un actor; pero no un picapedrero.

El noble español resopló. Una ceja indisciplinada se alzó por un instante. Se obligó a bajarla; pero aún parecía desesperado. Claramente, Shakespeare parecía poco más que un zopenco. Eso a Shakespeare le parecía estupendo, quería quedar ante Flores como un tipo farfullador, baboso e inocentón. El oficial se recompuso. —Que el monumento conmemorativo que hagáis sea inmortal como la piedra tallada. Quiero, *señor*, una obra que trate sobre la magnificencia de su Majestad Católica, para que vuestra compañía de actores la represente cuando la noticia de la muerte del rey llegue a este país nórdico: un espectáculo sobre su grandeza para amedrentar a la población inglesa, para hacerles saber que fueron conquistados por el mejor y el más cristiano príncipe que nunca ha existido, e intimidarlos con eso. ¿Podéis hacerlo? Os prometo que le proporcionaremos una gran cantidad de historias y crónicas de las que podréis extraer sus escenas y personajes. ¿Qué me decís?

"Si me río en su cara, me tomará por lunático, y no estará lejos de la verdad. ¿Cómo puedo hacerlo?" Otro pensamiento siguió inmediatamente al primero: "¿Cómo puedo decirle que no?" Shakespeare se esforzó.

—Aunque me place enormemente, Excelencia, me encuentro muy presionado por un asunto de trabajo y…

Don Diego Flores de Valdés lo rechazó con una sonrisa seca.

—A su Majestad Católica, sólo le servirá el mejor. No atamos las manos que nos dan de comer. Vuestros honorarios serán de cien libras. Se os pagará ahora, y deseo que os pongáis a trabajar en seguida; ya que ninguno de nosotros sabe cuáles son los planes de Dios para el Rey Felipe. —De un cajón sacó una bolsa de piel y se la lanzó a Shakespeare. De nuevo con una sonrisa, añadió: —¿Y qué me decís ahora de todo ese asunto vuestro?

Mareado, Shakespeare cogió la bolsa. El oro tintineaba dulcemente. Nada más podía ser tan pesado y tan pequeño a la vez, ya que Flores no intentaría engañarle con plomo. “Estoy vivo y soy rico. ¿Pero cómo puedo vivir con Burghley y el español ambos deseosos de una obra mía?” No tenía respuesta a eso.

—Estoy a vuestro servicio —volvió a murmurar.

—*Sí, es verdad* —dijo en español Don Diego sin preocuparse por traducirlo. Señaló la puerta—. Podéis iros. Espero la obra en un tiempo razonable.

Shakespeare se levantó. Casi tambaleándose, salió de la cámara del comandante. El hombretón inglés de la voz profunda le esperaba fuera para hacerse cargo de él. Mientras caminaban por el vestíbulo, Shakespeare vio a Thomas Phelippes escribiendo en una sala cercana. ¿Tenía Phelippes algo que ver en todo esto? Y de ser así, ¿eso lo empeoraba o no? Nuevamente, Shakespeare no tenía respuesta.

IV

—¿Shakespeare escribirá una obra sobre su Majestad Católica? —Lope de Vega se introdujo un dedo en el oído, como para asegurarse de que lo había oído bien—. ¿Shakespeare?

El capitán Baltasar Guzmán asintió.

—Sí, así es. Parecéis sorprendido Teniente.

—No, su Excelencia. Parezco asombrado. Con el Arzobispo de Canterbury y, a mi parecer, todo el resto del mundo sospechando de él por traición, ¿por qué otorgarle semejante reconocimiento? Sin duda, es un magnífico escritor…

—Y, sin duda, sois un ingenuo —Guzmán sonrió. Lope se obligó a devolverle la sonrisa, en lugar de levantarse de la silla y, con ella, romperle la crisma a su enano superior arrogante. Con la sonrisa altanera aún en los labios, el Capitán Guzmán prosiguió: —si a Shakespeare le pagan bien, quizás se incline menos por la traición. Esto ya ha sido así en otras ocasiones. Si escribe una obra en la que elogie al Rey Felipe, puede que esté demasiado ocupado para entretenerse con travesuras —enumeraba con los dedos los asuntos mencionados.

—¿Pero qué tipo de obra escribirá? —preguntó Lope—. Si fuese un traidor, cosa que os recuerdo que no creo que sea así, pero si lo fuese, ¿no difamará al Rey en lugar de elogiarle?

—No si el Maestro Censor le vigila constantemente —contestó Guzmán—. Si el Maestro encuentra aunque sea una mota de difamación en la obra, no se representará. Y el *señor* Shakespeare responderá a un sinfín de preguntas mordaces de la Inquisición inglesa, de los espías de la Reina Isabel y el Rey Alberto, y de don Diego Flores de Valdés. Puede que Shakespeare sea un poeta; pero no crea que sea estúpido. Seguramente sabe todo esto, y nos dará lo que necesitamos.

Lope no se preocupó por la forma en que el Capitán Guzmán le miraba. “Eres un poeta, y creo que eres un estúpido”, podría haber dicho el noble. Pero lo que había dicho tenía aún menos sentido.

—Podría ser —admitió De Vega a regañadientes.

—Es generoso por vuestra parte que estéis de acuerdo. Estoy seguro de que don Diego se sentirá aliviado —dijo Guzmán. Lope se tensó. Estaba más acostumbrado a repartir sarcasmo que a recibirlo. Guzmán le señaló—. Y hay una cosa más que nos ayudará a salvarnos contra el peligro que entraña el *señor* Shakespeare.

—¿De qué se trata, Excelencia?

—De vos, Teniente.

—¿Excelencia?

—Vos —repitió Baltasar Guzmán—. Shakespeare escribe sobre el Rey Felipe de España. Sois español y os vuelve loco el teatro inglés. ¿Qué mejor que le expliquéis al inglés todo lo que necesita saber sobre su Majestad Católica, y que os quedéis en su compañía para asegurar que todo marcha bien? ¿No creéis que se sentirá

agradecido?

—Lo que creo —dijo Lope—, es que podéis estar cometiendo pecado ante los ojos de Dios por hacer que disfrute tanto.

El Capitán Guzmán sonrió.

—Se lo mencionaré al sacerdote la próxima vez que vaya a confesarme. Creo que mi penitencia será ligera.

—Espero que estéis en lo cierto… ¿Me ordenáis ir al Theatre, señor? —preguntó De Vega. Su superior asintió. Lope se maravilló de la libertad que acababa de recibir —. ¿Esta será toda mi obligación hasta que la obra se presente ante la audiencia?

Guzmán volvió a asentir. El placer que recorrió a Lope era tan intenso que creyó que tendría que añadirlo a su próxima confesión. Sin embargo el noble añadió:

—Esto de momento. Podría cambiar más adelante. Y si hubiera alguna emergencia o revuelta…

—¡Dios lo evite!

—Así es, Dios lo evite. Pero, si se diera el caso, deberéis ayudar tal y como yo crea conveniente.

—Por supuesto, su Excelencia. No hace falta ni decirlo. Soy, ante todo, un sirviente de su Majestad Católica, como lo es todo español en este oscuro y miserable país.

—*Muy bien*. Quería asegurarme que todo había quedado bien claro. —Algo destelló en los ojos de Baltasar Guzmán. ¿Regocijo? ¿Malicia? Probablemente una mezcla de ambas—. Y con vos, Teniente Primero, no estaba seguro de que hubiera algo que no hiciera falta mencionar. Buenos días.

—Buenos días —repitió Lope. Se levantó, hizo una reverencia casi doblegado completamente y abandonó la oficina del capitán sin mostrar que había sentido, o incluso notado, la pulla. Era eso o sacar el estoque y retar a Guzmán. No quería pelear. Por una parte, el hombre era su superior y tenía autorización para semejantes burlas. Por otra, aunque De Vega no menospreciaba su habilidad con la espada, el Capitán Guzmán era una especie de prodigio con el acero en la mano. Al contraponer este hecho al honor mancillado, su reconocida habilidad no debía importar; pero, según los parámetros establecidos del mundo, sí importaba.

Cuando Lope volvió a su habitación, se encontró a Diego inmerso en un profundo ronquido. No cabía esperar otra cosa. Ni tan siquiera se molestó en sacudirle, en lugar de eso, le dio un puntapié de manera que, al mismo tiempo, canalizaba algo de la rabia que no podía verter sobre el Capitán Guzmán.

De todas formas, sacudir a Diego era, a menudo, una pérdida de tiempo. Darle puntapiés funcionaba mucho mejor.

—¡*Madre de Dios*! —exclamó, y se puso derecho en un abrir y cerrar de ojos. Parpadeó a Lope, los ojos llenos de venas rojas.

—Tú, lirón, levántate antes de que te hierva en miel —gruñó De Vega—. No puede pasarte todo el día durmiendo.

Diego refunfuñó.

—No más teatro —dijo. La verdad era que, bajo la dirección despiadada de Lope, había representado bien a Turín, el sirviente en *La dama boba*. ¿Y por qué no? Era un sirviente. Lo único que tenía que hacer era de sí mismo, acordarse de su guión y mantenerse despierto.

Pero Lope negó con la cabeza.

—No, no hay mas obras de teatro para ti —ignoró el gesto de alivio de Diego—. Pero, quizás voy a hacer algo más, y en inglés, ni más ni menos —prosiguió Lope.

—¿Y qué tiene que ver esto conmigo? —preguntó Diego en un bostezo.

—Tú, granuja, puedo leerte la mente —Lope le lanzó un mirada feroz—. Estás pensando: mi maestro estará ocupado con representar, así que podré quedarme aquí tumbado y dormir hasta el día de Resurrección. Mejor te lo vuelves a pensar, desgraciado, o dormirás el sueño eterno de un hombre muerto. Voy a necesitarte más que nunca.

—¿Para qué?

—Para más representaciones quizás —dijo Lope, y su lacayo volvió a refunfuñar. Hizo caso omiso de ello—. Quizás para llevar algunos mensajes. ¿Y quién sabe para qué más? Eres mi sirviente, Diego. Puedes trabajar para mí y hacer lo que te diga, o puedes ir a ver como están las cosas en la frontera escocesa.

—*Madre de Dios* —volvió a repetir Diego, esta vez en forma de lamentación—. La vida de sirviente es muy dura. ¿Quién diría lo contrario? Debo obedecer las órdenes de otro hombre, mi tiempo no es sólo para mí…

—Oh, qué lástima —le interrumpió Lope—. No puedes dormir cada bendita hora de cada bendito día. Cada dos por tres tienes que levantarte para ganarte el pan en vez de que te lo den ya mojado en aceite de oliva.

—¿Y dónde habéis visto aceite de oliva en Inglaterra, *señor*, salvo el que traemos para nosotros mismos desde España? —dijo Diego—. Los ingleses lo odian. Si eso no demuestra que son unos salvajes, ¿qué es lo que demuestra?

—Demuestra que tratas de cambiar de tema —respondió Lope—. Aunque no funcionará. Eso no funcionará, pero tú, por Dios, sí que lo harás.

—La vida es dura para un sirviente con un amo cruel —suspiró Diego—. La vida es dura para cualquier sirviente, pero sobre todo para uno tan desafortunado.

—Si fuera un amo cruel ya estarías en la frontera escocesa, o te habría enviado a Irlanda, o estarías en algún lugar amarrado a un poste de latigazos por culpa de tu holgazanería —dijo Lope—. Quizás eso te espabilaría. No hay nada más que parezca poder hacerlo.

—Hago lo que tengo que hacer, *señor* —respondió con dignidad Diego.

—Haces la mitad de lo que deberías hacer, y nada de lo que un buen sirviente debería hacer —replicó De Vega—. Quizás deberías enamorarte. Te mantendrías despierto por tu dama, y también estarías despierto para mí.

—¿Enamorarme de una mujer inglesa? Yo no, *señor* —Diego negó con la cabeza

con tanto ímpetu que la papada se tambaleó de un lado a otro. No parecía haberse quedado dormido durante ninguna comida. Con una sonrisa astuta, añadió —mirad lo que las damas inglesas os han aportado. Tan solo problemas. No necesito una mujer que me dé problemas cuando ya tengo un amo.

Por un momento, Lope se compadeció de su sirviente. Su propio superior, el Capitán Guzmán, también le había aportado muchos problemas. Pero Guzmán también le había dado la libertad del teatro inglés. Y eso compensaba todos los problemas que el enano y chulo noble le había proporcionado. Y, no importaba lo que el gordo y patoso de Diego dijera, las mujeres también tenían sus usos.

Richard Burbage observó a Shakespeare.

—Vuélvemelo a contar —dijo el gran y fornido actor—. ¿Los españoles desean de buen grado que escribas una obra sobre la vida de Felipe?

—Así es —dijo Shakespeare infeliz. Los dos estaban solos en el escenario exterior del Theatre. No había espectadores mascando manzanas, tragando cerveza y pellizcando a las mozas que les miraban boquiabiertos desde el espacio abierto alrededor de ellos; tampoco había gente rica que les observase desde las galerías. Aún eran las primeras horas de la mañana, hora de ensayo. La obra de la tarde sería *El Príncipe de Dinamarca*. Burbage representaría al príncipe y Shakespeare al fantasma de su padre. Acababa de salir por la trampilla de la oscuridad húmeda y fría bajo el escenario. Él mismo había escrito las frases que ensayaban en ese momento, pero Burbage las recordaba con más facilidad que él. En el escenario, nada perturbaba a Burbage.

Ahora había echado la cabeza hacia atrás y se reía, con las dos manos sobre su acomodada barriga. Unos ayudantes del encargado de vestuario y un vendedor que llegaba temprano se giraron en su dirección, con la esperanza de poder compartir la broma. Les agitó la mano, como para decir que el asunto no iba con ellos. Si el gesto lo hubiera hecho Shakespeare, le hubieran ignorado. A Burbage lo tomaban muy en serio, y volvieron a lo que fuera que estuvieran haciendo. Shakespeare suspiró. No era ninguna casualidad que Burbage fuera un hombre destacado.

Con la alegría aún en los ojos, Burbage habló sólo para oídos de Shakespeare.

—Bueno, compañero, sin lugar a dudas, una cosa está clara.

—¿El qué? —preguntó el poeta.

—No sospechan nada de tu otro encargo.

—¿Pero cómo voy a hacer ambos encargos? —preguntó Shakespeare en un susurro exaltado—. ¿Combinarlos, cómo? Esta es la situación más desagradable de mi vida, Dick. ¿Dos obras a la vez? Me volveré loco, y empeoraré hasta que vea cual está predestinada a viajar de la pluma y el papel a… esto —su gesto abarcó todo el Theatre.

—Un buen gesto —remarcó Burbage—. Mejor utilízalo cuando aparezcas en el

escenario —Se agachó como si saliera de la trampilla, luego se levantó con una versión más exagerada y extravagante del gesto de Shakespeare—. Te ayudará a introducir al público en los asuntos de la obra.

—Lo haré —dijo Shakespeare; pero se negó a que el otro hombre le distrajera—. Aún no he preguntando a toda la compañía respecto a la otra obra. Después de esto, ¿cómo lo haré? Se creerán que soy un perro de los españoles, y pensarán que les estoy induciendo a la traición.

—Con suerte, otro, pero no tú, Will —Burbage posó una mano sobre su hombro —. Eres un hombre honesto, no existe hombre más honesto que tú, todo el mundo lo sabe.

—Te lo agradezco —la sonrisa de Shakespeare resonó lo suficientemente salvaje como para que los ojos curiosos volvieran a posarse en ellos. Hubiera deseado haberla contenido; pero se sintió como si hubiera estallado de no haberlo hecho—. ¡Pero honesto! Si fuera honesto a todos los que están involucrados en todo esto, moriría al instante.

—De ninguna manera —Burbage negó con la cabeza y miró sombrío—. Ciertamente, morirías; pero de la forma más lenta que los que te cogieran pudieran imaginar.

—Que el diablo te tiña de negro maldito ternero lunático —dijo Shakespeare; pero sólo hizo reír a Richard Burbage. —Will Kemp me diría eso mismo; pero esperaba algo mejor de ti —continuó Shakespeare aún furioso.

—Escribe tu obra sobre Felipe —le dijo el actor—. Escríbela como nunca hayas hecho, ¿quién sabe lo que Dios tiene en cuenta? Y nosotros la representamos. Y, en su lugar, también podemos representar otra obra, porque eso también es voluntad de Dios, y hay un fin para ello.

“Le da lo mismo representar una obra que la otra, ya que sabe que la compañía se aprovecharía de ambas”, se dio cuenta Shakespeare. Eso no le ayudó a animarse. Si a Burbage no le importaba recorrer el escenario como Felipe de España o ataviado con toga y casco de cresta como Gaius Suetonio Paulinus, ¿realmente le importaba quién gobernaba Inglaterra? ¿Realmente le importaba algo que no fuera su propio papel y lo que pensaran de él los aficionados al teatro? Eso sucedería con cualquier actor: pero con alguien que disfrutara -no, que se deleitara- ante semejante aclamación general como Richard Burbage, la pregunta era todavía más peliaguda.

La noticia sobre la representación de la vida del Rey Felipe corrió por la compañía como la pólvora. “¿Quién puede hacerse el sordo cuando lo que suena es el ruidoso rumor?” Pensó Shakespeare con una sonrisa amarga. “Desde oriente hasta el declive de occidente, siempre difunde los hechos que acaecen en la esfera de la tierra, calentando las orejas de falsas noticias”. Deseaba que la noticia fuera falsa.

Will Kemp se acercó sigilosamente, aún con el cráneo que usaría durante su actuación como sepulturero durante la obra de la tarde.

—Me vas a contar algo con lo que voy hacer reír a todos, ¿no es así? —dijo,

mientras movía la mandíbula del cráneo como si pareciese que fuera éste el que hablaba.

—Callad, viejos huesos —dijo Shakespeare.

Kemp lanzó el cráneo al aire y lo recogió. Eso sólo hacía que la mirada maliciosa del sin ojos pareciese más horrorosa.

—Felipe es un cerdo tan charlatán, orador y presuntuoso que cualquier obra en la que aparezca necesitará que se retoque su pesadez, para no resultar demasiado pesada para la digestión —la voz del bufón se convirtió en un quejido adulador y elevado de tono.

—Es la primera noticia que tengo de que te importan algo las palabras que te doy —dijo Shakespeare ásperamente—. Sería mejor que aquellos que representaran a los bufones no hablaran más de lo escrito para ellos.

El flexible rostro de Kemp se transformó en una expresión tan ridícula, que incluso Shakespeare no pudo evitar reírse.

—Pero maestro William, mi palomo, mi cosita, mi pollito, mi cachorrito —arrulló el bufón—, el meollo de esto está, como ya he dicho en ocasiones anteriores, en que los espectadores se ríen más con mis palabras que con las tuyas.

—Al carajo tú y los espectadores —Shakespeare estaba con las piernas bien abiertas, en posición cómoda. Will Kemp le miró boquiabierto. “¡Defiéndete William, por Dios!” pensó Shakespeare. “Me está atacando indiscriminadamente y, encima, espera que yo disfrute con ello”—. Que el demonio se lleve tus risas cuando cambies mi obra, como ya he dicho antes. ¿Me has oído?

—Te he oído —Kemp parecía furioso, furioso y abominable. Empezó a decir algo más; pero, en vez de continuar, dio media vuelta sobre sus talones —para ser un hombre grande y voluminoso, cuando quería, se movía con asombrosa gracia— y se marchó.

“Otro que se preocupa más por sí mismo que por los demás”. Shakespeare suspiró. Era suspirar o llorar de desesperación. “Alguien nos venderá a los españoles. Tan seguro como que los hombres de Pilatos clavaron a Jesús en la cruz, alguien pensará antes en treinta piezas de plata que en toda Inglaterra. Alguien, ¿pero quién?”

No le quemarían vivo, no por traición, o al menos no quemarían la mayor parte de lo que quedase de su cuerpo. Lo arrastrarían en la camilla de los condenados hasta Tower Hill, y le colgarían hasta que estuviera casi muerto. Luego le abrirían por la mitad y le despedazarían como si fuera una oveja en el matadero. Arrojarían sus tripas al fuego mientras él miraría, eso si tenía la suficiente mala suerte como para seguir todavía con vida. Una vez hecho esto, le descuartizarían y expondrían su cabeza y algunos miembros más en el Puente de Londres y en otros lugares de la ciudad para disuadir a otros de semejantes pensamientos y actos.

Se estremeció. Eso era ley inglesa; Elizabeth la había utilizado contra aquellos católicos que habían querido conspirar contra ella. Por todo lo que sabía, los españoles tenían castigos más severos para los traidores.

Alguien le dio unos golpecitos sobre el hombro. Dio un salto y casi gritó.

—Os suplico humildemente me disculpéis, maestro Shakespeare —dijo Jack Hungerford—, no era mi intención asustaros.

—Estaba con la cabeza… en otra parte —dijo Shakespeare temblando, y el encargado de vestuario asintió. Shakespeare se recompuso. —¿Qué queríais?

—Bueno, solo quería prepararos para vuestra intervención sobre el escenario —contestó Hungerford, sus ojos claramente preguntaban: "¿Dónde viajaban vuestros pensamientos?"— Ya sabéis, se acerca la hora.

—Después de vos—Shakespeare le siguió como últimamente había seguido a muchos hombres de los que antes habría preferido huir.

De vuelta al vestidor, Hungerford era todo eficiencia dinámica. Espolvoreó el rostro y las manos de Shakespeare con polvo de tiza; luego untó grasa negra bajo los ojos para darle un efecto más parecido a una calavera. —Tened, miraos —dijo, y le puso un espejo en la mano.

Shakespeare analizó la imagen uniforme que le devolvía el espejo.

—¿Estoy más demacrado de lo que ya estaba? —murmuró.

Hungerford, quizás por fortuna, no le prestó atención. El encargado de vestuario hurgaba entre las ropas de la compañía para encontrar un traje gris humo cosido con hilo de plata. —Tendréis cuidado con esto bajo el escenario —le dijo con severidad —. Es el único traje que encaja para un fantasma real. Manchadlo, y la limpieza nos costará un riñón.

—Lo tendré en cuenta.

—Bien. Bien. Mejor que lo hagáis. —Como todo encargado de vestuario que se merecía el pan que comía, Jack Hungerford se preocupaba más por sus trajes y otras propiedades que por los actores que los llevaban. Le mostró una corona pulida de peltre. —¿Veis que brilla como si fuera plata? No hay fantasma en el mundo que pueda competir en elegancia con el padre del Príncipe.

—No me cabe duda de que estáis en lo cierto, maestro Hungerford —Shakespeare se colocó la corona en la cabeza. Era demasiado pequeña. Había representado al fantasma desde que escribió la tragedia, y aún tenía que convencer al encargado de vestuario que le consiguiera una corona que le encajara bien.

Hungerford le pasó un cuenco lleno de papel hecho jirones y arrugado.

—¿Os acordaréis de prender esto antes de que la trampilla se abra? Una pequeña cortina de humo sorprenderá a los espectadores.

—Me acordaré —prometió Shakespeare solemnemente—. Recordaréis que ya he representado este papel en otras ocasiones. También recordaréis que fui yo el que lo ideó.

El encargado de vestuario solo suspiró, como haría una madre cuando su hijo le dijese que ya es un hombre adulto. Por mucho que insistiera, nunca le creería, no en su corazón. Hungerford nunca creía que los actores supieran algo. Cuanto más le decían que sí, menos les creía.

Un rumor creciente procedía del frente: era el público del día que entraba al Theatre. Cuando Shakespeare se levantó para colocarse bajo el escenario y esperar a su entrada por la trampilla, Jack Hungerford cogió el cuenco lleno de papel y se lo puso entre las manos antes de que pudiera cogerlo.

—¿Veis? Os lo habríais olvidado —dijo Hungerford en tono triunfante.

¿Para qué discutir con él? Shakespeare tenía mayores preocupaciones, un enjambre de ellas.

—Si queréis que así sea, así será —dijo cansinamente. El encargado de vestuario se movió dispuesto a volver a hablar. Shakespeare lo hizo antes—. Os doy mi palabra, maestro Jack, que no me olvidaré de la vela para encenderlo.

Hungerford asintió. Por su expresión, no podía decidir si Shakespeare simplemente le había llamado por su nombre de pila o si le había llamado *jack*, la forma común de denominar a un tipo estúpido, irrisorio e insolente. Como la intención de Shakespeare había sido que se lo preguntase, el poeta estaba más que satisfecho.

Se esforzó en acordarse de la vela. Hungerford nunca se lo perdonaría después de su escaramuza. También trató de llevarla con cuidado, de manera que no tuviera que volver para encenderla de nuevo. “No te apagues, diminuta vela”, pensó. “Ilumínale a este estúpido el camino hacia la penumbra polvorienta”.

Tenía que caminar doblegado; si el escenario fuera lo suficientemente alto como para que pudiera caminar erguido, habría sido demasiado alto para que los mosqueteros pudieran ver lo que en él acontecía. Trató de ver a la multitud a través de las grietas y los agujeros en los nudos de la madera. No podía ver gran cosa, los hombres y mujeres enfrente le bloqueaban la vista de los que se encontraban más atrás. Su oído le decía más de lo que podía hacer su vista. Sonaba como una sala repleta, o casi, y sonaba como si estuvieran muy entusiasmados.

—Te encantará, Lucy —dijo un hombre que se encontraba lo suficientemente cerca de Shakespeare como para que su voz se distinguiera entre la multitud—. El Príncipe de Dinamarca finge que está loco, y…

—¡Para, Hall! —le interrumpió Lucy—. No la he visto antes, y te agradecería que no me arruinaras la trama.

“Dios os bendiga, Lucy. Sois una mujer con sentido”, pensó Shakespeare. Conocía a demasiados dramaturgos que eran demasiado aficionados a presumir de sus maquinaciones. Pensaba que eran aficionados en el otro sentido de la palabra, ya que sus obras le parecían insípidas cuando había oído antes todo lo que sucedía.

Pasos en los tableros sobre su cabeza. Se oía una voz débil a través de los gruesos tablones de madera: los centinelas Bernardo y Francisco, hablaban sobre la noche. Shakespeare corrió hacia la pequeña plataforma bajo la trampilla. Prendió los papeles. Se encendieron de golpe, y empezaron a llenar el espacio bajo el escenario de humo. Le cosquilleaba la nariz y la garganta. Luchó contra la tos.

Aparecieron Horacio y Marcelo. Francisco se fue con el golpe seco de sus botas.

Shakespeare ladeó la cabeza a un lado para escuchar el momento de su entrada. Los dedos cubiertos de polvo de tiza se cogieron al pestillo de la trampilla. Bernardo alzó la voz para asegurarse de que el fantasma expectante le oyese: «… donde ahora arde, Marcelo y yo, mientras la campana tocaba la una…»

Shakespeare soltó el pestillo. La trampilla se abrió. Quería asegurarse de que las bisagras estuvieron engrasadas para que no chirriasen. Salió por la portezuela, rodeado por una fina nube de humo. Una mujer chilló, lo que hizo que otras dos gritaran también para acompañar a la primera. Si una gritaba, las otras siempre seguían. Y era lo bastante bueno como para hacer que la primera gritara.

Aquí no tenía guión, ni en sus siguientes apariciones. Solo tenía que estar de pie, con una mirada siniestra y amenazadora, hasta que pasara su momento airado y luego volvía a bajar una vez más. Uno de los ayudantes del encargado de vestuario gateó hasta él para traerle otro cuenco repleto de pedazos de papel y una nueva vela.

—Casi los sacáis de sus calzones del susto, maestro Shakespeare —susurró.

—Bien —susurró de vuelta Shakespeare—. Regresa —El ayudante del encargado de vestuario volvió por donde había venido. Shakespeare se agachó en el humo bajo el escenario, echándose humo a sí mismo. “Sé muy bien como asustarles con el fantasma”, pensó. “Si yo no sé hacerlo, ¿entonces quién?” Había fallado una o dos veces: él no había estado bien, o el público no había sido bueno, pero ¿quién podía decir qué era lo que había ido mal? No le daba demasiadas vueltas a los fallos. Cada actor los había tenido, en cada papel. Pero él intentaba hacerlo lo mejor posible. “Y así volveré a hacerlo hoy”.

No tenía mucho tiempo para pensar. El fantasma volvía a aparecer en la primera escena, y, nuevamente, volvía a desaparecer sin mediar palabra. Luego volvió a aparecer en la cuarta escena del primer acto. Volvía a estar en silencio, pero hizo unas señas a Burbage que interpretaba al asombrado Príncipe de Dinamarca.

La quinta escena era la suya. Tenía que volver a desaparecer hacia el final de la cuarta, luego volver al escenario por una trampilla más cercana al vestidor. Y tenía sus frases en las que instaba al príncipe a que actuara contra su tío asesino. Shakespeare las dijo con una voz sonora y resonante que podría haber procedido desde la sepultura. Gritos sofocados y unos chillidos apagados le decían que sus palabras y sus miradas surtían efecto. Se acordó de usar el gesto que tanto había gustado a Burbage durante el ensayo. El otro actor sonrió. Shakespeare no estaba seguro de que realmente aportara algo, pero satisfacía a Burbage y no hacía daño a nadie.

—¡Adieu, adieu, adieu! —dijo Shakespeare—. Acuérdate de mí —estiró las palabras tanto como si se tratara de un lamento, luego se hundió en la trampilla. Para entonces, el espacio bajo el escenario estaba tan lleno de humo que no estaba lejos de las llamas sulfurosas y tormentosas a las que el fantasma decía que debía volver. Tenía unas frases desde ahí abajo más adelante en la escena, y luego una aparición en el tercer acto, en el que el Príncipe podía verle pero su madre no. Después de eso, con

los ojos escocidos, volvió al vestidor.

—Tened cuidado con el traje, maestro Will —dijo Jack Hungerford—. Aquí, sentaos. Os lo quitaré —una vez el traje estuvo a salvo continuó —bien interpretado. Pocas veces os he visto tan bien en este papel.

—Lo cual os agradezco —Shakespeare se frotó los ojos irritados—. Por Dios Santo, traedme un cuenco con agua para que pueda quitarme todos estos restos de humo —tosió. Ahora podía hacerlo sin estropear la obra.

—Con agua os quitaréis los polvos, pero no lo negro —le advirtió el encargado de vestuario—. Tengo una pastilla de jabón para eso.

—Dádmela, pero primero solo agua.

Shakespeare se secaba la cara con una toalla mugrienta cuando Burbage aprovechó una escena en la que no aparecía para meterse atrás y sujetarse la mano. Apuntó a Shakespeare y empezó a reírse.

—Con la pintura medio quitada, medio embadurnada, tu aspecto ahora es mucho más temeroso que antes frente al público.

—Lo creo —Shakespeare se dirigió al encargado de vestuario—. ¿Dónde está ese jabón, maestro Hungerford?

Volvió a lavarse y a secarse.

—Mejor —dijo Burbage—. Y el espectro ha estado mejor de lo que nunca ha estado —Imitó el gesto que había sugerido a Shakespeare que hiciera—. ¿Viste cómo después el público estaba expectante a tus palabras, al haberlo metido en la actuación?

Shakespeare no había visto nada de eso; pero no estaba de humor para discutir. Las cosas habían ido bien, no importaba porqué. Ya estaba bien.

—Parecían satisfechos —dijo.

—Tenían razón para estarlo. Y ahora debo apresurarme, estaré frente a ellos en un momento —Burbage dio unos golpes amistosos en el hombro de Shakespeare, luego corrió de vuelta al escenario.

En camisa y calzones, Shakespeare observó el resto del “Príncipe de Dinamarca” desde los bastidores. En su estado de ánimo, una escena que acababa de darse era la que más le satisfacía: aquella en la que el príncipe amonestaba a los actores a hablar ágilmente y advertía a los bufones de que no inventasen sus propias frases. Un guiño a todos los poetas de la historia.

Cuando la representación finalizó, Shakespeare en persona salió a hacer sus reverencias. Usó el gesto que había utilizado durante la obra frente al príncipe para mostrar al público quién era. Y Richard Burbage, siempre generoso, le saludaba y gritaba al público:

—¡Contemplen al hombre cuya obra acaban de ver! —lo cual hizo que surgieran más aplausos. Hizo una reverencia profunda.

Los espectadores salían en tropel del Theatre. Por el rumor, parecía que les había gustado lo que habían visto. Shakespeare se retiró al vestuario para ponerse los

zapatos, el jubón, el sombrero y para discutir con la compañía, con los actores y los poetas y con otra gente que había pasado la mirada escrutadora de los fornidos ayudantes del encargado de vestuario.

Christopher Marlowe entró, con una pipa de tabaco en la boca. En cuanto Shakespeare percibió el primer olorcillo del humo, empezó a toser.

—Por Dios, Kit, apágalo, te lo suplico —dijo.

—No pienso hacerlo, por Dios —dijo Marlowe, y le dio otra calada. Su mirada se posó en el joven imberbe que había interpretado a Ofelia, y que ahora se ponía la ropa que correspondía a su sexo. —Todos aquellos que no aman el tabaco y a los chicos son estúpidos. De hecho, la sagrada comunión sería mucho mejor si se administrase en pipa de tabaco.

Se deleitaba con el escándalo y la blasfemia. A sabiendas de ello, Shakespeare no reaccionó con el horror que su compañero poeta trataba de provocar.

—Apágala o te la partiré, y lo haré encantado. Tras haberme pasado todo el primer acto bajo el escenario, estoy ahumado de sobra, ahumado como una salchicha Warwickshire —dijo.

—Ah. Entonces tienes una razón para pedirlo. Lo haré —y Marlowe así lo hizo, golpeó la pipa contra la suela de su zapato y con el pie esparció la hulla. Le hizo una reverencia burlona a Shakespeare—. A su servicio, señor.

—Muchas gracias —Shakespeare le devolvió la reverencia como si no se hubiera percatado de la mofa. Nada podía estar más calculado para fastidiar a Marlowe.

O eso pensaba, sobre todo cuando Marlowe le hizo una sonrisa de estafador.

—Maldito seas otra vez, Will.

—¿Qué? ¿Por hablarte tan bajo? ¿Y si me pongo de mal humor y furioso, te placerá más?

—No, no, no —Marlowe hizo un gesto como de apartarle—. Conozco la diferencia entre pequeño y enorme. *De minibus non curate lex*. No, maldito seas por tu “Príncipe de Dinamarca”.

Esta vez, Shakespeare hizo una reverencia seria.

—Así que un elogio del maestro.

—En esta obra, tú eres mi maestro. Y, como ya no permito que me enseñen cosas nuevas, eso también te atañe a ti. Dicen que existen vasijas griegas, con figuras representadas con contorsiones marcadas, y con el alarde del pintor escrito encima: “Como Fulanito de Tal, mi rival, nunca hizo”. Después de ver el pasado año “El príncipe de Dinamarca”, empecé a trabajar en “Tristán e Isolda”, en el prefacio del que no escribiré “Como Shakespeare nunca hizo”; pero, cuando veas la representación, puede que cambies de opinión al respecto.

—Y luego volverá a ser mi turno, para ver cómo puedo superarte —las primeras tragedias de Shakespeare le debían mucho a Marlowe, él era el que dominaba el teatro cuando Shakespeare llegó a Londres procedente de su casa provincial. Desde entonces, Marlowe le había seguido más a menudo que al contrario—. Nos

motivamos mutuamente.

—Así es —estuvo de acuerdo Marlowe—. Pero, ahora, tienes en el flanco distintas motivaciones, de un tipo… y del otro —Miró sigilosamente a Shakespeare—. ¿Vas a hacer para los españoles “El Rey Felipe”?

—Sí —Shakespeare no se sorprendió de que Marlowe ya lo supiera. No hacía falta que lo mantuviera en secreto, al contrario que con la otra obra. Pero, no cabía duda de que Marlowe conocía el encargo de la otra obra o algo sobre ella. Shakespeare deseó que no supiese nada. El otro poeta no sabía mantener la boca callada.

Marlowe así lo demostró al decir:

—¿Pero la verán? ¿O los actores se pavonearán sobre otros escenarios?

Shakespeare había considerado la misma pregunta. No le apetecía discutirlo con otra persona, sobre todo en el vestidor repleto de gente, y sobre todo…

—Ten cuidado —susurró—. Viene el español. ¿Quieres que oiga tu cháchara sobre chicos, tabaco y comunión?

—El peligro es mi pan de cada día —respondió Marlowe alegremente, y Shakespeare temió que fuera cierto. Con una reverencia como la de un cortesano, el otro poeta ofreció a Lope de Vega su sonrisa más encantadora. Incluso Shakespeare, a quien no iba dirigida, sintió su fuerza—. ¡Maestro Lope! —exclamó Marlowe—. Siempre es un placer y un honor.

—No, no. El placer es mío —Vega le devolvió el saludo. Parecía atildado y peligroso, con el estoque en su cinto como si formara parte de él.

—He oído que vuestra comedia sobre la mujer estúpida fue un éxito rotundo —dijo Marlowe. Shakespeare no había oído nada sobre eso. Cuanto menos oía de las actividades de los españoles, más feliz era. Marlowe prosiguió—. Es una lástima que mi español no sea lo bastante bueno para poder seguir la obra con facilidad; de lo contrario, habría venido a ver cómo os desenvolvéis.

Lope de Vega volvió a hacer una reverencia.

—Sois demasiado amable.

—De ninguna manera, señor —Sí, cuando Marlowe quería, podía encantar a los pájaros del árbol. “Como cualquier serpiente puede hacer”, pensó Shakespeare preocupado.

El español se dirigió a él.

—Tendréis que revelarme de una vez, maestro Shakespeare, si el Príncipe de Dinamarca está loco o solo finge su aflicción.

Los ojos de Marlowe brillaban.

—Yo mismo me he hecho esa pregunta. Así lo haría cualquier hombre con sentido que viera la obra. ¡Pero aquí tenemos un hombre con más juicio aún, que no se lo pide a sí mismo, sino que lo hace al poeta!

—Solo está loco cuando sopla del nordeste —respondió Shakespeare—. Cuando el viento procede del sur, distingue muy bien un halcón de una paloma.

—¡Vergüenza debiera daros! —exclamó De Vega, cuando Marlowe se echó a reír. —Os remitís a las palabras del Príncipe, no a las vuestras —prosiguió Lope.

—Pero, mi señor, si las palabras del Príncipe no son las mías, ¿de quién son entonces? —dijo Shakespeare en un tono de voz todo lo inocente que pudo—. Propongo que lo preguntemos. Y propongo que cada persona se lo responda a sí mismo.

—Los hombres buscaban a Dios y, buscando, le encontraron. Así decía el poeta griego —comentó Marlowe—. ¿Quién habría pensado en el encanto que entraña la locura?

Él y Shakespeare podían, si querían, discutirlo jarra tras jarra de cerveza amarga. Si Lope de Vega se sentía insultado o tenía la sensación de que habían jugado con él, entonces eso era un asunto más serio. Pero el español parecía deseoso de dejarlo pasar. Cambió de tema.

—He oído que vais a escribir una obra sobre la vida de su Majestad Católica.

—Me han concedido ese privilegio, sí —dijo Shakespeare, “privilegio” le parecía mejor palabra que “cruz”.

—Sois afortunado en vuestro trabajo, su Majestad protagonista de vuestra poesía —dijo De Vega; no tenía intención de delatarse. La mirada de Marlowe era una mezcla de arrepentimiento y desdeño—. Sería un placer poderos ayudar en vuestra tarea de cualquier manera posible —continuó Lope.

—Sinceramente, señor, sois demasiado amable —lo último que Shakespeare quería era la ayuda de Lope—. Pero no hay necesidad de…

—No, no —Lope cortó de inmediato la protesta—. Insisto —sonreía de una forma que desarmaba—. Ya que, al ayudaros, me ayudo a mí mismo a venir al Theatre siempre que me plazca. Si necesitarais un auténtico *hombre de España* para hacer el papel de español, nada me placería más.

Shakespeare deseaba chillar. No podía decirle a De Vega todo lo que quería, ni tan sólo una fracción de ello. Pero…

—*Tacite*, Will —dijo rápido Marlowe.

En latín, significaba tranquilo. En inglés, hubiera sido un buen consejo. Incluso en latín era un buen consejo. ¿Pero significaba algo más? ¿Era una alusión a Tácito y a sus *Annales*? ¿Cuánto sabía Marlowe? ¿Cuánto quería demostrar que sabía? ¿Y qué sabía Lope? ¿Y hasta qué punto era probable que Marlowe lo revelara sin razón alguna más que la de poder aceptar el consejo que, con tanta indiferencia, le acababa de dar?

Una de las cejas del Teniente De Vega se arqueó.

—¿Por qué debería el *magister Guglielmus* mantenerse callado, si puede saberse? —preguntó en un latín lento.

“Maldito seas, Kit”, pensó Shakespeare. Pero Marlowe, un hombre de universidad, tan fluido en latín como en inglés, siguió correctamente en la lengua antigua.

—¿Por qué? Para evitar que os ofreciese el papel del mismo Felipe, por supuesto. Dudo que su compañía estuviera de acuerdo, y estoy seguro de que la furia del maestro Burbage al quitarle el papel de héroe no tendría límites —con la misma facilidad con la que se metía en problemas por sus palabras, lograba salir de éstos gracias a ellas.

Richard Burbage apenas sabía algo de latín; pero tenía la habilidad de todo actor de oír su nombre mencionado a una distancia considerable. Se acercó a Marlowe y le preguntó:

—¿Qué habéis dicho de mí, señor? —Por la forma en que se inclinó hacia delante y situó la mano derecha sobre el cinto junto a la espada, habría hecho que Marlowe lo lamentase si la respuesta no era de su agrado.

Pero Marlowe habló en inglés como lo había hecho en latín:

—He dicho que no os gustaría que aquí el Teniente De Vega representase el papel de Rey Felipe en la obra que Will tiene que escribir. Cortésmente se había ofrecido para algún papel en la obra; pero ese, en mi opinión, es una parte de la obra que le queda demasiado grande.

Durante un abrir y cerrar de ojos, los ojos de Burbage miraron a Shakespeare. El poeta le devolvió un rostro blando y sin expresión. Sabía que no podía confiar en el español; pero tampoco sabía si podía confiar en Christopher Marlowe. Si Marlowe había deseado saber algo que no supiera del actor, no lo consiguió; ya que el actor empezó a reír y le dio unas palmadas en la espalda.

—No sé, Kit, no hay hombre en la faz de la tierra que tenga parte demasiado grande, al menos eso es lo que dicen las mujeres.

La risa de Shakespeare era de alivio, la de Marlowe algo forzada: tenía poco interés o experiencia en lo que las mujeres decían sobre estos aspectos. Lope de Vega se rascó la cabeza.

—Es una broma —dijo—. Sé que debe serlo; pero no la entiendo —después de que Shakespeare lo explicara, De Vega también se rió e hizo una inclinación a Burbage—. Sois una persona con ingenio propio, señor, y no sólo con palabras de otro en la boca.

“Will Kemp cree que es al revés”, pensó Shakespeare. Burbage devolvió el saludo al español.

—Sois demasiado amable, señor —ronroneó; pero en realidad no quería decir nada más que: “Soy más listo que cualquiera de estos dos, y si yo escribiera…” Él también tenía, en toda su medida, vanidad de actor. A veces, eso irritaba a Shakespeare. Pero hoy se lo perdonaba con mucho gusto. Habría perdonado cualquier cosa que despistara al español.

“Pero ¿cómo, estimado Señor, voy a escribir la obra de Lord Burghley con De Vega rondando aquí? Incluso si obráis un milagro para que pueda escribirla, ¿cómo podremos ensayarla? ¿Cómo podremos seguir adelante?” Esperó con optimismo. Pero, como había temido, Dios no le proporcionó respuestas.

Lope de Vega no podría haber gritado más fuerte o más dolorosamente que un amante engañado. Lo sabía a ciencia cierta; había gritado de esa manera en otras ocasiones. De todas formas, esto…

—Pero, señor, ¡me lo habíais prometido! —gritó.

—Lo siento, Teniente —dijo el Capitán Guzmán, que no parecía sentirlo en absoluto—. Os lo había advertido, en caso de emergencia cambiaría vuestra función.

—Una historia prometedora —Lope estaba convencido de que su superior trataba de volverle loco. Además, Guzmán sabía cómo hacer realidad sus intenciones—. ¿Qué tipo de emergencia?

—Un adivino que profesa contra España y el Rey Felipe —respondió Guzmán.

—Oh —dijo Lope en un tono alicaído. Desafortunadamente, eso era una emergencia. Los adivinos y las brujas y lo que los ingleses llamaban hombres sabios no paraban de causar problemas. Pero, luego, tuvo una idea más brillante, más esperanzadora—. ¿No podrían ocuparse de este falso adivino los santos inquisidores? Seguro que un granuja de este tipo rompe antes las normas de Dios que las del hombre.

Baltasar Guzmán negó con la cabeza.

—Primero lo llaman “traición” y sólo después “blasfemia”. Se han lavado las manos con este tipo.

—Como hizo Pilatos con nuestro Señor —dijo De Vega amargamente.

—Teniente… —Guzmán tamborileó los dedos sobre la mesa—. Teniente, no os guardo rencor. Podéis dar gracias a Dios, a la Virgen y a los Santos de que no os guardo rencor. De ser así, la Inquisición habría tenido noticias de este comentario, y luego, en poco tiempo, habríais obtenido noticias de la Inquisición. Tenéis vuestra pluma, y alguna libertad en la forma en que la uséis. Haríais bien en vigilar esa lengua.

Tenía razón. Eso dolía más que nada.

—Os doy las gracias, Excelencia —masculló Lope. Odiaba tener que dar las gracias al hombre con el que estaba furioso. Suspiró—. Bueno, si no hay nada que hacerle, desearía acabar con el asunto cuanto antes. ¿Quién es ese adivino y dónde puedo encontrarlo?

—Se llama John… Walsh —el Capitán Guzmán tuvo serios problemas para pronunciar el apellido—. Vive en, el oficial revisó sus notas, en el distrito de Billingsgate, en Pudding Lane. Su oficio es carnicero de cerdos; pero se le encuentra más a menudo en la taberna que en cualquier otro lugar.

—¡Entonces, le encontraré en una taberna! —exclamó Lope—. Conozco muy bien Pudding Lane, y conozco sus hedores. Producen muchísima basura ahí, que después baja en barcos estercoleros por el Támesis.

—Donde sea que le encontréis, detenedlo y metedlo en la cárcel. Nosotros le juzgaremos, lo condenaremos a muerte y nos desharemos de él de una vez por todas

—dijo Guzmán. Cuando De Vega se dio la vuelta para marcharse, su superior alzó una mano. —Esperad. No cojáis a ese, mmm…, Walsh solo. Llevaos un pelotón de soldados. Mejor, llevaos dos pelotones. Cuando lo cojáis, los ingleses a los que ha engañado puede que traten de rescatarlo. Necesitaréis espadas, picas y pistolas para resguardar vuestras espaldas.

—Muy bien, señor —De Vega no estaba muy seguro de sí estaba muy bien o no. Solo, podría haber entrado con sigilo y haberse llevado a John Walsh sin que nadie supiera nada. Con un par de pelotones a sus espaldas, no tenía posibilidad alguna de que eso sucediera. Pero el Capitán Guzmán llevaba razón. Si iba solo a detener a Walsh y resultaba encontrarse en problemas, no saldría jamás de Billingsgate. ¿Cómo lo había dicho Shakespeare en "Alcibíades"? "La mejor cualidad de la valentía es la prudencia" —esa era la frase que se había quedado grabada en la memoria de Lope.

No tenía problemas en que los soldados le acompañaran. Cuando explicó a los hombres que comían en el refectorio cuál era su misión, pidieron a gritos acompañarle.

—Por San Jaime —le había dicho uno, mientras se santiguaba—, cuanto antes nos deshagamos de problemáticos como ese, mejor. Levantan a los ingleses en nuestra contra, lo que hace que este mal no tenga fin.

—Entonces, vayamos —dijo Lope. Algunos de los españoles se detuvieron para dar un trago de vino o de cerveza o para meterse un bocado o dos más en la boca, pero por ninguna razón más. Se abrocharon el cinto con las espadas, cogieron lanzas y arcabuces y corazas, se colocaron los morriones sobre las cabezas y siguieron a De Vega desde el acuartelamiento hacia el sureste, hacia la maloliente Pudding Lane.

Londres llevaba ocupada el tiempo suficiente y había crecido lo bastante tranquilamente como para que un par de docenas de españoles andando por las calles -obviamente con algún objetivo y no meramente de patrulla- fuera algo por lo menos corriente.

—¡Cuidado! ¡Cuidado! —la llamada resonaba una y otra vez. "Aquí finaliza nuestro ataque sorpresa", pensó Lope.

A lo lejos, se oyó otro grito:

—¡Garrotes! —Este era el grito que los aprendices de Londres daban cuando se metían en una reyerta. En unos instantes, un grupo de éstos —algunos armados con garrotes, otros llevaban puñales o piedras— aparecieron en la calle por la que guiaba a sus hombres.

—Apartaos —gritó en inglés—. ¡Apartaos u os arrepentiréis de esto! —Asintió a sus hombres. Iban mejor armados que los aprendices y, por si fuera poco, con armaduras. También parecían más deseosos de cargar contra los jóvenes. Los aprendices se detuvieron, vacilaron y…desaparecieron.

Uno de los soldados se rió.

—No han tenido los *cojones* de enfrentarse a hombres de verdad —dijo—. Les derrotamos cuando desembarcamos y podemos volver a hacerlo si es necesario.

—Así es —dijo otro soldado—. Preferiría no luchar, mientras los podamos mantener controlados sin hacerlo —añadió. Eso resumía con toda exactitud la forma de ver las cosas de Lope.

Se había preguntado si su nariz podría guiarle hasta Pudding Lane. Pero Londres era una ciudad de tan diversos hedores, que tuvo que preguntar el camino. De hecho, tuvo que preguntar el camino en dos ocasiones; el primer inglés que le indicó el camino le mintió e hizo que se perdieran. “No, no nos quieren todos”, pensó.

Pero escogió mejor con el segundo hombre al que preguntó. El hombre era pulcro y próspero, con un ribete de piel en el jubón. Le hizo una reverencia a Lope, y le adulaba como un perro esperando que le acariciaran.

—Sí, mi buen señor, desde luego; no es para mí poco honor tener el privilegio de poderos ayudar a encontrar la dirección —apuntó hacia el sur—. Id hasta la iglesia de St. George en Botolph Lane, luego una calle más lejos y ya lo tenéis. Dios permita que cojan al villano al que estén buscando.

—Dios mediante —Lope se santiguó, y no se sorprendió al ver al inglés imitar su gesto. Los ciudadanos que había abrazado la fe romana antes de que llegara la Armada, eran partidarios de mantener a la nueva Reina y al Rey, y a los españoles que los mantenían en su trono.

—Hemos visto demasiadas guerras y conflictos. Que haya paz, del tipo que sea —dijo el hombre.

—Amén —replicó Lope. Personalmente, pensaba que se trataba de un consejo cobarde. Pero funcionaba para mantener el reino tranquilo. Desearía que todos los ingleses fueran tan cobardes como ese.

Tras más reverencias y despedidas ceremoniosas, Lope tradujo a sus hombres lo que el hombre pulcro le había dicho.

—Busquemos la iglesia, encontremos la calle, y encontremos al hideputa que buscamos, y luego, por Dios, encontremos algo que echarnos al gaznate —dijo uno de ellos. Muchos de ellos, asintieron con aprobación.

Así lo hizo Lope.

—Quizás encontremos al Walsh ese y algo que beber a la vez —dijo—. Ya que tengo entendido que predice en tabernas.

El soldado que había hablado anteriormente se rió a carcajadas.

—Y cuando está borracho como una cuba, se convierte en uno de esos profetas de los meados —dijo; lo que arrancó una risotada de todos lo demás. Muchas personas vivían de adivinar el futuro, o diciendo que así lo hacían, a través del examen de la orina de sus clientes.

Alguien vació un orinal desde la ventana de un segundo piso. No había forma de saber con seguridad si el contenido pestilente iba dirigido a los españoles. A algunos hombres -incluido el que había hecho la broma- les salpicó, pero la mayor parte fue a parar en el lodo de la calle, que ya contenía una mezcla considerable de inmundicias y meados.

—Eh, Sancho, ahora tú eres el profeta de los meados —dijo uno de los de la tropa. La respuesta de Sancho fue casi tan acre como el aire que se respiraba.

Pudding Lane ocupaba sólo un par de bloques; pero emanaba en hedor lo que le faltaba en longitud. De Vega se asombró de que no lo hubiera encontrado por el olfato. Junto a todas las miasmas de Londres, olía a mierda de cerdo, meado de cerdo, carne de puerco podrida, miedo de cerdo.

—Cualquier hombre de esta calle debe ser un falso profeta —dijo—, porque ni el mismo Dios podría acercarse lo suficiente a él como para decirle nada.

Empezó a preguntar por John Walsh.

—No conozco a ese hombre —le dijo un carnicero glotón—. Nunca he oído hablar de él —dijo un segundo—. Si es quien creo que es, murió de sífilis hace poco —dijo un tercero—. Ha vuelto a Gales, donde nació —sugirió un cuarto—. Búsquenlo en Southwark. Vivía por allí últimamente, con un gamberro —declaró un quinto.

Con paciencia, Lope siguió preguntando. Antes o después, estaba destinado a encontrar a alguien que estuviera a favor de Isabel y Alberto o que, simplemente, ansiaba paz y tranquilidad. Y así fue. Un hombre delgado con un delantal de piel de cerdo levantó la vista de su tarea.

—Quizás le encontréis en el Blue Fox, a media manzana hacia la Torre en East Cheap.

Lope volvió a traducirlo para sus hombres.

—Es bueno tenerlo entre nosotros, *señor* —dijo el incontenible Sancho—. Si tuviéramos que buscar intérpretes, todo tardaría tres veces más y, nos gustase o no, nos contarían más mentiras que verdades.

De Vega no estaba seguro de que el hombre delgado le hubiera dicho la verdad. Pero, para su alivio, la taberna fue fácil de encontrar. Un cartel con la silueta de un zorro, azul brillante, colgaba sobre la puerta.

—Vosotros quedaos aquí en la calle —dijo Lope—. Entraré solo. Si Dios es amable, permitirá que oiga la traición salir de los propios labios del hombre. Entonces os haré una señal. Si no —se encogió de hombros—, nuevamente, la voluntad de Dios.

—Honor a vuestro coraje, Teniente —dijo un soldado.

—Esto por el coraje —Lope chasqueó los dedos—. Quiero acabar con este hombre cuanto antes, tengo trabajo por mi cuenta al que atender. —Algunos de los hombres guiñaron el ojo, se rieron con disimulo e hicieron bromas lascivas que solo medio oyó. Gracias a su reputación, pensaron que se refería a trabajo con una mujer, o con más de una. “¿Pero no es la Musa también una mujer?”, pensó.

En el Blue Fox, se sentó en una mesa cercana a la puerta.

—*Ale* —dijo cuando se le acercó la camarera: era una palabra que podía pronunciar sin revelar que era extranjero. Dejó un penique sobre la mesa. La mujer lo cogió y volvió con una jarra de algo desagradable y agrio. Deseó haber aprovechado

la oportunidad y haber pedido vino.

Pero no tuvo que beber mucho. Sostuvo la jarra y miró a su alrededor. También deseaba que alguien le hubiera descrito a John Walsh. El lugar estaba repleto de ingleses, la mayoría de ellos -por su forma de hablar y por su hedor- carniceros de cerdos. ¿Se encontraba aquí Walsh? ¿Podía preguntarlo sin delatarse? Si ese hombre con el delantal de piel de cerdo le había llevado lejos del hombre buscado en lugar de acercarlo… "Haré que lo lamente si así es. Peor que lamentarlo".

—Escuchadme, amigos —dijo un hombre rechoncho, poco atractivo y con la cara picada; y la gente en la taberna le escuchaba: hubo casi un silencio absoluto. Lope estaba a punto de darle un trago a la cerveza cuando el hombre con la cara picada, que también llevaba un delantal de piel de cerdo sobre el jubón y las calzas, se subió a una mesa y empezó a hablar—. Sabéis que Dios tiene en Su mente nuestra liberación de los españoles, por lo que dice: "Por tanto, cuando veáis la abominación de la desolación, de la que se habló por medio del profeta Daniel, colocada en el lugar santo (el que lea, que entienda)" ¿Y no entendemos todos más que bien quién es la antes mencionada abominación de la desolación? ¿Y no se encuentran sus acólitos en suelo sagrado inglés?

—¡Así es, John! —dijo alguien

—¡Cuéntanos más! —añadió alguien más.

—Con mucho gusto lo haré —dijo el carnicero de cerdos, que se suponía que era John Walsh—. Nuevamente, en el mismísimo libro de Mateo, ¿no dice el Señor: "Entonces os entregarán a tribulación, y os matarán, y seréis odiados por todas las naciones a causa de mi nombre. Muchos tropezarán entonces y caerán, y se traicionarán unos a otros, y unos a otros se odiarán?" ¿No lo dice todo? ¿Y no nos afligen? Sí, ¿no nos afligen dolorosamente y nos asesinan? ¿Y no nos traicionamos los unos a los otros, y no nos odiamos también los unos a los otros? Pero escuchad a lo que dice a continuación. Escuchadle ahora: "Y debido al aumento de la iniquidad, el amor de muchos se enfriará. Pero el que persevere hasta el fin, ése estará a salvo".

Pasaba de Mateo a las Revelaciones; pero Lope había oído suficiente. Depositó la jarra en la mesa, salió del Blue Fox e hizo unas señas a los soldados. Con estos a sus espaldas, volvió furioso en la taberna y gritó un verso de Mateo que John Walsh se había saltado:

—"Y se levantarán muchos profetas falsos, y a muchos engañarán" —volvió a hablar en español y gritó: —Arrestad ese hombre de la mesa. ¡Santiago y cierra!

—¡Santiago! —bramaron los soldados. Se precipitaron hacia el carnicero predicador.

—¡Hijo de Satán! —gritó un inglés. Arrojó su jarra a Lope, el cual la esquivó. La jarra se hizo añicos contra el morrión del hombre tras él. Otra jarra voladora alcanzó en la cara a un español. Cayó con un gemido, con la nariz aplastada y sangrante.

Un momento después, una espada española alcanzó al carnicero que había lanzado la jarra que había herido al soldado. El inglés chilló. Más sangre chorreó,

improbablemente roja.

—¡Hagamos que empiece aquí, como San Juan el Divino dijo que empezaría al final de los días! —rugía John Walsh—. ¡La estrella llamada Ajenjo y el golpe del sol! ¡Que empiece aquí!

—¡Ajenjo! —gritaron los ingleses.

Lope se preguntó si conocían el significado de la palabra. No era probable, juzgó; pero, aún así, fue un excelente grito de reunión.

—¡Tenemos que llevarnos ahora mismo al falso predicador o Londres se amotinará! —gritó al momento. Ya había sucedido antes; pero no en cuatro o cinco años. Si volvía a suceder, la responsabilidad caería sobre él. ¿Dónde le enviarían entonces? ¿A la frontera escocesa? ¿Las montañas galesas? ¿Irlanda, la cual se suponía que era peor que las otras dos? ¿Era algún lugar peor que Irlanda? Si lo había, allí le mandarían.

Un arcabuz rugió, ensordecedoramente fuerte, en la taberna. La bola de plomo se clavó en la pared. Después de eso, el arma de fuego no servía más que de garrote tosco. En una reyerta de taberna, porras, cuchillos y espadas contaban más que las pistolas. De Vega deseó un arma que disparara más de una bola, o al menos una que se cargara con rapidez. Desear no servía de nada.

Pero sí la armadura española. Como también la distancia a la que podían atacar, gracias a sus espadas. Pero luego un inglés, un mozo enorme, alzó un banco y lo sacudió como si se tratara de un garrote. El arma era tosca, pero potente. El inglés derribó a dos soldados, uno tras otro.

Asestó otro golpe que casi le hundió el cráneo a Lope. Pero éste se agachó, dio un paso para acercarse y apuñaló con su estoque al hombretón en la barriga. El banco cayó de las manos del hombre mientras gemía y se agarraba la barriga.

—¡Venga! —gritó Lope. Solo un pequeño grupo de tercos defensores aún defendía a John Walsh.

—¡Salgamos por la puerta trasera! —gritó uno de ellos. De Vega maldijo en un español sonoro. No sabía que el Blue Fox tuviera una puerta trasera. Se arrojó hacia los ingleses, tratando, por todos los medios, de impedir la huída.

Un par de ellos trató de sacar a empujones a Walsh por la parte trasera de la taberna. Quizás lo hubieran empujado a la libertad, pero no parecía estar dispuesto

—¡No, no! —gritaba, mientras trataba de zafarse como si estuvieran deteniéndolo. —¡Dejemos que empiece aquí! ¡Debe empezar aquí!

Sancho saltó sobre él. Cuando estuvo en el suelo, media docena de españoles se abalanzaron también sobre él; mientras tanto, el resto retrocedía o derribaba a los ingleses que aún se mantenían en pie.

—¿Sigue con vida? —preguntó Lope.

—Sí, Teniente. Vivirá para que le colguemos —contestó uno de los soldados.

—Después de esto, creo que colgarlo es demasiado bueno para él —dijo Lope—. Pero atadle y amordazadle. Amordazadle bien, por Dios, o la mugre que grita hará

que los ingleses se abalancen sobre nosotros antes de que podamos llevarlo a un lugar seguro.

Incluso así como estaban las cosas, las piedras volaron al salir del Blue Fox. Pero otro arcabucero acercó la mecha al fogón de su arma. Provocó un estruendo y arrojó una nuble de humo acre. Y la bola, más por fortuna que por otra cosa, impactó contra un inglés que daba puntapiés. Los otros retrocedieron, lo suficientemente ingenuos como para creer que los españoles podían disparar dos veces seguidas. A sabiendas de lo que los arcabuces podían provocar, Lope les agradeció silenciosamente su precaución.

De vuelta al acuartelamiento español, el Capitán Guzmán preguntó:

—¿Tenéis al prisionero?

—Sí, Excelencia —contestó Lope.

Guzmán ignoró su estado desaliñado y las heridas de sus hombres. Había dado la respuesta correcta.

—*Muy bien*, Teniente —dijo Guzmán—. Ya podéis volver al Theatre.— El cansancio desapareció en Lope. Guzmán también había dado la respuesta correcta.

Sam King pisó a William Shakespeare.

—¡Au! —aulló Shakespeare; el joven aún llevaba las botas embarradas. —Cuidado, maestro King, cuidado —dijo el poeta, ya algo más calmo.

—Le pido disculpas, señor —dijo King—. No estoy acostumbrado a los confines de esta habitación —hablaba con un claro acento de la región central de Inglaterra. Shakespeare también había sonado así justo cuando acababa de llegar a Londres; pero, al querer subir al escenario, tuvo que aprender a toda prisa a parecer un auténtico londinense.

—Por Dios, estáis acostumbrado a los confines de mi dedo, y a aplastarlo para satisfacer vuestro capricho —refunfuñó Shakespeare. Pero luego suspiró—. Supongo que no hay otro remedio. Y si la viuda Kendall hubiera cogido a otro huésped masculino en lugar de a esa Cicely Sellis, me habría pisoteado en tu lugar.

—Sí, probablemente —dijo Sam King—. Es monstruosamente extraño que la vieja arpía haya permitido a la señora Cicely alquilar toda una habitación para ella sola. También es monstruosamente caro —le gruñó el estómago—. Jesús, qué hambre —murmulló, más para sí mismo que para Shakespeare. Fuera lo que fuera lo que hiciera en la ciudad —un poco de esto, un poco de lo otro, dedujo Shakespeare— le reportaba poco dinero. Su rostro tenía una apariencia necesitada y pálida, y la ropa le iba holgada por todos lados.

La recaudación en el Theatre había sido buena. Como se acercaba la Navidad, la gente quería divertirse. Shakespeare no solo había recibido oro de Lord Burghley, sino también de los españoles. Sacó tres peniques y se los extendió a Sam King.

—Aquí tenéis. Acercaos a una taberna y llenaos la panza esta noche.

Para su sorpresa, King empezó a balbucear mientras sollozaba.

—Dios os bendiga señor. Oh, Dios os bendiga —dijo—. Yo os piso, y vos respondéis a la maldad con bondad, como nuestro Señor dice que un hombre debería hacer. —Sus esqueléticos dedos se aferraron a las monedas—. Os lo devolveré, señor. Vaya si lo haré.

—Como queráis. Pero debéis hacerlo sin robar —dijo Shakespeare—. De lo contrario… —Se encogió de hombros. Tres peniques significaban menos para él que para Sam King. El joven escuálido se sonó la nariz con los dedos de la mano que no sujetaban el dinero, los secó en su jubón raído, y corrió fuera de la casa.

Shakespeare sacó su instrumental de escritura y lo llevó a su taberna favorita. Se sintió aliviado al no encontrarse con su compañero ahí; King hubiera insistido en hablarle y distraerle cuando él querría trabajar. “Trabajos de amor ganados” ya estaba casi acabada. También tenía que tratar de acabarla cuanto más rápido mejor. Por una parte, la paciencia de la compañía empezaba a escasear. Por otra, no sabía cuánto tiempo tenía antes de que Felipe de España falleciera. Para entonces, tenía que tener sus dos encargos especiales finalizados, cualquiera que fuera la que al final viera la luz del día.

Kate, la sirvienta, se acercó a él.

—Que tengáis una buena noche, maestro Will —dijo—. La cena de tres peniques consiste en gachas de cebada con ternera cocida —Él asintió. Ella prosiguió—. Hoy tenemos *lambswool*, si la preferís a la cerveza normal.

—Sí, la prefiero, muchas gracias —respondió Shakespeare. En una tarde fresca de diciembre, una cerveza condimentada caliente entraría bien.

Quizás la *lambswool* ayudaría a que sus ideas fluyeran libremente. Cualquiera que fuera la causa, hizo que se sentara y escribiera hasta que fue el último hombre que quedaba en la taberna. Tan solo cuando la llama de su vela empezó a realizar movimientos bruscos y a parpadear como una vela a punto de extinguirse recogió de mala gana sus papeles, plumas y tinta y volvió a la residencia.

—Hace tiempo que pasó el toque de queda, maestro Shakespeare —dijo Jane Kendall en tono severo cuando entró —. Estaba preocupada.

—Aquí estoy —Shakespeare no quería hablar con ella. Echó un tronco de pino al fuego que, en poco tiempo, ardió con intensidad, caliente y vivo. La viuda Kendall le lanzó una mirada de reproche. Él nunca se percataba de ello. Se sentó a la mesa frente al fuego para escribir un rato más mientras el tronco diera tan buena luz. Su casera se echó las manos a la cabeza y se marchó a dormir.

Apenas notó su marcha. Era una de esas noches mágicas en la que nada se interponía entre su mente y la hoja de papel que tenía delante. Había escrito durante algún tiempo -cuanto tiempo de reloj, no lo podría haber sabido, pero unas veinticinco o treinta líneas, con apenas una palabra emborronada- hasta que se dio cuenta de que no estaba solo en la habitación. La nueva inquilina, Cicely Sellis, le observaba mientras trabajaba des del marco de la puerta.

—Buenas noches, señor —le dijo en cuanto levantó la vista—. No quería interrumpiros, la pluma garabateaba a tanta velocidad.

—Os agradezco la cortesía —respondió Shakespeare—. Los hay, demasiados, que interrumpirían los pensamientos de un hombre dedicado a la escritura por la mera razón de verle detenerse y tocar tierra mientras se pregunta qué era lo siguiente que quería decir.

—Hay gente que, de buen grado, es capaz de convertir la belleza en nada y estropear el trabajo de otros para no tener la sensación de que otro les supera. Deberíais proseguir con lo vuestro, como si yo no estuviera. No me ofendéis —Cicely Sellis era cinco o diez años mayor que Shakespeare. Seguramente había sido una mujer llamativa hasta que la viruela le picara la cara; bajo la piel imperfecta, los huesos eran finos. No llevaba anillo. Shakespeare no sabía decir si era soltera o viuda.

—Nuevamente, os doy las gracias —le dijo. Cuando se estiró, algo crujió en su espalda. Era una sensación agradable. Se dio la vuelta, con la esperanza de poder encontrar más alivio. Se dio cuenta de que tenía la mano agarrotada, se preguntó cuánto tiempo habría escrito en total. —Puedo detenerme aquí. Ahora tengo hecho el camino, y ya no me desviaré de él cuando lo retome.

—Me alegro de oíros decir eso —un gato gris atigrado entró tras Cicely Sellis. Chocó contra sus tobillos. Ella se agachó y empezó a rascarle detrás de las orejas. Éste empezó a ronronear. No era un gato muy grande, pero ronroneaba muy fuerte.

—Aquí, Mommet, aquí —le murmuraba. Cuando levantó la vista le preguntó —¿Tendréis acabada en breve la obra, maestro Shakespeare?

—Si Dios quiere, sí —respondió.

—Espero poder verla —le dijo—. He visto otras obras vuestras y me gustaron mucho. Aunque pudiera entrar sin pagar, volvería a pagar mi penique.

—Ningún poeta puede esperar mayor elogio —dijo, con lo que se ganó una sonrisa de la señora—. Entonces, ¿tenéis un dueño severo, uno que os hace trabajar sin descanso?

Ella asintió y se apuntó al pecho.

—Lo tengo, señor, el más fuerte: yo misma. —Volvió a acariciar al gato, el cual respondió con un ronroneo aún más fuerte. Sus ojos eran verdes, igual que los de ella. Ella le estudió—. Si quisieseis respuestas a vuestras… preguntas, lo haré encantada.

—Ah —se preguntó a qué se dedicaba. No era de extrañar que hubiera querido una habitación para sí sola. —Entonces, ¿sois curandera? —No hubiera dicho “bruja”, aunque ambas cosas apuntaran a la misma cosa.

Y, sensatamente, Cicely Sellis no le iba a responder directamente.

—Pero, maestro Shakespeare, en este mundo de hombres, una mujer debe ser sabia para poder sobrevivir, ¿no? Ahora veo algo, ahora digo algo, y el mundo da vueltas. —Asintió casi desafiantemente, como si dijera “interpretadlo como queráis”.

Shakespeare no sabía cómo interpretarlo. En Londres, como en cualquier lugar de Inglaterra, cualquier lugar donde se practicara la cristiandad, las brujas, o la gente que

afirmaba practicar la brujería, era un hecho. Por lo que sabía, hacían el mismo bien a la gente enferma que los médicos de verdad. ¿Obtenían su poder de Satanás? Así lo aseguraba la gente. Ahora, tenía ante él a una del gremio. Podía preguntárselo él mismo si tenía el valor.

No lo tuvo.

—Estoy… satisfecho —dijo. Si realmente era una bruja, ella vería que le mentía.

No podía saber si se había percatado o no. Ella le hizo una media reverencia. Sus ojos destellaron, como podrían haberlo hecho los del gato Mommet.

—No habéis dicho nada sin importancia, tampoco nada común —dijo al final—. ¿Acaso el hombre más rico del mundo hubiera preferido gozar de buena salud y casarse con una mujer joven y guapa que le quisiera por encima de todo, si tuviera satisfacción plena? ¡Seguramente, no! Ansiaría más oro, o un cuerpo más fuerte, u otra muchacha además de la que ya tenía, o todas las cosas a la vez. ¿No es así, maestro Shakespeare?

—Por Dios, señora Sellis, creo que predice el futuro —respondió Shakespeare.

Volvió a acariciar a Mommet. Era un gato de un buen carácter fuera de lo normal; en cuanto le tocaba, su ronroneo retumbaba por toda la habitación.

—Una o dos veces antes me han tachado de adivina. No digo que lo sea; pero sí que me han tachado como tal.

Shakespeare asintió.

—Lo creo. En caso de ser así, quizás sois una buena adivina —no pretendía halagarla; pero creía en lo que decía. Lo que había dicho sobre el ansia inquieta del hombre rico, demostraba su profundo conocimiento sobre el corazón humano. Eso era tan importante para una adivina como para un poeta dedicado a la escritura.

Ella volvió a estudiarle. Pocas veces se había topado con la mirada tan escudriñadora de una mujer, o de un hombre. La mirada de Marlowe se le parecía; pero siempre había un trasfondo de burla ausente en la mirada de él. Sus ojos brillaban como los de un gato. Se preguntó qué truco de magia hacía que brillaran de esa manera. En la noche, los ojos de los gatos y de los perros daban luz de antorcha. No lo hacían así los de un hombre o una mujer. Pero sí los de Cicely Sellis.

Mommet dejo de ronronear repentinamente. El pelo se le erizó hasta que pareció que alcanzaba el doble de su tamaño. Siseó como una serpiente. Una corriente de aire gélida sopló bajo la puerta, e hizo que el vello del brazo de Shakespeare se le erizara también, y lanzó al aire un enjambre de chispas vivas en la chimenea cuando el fuego se avivó.

Con una voz profunda y suave, no exactamente la suya, Cicely Sellis dijo:

—Resguárdate del hombre que traiga buenas noticias, y del que sabe menos de lo que parezca.

—¿Qué? —dijo Shakespeare.

Esa palabra podría haber roto el hechizo, si es que había hechizo. El pelo del gato volvió a recuperar el tamaño normal sobre su espalda. Se extendió sobre un costado,

se lamió la barriga y las partes, y empezó nuevamente a ronronear. El fuego se mitigó. Y la curandera, cuyos ojos volvían a ser otra vez humanos, frunció un poco el ceño y preguntó:

—¿Me habíais dicho algo?

—Así es —Shakespeare repitió, lo mejor que pudo, lo que ella le acababa de decir.

Su ceño se frunció aún más.

—¿Eso he dicho? —preguntó.

—Os lo juro, señora Sellis, lo habéis dicho —Shakespeare se santiguó para demostrar que lo decía en serio.

Se suponía que las brujas temían la señal de la cruz. Cicely Sellis no mostró tal temor. Tan solo se encogió de hombros y soltó una carcajada aparentemente nerviosa.

—Os creo, señor, ya que no tenéis razón por la que mentirme. Pero en cuanto a las palabras... —Negó con la cabeza— no las recuerdo.

—¿No? —Shakespeare presionó un poco. Cicely Sellis volvió a negar con la cabeza y se presionó una parte de la sien con la mano, como si sintiera dolor ahí. Como actor que era, Shakespeare sabía cuándo tenía lugar una actuación. Por lo que podía juzgar, la curandera era sincera en su negación. Perplejo, tiró de su fina perilla —. Esto es muy extraño.

—Así es —La señora Sellis volvió a frotarse el lateral de la cabeza. Bostezó. —Perdonadme, pero estoy destrozada. Mommet, ven —el gato la siguió a la habitación que había alquilado a la viuda Kendall con la misma obediencia de un perro.

¿Era un gato? ¿O era el espíritu familiar de la curandera, bruja? Shakespeare no lograba imaginarse a un espíritu familiar, un demonio que, seguramente, apestaría a sulfato, ronronear con tanto gozo mientras estaba tumbado en el suelo. “Pero, ¿qué sabes tú de demonios?” se preguntó a sí mismo el poeta. “Tan poco como es posible, y desearía que fuera menos aún”.

Trató de escribir un poco más. Eso le preocupaba menos de lo que lo hubiera hecho el día anterior. También bostezó. Ahora podía irse a la cama con la conciencia tranquila. Sabía en qué dirección iba “Trabajos de amor ganados”, y sabía que la acabaría en uno o dos día. Luego a por “El Rey Felipe”, y a por.... la otra obra.

Su habitación estaba a oscuras cuando entró. Los ronquidos de Jack Straw hacían de la habitación un lugar espantoso. Shakespeare sabía que, a pesar del jaleo, no tendría problemas para quedarse dormido; había tenido tiempo para acostumbrarse. Cómo se las había arreglado Sam King, o si podía arreglárselas, era otra cuestión.

Shakespeare ni siquiera se molestó en encender una vela para guardar sus herramientas de escritura en el baúl junto a su cama. Había manejado la cerradura en tantas ocasiones a oscuras, que era casi como un artesano ciego cuyos dedos veían tan bien como los ojos de la mayoría de la gente. El clic de la llave en la cerradura hizo que Street, el sonoro vidriero, murmullara y se diera media vuelta, aunque la cuestión de cómo había oído el ruido a través de su tormenta de truenos era algo que

Shakespeare no entendía. El poeta suspiró, silenciosamente, y volvió a bostezar.

Al introducir la botella de tinta de vuelta al baúl, sus dedos rozaron un bulto nuevo y, por tanto, desconocido: la traducción de los *Annales* que había conseguido frente a la catedral de St. Paul.

—Por el amor de Dios —susurró: una exclamación que era, al mismo tiempo, medio rezo. La traducción en sí era inocente. Pero, si alguien pensaba en buscarla, su muerte era probable tanto si la encontraban como si no. Eso significaría que alguien habría traicionado la conspiración de Lord Burghley.

Cerró el baúl con llave y se quitó las botas. La estructura de madera de la cama y sus correas de cuero crujieron cuando se tumbó y se refugió bajo la colcha. A pesar de que siguió otro bostezo, el sueño no venía. Su mente daba vueltas con más rapidez que las manecillas de un reloj. “¿Cómo espera el plan de Burghley poder escapar de la traición? Seguro que hay más de una obra de un pobre poeta que quizás nunca se llegue a ver. ¿Puede hacerse tanto con tantos, justo ante las narices de los españoles sin levantar sus sospechas? Es falso que nosotros, los ingleses, no formemos traidores. Podría ser cierto; pero estos últimos nueve años demuestran lo contrario”.

¿Cuál era el propósito de Burghley? Shakespeare negó con la cabeza. “La ignorancia, en estos casos, hace la felicidad. Lo que no sepa, no habrá español que me lo pueda sacar”. Deseó que no supiera que estaba atado a hablar de la muerte de Felipe. Pero el noble inglés se lo había tenido que contar. Necesitaba tener una idea aproximada del tiempo que tenía para escribir la obra y ensayar con los actores de su compañía para representarla.

Ese pensamiento le llevó a negar con la cabeza. Aún no sabía si toda la compañía de Lord Westmorland iba a aparecer en una obra que, si la sublevación de Lord Burghley fracasaba, solo podía calificarse de traición. Si escogía a un actor y el hombre lo rechazaba, ¿qué podía hacer? ¿Podía hacer algo? ¿El hecho de hacer algo no haría que un actor desafecto se dirigiese con más razón a los españoles, o a los aduladores ingleses que defendían a Isabel y Alberto?

Preguntas, preguntas. “Cuando surgen las preguntas no vienen de una en una, sino en batallones”. Todas las preguntas quedaban abiertas. Las respuestas merodeaban y se escondían y no se descubrirían, ni a la luz del día ni en estas miserables e inútiles reflexiones nocturnas sin sentido.

Shakespeare volvió a sacudir la cabeza. Su cama volvió a emitir un crujido. Jack Street gruñó, cambió de posición y, milagrosamente, dejó de roncar. En la tercera cama de la habitación, Sam King suspiró suavemente. ¿Había estado despierto todo este rato, pobre demonio? Shakespeare no se sorprendió. Uno tenía que acostumbrarse a la cacofonía de Street.

Tras retorcerse un rato más, Shakespeare sintió que el sueño se acercaba. Pero luego pensó en su curioso encuentro con Cicely Sellis, y el descanso volvió a desaparecer. De hecho, era una curandera. Cualquiera que la visitara recibiría lo que valía su dinero, por mucho que le pagara. Seguramente, era lo suficientemente astuta

como para evitar caer en las garras de la Iglesia, que se tomaba el “A la bruja, no hay que dejarla vivir” más en serio que nunca en esos días.

¿Qué había querido decir cuando su voz cambió durante un instante? Algún tipo de advertencia, sin duda alguna. Pero, ¿salía de ella, de Dios, o de Satanás? Shakespeare rechinó los dientes. ¿Cómo podía saberlo? Llegados a este punto, ¿lo sabía la propia Cicely Sellis?

Un bostezo más y el sueño finalmente le venció. A la mañana siguiente, se despertó en plena oscuridad. Con el solsticio de invierno cerca, el sol no saldría hasta pasadas las ocho, y volvería a ponerse antes de las cuatro. En la cocina, las gachas de cereales se calentaban sobre el fuego. Shakespeare se sirvió un cuenco lleno. Era blando y poco interesante: cebada y guisantes hervidos hasta hacerse una pasta, con apenas algo de sal para darle sabor. No le importaba. Llenaba, durante unas horas, el espacio vacío en el estómago.

La mayoría de los inquilinos ya se había marchado antes de que Shakespeare se levantara. Sin importar si era de día o de noche, tenían trabajos a los que atender. Cicely Sellis, al contrario que los demás, entró en la cocina justo cuando el poeta acababa. La curandera le saludó sin decirle nada. Ella también tenía trabajo al que atender; pero podía hacerlo desde la casa de huéspedes. Por la manera en que la viuda Kendall le sonrió abiertamente, le debía estar pagando un penique entero por aquella habitación. “¿Suficiente como para que la viuda nos suba el alquiler al resto?”, pensó preocupado Shakespeare. Dudaba que pudiera aguantar alguna irritación más además de las que ya padecía.

Cuando salió a la calle, se dio cuenta de que, de todas formas, no tendría una noción precisa de la hora a la que saldría el sol. La niebla fría y húmeda se aferraba a todos lados. Seguramente no desaparecería hasta la tarde, si lo hacía. Shakespeare aspiró una bocanada larga de aire húmedo. Cuando exhaló, añadió más niebla a la que se amontonaba en Bishopsgate procedente del Támesis.

Debería haber ido directo al Theatre. Quizás hubiera encontrado algún rato tranquilo para escribir antes de que llegara el resto de la compañía a ensayar la obra del día.

Pero, en lugar de eso, deambuló por el sur y el este, lejos de los suburbios bajo el muro y hacia el río. No sabía -o no quería admitir- a dónde iba hasta que llegó allí. Cuando se acercó a las tierras bajas del Támesis, la niebla ya estaba algo más alzada del nivel del suelo.

Pero incluso la niebla más gruesa tendría serias dificultades para ocultar la Torre de Londres. Su formidable muro y torres de piedra gris sostenían su ascenso al cielo. La gente decía que Julio César fue el primero en erigir la Torre. Shakespeare no sabía si eso era cierto o no, aunque había utilizado la presunción en algunas obras. Realmente, la Torre parecía lo suficientemente fuerte e indómita como para haberse mantenido en pie desde los tiempos romanos.

Por muy fuerte que pareciera, no había conseguido mantener a los españoles fuera

de Londres. Y, ahora, en algún lugar ahí dentro, la Reina Elizabeth, sentada, meditaba melancólicamente y esperaba… ¿la liberación? “¿Puedo ayudarle a obtenerla? ¿O con ello me sentenciaré a muerte?”

V

Tras la misa de Navidad, Lope de Vega y Baltasar Guzmán coincidieron a la salida de la iglesia de St. Swithin. Lope hizo una reverencia a su superior.

—*Feliz Navidad*, Excelencia —le dijo.

Guzmán, con educación, le devolvió la reverencia.

—Que tengáis una feliz Navidad, igualmente, Teniente Primero —contestó—. Tengo un encargo para vos.

De Vega deseó haber ignorado la cortesía.

—¿En el día santo? —preguntó, consternado.

—Sí, en el día santo —asintió el Capitán Guzmán—. Lo siento, pero es necesario, y es necesario que lo hagáis hoy —No parecía que lo sintiera lo más mínimo. Nunca parecía que sintiera nada. Era testarudo como una mula—. Quiero que os acerquéis a la iglesia de St. Ethelberge (otro nombre inglés que masacró) y que preguntéis al cura si ese amigo vuestro, ese Shakespeare, ha consumado la sangre y el cuerpo de Cristo en el aniversario de Su nacimiento.

—Ah —aunque Lope deseaba que no fuera así, el Capitán Guzmán tenía razón en esta ocasión, como la había tenido cuando fue a arrestar a John Walsh; éste era un trabajo necesario—. Me acercaré de inmediato. ¿Y si no lo ha hecho?

—Si no lo ha hecho, redactad un informe; pero, por el momento, nada más —contestó Guzmán—. Hace diez días que le vigilamos de cerca. Si celebra las Navidades con el antiguo calendario, el calendario prohibido, sabremos que es un hereje protestante.

—Sí, señor —Lope suspiró—. Hereje o no, sin duda le reconocemos por ser un espléndido poeta.

—Y si vuestro espléndido poeta sirve a Satanás y a los adversarios de España, ¿no es más peligroso, precisamente, por ser espléndido? —dijo Guzmán.

También tenía razón en eso. Nuevamente, Lope deseó que no fuera así. Volvió a suspirar. Pero, precisamente porque el Capitán Guzmán estaba en lo cierto.

—¿Dónde puedo encontrar la iglesia esa de St. Ethelberge? —Tuvo prácticamente los mismos problemas en pronunciar el nombre que los que había tenido su superior —. ¿De dónde sacan los ingleses semejantes personas a las que canonizar? Swithin por aquí, Ethelberge por allí, y también tengo entendido que en este reino existe un tal San Erkenwald. Realmente me pregunto si Roma alguna vez ha oído hablar de estos santos.

—Tengo muchas preocupaciones; pero no esa —dijo Baltasar Guzmán—. Si la Inquisición y la Sociedad de Jesús considerasen que estos santos son fraudulentos, las iglesias dedicadas a su memoria no permanecerían abiertas.

Vuelve a estar en lo cierto, pensó Lope, sorprendido y un tanto resentido. “Tres veces seguidas, y todas en la mañana de Navidad. Debería tener cuidado. Si sigue a este ritmo, tendré que empezar a tomarle en serio. Él no lo querría, y yo tampoco”. Ya

que Guzmán no le había respondido la primera vez, volvió a intentarlo:

—¿Cómo puedo encontrar la iglesia de St. Ethelberge, Capitán?

—Es la parroquia de Shakespeare, ¿no? Y Shakespeare vive en Bishopsgate, ¿no? Pues id a Bishopsgate. Conocéis el camino, ¿no? —Guzmán esperó a que Lope le respondiera. Tuvo que asentir, ya que sabía qué dirección tomar para ir a ese distrito y cómo atravesarlo: conducía a las afueras de Londres, cerca del Theatre—. Muy bien, entonces —le dijo el capitán—. Id a Bishopsgate. Si encontráis la iglesia sin ayuda, bien. Si no, preguntádselo a alguien. ¿Quién no indicaría a un hombre la manera de llegar a una iglesia en la mañana de Navidad?

Por supuesto, volvía a estar en lo cierto.

—Voy —dijo Lope, y se apresuró hacia Bishopsgate tanto para escapar del Capitán Guzmán y de su alarmante buen juicio, como para descubrir si Shakespeare había acudido a misa. Incluso aunque el día era gris, las casas y los edificios públicos londinenses constituían un gran espectáculo, decorados con coronas y hebras de acebo y hiedra, aquí y allí atados con retama. Muchos de los ornamentos también albergaban una vela en su interior. Durante los primeros años tras la llegada de la Armada apenas se veían semejantes muestras de las fiestas. Elizabeth y sus consejeros heréticos lo habían desaconsejado, como habían desaconsejado también tantas otras prácticas del año ritual. Pero, con la vuelta del catolicismo, volvieron a surgir las costumbres que habían prosperado antes de que Enrique VIII rompiera con Roma.

Muchas puertas estaban abiertas, los ricos olores procedentes de las cocinas se entremezclaban con los de las basuras y las aguas residuales. Desde Adviento, el cuarto domingo antes de la Natividad, hasta Nochebuena, la gente ponía restricciones a sus dietas. La misma noche de Nochebuena, la carne, el queso y los huevos estaban prohibidos. Pero en Navidad... Navidad era un día de liberación, y también un día para compartir. Únicamente los tacaños cerraban sus puertas a las visitas el día de Navidad.

Un hombre vestido con lo que parecían andrajos de mendigo sostenía un muslo de oca asada en una mano y una jarra de vino en la otra, subía la calle hacía Lope. Por la forma en que se tambaleaba al caminar, ya debería llevar varias jarras. Aún así, le hizo a Lope una extravagante reverencia.

—Dios os bendiga en este día, señor —dijo.

—Igualmente, señor —respondió De Vega, y le devolvió la reverencia como si fuera un igual. ¿Acaso en Navidad, como en Pascua, no eran todos los hombres iguales ante Cristo?

Lope tuvo que preguntar por la iglesia de St. Ethelberge. Pero la gente parecía deseosa de ayudarle a encontrarla. Llegó allí justo al acabar una misa. Y obtuvo su respuesta sin necesidad de preguntar al cura, ya que sus propios ojos pudieron ver cómo Shakespeare salía de la iglesia con un jubón acuchillado en negro y carmesí tan extravagante como cualquier cosa que se pondría Christopher Marlowe.

Lope pensó en saludarle y decirle algo. Lo pensó por un instante, pero lo reconsideró. En lugar de hacerlo, se ocultó detrás de una esquina, antes de que Shakespeare pudiera divisarle. ¿Qué excusa podía poner para justificar su presencia en Bishopsgate en la mañana de Navidad, más que la de que estaba espiando al poeta inglés? Ninguna, y lo sabía.

Volvió al acuartelamiento en el centro de la ciudad sin preguntar a nadie la dirección. Lo cual le hizo sentirse orgulloso; se pavoneaba de ello de camino al despacho del Capitán Guzmán. Él había estado en lo cierto y Guzmán, por una vez, se había equivocado. Eso se sumaba al orgullo. Deseaba poder restregarlo ante las narices de su superior.

Lo que fuera que buscaba, no lo encontró, ya que, cuando abrió la puerta, Guzmán no se encontraba allí. Su sirviente, Enrique, estaba sentado detrás de su mesa, con el ceño fruncido por la concentración puesta en una edición en cuartilla de una de las obras de Christopher Marlowe. Leía el inglés mejor de lo que lo hablaba, aunque no hacía ninguna de las dos cosas demasiado bien.

No se percató de que la puerta se abriera. Lope tuvo que toser.

—¡Oh! —dijo sorprendido Enrique, parpadeando tras los anteojos—. Buenos días, Teniente Primero.

—Buenos días —respondió educadamente Lope —¿Dónde se encuentra vuestro jefe?

—Se le ha invitado a un banquete, señor —contestó el sirviente de Guzmán—. Me dejó aquí para que recogiera vuestro informe. ¿Vio el cura de la iglesia, cuyo nombre ningún hombre cuerdo podría pronunciar, al *señor* Shakespeare en la misa de hoy?

—¿Qué vais a hacer si os digo que no? —preguntó De Vega, tratando de no mostrar lo furioso que se sentía. Guzmán podía enviarle a Bishopsgate en la mañana de Navidad, ¿pero se había quedado el noble para oír lo que había descubierto? ¡Por lo visto no! Se había marchado para pasar un rato agradable. “Y si yo hubiera estado aquí, quizás alguien también me hubiera invitado al banquete”.

—Por supuesto, comunicaré a su Excelencia las noticias —dijo Enrique—. Después, supongo que emitirá una orden de arresto contra Shakespeare. ¿Quiere que le informe?

—No —Lope negó con la cabeza, luego se golpeó el pecho con el pulgar. —Yo mismo vi a Shakespeare salir de la iglesia de St. Ethelberge —podía pronunciarlo, mejor que la mayoría de españoles, en todo caso, y no iba a perder la ocasión de demostrarlo— no hace ni una hora; por tanto, no hay razón para molestar al Capitán Guzmán en su momento de ocio.

—Lo celebro —dijo Enrique. De Vega se preguntó qué quería decir con eso. ¿Celebraba no tener que ir a buscar a Guzmán? Pero el sirviente prosiguió. —Por lo que sé, creo que el poeta es demasiado bueno como para querer que le prendan en la hoguera por oponerse a la verdadera y santa fe católica.

—*Tienes razón*, Enrique —dijo Lope—. Yo mismo comparto esa idea —“y si Enrique está de acuerdo conmigo, entonces, debemos estar en lo cierto”.

—¿Tenéis algún otro asunto que arreglar con mi maestro, Teniente? —preguntó el sirviente.

“Sí, pero no del tipo al que os referís. El trato mezquino que he recibido por su parte se acerca a mancillar mi honor”, pensó Lope. Pero no le explicaría eso al lacayo de Guzmán. Tampoco lo compartiría con el propio oficial; seguramente, acabaría por decidir que no se había tratado de un insulto deliberado y dejaría de preocuparse por ello. Todo lo que le dijo a Enrique fue:

—Que tengáis una feliz Navidad.

—Igualmente, *señor* —cuando Lope se dio la vuelta, Enrique volvió a coger la obra. Leyó en voz alta:

O lente, lente currite noctis equi:
Las estrellas avanzan silenciosas, el tiempo pasa, la hora tocará,
El Diablo vendrá y a Fausto deberá condenar.
¡Hasta mi Dios me elevaré! ¿Quién me lo impide?”

—Creo que es una poesía excelente.

—Eso mismo creo yo también —estuvo de acuerdo De Vega—. Incluso a pesar de haber tomado prestados los caballos nocturnos de lento correr de Ovidio.

—Bueno, sí, por supuesto —dijo Enrique, quien, a pesar de ser un sirviente, había adquirido una educación formidable en algún lugar—. Pero usa el verso de forma que lo hace suyo. No lo utiliza simplemente para demostrar lo cultivado que es.

—Una cosa —dijo Lope—. Marlowe es un hombre muy inteligente, y si no me creéis, preguntádselo a él mismo.

El sirviente de Guzmán sonrió.

—No pretendo ofenderos, *señor*, pero el orgullo es un vicio que no es desconocido para los poetas.

—No tengo ni idea de lo que habláis, Enrique —contestó De Vega, con cara inexpresiva. Ambos se rieron. Lope cerró la puerta tras de sí y se dirigió a sus estancias.

Esperaba encontrarse a Diego allí, roncando como una tormenta. Navidad era un día santo, demasiado santo como para trabajar (tampoco era que Diego se dedicara a trabajar el resto de días normales del año). Pero la cama del sirviente estaba vacía. Lope se santiguó.

—Ciertamente hoy es el día de los milagros —murmuró.

En su propia habitación, encontró papel, plumas y tinta. Abrió las contraventanas para aprovechar al máximo la efímera luz del día del diciembre inglés, y empezó a escribir. Quizás Navidad también era un día demasiado santo para eso. De Vega no tenía intención alguna de revelarle a un cura su opinión al respecto.

Un hombre harapiento en la esquina de una calle le ofreció un cuenco de vino condimentado a una bella mujer que pasaba por ahí.

—¡Salud! —dijo.

Ella le miró, le sonrió y asintió.

—¡A vuestra salud! —le respondió. Él le pasó el cuenco y la besó en la mejilla. La mujer bebió, y le devolvió el cuenco.

—¡Feliz Año Nuevo, cariño! —le gritó el hombre harapiento a la mujer, cuando ésta hubo reanudado su camino. Cantaba en un barítono sorprendentemente dulce y verdadero:

"Vino, vino, vino, blanco como mi nombre,
Vino, vino, vino, al nevar, helar y granizar,
Vino, vino, vino, siempre se debe aprovechar,
Vino, vino, vino, nunca deberá fallar."

William Shakespeare le lanzó un penique al hombre.

—Feliz Año Nuevo también a vos, señor.

El hombre andrajoso se quitó el sombrero.

—¡Dios os bendiga en este día, señor! —Le ofreció el cuenco a Shakespeare—. ¡Salud!

—¡A vuestra salud! —respondió Shakespeare y bebió. Al devolverle el cuenco, le dijo: —Con mucho gusto marcho sin el beso —algún griego, no podía recordar quién, le había dicho algo similar a Alejandro y había pagado por ello. Seguro que Marlowe sabía su nombre.

Con una risa entre dientes, el hombre andrajoso le dijo:

—Con mucho gusto no os lo daré. Pero a fe mía, señor, muchos he dado a bellas damas, y todo gracias a este cuenco para brindar —volvió a quitarse el sombrero de la cabeza—. Que el nuevo año os traiga alegrías.

—Lo mismo os deseo —Shakespeare pasó por su lado. Unas manzanas más adelante, otro hombre usaba otro cuenco con licor para recolectar monedas y besos. Shakespeare le dio un penique también a él. A cambio, recibió una canción distinta, una que no había oído nunca antes, y que se esforzó en recordar. Algunos fragmentos quizás aparecerían algún día en una de sus obras.

A lo largo de la calle atestada de gente, hombres y mujeres se deseaban feliz Año Nuevo. Lo llevaban haciendo incluso antes de que llegara la Armada, ya que la tradición romana de empezar el año en invierno había persistido incluso aunque, antes de la llegada de los españoles, formalmente comenzase el 25 de marzo. Al igual que con el calendario, Isabel y Alberto lo habían adaptado a las tradiciones españolas. La gente se refería a 1589 como el Año Corto, ya que había empezado el 25 de marzo y había finalizado el 31 de diciembre.

La nieve crujía bajo los zapatos de Shakespeare. La suciedad y el hollín la cubrían. En Stratford, la nieve permanecía blanca durante algún tiempo después de caer. Aquí no. Stratford era como un pequeño pueblo con mercado; le sorprendería que hubiese albergado unas dos mil almas. Londres debía dar cobijo a cien veces más almas, y a más de cien veces más fuegos echando humo al cielo para manchar la nieve incluso antes de que cayera.

Una bola de nieve procedente de atrás pasó rozándole la cabeza. Se dio la vuelta. El golfillo que la había lanzado le sacó la lengua y salió corriendo a toda prisa. Se encogió de hombros y prosiguió su camino. De jovencito, él también había lanzado bolas de nieve. “Y mi puntería era mejor”, pensó, aunque quizás era la visión de un hombre sobre el chaval que había sido.

Pasó por delante de una cuchillería y se detuvo, se dio la vuelta y volvió atrás. No hacía mucho, la viuda Kendall había roto el mango de madera de su mejor cuchillo de trinchar y no había dejado de quejarse desde entonces. No paraba de hablar sobre llevar el cuchillo a un hojalatero para ponerle un mango nuevo; pero nunca lo hacía. Tanto si quería como si no, nunca llegaría a hacerlo; pero refunfuñaría sobre lo buen cuchillo que era durante el resto de su vida. Un recambio, eso, un recambio sería un buen regalo de Año Nuevo.

—Buenos días tengáis, señor, y un alegre feliz Año Nuevo —dijo el cuchillero cuando Shakespeare entró—. ¿En qué puedo ayudaros? Si tiene filo, aquí lo encontraréis —Shakespeare explicó lo que quería, y porqué. El cuchillero asintió—. Lo tengo —tendió a Shakespeare un cuchillo de la misma medida que el que Jane Kendall había utilizado.

—Cierto, es un cuchillo —Shakespeare probó el filo sobre el pulgar. Ahora parece bastante afilado. Pero, ¿se mantendrá así?

—Incluso el mejor cuchillo pierde filo si se utiliza mal —contestó el cuchillero—, pero tiene una hoja mejor que la mayoría, y servirá para cualquier tarea corriente. Sobre todo si la mujer para la que lo compráis posee una piedra de afilar.

—Claro —Shakespeare no tenía ni idea de si Jane Kendall poseía una piedra de afilar. Suponía que así debía ser; ¿cómo, sino, podía mantener una cocina en orden? Dejó el cuchillo sobre el mostrador, formuló la siguiente pregunta importante: —¿Cuánto cuesta? Cuando el cuchillero se lo dijo, se estremeció—. ¿Tanto? Solo la mitad ya sería un robo, por no hablar de la suma completa. Es para la viuda de un candelero, no para formar parte de los utensilios de cocina más selectos de los cocineros privados de un duque.

Regatearon afablemente. Ni con toda su elocuencia de actor, pudo Shakespeare lograr rebajarle el precio al cuchillero. Al final, aún farfullando por lo bajo, pagó. El cuchillero le dio una funda de cuero para el cuchillo.

—Cuanto mejor lo trate vuestra viuda, mejor servicio le dará. La suciedad y la grasa provocarán óxido, de la misma manera que la mugre engendra gusanos.

—Entendido —Shakespeare no pretendía dar lecciones de mantenimiento del

hogar a su casera. No se atrevía a pensar en lo que la viuda Kendall le diría si mostraba semejante insolencia.

Volvió con el cuchillo a su casa de huéspedes. De camino hacía allí, metió medio penique en la funda. Darle a la viuda Kendall el cuchillo sin la moneda propicia sería una invitación a cortarse con él.

—¡Oh, Dios os bendiga, maestro Will! —exclamó cuando él le entregó el cuchillo. Le dio un fuerte abrazo y se puso de puntillas para besarle la mejilla. Ese era otro beso sin el que podría haber pasado perfectamente; su aliento apestaba a queso tostado. Se esforzó por sonreír cuando le dijo —he pensado en comprar uno nuevo desde que se rompió el mango, pero.... —Se encogió de hombros.

“Pero os las hubierais arreglado sin, o hubierais seguido con el viejo estropeado, antes que pagar vos misma un hojalatero o un cuchillero”, pensó.

—Que os dé buen servicio —le dijo.

—Estoy segura de que lo hará —dijo—. Venid, tomaos una jarra de cerveza y acomodaos.

Esa jarra era el único regalo de Año Nuevo que recibió de la mujer. Pero como no había esperado nada más, no se sintió decepcionado. Pero Christopher Marlowe pasó por la casa más tarde ese día y le regaló una copia de los *Annales* de Tácito (en latín original).

—Espero que lo encuentres… inspirador —le murmuró el otro poeta.

Como era costumbre, Marlowe había derrochado profusamente. El libro estaba encuadernado en piel granate y sellado en oro. Shakespeare deseó golpearle la cabeza con el libro; pero, sin ningún tipo de suerte, sólo hubiera logrado que se rompiera sobre el cráneo. ¿Cuánto sabía Marlowe? ¿Cuánto trataba de hacerle creer que sabía? ¿Hasta qué punto quería distraer a Shakespeare con malas intenciones? “Esta última pregunta era más importante que las otras dos juntas”, juzgó Shakespeare.

Mostrar a Marlowe que le había hecho sangrar sólo le animaría a tratar de hacerle sangrar más. Con una sonrisa, Shakespeare respondió:

—Estoy seguro de que así será. ¿Por ventura no serán los juicios por traición bajo el reinado de Tiberio? —Aunque muy ligeramente, puso énfasis en la palabra “traición”.

Marlowe descubrió los dientes en un gesto similar a una sonrisa.

—¿Traición? ¿Qué palabra es esa? ¿Y en qué lengua? ¿Tártaro? La desconozco.

—En verdad, Kit, que así sea —dijo Shakespeare—. Puede que llegue el día en que esa palabra tártara quede olvidada en Inglaterra.

Con una sonrisa, Marlowe le dio una palmadita en la mejilla como haría un padre indulgente con su hijo.

—Nuestros versos fracasarán o esa palabra estará siempre arraigada en nuestro… —retrocedió, con la preocupación reflejada repentinamente en su rostro—. ¿Qué sucede, Will?

—Seguro que encontrarás un momento mejor para hablar de versos fracasados

que cuando hace tan sólo algo más de un año que mi hijo yace en su tumba —dijo Shakespeare rígido. Sus puños se cerraron. Dio un paso en dirección al otro poeta, al que vio a través de un velo de lágrimas contenidas durante un instante.

Marlowe retrocedió.

—Perdona mi estupidez, te lo suplico —dijo.

—Lo haré. Algún día —respondió Shakespeare, aún enfadado. Marlowe abandonó la casa de huéspedes poco después. Shakespeare no se sintió mal al verle marchar, no solo por lo que había dicho, sino también porque no tardaría en hacer más pullas sobre Tácito y sobre la traición que lo que algunas mentes podrían aguantar.

Aunque el domingo nevaba con fuerza, Shakespeare se esforzó en asistir a la misa de la iglesia de St. Ethelberge, la Virgen. Según el calendario del Papa Gregorio, era el veinticinco de diciembre; cuatro de enero, según el viejo calendario inglés. Quería asegurarse de que le viesen ese día en los servicios católicos. Si no lo hacía, podía estar bajo sospecha de celebrar la Navidad el día que los españoles y la Inquisición inglesa no consideraban adecuado. Desde que merecía estar bajo sospecha, tenía más motivo que nunca por intentar no atraerla. Los bancos de la pequeña iglesia estaban más llenos de lo normal. Quizás, y lo más probable, no era la única alma que quería ser vista ese día.

Volvió de nuevo a St. Ethelberge dos días más tarde, por la festividad de la epifanía, el doceavo y último día de Navidad. Una estrella de Belén de latón dorado colgaba del techo de la iglesia. Algunos parroquianos representaron una pequeña obra sobre la visita de los Reyes Magos al niño Jesús. Shakespeare encontró la representación espantosa y el diálogo peor; pero la audiencia no iba predispuesta a ser crítica. En el Theatre, los mosqueteros habrían abucheado y silbado a semejantes actores para que saliesen del escenario, y les habrían arrojado frutas o cosas peores hasta que lo hiciesen.

Cuando la doceava noche hubo pasado, el mundanal mundo regresó. Cuando Shakespeare se dirigió al Theatre al día siguiente, llevaba consigo el manuscrito acabado de “Trabajos de amor ganados”. Lo agitó triunfante cuando vio a Richard Burbage.

—Mira, Dick: contempla el ternero cebado.

Burbage apuntó simplemente con el pulgar hacia el vestidor.

—Hasta que el maestro Martin lo haya pulido un poco me importa un comino verlo.

Con un suspiro, Shakespeare se fue. Geoffrey Martin, el apuntador y la persona que guardaba el libro con los diálogos de todas las obras de teatro, se encargaría de vestir al ternero cebado que llevaba encima Shakespeare. Tenía la costumbre de escribir puestas en escena poco prácticas y elaboradas. Y, como cualquier autor sumido en el entusiasmo, cometía errores como cambiar el nombre de un personaje entre apariciones o dar una frase o dos a alguien que, supuestamente, no debería

encontrarse en escena en ese momento. El trabajo de Martin consistía en detectar esas cosas, preparar una versión de su diálogo para todos los actores principales de la obra, y susurrarles las frases en caso de que no las recordasen durante una representación.

Martin también colaboraba estrechamente con Sir Edmund Tilney, el Maestro Censor, el cual se aseguraba de que nada blasfemo o traicionero apareciese sobre el escenario. Si el plan de Lord Burghley tenía que seguir adelante, Martin debía formar parte de la conspiración.

El apuntador rondaba los cuarenta. Seguramente, en algún momento fue atractivo, pero las desagradables cicatrices a causa de un incendio le cruzaban la frente, una mejilla y el dorso de la mano izquierda. El trabajo que llevaba a cabo —preciso, importante; pero fuera de la vista del público— le iba como anillo al dedo.

—Buenos días, maestro Shakespeare —dijo, mientras levantaba la vista de un cuadernillo—. Por fin lo tenemos aquí, ¿no es así? Hemos esperado más tiempo de lo que deberíamos, para ver qué surgía de vuestra pluma.

—Lo sé, maestro Martin —dijo Shakespeare humildemente—. Lo siento. —Enfrentarse al apuntador le hacía sentir como si estuviera de vuelta al colegio; la única diferencia era que Geoffrey Martin blandía una pluma, y no una vara.

Shakespeare no conocía a nadie que leyera tan rápido y de forma tan precisa a la vez. Esa pluma suya bebía del tintero sobre la mesa frente a él y revoloteaba sobre el manuscrito de “Trabajos de amor ganados” como un áspid inquieto.

—¿Cuándo aprenderéis a poner puestas en escena que los actores puedan realizar? —preguntó, más apenado que enfadado: repetía lo mismo cada vez que Shakespeare le entregaba un manuscrito.

—Os pido perdón, maestro Martin —dijo Shakespeare—. Trato de que sea preciso, pero….

—No se os da demasiado bien —le dijo el apuntador, tampoco por primera vez—. Con puestas en escena como éstas, rompéis la acción como un hombre despieza un ave asada. Simplicidad, señor, la simplicidad es lo que gana la carrera.

Shakespeare no estaba completamente seguro de que Martin estuviera en lo cierto. Como cualquier otro dramaturgo, quería que las cosas fueran sencillamente así, con todos los actores moviéndose en su dirección, de la misma manera en que Copérnico y sus seguidores aseguraban que los planetas giraban alrededor del sol. Pero la palabra del apuntador tenía más peso en tales cuestiones que la suya. Mientras Martin pasaba de una página a la otra, Shakespeare se atrevió a preguntar:

—¿Qué opináis?

—Dejando de lado estas puestas en escena espantosas, muy placentero, muy alegre —respondió Geoffrey Martin—. Sin duda alguna, la compañía os comprará la obra. Y luego os centraréis plenamente en la nueva obra “El Rey Felipe”, ¿no es así?

—Tanto como pueda, sí —respondió Shakespeare. La pregunta del apuntador le dio el empujón que necesitaba.

—Decidme, maestro Martin, ¿qué opináis sobre…?

Pero antes de que pudiera finalizar la pregunta, Martin alzó una mano.

—Un momento —dijo, tanta era la autoridad inherente en su voz, que Shakespeare enmudeció—. Aquí, en el segundo acto, habéis hecho que aparecieran tres caballeros y tres damas.

—En efecto —afirmó Shakespeare, volvió a mirar lo que había escrito: parecía que hubiera transcurrido una eternidad desde que escribió el segundo acto.

—Sin embargo, observad. Solo dos de las damas hablan: Rosalinda y la otra, Katharine. ¿Qué sucede con la tercera, la que llamáis María?

—Bueno, es para equilibrar al tercer caballero, por supuesto —respondió Shakespeare.

Geoffrey Martin negó con la cabeza.

—No es suficiente. Dadle algo que hacer o, sino, quitadla.

—Oh, de acuerdo —dijo Shakespeare, irritado —prestadme vuestra pluma, entonces. —Tachó un nombre y lo sustituyó por otro—. Ahora tiene este pasaje, el de Katharine.

—Será suficiente —Martin continuó con la lectura. Tras un rato, levantó la vista. —Estoy encantado con vuestro Signor Adriano di Armato, vuestro fabuloso veneciano. Algunos poetas que no nombraré lo habrían convertido en un español, cosa que el Maestro Censor nunca aprobaría.

La primera idea de Shakespeare había sido poner un español, para obtener las risas de más que provocarían las burlas de los invasores. Pero también él había llegado a la conclusión de que Sir Edmund nunca permitiría que siguiera adelante. Aunque, nuevamente, se le presentó la oportunidad de formular la pregunta que quería hacer, o una que le llevara a ella:

—¿Qué opinión os merece, maestro Martin, el hecho de tener que ir con sumo cuidado para no provocar la ira de los españoles?

—Sería más fácil trabajar con el Maestro sin tales preocupaciones, no cabe duda de ello —respondió el apuntador—. Pero no me negaréis, así lo espero, que si no hubieran llegado a Inglaterra la fuerte garra de la herejía nos hubiera oprimido. Ahora tengo la esperanza del cielo. Si las cosas fueran distintas, seguramente las llamas del infierno me estarían esperando tras abandonar las prácticas mortales.

—Sí, probablemente —dijo Shakespeare, no muy contento. Sin lugar a dudas, Geoffrey Martin le había respondido con toda honestidad; pero no había dicho lo que a Shakespeare le habría gustado oír.

—¿Por qué? ¿No lo creéis así? —preguntó Martin. Se había percatado del tono poco entusiasmado en la respuesta de Shakespeare, el cual hubiera preferido que no fuera así.

—A fe mía, no —dijo Shakespeare, esta vez hizo uso de su experiencia sobre el escenario para sonar como pensaba que Geoffrey Martin quería que sonase.

—Espero que no, señor —dijo el apuntador—. El Rey Felipe, Dios le guarde, es

un gran hombre, un hombre fantástico. Nos ha salvado de nosotros mismos, muy a pesar nuestro. ¿De quién más podría decirse lo mismo, salvo de nuestro Señor?

—Así es —dijo Shakespeare, y se alejó de Martin tan rápido como pudo. Los actores a los que había preguntado hasta el momento se habían mostrado dispuestos, incluso deseosos, de ayudar a tratar de expulsar a los españoles de Inglaterra. El encargado de vestuario no se había definido al respecto. El apuntador estaba, claramente, del bando de los españoles. Y si Geoffrey Martin sospechaba de traición, sabía de orejas importantes a las que susurrar, o gritar, sus sospechas.

—¿A qué se debe esa cara larga, Will? —le preguntó Burbage cuando Shakespeare salió para volver al escenario—. ¿No le ha agradado el ratón que por fin le has entregado?

—No, parece que las bromas han sido de su agrado —respondió Shakespeare—. Pero ... recela... sobre otros... otros asuntos.

Alguien le dio una palmadita en el hombro. Dio un salto; no había oído a nadie venir por detrás. Los rasgos elásticos de Will Kemp le miraban con malicia.

—¿Qué mejor que el año nuevo para un baño en agua hirviendo o para un descuartizamiento? —preguntó el bufón, riendo con regocijo enfermizo —¿O preferiréis acabar con el frío invernal con una hoguera? Apuesto a que sí.

—¡Márchate! —exclamó Shakespeare—. ¡Vete de aquí!

—¿Y por qué debería hacerlo? —contestó Kemp—. Sé tanto como Dick —antes de que Shakespeare pudiera negarlo, el bufón prosiguió—. Sé lo suficiente como para que nos cuelguen a todos, ¿qué más debería ser?

Visto así, llevaba razón.

—El objetivo es que otros no sepan lo suficiente como para colgarnos a todos. Otros, que ahora incluye a un caballero (por todos los santos, y es un caballero muy determinado) que puede comprometernos a todos con demasiada facilidad.

—¿No sabíais que Geoff Martin tenía las narices metidas en el culo del Papa de Roma? —dijo Kemp con otra sonrisa burlona.

—¡Por los clavos de Jesucristo, Will, baja el tono! —le siseó Shakespeare, el hielo que había fuera no tenía nada que ver con el frío que le recorría el cuerpo—. No tiene más que ladear la cabeza hacía aquí, y te oirá.

—Tiene razón, hombre —dijo Burbage—. ¿Quieres que te estrangulen o que te arranquen los intestinos o que te asen la carne hasta llegar a los huesos? Hablas con demasiada libertad y conseguirás que tus deseos se hagan realidad.

—¡Pero qué poca fe! —se burló Kemp—. Pobre apuntador y encargado de guardar los libros que contienen todas las obras. Tenía delante una obra nueva, tan nueva, que probablemente la tinta aún esté mojada. ¿Qué hará? Sumergir su pico en el hígado, como el buitre con Prometeo. Podría dispararse un cañón a su lado que no lo oiría.

Burbage miró pensativo.

—Puede que tenga razón —le dijo a Shakespeare.

—Puede que esté en lo cierto —confirmó Shakespeare—. Pero, en lo cierto o equivocado, razón no tiene ninguna. ¿Dónde reside la razón por la que un hombre pone en peligro su vida únicamente para oír su propio parloteo? Dios me salve de depender de la sospecha de cada estúpido, cuyo sentido ya no responde más que a sus propios caprichos.

—¿Me habla tu otra boca? —le replicó Will Kemp. Se alejó, se detuvo, se agachó, y habló sonoramente con su otra boca.

—Patán grosero, desgraciado —profirió Shakespeare, pero en voz baja. Sabía muy bien que, si hacía enfadar a Kemp, el bufón también podía delatarle.

—Un desgraciado repleto de tocino, muy voluminoso —coincidió Burbage—, pero cuándo has conocido a un bufón que no sea así —él también hablaba en voz baja. Tras un momento, prosiguió. —¿Y qué crees que deberíamos hacer con Martin?

—En realidad, no lo sé —dijo Shakespeare tristemente—. Si pudiéramos despedirle, pero la compañía se rebelaría, y con razón (¡otra vez esa palabra!), si lo hiciéramos sin razón aparente.

—Cierto. Cada palabra es totalmente cierta —asintió Burbage.

—Pero este asunto no puede proseguir sin él, y tampoco si se opone —dijo Shakespeare.

—Ocúpate de tu parte —le dijo Burbage—. Escribe las palabras que deban escribirse. Piensa en eso, ya que nadie más puede hacerlo. En cuanto a lo otro... tal vez hayas malinterpretado sus elecciones e intenciones.

—No es así —declaró Shakespeare.

—Bueno, podría ser —dijo Burbage encogiéndose de hombros—. Pero te digo más: estamos embarcados en un asunto no poco importante, ¿no es así? —Tras esperar a que Shakespeare asintiera, prosiguió—. Entonces deberíamos asegurarnos de que no estamos solos en esto. No tenemos porqué solucionar, sin ninguna ayuda, todos los interrogantes que se nos presenten.

—Podría ser —dijo Shakespeare tras meditarlo un rato—. Sí, podría ser. Pero si no los solucionamos nosotros, ¿quién lo hará?

—Eso no está al alcance de mi vista, y así debería ser, ya que lo que no sepa, no podrá sacármelo ningún inquisidor —dijo Burbage. Shakespeare volvió a asentir, un poco más entusiasmado; había tenido el mismo pensamiento. Con una sonrisa, Burbage continuó—. Pero decir que no está al alcance de mi vista, no quiere decir que no exista. Otros, con poco conocimiento de los papeles que jugamos, se ocuparán de semejantes cargas como la opinión de un apuntador obstinado. ¿No es así?

—Lo es —dijo Shakespeare —o, en todo caso, debería serlo. Si lo supiera a ciencia cierta y no por fe.

—¿Qué cura o predicador no habrá dicho eso mismo antes? —respondió Burbage con una sonrisa—. Escribe las palabras, Will. Cuando llegue el momento, yo las diré. Y lo que siga después... está en manos de Dios y no en las nuestras.

Tenía razón. Estaba destinado a tener razón, lo que de alguna forma hizo que

Shakespeare se tranquilizara, aunque no tanto como le hubiera gustado. Le permitió que el día en el Theatre transcurriera sin que se comportara como un estúpido, lo que probablemente no hubiera logrado si Burbage no le hubiese calmado.

Transcurridos unos días, cuando el poeta recorría su camino por Shoreditch High Street hacia Bishopsgate tras una representación, un hombre salió de las sombras.

—¿Sois el maestro Shakespeare, no es así?

—Lo soy —respondió Shakespeare con cautela—. ¿Y quién sois vos, señor?

Utilizó el "señor" por precaución; si se hubiera sentido más alegre con el mundo y la gente que vivía en él, le hubiera dicho, "señoritingo". El hombre que había pedido por su nombre parecía un mecánico, un trabajador, en jubón de cuero y calzas con carreras. Cuando sonrió, mostró que le faltaban algunos dientes.

—Oh, no tenéis necesidad de saber mi nombre, señor —dijo.

—Entonces no hay de qué hablar el uno con el otro —respondió Shakespeare, esforzándose por parecer educado y firme a la vez—. Que tengáis suerte —y empezó a caminar.

—¡Esperad! —dijo el desconocido. A la vez que ponía una mano sobre la empuñadura del cuchillo de su cinto para enfatizar la palabra, Shakespeare se detuvo. En un tono quejumbroso, el hombre añadió —Nick dijo que erais un quisquilloso. ¡Por Dios y por San Jorge, hay un nombre para vos! ¿Conocéis a Nick Skeres?

Skeres le había llevado hasta Sir William Cecil.

—Así es —respondió Shakespeare de mala gana.

—Bien por vos, entonces —el desconocido volvió a regalarle otra sonrisa nada tranquilizadora—. Nick me envía para salvar vuestro honor. ¿Hay alguien en vuestra compañía que es más afín a los españoles de lo que debería serlo un inglés honesto?

¿De quién demonios había oído Skeres hablar sobre Geoffrey Martin? ¿De Burbage? ¿De Will Kemp? ¿De otra persona? ¿O, en realidad, este matón no tenía nada que ver con Skeres? Con toda la dignidad que pudo reunir, Shakespeare dijo:

—No trato con hombres sin nombre.

—¡Maldito seáis! —exclamó el hombre. Pero no desenvainó el cuchillo. En lugar de ello le gritó un nombre al poeta—. ¡Ingram!

¿Nombre de pila? ¿Apellido? Shakespeare no pudo adivinarlo. Pero el hombre le había dado algo de lo que él quería. Shakespeare le respondió:

—Así es, hay uno de esos, maestro Ingram.

—¿Se llama Martin, eh? ¿Cómo el pájaro? —preguntó Ingram. Con una extraña indecisión, Shakespeare asintió. Así lo hizo el otro hombre—. De acuerdo, amigo —se tocó el ala del sombrero de malvado—. Que Dios os bendiga con una buena noche —dijo, y volvió a desvanecerse en las profundidades de las sombras. El poeta se quedó mirándole, mientras se rascaba la cabeza.

—Seguramente, *señor* Shakespeare, sabéis que su santidad el Papa Sixto

prometió al Rey Felipe un millón de ducados cuando el primer español pusiera pie sobre suelo inglés, y que muy generosamente pagó todo lo que había prometido —dijo Lope de Vega—. Imaginaos, un millón de ducados de oro.

—Sí, lo entiendo —contestó Shakespeare—. En realidad, una suma digna de un rey.

Estaban sentados uno al lado del otro en el vestidor del Theatre. De Vega fumaba un pipa de tabaco. El humo que desprendía luchaba con el de las antorchas, las velas y los braseros.

—Me alegro de que lo sigáis, señor —dijo—. Estas carestías deben aparecen en la obra sobre la vida de su Majestad Católica.

Shakespeare había garabateado notas con una letra que Lope no podría haber descifrado aunque la vida le fuera en ello. Acababa de levantar la vista con brusquedad.

—¿Para qué? —preguntó—. No ayuda a avanzar la acción, más porque el Papa y el Rey nunca se encontraron para sellar el trato, todo lo llevaron a cabo subalternos.

—Pero demuestra lo querido que era por su Santidad el Rey —respondió Lope.

—Eso lo mostraré a través de las acciones del propio Rey —dijo Shakespeare—, acciones que valga la pena mostrar sobre un escenario. En este caso, no hace, mejor dicho, sus hombres no hacen más que negociar como comerciantes en el mercado sobre la suma de dinero a pagar. Si esta obra fuera vuestra, maestro De Vega, ¿incluiríais semejante escena?

Tras meditarlo algún rato, Lope extendió las manos.

—Me rindo —dijo. Dio una calada a la pipa de arcilla, con la esperanza de que el humo le calmara. Trabajar con Shakespeare había resultado ser más duro de lo que pensaba. El inglés sabía lo que se esperaba de él: una obra que celebrara y recordara la vida y las victorias de Felipe II. Pero tenía sus propias ideas sobre qué debía aparecer en semejante obra y sobre cómo las partes deberían encajar entre sí.

Tras haber obtenido la razón, podía ser cortés.

—Os lo agradezco, señor —dijo—. Dado que la obra llevará mi nombre, quiero que se iguale a lo mejor del resto de mi trabajo.

—Para contentar vuestro orgullo —dijo Lope.

—Para salvar mi honor —dijo Shakespeare.

Lope saltó de su silla e hizo una reverencia profunda, se quitó el sombrero de forma que la pluma rozó el suelo.

—No digáis más, señor. Vuestros compañeros poetas y actores os perderían el respeto si escribierais peor de lo que sabéis. Lo cual entiendo desde lo más profundo del alma, y yo, por mi parte, os honro por ello. Soy vuestro sirviente. Ordenadme.

—Sentaos, sentaos —le instó Shakespeare—. Necesito vuestros consejos sobre los hechos de la vida de vuestro Rey y sobre cómo presentarlos; trabajo aún más difícil porque apenas abandona su Madrid residencial y porque aquellos bajo sus órdenes trabajan para él en todo el imperio español.

—Aún así —Lope volvió a sentarse. Sentía un gran respeto por el poeta inglés—. Tenéis más experiencia que yo en llevar la historia al escenario.

De alguna forma, la sonrisa de Shakespeare no llegó a hacerse evidente ante sus ojos.

—Cuando pongo palabras en boca de los romanos, puedo hacerlo sin temer que el Maestro Censor piense que mis fantasmas y sombras hablan sobre temas políticos.

Lope asintió.

—Cierto. Es uno de los usos del pasado distante —se inclinó hacia delante—. Aunque, aquí, el pasado del que hablamos no es tan distante. ¿Cómo habíais pensado representar la conquista del Rey sobre los herejes holandeses?

—Bueno, mediante su pariente, el Duque de Parma.

—Excelente —dijo Lope—. Absolutamente excelente. Al estar muerto Parma, no despertará celos desaconsejables.

Prosiguieron hasta que el apuntador solicitó la presencia de Shakespeare para arreglar algunos aspectos aquí y allá de la nueva obra que acababa de entregar a la compañía. El poeta inglés regresó minutos después con una mirada de agobio en su rostro.

—Pido vuestro perdón, maestro De Vega; pero estos entresijos tardarán un rato en resolverse. Ha ensuciado mi orgullo al descubrir que mis personajes hacen una cosa y luego otra distinta. Ahora que lo ha estropeado, tengo que arreglarlo.

—*Qué lástima* —dijo Lope en español, y luego tradujo de nuevo en inglés —*what a pity* —se puso en pie—. A mediodía, requieren de mi presencia en otro lugar. ¿Volvemos a reanudarlo mañana?

—Sería mejor que fuera pasado mañana —respondió Shakespeare.

Lope asintió.

—Hasta entonces. *Hasta luego, señor* —Shakespeare agachó la cabeza y luego se apresuró a volver. De Vega abandonó el Theatre. Hoy había venido a caballo. Uno de los ayudantes del encargado de vestuario había vigilado la bestia para asegurar que aún estuviera allí cuando saliese. Lope dio al inglés medio penique por las molestias. Por la forma en que frunció el ceño, había esperado más; pero todas las esperanzas humanas se desvanecían una y otra vez.

De vuelta a las vecindades que se agrupaban a las afueras del muro de la ciudad, Lope se sintió como un *caballero conquistador*. Pocas veces tenía esa sensación cuando iba a pie. Pero ahora miraba a los ingleses desde arriba. “Al sentirme superior literalmente, también lo siento metafóricamente”, pensó. “La mente humana es algo extraño”.

Los ingleses también lo veían como un conquistador. Eso hacía que su viaje fuera más complicado, en lugar de lo contrario. Se cruzaban en su camino y simulaban estar sordos cuando les gritaba. Abucheos y maldiciones surgían desde todas las ventanas. También le lanzaban otras cosas: piedras para que su caballo se asustara y se encabritara, y porquerías para mancharle tanto a él como a la bestia. Nunca lograba

alcanzar a ver a sus torturadores. Los que no se ponían a salvo dentro de los edificios, lo hacían entremezclándose con la multitud de Shoreditch High Street cada vez que se daba la vuelta en su silla para tratar de divisarlos.

Para cuando estuvo de vuelta en Bishopsgate, estaba sumido en un estado de furia. Uno de los soldados de infantería irlandés de la entrada, al verle tan furioso, preguntó:

—¿Queréis, señor, que rompamos algunas cabezas por vos?

—No. Dejadlo. No podréis dar con el culpable para castigarle —dijo Lope, una vez hubo descifrado el acento pronunciado del soldado a pie y muy bien armado.

—¿Y dónde está la diferencia? —preguntó con una sonrisa el irlandés. —Por Dios, señor, no valen un grano de avena. Una cabeza rota hará que la próxima vez teman atormentar a un caballero, tanto si son culpables como si no.

—Dejadlo —repitió Lope. Los soldados y mercenarios traídos desde la isla oeste buscaban cualquier excusa para atacar a los ingleses. Teniendo en cuenta lo que Inglaterra había hecho a Irlanda a lo largo de los años, tenían razones más que suficientes para buscar venganza. Pero la furia que despertaba sus atrocidades los convertían en ventaja y desventaja a la vez para los españoles y para Isabel y Alberto.

Lope entró en Londres. Aún recibió más abucheos y maldiciones. Sin embargo, dentro del muro la presencia de españoles era más común, así como la de los ingleses a favor de la causa española. Un hombre que lanzara, por ejemplo, una bola de estiércol tenía mucho más riesgo de ser visto y reconocido. Lope se tomó los abucheos con calma.

Cuando volvió al acuartelamiento, el mozo del establo cloqueó ante el estado lamentable del caballo.

—¿Y qué pasa conmigo? —dijo Lope indignado —. ¿Acaso soy una planta en una maceta?

—Podría ser, *señor* —respondió uno de ellos—. Y si así es, sois una planta bien abonada, por Dios y San Jaime. —Arrugó la nariz. Sus amigos se rieron. Si la desgracia hubiera recaído sobre otra persona, quizás también él se hubiera reído. Pero como era la suya, las risas solo le enfurecían más. Se marchó a su habitación.

Allí se encontró a su sirviente, que dormía el sueño de los inocentes y los justos.

—¡Diego! —gritó. Los ronquidos de Diego cambiaron de timbre, pero no de ritmo. ¡*Diego*! —gritó Lope. El sirviente murmuró algo vagamente apaciguador y pasó de dormir de espaldas a estar cara abajo. Lope le zarandeó como un hombre tratando de espantar las pulgas de un jubón.

Los ojos de Diego se abrieron.

—Oh, *buenos días*, señor —dijo-. ¿Se trata de un terremoto?

—Si se tratara de un terremoto te engulliría como la ballena engulló a Jonás —dijo furioso Lope—. ¿Y sabes qué? ¿Sabes qué, hijo de una puta libertina?

Su sirviente no quería responder, pero vio que no tenía más opción.

—¿Qué, *señor*? —preguntó con voz temblorosa.

—Si hubiera un terremoto, te engulliría como la ballena engulló a Jonás, ¡y ni tan siquiera te darías cuenta! —rugió Lope—. Escocia…

Eso captó la atención de Diego, como no lo había hecho nada de lo que había dicho Lope hasta ese momento.

—Escocia no, *señor*, os lo ruego —le interrumpió—. Tengo entendido que los escoceses son peores que los irlandeses. Que la sagrada Madre de Dios me dé la espalda si miento. Cocinan sangre en el estómago de una oveja y se lo cenan, y algunos dicen que es sangre humana.

—Escocia, iba a decir, es demasiado buena para ti —gruñó De Vega. Tenía la satisfacción de ver a Diego acobardarse, una satisfacción que se vio mermada cuando su sirviente bostezó en plena actitud servil—. Por Dios, Diego, si te duermes ahora, te mato en tu cama. ¿Crees que miento? ¿Quieres descubrir si miento?

—No, *señor*, lo único que quiero es… —Diego se detuvo, puso una mirada aún más triste que la que había puesto antes. No cabía duda de que había estado a punto de decir: "Lo único que quiero es volver a echarme a dormir". No era muy inteligente, pero veía que eso le podía llevar más problemas de los que ya tenía. Un lamento quejumbroso se apoderó de su voz cuando prosiguió—. Pensaba que os quedarías en ese maldito teatro durante mucho más tiempo del que habéis estado.

—¿Y? —preguntó Lope— ¿Y qué? Que no esté aquí, no significa que debas yacer aquí como un bacalao salado. ¿Por qué no estabas lustrando mis botas? ¿Por qué no estabas remendando mis camisas? ¿Por qué no estabas atento a cualquier cosa que pudiera ser provechosa para mí, como hace Enrique para el Capitán Guzmán? "¿Por qué ese piojillo presumido de Baltasar Guzmán tienen al príncipe sirviente, y yo tengo que conformarme con un burro, y un burro muerto además?"

Diego dijo algo provocativo y escandaloso sobre lo íntima que era la relación entre Enrique y el Capitán Guzmán.

—¿Cómo vas a saber tú eso? —se burló Lope—. ¿Cuándo has estado tú despierto para verlos?

—Es verdad, *señor* —respondió Diego—. Todo el mundo lo dice.

Aleccionar a su sirviente sobre el valor que tenía lo que "todo el mundo decía", a De Vega le pareció una pérdida de tiempo. Pero la pausa le sirvió para recapacitar sobre otras cosas. Si Guzmán, realmente era un *maricón*, un sodomita, podía perder su puesto. De hecho, lo perdería igual si el escándalo cayese sobre él o sobre los ocupantes españoles como grupo. ¿Y a quién beneficiaría que Baltasar Guzmán perdiera su lugar? "A mí", pensó Lope "la gente me podrá llamar muchas cosas, ¿pero sodomita? ¡Nunca!"

—No —dijo Lope, con bastante remordimiento bien disimulado—. Estoy pensando que quizás será mejor que duermas. Cuando estás despierto, tu mente deambula del orinal a la zanja para aguas residuales. Por lo que sé, el Capitán Guzmán tenía una querida hasta que discutieron hace unos meses.

—¿Y por qué debieron discutirse? —preguntó Diego—. Si hubiera...

—¡*Basta!*—dijo Lope—. No sólo es suficiente, sino demasiado. Levántate. Sal de aquí. Haz lo que se supone que tienes que hacer. Luego, una vez lo hayas hecho, lo que incluirá limpiar la ropa que llevo puesta ya que los ingleses me han lanzado a mí y a mi caballo porquerías; una vez lo hayas hecho, digo, te habrás ganado el descanso y lo disfrutarás más.

Su sirviente parecía estar cargado de dudas. De Vega supuso que tenía algo de razón. La única manera con la que podría disfrutar más de su descanso era haciendo el amor sin tener que levantarse. Diego también pensó en hacer algún comentario sobre el estado de la ropa de Lope. Nuevamente, fue lo suficientemente listo como para contenerse. Refunfuñando en voz baja, finalmente se levantó de la cama.

De Vega se sacó las botas, se despojó de sus calzones y calzas apestosas, y se desarropó del jubón sucio. Se cambió rápido; la habitación era fría. Y luego se marchó a informar al Capitán Guzmán de las nuevas del día.

—Maldito seas, Diego —murmuró en voz baja mientras se marchaba. No importaba lo que todos dijeran sobre Guzmán, si es que alguien decía algo sobre él, Lope tenía que seguir tratando con él. Eso ya era duro suficiente de por sí, y sería aún más duro si De Vega observaba a su superior por el rabillo del ojo en busca de señales que delatasen que pudiera ser sodomita.

Antes de entrar al despacho de Guzmán, se topó con Enrique. ¿O había sido Enrique el que se las había ingeniado para toparse con él? Tras los lentes de los anteojos, dos ojos abiertos de par en par por la emoción.

—Dígame, señor Teniente, ¿qué se siente al crear una obra con el *señor* Shakespeare?

—Yo no pinto nada en esa obra —dijo Lope, al tiempo que recordaba que quizás también debería vigilar por el rabillo del ojo a Enrique—. Solo tengo algo de madera que vender. Shakespeare es el carpintero. Él corta, talla y une las cosas con clavos. Creo que también lo hará muy bien.

—¿Tiene mente propia? —preguntó Enrique.

—¡*Por Dios, sí*! —exclamó Lope, y el joven e inteligente sirviente se echó a reír —. No podéis pensar que es divertido —le explicó Lope—. Vos no tenéis que trabajar con los ingleses.

—Pero desearía que así fuera —suspiró Enrique.

—¿Está vuestro maestro dentro? —preguntó Lope.

—Sí, así lo creo —dijo Enrique—. Estuvo en… casa de un amiga la pasada noche, pero antes de marcharse dijo que trataría de llegar a buena hora.

Había dicho *amiga* y no *amigo*: la amistad era del género femenino. “Tanto que dice todo el mundo”, pensó Lope.

—¿La habéis visto? —preguntó—. ¿Es bella?

—¡Así debería esperarlo, *señor*! —dijo Enrique entusiasmado—. Cara de ángel y unas tetas hasta aquí —mantuvo la mano a una distancia improbable frente a su pecho.

“Tanto que dice la gente”, pensó De Vega. Cuando entró en el despacho del joven capitán, éste parecía un gato acabado de caer en un tazón de leche. Y cuando Guzmán preguntó:

—¿Cuáles son las últimas nuevas, Teniente Primero? —no sonó como si fuera a arrancarle la cabeza a Lope si no le gustaba lo que éste respondía. Debía haber pasado una noche inolvidable.

“Quiera Dios que vuelva a enamorarme. Probablemente lo haré pronto, pero no lo estoy ahora y lo echo en falta”. Con un suspiro, De Vega resumió su encuentro con Shakespeare. También le resumió la actitud inglesa hacia los españoles solitarios a caballo.

—Fue toda una suerte que optaran por arrojarme más estiércol que piedras. Si hubiera sido de otra forma, tal vez no hubiera logrado regresar nunca.

—Me alegro de que estéis a salvo, De Vega. Sois un hombre valioso —dijo el Capitán Guzmán. Lope aún miraba perplejo, preguntándose si había oído bien, cuando su superior añadió —y me alegro de que las cosas marchen tan bien con el poeta inglés. Continuad haciendo un buen trabajo.

Lope abandonó el despacho en un estado de aturdimiento. Quizás la *amiga* de Guzmán realmente tenía la cara de ángel y unas tetas hasta “ahí”. Lope no podía imaginar qué sino podría haber hecho que el sardónico noble se comportara como un ser humano.

—¿Dónde está el maestro Martin? —preguntó Shakespeare en el vestidor del Theatre—. Me dijo que tendría listas las diferentes partes de “Trabajos de amor ganados” para llevarlas a los amanuenses y que ellos harían copias para los actores.

—Pues que tengan buena suerte —dijo Will Kemp—. No hay gallo viviente que pueda leer tus garabatos gallináceos.

El bufón exageraba, pero en parte no tanto (no lo suficiente, en todo caso, como para que Shakespeare le replicara con malos modos). Richard Burbage miró a su alrededor.

—¿Dónde está? —dijo Burbage como si Kemp no hubiera hablado—. Geoff es regular como la marea, leal como un perro de caza...

—Ah, Dick —murmuró Kemp—. Vuelves a demostrar porqué eres mucho mejor con las palabras de otro en los labios.

Ya había hecho ese agudo comentario antes. Pero por la forma en que Burbage le dirigió la mirada, todavía debía herirle. Unos pocos actores se rieron, pero no tardaron en enmudecer. Burbage no era únicamente un gran hombre poderoso, sino que su familia era la propietaria del Theatre. Había que tener valor para insultarle a la cara; “o una estupidez digna de un estúpido”, pensó Shakespeare.

—Rogad a Dios que no se haya fugado —dijo Jack Hungerford.

Eso provocó una carcajada fuerte y estridente por parte de Will Kemp.

—¡Eso, rogad a Dios! —dijo el bufón—. Se ha ido a los vendedores ambulantes con todos nuestros papeles, por los que seguramente le pagarán más de seis peniques y medio, y probablemente será rico de por vida.

Obtuvo una risotada mayor de la que había obtenido cuando se había burlado de Burbage. A Shakespeare el comentario no le había parecido gracioso.

—Puede que la pérdida de papeles no tenga importancia para ti, que no has sufrido la copia sin tu consentimiento y provecho —gruñó—. Como siempre, piensas que en esta compañía todo importa un comino excepto tú. No eres únicamente un estúpido, eres también un burro y un chucho.

—Un chucho, ¿no? —dijo Kemp—. Tu madre pertenece a mi misma generación; ¿qué es ella, si yo soy un chucho?

Shakespeare se abalanzó sobre él. Ambos consiguieron repartir algunos puñetazos antes de que los demás miembros de la compañía les separaran. Escocido por el golpe en la mejilla, Shakespeare rugió.

—Eres un maldito chucho, por tu afición a las zorras —no sabía que Kemp visitaba los burdeles más de lo que lo hacía cualquier otro hombre; pero el insulto le salió sin más, estaba demasiado furioso para preocuparse si era verdad.

Antes de que el bufón pudiera replicar algo por el estilo, alguien con una voz potente y estruendosa gritó desde la puerta del vestidor.

—¿Qué hacéis? ¿Qué hacéis por Dios? ¿Qué significa todo esto? ¿Qué significa, por todos los santos?

—¡Condestable Strawberry! —exclamó Burbage—. Buenos días, señor.

—Buenos días —respondió Walter Strawberry. Era un hombre de mediana edad y con una papada considerable que le hacía asemejarse a un bulldog, y era poco más inteligente que un perro de esa raza.

—¿Qué tal estáis? —dijo Burbage. Como el Theatre pertenecía a su familia, era él el que trataba con el condestable—. Hacía tiempo que no os veía, ¿cómo marcha todo?

—Cada día es una nueva aventura, señor —contestó el condestable.

—Sí, eso es harto conocido —el tono de Burbage era cada vez más mordaz—. ¿Qué razón os trae por aquí? —Discretamente, pagaba al condestable y a sus ayudantes para que se mantuvieran alejados del Theatre, excepto cuando los actores necesitaban ayuda.

—Primero contadme vos, ¿a qué se debe este revuelo aquí presente? ¿Por qué motivo, eh? —Apuntó a los hombres que sujetaban a Shakespeare y a los otros que agarraban a Kemp.

—Palabras, palabras y más palabras —respondió Shakespeare, mientras se liberaba—. Las buenas palabras son mejores que los malos golpes, y los golpes que Will y yo nos hemos dado eran los más débiles nunca dados. Me parece, que volvemos a ser amigos —miró en dirección al bufón.

Kemp también había conseguido soltarse.

—La mayoría de amistades son fingidas y la mayoría de amores, disparates —dijo. Shakespeare se puso tenso. Con una sonrisa desagradable, Kemp añadió —pero no así la nuestra. —Se acercó a Shakespeare y le estampó un beso largo y húmedo en la mejilla, mientras le susurraba —imbécil, abominable, desvariado, enjuto.

Su actuación no hubiera convencido a muchos; pero para el condestable Strawberry fue suficiente.

—Bien, bien —retumbó su voz—. Ánimos altos, ánimos animales, ¿no es así?

—¿Qué os trae por aquí? —repitió Richard Burbage, a la vez que Shakespeare y Kemp, ambos impulsados por los instintos animales, se decían de boquilla, estúpido, mutuamente.

—¿Que qué me trae por aquí? —repitió el condestable, como si él mismo lo hubiera olvidado. Tosió solemnemente y prosiguió—. ¿Conocéis a cierto individuo llamado Geoffrey Martin?

—Así es —respondió Burbage.

—Por Dios, nunca hubo nacido un individuo más cierto —dijo Will Kemp; Strawberry ignoró ese comentario, lo que, seguramente, significaba que no lo había entendido.

—¿Qué os trae por aquí? —volvió a preguntar Burbage por tercera vez—. ¿Le ha sucedido algo malo?

—¿Malo? ¿Malo? —dijo Walter Strawberry—. Podría decirse así. Si consideráis asesinato como algo malo, entonces sí podría considerarse así.

—¿Asesinato? —La atroz palabra fue repetida por la mitad de la compañía, entre ellos Shakespeare. Las voces se llenaron de horror y asombro. Shakespeare se quedó con el horror. Se dio cuenta de que no le había sorprendido, y deseó al cielo que fuera así.

—Asesinato, sí, el asesinato más vil —respondió el Condestable Strawberry—. El maestro Martin fue hallado cerca de una taberna, con una puñalada sobre un ojo, el diestro, cuya herida le provocó la pérdida de su ser. Asesinato, que debe ser demostrado.

—¿Quién podría cometer semejante atrocidad? —preguntó Burbage. Nuevamente, Shakespeare lo sabía, o creía saberlo, demasiado bien. Ingram había parecido el tipo de persona que es hábil con un cuchillo.

—Maestro Burbage, señor, no lo sé. En este mismo momento, no lo sé —dijo el condestable gravemente—. A vuestra merced dejo, a la de todos, que me digáis si tenía algún tipo de enemigos, de adversarios, de rivales, de oponentes, y otros tipos de personas que no le desearan ningún bien. Nunca había visto a ese hombre hasta que vi su cuerpo inerte, así que, con algo de suerte, le conoceréis mejor que yo.

Tras Shakespeare, alguien murmuró.

—*Vere legitur, lex asinus est*.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Strawberry con dureza—. ¿Qué ha sido eso? Si sabéis algo del caso, ¡hablad! Los que no sepáis nada, silencio sepulcral, de la misma

manera en que guarda silencio el maestro Martin en su sepulcro. Si no sabéis nada al respecto, que no salga nada de vuestras bocas.

—De verdad, sois toda una revelación para nosotros —dijo Will Kemp.

—¿Sabe alguien de los aquí presentes cuál podría haber sido la principal razón por la que el mencionado maestro Geoffrey Martin haya sido condenado a polvo antes de hora? —preguntó el condestable.

Shakespeare sintió la mirada de Richard Burbage sobre él. La aflicción le pasó por encima. “No esperaba llegar hasta este punto”, sonaba en su cabeza una y otra vez como si fuera una enorme campana de hierro. “Por Dios, de verdad que no lo esperaba”. Pero había llegado a ese punto, tanto si lo esperaba como si no. Ni tan siquiera podía sentirse sorprendido. Si no hubiera cometido traición, o lo que Isabel y Alberto y sus seguidores españoles consideraban traición, nadie habría matado al pobre Geoff Martin. “Y traición y asesinato siempre van de la mano, como dos demonios que han jurado cumplir con el propósito del otro”.

Walter Strawberry pasaba la mirada de un actor a otro, buscaba en los rostros de los hombres y los chicos, haciendo que éstos buscaran en sus conciencias. Shakespeare nunca había visto el vestidor tan silencioso.

No rompió el silencio. Tampoco lo hizo Burbage.

—Bien —dijo el condestable—. Bien, bien, y bien y, sin embargo, no tan bien. Un hombre ha sido asesinado. Su sangre clama venganza. Solo esperaba afectuosamente que hicierais el camino más sencillo.

—Afectuosamente, dice —dijo alguien en un susurro penetrante.

Strawberry miró fijamente, pero no logró divisar al bellaco. Tosió y se repitió para sí mismo.

—Afectuosamente esperaba que hicierais el camino más fácil, pero si no puede ser, pues nada. Quienquiera que sea el miserable que le haya segado la vida, pienso encontrarle. Y lo que me propongo, lo consigo. Que pasen una buena mañana —giró sobre los talones y se marchó pesadamente.

El silencio cuajado se mantuvo durante un minuto o dos más, hasta que los actores estuvieron seguros de que el condestable se encontraba fuera del alcance de sus voces. Luego, todos empezaron a hablar prácticamente a una. Casi todos: Shakespeare se mantuvo apartado, escuchaba sin mediar palabra. Una conjetura seguía a la otra: ¿Asaltantes? ¿Un marido furioso? ¿Un acreedor? ¿Un deudor?

—Diría que ha sido obra de nuestro preciado poeta —instó Kemp—, ya que el maestro Geoffrey siempre le estaba cambiando sus preciosos versos.

Eso llevó a Shakespeare a hablar.

—Si yo matara por semejantes razones, haría años que estarías muerto, y con más razón que nuestro pobre apuntador.

—Ah, pero yo te sirvo mejor —dijo el bufón con petulancia.

—¡Es suficiente! —El bramido de Richard Burbage inundó la habitación, lo que hizo sumir a todos en un nuevo silencio momentáneo. Primero apuntó a Kemp, luego

a Shakespeare—. ¡Por Dios, es demasiado! Parad ya, si no discutid conmigo.

Shakespeare asintió. Tras un instante, también lo hizo Will Kemp. Shakespeare se preguntó cuánto duraría la tregua. Por lo que conocía al bufón, no mucho. Y, por supuesto, Burbage también podía lanzar paja al fuego. “Como también puedes hacer tú”, se recordó Shakespeare.

Ya más sosegado, Burbage prosiguió.

—Necesitamos a un nuevo hombre que se encargue de las funciones de guardar los libros y de apuntador cuanto antes; ya que sin él pareceremos auténticos estúpidos. ¿Conocéis algún hombre libre capaz de hacerlo?

Nadie respondió. Finalmente, Jack Hungerford habló.

—Ya miraré. Los actores, ya se sabe, los actores van y vienen; pero los que no pisamos los escenarios somos más propensos a buscar un lugar y quedarnos en él.

—Encontraremos a alguien —dijo Burbage con el tono de un hombre que trata de sonar seguro—. Pero, mientras tanto, todos debemos cuidar de nuestras espaldas. Cualquiera de nosotros puede despistarse algún día. Si un actor olvida su parte y está perdido, no dejéis que caiga en plena desgracia. Susurradle, ofrecedle las palabras que busca. Todo seguirá adelante y de la mejor forma posible.

—Hasta que tengamos a nuestro nuevo hombre —dijo Hungerford— sería mejor representar obras que ya hayamos hecho anteriormente y a menudo, para que con la familiaridad no sintamos tanto la falta.

Burbage asintió al encargado de vestuario.

—Bien dicho —escudriñó a Hungerford de modo especulativo—. Hasta que pasen estas necesidades, podríais, Jack, encargaros de algunas de las funciones que llevaba a cabo el maestro Martin, y vuestros ayudantes que asuman vuestro lugar con los trajes y demás.

Hungerford no parecía feliz.

—Apenas sería un aprendiz en ese oficio, y mis aprendices son apenas menos que unos aprendices para mí. Eso nos haría más débiles a todos de lo que ya somos.

—Más débiles en estructura, sí; pero sin el arriendo de estas prendas nuestra compañía sufriría de otro modo —dijo Burbage—. Y sólo por un espacio breve de tiempo, hasta que encontremos al hombre que pueda reemplazar al pobre Geoffrey.

Normalmente, Burbage retumbaba como Júpiter, intimidando, y empujando a la compañía hacia el camino que él quería tomar, por las buenas o por las malas. Pero esta vez, rugió suave como un pichoncito, tratando de camelarle para que hiciera lo que él quería. En realidad, Jack Hungerford necesitaba poco camelo.

—Lo haré —dijo—, pero solo durante un breve periodo de tiempo.

—Os lo agradezco —dijo Burbage y le hizo una reverencia. El encargado de vestuario emitió una risa ahogada de placer avergonzado.

—Os lo agradezco —repitió Shakespeare, moviendo los labios sin emitir sonido alguno. Si Hungerford se hubiera mantenido testarudo con su negativa, probablemente el ojo de Burbage hubiera recaído en él como segunda opción. ¿Quién

mejor para llevar a cabo la tarea de apuntador provisional que el hombre que había escrito, en primera instancia, muchas de las obras y del que se esperaba razonablemente que, por ello, supiera las frases de todos?

“Y no dispongo de tiempo para hacerlo”, pensó desesperado. Dos obras restaban por escribir, y aún no había una sola palabra de ninguna de las dos sobre papel… y además, también debía actuar. Quería llorar. Quería gritar. Quería encerrarse en una habitación con la única compañía de sus libros y no hacer más que poner palabras sobre papel. No podía hacer nada de lo que deseaba.

La representación de la tarde discurrió sin deshonras por parte de los actores. Cuando, más tarde, Shakespeare abandonó el Theatre, Richard Burbage fue tras él. Sus hombros se hundieron en un suspiro silencioso; pero no estaba verdaderamente sorprendido.

—Es lamentable por la familia del pobre Martin —dijo— acababa de tener una nueva criatura, creo, de la mujer con la que se casó después de que su primera mujer falleciera en el incendio que le dejó todas esas marcas.

—Entonces, es aún más lamentable —Shakespeare recorrió penosamente Shoreditch High Street hacia la mugrienta y atestada Londres: de camino a casa.

Burbage le siguió zancada a zancada. Tras un rato, dijo:

—Will… —Shakespeare no contestó. Siguió su camino. —Will…

—¿Qué quieres? —dijo bruscamente Shakespeare—. ¿Estás seguro de que quieres saberlo? —Esta vez fue Burbage el que no dijo nada. Solo esperó. Tras un momento, Shakespeare se dio cuenta de lo que estaba esperando—. Que Dios me juzgue, Dick, no planeé su muerte.

—No pensaba lo contrario. No tienes sangre asesina; sino, como has dicho, haría tiempo que Will Kemp criaría malvas —pero la sonrisa de Burbage desapareció rápidamente de sus carnosos labios —. Que no lo hayas planeado, es cosa que creo con todo mi corazón. Que te haya apenado, también lo creo. Que te haya sorprendido, como nos ha sorprendido a nosotros... —negó con la cabeza—. No.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Shakespeare.

—Porque comentaste que el papismo de Martin era hiriente... para cierto asunto —respondió Burbage—. ¿Fue Enrique II el que gritó: “¿Quién me librará de este cura turbulento?” ¡Y he ahí! Becket apareció muerto.

Shakespeare sonrió preocupado. Ese disparo se había acercado demasiado al centro del objetivo. En un intento de alejar a Burbage de la verdad que había descubierto, el poeta le contestó:

—Es traición o insensatez, o ambas cosas, poner en mi lugar el nombre de un rey.

Pero Burbage no era tan fácil de distraer.

—¿Y si vuelvo a contratar un apuntador papista, también él acabará en la acequia al día siguiente?

—No lo sé —dijo Shakespeare.

—¿Qué crees? —persistió el actor.

—Creo… creo que una gran nave está a punto de hacerse a la mar. Afortunadamente, no soy más que una pequeña vela. Si el viento sopla contaminado, me dejará hecho jirones, y me bajarán en un abrir y cerrar de ojos y alzarán otra en mi lugar... y la nave seguirá navegando como antes. ¿Te das por contestado, Dick?

—Me doy por contestado —dijo Burbage rotundo—. Ya me informaré de la opinión que les merece Roma de aquellos con los que hablo.

—¡No grites! ¡No grites! —le advirtió Shakespeare—. Si se preguntan a qué se deben semejantes preguntas, será mejor que nunca hayas preguntado.

—Me tomas por estúpido —dijo Burbage—. Aquí está la otra criatura racional.

—Eh —protestó Shakespeare—. Otro que lo único que hace es bromear.

—Ahora no estamos sobre el escenario, Will.

—¿Eso crees? —Shakespeare negó con la cabeza —hasta que este... asunto no siga adelante, si es que sigue adelante, somos actores en cualquier lugar, siempre tenemos que ser actores. Olvidarlo está bajo tu responsabilidad.

Burbage lo rumió durante unos pasos. Por el gesto amargo que puso, no le gustaba el sabor de aquello. Apuntó hacia delante.

—Ahí está Bishopsgate —se adelantó solo, mientras escupía palabras por encima del hombro—. Si tienes razón al respecto, es mejor que no me vean contigo.

Eso le dolió. Le habría dolido más si Shakespeare no hubiera estado convencido de que estaba en lo cierto, lo cual hacía que Burbage hiciera bien en rehuir su compañía. El actor atravesó la entrada y desapareció. Shakespeare siguió más despacio. Se sentía como si debiera hacer sonar la campana como un leproso, para alertar de su presencia. El contacto con él podía ser tan mortal como el de con cualquier leproso. Eso lo sabía demasiado bien.

Y luego, cuando tan sólo se encontraba a unas casas de donde él ocupaba una habitación, algo más se le ocurrió. Geoffrey Martin había demostrado ser una molestia para aquellos que habían elaborado esta conspiración. Había demostrado ser una molestia y le habían apartado con la misma indiferencia que una pulga en un jubón. “¿Y si me convierto en una molestia?” Shakespeare sintió un escalofrío. “Pero Lord Burghley me consideró su poderoso brazo derecho”. El poeta volvió a sentir un escalofrío. Esa fría tarde mucha gente en la calle temblaba, de manera que pasaba desapercibido. “Si me convierto en una molestia, me apartarán con la misma facilidad que hicieron con el pobre Geoff Martin”.

El Capitán Baltasar Guzmán sostuvo una hoja de papel frente a Lope de Vega.

—Nos han ordenado prestar especial atención, Teniente Primero, a cualquiera que profane la Cuaresma por comer alimentos prohibidos durante estos cuarenta días.

—Nos ordenan hacer todo tipo de estupideces —respondió Lope—. Esto es aún más estúpido que el resto. Los ingleses, por lo que he podido comprobar durante todo el tiempo que llevo aquí, incumplen las leyes con la misma asiduidad que las acatan.

—Exageraba, pero tampoco demasiado. Allí se comía una cantidad sorprendente de carne en las semanas previas a Pascua.

Guzmán agitó la hoja.

—Pero este —dijo con petulancia— es un año especial.

—¿Qué tiene de especial? —preguntó De Vega, a sabiendas de que eso era lo que se suponía que debía hacer—. Sé que su Santidad ha declarado que 1600 sea un año de jubileo. ¿Pero 1598? —Se encogió de hombros—. A mí me parece un año igual que los demás.

—No es así —su superior volvió a agitar el papel. Lope empezaba a cansarse de verlo sin poder leerlo. Guzmán prosiguió—. Este año, el Miércoles de Ceniza, cae el cuatro de febrero y Pascua el veintidós de marzo.

—Temprano —remarcó Lope—. ¿Es eso suficiente para hacerlo especial?

—De hecho, sí —respondió Guzmán—. Según dice aquí, es lo más temprano que puede caer Pascua —Volvió a agitar el maldito papel una vez más—. Por supuesto, el veintidós de marzo según el calendario que el Papa Gregorio instauró hace quince años.

—Sí, diez días antes que el viejo calendario, el cual aún adoran los herejes —Lope asintió—. Pero Pascua no es como Navidad, no tenemos un día nosotros y ellos otro.

—Ah, pero este año, sí —dijo el Capitán Guzmán—. Según su calendario, lo que denominamos la luna llena pascual cae antes del equinoccio vernal. Así que para ellos Pascua cae el domingo después de la luna llena; veintiséis de abril según nuestro cálculo, el dieciséis según el suyo. ¿Lo entendéis ahora?

Transcurrido un instante, De Vega asintió.

—Creo que sí. Si su Pascua es más tarde, entonces su Cuaresma empezará también más tarde, y...

—Y no considerarán pecado comer carne durante la primera parte de nuestra Cuaresma —terminó la frase Guzmán—. Deben mantener el ayuno un mes más para no pecar y mantenerse a salvo, o...

Esta vez fue Lope el que le interrumpió.

—O romperán la ley de Dios y el ayuno. Ahora lo veo, su Excelencia. Tenéis razón, este es un año especial —no le gustaría tener que mantener el ayuno de Cuaresma durante más de dos meses, y dudaba que los testarudos ingleses protestantes opinaran lo contrario.

Baltasar Guzmán asintió.

—Podremos descubrir a muchos herejes que llevan ocultándose de nosotros desde que la Armada desembarcó. Cuanto antes acabemos con esos últimos resquicios, antes tendremos paz en el reino.

—Paz —Lope suspiró—. Parece uno de esos espejismos que engañan a los viajeros perdidos en el desierto. Sigues el espejismo y lo que parece agua se desvanece ante ti. Si tuviéramos paz aquí, quizás algún día podría regresar a España.

Me pregunto si reconocería Madrid. Después de tanto tiempo aquí, seguro que pensaría que es bestialmente calurosa.

—Aunque, una cosa es cierta —dijo el Capitán Guzmán—. Mientras siga habiendo protestantes en Inglaterra, no habrá paz. Este reino debe abrazar la santa fe católica. Algún día, todo el mundo profesará la santa fe católica. Entonces, será cuando verdaderamente llegará la paz —se santiguó. En sus ojos resplandecía el sueño de un cruzado.

—Sí —De Vega también se santiguó. Pero entonces, imprudentemente, dijo —hemos luchado contra los portugueses y los franceses, y ellos también son católicos, en cierto modo.

Guzmán ignoró ese comentario.

—Cuando el mundo entero sea católico, habrá paz —declaró, como si tratara de retar a Lope a que discutiera con él. Lope no lo hizo. Quizás no era tan apasionado en su creencia como Guzmán; pero también lo creía así.

—¿Algún asunto más, Excelencia? —preguntó.

Para su sorpresa y decepción, Guzmán asintió.

—Sí. ¿Qué hay del asesinato de, eh, Geoffrey Martin? —Tuvo gran dificultad para pronunciar el nombre cristiano del fallecido.

—Supongo que se trató de un robo —respondió Lope encogiéndose de hombros—. He oído que su bolsa estaba vacía cuando los condestables encontraron su cadáver.

—Quizás fue un robo, pero ¿qué más? —insistió su superior—. Era un buen católico y ahora está muerto. Nos podría haber aportado mucha información.

—¿Le había dicho algo a alguien? —preguntó Lope—. Si alguien lo hizo, no tengo constancia de ello.

—Yo tampoco —dijo Guzmán—. Pero eso no tiene porqué ser significativo. Podría haber hablado con la Inquisición inglesa sin que ninguno de nosotros se enterara. Los inquisidores siempre mantienen sus cartas bien cerca del pecho... a veces, demasiado cerca para jugarlas, en mi opinión; pero no creo que estén ansiosos por escucharla.

—El hecho de perder al apuntador es un golpe duro para la compañía —dijo Lope—. Deberán reemplazarle lo más rápido posible.

—Podría ser interesante ver por quién le reemplazan —el Capitán Guzmán miró a De Vega—. Si Shakespeare es tan inocente como decís, la verdad es que pasan cosas muy extrañas a su alrededor.

—Si creéis que Shakespeare es un asaltador de caminos, su Excelencia, demostráis que no conocéis en absoluto a ese hombre —contestó De Vega.

—Eso no es lo que he dicho, Teniente Primero —dijo Guzmán, con una frialdad distinta en su voz—. Por favor, pensad en lo que he dicho. Retiraos.

Para demostrar que quería que se retirara, se superior agachó la cabeza sobre sus papeles mientras él seguía en el despacho.

Con la sangre hirviendo, Lope hizo un saludo a Guzmán cuya perfección era un acto de burla.

—Que tengáis un buen día, Excelencia —gruñó dulcemente. Su media vuelta podría haber sido casi un baile. Ni cerró la puerta de Guzmán de un portazo ni la cerró suavemente, como había hecho Enrique. En lugar de ello, la dejó abierta. El suspiro exasperado del capitán y el chirriar de la silla sobre el suelo de madera mientras la retiraba para levantarse a cerrar la puerta él mismo fueron música para los oídos de De Vega.

No sentía más que agradecimiento por poder escapar del acuartelamiento, agradecimiento y frío, ya que los copos de nieve revoloteaban por el viento del noroeste. “Es enero. Puede que también esté nevando en Madrid”, se dijo a sí mismo. Era verdad. Sabía que era verdad. Pero no ayudó. Cuando pensaba en Madrid, se imaginaba un lugar donde florecían las vides y los olivares. Trató de imaginarse las vides y los olivares floreciendo en Londres, y se rió para sus adentros. Ni tan siquiera la imaginación de un poeta alcanzaba llegar tan lejos.

En la calle fuera del acuartelamiento, un soldado español y una inglesa flaca cerraban un trato. El soldado le dio una moneda. Ella se lo llevó. Al poco rato, se sentiría aliviado. Lope no supo si sentir envidia o lástima por el hombre al ver que le satisfacían tan fácilmente.

—Antes me haría monje que comprar una falsificación desagradable de amor —farfulló. Eso no significaba que le gustara vivir como un monje. Aunque lo hacía desde que sus dos amantes fueran tan poco consideradas de toparse a la salida de la plaza de los osos en Southwark. “Adiós, Nell. Hasta la vista, Martha. Ya empieza a ser hora de que encuentre alguna mujer nueva”.

No sería en el acuartelamiento. Eso lo sabía. Los soldados españoles asentados allí atraían a las mozas como un imán al metal. De Vega no quería mujeres de fácil virtud. Quería mujeres que se enamoraran de él, y a las que él también pudiera amar… durante un tiempo.

Deambuló por la orilla del Támesis, pasó la iglesia de St. Lawrence Poultney en Candlewick Street. No lejos de la iglesia, una mujer con una cesta de mimbre gritaba:

—¡Buccinos y mejillones! ¡Berberechos y almejas! Frescos del día. ¡Buccinos y mejillones!...

Quizás eran frescos del día, o quizás no. Con este tiempo, hasta el marisco se conservaba bien durante un tiempo, una de las pocas virtudes que podía verle Lope al clima. Observó a la mujer que vendía el marisco. Era unos años más joven que él, envuelta en una capa de lana que habría tirado a la basura dos años atrás si se hubiera podido permitir reemplazarla. La mirada preocupada en su rostro reflejaba lo dura que puede ser la vida.

—¿Buccinos o mejillones, señor? —le dijo al sentir la mirada sobre ella—. ¿Almejas? ¿Berberechos? Buenos para la comida, buenos para la cena, buenos para la sopa, buenos para el estofado —cantó la cancioncilla de forma desesperada.

—Creo que berberechos —respondió Lope—, aunque estaría encantado de comprar lo que fuera a tan dulce criatura.

Su suspiro cansado lanzó un espiral de niebla.

—Eso no está en venta —dijo, con una voz fuerte y rotunda.

—¡Dios me guarde de haber querido decir eso! —exclamó; aunque sí lo había hecho, para ponerla a prueba. Se quitó el sombrero, hizo una reverencia, y le dijo su nombre, luego le ofreció su sonrisa más abierta y simpática y le preguntó cómo se llamaba.

—No debería decíroslo —dijo.

—¿Y por qué no? —fingió indignación—. ¿Qué podría hacer con él? ¿Brujería contra vos? Entonces me quemarían en la hoguera, nada menos que lo que merecería. No, querida dama, solo lo quiero para poder escribirlo en las jambas de la puerta de este mío corazón. ¿Mi corazón? —No podía recordar cuál era la forma correcta.

La muchacha con la cesta de mimbre no le ayudó. Aunque, por un instante, una diminuta sonrisa alzó los bordes de su boca.

—¿Os gustan las payasadas, no es así? —dijo.

—No sé de qué me habláis —dijo Lope, mientras ponía una graciosa expresión cómica.

Esa sonrisa era como una cosita tímida y salvaje a la que hay que engatusar para evitar que se esconda. Se sintió recompensado cuando la vio.

—Me llamo Lucy Watkins, señor —le dijo.

—¡Mi dama! —Lope volvió a hacerle una reverencia. No era su dama. Quizás nunca lo sería. Pero pretendió que lo fuera.

VI

El humo de la chimenea, el humo de las llamas bajo el capón asándose, y el humo de media docena de pipas de tabaco llenaban el Boar's Head en East Cheap. A Shakespeare, los ojos le escocían y lagrimeaban.

—¿Cuál es la utilidad del tabaco? —preguntó al actor que estaba junto a él, el cual llevaba ya un tiempo bebiendo vino con una resuelta dedicación—. ¿Qué placer siente el que fuma, aparte del placer de prender fuego a la propia cartera? —Los utensilios para fumar eran, además, endemoniadamente caros.

El actor parpadeó con la solemnidad digna de un búho.

—Pues para pasar el rato, por supuesto —respondió. Tras un suave eructo, volvió a meter la nariz en la jarra de vino.

—No es suficiente —murmuró Shakespeare.

—No le hagas caso —dijo Christopher Marlowe desde el otro lado de la mesa. Marlowe tenía una pipa. Hizo una pausa para aspirar de ella; luego, exhaló un aro de humo perfecto. Shakespeare se quedó perplejo. Nunca había visto eso antes, casi respondía a su pregunta. Sonriente por la expresión atónita, Marlowe prosiguió—. Tan sólo reacciona a los estímulos físicos, como un burro.

—¿Es eso así? —dijo el actor—. Bueno, señor, pues podéis besarme el culo.

Marlowe se levantó de la silla con un movimiento suave.

—Lo haré con mucho gusto —dio la vuelta a la mesa, besó al tipo en la boca y regresó a su sitio. El actor borracho se quedó boquiabierto y luego, ya demasiado tarde, le maldijo y se limpió la boca con la manga de su jubón. Las carcajadas sonoras y escandalosas llenaron el Boar's Head. En este revuelo, Marlowe asintió a Shakespeare—. ¿Decías, Will?

—¿Qué bien hace el tabaco? —preguntó Shakespeare.

—¿Que qué bien hace? —Ahora era Marlowe el que restaba perplejo—. Bueno, deja que Aristóteles y todos tus filósofos digan lo que quieran; pero no hay nada que pueda compararse al tabaco. ¿Al menos lo has probado?

—Así es, hace cuatro o cinco años. Pagué un chelín por esa maldita pipa de arcilla, y dos chelines más por la mala hierba nociva para cargarla, y fumé y fumé hasta que podría haber pasado por una chimenea. Y…

—¿Y? —repitió Marlowe

—Y hasta que vomité la buena cena de tres peniques que me había tomado no mucho antes. Tan asombroso como quieras, pero no podía ni poner los pies juntos. Y desde entonces, no he vuelto a tocar el tabaco, ni quiero.

—¿Te gustó el puerro la primera vez que lo probaste? ¿O el sabor amargo de la cerveza?

—Mejor que esa planta horrible de clima desconocido —Shakespeare se estremeció ante el recuerdo de cómo sus tripas se habían hecho un nudo.

—A fe mía, debía estar buscando a un idiota cuando te encontré —dijo Marlowe

—. Tienes tanto cerebro como cera en las orejas; en verdad, habrá poco que ver morir el día que te ahorquen —miró con malicia a Shakespeare—. ¿Quién sabe qué día será, eh, cariño?

—Desaparece —gruñó Shakespeare. Marlowe no se quedaría callado—. Más conversación contigo acabaría por infectarme el cerebro. Alargas mejor el hilo de tu verbosidad que el estilo de tu argumento, desgraciado hideputa mal agestado.

—Buen tiro, Will —gritó Thomas Dekker. El joven poeta gritaba de júbilo y aplaudía. La compañía de Lord Westmorland había puesto en escena su primera obra hacía tan sólo unas semanas. Alzó la jarra de vino a modo de brindis—. ¡Recarga y dispara otra vez! —Apuró el contenido de la jarra y la estampó en la mesa.

Shakespeare llamó a una sirvienta y le señaló a Dekker. Cuando ésta volvió a llenarle la jarra al jovencito, Shakespeare se la pagó. Dekker siempre iba corto de fondos; hasta que la compañía de Shakespeare compró su comedia, había estado a un paso de la cárcel por deudor; y en ese momento, según los rumores, volvía a estarlo.

Marlowe emitió un sonido de reproche.

—¿Comprar la claqué? Tengo que reconocer que es indigno de ti. El diablo no te condenará, por si el aceite que hay en ti hiciera arder el infierno —vació su jarra, y le dio a la sirvienta medio penique para que la rellenara de nuevo—. Yo pago lo mío —declaró, y volvió a echar un trago.

—Estoy seguro de ello, Kit, aunque deberías saber lo que es la abstinencia, la desconoces —respondió dulcemente Shakespeare.

—¿Yo? ¿Yo? —La indignación de Marlowe era convincente. Lo que no sabía Shakespeare, era si también era sincera—. ¿Y que hay de ti, eh? Sé muy bien acerca de tu forma de desmarcar la verdadera causa por la dirección incorrecta.

Al igual que Shakespeare contaba con Dekker, Marlowe también disponía de un partidario a su favor: un joven actor de unos catorce años, tan bello como algunas de las damas a las que había interpretado. Se reía y golpeaba la mesa con el puño. Marlowe le pagó otra ronda de lo que fuera que bebía. Cerveza. Shakespeare lo vio cuando la sirvienta volvió a llenarle la jarra. Ya había bebido bastante; un color intenso le coloreaba las mejillas, como si fuera a enfermar de fiebre.

Marlowe exhaló otro aro de humo; luego pasó la pipa al muchacho, que consiguió dar algunas bocanadas torpes antes de empezar a toser lastimosamente y ponerse más colorado de lo que ya estaba. Marlowe volvió a coger la pipa. Besó la boquilla donde antes habían estado los labios del chico, luego volvió a metérsela en la boca.

Había un hombre alto, delgado y pálido que llevaba un suntuoso jubón de seda acuchillada observándolo todo. Jugaba con la lengua sobre los labios sonrojados mientras observaba a Marlowe y al muchacho.

—¿Quién es ese? —preguntó Shakespeare a Dekker. Le señaló—. Le he visto otras veces; pero no recuerdo su nombre.

—Es Anthony Bacon —le contestó el otro poeta—. Siente cierta… admiración por los muchachos imberbes —se rió y volvió a echar un trago. Shakespeare asintió.

No solo había visto a Bacon, había visitado la casa que Anthony compartía con su hermano, Francis, para reunirse con Sir William Cecil. De repente, se preguntó qué sabía Anthony de la conspiración. Tanto si se lo preguntaba como si no, no tenía intención de descubrirlo.

Marlowe y Shakespeare no eran los únicos poetas, actores y otra gente relacionada con el mundo del teatro que se batían en duelo de palabras en el Boar's Head. Will Kemp se había enzarzado con George Rowley, un actor célebre por su lento pensar y su balbuceo cuando se enfurecía. Mientras Rowley trataba de meditar alguna réplica tajante (parecía cada vez más infeliz al ver que no se le ocurría nada), Kemp aprovechó para hacerle una reverencia burlona y cantar en voz alta:

—Mirad, está dándole cuerda al reloj de su ingenio; con el tiempo sonará.

—Yo si que te, te, te, te, te voy a… ¡Imbécil! —gritó Rowley entre una carcajada generalizada, que sólo se acentuó por su pésima réplica.

—¿Merece su cabeza un sombrero? ¿O su barbilla una barba? —vociferaba Kemp a la multitud, la cual le respondía al grito de "¡No!" que penetraba en el humo y rebotaba en las robustas vigas de roble del techo. George Rowley se levantó del banco y trató de asestarle un golpe, pero los otros actores lo evitaron.

Marlowe sonreía a Shakespeare desde el otro lado de la mesa.

—Ah, el Boar's Head —dijo afectuosamente—. ¡Cuántas cosas hemos visto y hecho en el Boar's Head! Hemos oído palabras tan ingeniosas, tan plenas de sutiles llamas…

Shakespeare le interrumpió.

—Como si todas las personas de las que proceden… —Hizo una pausa para reflexionar, y prosiguió—. Hubieran tenido la intención de poner todo ese ingenio en una broma, y hubiesen decidido vivir como estúpidos el resto de su vida aburrida.

—No ha estado mal, Will —dijo Marlowe—. No, no ha estado mal, y lo mejor ha sido la rima interna… ¿Ya te lo habías propuesto cuando has empezado a hablar?

—Si digo que sí, me llamarás mentiroso; y si digo que no, me dirás que soy un mameluco con suerte —respondió Shakespeare. El otro poeta le devolvió una sonrisa, sin inmutarse. Shakespeare se puso reflexivo—. ¿Crees que eres el que tiene mayor capacidad para crear diálogos?

Marlowe se inclinó hacia delante.

—¡Una idea con gran mérito! Podría llevar la simple prosa triste a la flexibilidad del verso blanco.

Dieron más vueltas a la idea, prácticamente aislados del jaleo a su alrededor, hasta que el atractivo muchacho junto a Marlowe, indignado por ser ignorado de aquella manera, se levantó. Shakespeare se preguntó si Marlowe se daría cuenta de eso. Vio que Anthony Bacon sí se había percatado. A pesar de la atracción hacia la versificación, la atracción hacia el muchacho demostró ser más fuerte para Marlowe. Habló tranquilizadoramente. Cuando eso no obtuvo el efecto deseado, cargó su pipa con tabaco, la encendió con una astilla encendida con una vela cercana y se la ofreció

al muchacho. El muchacho dio una calada, puso un gesto horrible y tosió como en la fase final de algún paciente con tisis fatal. Shakespeare sintió compasión por él.

A pesar de la compasión de Shakespeare, el muchacho y Marlowe abandonaron juntos el Boar's Head. El brazo de Marlowe rodeaba la cintura del chico; la cabeza del joven recostada sobre el hombro. Bacon les observaba ávidamente. Cualquiera que les observara supondría que eran pareja. De la misma manera que lo suponía Shakespeare. Pero Marlowe no podía esconder (de hecho, se sentía orgulloso de no esconderlo) sus deseos. La Inquisición inglesa podría quemarlo en la hoguera por sodomita. Las autoridades seculares, si lo descubrían, tan sólo lo colgarían.

Quizás la charla con Marlowe era lo que necesitaba para poner en funcionamiento su ingenio. Esa noche, en la taberna, empezó a trabajar en la obra que le había encargado Lord Burghley. Deseaba que fuera tan rica como los Bacon, o como el propio Burghley. Cometer traición ya era suficientemente malo. Pero cometerla en público...

Puso una mano sobre sus papeles cada vez que Kate, la sirvienta, se acercaba. A ella, más que ofenderle, le pareció gracioso.

—No os robaré las palabras —dijo—. ¿Cómo podría, si ni tan siquiera sé leer?

Ya había mencionado en otra ocasión que en lugar de poner su nombre debía firmar con una cruz. Shakespeare se relajó, aunque muy ligeramente. Cada vez que alguien que no fuera Kate se acercaba a la mesa donde escribía, cubría el manuscrito. Eso, por supuesto, requería más atención de la que hubiera necesitado si hubiera proseguido su escritura. Un ciudadano rollizo de la zona miró la hoja que tenía delante y sacudió la cabeza.

—No tenéis nada que temer, señor. Ni Dios, ni el Diablo podrían descifrar vuestra letra.

Geoffrey Martin solía manifestar quejas similares. Pero el pobre Martin había sido el encargado de guardar los libros con las obras de la compañía; no era de extrañar que tuviera una mala opinión de la letra de un simple poeta. Oír a alguien con valores menos exigentes desdeñar la escritura de Shakespeare era curiosamente tranquilizador.

Tras un rato, Shakespeare era el único cliente que quedaba en la taberna. Su pluma se movía con tanta velocidad por el papel que la tinta apenas tenía tiempo de secarse antes de que su mano la emborronara al escribir la siguiente línea. Se sobresaltó cuando Kate le dijo que casi era el toque de queda.

—¿Tan pronto?

—¿Pronto? —sacudió la cabeza—. Lleváis sentado aquí escribiendo desde que habéis acabado de cenar, sin apenas mover más que la mano derecha. Mirad, dos hojas repletas. Nunca os había visto escribir tan rápido.

Poco a poco, Shakespeare avanzó en el tiempo un milenio y medio, desde la época de los audaces bretones enfurecidos y de los romanos altaneros, al Londres del año 1598 de nuestro Señor.

—¿He escrito dos hojas? Dios Santo, lo he hecho —silbó asombrado. No recordaba la última vez que había hecho tanto en una sola noche. Ni tan siquiera cuando estaba a punto de finalizar “Trabajos de amor ganados” su pluma voló tan ligera.

—¿Entonces, se trata de algo nuevo? —preguntó ella.

—Sí —asintió. Eso podía afirmarlo con seguridad. Y podía mostrarle sin miedo el manuscrito, ya que como le había recordado antes esa noche no sabía leer. Y… de repente, ya no tuvo más ganas de pensar en la obra—. ¿Puedo quedarme un rato más? —le preguntó. Kate asintió. No parecía muy sorprendida.

Más tarde, cuando ambos yacían en la estrecha cama de su pequeña y premiosa habitación, ella le puso la palma derecha sobre el pecho, quizás para sentir cómo los latidos del corazón recuperaban su ritmo normal tras el punto álgido de unos minutos atrás. Shakespeare puso la suya sobre la de ella.

—¿Qué será de nosotros, Will? —le preguntó.

Suspiró. Últimamente ya se había planteado muchas cuestiones a las que no encontraba una buena respuesta. Aquí había otra. Falto de buenas respuestas, contestó con una pregunta de las suyas.

—¿Qué puede ser de nosotros? Tengo mujer y dos hijas en Stratford. Nunca te las he ocultado.

Kate asintió.

—Sí, a tu modo, eres honesto —eso no sonó como un elogio ni lo sintió como tal. Pero yacían juntos en la cama, calientes, desnudos, saciados. Si ese no era el mejor elogio que una mujer podía dar a un hombre, ¿cuál era entonces?

—Te amo —le dijo. Kate se acurrucó junto a él. Él se inclinó y la besó en la mejilla, deseoso de haber dicho la verdad. Volvió a suspirar—. Si tuviera alguna opción...

Pero antes de que Shakespeare naciera, Enrique VIII también había querido una opción. Cuando el Papa no pudo ofrecérsela, alejó a Inglaterra de Roma. Ahora, por supuesto, los invasores españoles la habían vuelto a acercar a la Iglesia Católica. Pero incluso aunque aún reinara Elizabeth, incluso aunque Inglaterra aún fuera protestante, el divorcio era algo reservado a soberanos, nobles y aquellas personas lo suficientemente ricas para permitirse una ley del Parlamento privada, y no para personas como un poeta y actor en problemas que vivía en una habitación alquilada en Bishopsgate, con una mujer amargada lejos, y que, en ocasiones, se acostaba con la sirvienta de la taberna a la vuelta de la esquina.

—Si tuvierais alguna opción... —repitió Kate.

“Por Dios, no sé lo que haría entonces”, pensó Shakespeare. No creía que se hubiera casado con Anne, de no haberla dejado embarazada. Pero llegaba años y años demasiado tarde para preocuparse de eso ahora. “Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre”. Desde que la Armada había subido al trono inglés a Isabel y Alberto, había oído esa frase en sermones más veces de las que podía contar. Los

curas no dejan de hablar de ello, para demostrar que los protestantes que aprobaban el divorcio eran herejes y pecadores.

—Si tuvierais alguna opción… —volvió a repetir Kate, esta vez con más dureza.

“¿Quiere que le mienta?” se preguntó Shakespeare. Entonces, era justo y seguiría mintiendo a prácticamente todos los que conocía. ¿Por qué debería ser distinta una sirvienta del resto? “Porque... porque quizás…” la quiera. No era una respuesta perfecta, pero sí lo mejor que podía hacer.

—Si tuviera alguna opción, mi vida… —Shakespeare suspiró y se encogió de hombros, a la espera de que ella le echara de la estrecha cama por no gritar que le sería fiel pasara lo que pasara.

Ella le sobresaltó con unas carcajadas, y volvió a hacerlo al besarle en la mejilla.

—Quizás es que realmente eres honesto, Will. La mayoría de hombres mentiría por el bien de los sentimientos de su querida.

—Te doy lo que puedo, Kate, y valoro todo lo que me das. Y ahora es mejor que me vaya —Shakespeare salió de la cama y empezó a vestirse.

—Dios te proteja, Will —le dijo, un bostezo emborronó sus palabras—. Corre a casa, seguro que ya ha pasado el toque de queda.

—Dios te proteja —le contestó él, y abrió la puerta de la habitación. Salió y cerró la puerta tras sí.

Lope de Vega se acercó al cura. El inglés le marcó la frente con la ceniza de las ramas de "palma" (normalmente, en ese clima norteño, era sauce, boj o tejo) utilizadas el Domingo de Ramos anterior.

—Recordad que polvo sois y en polvo os convertiréis —le dijo el cura en latín.

Mientras se santiguaba, Lope murmuró “Amén” y caminó hasta la salida de la iglesia de St. Swithin. La mayoría de personas que veía por las calles, tanto ingleses como españoles, ya llevaban las frentes marcadas con la señal del arrepentimiento que abría el periodo de Cuaresma. Todo aquel que no la llevara, sobre todo en un año en el que herejes y católicos celebraban la Pascua con más de un mes de diferencia, recibiría miradas de reprobación de aquellos cuya misión era vigilar ese tipo de cosas.

Aunque aún era la primera semana de febrero, el día parecía primaveral: suave, casi cálido, el cielo de un azul brumoso con nubes blancas esponjosas sobrevolándolo de oeste a este. El sol resplandecía brillante. Unos días más así y las flores empezarían a brotar, las semillas traerían nuevas plantas y las hojas brotarían de los árboles.

En una ocasión, Lope había visto cómo este tiempo duraba lo suficiente para engañar a la naturaleza, lo que, por contra, hizo que la siguiente ventisca fuese más cruel. No esperaba que se alargara tanto. Normalmente, era como la muchacha embustera que prometía más de lo que estaba dispuesta a dar. A sabiendas de ello, no se sintió engañado, como se había sentido la primera vez que llegó a Inglaterra.

—Estoy seguro de que os sentís desolado porque la compañía de Lord Westmorland ha recibido la bendición que les permitirá actuar durante la Cuaresma —dijo el Capitán Baltasar Guzmán al salir de la iglesia.

—Oh, por supuesto, Excelencia —contestó De Vega. No iba a permitir que ese pequeño don nadie, aún una criatura, le superara en ironía. Se tocó la frente, como si tratara de decir que la ceniza simbolizaba su luto. Pero prosiguió—. La mayoría de compañías teatrales recibe esa bendición. De no ser así, lo pasarían muy mal para mantenerse en el negocio—. Las compañías teatrales pendían económicamente de un hilo (la compañía de Lord Westmorland algo menos que la mayoría); difícilmente podían permitirse perder una décima parte de sus ingresos por cerrar desde el Miércoles de Ceniza hasta Pascua.

—Bueno, pues entonces id al Theatre —dijo Guzmán—. A ver si veis a alguien lo suficientemente descarado como para hacer ostentación de su herejía a todo el mundo en general. Quienquiera que sea, lo pagará.

—Sí, señor —dijo Lope—. Señor, ¿se sabe algo más de su Majestad Católica? Shakespeare ha preguntado por ello. No sin razón, ya que quisiera tener alguna idea del tiempo que le resta para componer la obra que le encargó don Diego Flores de Valdés.

—Sí, tengo noticias; pero ninguna buena —respondió el Capitán Guzmán—. La gota le ha afectado el cuello, lo que le dificulta considerablemente las tareas de comer y dormir. Y las llagas de las manos y los pies no muestras señales de curarse. Todo lo contrario, han empezado a ulcerarse y a extenderse. Tampoco ha mejorado su hidropesía… más bien ha empeorado.

A Lope las lágrimas le enrojecieron los ojos. Nuevamente, se tocó la ceniza de la frente.

—El cura en la iglesia tenía razón: en polvo nos convertiremos. Pero esto es aún más duro; que un hombre que era, que es, tan grande, tenga que morir de una manera tan cruel y lenta. Sería mejor si, sencillamente, se acostara una noche y nunca más se despertara.

—Dios hará lo que le plazca, Teniente Primero, no lo que os plazca a vos. ¿Antepondríais vuestro juicio al Suyo?

—No señor, no haría ningún bien si así lo hiciera, ya que Él puede actuar y todo lo que yo puedo hacer es hablar.

Guzmán se relajó.

—Mientras lo entendáis. Con un hombre que se dedica a escribir obras… Perdonadme, pero me preguntaba si os arrogabais algunos de los poderes del Señor, ya que creáis personajes y les hacéis hacer cosas como si fuerais para ellos su Todopoderoso.

Lope le miraba atónito.

—Ciertamente, he tenido esos pensamientos blasfemos, señor. Mi confesor me ha impuesto una dura penitencia por ellos. ¿Cómo habéis podido adivinarlo?

—Parecía lógico —dijo Guzmán—. Tenéis un mundo en vuestra cabeza, un mundo imaginario repleto de gente imaginaria. ¿Quién podría culparos por creer, una y otra vez, que ese mundo imaginario es real? Hacéis que parezca real para otros en vuestras obras, ¿por qué no para vos mismo?

—Sabéis, Excelencia, voy a tener que empezar a prestaros seria atención, tanto si me gusta como si no —dijo lentamente De Vega.

Baltasar Guzmán le puso una mano sobre el hombro.

—Bueno, bueno, Teniente Primero. Vais a tener que ir con más cuidado con lo que decís, o nos avergonzaréis a ambos. Siendo vuestro superior, debería ser yo el que os avergonzara. Dejadme que lo intente: ¿Cómo se encuentra vuestra última amiga?

Lope no se sentía avergonzado. Exhibió a Guzmán una sonrisa.

—Se encuentra perfectamente, muchas gracias —dijo, y suspiró—. Creo que es la criatura más dulce que he conocido jamás.

—Y yo creo que eso lo habéis dicho de todas las mujeres hacia las que habéis sentido afecto, que deben ser, como mínimo, la mitad de las mujeres de Inglaterra —el Capitán Guzmán también sonrió, una sonrisa desagradable y torcida—. ¿Qué tal lo hago?

—Bastante bien, gracias —respondió Lope—. Hacéis que me alegre de tener que ir al Theatre. —No le importaba lo más mínimo tener que marcharse a toda prisa de St. Swithin, ya que el Capitán Guzmán había dado justo en el blanco. Lope creía con pasión, al menos durante un tiempo, que cada nueva mujer era a *la* que Dios había otorgado más generosamente Sus dones. Pero ¿de qué servía amar a alguien, al fin y al cabo, si no era especial? Lucy Watkins, por su parte…

Mientras caminaba por las calles repletas de Londres, pensó en su diminuta sonrisa tímida, en su suave voz, en los pequeños mechones pálidos que se soltaban sin importar lo ajustada que llevara el resto de la cabellera... y en el sabor de sus labios, en su inusual aroma dulzón. De sus encantos aún no podía hablar, pero esperaba que pronto cambiara la cosa.

Un guardia y un tabernero discutían frente a la puerta de este último. El guardia agitaba el dedo frente la cara del otro.

—Por Dios, hay otra acusación sobre ti —dijo severamente—, por comer carne en tu casa, cosa contraria a la ley; por lo que creo que vas a tener que aullar.

—Lo hacen todos los taberneros —protestó el tabernero—. ¿Qué son un pedazo o dos de cordero asado en toda la Cuaresma?

—¿En toda la Cuaresma? —dijo el guardia—. ¿Toda la Cuaresma, apenas empezado el Miércoles de Ceniza? Irás al banquillo de los acusados por esto, que me aspen si no es así. Todo el mundo está de acuerdo en aplastar el protestantismo como si se tratara de una cucaracha entre las hojas de la ensalada. La herejía es mal asunto, muy mal asunto.

—¿Protestantismo? ¿Herejía? ¿Estás chalado, George Trimble? ¿Qué tiene eso

que ver con un poco de carne asada? La cual no parecía desagradarte hace algunas Cuaresmas.

—¡Mentiroso! —exclamó el guardia, en un tono que no podía significar más que: “¡En nombre de Dios, haz el favor de mantener la boca callada!” Prosiguió—. Además, las Cuaresmas pasadas no tienen nada que ver con esta. Está todo en el calendario, eso es lo que tiene que ver con la herejía.

—¿Cómo? —reclamó el tabernero.

—Pues, porque es así, por eso —dijo George Trimble. Lope suspiró y prosiguió su camino. Podría haberles explicado cuál era el problema; pero no creía que ninguno de los dos ingleses que se discutían le hubieran hecho el más mínimo caso.

En esos momentos, los recaudadores del dinero del Theatre reconocieron a Lope y le saludaron como si se tratara de uno de los propietarios de la compañía de Lord Westmorland. Deseó que así fuera. La vida de un teniente español no era nada en comparación con la vida que vivían Burbage o Shakespeare o Will Kemp. De Vega estaba seguro de ello.

Kemp tiró la cabeza hacia atrás y aulló como un lobo cuando Lope entró en el Theatre. De Vega le devolvió una reverencia cortesana, lo que al menos desconcertó por un instante al bufón. Kemp, se dio cuenta, no llevaba ceniza en la frente. ¿Qué significaba eso? ¿Significaba algo? Con Kemp, nunca se podía estar seguro.

Sonaban las espadas de unos actores que ensayaban una escena de lucha. A De Vega le bastó un vistazo para saber que ninguno había usado antes una espada. Por lo que había visto, Burbage sí tenía alguna práctica. ¿Esos tipos? El español sacudió la cabeza. Eran incluso peores que Shakespeare, que nunca había pretendido ser un guerrero.

Ahora Burbage recitaba los versos del rey escocés:

—“¿Acaso sois incapaz de curar un espíritu enfermo,
De arrancar de su memoria un dolor arraigado,
De borrar las palabras de su mente,
Y gracias a algún dulce antídoto, permitirle olvidar,
Liberar su agobiado pecho de todo ese veneno
Que el corazón le oprime?”
—En ese caso es el paciente el que debe encontrar un remedio —respondió el actor que interpretaba al médico.

Burbage frunció el ceño. Lope había visto la obra escocesa unas cuantas veces y la admiraba. Sabía, o pensaba que sabía, lo que se suponía que tenía que decir a continuación el actor. Y, con seguridad suficiente, Alguien susurró desde el vestidor —A los perros con la medicina.

—A los perros con la medicina, no la necesito —terminó la frase Burbage, y prosiguió con su voz nomal—. Gracias, maestro Vincent. No conseguía recordar la

frase.

—No es necesario que elogiéis mis actuaciones cuando fue para ello para lo que me contratasteis en vuestra compañía —contestó Thomas Vincent, el nuevo apuntador y encargado de los libros de las obras. Salió para saludar a Burbage—. Deberíais reprenderme si me quedara en silencio —tenía aproximadamente la edad de Lope, delgado, y parecía inteligente. Lope sabía que acudía a misa cada domingo. Antes de que llegara la Armada, había sido igual de ferviente a la hora de asistir a los servicios del domingo protestante.

“Un adulador”, pensó De Vega con desprecio. “Sea cual sea la dirección en la que sople el viento, esa será la dirección que tomará”. Pero muchos hombres, como ese, eran así. Facilitaba la labor a aquellos que les gobernaban. “Shakespeare también es así”, se recordó Lope. “No era católico cuando Elizabeth reinaba en este país”. Lo que hacía que fuera aún menos probable que se tratara de un traidor. Todo lo había conseguido mediante acuerdos por la situación en la que se encontraban las cosas en esos momentos. De los que había que preocuparse era de aquellos que se negaban a cambiar, sin importar lo que les costase negarse a ello.

“Geoffrey Martin”, pensó Lope. No había prestado especial atención al apuntador mientras Martin vivía. Ahora que Martin estaba muerto, era demasiado tarde. “Sir Edmund Tilney o, si no el Maestro Censor alguien de su despacho, podría contarme más sobre él”.

—¿Buscáis al maestro Will? —le preguntó Richard Burbage.

—Si así es, lo habéis encontrado —pero ese era Will Kemp, no Shakespeare. El bufón pasó de hacer una reverencia a Lope a caer desplomado: uno de los mejores batacazos que había visto.

De Vega negó con la cabeza.

—Muchas gracias, pero no. Ya tengo lo que había venido a buscar. —Hizo una reverencia a Burbage (el cual parecía sorprendido por su respuesta negativa) y a Kemp, resistió el impulso de imitar la caída espatarrada y ágil del zopenco. Luego salió rápidamente del Theatre.

“El Capitán Guzmán no ha pensado en eso, quizás me entere de algo importante. Aunque no lo haga, parecerá que estoy ocupado. Si tengo mis propias ideas y las llevo a cabo, ¿cómo podrá quejarse de mí el Capitán Guzmán? No podrá. Y si estoy ocupado en otra obra mía, bueno, por Dios, entonces tendrá mucho tiempo para quejarse de eso también”.

—¿Tenéis un momento, maestro Hungerford? —Shakespeare odiaba tener que formular esa pregunta, así como las que la seguían. Lo odiaba aún más que cuando tuvo que hablar con Geoffrey Martin. Cuando Martin dio las respuestas incorrectas, las respuestas inoportunas, Shakespeare no tenía ni idea de lo que pasaría a continuación. En ese momento, lo sabía. Si la sangre brotaba, gotearía de sus manos.

Pero el ayudante de vestuario solo asintió.

—Por supuesto, maestro Will. ¿Qué es lo que queréis? —Sacudió una mota de pelusa de un traje de terciopelo.

—¿Qué vestuario tenemos para una obra romana? —preguntó Shakespeare.

—¿Una obra romana? —El encargado de vestuario frunció el ceño—. Me parece que algo podríamos hacer en caso necesario —en la mayoría de obras, sin importar la época o el lugar en que se ambientaran, los actores llevaban ropa actual. El público no esperaba otra cosa. Pero las obras romanas eran distintas. La gente tenía cierta idea de que los romanos se vestían de forma distinta. De manera que los actores se paseaban por el escenario con túnicas blancas a media rodilla y con cascos dorados con cimeras colgantes montadas (a menudo inseguras) sobre éstos. A pesar de su respuesta, Hungerford no dejó de fruncir el ceño—. ¿Para qué queréis saberlo? Sé de buena tinta que no vamos a representar ninguna obra romana próximamente, ni griega tampoco.

Shakespeare asintió nervioso.

—Estáis en lo cierto. Pero estoy escribiendo una obra romana, una que puede que se represente poco después de estar lista.

—¿Si? —Hungerford arqueó una ceja rojiza; habían mantenido el color mejor que la cabellera o la barba—. ¿A la vez que vuestro “El Rey Felipe”?

—Sí —dijo Shakespeare: una sílaba cubría mucho terreno.

—Entonces tenéis mucho que hacer y escaso tiempo en el que hacerlo —dijo Hungerford. Shakespeare asintió; esa era una verdad manifiesta—. ¿Y cuál es el título de esta última? —preguntó el encargado de vestuario.

—*Boudicca* —respondió Shakespeare, y esperó a ver qué pasaba. Si Jack Hungerford sabía latín y se acordaba de la historia romana, el título sería más que suficiente para alarmarle, y para colgar a Shakespeare si se lo contaba a quien no debía.

Pero el nombre no era más que un sinsentido para Hungerford, Shakespeare lo vio reflejado en sus ojos.

—No acaba de sonar muy romano —comentó el encargado de vestuario.

—Aun así, lo es —dijo Shakespeare, y le resumió la trama en unas frases.

Incluso antes de que acabara, Hungerford alzó una mano.

—¿Estáis chiflado, maestro Shakespeare? Sir Edmund nunca permitirá que se vea eso. Tampoco así los españoles. Nuestras vidas ya lo pagarían por sólo una décima parte de la obra. No, por una centésima parte de ella.

—Lo sé —respondió Shakespeare. “¡Por la Virgen, si lo sé!”— Y aun así me propongo seguir adelante. ¿Qué me decís?

Jack Hungerford no dijo nada durante unos instantes. Se acariciaba la barbilla, mientras escudriñaba al poeta.

—¿Ya tratasteis de preguntarme acerca de esto en una ocasión, no es así?

—Así fue —afirmó Shakespeare.

El encargado de vestuario negó con la cabeza.

—No, señor. No lo hicisteis. Lo tratasteis de forma demasiado tímida.

—¿Y si lo hice? —Shakespeare le devolvió la respuesta como un reto—. Mi vida está en vuestras manos. Cerradlas y pereceré.

—Lo dudo —murmuró Hungerford—. Decidme, y lo haréis: ¿os descubristeis ante Geoff Martin? —Shakespeare no respondió. Esperaba que su rostro tampoco delatara la respuesta. Hungerford gruñó suavemente—. Si os digo que no, ¿seguirá el Condestable Strawberry, ese hombre afable y honesto, la pista de mi asesino como un perro demasiado viejo olfatea el hueso que nunca estuvo allí?

—La muerte del pobre Geoff no fue idea mía, y tampoco la provoqué yo —dijo Shakespeare.

—Lo cual no es lo que os he preguntado —observó el encargado de vestuario. Shakespeare tan solo aguardaba. Jack Hungerford volvió a emitir un gruñido—. Estoy con vos —dijo—. No me queda mucho por delante, y no quiero vivir de rodillas lo que me queda.

—¡Dios bendito! —exclamó Shakespeare—. No se cómo lo habríamos hecho para continuar sin vuestra ayuda.

—Quizás con un nuevo encargado de vestuario, de la misma manera que ahora tenemos un nuevo apuntador —dijo Hungerford—. Decidme que me equivoco —Shakespeare deseó poder hacerlo, pero sabía que no podía. Hungerford asintió para sí —. Una obra romana, ¿no es así? Pero decidme lo que necesitáis, maestro Will, y lo tendréis en breve.

—Mis agradecimientos —“mis agradecimientos si no me engañáis, si no corréis a los españoles en cuanto os dé la espalda”.

—¿En quién habíais pensado para representar la parte de la que habéis extraído el título? —preguntó Hungerford.

—Bueno, pues en Tom, por supuesto —respondió Shakespeare—. Podría jurar que no hay mujer que pudiera representar mejor a una mujer.

Pero el encargado de vestuario negó con la cabeza.

—No os servirá.

—¿Qué? Pero por los clavos de Jesucristo, ¿por qué no?

—Primero: su hermano mayor es cura. Segundo: su tío es sargento de la guardia de la Reina Isabel —Jack Hungerford iba enumerando los puntos con los dedos a medida que los enunciaba—. Tercero: su padre dio la mampara que separa el coro de la nave a su parroquia, esos adornos volvieron a ordenarse tras nuestro regreso a la vida romana. Cuarto: muchas veces he oído al muchacho decir que le gustaría seguir los pasos de su hermano en el sacerdocio —echó una mirada a Shakespeare—. ¿Prosigo?

—Por Dios, no. ¡No deberíais haberos extendido tanto! —siseó Shakespeare infeliz—. ¿Cómo puede ser que supiera tan poco acerca las inclinaciones del muchacho?

—¿Por qué? Yo os diré el porqué, maestro Will —dijo Hungerford con una risa entre dientes—. Para vos, no es más que un chico que representa fragmentos de vuestras obras o de otro poeta. No pensáis en él más de lo que pensáis en los extravagantes trajes que llevan algunos de los actores, sí, pero no mucho más. Si pensarais en él como una persona, pues… —su voz se desvaneció, pero volvió a recuperarla—. Os aseguro que no me haría falta instruir al maestro Kit acerca estas cuestiones.

—Quizás sea cierto. De hecho, estoy seguro de que Kit se habría esforzado en conocer a fondo al chico, de pies a cabeza.

—Cierto. Al ser contraria vuestra tendencia, vos... —El encargado de vestuario se interrumpió. La mirada que le brindó a Shakespeare era entre de reproche y de horror —eso lo habéis dicho con alguna intención.

—¿Yo? —Shakespeare puso la mirada más inocente de su repertorio. Sus propias preocupaciones le ayudaban a regocijarse de su cara mientras proseguía—. Si esa parte debe hacerla otro como parece ser el caso, ¿qué será de él? ¿Cómo conseguimos que se mantenga apartado de nuestras intenciones?

—Con suerte, se le agravará la voz y le crecerá la barba. Está a punto de cumplir los quince —dijo Hungerford—. Algunos problemas se resuelven por sí mismos.

—Por suerte —Shakespeare lo convirtió en una maldición—. La suerte no es suficiente. Hablabais de Geoff Martin. ¿Desearíais que un muchacho corriera su misma suerte, por ninguna razón que la de profesar la fe católica? Ya os lo digo, si no abandona la compañía antes de que representemos nuestra *Boudicca*, encontrará la muerte. —“Si la representamos alguna vez”, pensó infeliz.

El encargado de vestuario también frunció el ceño.

—¿Sopla el viento en esa dirección?

—Únicamente en esa —respondió Shakespeare—. ¿Qué es un simple chico, para aquellos que jugarían con la muerte por un reino?

—¿Y creen que lo conseguirán de esta manera? —preguntó Hungerford.

—¿Acaso sus adversarios son mejores? —replicó Shakespeare—. ¿Visteis el auto de fe del pasado otoño?

—No, no lo vi, por lo que doy gracias a Dios. Pero he visto otros, y os doy la razón —Jack Hungerford descubrió los dientes en algo que era cualquier cosa excepto una sonrisa—. Al igual que haría cualquier persona de manos limpias.

—Las de Pilatos lo estaban. Se las lavó —dijo Shakespeare. Hungerford volvió a mostrar los dientes. Con un suspiro, Shakespeare prosiguió—. Ojalá le hubieran asignado la tarea a otro, pero es mía, ¿cómo puedo llevarlo a cabo de forma segura con lo mejor que hay en mí?

Hungerford le miró.

—Podrían haber hecho una elección peor. En muchos aspectos podrían haberlo hecho.

—Me honráis en exceso —dijo Shakespeare. El encargado de vestuario negó con

la cabeza. Shakespeare se negó a dejar que le interrumpiera—. ¿Qué hay de Tom? Debemos alejarlo de nosotros.

—Si hay que sacarlo de aquí, la persona más indicada para hacerlo es Dick Burbage —comentó el encargado de vestuario.

—Hablaré con él —contestó enseguida Shakespeare. Cuanto más hicieran otras personas, menos tendría que hacer él, y menos culpable se sentiría. Se miró las manos. Ya estaban manchadas con la sangre de Geoffrey Martin. No quería que también lo hiciese la de Tom. Ni tan siquiera quería tener la carga de sacar a Tom de la compañía de Lord Westmorland. Ya sostenía demasiadas.

Solo cuando fue a buscar a Burbage se paró a pensar en las cargas que ya tenía el otro actor. Tom era, sin duda alguna, el mejor chico actor del que disponía la compañía. Una vez se hubiera ido, ¿quién ocuparía su lugar? ¿Quién podía reemplazar su lugar? ¿Cuánto mal causaría su marcha a las representaciones? Y, por otra parte, ¿cuánto mal le causaría quedarse?

Burbage le escuchó con más paciencia que la que Shakespeare había esperado. Con más paciencia, de hecho, que la que el poeta pensaba que podría haber mostrado él. Al final, exhaló un profundo suspiro.

—¿Qué quedará de la compañía una vez hayas conseguido lo que te propones? —preguntó sombrío.

—¿Preferirías ver a Tom muerto? —le preguntó Shakespeare.

—Preferiría verle actuar —fue la contestación de Burbage.

—Dime que él no profesa la fe romana y te concederé tu deseo.

Con otro suspiro, Burbage sacudió la cabeza.

—No puedo hacerlo, porque es así —puso su sustanciosa mano sobre el hombro de Shakespeare—. Pero escúchame, Will. Escúchame bien.

—Estoy a tus órdenes —dijo Shakespeare.

—¡Corre, corre! —exclamó Burbage con desdén—. Sigue adelante, Will. Ahora bailo al son de tu gaita, y ambos lo sabemos.

—Si fuera el son de mi gaita, amigo mío, mis pies darían el compás.

—Lo cual me lleva de vuelta a lo que quería decirte. Ahora escucha mis palabras, escúchalas bien. Lo que te propones es peligroso, los amigos que tienes son dudosos, el tiempo del que dispones está por determinar, y toda tu conspiración es demasiado frágil, para aguantar tan imponente oposición.

—¿Eso dices? —preguntó Shakespeare—. ¿Eso dices?

—Virgen Santa, sí.

Shakespeare deseó poder enojarse. “Eres una bestia cobarde y estúpida, y mientes”, quería gritarle. “¡Por Dios, nuestra conspiración es excelente, la mejor que nunca se haya tramado, y nuestros amigos fieles y constantes! ¡Buena trama, buenos amigos y un abanico de esperanzas! ¡Buena trama y muy buenos amigos! ¡Qué desgraciado de sangre fría eres!”

Quería decir todo eso, y más. Quería, pero no podía.

—¿Y qué? —dijo, sin tratar de ocultar su amargura—. Aun así seguiremos adelante; adelante o a los españoles. Esa es tu elección, y la de nadie más.

Los ojos de Burbage mostraban la misma expresión que un zorro a medida que los perros le acorralan.

—Que te zurzan, Will.

—Luego —dijo Shakespeare. Entendía muy bien ese sentimiento de estar acorralado: él llevaba meses sintiéndose acorralado—. Pero ahora, ¿irás a ver a Tom?

—Lo haré —contestó Burbage. “Adelante”, pensó Shakespeare.

—Aquí hay un asunto importante —el Capitán Baltasar Guzmán sostuvo en alto una hoja de papel.

Lope de Vega odiaba que su superior hiciera eso. Siempre lo hacía para impresionar; en realidad, Guzmán nunca llegaba a dejarle leer los papeles que mostraba. Y Lope ya venía de mal genio, porque que su visita a Sir Edmund Tilney no había aportado nada útil sobre Geoffrey Martin y quienquiera que fuera el que hubiera acabado con su vida.

—Por favor, señor, contadme más —dijo De Vega con toda la paciencia que pudo reunir.

—Bueno, Teniente Primero, sabéis mejor que yo que los atractivos muchachos de estas compañías teatrales inglesas atraen a los sodomitas como un cuenco de miel atrae a las moscas.

—Oh, sí, señor —afirmó Lope—. Se trata de un escándalo, una vergüenza, una deshonra.

El Capitán Guzmán agitó el papel —ahora, tenemos que ir a por uno de estos tipos desviados y, además, uno muy importante.

—¿Si? —dijo De Vega—. ¿Quién? —Si resultaba ser Christopher Marlowe, tendría que ir tras él acongojado. Marlowe no se ocultaba de su gusto por los chicos. De hecho, lejos de ocultarlo, hacía ostentación de ello. Era tan descarado con sus inclinaciones que Lope a veces se preguntaba si había alguna parte en él que quería que le cogieran y le castigaran. Fuera la que fuera esa parte, al resto no le preocupaba que le humillasen y luego le ejecutasen.

—Un tal Anthony Bacon. ¿Le conocéis? —dijo Guzmán.

—¡*Madre de Dios*, ojalá fuera así! —exclamó Lope—. El hermano mayor de Francis, el primo de Lord Burghley… ¿Cómo habéis sabido que semejante hombre era partidario de este vicio tan espantoso?—Pero lo que en realidad quería decir era: “¿Cómo puede ser que penséis en arrestar a un hombre tan importante, con contactos tan destacados, por sodomía?” Los ricos y poderosos a menudo salían airosos de lo que arruinaría a cualquiera. Pero no en este caso.

No en este caso.

—Oh, los hábitos de Bacon no son causa de duda. Ya en 1586, cuando era un

espía inglés en Francia, corrompió a uno de sus jóvenes sirvientes. Tuvo suerte de que la corte francesa estuviera plagada de pervertidos —Guzmán miró con desprecio—, de lo contrario, habría sufrido más de lo que sufrió.

—No vamos a arrestarle por lo que sucedió en Francia mientras Elizabeth aún reinaba, ¿no es así? —preguntó Lope. Incluso para un cargo tan atroz como era la sodomía, eso sería ir demasiado lejos.

Pero Baltasar Guzmán negó con la cabeza.

—De ninguna manera, Teniente Primero. Ha vuelto a hacer lo mismo con uno de los jóvenes actores de una compañía y no cabe duda de que se la metió tan adentro como pudo.

"¿Tenéis la mínima idea de lo que se dice sobre vos y Enrique?" Se preguntó Lope. Negó con la cabeza. Seguramente, Guzmán no. No podía hablar con semejante indignación sobre que había cometido Anthony Bacon si lo hubiera hecho él mismo, o si estuviera al corriente de que la gente pensaba que él hacía lo mismo. Lope había visto buenas actuaciones en el teatro español, y en el inglés; pero nada comparado con la representación de Guzmán, si es que se trataba de una actuación.

—¿Me permitís una pregunta, Excelencia? —preguntó De Vega. El Capitán Guzmán asintió. Lope prosiguió—. ¿A qué se debe que debamos ocuparnos nosotros de este asunto y no la Inquisición inglesa? Bacon ha cometido el pecado de la sodomía; pero no ha cometido traición contra Isabel y Alberto, ni rebelión contra Su Majestad Católica.

—Tal y como se ha dado, don Diego Flores de Valdés nos ha transferido el asunto a nosotros —contestó Guzmán—. Quizás resulte tener alguna vinculación con la traición. Recordad… no hace mucho, vuestro querido Shakespeare visitó la casa de Anthony y Francis Bacon. ¿Por qué? Aún no lo sabemos. No tenemos la menor idea. Pero si cogemos a Bacon y lo estrujamos hasta que…

—Estrujarlo hasta que le dejemos sin grasa —interrumpió Lope. El Capitán Guzmán se quedó sin expresión. Lope se explicó—. Bacon, en inglés, significa lo mismo que *tocino* en español.

—¿Sí? —La sonrisa de Guzmán parecía forzada—. ¿Nos ponemos con el asunto que tenemos entre manos? Si cogemos a Bacon y lo estrujamos, puede que al final descubramos porqué Shakespeare se encontraba allí. Y de ahí, ¿quién sabe a dónde nos llevará? Si dependiera de mí, Burghley ya habría perdido la cabeza con el resto de los principales oficiales de Elizabeth.

—El Rey Felipe no lo mandó así —replicó De Vega. Su superior hizo una mueca; pero ese era un argumento al que nadie podía oponerse.

—Entonces, iremos a detener a Bacon. Lo detendremos y veremos cómo se fríe —dijo Guzmán. Esperó a que Lope ser riera. Obedientemente, Lope así lo hizo, incluso aunque él hubiera hecho la broma antes.

Hora y media más tarde, ambos cabalgaban coléricamente fuera de Londres en dirección a Westminster a la cabeza de una tropa de soldados de caballería españoles.

Habían pasado por Ludgate y trotaban hacia el oeste por Fleet Street cuando Lope, de repente, giró la cabeza.

—¿Qué sucede? —preguntó Baltasar Guzmán, al que pocas cosas se le pasaban por alto.

—Me ha parecido que ese hombre que caminaba de vuelta a Londres, el que se abrió paso en la calle para dejarnos pasar, era Shakespeare —explicó De Vega—. ¿Vale la pena detenerse y descubrir si así era?

Guzmán lo reflexionó, luego negó con la cabeza.

—No. Aunque lo fuera, podía tener demasiadas buenas razones, razones que no tienen nada que ver con la casa de los Bacon, para encontrarse en esta zona de Londres. Caminar por la propia ciudad no es prueba de nada, como tampoco lo es apartarse para no estorbar el paso de los soldados de caballería.

—*Muy bien* —dijo Lope—. Hubiera usado esos mismos argumentos, pero si no os convencían... —Se encogió de hombros—. Sois el capitán.

—Sí. Lo soy —Guzmán descubrió los dientes en una sonrisa cazadora—. Y ahora me apetece algo de Bacon... de *tocino*, ¿eh? —Ahora no dejaría de repetir el juego de palabras.

La tropa de caballería atravesó Drury Lane. A Lope, Westminster le parecía un mundo distinto a Londres: con menos gente, con casas más grandes y grandiosas, casas que se podrían haber atribuido a un noble español. Sólo el clima abominable le recordaba el reino en el que andaba.

El Capitán Guzmán se detuvo. Apuntó a una casa especialmente espléndida y de madera.

—Esa es —dijo—. Teniente Primero De Vega, nos haréis de intérprete.

—Estoy a vuestro servicio, Excelencia —Lope desmontó.

Así mismo lo hicieron Guzmán y el resto de la caballería. Algunos de estos últimos sujetaban los caballos del resto. Los otros desenvainaron las espadas, sacaron las pistolas y avanzaron hasta el edificio detrás de los dos oficiales. —Espero que los herejes que haya ahí dentro den pie a una lucha y nos den una excusa para saquear el lugar —dijo un soldado ávidamente—. Que Dios me cubra el culo de furúnculos si no fuera capaz llevarme la paga de un año sin apenas esforzarme —un grupo de hombres gruñeron ávidamente de acuerdo.

—Por Dios, si nos dan algún problema, les saquearemos —declaró el Capitán Guzmán—. No son más que ingleses. No tienen nada que hacer al interponerse en nuestro camino. No tienen derecho a interponerse en nuestro camino. —Los soldados de caballería asintieron, con la mirada ávida, voraz, puesta en la casa hacia la que se dirigían.

Rostros pálidos ingleses les miraban desde las ventanas, cuyos pequeños pedazos de cristal se sujetaban por tiras de óxido de plomo. Antes de que De Vega y Guzmán alcanzaran la puerta, ésta se abrió. Un sirviente de mirada temerosa pero muy bien vestido les recibió con una reverencia.

—¿Qué deseáis, caballeros? —preguntó—. ¿Por qué venís aquí con semejante compañía a vuestras espaldas?

—Exigimos la presencia del *señor*, del maestro, Anthony Bacon; queremos que nos responda a ciertos cargos presentados contra él —respondió Lope. Instantáneamente lo tradujo para el Capitán Guzmán.

Su superior asintió en aprobación, luego se dio la vuelta y lanzó una orden a los soldados de caballería.

—Rodead el lugar. No dejéis que nadie escape.

—Aguarden un momento, mis señores —dijo el sirviente mientras los soldados corrían a obedecer la orden —vuelvo enseguida, con alguien que pueda deciros más de lo que yo puedo —entró en la casa; pero no se atrevió a cerrar la puerta.

—¿Pueden esconderlo ahí dentro? —preguntó Lope.

—No de nosotros —Guzmán hablaba con una gran convicción—. Y derribaré la puerta si eso es lo que creo que intentan hacer.

El sirviente resultó ser tan sincero como sus palabras y regresó de inmediato. Tras él, se encontraba un hombre unas pulgadas más alto con un sombrero de ala ancha. La enorme gorguera de fantasía del recién llegado y su jubón de terciopelo revelaban que se trataba de una persona de peso. Así lo revelaba también su actitud; aunque no era más alto que Lope (sin tener en cuenta el sombrero), consiguió mirarle por encima con desprecio. Cuando habló, lo hizo en un elegante latín:

—¿Qué es lo que desean?

“Menos para traducir”, pensó De Vega.

—Para empezar, desearía saber quién sois —contestó, también en latín, el Capitán Guzmán.

—¿Yo? Soy Francis Bacon —respondió el inglés. Estaba a finales de la treintena, no lejos de la edad de Lope, tenía el rostro alargado, bello si no fuera por una nariz un tanto tuberosa; una tez pálida; barba y cejas oscuras, estas últimas impresionantemente expresivas; y la actitud de un hombre que está seguro de hablar con sus inferiores. Lo cual irritaba considerablemente a De Vega.

También eso fortalecía a Baltasar Guzmán.

—¿Sois el hermano menor de Anthony Bacon? —preguntó bruscamente.

—Tengo ese honor, sí. Quién sois y por qué queréis saberlo.

Guzmán temblaba de rabia.

—Soy un oficial de su Majestad Católica, Felipe II de España, y he venido para arrestar a vuestro hermano, señor, por el horrible crimen de la sodomía. Todo esto para vuestro honor. Y ahora, ¿dónde se encuentra? Hablad, u os arrepentiréis de vuestro silencio.

Francis Bacon tenía valor. Miró a Guzmán como si el capitán fuera algo nocivo que había encontrado flotando en un charco de lodo.

—Puede que seáis un oficial del Rey de España, pero esto es Inglaterra. Mostradme vuestra orden, o marchaos de aquí. Ya que la casa de cualquiera es para

uno mismo como su castillo y su fortaleza, de la misma manera que su defensa contra injuria y violencia, y contra su descanso.

La espada de Guzmán abandonó la vaina con un sonido limpio. Lope también se hizo con la suya, respaldando la actuación de su superior. Los soldados tras ellos apuntaron sus pistolas al rostro de Bacon.

—¡Maldito seáis, y maldita sea vuestro castillo, señor! —vociferó el pequeño y valiente noble español—. Aquí está mi orden. Obedeced o morid. La decisión es vuestra.

Por un instante, Lope creyó que Francis Bacon se dejaría matar allí mismo. Pero a continuación, muy visiblemente, el inglés se amedrentó.

—Suplico a vuestra merced que seáis compasivo con una brizna rota —dijo—. Preguntad. Yo responderé.

En español, el Capitán Guzmán le dijo a Lope:

—¿Veis? El miedo a morir convierte a todos en cobardes.

—Sí, Excelencia —respondió en la misma lengua De Vega. Con la mirada fija en el rostro de Bacon, añadió —tened cuidado, señor. Creo que entiende nuestra lengua, tanto si la quiere hablar como si no.

—Gracias. Lo tendré, os lo prometo —Guzmán se dirigió en latín cuando volvió a centrarse en el inglés—. Así que sois hermano del abominable sodomita, Anthony Bacon.

—Yo… —Francis Bacon se mordió el labio—. Sí, soy el hermano de Anthony Bacon. Tal y como os había dicho.

—¿Dónde se encuentra vuestro hermano?

—No está aquí.

La punta del estoque de Guzmán se movió con agilidad y acarició el cuello de Bacon justo por encima de la gorguera y justo por debajo de la barba—. Eso no es lo que os he preguntado, inglés. Una vez más: ¿dónde está?

—Yo…yo…yo… no lo sé. Puede que me arrebatéis la vida, pero juro por Dios que es la verdad. No lo sé. Antes de ayer, se fue de esta casa. No sé a dónde se marchó. No le he visto desde entonces.

—¿Le avisaron? —preguntó en voz alta Lope.

—¿Pero quién? —reclamó el Capitán Guzmán—. ¿Qué español sería capaz de hacer algo tan malvado y traicionero?

—Quizás otro sodomita, uno secreto —apuntó De Vega.

Guzmán hizo una mueca y gruñó.

—Sí, maldita sea, eso podría ser. O también podría ser que aquí el *señor* “La casa es mi castillo” nos mintiera descaradamente. Si es así, lo lamentará mucho; pero podría ser así. Por Dios, lo descubriremos —se dio la vuelta y llamó a los soldados de caballería que estaban detrás de ellos—. Ahora echemos abajo este sitio —los soldados gritaron de alegría y regocijo.

Una de las primeras cosas que descubrieron en el vestíbulo anterior fue, no al

propio Anthony Bacon, si no un retrato de éste. Era incluso más pálido que su hermano, con una barba más larga, puntiaguda y rala, una nariz larga delgada y recta, en lugar de una repleta de bultos. Pero a pesar de las narices, el parecido entre ambos era sorprendente.

Apuntando al retrato, Lope les dijo a los soldados:

—Aquí está el hombre que buscamos. Quien le encuentre recibirá una recompensa —hizo tintinear las monedas de la bolsita del cinto. Los soldados sonrieron y se dieron codazos los unos a los otros. Con una sonrisa en el rostro, De Vega los alentó —adelante mis perros. Dad caza a ese conejo para nosotros.

Los españoles recorrieron la casa de los Bacon con una ferocidad metódica que revelaba que habrían tenido buen futuro como ladrones; cabía decir que algunos tenían ya alguna práctica en el oficio. Examinaron cada rincón que podía ocultar a un hombre, desde las bodegas hasta las cocinas y el desván. Hicieron agujeros en diversas paredes; algunas casas protestantes disponían de agujeros secretos que ocultaban con gran astucia. Algunos soldados salieron al tejado, Lope escuchaba el sonido de las botas sobre su cabeza.

No encontraron a Anthony Bacon.

—¿Cuántas pertenencias me dejarán? —preguntó su hermano Francis. Mientras tanto, los pasos de los soldados eran cada vez más pesados a medida que pasaba el tiempo, la pregunta parecía razonable.

Pero el Capitán Guzmán no parecía dispuesto a escuchar razones. Volvió a dejar caer la mano sobre la empuñadura del estoque.

—Dejad de lamentaros —dijo con una voz suave y mortal—. De lo contrario, empezaré a preguntar a vuestros sirvientes más jóvenes sobre vuestros hábitos.

Si tenía alguna prueba de que a Francis Bacon también le gustaban los niños, no se lo había mencionado a Lope. Pero si fue un tiro a ciegas, resultó tener efecto. El pequeño de los Bacon buscó horrorizado aire y se tornó aún más pálido que el retrato de su hermano.

Con paso firme, los soldados del tejado bajaron. Los que habían recorrido la casa regresaron al vestíbulo principal.

—No ha habido suerte, Excelencias —dijo el sargento—. No hemos encontrado ni una loncha de ese Bacon —ahora era él el que hacía la broma de De Vega.

Lope se esforzó en mostrar su parte más optimista.

—Le encontraremos.

—Le encontraremos o le echaremos del reino. —Asintió Guzmán. —Dejaremos que haga el sodomita en Francia o Dinamarca. Se lo merecen. Vayámonos —dirigió a Lope y al resto de la tropa de soldados de caballería fuera de la casa. Francis Bacon los observaba incrédulo, pero no dijo ni una sola palabra.

Cuando Lope montó su caballo y empezó a cabalgar de vuelta a Londres, pensó: “Nadie se atreverá, ahora, a llamar maricón a Guzmán, no después del modo en que ha perseguido a Anthony Bacon”. La tropa ya casi había llegado al acuartelamiento

antes de que se le volviera a ocurrir algo más en esta línea. “Nadie se atreverá ahora a llamar maricón al Capitán Guzmán, pero ¿ha demostrado realmente no serlo?” Ese pensamiento le mantuvo ocupado el resto del día, pero no obtuvo respuesta.

La expresión que Will Kemp dirigió a Shakespeare se encontraba a medio camino entre una mirada maliciosa y una mirada de ira.

—Bien, Maestro Poeta, ¿qué es lo que has hecho con Tom?

—Nada —respondió Shakespeare, mientras parpadeaba—. ¿No está aquí? —Miró alrededor del Theatre. Había llegado allí, poco después de él. No vio señal alguna del mejor actor joven de la compañía.

Kemp no dejó de mirarle con malicia.

—Y si no le has hecho nada, ¿qué es lo que querías hacerle?

—¡Nada! —volvió a repetir Shakespeare, esta vez algo alarmado. Tom era un atractivo, más que atractivo, joven, y semejantes relaciones se daban más que a menudo en el riguroso y a la vez masculino mundo del teatro. Pero lo que en otra época podría haber sido una broma, ahora podía ser mortal. Si los españoles o la Inquisición inglesa empezaban a preguntarse si era un sodomita, también podrían empezar a preguntarse si era un traidor. Al fin y al cabo, qué era la sodomía más que traición al Rey del Cielo.

Pero desde el vestidor se oyó una orden severa.

—¡Márchate, Kemp! Déjalo ya.

Si Richard Burbage le hubiera hablado en eso tono al bufón se hubiera desatado una discusión en ese mismo instante. Pero, ni tan siquiera Kemp, le faltaba al respeto a Jack Hungerford.

—¿Es que sabéis algo sobre este asunto? —preguntó al encargado de vestuario.

—Pues, algo, y más que algo, lo cual ya es algo más que tú —respondió Hungerford.

—¿Qué es lo que hay, maestro Hungerford? —preguntó Shakespeare. Quizás si todos se limitaban a los hechos, nadie se dedicaría a lanzar más insultos. “Y quizás el caballo aprendería a cantar”, pensó Shakespeare; algo más de griego, no del todo insensato, que había aprendido de Christopher Marlowe.

—Lo que sé no es totalmente seguro —avisó el encargado de vestuario. Shakespeare se preparó para aplacar a Will Kemp antes de que este pudiera aportar algún comentario sardónico; pero Kemp, por algún milagro, sencillamente esperó a que Hungerford prosiguiera—. Algunos sabrán y otros lo habrán deducido que Tom había sido… objeto de deseo de aquellos cuyos gustos se decantan hacia ese lado.

Eso resultó ser demasiado para Kemp para contenerse.

—Cuando surge ese afecto —dijo—, lo que quieren es meterles la...

No terminó la frase. Alguien, Shakespeare no logró ver quién, le arrojó un guijarro o un terrón de tierra. Emitió un graznido iracundo. Antes de que pudiera

hacer algo más, Shakespeare le interrumpió.

—Proseguid, maestro Hungerford, os lo ruego.

—Muchas gracias. Así lo haré. Como he dicho, es un Ganimedes capaz de tentar a cualquiera dispuesto a ser Júpiter. Pero incluso aunque Júpiter derrotara a Saturno, el Júpiter de Tom ha sido derrocado. Anthony Bacon ha huido de Londres, poco antes de que los españoles fueran a aprisionarlo.

—¿Bacon? —dijo Shakespeare—. ¿El primo de Lord Burghley? —Se había reunido con Burghley en la casa que pertenecía a Anthony Bacon y a su hermano menor.

Hungerford asintió.

—El mismo, me parece.

—¿Ha huido?

El encargado de vestuario volvió a asentir.

—Aún no lo han cogido, por lo que se cuenta. Al tratarse de un hombre de muchas facetas, probablemente habrá logrado cruzar al Continente, aún libre.

—¿Al Continente? No, señor. ¡No! —exclamó Kemp—. Si hubiera sido continente no habría tenido que huir, ¿no es así? ¡Por supuesto que sí! Un hombre de muchas facetas. No he sabido hasta ahora que la salchicha fuera una parte problemática del Bacon.

Shakespeare refunfuñó. Hungerford le miraba con reproche. Kemp se acicaló.

—¿Entonces Tom era el fogón de Bacon? —preguntó Shakespeare —yo mismo he visto a Bacon por aquí, pero nunca tuve conocimiento pleno de que propasara los límites de la decencia.

—Conocimiento pleno —repitió Kemp con un quejido fingido—. ¿Por qué crees que venía aquí? ¿Por las obras? —se rió con desdén ante la idea—. Dícese, que su hermano podría escribir igual, si quisiera.

—Una loncha de Bacon nunca habla —dijo indignado Shakespeare. Will Kemp abrió la boca para soltar otra pulla, luego hizo un gesto como de sorpresa mejor de lo que solía hacer sobre los escenarios, y lanzó una mirada de reproche a Shakespeare. El poeta le devolvió la mirada de manera insulsa.

Al margen de la acción secundaria, Jack Hungerford dijo:

—Me temo que Tom no regresará a los escenarios. Está manchado, y nos mancharía también a nosotros si siguiéramos usando sus servicios.

Eso tenía diversas posibilidades. Kemp no comentó ninguna. Shakespeare le observó un tanto sorprendido. “¿La riqueza del ingenio superada por la riqueza de las opciones?” se preguntó el poeta. Ninguna otra explicación tenía sentido.

Luego, de repente, Shakespeare alzó una mano hasta la boca para contener una carcajada. ¿Qué decía San Pablo en su epístola a los romanos? “Todas las cosas funcionan conjuntamente para bien de aquellos que aman a Dios”, ese era el verso. Ahora, ya no tenía que preocuparse por pedirle al católico Tom que representara *Boudicca* o por buscar una buena razón para no pedírselo. Acababa de encontrar una

buena razón, los mismos españoles se la habían proporcionado.

Pero cuanto más pensaba en ello, menos propenso se sentía a reír. Quizás el modo en que el verso de la epístola de San Pablo se había llevado a cabo en esta ocasión era una señal de que realmente Dios estaba de su lado, de lado de Lord Burghley, de lado de Elizabeth y de lado de Inglaterra. Shakespeare así lo deseaba con todo su corazón. Su causa necesitaba cualquier pedacito de ayuda que pudieran conseguir.

Hungerford siguió en su propio hilo de pensamiento.

—Al estar él manchado, me pregunto quién representará sus partes de ahora en adelante.

Will Kemp había evitado la tentación una vez, pero no lo iba a hacer una segunda vez.

—Hombre, si ese Bacon no hubiera jugado con sus partes, ahora nos preocuparíamos por otras cosas —el encargado de vestuario tosió. Shakespeare se hubiera molestado más con el cómico si ese pensamiento no hubiera pasado por su mente justo antes de que Kemp lo dijera.

La obra del día era otra representación de “Romeo y Julieta”; sin duda, la ausencia de Tom fue palpable, y los espectadores se hicieron oír. Caleb, que representaba el papel de Julieta en su lugar, se hizo un lío con las frases en diversas ocasiones y, aunque no hubiera sido así, no habría llegado a la altura de Tom.

Richard Burbage no estaba contento. En el vestidor, tras la representación, se encaró abiertamente con Shakespeare.

—Me han dicho que esto tiene que ver con la actuación de los españoles —dijo pesadamente.

—Eso mismo me han dicho a mí —respondió Shakespeare.

Burbage le miró con el ceño fruncido.

—Si no me hubieran dicho eso, te hubiera culpado de ello. Desde que esta locura tuya dio comienzo, la compañía está agitada, como por una cuchara, una cuchara muy larga.

—¿Una cuchara adecuada para dar de comer a los demonios? —preguntó Shakespeare, y Burbage asintió fríamente. Eso le dolió. Y para ocultar lo mucho que le había dolido, Shakespeare se entretuvo jugando con el encaje de su jubón. Cuando creyó que podía hablar sin mostrar lo que sentía, prosiguió —esto no ha salido de mí, no tenía nada que ver conmigo, ¿y me llaman demonio por ello? ¿Cómo me tratarías si fuera culpable de algo, después de haber vertido toda tu cólera sobre mi inocencia?

—Viniste a mí. Me dijiste, debemos evitar a Tom... porque así las cosas no avanzaban. ¿Y yo que te dije? Te dije, que prefería verle actuar.

—También dijiste que, a pesar de todo, lo arreglarías.

Burbage ignoró eso.

—Bueno, ahora se ha ido —su gesto imitó el gesto de arrugar un papel y lanzarlo. Luego se recompuso. —Yo dirijo esta compañía. ¿Acaso lo niegas?

—No, por supuesto, nunca podría.

También podría haberse mantenido en silencio. Burbage prosiguió como si lo hubiera hecho, y repitió:

—Yo dirijo esta compañía. Las tierras en las que nos encontramos, la casa en la que actuamos... nosotros, los Burbage, arrendamos unas y poseemos la otra. ¿Lo niegas?

—¿Cómo podría? —preguntó razonablemente Shakespeare—. Todo es totalmente cierto, cada una de esas palabras.

—De acuerdo, entonces. De acuerdo. —La exhalación furiosa de Burbage podría haber sido el resoplido de un toro justo antes de bajar la cabeza para embestir—. Y he aquí mi pregunta: si de algún modo me interpongo en tu camino, ¿quién me reemplazará? ¿Qué me sucederá?

Shakespeare deseó poder hacer como que no sabía de lo que le hablaba su compañero. Pero no podía, no sin convertirse en un mentiroso.

—No lo sé —respondió afligido.

—¡Pues que Dios te condene entonces, Will! —La explosión tormentosa de Burbage hizo que las cabezas de todo el vestidor se giraran en la dirección en la que se encontraban los dos actores. Shakespeare deseó poder desaparecer tierra abajo de la misma manera que había hecho por la trampilla cuando representaba al fantasma de “El Príncipe de Dinamarca”.

Cuando el rumor de la conversación volvió a retomarse y pudo hablar sin que todo aquel que hubiese en el repleto vestidor escuchara lo que decía, respondió:

—Hay algo en esto que no ves.

Burbage cruzó los brazos sobre el amplio pecho.

—¿Y es? —Por el tono de sus palabras, creía en todo lo que decía, y de forma muy clara.

—Si resulta que yo también me interpongo —replicó Shakespeare— a mí también me reemplazarán por otro, no sé quién. Me consideras el representante, Dick, y desearía que así fuera. Podría persuadirme a mí mismo de que quizás lo sea, ya que un hombre siempre es tiende a pensar que es libre. Pero no soy ningún representante, no soy más que una herramienta, una herramienta tan fácil de dejar de lado como cualquier cosa inútil de madera o de metal.

Esperó, mientras observaba a Burbage. El actor era un hombre al que le encantaba que le mirasen. Seguramente, se decidía bien antes de dignarse a mostrar a Shakespeare que se había decidido. Hizo de su decisión una actuación como si el Theatre estuviera repleto y todo el mundo le mirara únicamente a él.

—Quizás —dijo al final... un rey que concedía misericordia a un individuo que, probablemente, no la merecía. Shakespeare sintió que debía aplaudir.

—Me retiro a Bishopsgate —dijo en lugar de eso— tengo mucho trabajo que hacer en “El Rey Felipe”.

—Y en… —Burbage era vanidoso y tenía mal genio, pero no era estúpido. No nombraría, ni se acercaría a nombrar, *Boudicca*; no aquí, no donde tantos oídos

podían oírles.

—Sí —respondió Shakespeare y lo dejó en eso. Se puso el sombrero. Con su propia ración de vanidad de actor, lo caló bien sobre la frente para ocultar las entradas. Había despilfarrado algunos chelines en panaceas y elixires que tenían como objetivo hacer que el pelo volviera a crecer. Uno olía a alquitrán, otro a rosas, y otro a meado de gato. No obtuvo ningún beneficio de ninguno; ese último año había dejado de malgastar el dinero.

La cena de Cuaresma de tres peniques de la taberna consistía en unas gachas de pescado seco. El pescado seco tardaba horas en ablandarse y en purgar la sal en la que se conservaba. Incluso así, era asqueroso. También era barato y, sin duda alguna, ayudaba a acolchar las ganancias del local.

Dado que la taberna estaba repleta, Shakespeare trabajó ahí en “El Rey Felipe”. Cuanto más escribía de la otra obra, más se preocupaba por los ojos extraños que lo observaran. De regreso a la casa de huéspedes, pensó en sentarse junto al fuego para ver si trabajaba con la otra. La mayoría de la gente que habitaba con la viuda Kendall ya estaría acostada a esas horas.

Su casera aún estaba despierta cuando entró.

—Que tengáis una buena noche —le dijo.

—Igualmente, mi señora —Shakespeare se quitó el sombrero y le hizo una reverencia que el Teniente De Vega hubiera admirado. Jane Kendall sonrió tontamente; le gustaba que le hicieran ese tipo de cosas.

Pero su sonrisa desapareció cuando Shakespeare lanzó un trozo de leña fresca al fuego. Él ya sabía que causaría esa reacción, por lo que había intentado ablandarla con anterioridad. No hubo suerte.

—¡Maestro Will! —dijo en un tono de voz disgustado—. Con un invierno tan duro, ¿tenéis idea de lo cara que está la leña?

—En realidad, mi dama, ya la tenéis ahí desde hace mucho tiempo —dijo Shakespeare, tan dulcemente como pudo—. Os haríais leño para ahorrar leña, ¿no es así? —Sonrió, para seguir tratando de ablandarla y porque le agradó su juego de palabras.

No logró satisfacerla, porque no se percató de ello.

—Chalada, me llama —refunfuñó sin dirigirse a nadie en particular; quizás trataba de convencer a Dios de los pecados de Shakespeare—. ¿Compra la leña que no ahorra? Virgen, pues no. ¿Se preocupa de lo que cuesta? Virgen, tampoco eso. ¿Pero me ha llamado leño? Virgen, sí lo hizo. Me llevará a la histeria, a la histeria y a la cama. —Con esa nota anticlimática, abandonó la sala.

Shakespeare acercó una mesa y una silla cerca del fuego. Sacó la última hoja de papel para *Boudicca*, no las otras, y se puso a trabajar. Unos minutos más tarde, bostezó. A lo largo de los años, se había acostumbrado a escribir obras en momentos extraños arrebatados por otro trabajo o el sueño.

Algo le rozó el tobillo. Antes de que pudiera empezar, el gato maulló.

—Buenas tengas, Mommet —Shakespeare rascó al gato gris atigrado detrás de las orejas y le dio unas palmaditas sobre la espalda. Mommet ronroneaba extático. Cuando Shakespeare dejó de acariciar al gato para poder escribir, éste se irguió sobre sus patas traseras y le golpeó la espinilla con una pata delantera como queriendo decir: “¿Por qué no sigues con lo que hacías?”

Le miró y se sintió algo intranquilo. “¿Se sentaría así un gato normal?” se preguntó. “¿O tiene más ingenio este gato que el que tiene un gato normal?” Aún ronroneando, la bestia se sentó en una posición improbable y empezó a lamerse las partes íntimas y el ano. Shakespeare se rió. ¿Haría un familiar algo tan poco digno?

Cicely Sellis apareció en la entrada.

—Que Dios os bendiga con una buena noche, maestro Shakespeare —dijo; desde luego, no tenía ningún problema en pronunciar el nombre del Señor, como se decía que ocurría con las brujas—. ¿Habéis visto a...? Ah, ahí está. ¡Mommet!

El gato siguió lamiéndose cuando Shakespeare respondió:

—¿Y vos, señora Sellis?

Chasqueó los dedos y arrulló. Mommet siguió ignorándola. Con un triste y suave gruñido sonrió a Shakespeare.

—Hace lo que quiere, no lo que yo querría.

—La preocupación mató al gato, o eso es lo que dicen —contestó el poeta.

Entre risas, la mujer astuta respondió:

—Si se murieran de preocupación, viviría para siempre. Pero, ¿cómo os va todo? ¿Os ha molestado mientras trabajabais? ¿Lo hago yo?

—No, y no —dijo Shakespeare, el primer *no* era verdadero, y el segundo era por educación—. Bastante bien. ¿Y a vos?

—Bastante bien, como decís —respondió Cicely Sellis—. En realidad, me place haberos conocido, ya que vuestro nombre está en boca de todos.

—¿Entonces, conocéis a mis acreedores? —dijo Shakespeare—. Mejor podrían venir a vos por sus fortunas que a mí.

—Una cosa que no había oído es que estabais en deuda —hizo una pausa, y le lanzó una mirada severa—. Oh. Os preocupáis por la fortuna.

—Si tuviera una, mi señora, no debería preocuparme por ella.

Resopló. Eso hizo que el gato levantara la vista y dejara de arreglarse. Volvió a chasquear los dedos. El gato se levantó, se estiró, ronroneó… y volvió a rozarse contra Shakespeare.

—¡Infame y veleidosa bestia! —exclamó Cicely Sellis en ira fingida.

Shakespeare se agachó y acarició al gato. Éste empezó a ronronear aún con más fuerza.

—Sí, la traición está en ellos, les corre por la sangre —dijo.

—Bueno, entonces ¿en qué se diferencian de algunos hombres? —preguntó.

Eso le puso en una situación incómoda; más aún, teniendo en cuenta lo que estaba escribiendo. Dejó de toquetear al gato gris atigrado. Éste le miró y le maulló. Cuando

no volvió a comenzar, caminó en dirección a su ama.

—Y ahora crees que te aceptaré sin más, ¿eh? —le dijo mientras lo recogía del suelo. Ronroneó. Ella se rió—. Quizás estés en lo cierto —echó una mirada a Shakespeare—. ¿Será mejor que os desee buenas noches?

—En absoluto —respondió, nuevamente por cortesía: por cortesía y curiosidad—. Pensaréis que soy vanidoso, señora Sellis, pero ¿de qué bocas habéis oído hablar de mí?

La vanidad tenía algo que ver con la pregunta, pero no mucho; no era Richard Burbage. Pero, quizás, se enteraría de algo útil, algo que le ayudara a mantenerse con vida. Cuanto más supiera, mayores serían sus probabilidades. Estaba seguro de ello. También estaba seguro, seguro por desgracia, de que éstas no eran muy buenas, por mucho que supiera.

—¿De qué bocas? —Cicely Sellis frunció el ceño antes de seguir—. Eso no os lo diré, no directamente. Muchos de los que vienen a mí preferirían que no se supiera que recurren a una sabia. Los hay que me llamarían bruja.

—Lo creo —dijo Shakespeare. “¿Qué hay en un nombre?” se preguntó. Sin duda alguna, la Inquisición inglesa podría ofrecerle una respuesta más detallada.

—Quizás sí —le dijo—. Pero creedme también cuando os digo que no pasa un solo día sin que oiga alguna frase sobre vos, repetida por alguien al que le agrada el sonido, le agrada el sentido, y no sabe, no se preocupa, de donde procede. “¿Quién no ama que no haya amado alguna vez a primera vista?” o…

Shakespeare se rió.

—Disculpadme, os lo suplico, pero eso no es mío, y Kit Marlowe se enfurecería si así lo proclamara.

—Oh —ella también se rió—. Soy yo la que debe pediros perdón, por hablar de vuestras palabras y hablar de las de otro. ¿Acaso no soy más que una maldita mujerzuela desleal, como mi propio gato? Aun así, hablo suave.

—Me enaltecéis en exceso —dijo Shakespeare.

—Os enaltezco, cierto, pero ¿demasiado? Permitidme que lo dude. ¿Por qué no debería sorprenderme oír a los españoles admirar vuestra obra?

Miró lo que acababa de escribir. La Reina Boudicca, que había sido flagelada por los ocupantes romanos de Bretaña, y cuyas hijas habían sido violadas, incitaba a los icenos a la revuelta diciendo:

“La piedad y el amor en Roma y en el infierno pecado son.
Si Roma terrenal fuera, ¿por qué os condena a
Venerarla con rodilla por su decoro?
Es cruel; y, así mismo lo reconocéis vosotros,
Aspira a la cumbre de toda impiedad;
Por lo que se supone que debo rendir honor
A los hogares en los que habitan los bretones inamistosos

Con regocijo despreocupado; en los que los benditos dioses del hogar
No ven más que pureza simple y casta.
No es el alto poder lo que hace divino un lugar,
Ni que los hombres de los dioses la línea traten de derivar;
Pero pensamientos sacros, en pechos santos almacenados,
Hacen la gente noble y el lugar adorado.”

¿Qué dirían los españoles si oyeran estas líneas? “¿Qué dirán los españoles cuando oigan estas líneas?” Se rió. No pudo controlarse.

—Me permito dejar en duda que las admiren.

Cicely Sellis malinterpretó la razón de su júbilo, si es que era júbilo. Sonó enfadada cuando dijo:

—Si no os veneráis a vos mismo, ¿quién lo hará en vuestro lugar?

—Me parece que los españoles no —respondió.

—¿Pero no les he visto entre los espectadores? —le recriminó—. ¿Y no os he visto mantener conversación con ellos? ¿Vienen a vuestro Theatre por lo que os desprecian?

“Maldito seáis, Teniente De Vega”, pensó Shakespeare, y no por vez primera. No sólo amenazaba con descubrir su traición cada vez que aparecía, si no que ahora también le había costado un argumento. La ira de Shakespeare hacia el español era totalmente por ser tan irracional.

Cuando no respondió, la sabia sonrió con una sonrisa que le decía que sabía que había ganado.

—Cuando los españoles y sus mujeres vengan a verme, ¿queréis que les pregunte qué piensan de vos?

—¿Los españoles... vienen a veros, señora Sellis? —preguntó lentamente Shakespeare.

—En realidad, sí —respondió—. ¿Por qué no deberían hacerlo? ¿No son hombres igual que otros? ¿No tienen los mismos miedos que otros hombres? ¿Enfermedades igual que otros? ¿No temen que sus amantes se hayan quedado preñadas o hayan contraído la viruela, o ambas cosas? Sí, pues entonces vienen a mí. Algunos españoles preferirían acudir a los egipcios atezados que vagabundean, que también los hay en su país; pero me visitan a mí.

—Muy bien. Os creo. Pero os agradecería que no nombrarais mi nombre en su presencia, ni que llegara a sus oídos.

Shakespeare creyó que hablaba en voz baja, tranquilamente. Pero el vello de la espalda de Mummet se erizó. Los ojos del gato, que reflejaban el fuego de la chimenea, destellaban como antorchas, mientras soplaba y escupía. Por la forma en la que se encontraba entre Shakespeare y su ama, podría haber sido un perro de guardia defendiendo la casa.

—Tranquilo, mi pequeñín, mi pollito, tranquilo —Cicely Sellis se inclinó y

acarició al gato. Poco a poco, el pelo se deserizó. Una vez volvió a ronronear, ella levantó la vista hacia Shakespeare. —No temáis. Será tal y como deseéis.

—Lo cual os agradezco.

—Entonces os dejo —dijo, mientras acogía a Mommet entre sus brazos—. Buenas noches y buena suerte.

Habló como si pudiera divisar esa suerte. Shakespeare deseó que alguien pudiera hacerlo: la aceptaría gustosamente de donde fuera que procediera.

VII

Lope de Vega levantó la vista del papel.

—Os lo suplico, maestro Shakespeare, perdonadme —dijo—, pero vuestra letra no es fácil para alguien que no está acostumbrado a ella.

—No sois el primero que me decís eso —respondió el poeta inglés—, por lo que supongo que la crítica lleva algo de razón.

Estaban sentados en una esquina del escenario del Theatre, con las piernas suspendidas sobre el suelo donde se situarían los mosqueteros. Tras ellos, las espadas chocaban ruidosamente mientras los actores practicaban sus movimientos para el espectáculo de la tarde. Con una mirada por encima de su hombro, Lope sabía distinguir, en un abrir y cerrar de ojos, quién había utilizado en serio una espada y quién solo se pavoneaba sobre el escenario.

Pero esa no era su preocupación. Lo eran las palabras prácticamente ilegibles en la hoja que sostenía en la mano izquierda. Señaló un pasaje que, una vez descifrado, le había gustado particularmente.

—¿Esta es vuestra hereje Reina Elizabeth, que se dirige al comandante de Su Majestad Católica cuando está de camino hacia la torre?

—Exactamente —Shakespeare asintió.

—Es muy verosímil —dijo Lope y empezó a leer:

"¡Deteneos, hermano español! Cortés conquistador,
Victorioso Parma, sentid las lágrimas que derramo
Lágrimas de una madre fuera de sí por su país:
Y si alguna vez amasteis vuestra España,
Pensad que Inglaterra es igualmente ¡O! amada por mí.
Si no es bastante que me lleven aquí
Para embellecer vuestros triunfos y vuestro poder,
Cautiva vuestra y de vuestro yugo español,
¿Debe mi pueblo ser masacrado en las calles,
Por actos valerosos en nombre de su país?
¡O! Si al luchar por el señor y la comunidad
Demostrarais piedad, ahora sería el momento."

—¿Servirá así? —preguntó Shakespeare ansioso.

—Excelente —contestó Lope al momento—. En realidad su súplica de misericordia es un toque maestro. ¿Cómo llegasteis a perfilarlo de este modo?

—Pensé en lo que le habría dicho al Rey Felipe, en caso de que hubiera venido a Londres, y luego le hice hablar con esas mismas palabras a su general —explicó Shakespeare.

—Ah. —Sentado, Lope no podía hacer una reverencia; pero se quitó el sombrero

e inclinó la cabeza para mostrar hasta qué punto su respuesta le complacía—. Muy inteligente. Y la respuesta del Duque de Parma es perfecta... perfecta os lo aseguro —volvió a retomar la lectura:

"A petición de mi tío, os perdono la vida,
Ya que la clemencia está por encima del dominio de este reino:
Es lo más poderoso de lo todopoderoso; sienta
Mejor que la corona al monarca sobre su trono;
Reina en los corazones de todos los reyes,
Y les bendice con lo que quita y lo que da."

—Si os satisface, estoy contento —murmuró el inglés.

—¿Satisfacerme? ¡Sois demasiado modesto, señor! —gritó Lope. Mientras Shakespeare negaba con la cabeza modestamente, el español prosiguió—. Si el Rey Felipe pudiera leer estas maravillosas palabras que habéis escrito en su nombre. Como yo lo hago, también él las alabaría. ¿Conocéis el Escorial, a las afueras de Madrid?

—He oído hablar de él —respondió Shakespeare.

—Será el monumento de Su Majestad Católica por siempre jamás —contó Lope—. Y me parece que vuestra obra "El Rey Felipe" vivirá igualmente para la eternidad.

—Esperemos que el Rey aguante muchos años —dijo Shakespeare en voz baja—. Que esta obra tarde muchos años en ser representada.

Lope se santiguó.

—Sí, que así sea, aunque me temo que ese día llegará antes de eso —dio un golpecito con la uña sobre la hoja de papel—. Presentaré un excelente informe sobre esto a mis superiores.

—Muchas gracias —replicó el inglés.

—No, no, no —De Vega agitó la mano adelante y atrás—. Yo debería daros las gracias, *señor*. Una vez más demostráis ser el poeta que don Diego sabía que erais.

Will Kemp avanzó furtivamente hacia ellos.

—¿Qué asunto has introducido para un bufón? —preguntó en un gimoteo chillón.

—Es una obra sobre la muerte del Gran Rey —aclaró Lope con frialdad; no le gustaba Kemp.

—Más razón para burlas y bromas —replicó el cómico.

—Estás equivocado —dijo De Vega, aún con más frialdad.

Para su sorpresa, Shakespeare se puso de su lado.

—No, Teniente, por suerte no —dijo, y Lope se sintió traicionado. Shakespeare prosiguió—. Endulzar el brebaje de leche caliente condimentada con miel, que baja y se asienta en el fondo. Sin lo mismo… —Negó con la cabeza.

—Tengo dificultades para creer esto —dijo Lope.

—¿Entonces quién es el estúpido? —preguntó Will Kemp. Continuó—. Fue el primero en ir armado —un cambio repentino de voz para decir: —Pero si no fue armado…—Vuelta a la primera voz—. ¡Qué! ¿Es que eres pagano? ¿Cómo interpretas las Escrituras? Éstas dicen que Adán cavó: ¿Cómo pudo cavar sin ir armado con una azada?

—Confesaos un alcornoque —interrumpió Lope—. ¿Qué significa este sinsentido?

Sosegadamente, Shakespeare le explicó:

—Pertenece a mi “Príncipe de Dinamarca”, señor, la obra que no hace mucho tiempo fuiste lo suficientemente amable de elogiar.

Kemp se inclinó y cogió la cabeza de Lope entre sus manos. El español trató de deshacerse, pero no pudo; el bufón era más fuerte de lo que aparentaba. Solemnemente, y, Lope se percató más tarde de ello, en una imitación excelente de Richard Burbage, Kemp entonó:

—¡Pero si es el pobre Yorick! Yo le conocía, Horacio —como si la cabeza de Lope fuera la calavera del pobre bufón muerto en la obra—. Yo le conocía, Horacio. Era un hombre de gran ingenio, y de fecunda imaginación. Mil veces cabalgué a sus espaldas siendo niño... y ahora, me siento horrorizado antes su mirada. Aquí se encontraban aquellos labios que besé un sinfín de veces... —Besó a Lope en la boca y le soltó.

Furioso, Lope se puso en pie. Desenvainó el estoque.

—¡Patán grosero! ¡Moriréis por esto!

—Parad —ordenó Shakespeare—. ¡Deteneos! Solo dio su opinión con palabras.

Kemp parecía demasiado estúpido para preocuparse de si vivía o moría. Apuntando a Lope, gritó:

—No tenía palabras, y ha tenido que echar mano de su espada —con una reverencia burlesca, añadió—. No temas más besos. No soy tan zoquete como para dejar que hagas “Bacon” de mí.

—¡Qué todas las plagas del sur caigan sobre ti! —exclamó Lope. Pero no atacó al odioso bufón.

Lamentó su moderación un rato más tarde cuando Kemp volvió a hacer una reverencia y preguntó:

—¿Por qué estáis aquí?

—¡Marchaos, los dos! —gritó Shakespeare—. ¡Basta ya! Maestro De Vega esta vez os pido disculpas en nombre de este payaso por...

—No quiero disculparme, no ante alguien como él —interrumpió Kemp, que casi volvió a escupirle encima.

—¡Silencio! Una palabra más hará que te reprenda, si no odiarte —le dijo el poeta inglés. Shakespeare se dio la vuelta y encaró a Lope—. Os pido disculpas en su nombre, señor, ¿pero qué puede hacer un payaso más que payasadas?

Con la respiración agitada, De Vega envainó la espada.

—Por vos, maestro Shakespeare, reservaré mi riña.

Pero no era por Shakespeare, al menos no del todo, que no seguía adelante. Shakespeare le había dado una excusa honrosa, sí, y la había aceptado. Pero Will Kemp, "que los demonios del infierno le atormenten", pensó Lope, había tenido razón, y había demostrado estar en lo cierto, sin importar el modo ofensivo en que lo había demostrado. Lope no lo admitiría delante del bufón; pero no podía evitar tener que admitirlo ante sí mismo.

—Os lo agradezco —dijo Shakespeare.

—Yo no —Kemp se marchó caminando de forma amanerada, y sacaba el trasero a cada paso que daba.

—Que las puertas se cierren ante él —dijo Lope con los dientes apretados— que sólo pueda hacer el payaso en su propia casa.

—En realidad, es bastante inteligente para representar el papel —Shakespeare respondió con un suspiro—, y para hacerlo bien se requiere de determinado ingenio.

—Ciertamente, tiene momentos en los que parece ingenioso; pero no muchos —dijo De Vega—. Y lo que hay aparte de su ingenio no es muy de mi agrado.

Con otro suspiro Shakespeare respondió:

—¿No habéis visto suceder esto con otros actores anteriormente? La diferencia entre a quién representan y quiénes son se entremezcla incluso en sus mentes.

—Lo he visto —Pero Lope no estaba dispuesto a dejarlo allí—. Si esto es así con Kemp, mandadlo a… ¿Cómo se llama el sitio ese al que enviáis a la gente fuera de sí y lunática?

—A Bethlem, en Bishopsgate —contestó enseguida Shakespeare.

—A Bethlem, *sí. Gracias* —dijo Lope—. Que viva allí cuando no se encuentre sobre el escenario, y haced un espectáculo para el gran público cuando no actúe —el poeta inglés solo extendió las manos como para preguntar, "¿qué podéis hacerle?" Y, dado que las flaquezas de Kemp no eran realmente culpa de Shakespeare, De Vega también extendió las manos, como si silenciosamente le contestara, "nada". En voz alta prosiguió—. Como decía, presentaré un buen informe sobre el progreso a mi superior, el cual, no tengo duda, llegará en breve a oídos de don Diego.

—Me alegro de que os satisfaga —dijo Shakespeare—. Y, os lo garantizo, una vez el maestro Kemp tenga sus líneas en las que representar sus payasadas, se convertirá en un hombre decente; como parecería, en un día de verano, un caballero maravilloso.

—Que Dios os oiga —Lope sabía que no había sonado convencido. Hizo una reverencia—. Me marcho.

Cuando regresó al acuartelamiento español, Enrique no le permitió ver al Capitán Guzmán hasta que no hubiera recitado y traducido las frases de Shakespeare para Elizabeth y el Duque de Parma. Cuando hubo acabado, el sirviente de Guzmán se besó las yemas de los dedos juntos como un joven enfermo de amor.

—Nuevamente, Teniente Primero, admiro vuestra fluidez en el inglés. Si lo hablara mejor, estaría con vos en el Theatre en todo momento hasta que mi jefe me azotara con varas para regresar a su servicio.

Lope le creyó.

—Su Excelencia os azotaría para conseguir que *no hicierais algo* —comentó—. Con Diego… —No acabó la frase. Enrique era lo suficientemente inteligente, más que inteligente, como para sacar sus propias conclusiones—. Ahora que ya he hecho lo que debía, sé tan amable de llevarme junto a tu señor.

—Por supuesto. Si queréis tener la amabilidad de acompañarme...

Baltasar Guzmán escuchó con atención a Lope. Cuando De Vega empezó a recitar el fragmento inglés, su superior alzó una mano.

—Ahorradme eso. No conozco suficientemente bien la lengua como para entenderlo. Dadme lo esencial, *en español*.

—De acuerdo, Excelencia —dijo Lope, y obedeció.

Cuando hubo finalizado, Guzmán asintió.

—Todo esto suena muy bien, Teniente. Pero tengo una pregunta —Lope también asintió, con una mirada como si no esperara nada con más impaciencia—. ¿Podéis estar seguro de que no se oculta nada de traición, de la que un inglés se percatara pero vos no? En otras ocasiones habéis hablado de la sutileza del ingenio de Shakespeare —le preguntó el Capitán Guzmán.

La pregunta era mejor, más seria y más importante de lo que Lope había esperado.

—Yo... —empezó a decir, y luego negó con la cabeza—. No, señor, no puedo estar seguro de ello. Tengo fluidez en el inglés, pero no es perfecto. Aun así, el Maestro Censor le echará un vistazo antes de que aparezca en escena. Puede que a mí esto o aquello se me pase por alto. No a él.

—Sí. Así es —El Capitán Guzmán asintió y pareció aliviado—. Y el señor Edmund es de plena confianza —chasqueó la lengua entre los dientes—. Tengo que asegurarme de que siga siendo de fiar, ¿eh?

—*¿Quis custodiet pisos custodes?* —señaló De Vega.

—Exactamente. ¿Quién vigila al vigilante? —Guzmán lo tradujo al español. Miró a Lope, el cual sintió un repentino miedo aterrador a que el pequeño noble le asignara la tarea. Pero Guzmán sacudió la cabeza, como si le hubiera leído el pensamiento a De Vega—. Os quedaréis donde estáis. Lo estáis haciendo muy bien, y no tengo a nadie que pudiera reemplazaros. Así que vuestro estimado Shakespeare realmente está escribiendo la obra, ¿eh?

—Cierto es, Excelencia —respondió Lope.

—Bien. Muy bien —dijo el Capitán Guzmán—. Una zorra inglesa más; pagadle y hará lo que queráis.

Shakespeare estaba harto de queso y de pescado seco, incluso del pescado fresco. Lo que quería era un filete, caliente, chisporroteante y jugoso. Cuando le refunfuñó a Kate en la taberna, ella se inclinó hacia él y le habló en voz baja.

—Podéis tener lo que ansiáis, pero no por los tres peniques de una cena normal.

—¿Eh? —Miró a su alrededor. Sólo había un par de hombres sentados en la taberna y discutían tranquilamente sobre algunos asuntos de negocios. Aun así, respondió también en un susurro—. ¿Vuestro jefe ha destinado una sala cerrada para esos tratos?

—Así es, arriba. Por un chelín…

Con una carcajada, Shakespeare negó con la cabeza.

—Será pescado seco —¿valía la pena un filete que, al estar prohibido, cuadruplicaba su precio? No para él.

Y has sido prudente de no traicionarte por una minucia, por miedo a que descubran tu traición mayor, pensó.

—He oído que ésta no es la verdadera Cuaresma —le dijo Kate— lo que haría que comer carne en esta época no fuera pecado.

—Yo he oído lo mismo —admitió Shakespeare—. Pero los curas dicen lo contrario, y la suya es palabra de peso —estaba contento de que ella creyera que se abstenía por miedo al pecado tanto como por el precio. Cuanto más tenía que ocultar, menos quería que nadie pensara que tenía algo que esconder.

Casi había finalizado su cena poco satisfactoria de Cuaresma cuando alguien que no era cliente habitual entró en la taberna y miró a su alrededor. Shakespeare necesitó unos segundos para darse cuenta de que, a pesar de que no había visto al hombre allí antes, lo conocía. El nuevo cliente le reconoció en ese mismo momento, y se acercó a su mesa.

—Maestro Shakespeare, y no me equivoco —dijo.

—Así es, Condestable Strawberry —respondió Shakespeare—. Que tengáis una buena noche.

—Igualmente —el condestable se sentó en un taburete. Hizo una señal a Kate—. Vino de jerez, y rápido.

Cuando la sirvienta lo trajo, Shakespeare dio gracias a Dios de no haber traído *Boudicca* a la taberna; aunque, se recordó a sí mismo, que Walter Strawberry también podría haber venido a su casa de huéspedes. Luchando contra esa preocupación, dijo:

—¿Qué os trae por aquí?

—Se podría decir que busco zopencos —contestó solemnemente Strawberry. Asintió, complacido con su frase—. Sí, busco zopencos.

“Mira tu reflejo en un vaso, y encontrarás uno bien grande”. El pensamiento se cruzó por la mente de Shakespeare. Controló la necesidad de soltarlo ante Strawberry. Will Kemp no se lo hubiera pensado dos veces, pero Kemp tenía poco que perder. Se

puso la máscara de actor amable y le preguntó.

—¿Y qué es lo que habéis encontrado?

—Algo de esto, algo de aquello —respondió Strawberry—. Por ejemplo, que vos y el apuntador expirado, a saber, un tal Geoffrey Martin, estuvisteis a punto de discutir no mucho antes de su temprano fallecimiento. Perdonad que sea tan aburrido, pero esto es lo que hay.

—He trabajado con el maestro Martin desde que llegué a Londres y me uní a la compañía de Lord Westmorland —Shakespeare se esforzó por no sonar preocupado o temeroso—. Siempre que le daba una obra por vez primera discutíamos. ¿Habéis descubierto eso a partir de vuestros interrogatorios?

El Condestable Strawberry asintió solemnemente.

—Lo he hecho, señor. Y así ha sido. ¿Por qué razón se desató la discusión?

—Porque él quería cambiar lo que yo hubiera dejado igual —respondió Shakespeare—. Cualquier hombre que escriba una obra discutirá con el apuntador de la compañía. ¿Habéis descubierto eso a partir de vuestros interrogatorios?

—Así es, señor —repitió Strawberry.

—Entonces por qué —Shakespeare casi repitió la fórmula “por qué razón”— venís aquí?

—No temáis, maestro Shakespeare. Me acerco cada vez más a la verdad, eso es —el condestable cogió un pedazo de papel del bolsillo, lo miró, y volvió a ponerlo en su sitio—. ¿Conocéis a un hombre llamado Frizer?

—¿Frizer? —repitió el poeta. Strawberry asintió. Shakespeare negó con la cabeza y se encogió de hombros—. No, señor. No me suena ese nombre.

—Ingram Frizer, se hace llamar —prosiguió Strawberry.

Una sensación helada recorrió a Shakespeare. Esperaba que no se notara su sorpresa y consternación. Ese cuchillero bocazas que le había preguntado si Geoff Martin le estaba causando problemas… El poeta se obligó a volverse a encoger de hombros.

—No soy el más indicado, señor.

—Pues bueno. He dicho lo mismo, exactamente lo mismo, durante mucho tiempo, así es —el condestable alzó su taza y llamó a Kate—. Aquí, querida, tráeme otra si eres tan amable.

—No puede evitar serlo —apuntó Shakespeare.

—Ah, ¿en serio? Eso me gusta en una mujer, la amabilidad. Os agradezco que me lo hayáis contado —Strawberry puso un dedo junto a la nariz y le guiñó el ojo. Cuando la sirvienta le rellenó la taza, éste le dio una palmadita en el trasero.

Ella vertió vino sobre su regazo. Él soltó un graznido sobresaltado.

—Oh, perdonadme. Os pido disculpas —dijo ella dulcemente, y volvió tras la barra.

Strawberry echaba humo.

—Creía que me habíais dicho que era una persona amable—refunfuñó mientras

se secaba—. No he visto ni una pizca de esa... Virgen, nada —sorbió lo que le quedaba de vino, con una expresión aún de amargura.

—Seguramente ha sido un malentendido —dijo Shakespeare.

—Sí, claro, había entendido que ella... —El condestable dio otro sorbo a la taza, la dejó sobre la mesa, y miró a Shakespeare como si acabara de darse cuenta de que se encontraba allí—. Ingram Frizer —volvió a decir.

—Ya os lo he dicho, señor, no conozco a ese hombre.

—Ya me lo habéis dicho. Oh, sí, ya me lo habéis dicho —el Condestable Strawberry asintió con la cabeza, y siguió asintiendo como si funcionara con un mecanismo a cuerda—. Pero conocéis a un hombre que conoce al antes mencionado Frizer.

—No que yo sepa —dijo Shakespeare.

—Ah, que vos sepáis —Strawberry aún asentía, quizás sabiamente—. Conozco toda clase de cosas de las que no tengo conocimiento. Pero digo lo que digo, aunque sea en detrimento del hombre.

—¿Qué hombre? —le preguntó Shakespeare, con la esperanza de que una muestra de temperamento ocultara su creciente temor—. Os ruego me digáis ya quién es y que habléis con al galope. Una pulgada más de retraso equivale al descubrimiento de los mares del sur. Sacad el corcho de vuestra boca para que pueda beber vuestra información. Verted el nombre de ese hombre misterioso como el líquido sale de la botella de vino

—Como gustéis, señor, lo haré. Su nombre es Nick Skeres. ¿Vais a decirme que no lo conocéis, eh? ¿Vais a hacerlo?

A Shakespeare le hubiera gustado, pero no se atrevió. Demasiada gente le había visto en compañía de Skeres, y podrían apuntar que mentía.

—Sí, nos conocimos —admitió—. Él y yo no somos amigos, pero nos conocemos.

—¿Con que no soy amigos, eh? —Walter Strawberry se inclinó hacia delante, e hizo uso de su masa para intimidar—. ¿Entonces sois enemigos? ¿Es eso?

—No —respondió Shakespeare—. Tan sólo he dicho que no somos amigos. No conozco lo suficientemente bien a ese hombre como para llamarlo mi amigo, ni él a mí tampoco, supongo.

—Ya veo —Strawberry no daba señales de si creía lo que el poeta le había contado—. ¿Sabéis dónde podemos localizar a este tal Nick Skeres?

—¿Os referís a dónde vive?

—¿No es eso lo que acabo de decir?

—Quizás. Disculpadme, Condestable, pero no lo sé. Como os he dicho, no somos más que conocidos, no amigos.

Esperó tenso a la siguiente pregunta que le lanzaría Strawberry. El condestable no era inteligente, pero era concienzudo. Quizás, necesitaba más tiempo del que necesitaba un hombre más listo para encontrar sus respuestas, de hecho lo hacía;

pero, al final, las encontraba. Aunque no esa noche. Mientras se acababa el vino, se puso en pie.

—Os agradezco el rato que habéis compartido conmigo, maestro Shakespeare. Con suerte, con el tiempo, se demostrará, por vuestro bien, que no tenéis nada que ver. Espero que así sea. Que tengáis buen día. —Salió de la taberna.

—¿Quién era ese hombre? —le preguntó Kate una vez Strawberry hubo cerrado la puerta tras sí—. Decidme que es amigo vuestro, y ya no seréis más el mío.

—¡Dios me salve, no! —exclamó Shakespeare—. Es el condestable de Shoreditch, que investiga la muerte del pobre Geoff Martin, del que creo que ya os he hablado alguna vez.

—¿Un condestable? Debería haberlo sabido —dijo Kate misteriosamente—. Con la ayuda de un cirujano puede que se recupere, y demostrarse que es un burro.

—Al fin y al cabo, no es más que un burro... con un cargo, no lo olvides.

—Diría más que eso sobre él... pero es igual, es igual. Ponerme las manos encima, ¿cómo ha podido? Virgen santa, será mejor que me bañe para limpiar la suciedad. ¡Un condestable! —murmuró algo más que Shakespeare, quizás afortunadamente, no alcanzó a entender.

Trató de regresar a su residencia y trabajar allí en *Boudicca*. Pero acababa de sentarse junto al fuego cuando Cicely Sellis salió de su habitación con un tipo moreno que levantó el sombrero y le dijo:

—*Muchas gracias* —y se desvaneció en la noche.

De la forma más informal que pudo, Shakespeare le dijo:

—Ese era español —esperaba que sus palabras no delataran el sobresalto de su corazón.

La mujer sabia asintió.

—Es… amigo de una mujer que vienen aquí a menudo, y ha aprovechado para hacerme una pregunta.

—Espero que os pagara bien —dijo Shakespeare.

Cicely Sellis volvió a asentir, sonrió.

—Sí lo ha hecho. Los españoles son estúpidos con su dinero, nada más. Si le he dado plena... satisfacción, no lo sé, aunque espero que haya sido así.

—Ah —Shakespeare quería preguntarle qué era lo que quería el español; pero había temido que no se lo quisiera contar. Ahora pensaba saberlo, sobre todo porque el hombre era de mediana edad—. ¿Tenía problemas para alzar la cosa?

—Algo así —la diversión se reflejaba en los ojos de Cicely Sellis.

—¿Y tenéis un remedio para reafirmar lo flácido? —Shakespeare tosió—. Lo pregunto por curiosidad, nada más.

—Así es —el brillo de diversión se hizo más vivo—. ¿Cómo decirlo? A menudo, cuando un hombre cree que yo tengo el remedio, entonces lo tengo.

Shakespeare también se divertía.

—¿Fuertes razones para fuertes actos, entonces? —preguntó.

—A veces es así, maestro Shakespeare —dijo la mujer—. Sí, a veces es así. A menudo nuestros remedios residen en nosotros mismos.

—Cierto es. Sin duda alguna, cierto es. Si más personas lo supieran.

Ahora Cicely Sellis negó con la cabeza.

—No, no digáis eso. Si eso no fuera un secreto bien guardado, ¿quién visitaría a una curandera entonces? Hacedlo público y moriré —apretó las manos juntas en fingida angustia.

—No —Shakespeare se carcajeaba mientras negaba con la cabeza.

—¿Cómo que no? ¿Cómo podría ser de otra manera?

—¿Cómo? Os lo diré directamente. ¿Cuál son las maldiciones comunes entre los seres humanos? La estupidez y la ignorancia. Chiflado está aquél que no atiende a la razón. Ahora recuerdo un dicho que decía: “El necio piensa que es sabio”; tan fácil os será impedir al mar que obedezca a la luna, como destruir con vuestros juramentos y explicaciones la estructura de la locura de un hombre.

—No creéis que Dios los haya hecho.

—Creo que Dios los hizo…estúpidos —dijo Shakespeare—. ¿O acaso me lo discutís?

—Yo no —dijo Cicelis Sellis—. Que nunca se diga que hice algo tan poco cristiano como eso. Y ahora os dejaré trabajar, buen señor, antes de que encontréis razón para discutir conmigo —hizo una reverencia propia de una mujer noble (nunca había visto una noble hacer una reverencia) y volvió a su habitación—. Que Dios os bendiga con una buena noche —le dijo y cerró la puerta tras de sí.

—Igualmente —respondió Shakespeare, aunque no estaba seguro de que ella le hubiera oído. Se sentó en la silla frente a la mesa, luego, nervioso, se levantó y echó más leña al fuego. La viuda Kendall se quejaría a la mañana siguiente cuando viera que faltaba, pero ahora no estaba y Shakespeare necesitaba luz. También necesitaba respirar profundamente y calmarse antes de empezar a deslizar la pluma sobre *Boudicca*.

“Primero el Condestable Strawberry, luego ese maldito español… Por el amor de Dios, si no me muero de una apoplejía, será por la mano de Dios sobre mi hombro, que me mantiene a salvo del daño”.

Quizás no fue por casualidad que su mente y su pluma se centraran en la Bretaña sublevada, bajo la reina de los icenos, alzada contra los romanos, y en la respuesta horrible de los romanos. “¿Cómo debieron sentirse al ver que una provincia que creían sometida se alzaba y se enfrentaba a ellos?”, se preguntó.

Su pluma empezó a moverse. Poenius Postumus, un oficial romano, empezaba a hablar en la página:

“Roma no puede designarnos imposibles,
O hacernos luchar contra un diluvio;
Estamos a su servicio, orgullosa

Puede decir que buenos soldados tiene,
No esclavos para acabar con los peligros.
Solo los estúpidos, que distinguir no
Pueden entre muerte justa o fútil,
Arrojarían su fama y fortuna
A este abismo bretón, a esta ruina
eterna que nos engulle. ¿Qué noble
Mano razón de sangre puede tener?
¿O espada para ejecutarla? ¿Qué
Aire respirar habremos si contra sus
Ráfagas y actos explosivos no
Podemos luchar, yacemos enterrados
Sobre Tierra, y somos, con sudor
Penoso y dolor jadeante, muertos
Como esclavos, sin también poder matar?”

Shakespeare se detuvo para leer lo que acababa de escribir y asintió satisfecho. Empezó a añadir algunas cosas al diálogo de Poenius, pero la pluma escogió ese momento para quedarse seca. Refunfuñando, y a la espera de no perder la inspiración, la sumergió en tinta y reanudó:

“¿Que a mis hombres yo guiar debo
Contra miles de esclavos bárbaros que
Marchan con lo mejor de la Roma?
Dadles más carne, no traeré comida
Para a esos lobos alimentar;
Mía es la tropa.”

Volvió a asentir. Sí, eso podía quedar bien. Poenius acabaría suicidándose por vergüenza a no haberse unido a la armada victoriosa de Suetonio. Mientras tanto, su desesperación angustiosa daría acción a la obra; y haría que los mosqueteros aclamaran a la adversaria británica femenina.

Después de que los romanos hubieran conquistado Bretaña, decía Tácito, éstos flagelaron a Boudicca y violaron a sus hijas. Los rumores decían que los españoles habían violado a la reina inglesa virgen tras capturarla. Shakespeare no sabía si los rumores eran ciertos, pero pretendía usarlo en la obra.

“Pero no esta noche”, pensó mientras bostezaba. Empezó a apoyar la cabeza sobre los brazos, luego se levantó alarmado. Si se quedaba dormido frente al fuego y alguien echaba un vistazo a lo que había escrito... Si eso ocurría, era hombre muerto y

el plan de Lord Burghley moriría con él. Se obligó a levantarse y a guardar el manuscrito mortífero antes de acostarse. El último pensamiento que tuvo antes de que el sueño le asaltara fue: “No haré que este asunto sea más fácil, pero tampoco lo haré más difícil”.

Cuando Lope de Vega entró en su habitación, esperaba encontrarse a Diego dormido. No se hubiera enfadado si lo hubiera estado; debían ser mucho más tarde de las doce. Los dados habían estado de parte de Lope, y había permanecido en el juego más tiempo del previsto. Probablemente era pecado jugar durante la Cuaresma. Tanto si lo era como si no, lo que era seguro era que era provechoso.

Una lámpara prendía en la habitación en la que dormía Diego. El sirviente no estaba en la cama, sino sentado en una silla. Lope le sonrió.

—Si duermes todo el día, la noche la pasarás en vela. ¿Por qué no estás...?

Trató de decir roncando, pero su voz se desvaneció. Miró a Diego con consternación asombrada. Su sirviente le devolvió la mirada, aún más horrorizado. Diego acababa de cortar un gran pedazo de carne asada, y ahora se encontraba a punto de metérsela en la boca. La tenue luz fue más que suficiente para mostrar como palidecía más a cada momento.

—*Madre de Dios* —susurró Lope—. Diego, idiota, ¿es que te has vuelto protestante?

La papada carnosa de Diego tembló al negar con la cabeza.

—¿Protestante? ¡Dios me salve, no, señor!

—¿Cómo se supone que debe salvarte Dios si comes carne durante la Cuaresma? ¿No sabes que damos caza a los ingleses que hacen esto mismo? ¿Estás fuera de ti?

—No, señor. Solo estoy hambriento —respondió su sirviente—. Pan y queso, pan y queso... ¡Al demonio el pan y el queso!

—No, no, no —ahora era De Vega el que negaba con la cabeza—. Al demonio los que comen carne en esta época del año. O, debería decir, que la idea de comer carne en esta época del año procede directamente de Satanás.

—No es así, señor —dijo Diego indignado—. No es así. Estaba hambriento, eso es todo. No hay nada más.

—Nada, ¿eh? ¿Y si llamo al Capitán Guzmán? ¿Y si llamo a un cura? ¿Y si llamo a un cura de la Inquisición española, o de la inglesa? ¿Pensarán ellos que no es nada? ¿Habría cambiado el color de tu tez si pensaras que no es nada?

Diego le lanzó una mirada de resentimiento.

—¿Y qué hacéis vos aquí? Cuando no veníais pensé que estabais echándole un polvo a vuestra nueva inglesa. Si no hubierais entrado cuando no debíais, nunca me hubierais visto.

—Y aun así habrías pecado —dijo Lope.

—¿Y qué? —contestó su sirviente—. Lo habría sabido Dios, y quizás mi

confesor; pero nadie más. Y no hago daño a nadie.

Lope señaló el pedazo de carne.

—Deshazte de eso. Cúbrelo con un trapo para que nadie vea lo que es y deshazte de eso. No pensabas que nadie fuera a pillarte, pero te has equivocado. ¿Y sabes qué significa eso? ¿Lo sabes, Diego?

—¿Qué? —preguntó Diego aprensivo.

—Significa que eres mío —respondió De Vega—. Mío, ¿me oyes? Tengo tu vida en la mano y si decido cerrarla... —Extendió la mano derecha, con la palma hacia arriba y poco a poco fue cerrando el puño. Hizo el puño tan pequeño como pudo, para asegurarse de que Diego entendía la idea.

Su sirviente se encogió de hombros.

—No haríais semejante cosa, *señor*… ¿no?

Esa última pregunta temerosa, la que Diego seguramente no quería formular pero tampoco podía contener, le decía a Lope lo preocupado que estaba.

—Quizás no lo haría —dijo Lope—. Pero, por otra parte, quizás sí que lo haría. Eso depende de ti, ¿no crees?

—¿De mí? —A Diego no le gustó como sonaba eso.

—De ti —volvió a decir Lope—. Quizás esta vez simplemente estabas hambriento, tal y como dices. Si lo estabas, puede que lo olvidemos. Si, a partir de ahora, no te metes en líos; por Dios, si te mantienes despierto y haces todo lo que se supone que tienes que hacer, entonces no será necesario que nadie lo sepa. Pero si crees que podrás seguir haciendo el vago y el inútil, bueno, incluso si no logro levantarte, entonces apuesto a que los inquisidores sí podrán.

Diego le miró hosco.

—Eso es chantaje.

—Sí, lo es, ¿no es así? —afirmó De Vega alegremente—. Es una vergüenza que necesite chantajearte para conseguir que hagas lo que se supone que tienes que hacer de todos modos; pero si ésta es la única forma, entonces eso es lo que haré. ¿Te mantendrás despierto de ahora en adelante, no?

—*Sí, señor* —contestó Diego; parecía aún más hosco.

Sonó lo suficientemente hosco como para que, de hecho, Lope se preguntara si resultaba peligroso. “Mejor anticiparse a eso”, dictaminó Lope.

—Ni se te ocurra pensar en envenenarme o reventarme los sesos mientras duermo —le advirtió—. Voy a dejar por escrito lo que he visto, sellaré la carta, y se la daré a alguien de confianza. Si me sucede algo, ya sabes lo que te sucederá, ¿no?

—*Sí, señor* —volvió a repetir el sirviente, con un tono sombrío.

Lope sonrió.

—Muy bien. Ahora, mientras escriba la carta, deshazte de ese trozo de carne asada. Luego regresa y acuéstate. ¿Eso último no te importará, no es así?

—*No, señor* —Diego lanzó un enorme suspiro. Envolvió la carne ofensora en un trapo, tal y como le había sugerido De Vega, y se la llevó. Lope entró en su

habitación y la iluminó con la lámpara de la antesala. Como siempre trabajaba en momentos extraños, siempre tenía a mano papel, plumas y tinta. Se sentó en la silla y empezó a escribir.

Diego regresó muy silenciosamente. Como por arte de magia, la pluma desapareció de la mano de De Vega y fue reemplazada por el estoque.

—¿No quieres intentar ninguna estupidez, no, Diego? —dijo suavemente.

—No, señor —el sirviente ni tan siquiera trató de ocultar que eso era lo que había pensado—. Supongo que no. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo Lope—. Cuando acabe con lo que estoy haciendo, me quitaré las botas y las dejaré ahí fuera para que las lustres. Espero que estén listas para cuando me levante. ¿Harás un buen trabajo, no?

—Me ocuparé de ellas, sí —Diego sonaba como un hombre completamente sin esperanza. Lope usó el estoque para señalarle que saliera de la habitación. Una vez su hombre se hubo marchado, Lope finalizó la carta; “mejor a salvo”, pasó por su mente. Selló la carta, se sacó las botas y las dejó en la antesala. Cuando volvió a su dormitorio, bloqueó la puerta desde dentro. En cuanto la carta estuviera en manos de otra persona, estaría algo más a salvo. Hasta entonces, “mejor a salvo”, se dijo a sí mismo una vez más.

Al otro lado de la puerta bloqueada, Diego maldecía calmadamente. Sus blasfemias eran música para los oídos de Lope. Diego cogió las botas, los talones golpearon con fuerza el uno contra el otro. Lope se abrazó con regocijo cuando se metió en la cama. Ni tan siquiera la amenaza de la frontera escocesa había hecho de Diego un buen sirviente. Pero la amenaza de la Inquisición, parecía haber cambiado la situación.

Cuando Lope se levantó a la mañana siguiente, se encontró a Diego ya levantado y a su espera.

—Aquí tenéis vuestras botas, *señor* —dijo el sirviente en tono apagado. Todo el barro y las rozaduras habían desaparecido; la piel brillaba por la grasa. Aún sin expresión en su voz, Diego prosiguió—. ¿Qué más necesitáis?

—¿Oigo llover? —preguntó Lope. Diego asintió—. Bueno, en ese caso, ves a por mi capa de buena lana y tráeme un sombrero de ala más ancha.

—Tal y como ordenéis —respondió Diego, y se fue a hacerlo. No refunfuñó, ni tan siquiera bostezó. Era como un milagro. Lope no tenía ni idea de cuánto tiempo duraría, pero pretendía aprovecharlo mientras tanto. Con la carta que había escrito consigo, se marchó a desayunar. Incluso las gachas de cereales que servían en el acuartelamiento esa mañana sabían mejor que de costumbre. Con una pasta de cebada y una copa de vino en el estómago, se fue a ver a su superior. Como de costumbre, el sirviente del Capitán Baltasar Guzmán le interceptó antes de que atravesara la puerta.

—Parecéis muy alegre esta mañana, Teniente Primero —apuntó Enrique.

—Me siento alegre —contestó De Vega.

—¿La obra de Shakespeare marcha bien?

—Sí, creo que sí —dijo Lope. Si Enrique quería creer que esa era la razón por la que estaba feliz, el sirviente era libre de hacerlo. De Vega añadió —de hecho, iré al Theatre en cuanto haya visto al Capitán Guzmán. ¿Está dentro su Excelencia?

—*Un momento, por favor* —Enrique desapareció tras la puerta, como para ver si Guzmán estaba allí; aunque lo sabía perfectamente bien. Cuando salió lo hizo con una sonrisa. —Dice que está encantado de recibiros. Entrad.

—*Gracias* —De Vega pasó por delante de Enrique y le hizo una reverencia al Capitán Guzmán, que le saludó con la cabeza desde su sitio detrás de la mesa—. ¿Se encuentra bien, Excelencia? —preguntó Lope.

—Sí —dijo secamente Guzmán—. Parecéis complacido esta mañana, Teniente Primero —repitió lo que le había comentado Enrique.

—Y lo estoy, señor —Lope le extendió la carta que había escrito—. ¿Tendríais la cortesía de guardar esto sin leer hasta que me acaezca alguna desgracia?

El Capitán Guzmán alzó una ceja mientras cogía el trozo de papel sellado.

—Como me digáis, por supuesto. ¿Puedo preguntaros si está relacionado con vuestras conexiones teatrales o con vuestras mujeres?

—Con ninguno de los dos asuntos —respondió De Vega, y tuvo la satisfacción de volver a ver cómo la ceja se erguía a causa de la sorpresa. Pero Guzmán guardó la carta en su mesa sin mediar más palabra. Lope le hizo una reverencia—. Os lo agradezco de todo corazón, Excelencia. Y ahora, si me permitís, me dirijo a Shoreditch.

—Qué alarmantemente diligente —murmuró Guzmán. Podría haber sido una frase del propio Lope dirigiéndose a Diego. Esa comparación, quizás por fortuna, no se le ocurrió a Lope hasta que no hubo cogido un caballo de los establos y se encontraba de camino hacia Bishopsgate. Cuando así fue, la lluvia, un aguacero constante, amortiguó sus palabrotas de manera que tan sólo un grupo de ingleses que pasó cerca giró la cabeza a su paso.

Lope chapoteó a través del barro alrededor del Theatre. El espacio circular de madera en el que estarían los mosqueteros también estaba embarrado. Sobre el escenario, los actores ensayaban bajo la protección de un toldo de lona, el Cielo, lo llamaban.

—¿Dónde está el maestro Shakespeare? —gritó Lope en inglés a Richard Burbage—. No logro encontrarle.

Los enormes hombros del actor se encogieron arriba y abajo.

—Ya debería estar aquí —respondió Burbage—. Debería, pero no lo ha hecho. Yo mismo no sé dónde se encuentra, maestro De Vega, y desearía al cielo que no fuera así.

—Manteneos seco —le gritó la viuda Kendall a William Shakespeare cuando éste salía de la casa para dirigirse al Theatre. Con la lluvia cayendo a cántaros, el consejo

resultaba inútil; pero no cabía duda de que era con buena intención. Asintió y corrió.

Mientras corría por Bishopsgate, el estómago le rugía. La Cuaresma pesaba sobre él. Pero no se atrevía a romper el ayuno, no en ese año de todos los años. Se comportaba de forma más virtuosa de lo que podría haber hecho, para asegurarse de que los españoles no le prestaban especial atención.

—¿Maestro Shakespeare?

La voz surgió de entre la lluvia. Shakespeare dio un salto.

—¿Quién sois? —preguntó con dureza, mientras trataba de ver algo entre la penumbra de la lluvia matinal.

—Aquí estoy, su señoría.

A Shakespeare el corazón le dio un vuelco. Había oído esa voz sigilosa y lastimera antes, había visto antes ese rostro inteligente y feo.

—¿Qué es lo que queréis, maestro Skeres? —dijo—. Que sea tan breve como podáis. Debo ir al Theatre.

Nicholas Skeres negó con la cabeza.

—Me temo que no, o no aún. Debéis venir conmigo, inmediatamente.

—¿Para qué? —preguntó Shakespeare.

Su sonrisa dejó al descubierto los dientes podridos de Skeres. También hizo que a Shakespeare le asaltaran las ganas de hacérselos tragar.

—No puedo deciros el por qué —respondió Skeres—. Aun así, el que me ha enviado, no estará contento si regreso solo.

—¿Y quién os envía?

—Lo sabréis en cuanto os lleve allí —por lo que había podido comprobar Shakespeare, Nick Skeres disfrutaba con su falta de información. También disfrutaba con el poder que tenía sobre Shakespeare. Cuando dijo "Venid", la fuerza de la orden inundó su voz.

Y Shakespeare tenía que ir con él. Lo sabía. Lo odiaba, pero lo sabía.

—En Shoreditch me echarán en falta —dijo.

Nick Skeres se encogió de hombros.

—Mejor que os echen en falta ellos que mi amo —dio la vuelta en dirección suroeste. Con el alma en los pies, Shakespeare le siguió, por mucho que deseara ir en la otra dirección.

Un caballo que trataba de tirar de un carro repleto de barriles a través de la mugre bloqueaba una estrecha calle. El carro se había estancado. El conductor descargaba golpes sobre el lomo del caballo. Con todas sus fuerzas, la bestia trata de luchar contra el peso y el lodo. Luego, igual que el ruido de un disparo, se le quebró una pata. El alarido fue como el de una mujer sobre el potro de tortura.

—Cortadle el cuello —dijo Skeres con una sonrisa—. Ahora es carne para el matarife de caballos.

“Así es”, pensó Shakespeare sombrío. “Cortarías mi cuello con la misma poca piedad, maldito villano alcahuete, si yo también fracasara en vuestro trabajo”. Nick

Skeres volvió a reír, como queriendo decir que sabía lo que pasaba por la mente de Shakespeare y que no le importaba. Y eso era totalmente cierto.

—No tenemos que ir muy lejos —le dijo Skeres transcurrido un rato.

—¿Qué? ¿Por aquí? —señaló Shakespeare—. Ahí está la Piedra de Londres, lo que significa que el acuartelamiento español no puede estar más lejos de lo que alcanza una piedra arrojada. ¿Desafiamos a los españoles en su propia guarida?

Skeres volvió a sonreír, lo que no ayudó a tranquilizar a Shakespeare.

—Ellos piensan lo mismo: que nadie será capaz de conspirar bajo sus propias narices —mientras hablaba, un pelotón de españoles de gesto agrio pasó a su lado de patrulla. Uno de los soldados miró a los dos ingleses y prosiguió su marcha. El resto no les prestó apenas atención.

—Locura —farfulló Shakespeare. Nick Skeres sonrió a los soldados españoles, que desaparecieron uno detrás de otro al dar la vuelta a la esquina. De mala gana, de muy mala gana, Shakespeare asintió —aunque sea una locura, hay un propósito.

—Por supuesto —dijo Skeres—. Aquí. Venid conmigo. Ésta es la casa que buscamos.

El edificio en cuestión era grande y bien construido.

—¿A quién pertenece? —preguntó Shakespeare.

—Pertenece a Sir John Hart, el regidor —respondió Skeres—. Pero eso carece de importancia.

En lugar de acercarse a la puerta y llamar, como hizo en la casa de Bacon en Drury Lane unos meses atrás, guió a Shakespeare hasta una entrada lateral que llevaba a un jardín cercado: un jardín que en verano y en primavera seguramente era espléndido, pero que ahora era triste, sin apenas un resquicio de verde.

—¿Con quién nos encontraremos aquí? —dijo Shakespeare, mientras se calaba el sombrero aún más para mantener seco el rostro.

—Bueno, pues con el hombre que desea veros. ¿Con quién si no? —respondió Skeres. Shakespeare le miró enfurecido. El otro le devolvió la mirada, imperturbable y decidido a no soltar prenda. Llevó a Shakespeare a una pérgola de rosas que, sin duda, perfumaba el aire y daba una sombra agradecida los días en los que el sol brillaba alto y caluroso; aunque eso, ahora, parecía tan fuera de temporada como el resto del jardín. A medida que Shakespeare se fue acercando, vio a través de la lluvia a dos hombres sentados en ese pobre refugio; ¿le esperaban?

—Por Dios Santo, maestro Skeres, se buscan la muerte —exclamó.

Con los hombros encogidos, Skeres respondió:

—Ellos no la temen, ¿por qué deberíais hacerlo vos? —parecía indiferente. El fluido de la bondad humana corría fino en él, si es que corría.

Cuando Shakespeare se unió a ellos en la pérgola, los dos hombres se pusieron lentamente de pie.

—Que Dios os bendiga el día —retumbó Sir William Cecil.

Shakespeare hizo una reverencia baja.

—Igualmente, Ilustrísima —dijo—. ¿Pero… no deberíais estar dentro, donde… se está caliente y seco? —lo que quería decir era: espero que no se muera en este instante. Lord Burghley estaba más pálido e hinchado de lo que había estado el pasado otoño; resollaba a cada momento que tomaba aire, y temblaba a pesar de estar cubierto de pieles.

Pero, aun así, negó con la cabeza.

—¿Quién sabe que oídos están al acecho ahí dentro? A medida que avanza el asunto, también avanza la necesidad de mantener el secreto. Y aquí, en realidad, hablamos bajo las rosas —rió reumáticamente. A pesar de su risa y de sus palabras audaces, sus labios tenían un tono azulado que alarmaba a Shakespeare. Reunió fuerzas y prosiguió—. La última vez que nos reunimos, le dije que mi hijo se encargaría de este asunto. Permitidme que os lo presente. Robert, éste es el maestro Shakespeare, el poeta.

—A su servicio, señor —murmuró Shakespeare, mientras hacía una reverencia como había hecho al anciano.

Robert Cecil le devolvió la reverencia. Tenía la edad de Shakespeare y el rostro alargado, delgado y pálido, que parecía más alargado por la perilla acabada en punta que llevaba y por el pelo marrón castaño peinado hacía atrás dejando la frente al descubierto. No habría parecido un hombre alto aunque se hubiera mantenido bien erguido; la espalda encorvada le robaba unos centímetros. Pero cuando dijo:

—Es para mí todo un placer poder conoceros, maestro Shakespeare, ya que soy gran admirador de vuestras obras —Shakespeare volvió a hacerle una reverencia, a sabiendas de que ese elogio era de gran valor. La voz del joven Cecil era más aguda y ligera que la de su padre; pero no menos cargada de inteligencia mordaz, incluso irritable.

Sir William Cecil volvió a sentarse en el banco del que se había levantado. Para alivio de Shakespeare, su color pareció mejorar ligeramente al sentarse. En latín, preguntó:

—¿Cómo marcha la obra sobre la rebelión de Boudicca?

—Espero acabarla antes de que finalice la primavera —respondió Shakespeare en la misma lengua—. Estoy casi seguro, mi lord, que ya sabréis que también me han ordenado escribir una obra sobre la vida del Rey Felipe.

—Sí, lo sé —asintió Lord Burghley—. También sé que los españoles os han pagado más de lo que os di en nuestra última reunión. Robert, sé tan amable de subsanar eso.

—Por supuesto, padre —Robert Cecil buscó bajo la capa. También tenía las manos alargadas, delgadas y pálidas; las manos que todo músico desearía tener. Le dio a Shakespeare una bolsa pequeña, pero muy pesada, de piel. —No podemos permitir que os ofrezcan más que nosotros.

—Por Dios, señor… —empezó a decir Shakespeare alarmado, en inglés.

El joven Cecil le mandó callar con un gesto.

—Si temiéramos traición por vuestra parte, trabajaríamos con otro. Esto es por nuestro orgullo, no queremos sufrir pensando que nuestros enemigos nos superan.

—Os lo agradezco mucho —Shakespeare volvió a hacer una reverencia.

—Vuestros agradecimientos son bienvenidos, pero no necesarios ya que a nosotros también nos hacéis bien —dijo Robert Cecil. Su padre asintió. Shakespeare no dijo nada. No cabía duda de que el joven Cecil lo decía de corazón. Pero Shakespeare sabía que podría haberse topado con Ingram Frizer y su cuchillo en caso de decepcionar a los dos poderosos ingleses. Y hablando del rey de Roma…

—El Condestable sabe de Ingram Frizer —advirtió el poeta.

—Sabemos del Condestable Strawberry —dijo Lord Burghley con otra húmeda risa entre dientes—. No temáis por eso.

Robert Cecil asintió.

—Si tiene suficiente juicio para mantenerse caliente, dejadle que se lo guarde para distinguir la diferencia entre él y su caballo.

—Su juicio no es tan fino como, Dios nos salve, desearía que fuera —dijo Shakespeare.

—Las comparaciones son odiosas —señaló el joven Cecil, en una muestra de que conocía el estilo de Walter Strawberry—, pero no hay Hércules capaz de acabar con su cerebro, ya que no tiene.

—Quizás —dijo Shakespeare—, ese estúpido superficial haya encontrado algo que se escape a vuestro ingenio.

—No descubrirá nada más —sentenció Robert Cecil. Con eso Shakespeare debía alegrarse, o no tanto.

—¡Nick! —gritó Sir William Cecil brúscamente.

—¿Ilustrísima? —contestó Nicholas Skeres.

—Ve a recorrer el jardín, Nick —le dijo el hombre anciano—. Infórmanos de las bellezas que lo rodean dentro de, eh, un cuarto de hora.

Shakespeare se hubiera ofendido ante un rechazo tan perentorio. Skeres se lo tomó con calma. Agachó la cabeza en algo más que un asentimiento; pero menos que una reverencia.

—Cómo ordenéis, mi señor —murmuró, y se retiró de la pérgola.

Ambos Cecil observaban a Shakespeare, que repentinamente se sintió muy solo.

—¿Qué... qué es lo que quieren? —preguntó, y sintió como el rubor le coloreaba las mejillas al avergonzarse por el temblor en su voz.

—Esto es, maestro Shakespeare —dijo Lord Burghley— me gustaría oír algunos de vuestros versos. La obra avanza, sí, pero mi trayectoria en la tierra también lo hace. Los caballos de la noche sobre los que escribió Marlowe no tardarán en reducir su ritmo para mí. Dadme un aperitivo del plato que os encargué, pero que no probaré.

—Mi lord, quizás os empachéis —dijo Shakespeare. Lord Burghley se encogió de hombros y le hizo un gesto para que siguiera adelante. Tras meditarlo un rato, así lo hizo—. Tenéis que tener en cuenta que la que habla es Boudicca, que insta a sus

incondicionales a luchar contra los romanos.

—Ah, muy bien —eso lo dijo Robert Cecil, no su padre—. Recitadlo.

—Lo haré, tan bien como lo recuerde —contestó Shakespeare—. Ahí va:

"Diferenciarnos de islas mezquinas
O de nuestros vecinos por los hitos,
Embaucando algún rebelde don,
O contra el alboroto provisión,
Día de sangre, paz traer podría;
Luchar por la tierra en la que vivimos,
La libertad como la vida amada,
Dioses venerados por nuestro honor,
Y con armas que sólo luchar saben,
Estos hombres no permiten vecinos,
Esas mentes que una herencia reclaman,
Donde el sol las frutas madurar hace,
Donde marchan, para medir más tierra
Para a Roma sumar, y nos la arrancan;
No así debe ser. No, si enemigos
Son, hasta que el cansancio los consuma,
Usad la paz del honor, justo acuerdo,
Pero con armas defended. Romano
Robusto, mi tierra poseer quiere,
Primero en tierra, luego en ceniza, debe trocarse."

Esperó. Los dos Cecils se miraron. Lenta y magistralmente, Lord Burghley asintió con la cabeza. Así mismo lo hizo su hijo, que a pesar de su dinamismo aguardaba la opinión del anciano. Shakespeare se sentía como si acabara de recibir un elogio. Robert Cecil dijo:

—Servirá. Sin duda alguna, servirá. ¿Tenéis más?

Shakespeare sonrió.

—A fe mía, ¡sabéis cómo satisfacer a un poeta! —William Cecil se rió; Robert se permitió una ligera sonrisa. Shakespeare prosiguió—. Éste es Caratach, el cuñado de Boudicca y el gran jefe militar de los icenos…

—Conocemos a nuestro Tácito, maestro Shakespeare —le interrumpió Robert Cecil.

—Ruego me disculpéis —dijo Shakespeare—. De todas formas, no así los espectadores; por lo que debo simplificarlo.

—Cierto. Conocéis vuestro oficio mejor que nadie, por lo que os pido disculpas —dijo el Cecil más joven—. Proseguid.

—De acuerdo. Como he dicho, éste es Caratach que se dirige a Hengo, que es su joven sobrino y el de Boudicca.

—El cual no aparece en el texto de los *Annales* —declaró William Cecil en un tono que no admitía contradicción.

—En realidad, Ilustrísima, así es —afirmó Shakespeare—; pero le necesitaba para la obra, y de esta manera le daba vida.

Los dos Cecil juntaron la cabeza.

—Nuevamente, maestro Shakespeare, aceptamos vuestro argumento. La obra es lo importante —dijo Sir William Cecil. — Dejadnos oír.

—Con mucho gusto. Este es Caratach:

"Joven señor, cuando huesos de acero
Tengáis, y cuando una mañana doce
Chicos derrotéis, antes de almorzar,
La espada os otorgaré."

—Y Hengo contesta —Shakespeare se esforzó por simular la voz aguda de un muchacho—. ¿Qué entonces, tío? —En su tono de voz normal, volvió a hablar por Caratach—. Deberéis matar al romano que no os respete —voz aguda para Hengo—. ¿Tan sólo a uno? —Hizo que la voz aguda de Hengo pareciera furiosa—. Que sean quinientos —a través de Shakespeare, Caratach dijo: —¡Muchacho noble eres!

Lord Burghley alzó una mano. Shakespeare obedientemente enmudeció. El anciano dijo:

—Fue una decisión sabia, la de citaros. Estáis haciendo una buena flecha para el arco con el que pretendo derrotar a los españoles. Yo... —Se interrumpió y empezó a toser. Tuvo dificultades para dejar de hacerlo. El rostro se le tornó colorado y luego se mudó a un color azulado. Su hijo se inclinó sobre él, el miedo en estado puro se reflejó en su rostro. William Cecil apartó a Robert. Finalmente, logró detener el ataque de tos. Lentamente, muy lentamente, recobró el color o, mejor dicho, la palidez. Prosiguió con su frase—. Quizás la dispare desde el fondo de la sepultura, pero no por eso llegará menos lejos.

—Amén, Ilustrísima —dijo Shakespeare.

La lluvia goteaba por el ala del sombrero, Nicholas Skeres regresó a la pérgola de rosas. Asintió a Lord Burghley y a Robert Cecil.

—Ahora me lo llevaré —por la forma en que hablaba, Shakespeare podría haber sido un tonel de cerveza.

—Sí, hazlo, Nick —Robert Cecil habló del mismo modo, cosa que irritó considerablemente a Shakespeare. Pero luego el jorobado añadió:

—Tiene nuestro pleno favor. Que todos tus amigos queden informados de ello.

—Lo haré, señor. Podéis contar con Nick Skeres —Shakespeare no podía imaginarse a nadie del que quisiera depender menos. Pero nadie en ese disparatado

juego se preocupaba lo más mínimo por lo que él quisiera. Skeres se encaró a él con una sonrisa medio burlona—. Puede que no lo sepáis, maestro Shakespeare, pero sois el hombre más a salvo de Londres en estos días.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Shakespeare.

La sonrisa se le hizo aún más amplia.

—No hay maleante en la ciudad que no conozca vuestro semblante y vuestro nombre, y que saben que deben dejarte tranquilo. Dios salve al que se atreva a atacaros a pesar de Lord Burghley.

—Y de mi hijo —dijo Sir William Cecil—. Él me superará, como cualquier hombre debería rezar para que su hijo hiciera lo mismo.

Shakespeare lo cuestionó desde distintos puntos de vista. Había conocido a muchos hombres, entre ellos a su propio padre, que querían que sus hijos fueran como ellos, no mejores. Muchos de esos, lejos de ayudar a sus hijos a avanzar, hacían todo lo posible por detenerlos. Y Robert Cecil, aunque seguramente era un hombre de formidable inteligencia, carecía de la voluntad indómita de su padre. Quizás su complexión menuda y su espalda encorvada tenían algo que ver. O quizás el joven no habría sido gran cosa aunque hubiera nacido con la espalda recta. Al fin y al cabo, ¿quién, además de Dios, podía saber esas cosas?

"¿Y qué es un dramaturgo más que un hombre que trata de convertirse en un dios y a sus personajes en criaturas?" Shakespeare apartó esa idea blasfema de su mente, aunque seguramente habría cruzado la mente de todo aquél que alguna vez hubiera cogido papel y pluma con la esperanza de escribir algo que valiera la pena representar.

"Suficiente", se dijo a sí mismo, e hizo una reverencia a los dos Cecil.

—De nuevo, mis señorías, os doy las gracias por el favor que mostráis hacia mí.

—No hacemos más que daros lo que merecéis —respondió Robert Cecil. Shakespeare se preguntó si eso tenía un doble sentido o era él que ya veía fantasmas donde no los había. Esperaba que no fuera así. Si una palabra de los Cecil, una palabra transmitida quizás a través de Nick Skeres o de Ingram Frizer, era capaz de salvarle de estafadores, ladrones, asaltadores y bandoleros, ¿qué podía hacer una palabra distinta? Ahora, satisfacía a los Cecil. Si nunca dejaba de hacerlo… "Si no les satisfago, me espera una vida efímera".

Skeres se inquietó.

—Será mejor que nos vayamos.

—Marchaos, caballeros —la sonrisa de Robert Cecil era extraña, sin vida, casi mortecina—. En cuanto a mi padre y a mí, ¿cómo podemos marcharnos si nunca hemos estado aquí?

Shakespeare se acordó de una balada que se había hecho popular en Londres:

"*Con un montón de fantasía furiosa*
De la que soy comandante,

Con un caballo volador y una lanza en llamas,
A la tierra salvaje me dirijo exultante.
Caballero de sombras y fantasmas
Convocado he sido a un torneo
A decenas de millas traspasado el límite del mundo.
¿Se trata de un viaje? No creo.”

Mientras Nick Skeres le guiaba para salir del jardín de Sir John Hart, asintió lentamente. Sí, "Tom O'Bedlam" encaja bien. Acababa de dar a los Cecil una pequeña muestra de las furiosas fantasías de las que era dueño. Y si uno mismo no era caballero, fantasmas ni sombras, ¿quién merecía serlo?

Skeres miró por encima de la puerta antes de abrirla.

—Todo lo seguro que puede estar —dijo, como si quisiera tranquilizarse a la vez que a Shakespeare—. Ahora, tomad vuestro camino, señor, y yo tomaré el mío; os veré la próxima vez que sea necesario. Que tengáis una buena mañana. —Se marchó, a un tímido medio trote. Rápidamente, desapareció en la lluvia.

Shakespeare empezó a caminar hacia el Theatre. Una tropa de españoles que regresaba al acuartelamiento pasó junto a él, las botas chapoteaban al unísono. Dado que llevaban una armadura que debían engrasar y pulir para evitar que se oxidara, y que el peso les hundía en el lodo, parecían aún más desgraciados que él.

Se apresuró hacia Bishopsgate. No muy lejos de su casa de huéspedes, un hombre alto, delgado y harapiento con un rígido bastón en una mano y una espada en el cinto se detuvo en medio la calle, como queriendo cortarle el paso. Con el corazón en un puño, Shakespeare, valientemente, siguió su camino y el tipo se apartó a su paso. ¿Era el hombre un bellaco que le había reconocido y le había dejado pasar? ¿Había llegado el hombre a la conclusión de que era alguien capaz de empezar una riña, y le había dejado ir por esa razón? ¿O resultaba que no era ningún ladrón? Shakespeare se dio cuenta de que nunca lo sabría. La vida ofrecía menos certezas que el escenario.

Cuando Shakespeare llegó al Theatre, uno de los ayudantes de Jack Hungerford le señaló y lanzó un grito de alegría.

—¡Alabado sea el Señor, aquí está!

—Cierto, ¡alabado sea el Señor! —retumbó la voz de Richard Burbage desde el centro del escenario, con el grito de costumbre—. Empezábamos a temer que hubieras seguido los pasos del pobre Geoff Martin, y que el gran y sabio Condestable Strawberry nos mandaría llamar a alguno para identificar tus restos morales. —Como la mayoría de actores que contrataban por su calidad, Burbage tenía la facilidad de imitar a todo aquel que conocía. Tampoco hizo un mal trabajo a la hora de imitar la forma de hablar del condestable.

—Algunos de nosotros estábamos menos preocupados que otros —dijo Will Kemp. Shakespeare se preguntó, tal y como era la intención de la frase, qué había

querido decir el payaso con eso. ¿Quería decir que alguien había estado convencido de que no le había pasado nada a Shakespeare? ¿O se refería a qué a algunas personas no les hubiera importado que le hubiese sucedido algo? Prefería no saberlo.

—Os ruego me disculpéis, amigos —dijo Shakespeare—. Tenía que reunirme con alguien, y no tenía más remedio que cumplir.

Esperaba que su compañía interpretara eso como que don Diego Flores de Valdés le había mandado llamar. Kemp, como era costumbre, lo interpretó de otra manera. Sus manos dibujaron una guitarra en el aire. Diversos actores se rieron. Así mismo lo hizo Shakespeare.

Las carcajadas se detuvieron en seco cuando Burbage dijo:

—Tu sabueso español ha estado merodeando por aquí esta mañana y se largó a toda prisa cuando supo que no habías venido.

—¿Dijo qué es lo que quería de mí? —preguntó Shakespeare, mientras maldecía en voz baja. Lope de Vega, por supuesto, no tardaría en saber que no había ido a ver a don Diego. “He hecho bien en no mentir directamente”, pensó Shakespeare.

—Si no ha venido porque quería oír más de “El Rey Felipe”, yo soy holandés —respondió Burbage, tras lo cual Will Kemp empezó a tambalearse como si estuviera la mar de borracho y a farfullar sinsentidos guturales que podrían haber sido expresiones en holandés. Shakespeare volvió a reírse. No podía evitarlo. Cuando Kemp se soltaba a hacer payasadas, no había hombre que le viera que pudiera contener la risa.

Tambaleándose, se dirigió a Burbage e hizo como que se meaba en sus zapatos. Burbage dio un salto hacia atrás como si en verdad lo hubiera hecho; y, si Burbage se hubiera quedado quieto un rato más, seguramente así habría sido. Cuando se soltaba, se soltaba del todo. Tropezó tras Burbage.

—Basta ya, Will.

Kemp soltó más sandeces con sonidos guturales en pseudo-holandés y le dio un enorme y húmedo beso en la mejilla. Burbage exclamó algo disgustado. Apartó de sí a Kemp. El bufón le miró con ojos de cordero totalmente apenados.

—¡Ya no me quieres! —empezó a lloriquear, y las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas.

—Loco —dijo Burbage, medio disgustado, medio con cariño. Ahora Kemp hacia una reverencia como la que hacían los españoles. Burbage se la devolvió. Kemp volvió a acercarse, y volvió a besarle—. ¡Loco! —volvió a exclamar Burbage, esta vez, con un bramido furioso.

—Yo no —El bufón soltó un suspiro propio de un amante en luto—. Ahora que el atractivo Tom se ha ido, busco algo bonito—. Levantó una ceja.

—Encontrarás mi bota en tu trasero, como seguramente Tom se encontró con la verga de Bacon —dijo Burbage. El suspiro mudo de Kemp anunciaba que no ansiaba otra cosa.

—¿Sabes a dónde se marchó De Vega cuando se fue de aquí? —preguntó

Shakespeare —¿Vendrá a por mí con una cuadrilla de piqueros a sus espaldas, temiendo mi asesinato?

Nadie respondió. Shakespeare hizo como que se arrancaba el cabello.

Eso solo le aportó un resoplido desdeñoso procedente de Kemp.

—Deja las payasadas para los payasos, y las estupideces para los estúpidos. No tienes gracia para hacerlo.

—¿Por qué debería detenerme eso? —contestó Shakespeare—. No dejas sentimientos para los hombres sensibles.

Los actores rieron y aplaudieron. Esta vez, la mirada de ira de Will Kemp era totalmente genuina. Disfrutaba cuando hacía que otros fueran el blanco de sus bromas, pero cuando era a él a quien le tocaba ese papel, no le sentaba tan bien.

Antes de que Shakespeare y él pudieran dar comienzo a otra ronda de insultos, Richard Burbage preguntó al poeta.

—¿Le ha gustado la obra a tu jefe?

¿Hablaba de don Diego o de Lord Burghley, de “El Rey Felipe” o de *Boudicca*? Shakespeare no estaba seguro. Se preguntaba si Burbage sí lo estaba. Aunque, de todas formas, podía asentir tranquilo.

—Eso se me ha dado a entender.

—Bien, entonces. Aparte de eso, nada más importa —Burbage puso las manos sobre las caderas y alzó la voz hasta que llenó todo el Theatre—. Ahora que Will ha vuelto entre nosotros, y con buenas noticias, pensemos en la función de esta tarde, ¿de acuerdo? “Las alegres casadas de Windsor” no se casarán hasta que no lo hagamos nosotros.

Kemp puso más entusiasmo del que solía poner en los ensayos, claro que esta vez representaba a Sir John Falstaff, en torno al cual giraba la comedia. Incluso aunque la obra acababa con la humillación de Falstaff, el papel era demasiado jugoso para permitirle que se quejara. De hecho, una vez acabado el ensayo, se acercó a Shakespeare.

—¿Querrías escribir más para este enorme tonel de manteca? —Puso ambas manos sobre la barriga. No era un hombre delgado, pero interpretaría a Falstaff bien acolchado.

—¿Más? ¿De qué tipo? —preguntó Shakespeare. Sabía que Kemp lo decía porque quería el papel, pero aun así era curioso. El bufón podía darle una idea buena que poner sobre papel.

—Pasa por demasiados apuros en un pueblo sin importancia. ¡Déjale venir a Londres! Déjale que conozca a una princesa. ¡No, por Dios, merece conocer a reyes!

Shakespeare negó con la cabeza.

—Me temo que no. Aún tengo que escribir el tercer Ricardo, en el que es un villano redomado. Pero si hiciera aparecer otros reyes de Inglaterra en mis obras y, sobre todo si hablara bien de éstos, me acusarían de traición, no menos que... con el otro asunto que tenemos entre manos. ¿Acaso me equivoco?

Will Kemp frunció el ceño.

—Maldita sea, no puedo decir que sí. ¡Pues que el diablo se lleve a los españoles! Un trato, maestro Shakespeare: si les derrotamos, dame a Falstaff con rey incluido.

Si conseguía zafarse del yugo de los españoles, menos razón tendría para acudir a ellos en un ataque de ira o en un simple ataque de locura.

—Trato hecho —dijo solemnemente Shakespeare. Se dieron un apretón de manos.

Lope de Vega y Lucy Watkins se encontraban de pie entre los mosqueteros en el Theatre. El chico que representaba a la señora Page decía:

"Querido esposo, vayámonos todos a casa,
Para podernos reír de esta situación junto una buena hoguera;
También el señor John y todos los demás."
Richard Burbage, que representaba a Ford, contestó:
"Que así sea, señor John,
Pero con el señor Brooks cumpliréis la apuesta,
Esta noche con la señora Ford se acuesta."

El retumbar de los cuernos anunció el final de la obra. Los actores hicieron una reverencia. A pesar de la lluvia caída a lo largo de todo el día, el Theatre estalló en aplausos. Lope también aplaudía. A su lado, Lucy saltaba de un lado a otro sobre el lodo, chillando encantada. De Vega sonrió.

—Me alegro de que os guste —le dijo. Tuvo que repetirlo para que ella pudiera oírle entre el jaleo.

Asintió, con los ojos centelleantes.

—Sí, me ha encantado. Os agradezco mucho que me hayáis traído aquí.

—*El gusto es mío* —contestó Lope. Y el placer era suyo; por el modo en que ella había disfrutado con "Las alegres casadas de Windsor", él disfrutaba más de lo que podría haberlo hecho en caso de venir solo. La vendedora de buccino no había tratado de desmontar las piezas para ver cómo funcionaba. Simplemente había dejado que la invadiera, la había aceptado tal y como había venido. Lope no podía hacerlo. Pero con ella sí.

William Shakespeare salió al escenario.

—¡He aquí el poeta! —gritó Will Kemp. Los aplausos se intensificaron aún más. Shakespeare hizo una reverencia. Lucy Watkins le gritaba y le lanzaba besos. No era la única de la multitud que le lanzaba besos, a él o a otros actores. Tras otra reverencia, Shakespeare se retiró. El resto de la compañía le siguió, de uno en uno o por parejas.

—¿Os gustaría conocerle? —le preguntó Lope.

Ella le miró fijamente.

—¿Podría? —dijo, como si estuviera a la espera de que le dijera que no.

Él le hizo una reverencia.

—Sería un placer para mí —le dijo—. Complaceros es para mí un placer.

Lucy se inclinó para darle un beso en la mejilla. Un hombre que olía a cebollas detrás de ellos gritó de alegría y movió las caderas adelante y atrás. Lope ignoró al patán. Cogió la mano de Lucy y la llevó hacia los bastidores por una de las puertas que llevaba al vestidor. Una de las delicias de enamorarse, como ya había dicho, era hacerla feliz.

Una pequeña parte de él sabía que un día no muy lejano encontraría otro rostro, otras curvas, que le satisfarían tanto, o más, que las de Lucy. También se enamoraría de la mujer que las tuviera. Quizás dejaría de amar a la vendedora de buccino, quizás no. No tenía problemas en enamorarse de dos o tres mujeres a la vez, hasta que lo descubrieran. Entonces se presentaban los problemas. Trató de olvidar lo sucedido después de la lucha de osos en Southwark.

Lucy le ayudó a distraerse.

—¡Mirad! Un hombre vigila la entrada. ¿Nos permitirá pasar?

—No temáis, mi amor —respondió Lope presuntuoso. El ayudante del encargado de vestuario acababa de denegar la entrada a un comerciante de apariencia próspera. De Vega pasó junto al disgustado inglés con una Lucy ansiosa al brazo—. Buenos días, Edward —dijo.

—Ah, maestro Lope —el ayudante del encargado de vestuario se apartó—. Entrad, señor. Sé que estarán contentos de veros.

La expresión en el rostro de Lucy Watkins tenía, para él, un valor de veinte libras.

—¿Contentos de veros? —le susurró en un tono de auténtico sobrecogimiento.

—Así es —dijo Lope, y la cogió de la mano—. Son mis amigos —sus ojos se abrieron más aún. Quería cogerla en brazos y empezar a besarla sin fin; pero no lo hizo por temor a avergonzarla. No lo estaba, y no actuaba como una ramera, una mujer de pueblo; de la misma manera que se entregaba a él cuando estaban solos, se comportaba como una señorita en público.

—Dios os dé un buen día, maestro Lope —le saludó Richard Burbage cuando De Vega y Lucy entraron en el vestidor. Lope le saludó con una reverencia. La reverencia de Lucy llegó algo más tarde de lo debido, pero fue elegante como una duquesa. Como si fuera una noble, Burbage la saludó debidamente.

—Son vuestros amigos —dijo sorprendida, y se acercó más a Lope.

—Nunca os mentiría, mi vida —respondió, y supo que le estaba mintiendo.

Will Kemp se había quitado el traje acolchado de Falstaff. El agua que había usado para limpiarse la pintura y los polvos aún le goteaba por la barba. Fumaba una pipa de tabaco.

—Aquí tienes —le dijo con una sonrisa tentadora, mientras se lo extendía a Lope.

El humo le salía de la boca y de la nariz mientras hablaba.

—*Gracias* —Lope también le dio una calada, y expiró el humo; le pasó la pipa de arcilla a Lucy.

—No he hecho esto antes —dijo ella dudosa. Kemp resopló. Lope le lanzó una mirada de advertencia. Milagrosamente, le hizo caso. Lucy se acercó la pipa a los labios. Absorbió el humo, y luego tosió y se atragantó hasta casi dejar caer la pipa. Puso una expresión horrorizada. —¡Qué cosa tan asquerosa! ¿Quién puede disfrutar de esto?

Lope cogió la pipa y se la devolvió a Kemp.

—A nosotros no nos supone un suplicio—dijo. El bufón asintió. Lucy solo parecía más disgustada. Will Kemp sonrió. Por una vez, Lope y él estaban totalmente de acuerdo.

Antes de que el acuerdo se rompiera, como seguramente sucedería, De Vega se llevó a Lucy lejos del bufón y cerca de Shakespeare. Ella le hizo una reverencia al poeta inglés. Éste se inclinó sobre su mano.

—Es para mí todo un placer conoceros, mi dama.

—Igualmente, señor —dijo ella—. La obra de hoy ha sido una maravilla. Casi me he quebrado las comisuras de la boca a causa de la risa. Cuando Falstaff estaba oculto entre la ropa… —se rió.

Shakespeare alzó una ceja, muy ligeramente.

—Que os haya gustado es algo que me place —dijo. Sin palabras, su rostro dijo algo distinto a Lope, algo como "¿No la habéis escogido precisamente por su inteligencia, no?"

—El placer de ella es el mío propio —murmuró Lope. Lucy, aún parloteando efusivamente sobre "Las alegres casadas de Windsor", no se percató. Shakespeare le devolvió un meditabundo saludo con la cabeza, en parte de comprensión; en parte, pensó Lope, de otra cosa. "He aquí una rareza que vale la pena recordar para alguna obra", era lo que seguramente pasaba por la mente del poeta inglés.

—¡Escuchad, maestro Lope! —dijo Shakespeare—. Aquí don Juan Idiáquez, el secretario del Rey Felipe, cuyo papel espero que representéis, habla con su señor real:

"¿Esta el sol nublado a causa del enjambre
de mosquitos que lo oculta?
El águila permite a los pajarillos trinar, sin cuidarse
De lo que pretendan, a sabiendas de que
Con la sombra de sus alas puede,
A su gusto, apagar su melodía."

Lope escuchaba las líneas y, poco a poco, asintió.

—Es un honor poder representar a un hombre tan importante. Es un honor tener

palabras tan espléndidas que recitar —Shakespeare asintió en agradecimiento al elogio.

Los ojos de Lucy Watkins se abrieron de par en par.

—¿Subiréis al escenario, habiendo el maestro Shakespeare escrito vuestros versos?

—Así es, querida —respondió Lope. Algunas mujeres, sobre todo aquellas de posición más elevada, le habrían mirado con desprecio por ello. Aunque para alguien que vendía marisco, la elegancia del teatro era totalmente válida. Lope sabía lo relumbrón que podía llegar a ser el lugar. Aunque, a los ojos de Lucy, todo relucía; y así, a través de ella, relucía también para él. Al menos durante algún tiempo.

Cuando transcurrido un rato, él y Lucy abandonaron el Theatre, buscaron la hostería más cercana. Nunca llegaba a descubrir las manos de quién abrazaban antes al otro. Lucy había resultado ser menos pasional que otras mujeres con las que había estado. Hasta el momento. Hasta entonces no había descubierto qué era lo que la encendía. Se rió en el momento en el que llegaron juntos al éxtasis, algo que pocas veces había hecho a pesar de sus múltiples compañeras. El Theatre tenía más encanto de lo que él había pensado.

VIII

La mañana de Pascua, junto al resto de parroquianos, Shakespeare llegó temprano a la iglesia de St. Ethelberge, antes de que las campanas repicaran para anunciar la misa. Mientras entraba en la iglesia, los diáconos corrían arriba y abajo por la nave para encender velas y antorchas hasta que el edificio quedara iluminado.

En la pared norte de la iglesia, se encontraba un pequeño sepulcro de piedra. Más velas prendían ante él; estaba cubierto de una tela que llevaba bordadas escenas de la Pasión y de la Resurrección. El Viernes Santo, un cura había depositado el cuerpo de Cristo y el crucifijo en su interior. Desde entonces, hombres destacados de la parroquia se habían turnado para vigilar el sepulcro; por el servicio prestado, recibían pan y cerveza, y alguna pequeña cantidad de dinero.

Ahora, los clérigos caminaban en procesión hacia el sepulcro. Un cura balanceó un incensario por encima del sepulcro. A Shakespeare, el dulce humo le cosquilleaba la nariz. Ceremoniosamente, otro cura quitó la tela que cubría el sepulcro, un tercero cogió la píxide que contenía el cuerpo de Cristo y la devolvió a su lugar habitual sobre el altar.

A continuación, solemnemente, otro cura alzó el crucifijo del sepulcro y lo paseó triunfante por la iglesia. Las campanas de la torre redoblaban de alegría. El coro cantaba *Christus Resurgens*: “Cristo, una vez se alzó de la muerte, no regresó a ella. La muerte no volverá a cernirse sobre Él. Ya que cuando se alzó, se alzó como Dios. Dejad que los judíos relaten cómo los soldados romanos que escoltaban el sepulcro perdieron al rey cuando la piedra se movió, por lo que no mantuvieron la roca de la rectitud. Tanto si hubiera permanecido sepultado, como ahora que se ha alzado, adorémoslo cantando aleluya, aleluya.”

El crucifijo se depositó reverentemente sobre un altar en la zona norte de la iglesia. Los devotos se arrastraban hasta él, algunos de rodillas, otros de barriga. Las lágrimas de júbilo corrían por sus rostros mientras adoraban al Cristo resurgido.

En los ojos de Shakespeare las lágrimas también escocían. Su padre le había contado que, de joven, había presenciado esas ceremonias, y, de nuevo, durante el reinado de María. Hasta la llegada de la Armada, Shakespeare nunca había podido verlas. Elizabeth las había suprimido como muchos otros rituales católicos. Tenían una grandeza, una pasión (palabra que encajaba muy bien con esta época del año), que no tenía la liturgia protestante que ella había impuesto en Inglaterra.

Empezaron los maitines. “Si mi traición prospera, todo esto volverá a prohibirse”, pensó Shakespeare. Eso le entristecía en parte, la parte de él que respondía al drama de la ceremonia católica. Pero el resto… “Si lo hubiéramos escogido por propia voluntad, bien. Pero los españoles nos obligaron a tragárnoslo, como el granjero que mete a la fuerza una cebolla en el culo del buey enfermo. Que se lo queden”.

La misa siguió a los maitines. Al final de la ceremonia, Shakespeare se unió a la cola para recibir la comunión.

—Tengo que cumplir con mis obligaciones —murmuró alguien delante de él. Asintió, aunque las palabras no iban dirigidas a él. Recibir la comunión el Domingo de Pascua marcaba a uno como parte de la comunidad adulta; el hombre o la mujer al que se le negara la Hostia en el más sagrado de los días sería excluido y deshonrado. En algunos pueblos, incluso en algunas iglesias de Londres según había oído Shakespeare, a la gente que no cumplía con sus cuotas parroquiales se le podía negar la hostia sacra.

Llegó al principio de la cola. "*Hoc est enim Corpus Meum*", murmuró el cura, como había hecho en muchas ocasiones anteriores, y puso la Hostia en la boca de Shakespeare. Se decía que los pecadores se asfixiaban al recibir la Hostia. Para evitar accidentes vergonzosos, un monaguillo de la parroquia acompañaba al cura con un cáliz de vino sin consagrar. Se lo ofreció a Shakespeare, que dio un sorbo para tragarse el trocito restante.

A menudo, cuando salía de la iglesia tras la misa de Pascua, el verde del florecimiento que traía la nueva primavera ofrecía su propia resurrección simbólica. No así este año. Con una Pascua tan temprana, tan sólo un día tras el equinoccio, el abrazo del invierno aún asediaba la tierra. Los árboles y los arbustos seguían con las ramas desnudas; el suelo embarrado estaba marrón, con los únicos resquicios aquí y allá de la hierba verdiamarilla muerta del año anterior.

Para su sorpresa, no le importó mucho. Quizás le había inspirado la misa. O quizás... Se detuvo, de repente, una sonrisa de satisfacción le iluminó el rostro. "¿Acaso no trabajo en la resurrección de Inglaterra?"

Por mucho que ese pensamiento le satisficiera, no hacía nada por las personas que iban detrás de él, las cuales se chocaron contra él cuando se detuvo inesperadamente.

—Eh, espabila, estatua —le gruñó un hombre.

—Disculpadme —dijo Shakespeare y se apartó. Aún descontento, el hombre que se había topado con él se adentró en la calle. Shakespeare le siguió más lentamente. La gloria de ese pensamiento aún ardía en su interior. Le sobrevino como colofón perfecto para el día en el que Cristo se alzó de entre los muertos.

Le sobrevino como colofón perfecto, eso era, hasta que volvió a la casa de huéspedes. Jane Kendall también había acudido a la primera misa, y había vuelto antes que él. Ya arrojaba leña fresca al fuego. Ese día, por una vez, no se preocupaba de los gastos.

—¡Dios os bendiga, maestro Shakespeare! —dijo—. Ahora, nos daremos un banquete.

—Que así sea, mi señora —respondió Shakespeare—. Nunca antes una Cuaresma me había parecido tan larga.

—A mí tampoco —dijo su casera—. No lo había pensado, pero tenéis razón. Me pregunto por qué debe haber sido así.

—Seguramente porque la Cuaresma ha empezado tan temprano —dijo Shakespeare—. Recordad que fue a mediados de febrero.

La viuda Kendall asintió.

—Sí, podría ser. Pero ahora la Cuaresma ya ha quedado atrás. ¿Me harías el honor de cortar el jamón de cerdo que acabo de sacar del fuego?

—¡Curioso privilegio! —exclamó Shakespeare y se inclinó sobre la mano de la viuda como había visto hacer a Lope sobre la de su última amiga. Jane Kendall se rió tontamente, coqueteando todo lo que podía. El estómago de Shakespeare gruñó. Para ser una época tan dura del año, llevaba sin carne mucho tiempo lo que hacía que pareciera que hiciera aún más tiempo. La boca se le hizo agua ante la idea de acabar por fin con el ayuno.

Mientras cortaba loncha a loncha el jamón de cerdo, algunos pedazos más feos, o quizás más que algunos, acabaron en su boca. Su casera le observaba indulgentemente. No importaba la indulgencia con la que le mirase, trataba de ser moderado y resultó hacerlo bastante bien.

—¿Os gusta el sabor? —le preguntó ella.

Se aseguró de tragarse el trozo de la boca antes de contestar

—Sí —no le importó sonar entusiasmado. La viuda Kendall había sido generosa con el ajo, la canela y la pimienta, y la carne era tan fresca que apenas necesitaba especias para saber bien; una ventaja de la coincidencia de Pascua con una época tan fría del año.

Uno por uno, los huéspedes regresaron a la casa. Shakespeare intercambió saludos de Pascua con Jack Street, Cicely Sellis, Sam King y el resto. Aprovechó un momento en el que Jane Kendall no miraba para lanzar un trozo de cerdo a Mommet. El gato hizo desaparecer el regalo, luego le miró como queriendo decir: “Bueno, ¿dónde está el resto?”

Todos comieron cerdo, pan y pastinaca cubierta de queso fundido y bebían la cerveza recién hecha de la viuda Kendall. Shakespeare se preguntó si debía ser el único que no sólo comía carne sino que además se preocupaba de comerla donde otros pudieran verle. Ahora, nadie podía decir que seguía con el ayuno de Cuaresma y que esperaba a la Pascua reconocida por el viejo calendario.

Jack Street se dio unas palmaditas sobre la barriga.

—Oh, esto ha sido monstruosamente agradable —dijo el vidriero—. Ojalá estuviera tan lleno cada día.

Sam King asintió. Seguía sin trabajo estable, por lo que un banquete como ese debía ser mayor regalo para él que para cualquier otro hombre. Mientras se reía de lo dicho por Street, dijo:

—Entonces, ¿es el vacío de vuestro estómago lo que hace que rujáis de esa manera cuando dormís?

Eso hizo que todos estallaran en una carcajada, todos excepto el vidriero.

—¿Qué habéis querido decir con eso?

—Bueno, pues me refiero a vuestros ronquidos, hombre —dijo King—. ¿A qué si no?

—¿Qué? —Jack Street negó con la cabeza—. Si no ronco.

A pesar de hacer pasar noches espantosas a sus compañeros de habitación y, probablemente, a los vecinos de ambos lados de la habitación, lo decía de corazón. Cuanto más intentaban convencerle los otros de que roncaba, menos les creía.

—Regresemos a la iglesia —dijo Sam King—, y lo juraré por el Evangelio.

Street volvió a negar con la cabeza.

—No, no os haré jurar en falso por culpa de una broma.

—Contad la verdad y avergonzad al Diablo, maestro Street: roncáis por la noche —sentenció Shakespeare.

—La acumulación de juramentos no es prueba de sinceridad. Uno solo basta cuando es sencillo y verdadero, y yo juro que no ronco —Jack Street empezaba a parecer enfadado. Se acabó la jarra de cerveza, volvió a coger el cántaro y volvió a llenarla.

Shakespeare empezó a desear que Sam King hubiera mantenido callada la boca. El silencio que planeaba sobre los que se daban el banquete era claramente incómodo. Si Street no quería creer que roncaba, ¿cómo podía persuadirle el resto? No podían, pero sabían la verdad demasiado bien como para conformarse con sus negativas, no importaba lo vigorosas que éstas fueran. Era probable que esta discusión volviera a surgir en unas semanas.

Cicely Sellis se quitó la cadena que llevaba alrededor del cuello. Del final pendía un colgante brillante que había permanecido oculto en el valle que se extendía entre sus pechos. El colgante reflejaba el fuego de la chimenea y el de las antorchas mientras ella lo balanceaba hacia delante y hacia detrás, hacia delante y hacia detrás.

—Tranquilo, maestro Street —dijo con una voz suave y tranquilizadora—. Tranquilo. No hay motivo para la ira. Tranquilo.

—¿Y por qué debería, cuando todos se burlan y se ríen de mí? —dijo el vidriero.

La curandera no le respondió directamente. Siguió balanceando el colgante con el mismo ritmo lento y constante. Siempre muy ligeramente. Negó con la cabeza.

—De ningún modo, maestro Street —le dijo, aún muy tranquilizadoramente—. Aquí somos vuestros amigos. Aquí todos somos vuestros amigos. Nadie pretende haceros daño.

—Me parece que es todo lo contrario —dijo Street; pero de forma menos beligerante de lo que había hablado antes. Los ojos de él seguían el colgante de vidrio de baja calidad mientras éste se movía. Empezó a seguir el ritmo con la cabeza: adelante y atrás. Shakespeare también tenía dificultades para apartar los ojos del colgante, pero lo consiguió. Jack Street ni lo intentó.

—Nadie pretende haceros daño —repitió Cicely Sellis.

Sam King hizo un amago de empezar a hablar. Shakespeare hizo uso de sus largas piernas para darle una patada al joven por debajo de la mesa. Algo fuera de lo corriente estaba sucediendo. No sabía el qué, pero no quería que se rompiera el hechizo. Hasta que esa frase no se le pasó por la cabeza no supo si había hecho bien

en darle la patada a King.

Cicely Sellis prosiguió como había hecho antes.

—Todo está bien, maestro Street. No pasa nada. No hay necesidad de ira. ¿Me oís?

—Os oigo —la voz de Street era muy lejana, como si solo escuchara con medio oído. Los ojos, la cabeza, aún seguían el ritmo del colgante, aunque no parecía darse cuenta de ello. Cuando alargó la mano para coger la jarra de cerveza, también lo hizo sin desviar la mirada del brillante colgante.

—Bien —la curandera dejó que el colgante reluciente se balanceara de un lado a otro un minuto más— ¿Me oís? —volvió a preguntar una vez más mientras mantenía el ritmo.

—Os oigo —dijo Street, aún más distante que la última vez.

—Entonces oíd también que no hay razón para el alboroto, no hay razón para recordar las palabras acaloradas antes intercambiadas, no hay necesidad de que las guardéis en vuestra memoria.

—No hay razón para el alboroto —repitió somnoliento Jack Street—. No hay razón para recordar. No hay necesidad de guardarlas.

—Bien así —asintió Cicely Sellis—. ¿Será así cuando os lo pregunte luego?

—Así será —el vidriero trató de asentir, pero el movimiento del colgante aún le mantenía cautivo.

—Bien. Pues que así sea y no temáis que nadie vuelva a hacerlo —Cicely Sellis dejó de mover la baratija y volvió a esconderla. Cuando volvió a hablar, su voz era alta y enérgica —¿Podríais pasarme el cántaro de cerveza, maestro Street? Me gustaría tomarme otra jarra.

—¿Eh? —empezó a decir Street, como si se acabara de despertar—. Oh, por supuesto, señora Sellis. Aquí tenéis —Le dio el cántaro. Con una risa entre dientes dijo: —quizás lo aguantéis mejor que yo, dado que lo que he bebido se me ha subido directamente a la cabeza. Me parece que me he echado una cabezadita en la mesa. He tenido un sueño, pero se necesita más que el ingenio de una persona para explicar el sueño que era; uno puede echarse a roncar en vez de contar este sueño. Creo que era yo, no hay hombre que pueda asegurarlo. Y creo que lo tuve; pero, si el sueño pretendía decirme lo que creo, uno no es más que un estúpido soñoliento.

—Creo que yo también beberé algo más de cerveza, señora Sellis, cuando os hayáis servido la vuestra —dijo Shakespeare. Mientras asentía, la curandera le pasó el cántaro. Rápidamente, llenó la jarra y se la acabó. Jack Street no daba señales de recordar la discusión sobre si roncaba. Hablaba, reía, hacía bromas. ¿Cómo había hecho eso Cicely Sellis?

Sam King se inclinó hacia delante para coger el cántaro una vez Shakespeare hubo acabado de servirse. Los ojos del joven estaban abiertos de par en par y observaba todo mientras vertía la dorada cerveza en la jarra. Dijo algo a Shakespeare, al otro lado de la mesa, sin emitir sonido alguno. Al no entenderlo, el poeta alzó una

ceja. King volvió a repetir las palabras, de modo más exagerado que la vez anterior.

—Es una bruja.

De hecho, ese era el otro nombre para referirse a una curandera. Aun así, Shakespeare volvió a darle una patada a King por debajo de la mesa. Era mejor no decir algunas palabras. Y King se quedó mudo tras eso. Pero, en ningún momento, el miedo abandonó la expresión de sus ojos.

Tras el banquete, Shakespeare se agachó para acariciar a Mommet. El gato arqueó la espalda y ronroneó.

—Le gustáis —dijo Cicely Sellis.

—Entonces, quizás me traiga un ratón o una rata para demostrarme su aprecio —respondió Shakespeare. Mommet se dio la vuelta para que le rascara detrás de la oreja. A Shakespeare le pareció ver saltar una pulga, pero no podía estar seguro: una pulga en ese suelo de tierra simplemente desaparecía. Mommet siguió fregándose.

Con una sonrisa, la curandera dijo:

—Conocéis bien a los gatos —Shakespeare era el único huésped que le dirigía la palabra o, lo que es lo mismo, que demostraba tener conocimiento de su existencia en esa casa. Si ella se daba cuenta de ello, no lo demostraba.

—Los habéis asustado —dijo en voz baja, y en voz aún más baja, añadió —me habéis asustado.

—¿De qué, maestro Shakespeare?

—¿De qué? —Shakespeare aún mantenía la voz baja, pero no podía controlar la ira; ira y miedo eran, a menudo, dos caras de la misma moneda—. ¿Por qué iba ser más que por vuestra demostración de brujería?

—¿Brujería? —Cicely Sellis empezó a reírse, pero se recompuso cuando vio lo serio que estaba él—. ¿Creéis que en realidad soy una bruja?

—No lo sé —le respondió—. Por mi santidad que no lo sé. Pero esto sí que lo sé: nadie más de los que viven aquí tiene dudas sobre eso —negó con la cabeza—. No, me equivoco. A los ojos de Jack Street no lo sois, ya que no recuerda nada de lo que le habéis practicado.

Eso le afectó. La boca de ella se tensó. Las líneas de expresión junto a ésta se llenaron de sombras, lo que hizo que, de repente, pareciera cinco años mayor, o quizás más.

—Solo traté de evitar una discusión estúpida. —Dijo lentamente.

—Y así lo hicisteis, pero ¿a qué precio? —Los ojos de Shakespeare miraron de soslayo a Sam King, que parecía decidido a emborracharse—. ¿Queréis que la Inquisición inglesa os cuestione?

La mirada de Cicely Sellis siguió a la del poeta.

—No se irá de la lengua —dijo, pero su voz no parecía muy convencida.

—Dios quiera que estéis en lo cierto —dijo Shakespeare, mientras se preguntaba si Dios querría algo así para una bruja—. Pero me habéis atemorizado, y yo soy un hombre que se gana el pan inventando fábulas. Y más, soy un hombre que se pavonea

sobre el escenario, que ha representado a un fantasma, que ha visto cosas extrañas. Y, como os he dicho, me habéis atemorizado. ¿Qué hay entonces de él? —Su voz se convirtió en un susurro—. ¿Y qué hay también de la viuda Kendall?

—A ella le pago, y bien —la curandera no se esforzó en ocultar su desdén. Pero sus ojos, casi tan verdes como los de su gato, volvieron a posarse en Sam King—. Preferiría no tener que volver a buscar una nueva casa de huéspedes tan rápido.

—¿Volver a buscar? ¿Entonces habéis venido aquí huyendo? —preguntó Shakespeare.

Reacia, Cicely Sellis asintió. Shakespeare rechinó los dientes hasta que una punzada de dolor en el molar le advirtió que era mejor que dejara de hacerlo. ¿Sabía ya la Inquisición inglesa quién era? ¿Estaban ya preparados los inquisidores para asaltar la casa? Si arrestaban a la curandera, ¿la arrestarían solo a ella y a nadie más? ¿O cogerían a todo aquél que tuviera algo que ver con ella, para buscar pruebas en contra suya y para conocer qué tipo de herejías ocultaban sus conocidos? Shakespeare no conocía las respuestas, pero podía hacerse una buena idea al respecto.

—No pretendía hacer daño a nadie —dijo Cicely Sellis—, tampoco se lo he hecho a nadie.

—Que no fuera vuestro propósito, lo creo —dijo Shakespeare—. Que no hayáis provocado ningún daño… —Se encogió de hombros. Esperaba que ella tuviera razón. Lo esperaba, sí; pero no lo creía, por mucho que deseara hacerlo.

El Capitán Guzmán parecía disgustado.

—Acabo de saber que Anthony Bacon se ha refugiado en la corte del Rey Christian IV —dijo.

Seguramente, eso explicaba su gesto amargo.

—Entonces, algo está podrido en el reino de Dinamarca —respondió Lope de Vega—, para que su rey dé protección a un sodomita reconocido. Demuestra no ser cristiano; a pesar de su nombre, no es más que un maldito hereje luterano.

El Capitán Guzmán asintió.

—Sí, sí y sí. Cada palabra que decís es cierta, Teniente Primero, pero ninguna de vuestras verdades nos hace ningún bien. Dinamarca y Suecia persisten en su herejía, de la misma forma en que persisten en mantenerse fuera de nuestro alcance.

—Sí, señor —asintió Lope—. Es una pena que se nos escapara. Aunque, si vos queréis, siempre podemos volver y arrestar a su hermano menor.

—No se ha demostrado nada en contra de Francis Bacon, y la familia tiene contactos suficientes como para que no podamos arrestarle sin pruebas. Eso también es una pena —Guzmán suspiró. Aunque, al cabo de un rato, se iluminó—. Hace cuarenta años, tras la muerte de María y una vez Inglaterra volviera a sumirse en la herejía, ¿quién imaginó que nos haríamos lo suficientemente fuertes como para venir aquí y corregirles? En una generación o dos, será el turno de Dinamarca, y luego

quizás le toque a Suecia.

—Que Dios nos permita que así sea —De Vega se santiguó. Su superior le imitó. Con una sonrisa, Lope prosiguió—. Debo confesaros, Excelencia, que no me importará perderme esa Armada.

—No, yo tampoco —pero los ojos de Guzmán brillaron de un modo que Lope reconoció tras un instante como afán de cruzada—. Pero después de que Dinamarca y Suecia vuelvan a la verdadera y sagrada fe católica, ¿qué entonces? Los rusos no aceptan la supremacía de su Santidad el Papa.

—Antes de venir a Inglaterra, no estoy seguro de que hubiera oído hablar nunca de Rusia —dijo Lope—. Ahora he podido hablar con algunos hombres que han estado allí. Dicen que el tiempo en Rusia es mucho peor que aquí, de la misma manera que el tiempo aquí es mucho peor que el de España. Si eso es cierto, Dios ya ha castigado a los rusos por su herejía.

—Podría ser —dijo Guzmán—. Pero también podría ser que los hombres de los que habláis mintieran. No creo que ningún lugar pueda tener peor clima que éste.

—Puede que estéis en lo cierto, Excelencia —Lope chasqueó los dedos, como si acabara de recordar algo—. Con Anthony Bacon en Dinamarca, ¿se sabe si Tom, el chico de la compañía teatral de Shakespeare que desapareció prácticamente al mismo tiempo, está con él?

—Dejadme que lo compruebe —Baltasar Guzmán recorrió el informe que había recibido con el dedo. Se acercaba al final cuando se detuvo y levantó la vista—. Sí, le acompaña un atractivo joven. No se detalla el nombre, pero...

—Pero nos hemos deshecho de dos sodomitas, y los daneses los han acogido —dijo Lope.

—Sí, nos hemos deshecho de ellos, pero hubiera sido mejor enviarlos a la horca o a la hoguera que a Dinamarca —el Capitán Guzmán no cedía ni lo más mínimo.

Y Lope difícilmente podía estar en desacuerdo.

—Tenéis razón, por supuesto, Excelencia. Con algo de suerte, podremos coger a los próximos que descubramos antes de que escapen.

—Eso es, Teniente Primero. Eso es —Guzmán dejó el papel sobre la mesa—. Ahora que sabéis mis noticias. ¿Qué tenéis para mí?

—Shakespeare progresa en la obra *El Rey Felipe* —respondió De Vega—. Desearía que vuestro inglés fuera más fluido, mi señor. Os citaré línea por línea lo que vivirá para siempre. El hombre es bueno. Es tan bueno, que me siento intimidado cuando me siento para escribir, incluso aunque trabaje en otra lengua.

—Tal y como son las cosas, ahorradme las citas —dijo Guzmán—. Si hay algo más mortal que escuchar versos que uno no entiende, la verdad es que no puedo imaginarme qué es —juntó los dedos y miró a Lope—. ¿Así que volvéis a escribir? Me refiero a pesar de la intimidación.

—Sí, Excelencia.

—Parte de mí me dice que debería felicitaros —apuntó Baltasar Guzmán—.

Aunque parte de mí cree que no os mantengo lo suficientemente ocupado. Con todo lo que tenéis que hacer, ¿de dónde sacáis el tiempo para escribir?

Guzmán tenía por costumbre formular preguntas peligrosas. También tenía por costumbre formularlas de manera que no sonaran peligrosas a menos que la víctima estuviera atenta. De lo contrario, uno podía lanzarse fácilmente a una respuesta desafortunada sin darse cuenta de lo que había hecho hasta que ya era demasiado tarde. En esta ocasión, Lope había descubierto la trampa.

—Os lo responderé de dos maneras, Excelencia. Primero, un hombre que quiere escribir no busca tiempo para hacerlo, sino que "encuentra" tiempo para hacerlo, incluso aunque eso signifique dormir menos o comer más rápido. Y segundo, señor, últimamente tengo más ayuda de Diego de la que estaba acostumbrado a tener.

—Sí, Enrique me mencionó algo al respecto —comentó Guzmán—. Pensaba que necesitaríais un milagro para conseguir que Diego llevara a cabo la mitad del trabajo de un sirviente adecuado. ¿Cómo lo habéis conseguido?

—Quizás tuve suerte. Quizás Diego vio la luz —respondió Lope, sin querer admitir su chantaje—. O quizás es la primavera, y el sol le despierta como hace con las ranas, las serpientes, los lirones y todas las demás criaturas que duermen a lo largo de todo el invierno.

—Bonita frase y bonita presunción —dijo, con una sonrisa, el Capitán Guzmán—. Pero ya hace mucho que Diego es vuestro sirviente, y siempre ha sido igual de soñoliento y de vago tanto durante el verano como durante la época en la que la nieve cubre el suelo. ¿Cuál es la diferencia ahora?

—Quizás, por fin, ha visto el error de su comportamiento —contestó De Vega.

—Podría ser. Pero me parece que la única forma en la que era probable de que se diera cuenta de eso, era a punta de espada —dijo Guzmán. Lope no respondió. Su superior se encogió de brazos—. De acuerdo, si queréis mantener el secreto, supongo que podéis mantenerlo. Pero explicadme, ya que volvéis a escribir, ¿sobre qué lo hacéis?

Por la forma en la que se inclinó hacia Lope, mostró estar más interesado de lo que pretendía demostrar. Siempre había ocultado con rienda firme su entusiasmo por las obras de Lope. Aunque, quizás, las disfrutaba más de lo que realmente aparentaba.

—Esta la titularé *El mejor mozo de España*.

—¿El mejor mozo de España? —repitió el Capitán Guzmán—. ¿De qué trata, de un sirviente?

—No, no, no, no —Lope negó con la cabeza—. El mejor mozo de España es Fernando de Aragón, que se casó con Isabel e hizo de España un solo reino. Ya os lo he dicho, Excelencia, Shakespeare me contagia. Él escribe una obra histórica, y yo también.

—Mientras no empecéis a escribir en inglés —dijo Guzmán.

—No, eso no —De Vega levantó los brazos al aire ante la idea—. No podría trabajar en una lengua en la que las rimas son tan complicadas de conseguir y la

métrica tan irregular. Shakespeare es muy inteligente en inglés, pero me atemoriza lo espléndido que pudiera ser si escribiera en español.

—Bueno, pero no lo hace, así que no os preocupéis por eso —dijo el Capitán Guzmán; consejo más fácil de dar, que de aceptar para Lope. Pero prosiguió—. Disfruté mucho con vuestra última obra, esa sobre la dama que era una mema.

—Os lo agradezco, Excelencia —dijo Lope.

—Si la siguiente es igual de buena, debería tener más público que soldados españoles esparcidos por Inglaterra —dijo su superior—. Escribid una buena obra, Teniente Primero, y haré todo lo que pueda para que ambas se publiquen en España.

—¡*señor*! —exclamó Lope. Baltasar Guzmán, al ser rico y tener buenos contactos, seguramente podía conseguir la publicación con la misma facilidad con la que chasqueaba los dedos. A Lope, el corazón le latía sonoramente en el pecho. Había soñado con una oportunidad como esa; pero sabía que los sueños, sueños son. Ver que uno podía hacerse realidad...—. ¡Estoy a vuestras órdenes, Excelencia! Y sería todo un honor para mí, no os hacéis a la idea del honor que sería para mí, que fuerais mi *patrón*.—Se percató de que balbuceaba, pero no podía evitarlo. “¿Qué haría por la oportunidad de ver mis obras publicadas? Prácticamente cualquier cosa”.

Guzmán sonreía. Sí, sabía el poder que ejercía con semejantes promesas.

—Escribid bien, Teniente Primero. Escribid bien y aseguraos de que el inglés también lo haga. No puedo deciros que desatendáis vuestras otras obligaciones. Quisiera poder hacerlo, pero no puedo.

—Lo entiendo, señor —De Vega no tardó en ofrecer comprensión al hombre que le ofrecía la inmortalidad de la imprenta. Sabía que el Capitán Guzmán le decía “Haz todo lo que te diga, y luego dedícate a lo tuyo”. En otras ocasiones, se hubiera quejado de lo injusto que eso era. Pero, cuando su superior le presentó la posibilidad de la publicación…

“Soy un pez que nada en el arroyo. Sé que los tentadores gusanos pueden ocultar un anzuelo. Lo sé, pero tengo que morder igualmente, porque, oh amado Dios, estoy tan hambriento”.

Shakespeare observó lo que acababa de escribir. Lentamente, asintió. La taberna estaba tranquila. Tenía casi todo el lugar para él solo, dado que la mayoría de personas que habían ido a cenar hacía tiempo que había vuelto a su casa. De hecho, tenía la taberna tan para sí mismo que se había atrevido a trabajar ahí en *Boudicca*, cosa que apenas hacía.

Y ahora… ceremoniosamente, mojó la pluma en la tinta una última vez y, con enormes letras, escribió la última palabra al final de la página. *Finis*.

—Por los clavos de Jesucristo —susurró con asombro cansino—, pensé que nunca la acabaría.

Incluso ahora, estaba medio expectante a la espera de que los españoles o la

Inquisición inglesa irrumpiera dentro de la taberna y le arrastraran esposado.

Pero todo lo que sucedió fue que Kate le preguntara.

—¿Qué decíais, maestro Will?

—Nada que valiera la pena escuchar, créeme —Shakespeare dobló los papeles para que ningún ojo indigno se posara sobre ellos—. Acabo de escribir el final de una tragedia en la que llevo trabajando desde hace tiempo.

—Me alegro —respondió la sirvienta—. ¿Cómo se titula y cuándo la representará vuestra compañía?

—No lo sé —le dijo.

—¿No sabéis cómo se titula?

—No —respondió impaciente Shakespeare. Demasiado tarde, se dio cuenta de que ella le tomaba el pelo, y le hizo una mueca—. No sé cuándo se representará —trató de evitar darle el título. Desconocería el significado, como cualquiera que no supiera latín; pero podría acordarse y un inquisidor podría sonsacárselo. Shakespeare no había conspirado en toda su vida, como habían hecho hombres como Robert Cecil y Nick Skeres, pero reconocía las ventajas de guardarse para sí todo aquello que pudiera resultar peligroso para cualquiera que lo supiera.

Por desgracia, Kate se dio cuenta de que se contenía.

—Me contáis menos de lo que sabéis —dijo, más en tono penoso que de reprimenda.

—Contarte algo ya es más de lo que debiera —dijo Shakespeare—. Contarte esto es más de lo que debiera.

Hizo una pausa, a la espera de que ella entendiera el asunto. Lo hizo. Era ignorante, pero no tenía nada de estúpida.

—Entonces, no os preguntaré más —dijo—. Marchaos. Dentro de poco será el toque de queda —bajó la voz para añadir: —que Dios os guarde.

—Igualmente —respondió Shakespeare. Se levantó de la silla donde llevaba sentado gran parte de la tarde, se inclinó sobre su mano y la besó, y salió de la taberna para dirigirse a la casa de huéspedes.

La niebla cubría la noche húmeda y fría. La luna era casi nueva cuando apenas habían transcurrido dos semanas después de lo que la iglesia católica había anunciado como el Domingo de Pascua. No se alzaría hasta justo antes de la salida del sol, y no penetraría en la niebla una vez lo hubiese hecho. Un extranjero que saliera de casa en la noche londinense se habría perdido sin remedio en pocos instantes. Shakespeare trató de regresar a la casa de la viuda Kendall más por la forma en que sentía la calle bajo sus pies y por los olores que por la vista.

Su intención se desvaneció cuando llevaba una docena de pasos de la taberna. Alguien vino corriendo procedente de la dirección de su casa de huéspedes. La niebla también amortiguaba el ruido, así que Shakespeare solo alcanzó a oír los últimos pasos antes de que el hombre chocara con él.

—¡Uf! —exclamó Shakespeare—. ¡Tened más cuidado, por favor! —añadió.

—¡Will! ¿Eres tú? —La voz del otro hombre surgió de la impenetrable oscuridad.

Shakespeare también le reconoció. Deseó que no fuera así.

—¿Kit? —respondió, mientras la aprensión hacía que chillara como un joven—. ¿Qué haces aquí?

—¡Oh, alabado sea el Señor! —exclamó Christopher Marlowe, un signo de peligro claro, dado que, cuando todo iba bien, era más probable que usase el nombre de Dios en vano que para ofrecerle una oración—. ¡Ayúdame, Will! ¡Dulce Jesús, ayúdame! Me pisan los talones, más a cada minuto.

A Shakespeare se le heló la sangre.

—¿Quién te sigue? ¿Y por qué? —"¿Es sólo a ti, o la ruina nos persigue a todos?"

—¿Quién? —La voz de Marlowe se agitó como la llama de una vela ante una ventisca—. ¡Los españoles, claro!

—¡Virgen santa! —exclamó Shakespeare, una expresión que nunca hubiera pronunciado de no haber llegado los españoles a suelo inglés. De eso se percató más tarde; en ese momento, el pánico trataba de apoderarse de él y de estrangularle, de manera que casi se dio la vuelta para salir corriendo hacia cualquier dirección por las calles cubiertas de niebla de Londres. Aunque, algo le hacía repetir —¿Por qué te buscan?

—Sabes que me gustan los chicos —empezó a decir Marlowe, y parte del pánico que Shakespeare cargaba sobre los hombros desapareció como si se tratara de una capa de la que se había deshecho.

—Posiblemente medio Londres sabe que te gustan los chicos —respondió Shakespeare; el otro poeta nunca había comprendido las ventajas inherentes de mantener la boca cerrada. Pero si los españoles le perseguían porque le gustaban los chicos…

—Anthony Bacon no fue más que el primero —continuó Marlowe— quieren limpiar el reino de sodomitas y de desviados de manera que si caigo en sus manos me ahorcarán. ¿Pero cómo puedo evitarlo? La naturaleza es la que nos ha otorgado esos sentimientos, vivo luchando contra mí mismo por controlarlos, me ha hecho así.

Incluso al borde de una espantosa muerte, luchaba por justificarse. Esa constancia dejó a Shakespeare medio entristecido, medio animado, al mismo tiempo que temeroso.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó.

—Pues, que me ayudes a escapar, por supuesto —respondió el otro poeta.

—¿Y cómo pretendes que haga eso? —le reclamó Shakespeare—. ¿Crees que soy Dédalo y que puedo darte alas? —No sabía si utilizaba eso con Marlowe para intimidarle o para insultarle. Desesperado, prosiguió—. Incluso aunque tuviera alas para darte, seguramente volarías demasiado cerca del sol, otro Ícaro, y caerías en picado al salobre mar.

—Tómame el pelo, considéralo, como quieras, pero ayúdame —dijo Marlowe—. En realidad, querido Will —se rió, una carcajada irregular—, ¿qué mal hago amando

a muchachos? Dijo Júpiter, meciendo sobre sus rodillas a su predilecto:

"Venid, querido Ganimedes y jugad conmigo;
Os amo, que Juno lo que quiera decir diga."

Shakespeare rompió a reír. No pudo evitarlo. Solo Marlowe sería lo suficientemente vanidoso para citar las frases de apertura de una de sus obras en una situación tan extrema. Más por placer que por malicia, Shakespeare usó una voz alta y aflautada para dar la respuesta de Ganimedes de "Dido, Reina de Cartago":

"Quisiera tener una joya para mi oreja,
Y un broche fino para mi sombrero,
Y entonces os abrazaré cien veces."

Marlowe silbó como alguien que trata de soportar una herida valientemente.

—Pero, Will, pensaba que no prestabas atención a mis versos. Debería estar equivocado.

—Deberías… —Shakespeare negó con la cabeza—. No, es igual. Ahora no es el momento. Debes marcharte de aquí, si te buscan por esta razón. ¿Quieres dinero?

—No. Tengo suficiente —respondió Marlowe.

—¿Entonces qué es lo que crees que puedo hacer por ti? —le preguntó Shakespeare—. Escóndete en el río. Coge una embarcación, si es que hay alguna que pueda partir al momento. Si no la hay, coge un barco que salga de Londres, el primero que puedas. En cuanto tengas la suficiente ventaja sobre ellos, estarás bien, o lo suficientemente bien.

—O lo suficientemente bien —repitió Marlowe triste—. Pero escucha, Will, "lo suficientemente bien" no es suficiente. Ni tan siquiera "bien" es suficientemente bien.

Nunca nada le satisfacía. Shakespeare sabía eso desde hacía el mismo tiempo que conocía al otro poeta. Marlowe tenía la curiosidad de una grajilla, y la misma incapacidad de una grajilla para proseguir su camino cuando veía algo, o alguien, nuevo, brillante y que llamara la atención de su vista. Shakespeare dio un paso hacia delante y extendió la mano en la niebla. Una mano a tientas rozó el rostro de Marlowe. La posó sobre su hombro.

—Por Dios, Kit, date prisa. Ponte a salvo, y regresa a casa cuando… cuando las cosas estén mejor.

Marlowe resopló.

—Espero no tener que esperar "tanto" tiempo —abrazó a Shakespeare sin aliento y le besó medio en la boca, medio en la mejilla—. Das buenos consejos. Lo aceptaré, y pude que lo lleve a cabo.

—Rezaré por ti —dijo Shakespeare.

—Probablemente no me haga ningún mal —respondió Marlowe. Dicha la última palabra, se marchó a toda prisa. La niebla amortiguaba los pasos, y pronto los

absorbió por completo. Shakespeare suspiró: había hecho todo lo que había podido. En todo caso, había hablado con Marlowe y le había librado de un pánico ciego. Eso era lo que importaba. Y mucho.

—Puede —murmuró Shakespeare, mientras trataba de convencerse.

Caminó a través de la niebla gruesa y arremolinada hacia la casa de la viuda Kendall. Su casera estaba sentada en el salón, atizando el fuego.

—Me preguntaba si os habríamos perdido, maestro Will —le dijo cuando cerró la puerta tras de sí —la niebla ha cuajado como crema ahí afuera.

—Así es —afirmó Shakespeare. Unas gotas de niebla le salpicaban el rostro y le corrían por la barba, como habría hecho el sudor en un día caluroso.

—¿Vais a despilfarrar mi leña para daros luz para poder escribir? —le preguntó la casera.

—Si sirve a mi propósito, señora, no lo considero un despilfarro —dijo Shakespeare con dignidad.

—No, ¿y por qué deberíais? —le contestó la viuda Kendall—. No sois vos el que compráis la leña que quemáis.

—No es así —dijo Shakespeare—. La compro con el alquiler que recibís cada mes —ella le lanzó una mirada glacial. Como no quería que se enfadara, añadió: —pero la verdad es que esta noche no necesito leña. He acabado una obra en la taberna, a la luz clara y luminosa de las velas que hay ahí.

—Me alegra oírlo —dijo Jane Kendall—. Tanto por el bien de mi leña como por el de vuestro alquiler. Mientras sigáis escribiendo, mientras vuestra compañía siga comprando vuestras obras, me pagaréis cada mes, ¿no?

—Así es —confirmó Shakespeare. Lo que Marlowe tenía de puro albedrío egocéntrico, la viuda Kendall lo tenía de pura avaricia egocéntrica.

—¿Y cómo la llamaréis? —preguntó—. ¿Os aportará unos honorarios considerables?

—Muy considerables, si Dios quiere —dijo. Como había hecho con Kate, trató de evitar nombrar el título de *Boudicca*.

—Bien, bien —dijo sonriente. El dinero de él, o parte de éste, estaba destinado a convertirse en el dinero de ella—. ¿Es esta obra la que trata de la vida del buen Rey Felipe? Eso seguramente aportará más que una obra normal, ya que su temática también se encuentra fuera de lo normal.

—Negó con la cabeza—. No, esa será una historia, un espectáculo histórico al aire libre. La obra que acabo de finalizar es una tragedia —eso, podía decirlo sin peligro alguno.

—Yo os contaré lo que es una tragedia, maestro Will —dijo la viuda Kendall—. Lo que debo pagar por la leña, Virgen Santa, es una sangría de mi propia sangre…

Siguió con las lamentaciones hasta que Shakespeare aprovechó una pausa breve para introducirse en su dormitorio. Jack Straw yacía boca arriba, con la boca bien abierta, convirtiendo la noche en un infierno. “¿Yo? Yo no ronco”, había insistido el

vidriero. Shakespeare se rió en voz baja. Street quizás no podía oírse a sí mismo, pero el resto sí podía hacerlo.

Transcurrido un instante, la risa del poeta vaciló. Por lo que sabía, Street no podía recordar nada de la discusión que tuvieron el día de Pascua. Fuera lo que fuese lo que Cicely Sellis le había hecho, su efecto persistía. Quizás no era magia. Aunque Shakespeare tenía que encontrar otro nombre que encajara igual de bien.

Puso los papeles, plumas y tinta en el baúl, y se cercioró de que cerrara bien. Se quitó los zapatos, se despojó de su gorguera y se tumbó en la cama con el jubón y las calzas aún puestos. Se le cerraron los ojos. Quizás también roncaba. Si lo hacía, nunca lo supo.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, la cama de Jack Street estaba vacía. Sam King se vestía para pasar otro día deambulando por las calles implacables de Londres en busca de algún trabajo.

—Que tengáis buenos días, maestro Will —dijo cuando Shakespeare se sentó y se frotó los ojos.

—Igualmente —respondió Shakespeare con un bostezo.

—Voy a por una ración de gachas de la viuda Kendall y luego a por lo que encuentre —dijo King. Era probable que las gachas fueran lo único que comiera en todo el día. Él también debía saberlo, pero no parecía excesivamente preocupado por ello.

Shakespeare no podía evitar admirar ese coraje deprimente.

—Que tengáis buena fortuna —le dijo.

King rió.

—La buena fortuna siempre va por delante de mí, tan por delante que ni la veo. Aunque, quizás, si corro mucho puede que la alcance —balanceó la cabeza para asentir tímidamente; luego corrió a la cocina de la viuda Kendall en busca de lo que fuera que burbujease en la olla esa mañana.

Shakespeare también rompió su ayuno con gachas. Una vez hubo comido, se dirigió al Theatre para el ensayo del día. La preocupación le embargó durante todo el camino. Si los inquisidores venían a por Cicely Sellis, ¿buscarían en toda la casa? Si abrían su baúl y veían el manuscrito de *Boudicca*, estaba perdido. Y otra cuestión, una que hacía tiempo que había tenido escondida en su mente y que ahora volvía a aparecer: incluso aunque hubiera finalizado *Boudicca*, ¿cómo podía ensayar la compañía sin delatarse? Los actores tendrían que ensayar. Eso lo sabía. Cuando la noticia de la muerte de Felipe llegara a Inglaterra, tendrían, deberían, representar la obra al más mínimo indicio. Tendrían que estar preparados. Pero ¿cómo? Sí, veía la pregunta muy clara, pero ¿y la respuesta? Negó con la cabeza.

Fue de los primeros de la compañía en llegar al Theatre. Richard Burbage caminaba de un lado a otro del escenario como si fuera un lobo enjaulado, de un lado a otro, de un lado a otro. Asintió a Shakespeare cuando éste apareció por la puerta de entrada de los espectadores.

—Buenos días, Will —retumbó su voz—. ¿Cómo se presenta tu mundo? —Incluso aunque tan solo había unas pocas personas en el edificio, dirigió su voz de forma que la gente en la galería superior, donde en esos momentos no se encontraba nadie, pudieran oírle con facilidad.

—Supongo que bien —respondió Shakespeare—. ¿Y tú? ¿A qué se debe este merodeo?

—Hoy tengo que representar a Alejandro —le recordó Burbage—. Mientras da caza a Darío, se supone que es implacable —agitó un trozo de papel con su parte y la puesta en escena a seguir en el escenario—. ¿Te he parecido implacable?

—Siempre —dijo Shakespeare. Burbage perseguía la fama y la riqueza con una determinación que dejaba al poeta entre envidioso y horrorizado.

—Recuerda que es una de las obras de Kit —dijo Burbage entre carcajadas.— Un hombre implacable suyo es dos veces más implacable que el de cualquier otro poeta, del mismo modo que un hombre suyo furioso siente el doble de furia y el hombre temeroso siente dos veces más miedo. Con su forma de escribir tan asombrosa, no es alguien que deje al público preguntándose qué tipo de gente son sus fantasmas.

Shakespeare asintió.

—Sin lugar a duda, tienes toda la razón. Pero baja —le hizo un gesto—, tengo que hablar contigo.

—¿Qué es lo que sucede? —Burbage se sentó en el borde del escenario para luego bajar a la platea del público.

En voz baja, Shakespeare dijo:

—Marlowe ha huido. Rezo porque haya huido. Por lo visto, Anthony Bacon no era más que el primer admirador de muchachos que los españoles y los inquisidores buscaban. Si Kit se ha quedado en Inglaterra, no doy un penique por su vida.

—¡Por todos los rayos! —exclamó Burbage, tan fuerte como siempre; tan fuerte como para que una media docena de actores y tramoyistas se dieran la vuelta para ver qué era lo que sucedía. Refunfuñó para sus adentros y prosiguió más silenciosamente —. ¿Cómo lo sabes?

—Me dijo el propio Kit —respondió Shakespeare—. Me encontró ayer noche. Le pedí que se marchara, lo más rápido que pudiera, de lo contrario no duraría mucho. Dios quiera que me haya hecho caso.

—Que así sea —Burbage puso un gesto horrible—. Que así sea. Pero la marcha de Marlowe representará un duro golpe para el teatro. A pesar de sus ansias sodomitas, y también de su grandilocuencia rimbombante, es el único hombre que conozco que pueda compararse contigo.

—Agradezco tu amabilidad, cosa que él no haría —Shakespeare suspiró—. Sabes, tenemos la misma edad; pero él llegó antes a Londres, antes al teatro. Me atrevo a decir que, al principio, no me consideraba más que un cuervo advenedizo. Y cuando mi nombre empezó a significar más que eso, le royó más que el buitre royó el hígado de Prometeo —recordó el rencor de Marlowe cuando Thomas Phelippes le

ignoró para todo este asunto.

—Nunca supo disimular —dijo Burbage—, por ninguna razón. —En un reino ocupado, podría estar leyendo el epitafio de Marlowe.

—Lo sé —Shakespeare volvió a suspirar—. Le envié al Támesis. Espero que pudiera encontrar una embarcación, alguna con destinación al extranjero. Si no un barco, al menos un botero dispuesto a llevarlo a algún lado lejos de Londres donde pueda ponerse a salvo.

—Boteros los hay a montones, sin importar la hora —Richard Burbage parecía tratar de convencerse a sí mismo y a Shakespeare—. ¿Qué sabe Kit de... tu asunto ahora en marcha? —preguntó al cabo de un rato.

—Pues que el asunto "está" en marcha, lo cual ya es más de lo que yo quisiera —respondió Shakespeare. También eso era menos de la verdad, se dio cuenta, al acordarse de la copia de los *Annales* que Marlowe le había regalado. Pero no le dijo más a Burbage. ¿Qué necesidad había de preocupar al actor? Si los españoles o la Inquisición inglesa daban con Marlowe, éste sabía lo suficiente como para que todos pagaran por todo. Y lo que supiese, lo contaría; no tenía madera de mártir.

—Le buscan nada menos que por sodomía —sí, Burbage trataba de tranquilizarse. La sodomía en sí era un crimen temible, un crimen capital. Pero, en comparación con la traición, eran la luna y el sol.

—El asunto —a Shakespeare le gustaba esa palabra sin vida—, va a ritmo acelerado. La pasada noche, o cuando vi a Marlowe, escribí el *finis* de *Boudicca*.

—Bien. Eso está bien, Will — Burbage le puso la mano sobre el hombro. —Ahora, espero que Dios se encargue de que *Boudicca* no escriba nuestro fin.

Con un pelotón de soldados españoles a sus espaldas, Lope de Vega caminaba por la ribera norte del Támesis, no muy lejos del Puente de Londres. No hacía mucho, había cogido un bote para atravesar el río con Nell Lumley para ver la lucha de osos en Southwark. Mandó un guijarro al río de un puntapié. Había cruzado el Támesis con su amada, con una de sus amadas; pero había regresado solo.

Se enderezó, mientras luchaba contra el recuerdo de la humillación. ¿No se hubiera cansado de Nell de todos modos? Ahora que estaba enamorado de Lucy Watkins, ¿qué importaban las otras mujeres inglesas?

Uno de los soldados que le acompañaban señaló algo.

—Ahí hay otro botero, *señor*.

—*Gracias, Miguel. Yo también lo veo* —respondió Lope. Cambió de lengua para dirigirse al hombre—. Buenos días.

—Igualmente, *sir* —El botero se quitó el sombrero andrajoso (que hacía mucho tiempo, pero mucho tiempo, habría podido pertenecer a un caballero) y le hizo a De Vega una torpe reverencia —. Me temo, señor, que no puedo llevaros a vos y a todos vuestros amigos —su sonrisa desdentada mostraba que no era más que una broma.

Lope le devolvió la sonrisa. Algunos barqueros se adentraban sin pasaje en el Támesis para no tener que hablar con ellos. Haría lo que fuese por mantener contentar a este. Con una reverencia, una reverencia que procuró no hacer demasiado bien para que no la interpretara como una burla, le dijo:

—¿Puedo haceros una pregunta?

—Decidme, *señor*. Os responderé.

Mejor, pensó De Vega.

—¿Estuvisteis aquí en el río anteayer por la noche?

—Así es, su Señoría —contestó el barquero—. Diría que siempre estoy aquí. Son tiempos duros. Debo conseguir todas las monedas que pueda, ¿eh?

—Cierto —dijo Lope—. Entonces, ¿visteis a un caballero, un caballero inglés esa noche? Un hombre de mi edad, aproximadamente, atractivo, de rostro redondo, con el pelo negro más largo que el mío y una fina franja de barba. Se hace llamar Christopher Marlowe y, a veces, Kit.

Buscó otro guijarro al que darle un puntapié, pero no lo encontró. No deseaba dar caza a Marlowe, no después de haber pasado tanto tiempo juntos en vestidores y en tabernas. Pero si lo que él quería y lo que su reino quería entraban en conflicto, ¿qué podía hacer más que lo que era su obligación?

El barquero entornó el rostro en una reflexión muy mal fingida.

—La verdad es que no puedo recordarlo, señor —dijo finalmente.

—Eso no me sorprende —dijo Lope amargado, y le dio una moneda de plata de seis peniques. Ya llevaba gastados varios chelines, y recibía muy poco a cambio de su dinero.

Tampoco hubo suerte esa vez. El barquero se metió la moneda en el bolsillo y volvió a sacarse el sombrero.

—Muchas gracias, su Señoría. Dios os bendiga por mostrar bondad hacia un pobre hombre. Pero debo deciros que no vi a semejante hombre —extendió las manos encallecidas por los remos en señal de disculpa.

Algunos de los soldados que acompañaban a Lope sabían algo de inglés.

—Deberíamos darle una paliza a este desgraciado por tomarnos el pelo. —Dijo uno de ellos.

Quizás el barquero entendía algo de español. Apuntó al siguiente hombre con un bote.

—Seguramente George sabe algo de lo que buscáis.

—Ya veremos —dijo Lope en inglés. En español, añadió —no perdería el tiempo dándole una paliza a este cacho de mierda sin madre.

—Este río huele como un cacho de mierda sin madre —respondió el hombre que había sugerido la paliza arrugando la nariz.

Dado que tenía razón, Lope no pudo más que estar de acuerdo.

—Vayámonos. Veamos qué tiene George que decirnos. —“A ver si puedo malgastar otros seis peniques”.

Las gaviotas sobrevolaban el Támesis en un enjambre de chillidos. Una descendió en picado y apareció con un intestino del tamaño del brazo de Lope. Una docena de otras la perseguían, ansiosas de robarle el trofeo. El estómago de De Vega se encogió. Una de las gaviotas que daba caza a la primera se hizo con el intestino y se marchó con éste. El pájaro que lo había sacado del agua dio un alarido de enfado y frustración.

Embarcaciones de todos los tamaños recorrían el río arriba y abajo.

—¡Al oeste voy! —gritaba el barquero con destino a Westminster o los pueblos más arriba del Támesis.— ¡Al este voy! —gritaban los hombres que se dirigían al Mar del Norte. Los barcos que iban de oeste a este tenían que esquivar aquellos que iban y venían entre Londres y Southwark. Algunas veces, no podían esquivarse, y lo solucionaban a base de remos, palos y palabrotas apasionadas.

—Ojalá te consumas —gritó un botero.

—¡Cabeza de chorlito! ¡Nido de úlceras! ¡Ternero lunar! —le contestó el otro que acababa de recibir el anterior insulto. En lugar de tratar de mantener los botes alejados, ambos empezaron a golpearse con los remos. Uno de ellos cayó al río.

—No es el peor deporte para observar —comentó un soldado español.

—Sí —dijo Lope, y volvió a hablar en inglés para gritar: —¡El de ahí, señor! ¿Sois George?

—Sí, es el nombre que me puso mi madre —contestó el barquero—. ¿Qué es lo que queréis, *señor*? —Lo pronunció más bien como la palabra inglesa *senior*.

De Vega le preguntó por Marlowe. Esperó la mirada ausente que ya había visto tantas veces antes esa noche. Para su sorpresa, no la obtuvo. En lugar de eso, George asintió.

—Llevé a ese hombre, sí —dijo—. ¿Qué es lo que ha hecho? Burlar alguna ley, seguro que no me equivoco. Quizás un inductor, o un astrólogo. Algo he acertado.

—¿A dónde le llevasteis? —preguntó Lope, mientras notaba cómo el nerviosismo se apoderaba de él. Marlowe no era (por lo que Lope sabía) un instigador ni un astrólogo; pero era un hombre inteligente, aunque hubiera sido más inteligente de no haber mostrado su inteligencia—. ¡Decídmelo!

Ahora George le miró sin expresión. De Vega le pagó sin dudarlo. El barquero observó la pequeña moneda de plata.

—Dios bendiga al Rey y a la Reina —murmuró; escondió la moneda y asintió a Lope—. Como habéis dicho, señor, ayer por la noche no, sino la anterior. Creo que debían ser las diez, o un poco más tarde. Acababa de regresar con un caballero y su dama de una lucha de osos en Southwark… —apuntó al otro lado del Támesis, como si apuntara a un país extranjero.

—Sé lo de la lucha de osos y lo de cruzar el río —dijo firme Lope. Sabía más de esas cosas de lo que le gustaría. Sacudió la cabeza para tratar de deshacerse del recuerdo, pero no lo consiguió—. ¿Qué entonces?

—Luego, señor, sopesé si debía volver a casa porque era una noche de mucha

niebla y faltaba poco para el toque de queda, o si debía quedarme un rato para ver qué sucedía. Dicen que la fortuna cae en aquellos barcos no gobernados. Y mi barco… el individuo del que hablo, ya me entendéis…

—Sí, sí —Lope luchó por ocultar su impaciencia. ¿Creía este barquero ignorante que era incapaz de entender una metáfora? —Prosiga, hombre. Prosiga.

—Lo haré —dijo George—. Este hombre caminaba por la ribera del río en busca de un barco. “¿Adónde queréis ir?” le pregunté. Recuerdo cada una de las palabras que dijo. Dijo: “Podríais llevarme a remo hasta el infierno y os lo agradecería”. Luego hizo como un amago de negar con la cabeza, y soltó una carcajada que me dejó aterrorizado, ya que me pareció la risa de un loco, no podía ser más que eso. Y dijo: “Dado que esto es el infierno, no hay forma de huir de él”. Pensaba que estaba chalado, pero… os veo agitado, su Señoría. ¿Conocéis estas palabras?

—Sí. Las conozco muy bien. Pertenecen a una obra, una obra escrita por el hombre que busco. Que tu hombre las pronunciara demuestra que él es el hombre en cuestión. Loco o no, ¿aceptasteis su penique?

El barquero asintió.

—Lo hice, ya que el penique de un loco vale tanto como el de cualquier otro. Me pidió que le llevara a Deptford, a Private Dock, el puerto que hay ahí, y así lo hice. Un esfuerzo mayor del que hago normalmente, por lo que le dije que serían dos peniques en lugar del penique, y me los dio.

—¿A Deptford decís? —Esa era una decisión acertada. Estaba cerca de Londres; pero fuera de la jurisdicción de la ciudad, ya que caía en el condado de Kent. Hasta que llegó la Armada, había sido un astillero inglés destacado; incluso ahora, muchos barcos comerciantes amarraban en ese puerto. Lope sabía que tendría que llevar a cabo los ademanes de la persecución; pero sabía que cualquier posibilidad de coger a Marlowe se había desvanecido hacía tiempo.

—Sí, *sir*. Deptford. Estuvo muy tranquilo en el barco, incluso se adormiló algo. Pensé que le había juzgado demasiado rápido. Pero al abandonar el barco volvió a actuar de modo extraño. Miró a su alrededor y dijo: “El infierno no está circunscrito ni tiene unos únicos límites; que infierno es donde estamos, y donde está el infierno allí siempre permaneceremos”. Al día siguiente, señor, traje un cura para bendecir el barco, para estar a salvo. —Se santiguó.

¿Había sido católico cuando Elizabeth aún gobernaba Inglaterra? Quizás, pero Lope no hubiera apostado ni un penique por ello. Él también hizo la señal de la cruz.

—Creo que no tenéis nada que temer —le dijo al barquero—. Una vez más, Marlowe no hizo más que recitar las palabras escritas antes por él. —No le sorprendía que Marlowe hubiera citado su propia obra. Le hubiera sorprendido, le hubiera dejado atónito, que Marlowe hubiera citado, por ejemplo, a Shakespeare. El hombre era demasiado orgulloso para eso.

—¿Habéis acabado conmigo, señor? —preguntó George.

—Casi —Lope sacó una hoja, una pluma y tinta. Escribió, en español, un

resumen de lo que el barquero le había dicho—. ¿Sabéis escribir? —preguntó. Tal y como había esperado, George negó con la cabeza. Lope le pasó el papel y la pluma —. Entonces haced vuestra marca debajo de lo que he escrito.

—¿Qué dicen las palabras? —El barquero ni tan siquiera podía distinguir el inglés del español. De Vega se lo tradujo. George cogió la pluma e hizo una X desmesurada. De Vega y uno de sus soldados que sabía leer y escribir firmaron como testigos. George preguntó —¿Por qué buscáis a este hombre? —Quizás, a pesar de los seis peniques, se había arrepentido de hablarle a un español.

"Demasiado tarde para volver a pensárselo", pensó Lope mientras respondía.

—Porque es un sodomita.

—Oh —fueran los que fuesen los remordimientos que el hombre hubiera tenido, éstos habían desaparecido—. Entonces, Dios quiera que le encontréis. Sucio asunto, la sodomía.

—Sí —De Vega asintió. También lo decía de corazón. Y, aun así, no había ni la más mínima parte en él que quisiera encontrar a Marlowe. Era cierto que el hombre había violado no solo la ley de Inglaterra y de España, sino también la de Dios. Pero también había sido Dios el que le había otorgado un don maravilloso con las palabras. Lope se preguntaba por qué el Señor había decidido dar al mismo hombre la gran necesidad de pecar y el gran don. Aunque eso era cosa de Dios, no suya.

Mientras hablaba en inglés con el barquero, el soldado que había sido testigo de la declaración del hombre explicaba al resto de soldados lo que sucedía. Uno de ellos preguntó:

—Señor, ¿bajamos el río hasta ese sitio, Deptford?

—Creo que lo haremos —dijo Lope, no muy contento—. Espero que los ingleses de allí no nos obstaculicen el camino.

—Si lo hacen, les daremos una buena patada en los *cojones*, y no volverán a hacerlo más —dijo otro soldado. El resto soltó esas carcajadas rapaces propias de los hombres que esperaban ansiosos la oportunidad de dar una buena tunda a los ingleses.

El barco de George no podría llevar a Lope y a todos sus hombres. Tuvieron que caminar junto a la ribera hasta que encontraron a un barquero que podía llevarles a todos hasta Deptford. De Vega le pagó, y se marcharon.

—¡Al este voy! —gritó el barquero con todos sus pulmones.

Aunque Deptford se encontraba a la ribera del Támesis, un poco más abajo de Londres, Lope era consciente cuando bajó del barco de que se encontraban en un mundo distinto. Londres era alborotador. Deptford era sosegado. Él y sus soldados obtuvieron en Deptford más miradas de sorpresa y de dureza en cinco minutos de lo que obtendrían en Londres en todo un día. Londres era su centro de lucha, y los españoles tenían que mantenerlo para ayudar a Isabel y a Alberto a mantener el reino. Eso significaba que allí eran una presencia diaria. En Deptford no; una vez hubieron cerrado el astillero allí, habían dejado el lugar a su aire.

No hacía mucho que Lope había dejado de formular preguntas por los muelles cuando un alguacil se le acercó para preguntarle “a él”. El hombre llevaba una túnica de piel sobre el jubón para mantenerlo limpio, un sombrero negro de fieltro con una cinta volteada, greguescos, calzas añil y zapatos resistentes. La vara del cargo que llevaba podía usarse como un buen garrote. Se presentó como Peter Norris.

Tras explicarle Lope a quién buscaban y porqué, Norris se encogió de hombros

—Me temo que no podréis darle caza, señor; sin duda, ha huido. Estos dos últimos días ha zarpado una galera con destino a Copenhague, un galeón hacia Hamburgo, y algún navío más pequeño, no recuerdo el tipo, hacia Calais. Y, si tenía el dinero para comprar el pasaje, ya debe estar a bordo de alguno.

—Me temo que estáis en lo cierto, Alguacil —dijo Lope. No, la verdad era que no lo lamentaba del todo; por mucho que tratara de mantener ese pensamiento solo para sí.

—Siento que se os haya escapado. Un sodomita no merece más que ser carne de horca —dijo Norris—. Y vosotros habéis venido desde Londres en una misión inútil, cosa que también lamento.

Parecía que lo dijera de corazón. Lope se preguntó si hubiera sido tan amable si hubieran perseguido a un traidor en lugar de a un sodomita. El español tenía sus dudas, pero no tendría que ponerlas a prueba... esta vez.

—Por vuestra amabilidad, señor, ¿puedo invitaros a una jarra de vino?

Norris se tocó el ala del sombrero.

—Os lo agradezco, don Lope. La taberna de Eleanor Bull, cerca de aquí, en la playa de Deptford, tiene una deliciosa malvasía de Candía.

La taberna resultó ser placentera también en otros aspectos. Detrás tenía un jardín que seguramente era mucho más agradable cuando las plantas brotaban. La propietaria guió al Alguacil Norris, a Lope y a sus soldados a una habitación con una cama, una mesa alargada y un banco junto a ella. De Vega y el inglés se sentaron uno junto al otro. Los soldados españoles se repartieron aquí y allá, por todos lados.

Como Norris había dicho, la malvasía de Eleanor Bull resultó ser excelente. Mientras sorbía el vino dulce y fuerte, Lope preguntó:

—¿Podríais conseguirme el nombre de los barcos en los que podría haber escapado Marlowe?

—Por supuesto. Los enviaré por carta —dijo Peter Norris. Lope asintió. Quizás el alguacil lo haría, quizás no. De todas formas, De Vega tenía suficiente para escribir un informe que satisficiera a sus superiores. Norris dudó, y al final preguntó: —Este Marlowe... ¿Buscáis al poeta que responde por ese nombre?

—Me temo que ese es —dijo Lope.

—Es una pena —dijo Norris—. Por mi santidad, señor, su arte supera incluso al de Will Shakespeare.

—¿Eso creéis? —dijo Lope—. Me parece que estáis equivocado, y con mucho gusto os diré porqué. —Él y el Alguacil Norris pasaron las siguientes horas

discutiendo sobre teatro. No había esperado que pudiera mezclar de esa manera el trabajo con el placer y sintió tener que volver a Londres.

Shakespeare nunca hubiera imaginado que algún día necesitaría encontrar a Nicholas Skeres, pero así era. Skeres tenía la costumbre de surgir de la nada, la mayoría de las veces cuando menos bienvenido era, y hacía que los días de Shakespeare, si no su vida, fueran confusos. Ahora era Shakespeare el que buscaba al hombre de voz suave cada vez que salía; le buscaba y no le encontraba.

Skeres le encontró un día en el que la primavera parecía haber aparecido más que como una simple fecha en el almanaque, un día en el que el sol resplandecía caluroso y el aire empezaba a oler a hierba, un día en el que los petirrojos, los jilgueros y los pinzones trinaban. Se unió al paso de Shakespeare mientras el poeta se dirigía hacia Bishopsgate.

—Que tengáis buena mañana, maestro Will —dijo.

—Igualmente, maestro Nick —le contestó Shakespeare—. Tenía la esperanza de que nos encontráramos.

—Ha llegado el momento —Skeres no le explicó cómo sabía que así era, o porqué creía que lo era. Shakespeare estuvo a punto de preguntárselo, pero al final se contuvo. La respuesta de Skeres habría sido una evasiva o una mentira directa. Con una sonrisa en los labios, el taimado pequeño hombre prosiguió —¿todo bien, señor?

—Suficientemente bien, y gracias por preguntarlo —Shakespeare miró a su alrededor. Si Skeres podía aparecer de la nada, también podía hacerlo un espía español. Al ser así, el poeta evitó nombrar nombres—. ¿Cómo está vuestro amo?

—No muy bien. Se muere, y sabe que se muere. —Las comisuras de la boca de Nick Skeres apuntaron hacia abajo— a pesar de su espíritu valiente. Es duro, muy duro, igual que su hijo, el cual heredará los asuntos de la familia cuando Dios se lo lleve. —Él también era cuidadoso con las palabras que utilizaba cuando cualquiera podía oírles.

—Dolorosamente duro —dijo Shakespeare. Él mismo había podido comprobar en la casa cercana al cuartel español que la sombra de la muerte se cernía sobre Sir William Cecil. ¿Ese formidable intelecto, esa voluntad indómita, ahora atrapados en un cuerpo incapaz de llevar a cabo las demandas que éstos le reclamaban? Shakespeare tembló como si un gato negro se le hubiera cruzado. “Cuando llegue mi hora, Señor, por Vuestra merced, haced que sea rápido”. Hasta que no hubo conocido a Lord Burghley, nunca hubiera pensado en hacer semejante rezo. Pero morir por pulgadas, a sabiendas de que cada pulgada estaba perdida para siempre… Negó con la cabeza. Temía menos a la muerte que al hecho de morir.

“Y bien que haces, si piensas en la muerte que los españoles o la Inquisición te proporcionarán”. De repente, quiso hacer como había hecho Marlowe, coger un barco y huir de Inglaterra. “Estaría a salvo en algún lugar del extranjero, sin españoles ni

inquisidores que me persiguieran”. Hablar con Skeres hacía resurgir el peligro al que se enfrentaba.

Ese peligro solo empeoraría tras la muerte de William Cecil. Por naturaleza, Robert, el encorvado, era una criatura de las sombras, y llevaba años creciendo con fuerza en la gran sombra del molde de su increíble padre. Una vez esa sombra se hubiera desvanecido, ¿podría Robert Cecil proseguir a plena luz del día? Tendría que intentarlo, pero no iba a ser fácil.

—¿Qué es lo que queréis de mí? —preguntó Skeres.

—¿Saben vuestros señores que mi encargo está listo? —contestó Shakespeare.

Nicholas Skeres asintió.

—Sí. Lo saben. Es por esa razón por la que me enviaron a veros. Vuelvo a preguntaros: ¿Qué necesitáis de ellos, o de mí?

—Los nombres de algunos hombres —dijo Shakespeare, y le explicó la razón.

—Ah —Skeres volvió a asentir—. Podéis confiar en ellos, y en mí —se marchó a toda prisa, y pronto desapareció entre la multitud. Shakespeare prosiguió su camino hacia Bishopsgate. Sabía que podía confiar en los Cecil; harían todo lo que estuviera en sus manos para ayudarle. ¿Confiar en Nick Skeres? Shakespeare negó con la cabeza ante la absurdidad de la idea y siguió caminando.

Ese día, en el Theatre, la compañía de Lord Westmorland representaba “El día libre del zapatero”, una comedia de Thomas Dekker. Era una obra bastante agradable, aunque el argumento mostraba algunos vacíos. La mayoría de las veces, Shakespeare -que también era un buen remendón de dramas- se dedicaba a remendar esos vacíos, o encontraba la forma de que Dekker lo hiciera antes de que la obra subiera al escenario. Esta vez no había tenido ocasión de hacerlo, no cuando estaba ocupado con dos obras suyas.

Aun así, podría haber ido bastante bien. Este tipo de obras solían funcionar. Buenas bromas (incluso con frecuencia) y una escenificación vivaz ocultaban los defectos que hubieran sido obvios en la lectura del guion.

Pero esta vez no. Entre los espectadores había una docena o más de estudiantes universitarios de Oxford, que habían venido a Londres por algún asunto personal y antes o después de eso habían decidido ver una obra. La universidad les enseñaba a ver las cosas por partes. Abucheaban cada defecto que encontraban y, como acostumbraban a hacer los universitarios, pasaron de abuchear los defectos a abuchear a los actores. Incluso para el nivel normal de los espectadores toscos, eran ruidosos y odiosos.

Richard Burbage, que interpretaba al zapatero, siguió con su actuación como si los oxonienses no existieran. Will Kemp, que encajaba perfectamente en el papel del amigo torpe y ofuscado del personaje del título, tenía menos paciencia. Shakespeare trató de calmarlo cuando se retiró al vestidor durante una escena en la que no aparecía.

—Esto también tiene un fin.

—Mejor que todos estos obtengan a su fin —gruñó el bufón—, y que los entierren sin recibir la bendición.

—Mañana se habrán ido —dijo Shakespeare—. Nunca se quedan mucho tiempo.

—No… sólo su hedor —dijo Kemp. Pero Shakespeare creía haber sosegado el temperamento de su compañero antes de que Kemp volviera a salir.

Y, entonces, uno de los ingeniosos universitarios se percató de una incongruencia que Dekker había dejado en el argumento y le gritó a Kemp:

—¡No, estúpido, acabas de decir que se ha ido a Canterbury! ¡Eres un estúpido desgraciado y el bruto del zapatero también! —Su voz era fuerte y aguda. Todo el teatro debió oírle. Risitas, murmullos y gritos sofocados se oyeron de todos los rincones.

Burbage empezó su siguiente párrafo. Will Kemp alzó una mano. Burbage se detuvo, asustado; el gesto no era uno que hubieran ensayado. Kemp miró a los universitarios.

—¿No es mejor —reclamó— reírse del mundo como yo he hecho, en lugar de que el mundo se ría de uno, como pasa con vosotros, estudiantes?

Sus gritos y abucheos llevaron a detener la obra, como debía haber sabido que sucedería.

—¡Estúpido y mísero llorica! —le gritaron—. ¡Andrajo! ¡Pingajo! ¡Perro espartano! ¡Imbécil supersticioso de cabeza alocada!

Kemp les sonrió abiertamente, con una enorme sonrisa en su rostro redondo.

—¡Seguid, Seguid! —les urgió—. Sí, seguid, pobres muertos de hambre, anatomías abyectas. Tranquilos mis muchachos, al venir aquí por casualidad os habéis topado con la vocación más excelente en el mundo del dinero: vienen del norte y del sur para traerlo a nuestro teatro. Y para honores, ¿quién mejor que Dick Burbage y Will Kemp?

Hizo una reverencia baja. Transcurrido un rato, Burbage se quitó el sombrero e hizo lo mismo. Los espectadores gritaban de alegría y les aclamaban. Algunos de los genios universitarios trataban de burlarse de Kemp y de los otros actores, pero la mayoría se sumió en el silencio. Llevaban una vida hambrienta en Oxford. De lo contrario, hubieran pagado más de un penique para ver “El día libre del zapatero”.

Will Kemp volvió a hacer una reverencia.

—¿Tenemos vuestro permiso, caballeros, para seguir?

—Sí —rugieron a una los espectadores. El mismo grito procedió de las galerías.

—Os lo agradezco —dijo, y se dio la vuelta para encararse a Burbage—. Os mataré de ciento cincuenta modos posibles. Temblad y marchaos.—Con la misma facilidad como había dejado de lado al personaje, volvió a él.

—Que Dios os mantenga fuera de mi vista —replicó Burbage y la obra continuó. Los universitarios de Oxford no volvieron a molestar. Kemp se había enfrentado a ellos. Shakespeare no había estado seguro de que nadie pudiera hacerlo, pero el payaso lo había logrado.

Después, en el vestidor, todo el mundo se centró en Kemp. Era insólitamente modesto. Mientras se limpiaba la pintura gris del rostro, dijo:

—Es fácil ser valiente, cuando una multitud berrea como un ternero, un ternero de luna llena, que busca su maldita teta. Pero se templaron como la leche que pedían al verme bravo y solo en el escenario.

—¡Viva Kemp! —gritó alguien, y todos gritaron desde el tejado y las paredes. Will Kemp se puso en pie e hizo una reverencia, como había hecho tras atenuar a los genios universitarios. Eso hizo que la multitud que le rodeaba reiniciara los aplausos con más fuerza.

A Shakespeare, el ruido le daba dolor de cabeza. Se enjabonó la cara y se tiró agua desde una palangana. Cuanto antes saliera hoy del Theatre, más contento estaría. Quería ponerse a trabajar en "El Rey Felipe". Cuanto antes acabara la obra, antes podría volver a empezar a pensar en sus propias ideas. Quizás le reportarían menos lucro que las propuestas por la nobleza inglesa y española, pero serían suyas.

Tenía la cara envuelta en una toalla cuando alguien le habló con voz muy suave.

—¿Puede intercambiar unas palabras con vos, maestro Shakespeare?

Bajó la toalla de lino. Allí estaba el nuevo apuntador y encargado de conservar los libros, el sustituto de Geoffrey Martin. Tras haber acompasado la muerte de uno, no se atrevió a ignorar al otro.

—¿Qué es lo que queréis, maestro Vincent? —le preguntó.

—Me gustaría hablar de vuestra última obra, maestro Shakespeare, aprovechando que la compañía esta distraída con otros asuntos —Thomas Vincent señaló con la cabeza a la multitud de gente que aún pendía de cada palabra de Will Kemp, y se reía con cada sonrisa de éste. Tuvo la delicadeza de no nombrar *Boudicca*; como era normal después de una actuación, no todos los presentes en el vestidor pertenecían a la compañía de Lord Westmorland.

"Y, por lo que sé, tenemos nuestra propia serpiente espía entre nosotros, como Satanás hizo en el Edén", pensó Shakespeare.

—Os escucho —le dijo a Vincent.

—Un amanuense transformará todos vuestros papeles malditos en partes que los actores deberán usar para aprenderse sus frases —dijo el apuntador.

—De acuerdo —Shakespeare asintió—. Sé que mi letra pude ser complicada de descifrar.

Thomas Vincent también asintió, aliviado.

—No quisiera ofenderos por nada del mundo, señor, pero... Ya que sois conocedor del problema, puedo hablaros abiertamente.

—Por supuesto —respondió Shakespeare. Vincent era más educado de lo que había sido el pobre Geoff Martin. Si Shakespeare hubiera hecho caso de todas las calumnias del anterior apuntador, nunca se hubiera atrevido a coger una pluma.

Incluso aunque Vincent fuera educado, siguió adelante.

—Y, dado que vuestra letra nunca fue excelente, vuestra última obra provoca…

mmm, ciertas dificultades a la hora de escoger un amanuense.

Cada vez que un nuevo par de ojos veía *Boudicca*, el riesgo de traición era más elevado. Vincent se esforzó en decirlo sin decirlo concretamente. Shakespeare no necesitaba detalles. Lo sabía todo muy bien, como lo había sabido desde el momento en que Thomas Phelippes le introdujo en la conspiración. Si un amanuense que escribiera las copias para los actores decidía mostrárselas a los españoles… Si eso sucedía, todos en la compañía de Lord Westmorland encontrarían la muerte.

—No temáis —dijo el poeta; oír esas palabras salir de su boca, casi le hizo reír a carcajadas. Solo cuando estuvo seguro de que no lo haría, prosiguió—. Quizás pueda daros un nombre anónimo.

—Esperemos que así sea —dijo Vincent, y Shakespeare tuvo que contenerse para evitar santiguarse y no volver a sentir ese sentimiento.

IX

Era media mañana de un día soleado y agradable. Cuando Lope de Vega entró a su aposento en el acuartelamiento español, encontró a su sirviente hecho un ovillo bajo la colcha, como un tronco. De Vega suspiró. De forma poco habitual, Diego se había comportado bien y obedientemente las pasadas semanas. Más sorprendente que su recaída era el tiempo que había tardado en hacerlo.

Lope le zarandeó, no muy amablemente.

—¡Despierta! Por Dios y San Jaime, no eres el mejor mozo de España —Diego murmuró algo que no contenía palabras en sí. Lope volvió a zarandearlo, con más énfasis esta vez—. ¡Despierta! —repitió.

Su sirviente bostezó y se frotó los ojos.

—Ah, hola, *señor*. No...

—Os esperaba —De Vega acabó la frase por él con un tono agrio—. Se supone que tienes que hacer tu trabajo tanto si estoy como si no, Diego.

—Lo sé, lo sé —dijo Diego malhumoradamente. Volvió a bostezar, aunque salió de la cama antes de que Lope volviera a empezar a gritarle—. Lo siento. Lo siento mucho. Sólo es que... estoy cansado.

Lo decía en serio. Era la viva imagen de la sinceridad. Que pudiera decirlo en serio era algo que sorprendió a Lope.

—Y cuanto menos haces, más te cansas —dijo Lope—. Si no hicieras nada en absoluto, dormirías todo el día entero y toda la noche entera y disfrutarías de cada momento. ¿Eres una persona o una ostra?

—Soy un hombre al que le gustan las ostras —le respondió con dignidad Diego—. Ahora que me habéis levantado, ¿qué es eso tan importante que debo hacer?

—*El mejor mozo de España* —le dijo Lope—. Puede que no seas el mejor mozo de España, ni siquiera el de Inglaterra; pero encajas muy bien en *El mejor mozo de España*, y es hora de ensayar. Venga. Muévete. ¿Quieres que Enrique se ría de ti?

—¿Creéis que ese *maricón* me preocupa lo más mínimo? —dijo Diego—. ¡Pues ni hablar! Si su ojete no es más ancho que el Támesis…

—¡Basta ya de obscenidades! —exclamó Lope—. Ya lo has dicho en otras ocasiones, pero no tienes pruebas. No vale ni un penique. Ni una cagadita de mosca. Así que cállate la boca y no causes problemas. Resultaré más duro para ti que para las personas a las que intentas herir, no lo dudes.

—Oh, sí. Oh, sí —Diego adoptó una actitud aún más dramática que la que seguramente debería adoptar en *El mejor mozo de España*—. Cuando un hombre normal dice algo sobre el sirviente de un noble, siempre está equivocado. Incluso cuando tiene razón, está equivocado.

—Cuando un hombre normal dice algo sobre el sirviente de un noble, más vale que esté en lo cierto —dijo Lope—. Y tú no lo estás, o no puedes demostrar que lo estás. Así que será mejor que te calles respecto a este tema.

—De acuerdo, *señor*. Me mantendré callado —Diego aún sonaba amargado—. Pero ya veréis si estoy en lo cierto o no. Al final, lo veréis. Y cuando lo hagáis, os diré: “Ya os lo había dicho”.

—No te regodees hasta que no te llegue el momento —le avisó Lope—. En cuanto a eso, recuerda tu papel en la vida. Tanto si tienes razón como si no, sigues siendo un sirviente. Sigues siendo “mi” sirviente. Así que no te regodees demasiado aunque resulte que estás en lo cierto.

Eso tampoco le sentó muy bien a Diego. Lope se percató de ello. Pero el sirviente se puso unos zapatos y le acompañó al patio en el que su compañía provisional ensayaba *El mejor mozo de España*. Incluso en España, habría sido un lugar de ensayo espartano. Aquí en Inglaterra, donde De Vega podía compararlo al lujo del Theatre y los otros lugares en los que se representaban las obras, aún parecía más austero.

“¿Austero?” Lope se rió para sus adentros. “Lo que en realidad quieres decir es pobre, improvisado y raído”. Se preguntó lo que pensaría Shakespeare si viera con lo que tenía que trabajar. Shakespeare era un hombre amable y cortés. Sin duda alguna, le elogiaría todo lo que pudiera; al mismo tiempo, y, también sin lugar a dudas, quedaría horrorizado.

Tal y como Lope había esperado, Enrique ya estaba allí. Estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en un muro de ladrillo, mientras estudiaba solemnemente su parte. Iba a representar diversos papeles: un morisco, un paje y uno de los amigos de Fernando. Cuando vio a Lope, se puso en pie e hizo una reverencia.

—*Buenos días, señor*. —Educado como un gato, le hizo también una reverencia a Diego—. *Buenos días*.

—Buenos días a ti también —contestó Lope, y le correspondió con una reverencia de superior a inferior. Diego, aún gruñón, solo saludó con la cabeza. Lope le pisó el pie. Tras la sugerencia, hizo una reverencia. Lope no quería que el sirviente del Capitán Guzmán se ofendiera por alguien que estuviera relacionado con él mismo.

Enrique no pareció ofendido, más bien entusiasmado. Agitó los papeles en el aire.

—Es una obra excelente, *señor*, realmente excelente. Nadie en Madrid verá algo mejor este año. Estoy seguro.

—Eres demasiado amable —murmuró Lope. No era más inmune a los halagos que cualquier otro, era mucho menos inmune a los halagos que muchos otros. Cuando volvió a hacer una reverencia para mostrar su gusto, fue casi de igual a igual. Diego parecía disgustado. De Vega consideró volver a pisarle el pie.

Antes de que pudiera hacerlo, Enrique le preguntó:

—Decidme, *señor*, ¿es verdad lo que dice ese soldado de ahí? ¿Que una verdadera mujer, un verdadera mujer española, va a representar a Isabel? Eso será maravilloso, maravilloso, en serio. Me ha dicho que será la mujer de un oficial que pueda permitirse traerla aquí.

De Vega lanzó una mirada a Diego que decía: “¿Estaría tan contento con la presencia de una mujer si no le importaran?” La sonrisa sarcástica de su sirviente contestó: “Lo único que le preocupa es la obra. Si ella hace que sea mejor, eso es lo que le importa”. Con el ceño fruncido, Lope volvió a dirigirse a Enrique.

—Una mujer, sí. Una española, por supuesto, ¿cómo podría una inglesa interpretar a nuestra gran Reina? ¿La mujer de un oficial? No. Don Alejandro trajo a Londres a su querida, Catalina Ibáñez, no a su mujer. Lo que también es bueno para la obra, ya que la mujer de un noble nunca podría subir al escenario. Eso sería un escándalo. ¿Pero su amante? Eso no es problema.

—Ah, ya veo —asintió Enrique—. Ya me extrañaba. Pero es la querida de don Alejandro de Recalde, ¿no? ¿Tenía razón en eso el Cabo Fernández?

—Sí, así es —contestó Lope.

Diego se rió a carcajadas.

—Si tuviera la elección de traerme a mi mujer o a mi querida a este miserable y helado lugar, me traería a la que me mantuviera más caliente.

—Ten cuidado o te arrepentirás —le susurró Enrique entre los labios sin apenas moverlos—. Aquí viene.

La amante de don Alejandro sabía cómo hacer una entrada. Entró en el patio con un par de sirvientas tras de sí. Ambas eran bellas, pero parecían poco atractivas a su lado. Ella era pequeña pero perfecta. No, totalmente perfecta no: tenía un pequeño lunar junto a una cornisa de la boca.

“Ten cuidado, o te arrepentirás”. De Vega sabía que Enrique no se lo había dicho a él, y no se había referido a ese tipo de cuidado cuando había hablado con Diego; pero las palabras del sirviente podrían haber ido dirigidas a Lope. No podía sacar los ojos de encima de Catalina Ibáñez... y donde iban los ojos, quería que siguieran las manos y los labios.

Se quitó al sombrero y le hizo una reverencia tan profunda como si se tratara de la verdadera Isabel de Castilla, la primera reina de una España unida.

—*Buenos días, Doña Catalina* —dijo. La amante de un noble, en realidad, no merecía un trato como el de *doña*; por el rabillo del ojo, vio cómo Enrique, que estaba sumamente al corriente del protocolo, elevaba una pizca la ceja.

Catalina Ibáñez aceptó el trato como si no fuera más que lo que merecía.

—*Buenos días* —le contestó con verdadera condescendencia real. Sus ojos negros pestañearon—. ¿Están todos listos? ¿Está todo listo? —“Más vale que todo y todos lo estén”, advertía su tono de voz. Cuando Lope no dijo que no, asintió de mala gana en aprobación—. Pues, entonces, empecemos con el ensayo. Tengo muchas cosas que hacer cuando acabe con esto. —Sacudió la cabeza.

“Ten cuidado, o te arrepentirás”. Lope nunca había vivido la vida con cuidado. Le parecía extremadamente improbable que empezara a hacerlo ahora. Sí, Catalina Ibáñez era el juguete de un noble. Sí, era un problema en un envoltorio precioso. Sí, ella no tenía más compasión y consideración hacia cualquiera de la que tenía un gato.

Lope lo sabía. Todo era obvio a primera vista. Ninguna de estas cosas podía evitar que se enamorase. Nunca nada había evitado que se enamorase.

Aún no se había desenamorado de Lucy Watkins. No se desenamoraba de una mujer cuando se enamoraba de otra. No, su forma de actuar era amontonar un amor sobre el otro, lo que añadía placer al placer… hasta que toda la estructura desvencijada caía sobre él, como había sucedido a la entrada de la plaza de la lucha de osos en Southwark.

Miró a Catalina Ibáñez, y vio que ella también le miraba, con aquellos ojos de medianoche repletos de sabiduría vieja y fría. Lo sabía. Oh, sí, lo sabía. Él aún no había dicho palabra, pero ella ya sabía todo lo que tenía que saber. Lope no creyó que supiera leer o escribir, sencillamente, había nacido con ciertas cosas ya sabidas.

"Ten cuidado, o te arrepentirás". Lope suspiró. No veía forma de que esto pudiera acabar bien. De todas formas, trató de seguir adelante, de experimentar.

Más tarde, no ahora. *El mejor mozo de España* iba primero. Incluso dejando de lado sus amoríos, las palabras, las rimas y los versos en su cabeza eran más importantes. ¿Qué había dicho Shakespeare en "El Príncipe de Dinamarca"? La obra es lo principal, esa era la frase.

—Damas y caballeros, pónganse en su lugar —ordenó Lope—. Primer acto, primera escena. Empezaremos cuando Rodrigo, el paje, entra con su guitarra y se dirige a Isabel.

Rodrigo lo interpretaba un cabo español robusto llamado Joaquín Fernández. Era alto como un árbol, rubio como un inglés, bello como un ángel y rígido como un bloque. Se trababa la lengua mientras leía sus versos. Catalina Ibáñez respondió:

"*Tres cosas parecen bien:*
el religioso rezando,
el gallardo caballero
ejercitando el acero,
y la dama honesta hilando."

No solo era bella, también sabía actuar. A diferencia del pobre Fernández (cuyo atractivo aún preocupaba a Lope), cuando hablaba, el que la escuchaba creía en las tres cosas que a ella le parecían bien: el monje rezando, el caballero valiente que se dirige a la guerra espada en mano y la mujer honesta hilando seda.

Eso era actuar. De Vega no podía imaginarse a Catalina Ibáñez preocupada por los monjes o por las mujeres honestas que hilaran; los caballeros gallardos ya podían ser otra historia. Pero, al escucharla, creías que eso le preocupaba, y ese era el misterio de la actuación. Si el público lo creía, no importaba nada más.

Prosiguieron. Al menos Joaquín Fernández había memorizado sus frases. Quizás mejoraría, algo. Catalina relucía sin mucha ayuda. Lope sabía lo duro que eso era. No

importaba quien la rodeara, esta obra funcionaría mientras ella estuviera ahí. De Vega lo notó en los huesos.

“Desearía que Shakespeare supiera el español suficiente como para poder seguir esto”, pensó al finalizar la escena. “Desearía también que pudiera ver la diferencia que hay al usar actrices”. Se encogió de hombros. El inglés solo tenía que enfrentarse a su pequeño terreno con sus propias convenciones estúpidas. Si eso significaba que su trabajo nunca obtendría la atención que merecía en el resto del mundo, pues bueno, así era la vida.

—¡Bravo, Cabo Fernández! —gritó Lope. Fernández parpadeó. No estaba acostumbrado a recibir elogios del dramaturgo. Lope siguió —¡y bravo, Doña Catalina, su Majestad! La verdadera España volverá a resurgir con vos en el trono.

—Gracias, Teniente Primero —ronroneó Catalina. Dejó caer una reverencia. Sus ojos se encontraron. Oh, sí, ella se había dado cuenta de que él la miraba. Aún mejor, se había dado cuenta del modo en que la miraba: no sencillamente como un autor y director mira a una actriz, lo cual tenía todo el derecho a hacer, sino como un hombre mira a una mujer que desea. Si ella también lo deseaba, entonces, de alguna forma, tenía todo el derecho a hacerlo; aunque Don Alejandro de Recalde, su cuidador, tendría otra opinión al respecto.

—De acuerdo —dijo Lope—. Prosigamos —podría haberse dirigido a los actores reunidos. La gente se movió y se preparó para la escena siguiente.

O podría haberse dirigido únicamente a Catalina Ibáñez, olvidando al resto de la gente. Por la manera en que sus carnosos labios carmesí dibujaron una ligera sonrisa, ella creyó que así era. Los ojos de ella volvieron a encontrarse con los de él sólo por un instante. “Sí, hagámoslo”, decían.

Kate llenó de cerveza la jarra de Shakespeare.

—Gracias —le dijo éste, ausente. Se había comido más de la mitad del pastel de riñón cuando se dio cuenta de lo bueno que estaba o, de hecho, cuando puso atención en lo que era. La mayor parte de él estaba concentrada en “El Rey Felipe”. Había empezado la noche anterior y no podía esperar a volver a empezar a trabajar esa noche. La vela de la mesa era alta, gorda y daba buena luz. Seguramente prendería hasta el toque de queda, quizás incluso algo más.

La puerta de la taberna se abrió. Shakespeare no alzó la vista alarmado como había tenido que hacer cada vez que se abría cuando trabajaba en *Boudicca*. En pocas ocasiones se había atrevido a escribir allí; pero incluso el hecho de tenerla en la mente le ponía nervioso o, sinceramente, le aterrorizaba. Si los españoles o los sacerdotes de la Inquisición inglesa entraban en ese momento, podía mostrarles ese manuscrito con la conciencia bien tranquila.

Pero el hombre que entró no era ni español ni inquisidor. Era un hombre pálido, enjuto, con la cara picada por la viruela, con lentes: un hombre que habría encajado

en cualquier compañía en la que se encontrara. El poeta apenas le hizo caso hasta que éste cogió un taburete y se sentó, diciéndole:

—Buenas noches tengáis, maestro Shakespeare.

—¡Oh! —Shakespeare le miró sorprendido, y sí, la alarma volvió a sonar. Trató de ocultarlo tras un asentimiento con la cabeza que prácticamente fue una reverencia sentado—. Buenas noches, maestro Phelippes.

—Estoy a vuestro servicio, señor —dijo Thomas Phelippes, una gran mentira: el pequeño hombre polvoriento seguramente era el sirviente de alguien, pero no el de Shakespeare. ¿Estaba situado por encima o por debajo de Nick Skeres? “Encima”, concluyó Shakespeare. Al fin y al cabo, Phelippes era el que le había introducido en el asunto por primera vez.

Kate se acercó a la mesa.

—Buenas noches, señor —le dijo a Phelippes—. La cena de tres peniques es pastel de riñón, si os apetece.

—Monstruosamente delicioso —añadió Shakespeare mientras comía algo más del suyo.

Phelippes negó con la cabeza.

—Ya he comido, señorita —dijo—. Pero una jarra de vino del Rin sí que me place.

—Se lo traigo ahora mismo —Kate se marchó apresurada y, como había prometido, volvió enseguida con el vino. Phelippes dejó un penique sobre la mesa. Ella lo cogió y se retiró.

—¿Qué es lo que queréis? —preguntó Shakespeare—. O debería decir ¿qué es lo que queréis de mí?

—¿Buscáis un amanuense? —le preguntó como respuesta Phelippes—. Eso tengo entendido.

Shakespeare frunció el ceño.

—Empiezo a perder la paciencia con lo de que todos sepan de mis asuntos antes que yo.

—Yo sé todo tipo de cosas extrañas —respondió el pequeño hombre polvoriento, no sin orgullo.

Nunca sería un héroe en el campo de batalla, ni, juzgó Shakespeare, entre las damas, por lo que debía arreglárselas con lo que sabía. Tomarle el pelo sobre eso solo habría hecho que se ganara un enemigo.

—¿Sabéis de algún amanuense, entonces? —preguntó Shakespeare—. ¿Un amanuense que pueda leer lo que tenga delante, hacer una buena copia y nunca más hablar sobre lo que ha visto?

—Conozco a un hombre así, pero no bien —dijo Phelippes con una pequeña sonrisa.

—Eso no servirá —respondió Shakespeare—. Si no podéis asegurar que es fiable...

Phelippes alzó una mano. La pequeña sonrisa se hizo más prominente. —Me malinterpretáis, señor. No he hecho más que repetir una broma de un griego cuando alguien que no le conoce le pregunta si se conoce a sí mismo. Yo soy el hombre.

—¿Si? —Shakespeare no estaba muy convencido de que Phelippes fuera fiable. Al fin y al cabo, trabajaba como mano derecha de don Diego Flores de Valdés. Y ahora, sencillamente, don Diego no era la única persona para la que trabajaba. Con el deseo de querer preguntarle muchas cosas sobre eso, Shakespeare supo que no podía hacerlo: no obtendría respuesta alguna u obtendría cualquier mentira que le pareciera adecuada a Phelippes en ese momento. Pero pudo decir: —Desearía ver vuestra escritura u os encomendaré al maestro Vincent.

—¿Creéis que mi petición supera de buen grado mis posibilidades?—Thomas Phelippes parecía secamente entretenido. Su júbilo convenció a Shakespeare de que probablemente podía hacer lo que decía. Incluso cuando Shakespeare empezó a decir que no necesitaba ninguna prueba, el pequeño hombre con la cara picada de viruela le interrumpió —¿tenéis pluma y papel aquí?

—Sí —Shakespeare lo dejaba en el suelo junto a los pies mientras comía, para evitar derramar salsa por encima. Se agachó, los cogió, y los puso sobre la mesa.

—Bien. Os ruego que me los deis —dijo Phelippes—. Veré lo que hago de vuestra letra y lo que vos hacéis con la mía —miró algo de lo que Shakespeare había escrito, luego al mismo poeta—. ¿Este es Felipe en el momento de enviar la Armada?

—Así es —respondió Shakespeare—. Pero aparte de yo mismo, sois el primero en leerlo.

—Entonces, es todo un privilegio —murmuró Phelippes, y empezó a leer:

“Bravo rigor parece rotundo, y prevalece aún:
Armas, fuego, tormentos serán su fin.
El rigor defiende el reino y el gobierno.
¿Qué mentes, con aire de venganza,
Nunca olvidan la cruz que llevan con valentía?
Y a desesperados y desleales conspiradores ingleses,
Españoles, recordad, asediadlos contra vuestros muros.
Rebeldes, traidores y conspiradores
En el fuego eterno arderán
Que ni un mar de lágrimas sofocar podrá.”

Alzó la vista y asintió.

—Servirá, servirá muy bien. Bonito contraste el que marcáis entre la furia de Su Majestad Católica en este fragmento y la compasión hacia la vida de Elizabeth conquistada.

—Muchas gracias —dijo Shakespeare inconscientemente, a lo que añadió, con la

mirada fija en él —¿cómo sabéis eso?

Phelippes chasqueó la lengua entre los dientes.

—Vuestra misión es escribir, lo cual hacéis muy bien. La mía, como os he dicho, es saber. ¿Creéis que… —la pausa sustituía un nombre que no quería decir en voz alta— me hubiera escogido, me hubiera utilizado, si no lo hiciera bien?

En caso de que hubiera mencionado el nombre, ¿habría dicho Sir William Cecil o don Diego Flores de Valdés? ¿O quizás habría dicho uno con la misma facilidad que otro? Shakespeare deseó que no se le hubiera ocurrido la pregunta. Phelippes había reconocido abiertamente que era una herramienta. ¿No podía cualquier hombre coger una herramienta y cortar con ella?

Phelippes arrancó la parte inferior de la hoja en la que Shakespeare había escrito. Shakespeare reprimió un suspiro. Seguramente el otro hombre no le pagaría el papel. Phelippes mojó una pluma en tinta. Empezó a escribir. La letra de Shakespeare era rápida y segura, aunque no bonita. Pero sus ojos se abrieron como platos al ver la de Phelippes. Los talentos del pequeño hombre con anteojos no eran superficiales, pero era incuestionable que los tenía. La pluma de ganso se deslizaba por el papel a una velocidad que avergonzaba a la mejor velocidad de Shakespeare.

—Aquí tenéis —Phelippes le extendió el trozo que había arrancado—. ¿Creéis que servirá?

Había copiado el fragmento del discurso del Rey Felipe que había leído antes. Shakespeare le miró sorprendido. Él mismo utilizaba el inglés nativo que había aprendido en la escuela en Stratford; su escritura se había hecho más fluida con el paso de los años debido al gran uso que hacía de ella, pero nunca había cambiado su naturaleza fundamental. Por contra, la escritura italiana de Phelippes era tan perfecta, que parecía salida de una imprenta. Y aquí había escrito con prisa, no con devoción.

—Sabéis muy bien que servirá, sí, y hará más que servir —respondió Shakespeare—. Tenéis mi admiración, maestro Phelippes, y reconozco no haber visto en mi vida una letra tan maravillosa escrita a semejante velocidad. Los maestros de la escritura que muestran su arte en público no podrían superaros.

La intención era alabarle, pero Thomas Phelippes solo se sorbió la nariz y le miró por encima de sus anteojos.

—Esos estafadores disfrazados y embaucadores parlanchines —dijo con desprecio— son todos unos malabaristas raídos. Escriben por escribir. Yo escribo para ser leído y no necesito montar ningún espectáculo para conseguir ese fin.

“Se enorgullece desde su oscuridad”, se percató Shakespeare. “Hubiera preferido ser un urogallo, disimulado entre el brezo, en lugar de un pavo real presumido que despliega las alas para ser admirado”. Al poeta se le ocurrió eso como un orgullo perverso. La mayoría de ingleses, y de españoles también, disfrutaban de exponerse, tanto como para hacer que la modestia deliberada pareciese algo poco natural.

Pero eso se desvió del tema.

—Le daré vuestro nombre al maestro Vincent —dijo Shakespeare. Phelippes

asintió complacido—. ¿Cómo podremos localizaros? —le preguntó el poeta.

—No os preocupéis —dijo Phelippes—. En cuanto tenga mi nombre, será suficiente. Cuando llegue el momento, nos conoceremos —se levantó del taburete—. Adiós—. Sin más floritura que cuando entró, salió de la taberna.

—Que extraño pequeño hombre —dijo Kate minutos más tarde, parecía tener que hacerse a la idea que Phelippes se había marchado.

—¿Extraño? —Shakespeare reflexionó sobre eso. Transcurrido un rato, negó con la cabeza—. Es más extraño que simplemente extraño.

La sirvienta frunció el ceño.

—¿Vais a hablar en enigmas?

—¿Cómo voy a hacerlo al hablar de uno? —No se explicó. No estaba seguro de haberse podido explicar, a pesar de ser escritor como era. Pero sabía lo que quería decir.

Cuando, al día siguiente, fue al Theatre, le habló a Thomas Vincent de Phelippes. El apuntador asintió, pero preguntó:

—¿Tiene la discreción necesaria?

—Discreción tiene en abundancia —respondió Shakespeare—. Querría tener algunas de las cualidades apuestas que convierten las partes de un hombre en un todo, ¿pero discreción? Toda.

—Confío en vuestro juicio, como debo hacer en este caso —dijo Vincent—. Pero si estuvierais equivocado... —No pudo acabar la frase, como si no quisiera pensar en ello.

Tampoco quería hacerlo Shakespeare.

—Esta vez no lo estoy —dijo simplemente.

—Que Dios así lo quiera —dijo Vincent—. ¿Y cuándo podré echarle un vistazo a “El Rey Felipe”?

Era tan avasallador como debía ser todo apuntador.

—Pronto —le contestó Shakespeare—. Pronto.

—Pronto, pronto —repitió Thomas Vincent burlonamente—. ¿Acaso os habéis metamorfoseado en un tabernero del Boar’s Head, que siempre jura poder curar los males con cerveza y que nunca lleva a cabo lo prometido?

—Lo tendréis, y a tiempo —dijo el poeta con algo de irritación en la voz—. Recordad que el Rey Felipe aún respira. Nos acercamos a la traición, al hablar de su mortalidad antes de que se haya demostrado.

—Don Diego os hizo ese encargo —dijo Vincent—. Al ser así, la traición no entra en la cuestión.

—¿En la cuestión, decís? —Shakespeare tembló, aunque el día era templado. Cuando pensó en la cuestión, pensó en los infinitos cubos de agua obligados a pasar por su garganta, en empulgueras, en botas de hierro lanzadas al fuego, en todo el ingenio desalmado que los españoles y los propios inquisidores ingleses podían llegar a desplegar a la hora de interrogar a algún desafortunado infeliz que hubiese caído en

sus garras.

No le costaba nada imaginarse en el papel de desafortunado infeliz.

—¿Dónde habéis dicho que podré encontrar a ese maestro... Phillips?

—Phelippes —le corrigió Shakespeare—. Me dijo que se os daría a conocer cuando llegara el momento.

—¿Eso os dijo? —Vincent inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado y se puso una mano sobre el oído como si imaginara que escuchaba la conversación en la que no había estado presente—. Cito: “Me presentaré ante él cuando llegue el momento”. —Sonó ridículamente presuntuoso—. Y entonces habríais asentido y le habríais dicho: “Que así sea, maestro Phelippes” —de repente, le clavó el dedo índice a Shakespeare—. ¿Pero y si no consigue presentarse ante mí?

—Entonces nos habrá delatado, y Dios tendrá compasión de nuestras almas —dijo Shakespeare. Thomas Vincent no le hizo más preguntas.

Deseó que lo mismo sucediera con los actores. Había tenido que preguntarle uno a uno, a sabiendas de que una palabra equivocada en el oído equivocado haría que la catástrofe se cerniera sobre todos. Se sentía como si retase al Maestro de Ejecuciones de Amberes cada vez que hablaba con uno de ellos. Tras dar la señal, Richard Burbage había echado a un par de papistas devotos de la compañía, por suerte, ambos eran hombres contratados y no accionistas de los que los otros propietarios hubieran tenido que comprar sus partes. Algunos de los que quedaban y que estaban al corriente de lo que sucedía parecían estar convencidos de que no quedaba nadie en el Theatre contrario a sus creencias. Eran lo suficientemente descuidados con lo que decían como para hacer que Shakespeare se estremeciera varias veces al día o, cuando las cosas iban mal, varias veces por hora.

Aún habría sido peor si hubieran visto sus fragmentos de *Boudicca* y hubieran empezado a recitar versos de la obra. Eso llegaría pronto, demasiado pronto, temía Shakespeare. Incluso en ese momento, un robusto tipo empelucado llamado Matthew Quinn obtuvo risas y aplausos al gritar que deberían arrojar a todos los jesuitas al mar.

—Solo ha sido casualidad, solo suerte, que el Teniente De Vega no haya venido esta mañana, de lo contrario lo habría oído —le dijo Shakespeare a Burbage en el vestidor después de que la compañía hubiera representado la obra del día.

—He hablado con el maestro Quinn —respondió severo Burbage—. El truhan hipócrita ovejuno afirma que, la próxima vez, tratará de no cansar tanto la lengua.

Will Kemp se acercó a los dos hombres fumando una pipa de tabaco. Aún nervioso e irritable, Shakespeare habló más malhumoradamente de lo que habría hecho en otra situación.

—¿Cómo puedes soportar esa cosa apestosa?

—¿Cómo? —Kemp, milagrosamente, no se lo tomó como una ofensa—. Bueno, pues muy sencillo: me ayuda a mantener alejada la nariz del tufo de ese querido culo —apuntó con la barbilla a Matt Quinn—. Y luego me tachan a mí de estúpido y

payaso —puso los ojos en blanco.

—Te llaman por los nombres que te has ganado —dijo Burbage—. Los nombres que el maestro Quinn se ha ganado por este día de trabajo debe haberlos dado el mismo Satanás, ya que ningún otro tiene lengua para aguantar las llamas que allí se engendran.

—Sería mejor que Quinn fuera desengendrado —dijo Shakespeare—. Con el temor que me provoca, no me importaría verle perder la lengua y la verga.

—Hoy eres un hombre sangriento —dijo Kemp.

—No —Shakespeare lo reafirmó con la cabeza—. No estoy sediento de sangre, ni quiero que se derrame la de nadie, y mucho menos la mía.

—El maestro Quinn tendrá más cuidado de ahora en adelante —prometió Burbage—. Se juega la vida en ello.

—Hay apuestas más grandes en juego —dijo Shakespeare—, ya que la suya creo que carece de valor, pero ansío mantener la mía.

—Y me tachan a mí de estúpido y payaso —volvió a repetir Will Kemp. Shakespeare salió del vestidor un rato más tarde. Sabía que era muy probable que esta trama no llegara a buen puerto, pero deseó que Kemp no se lo hubiera recordado en ese sentido.

—Mi amor, tengo que irme —murmuró Lope lleno de arrepentimiento.

Lucy Watkins se aferró a él.

—Quedaos conmigo —le dijo—. Quedaos para siempre conmigo. Hasta que os conocí, ignoraba lo que era el amor.

—Vuestros labios son dulces —le dijo, y la besó. Pero luego salió de la estrecha cama y empezó a vestirse—. Aun así debo marcharme. Las obligaciones me reclaman. —Las obligaciones eran más ensayos de *El mejor mozo de España*. Lope sabía que regresaría a sus juegos con Catalina Ibáñez. Cuanto más veía a la querida de don Alejandro de Recalde, más juegos deseaba practicar con ella. Eso no quería decir que despreciara a Lucy, pero la emoción de la caza había desaparecido.

Lucy empezó a llorar suavemente.

—Si centrarais en mí todas vuestras obligaciones.

—No puedo. Todo lo que debo centrar en vos, ya lo centro —“lo que no centre en Catalina”, pensó Lope. Lucy no sabía nada de la otra mujer. Lope rozó su rostro con el cobertor —tomad, secaos los ojos. Volveremos a vernos, y pronto. Y cuando lo hagamos, que sea con gozo.

—Siempre me entrego a vos con gozo —dijo la mujer inglesa—. Pero, cuando os marcháis... —Sacudió la cabeza y se sorbió la nariz. Aún así, al final se sentó y cogió la ropa que con tanto cuidado había dejado caer al suelo poco antes.

Para entonces, Lope ya se estaba poniendo las botas. Tenía mucha práctica en vestirse con prisa. No instó a Lucy a que se diera más prisa. Mejor, más discreto, si

no les veían bajar juntos las escaleras de las habitaciones de encima de la posada. Volvió a besarla.

—Pensad en mí mientras estemos separados, para que el tiempo hasta que volvamos a reunirnos parezca más corto.

Cuando él saboreó las lágrimas sobre sus labios, ella volvió a sacudir la cabeza.

—Siempre es un siglo, una eternidad. Nunca hubiera imaginado que el tiempo avanzara tan lentamente.

Él no tenía respuesta a eso, o ninguna que fuera a hacerla feliz. Siendo así, salió de la pequeña y estrecha habitación sin decir palabra. No mucho después, Lucy también saldría. Al fin y al cabo, ¿qué más podía hacer? Los peldaños eran irregulares y estaban destartalados. Pisó con mucho cuidado, y también tuvo mucho cuidado al salir entre el gentío de ingleses que bebían allá abajo. Caminaba muy erguido, con la mano sobre la empuñadura del estoque, como si estuviera ansioso de que alguien le retara. Precisamente porque parecía estar tan dispuesto, nadie lo hizo.

—¿Qué hace el español aquí? —preguntó alguien tras ellos.

—¿Que qué hace? Pues estar con su amante —respondió el de detrás de la barra, y una carcajada masculina se alzó entre la multitud. De Vega la ignoró. El tabernero ni tan siquiera estaba equivocado, o no del todo equivocado, porque Lucy Watking no era una puta. Se había enamorado de Lope como él se había enamorado de ella. Si no hubiera sido así, él habría perdido el interés al momento. Llegar al lugar secreto de una mujer era fácil. Lo difícil era llegar a su corazón, y eso era mucho más importante.

El corazón le palpitó salvajemente cuando empezó a dar instrucciones a Catalina Ibáñez, mientras le explicaba al detalle cómo ella, Isabel, se enamoraba del soldado que interpretaba a Fernando de Aragón. “Y si os enamoráis de mí como yo creo que me estoy enamorando de vos...” pensó Lope. Trató de ofrecerle a Catalina toda la ayuda que pudo para esos versos.

No importó su intención, porque tuvo que contenerse repentinamente

—¡Don Alejandro, mi vida! —chilló Catalina Ibáñez cuando un apuesto hombre de barba parda rojiza entró en el patio donde Lope levantaba a su variopinta compañía—. ¡Finalmente habéis venido a verme ensayar!

—Os dije que lo haría —contestó don Alejandro de Recalde mientras le hacía una reverencia—. Mantengo mi palabra —saludó con la cabeza a Lope—. ¿Sois el dramaturgo, *señor*?

—A vuestro servicio, Excelencia —dijo Lope, e hizo también una reverencia. “Al servicio de vuestra amante. Sobre todo al servicio de vuestra amante”.

Si el noble tenía idea de lo que pasaba por la mente de De Vega, no dio señal de ello. Con otra inclinación amable, dijo:

—He oído cómo Catalina ensayaba sus versos estos últimos días, y debo deciros que me han impresionado. He visto muchas comedias aburridas en Madrid que no podrían ni acercarse a lo que hacéis aquí en este desierto dejado de la mano de Dios.

—Sois demasiado amable, Excelencia —murmuró Lope algo aturdido. Se rascó la cabeza. No era insensible al sentimiento de culpa. Aquí estaba este caballero alabando su obra, mientras él pensaba en compartir cama con su querida. Volvió a mirar a Catalina Ibáñez, sus ojos centelleantes, el delicado arco de su nariz, los labios carmesí y los blancos dientes, la dulce figura curva que formaba su vestido. “Si, la verdad es que sí”, pensó Lope. “Vale la pena”.

—¿Tengo entendido que escribís obras tanto en inglés como en castellano? —preguntó don Alejandro.

—No, señor, no es así. Hablo inglés, pero nunca he tratado de escribirlo —respondió De Vega—. Pero trabajo con el *señor* Shakespeare, en su obra sobre Su Majestad Católica. El inglés ha escrito incluso un pequeño papel para mí en su *El Rey Felipe*. Quizás sea eso lo que hayáis oído.

—Sí, podría ser —afirmó De Recalde, aún amable y educado—. ¿Me concederíais el honor de ver lo que tenéis hasta el momento?

En realidad, Lope no quería. La representación aún era algo andrajosa y nadie lo sabía mejor que él. Pero no veía la forma de rechazar la petición del noble; por muy educada que sonara, no dejaba de ser la orden de un noble. Sintió la necesidad de advertir a De Recalde.

—No será la representación que veréis en unos días.

—Por supuesto. Por supuesto —Don Alejandro dejó la objeción de lado—. Pero quiero ver cómo encajan los versos de mi amada con los de los demás.

Miró profundamente enamorado a Catalina Ibáñez. Lope hubiera vendido su alma por recibir la mirada que ella le dedicó; pero luego le miró igual de calurosamente a él, mientras decía:

—Me ha dado unas palabras tan maravillosas para usar.

—Totalmente cierto —afirmó Don Alejandro. A causa de su riqueza y de su atractivo, ¿estaba demasiado satisfecho consigo mismo como para creer que Catalina pudiera interesarse por un hombre que no tenía más que palabras para ofrecer? Si se sentía tan satisfecho, ¿tenía razón para creerlo?

“Espero que no”, pensó Lope.

—¡Que todo el mundo se ponga en su sitio! —Dijo en voz alta— vamos a empezar desde el principio para su Excelencia… ¡*Madre de Dios*! Que alguien le dé un puntapié a Diego y le despierte.

Diego se levantó con un gañido.

—¿A qué se debe esto? —pidió indignado—. No estaba dormido. Tan sólo descansaba los ojos.

Discutir con él era más problemático de lo que valía la pena. De Vega ni lo intentó.

—No hay tiempo para descansar ahora, vago. Vamos a empezar desde el principio para don Alejandro, así podrá ver qué es lo que estamos haciendo.

—Ah, señor, ¿desde cuándo habéis querido que alguien sepa que estáis haciendo?

—murmuró Diego, sus ojos se deslizaron hacia Catalina Ibáñez. Lope tosió y balbuceó. Diego era un sirviente miserable, pero eso no significaba que no conociera al hombre al que servía tan mal. En lugar de mirar él también a Catalina, Lope miró a Alejandro de Recalde. Afortunadamente, el noble no había prestado atención a Diego.

—¡A vuestros sitios! ¡A vuestros sitios! —gritó Lope, a la vez que sumergía al posible amante, para dejar que el dramaturgo y el director pasaran a un primer plano. Al ser tantos personajes a la vez, en ocasiones se sentía muy concurrido en su interior. ¿Era todo el mundo tan complejo? Cuando pensaba en Diego, tenía sus dudas. Cuando pensaba en Christopher Marlowe... “No pensaré en Marlowe”, se dijo. “Se ha marchado, y ya no debo preocuparme más por arrestarle. Pero, oh Dios Santo, como echaré de menos su poesía”.

La poesía del propio De Vega avanzaba gracias a su compañía de aficionados. Gritó, engatusó, apuntó y vigiló en todo momento a don Alejandro. El galán de Catalina disfrutaba, simplemente, de *El mejor mozo de España*. Reía cuando debía hacerlo y aplaudía lo suficientemente fuerte como para que pareciera que hubiera más público del que había. Además, no sólo aplaudía a su querida, lo que demostró que era todo un caballero.

Cuando la obra finalizó, Catalina Ibáñez le hizo una reverencia. Luego, con parsimonia, como si realmente fuera la Reina Isabel, hizo otra a Lope. Él le retornó la reverencia, también como si se tratara de una reina. Don Alejandro de Recalde se rió y vitoreó a ambos. Los ojos de Catalina se iluminaron. Sonrió al noble; pero, de alguna manera, logró incluir a Lope en esa sonrisa.

“Trata de demostrar lo cerca que puede navegar del viento”, se dio cuenta, “jugando conmigo delante de las narices de don Alejandro. La matará, y probablemente a mí también, si se da cuenta. Pero si no… Oh, si no...”

Lope se acercó a ella. Tan suave como pudo, murmuró.

—¿Cuándo podré veros? ¿A solas?

De haber mostrado sorpresa, sorpresa u ofensa, hubiera sido hombre muerto. Pero ella, al contrario que todos sus compañeros allí reunidos, era una verdadera actriz; Lope ya había pensado eso antes.

—Pronto —le susurró—. Muy pronto —su expresión no se inmutó en ningún momento, ni siquiera un poco.

“Va a traicionar a don Alejandro”, pensó Lope. “¿Cuánto tardará en traicionarme a mí también?” Sus ojos la midieron de arriba a abajo. Por su vida, y sabía que podría ser por su vida, no podía preocuparse sobre eso.

Thomas Vincent puso algunos papeles bajo las narices de Shakespeare.

—Por el amor de Dios, maestro Vincent, cuidado con lo que hacéis —protestó Shakespeare—. Nadie debería verlos si no hay una necesidad seria.

—¿No os encontráis entre esas personas? —contestó el apuntador—. Pensé que os gustaría ver el trabajo de nuestro amanuense.

—Ya he visto su trabajo —dijo Shakespeare—. De no ser así, os hubiera dado el nombre de otro.

Pero, a pesar de todo, cogió una de las hojas de Vincent. Thomas Phelippes había tenido que trabajar como un poseso para poder copiar tan rápido todas las partes de *Boudicca*. Aunque, por muy rápido que hubiera escrito, su letra no había sufrido. Seguía tan clara como cuando le hizo la demostración a Shakespeare en la taberna.

—No podríamos haber conseguido a nadie mejor —comentó Shakespeare y Thomas Vincent asintió. El poeta le devolvió la hoja—. Ahora... hazlas desaparecer. Dejadlas en algún lugar donde no pueda encontrarlas ningún espía secreto ni ningún español merodeando por aquí.

—No soy tan complaciente como os creéis —dijo el apuntador—. Nadie verá más parte que la que le toca, y no dejaré que esa persona se la lleve del Theatre.

—Esperó que así lo hagáis —dijo Shakespeare—. ¿Será eso suficiente? Por lo que sabéis, también podemos morir debido a las lenguas calumniosas.

—Lo sé muy bien, señor. Demasiado bien, por Dios —contestó Vincent—. Aquí he conocido el miedo a la muerte: un peligro terrible e inevitable.

—Deja que sólo el miedo sea inevitable, lo que nos sobreviene es como el Ángel de la Muerte sobre los niños de Israel en Egipto. De esta ortiga, el peligro, debemos coger la flor, la seguridad.

Antes de que Thomas Vincent pudiera responder, uno de los ayudantes del encargado de vestuario que se encontraba en la entrada del Theatre empezó a silbar la melodía de una particular canción subida de tono. Los actores sobre el escenario, que habían empezado a aprenderse sus partes de *Boudicca*, cambiaron en ese mismo instante al ensayo de la pieza que iban a representar esa tarde.

—Fijaos —dijo el apuntador— en realidad, todos han desaparecido. —Él mismo también desapareció hacia el vestidor.

Shakespeare deseó poder desaparecer también. No hubo tanta suerte. En lugar de eso, salió a saludar al Teniente De Vega, de cuya llegada había alertado esa melodía.

—Que tengáis una buena mañana —le dijo e hizo una reverencia.

—Igualmente, *sir* —Lope se quitó el sombrero y también le respondió con una reverencia—. Espero que estéis bien, ¿no?

—Bastante bien, muchas gracias. —A Shakespeare no le importaba intercambiar impresiones con De Vega. Siempre y cuando hablaran en lugares comunes, el peligro parecía estar alejado. No era así; lo sabía muy bien. Pero lo parecía, e incluso la apariencia de tranquilidad era maravillosa.

—¿Cómo marcha “El Rey Felipe”? —preguntó Lope.

—Bastante bien —repitió Shakespeare—. O eso espero —añadió. El encargo que había recibido de don Diego Flores de Valdés era mucho más seguro que el que Lord Burghley le había hecho. En parte, deseaba que la compañía de Lord Westmorland

representara ante el público “El Rey Felipe” en lugar de *Boudicca*. Eso aportaría seguridad a la ortiga del peligro. Sería una seguridad cobarde; pero, no obstante, segura. Dejar que *Boudicca* vea la luz por una vez, y...

“Dejar que Boudicca vea la luz por una vez, y que Dios garantice que huya libre de Inglaterra, como ha hecho Kit”, pensó Shakespeare. Inglaterra llevaba ya unos diez años sometida bajo las botas españolas. ¿Podía alzarse y echarles? Si podía hacerlo, ¿por qué no lo había hecho antes?

—¿Cómo está el propio Rey Felipe? —preguntó.

Lope de Vega frunció el ceño.

—Me temo que no muy bien: nada bien. Las últimas noticias procedentes de España dicen que ha desarrollado hidropesía, su barriga y sus muslos están ahora mucho más hinchados, mientras que el resto de miembros se consume.

Se santiguó. Shakespeare hizo lo mismo. No pudo ocultar un escalofrío. Había visto la horrible hinchazón que provocaba la hidropesía: cómo robaba a sus víctimas la vida a cada momento que pasaba. Una vez, tuvieron que presionar una tabla contra la barriga de un actor desafortunado para ayudarle a orinar, como si estuvieran estrujando el zumo de las uvas en una prensa de vino. En comparación a eso, la certeza de la rapidez de la horca parecía una bendición. “Pero tú no tendrás un final rápido, aún no…”

—Lo mejor será que acabéis la obra cuanto antes mejor —le dijo De Vega—. Dentro de poco, de muy poco, la compañía tendrá que representarla.

—Ya falta poco —le dijo Shakespeare.

—Me alegra oíros decir eso —dijo el español—. En cuanto todo esté acabado, haced que vuestro apuntador la pase a los amanuenses para que éstos hagan copias para que los actores puedan aprendérselo de memoria.

—De acuerdo, Señoría. Tal y como decís, así se hará. —Shakespeare hizo una reverencia—. Conocéis bien las costumbres habituales de un teatro que no es el vuestro.

Puso más sarcasmo en eso de lo que quizás debería haber hecho. De Vega, afortunadamente, no pareció percatarse de ello.

—No son tan distintas de las de España. ¿Vuestro apuntador es nuevo en su trabajo, no?

—Así es, tras haber… muerto su antecesor. —La culpa se apoderó de Shakespeare. Se esforzó en ocultarla. Quizás un día de estos De Vega hablaría con el Condestable Strawberry, y Strawberry, a su manera, ya había logrado relacionar a Shakespeare con Ingram Frizer, aunque no sabía muy bien qué conclusiones había sacado.

Pero, por ahora, las preocupaciones de Lope de Vega se centraban en “El Rey Felipe” y los problemas que conllevaba su representación.

—Si tenéis problemas para encontrar algún amanuense capacitado para el trabajo, yo conozco un hombre que es muy adecuado.

—¿Si? —dijo Shakespeare: el sonido más evasivo que pudo emitir.

Lope asintió.

—Sí, señor: un inglés al servicio de don Diego, y por tanto muy al tanto de vuestro propósito. He visto su escritura, y sé que tiene una letra excelente, la mejor legible. Se llama Thomas...mmmm... Phelippes.

Pronunció el nombre al modo español, como si tuviera tres sílabas. Eso hizo que Shakespeare en un principio no lo reconociera. Cuando lo hizo, sintió como si un rayo hubiera golpeado la tierra bajo sus pies. ¿Conocía Lope lo suficientemente bien a Phelippes como para saber qué tipo de escritura tenía? ¿Tenía el oficial español una copia limpia de *Boudicca*? ¿La había obtenido antes de que Thomas Vincent la tuviera en las manos?

"¿En quién puedo confiar?" Se preguntó Shakespeare aturdido. "¿En Vincent? ¿En Phelippes? ¿En Nick Skeres? ¿En Lord Burgley? ¿En alguien de este mundo?" Cuanto más inmerso estaba en la conspiración, más se acercaba el momento en el que la compañía representaría una obra u otra, y más seguro estaba que nadie podía confiar en nadie más.

—¿En qué pensáis, *señor*? —preguntó Lope cuando Shakespeare no le respondió enseguida.

—Creo que el maestro Vincent ya tiene amanuenses suficientes para el trabajo —dijo Shakespeare mientras escogía cuidadosamente las palabras—. Aunque, sería mejor que hablarais con él en lugar de conmigo. Está bastante desconcertado con mi mala letra, que demuestra mi propio mal carácter.

El oficial español chasqueó ante el débil juego de palabras, sin tener ni idea de lo duro que trabajaba Shakespeare para distraerle y para disimular su alarma. —Lo haré tal y como sugerís —dijo De Vega—. ¿Le encontraré en el vestidor?

—No lo sé —contestó Shakespeare, y deseó que Vincent hubiera sido tan listo, y hubiera tenido tiempo, de esconder la copia limpia de *Boudicca*, ¡la que había escrito Thomas Phelippes!

—Iré a buscarle allí —concluyó Lope, y se fue antes de que Shakespeare pudiera volver a tratar de entretenerle. No surgieron alaridos de espanto o de furia de detrás del escenario, lo que Shakespeare interpretó como que el apuntador había sido lo suficientemente rápido para poder ocultar la peligrosa obra.

Shakespeare solo tenía un pequeño papel en la representación del día, *Calígula* de Marlowe. El poeta había huido, pero sus obras persistían. A Shakespeare le hubiera gustado tener más que hacer, se hubiera preocupado menos. Tal y como estaban las cosas, nunca había estado tan alegre de salir del Theatre una vez hubo acabado el espectáculo.

No había caminado mucho en dirección a Londres cuando Richard Burbage le alcanzó.

—Buenas tardes tengas —le dijo el otro actor—. Creo que ha ido bastante bien.

Había interpretado el papel principal, y lo aprovechaba todo lo que valía la pena.

Shakespeare asintió; como lo había escrito Marlowe, el papel valía la pena.

—Éste ha sido el romano más temeroso de todos —dijo Shakespeare.

—En realidad, es un trabajo bien surtido —comentó Burbage—. Y, en realidad, si dispusiéramos de más libertad, parecería aún más temeroso.

—Me sorprende que el Maestro Censor le permitiera a Kit mostrar todo lo que ofrece la obra —dijo Shakespeare.

—Llegado el día, mostraremos más de lo que Sir Edmund querría —apuntó Burbage.

—Llegado el día —repitió Shakespeare—. Y, por lo que dice el español, el día llegará pronto: Felipe está peor. —Caminó unos pasos más, antes de decir —o, llegado el día, ofreceremos al público "El Rey Felipe", y todos lloraran por la gloria caída.

Burbage también permaneció en silencio durante un instante.

—Quizás lo hagamos —dijo al final—. Pero cada noche antes de dormirme, le ruego a Dios que vean la otra —allá en Shoreditch High Street, no citaba nombres. ¿Quién sabía qué golfillo podría transmitir alguna palabra imprudente a los españoles o a la Inquisición inglesa?

—Bueno, Dick, tu plegaria por lo menos va dirigida al propósito —dijo Shakespeare con cansancio—. Cuando yo ruego al Señor, es para pedirle que me libre de este cáliz. Pero me temo que no me oye —alzó las manos al aire—. Por el amor de Dios, ¿por qué no huí de toda esta locura o evité que recayera en mí?

—El corazón tiene sus razones, aunque no conozca razón alguna —dijo Burbage.

Shakespeare se detuvo sorprendido.

—Eso ha sonado muy bien. ¿Es tuyo? —Cuando Burbage asintió, Shakespeare le puso una mano sobre el hombro—. La próxima vez que Will Kemp te ataque diciendo que no eres más que el portavoz de las palabras de otro, le desafías con eso en sus narices.

—Así lo haría y así lo haré —respondió el otro actor—. Pero gracias por tu elogio.

—A vuestro servicio, señor —dijo Shakespeare—. Si escribiera alguna comedia trivial sobre amantes que se aman o no se aman, incluiría tu frase todo lo rápido que pudiera —suspiró—. ¿Volveré a poder trabajar en cosas tan dulces y sencillas?

—Pero si todo va bien… —dijo Burbage.

—Quizás —contestó Shakespeare, y no dijo más. No quería que sus esperanzas fueran demasiado altas. Solo conseguiría que tuvieran más espacio por el que caer.

Quizás Burbage también sintiera lo mismo. En lugar de continuar con la conversación, señaló con la barbilla al frente.

—Allí está Bishopsgate. Ahora que al menos ha llegado la primavera, me gusta que aún haya luz una vez transcurridas las dos horas en las que nos paseamos e inquietamos sobre el escenario.

—Bueno, a mí también me gusta —dijo sorprendido Shakespeare. Se golpeó la

frente con la palma de la mano—. Dios bendito, Dick, apenas me he dado cuenta del paso del orgulloso Abril vestido con sus mejores ropas y que aporta un espíritu de juventud a todo. Las plumas de gansos y el papel han marcado los límites de mi vida.

—Quizás, ya que ya no es abril —le contó Burbage—. Estas son representaciones nuevas de mayo, y no están lejos de ser las mejores.

—¿Mayo? —gritó Shakespeare—. ¡No puede ser! Seguramente han adornado las calles con follaje, como es costumbre, han prendido hogueras y han izado palos de mayo para que puedan bailar alrededor de éstos.

—Seguramente lo habrían hecho. Seguramente lo hicieron. Seguramente nunca te diste cuenta —Richard Burbage le miró con lástima.

—¡Espera! —Shakespeare chasqueó los dedos—. Acabo de acordarme que ese día representamos "La fierecilla domada" para el público. ¡Ja! ¿Lo has visto? Al fin y al cabo, de algo sí que me percaté —en ese momento, eso le pareció de lo más importante.

La expresión de Burbage no se inmutó lo más mínimo.

—Así fue. Pero ¿por qué lo sabes? Solo porque se encontraba en el repertorio del Theatre. De lo contrario… —Negó con la cabeza.

Como era normal, irlandeses de rostros alargados y hambrientos y ojos encendidos montaban guardia en Bishopsgate. Los soldados irlandeses observaron a Shakespeare y a Burbage: ambos actores eran lo suficientemente grandes y jóvenes como para parecer peligrosos sin importar lo apaciblemente que se comportaran. Uno de los guardias dijo algo en su musical lengua, de la que Shakespeare no entendía ni una sola palabra. Otro empezó a desenvainar la espada. Pero su sargento, que se distinguía únicamente porque era unos años mayor y con más cicatrices, dijo que no con la cabeza. Hizo una señal a los ingleses para que entraran a Londres.

—Pasen ahora. Rápido.

—Malditos granujas huesudos —refunfuñó Burbage, pero no sin antes asegurarse de que no pudieran oírle.

—Desprecio a estos caníbales sangrientos —dijo de acuerdo Shakespeare, también en voz baja—. Que sean pasto de gusanos.

—¡Qué Dios se lo otorgue! —exclamó Burbage—. Que los españoles nos traten con prepotencia es una cosa, se ganaron el derecho al derrotarnos en la guerra. ¿Pero estos bravucones animales pelirrojos? —Negó con la cabeza—. Hombres que nunca se han atrevido a alzarse en contra de los españoles se desmadrarán para sacar a los lobos irlandeses.

—Sí, quizás —Shakespeare se preguntó si Sir William Cecil había pensado en enardecer a los londinenses contra los salvajes de la isla oeste. "Con suerte sí", pensó el poeta. "Sabe tanto, ¿se le habrá pasado esto por alto?" Aún así, pensaba comentárselo a Lord Burghley la próxima vez que le viera, o a Nick Skeres o a Thomas Phelippes si no veía pronto al noble.

¿*Phelippes*? Shakespeare lanzó un guijarro a un charco de un puntapié. ¿A quién

servía en realidad el pequeño hombre polvoriento? ¿A Sir William? ¿A don Diego? ¿O sólo a sí mismo, al principio, al final y siempre? En cuanto Shakespeare se planteó la pregunta, vio cuál debía ser la respuesta. ¿Pero dónde, finalmente, decidiría Phelippes aposentar su interés? ¿Y cuánto le costaría eso a la gente del otro bando?

Burbage le dio una palmadita en la espalda.

—Me voy a casa. Que pases una buena tarde, Will.

—Igualmente —le dijo ausente Shakespeare. Con la cabeza repleta de tramas, tuvo que recordarse girar en Bishopsgate Street y dirigirse hacia su casa de huéspedes. Luego, se fue a la taberna para escribir todo el rato que pudiera, y luego volvió nuevamente a casa, esta vez para dormir. —Dios me salve —murmuró—. El Primero de Mayo ya ha pasado, y yo no lo sabía. —Se preguntó qué más se habría perdido, y llegó a la conclusión de que prefería no saberlo.

—Venga, Diego —dijo Lope de Vega impaciente a lomos de su caballo —sólo tienes que montar un burro. Ambos debéis ser primos cercanos.

—*señor*, nunca montaría a mi primo. El Libro Sagrado lo prohíbe y, además, es un acto feo —respondió el sirviente. Mientras Lope se sorprendía por semejante juicio inesperado, Diego se subió a la silla de montar. El asno rebuznó lastimosamente por el peso.

—¿Llevas el traje? —le preguntó Lope. Diego puso una mano sobre la alforja. De Vega asintió—. Bien. Entonces, hacia Westminster. Dicen que Isabel de Inglaterra podría venir a ver la obra, para ver cómo se ha representado a Castilla. Podría significar tu fortuna, Diego. —“Podría significar la mía”, pensó.

—Un sirviente que representa a un sirviente no creo que sea nada del otro mundo. Deberíais haberme dejado representar a Fernando.

Recorrieron el camino desde el acuartelamiento español hasta el corazón de Londres y por el oeste hacia el centro de la corte. Lope tuvo que frenar a su caballo, una yegua briosa, para evitar dejar atrás al asno de Diego.

—¡Fernando! —exclamó Lope—. ¿Pero qué sueño es ese? Ahora no estás dormido, no que yo vea.

—¿Pero acaso no soy la figura perfecta para un rey? —preguntó Diego.

Contemplando a su rechoncho sirviente, De Vega respondió:

—Tienes la figura perfecta para dos reyes, como mínimo —Diego le lanzó una mirada maligna.

Lope le ignoró. En un día así, estaba lo bastante contento de estar fuera del acuartelamiento.

Como siempre, desde el punto de vista de un español, la primavera había llegado tarde a Inglaterra; pero por fin había llegado. El sol brillaba en todo su esplendor. Las únicas nubes que surcaban el cielo eran blancas y menudas, y se dejaba llevar por una suave brisa de oeste a este. Unos días antes, había llovido, no fuerte, lo justo como

para que el polvo no se levantara sin convertir las calles en una ciénaga.

Todo estaba verde. La hierba nueva crecía exuberante, más de lo que había hecho nunca en Castilla, más seca y calurosa. Los árboles y arbustos lucían hojas nuevas. Las primeras flores primaverales habían empezado a iluminar el paisaje. El trino de los pájaros envolvía el aire húmedo. Petirrojos y pinzones, cucos y alondras, ampelis y herrerillos, todos demostraban ser grandes músicos. Abandonaban antes Inglaterra y regresaban a ella más tarde de lo que hacían en España. Cada primavera, cuando volvían, Lope volvía a descubrir cuánto los había echado de menos y lo vacío y baldío que era el invierno sin ellos.

Diego también sonrió al oír el trino.

—Redes de malla —murmuró—. Cazar aves con liga. Por todos los santos, no hay nada que pueda igualar a una bandeja de pájaros cantores, todos deliciosamente cocinados en un asador o quizás en un pastel. No me gusta mucho la cocina inglesa, pero hacen unos pasteles sabrosos. Los filetes y los riñones también son suculentos y pueden encontrarse en cualquier época del año.

—Sí, eso está bien —dijo de acuerdo Lope—. Y la música de la vaca es mucho menos melódica que la del jilguero o la del verderón.

—¿La música de la vaca, *señor*? —preguntó Diego. Antes de que De Vega pudiera responder, su sirviente negó con la cabeza—. No, no me lo expliquéis. Creo que prefiero no saberlo. Será algo que solo podéis oír los poetas.

—En absoluto, Diego —Lope sonrió dulcemente—. Por ejemplo, cada vez que abres la boca, todos los que están a tu alrededor reciben la música del asno.

—Oh, me habéis herido —gimió Diego. Trató de cogerse el corazón—. Acabo de recibir un empujón mortal. Mandadme al médico. No, mandadme a un cura para que me confiese, ya que, sin duda, falleceré.

—Lo que, sin duda, eres es una molestia—dijo Lope, pero no pudo evitar reírse.

Aproximadamente una milla separaba Westminster de Londres, y la distancia que las separaba sólo estaba algo menos abarrotada que cualquiera de ellas. De Vega nunca había tenido la impresión de salir verdaderamente al campo, como habría tenido al viajar entre ciudades en España. Siempre que miraba a la izquierda, una selva de navíos en el Támesis le recordaba lo desenvuelta y ocupada que era esa parte del mundo.

—Increíbles casas —comentó Diego mientras se adentraban en Westminster—. Se puede decir que éste es un lugar para personas ricas. Todos los pobres, los honrados, están en Londres.

Lope tampoco pudo evitar reírse ante ese comentario, pero por una razón distinta. Londres atraía a los ambiciosos, a los hambrientos, a los desesperados de toda Inglaterra. Muchos de ellos, descubrían que por muy ambiciosos que fueran y por muy desesperados que estuvieran, hambrientos seguían.

Cuanto más hambrientos estaban, menos probable era que se mantuvieran honrados. Londres tenía más ladrones que las tres ciudades peores juntas que Lope

pudiera imaginar.

Esas casas extravagantes también llamaron su atención, nuevamente por una razón distinta.

—Esto es Drury Lane —dijo—. Lord Burghley vive aquí, el que era el primer ministro de Elizabeth. Aquí también vivía Anthony Bacon, hasta que el acusado de sodomía huyó de este reino.

—Parece una buena calle a la que prender fuego —comentó Diego—. Por supuesto, como si de un accidente se tratara—. Guiñó el ojo.

—No sé muy bien de qué hablas —respondió Lope, inexpresivo. Ambos se intercambiaron miradas de complicidad.

El Támesis se curvaba hacia el sur. La carretera le seguía. De Vega y Diego avanzaron por un campo abierto y por diversas casas de vecinos nuevas antes de llegar a una zona enorme cuyo lado izquierdo estaba rodeado por un muro de ladrillo. Por la parte superior del muro, asomaban los pisos superiores de algunos edificios impresionantes.

—¿Qué es eso? —preguntó Diego, señalando el cercado.

—¿Eso? Eso es Escocia —le dijo Lope.

Diego sacudió la cabeza con desprecio.

—No podéis reíros de mí, jefe. Ya lleváis mucho tiempo atemorizándome con Escocia. Sé lo que es, ese reino al norte de aquí, donde viven los hombres salvajes.

—Algunos hombres salvajes —corrigió Lope—. Pero ese terreno también es Escocia. —Se santiguó para demostrarle que decía la verdad—. Cuando el Rey de los salvajes visita Inglaterra, se aloja aquí, por lo que adopta el mismo nombre. —Deseó que el actual Rey de Escocia viniera a visitar Inglaterra. Pero, a pesar de las melifluas invitaciones, el protestante Jaime VI era demasiado inteligente para meter la cabeza en las fauces del león católico. Lope prosiguió —y allí detrás se encuentra Whitehall, donde actuará la compañía.

—Oh, qué bien —dijo Diego.

Antiguamente, Whitehall había sido una residencia de nobles. Enrique VIII, una vez la hubo adquirido para sí, la hizo más grande: añadió pistas de tenis, pistas de bolos, y otras de arena, con una galería en la segunda planta desde la que él y sus compañeros podían observar el deporte. Elizabeth también había visto justas desde esa galería; pero ni Isabel ni su consorte, Alberto, eran muy partidarios. Un escenario de madera, no muy distinto al del Theatre, se alzaba sobre la arena, frente a la galería. Los grandes de las más altas clases, tanto ingleses como españoles, verían *El mejor mozo de España* desde la comodidad de la galería. El resto, lo suficientemente importantes para que fueran invitados, pero no lo suficiente para acompañar a la Reina y al Rey, se harían pasar por los mosqueteros que llenaban los teatros más allá de los muros de Londres. Aunque no tendrían que pagar ni un penique por el privilegio.

En el improvisado vestidor detrás del escenario, los actores se vestían, se

maquillaban y murmuraban sus frases, tratando de retenerlas en la memoria. Cuando Lope entró, Catalina Ibáñez se precipitó hacia él.

—¡Oh, *señor* De Vega, Dios me ampare, estoy tan nerviosa! —gritó—. ¡Quiero estallar!

Miró alrededor para asegurarse de que don Alejandro se encontraba entre el público y no merodeando por ahí entre bastidores, luego se inclinó y le dio un beso que podría haber parecido imprudente.

—No os preocupéis de nada, amor. ¡Estaréis maravillosa! —le dijo, y emitió una oración silenciosa y rápida para demostrar que estaba en lo cierto.

Un lacayo entró precipitadamente al vestidor.

—La Reina y el Rey han tomado asiento en la galería —dijo.

—Entonces, será mejor que actuemos para ellos, ¿no es así? —dijo Lope—. Venga, amigos, demostrad lo que sabéis hacer —volvió a mirar a su alrededor, para asegurarse de que todos estaban listos—. ¡Diego, por el amor de Dios, no te duermas ahora!

—No me estaba durmiendo —se defendió Diego—. Solo estaba…

—Descansando los ojos —acabó la frase Lope—. Esa excusa ya la habías usado antes. No vuelvas a utilizarla, a no ser que quieras conocer la verdadera Escocia, no el trozo de tierra éste —una última mirada, una mirada preocupada. Luego asintió a Catalina Ibáñez y a una de sus sirvientas, que eran las encargadas de abrir la obra como Isabel y doña Juana, su dama de honor.

Catalina se santiguó. Su sirvienta se rió nerviosa. Salieron al escenario. El público, que había estado murmurando y rumoreando, les prestó atención. En cuanto Catalina pisó el escenario, se sintió bien, más que bien; Lope suspiró aliviado.

Todo fue tan bien como se había esperado. De hecho, todo había ido mejor de lo que Lope se había atrevido a esperar. Los actores se acordaron de sus frases. Incluso el más acartonado de todos las había recitado con algo de sentimiento. Diego llevó a cabo el papel de sirviente mejor de lo que lo hacía en la vida real. La hora y media transcurrió como en un sueño. Los aplausos para los actores fueros ensordecedores.

Desde el vestidor, Lope oyó a Catalina Ibáñez.

—Y aquí está el hombre que nos ha regalado estas doradas palabras para recitar: ¡El Teniente Primero Lope Félix De Vega Carpio!

Más aplausos cuando Lope, que se sentía como si estuviera en su sueño, salió al escenario e hizo una reverencia para el público; en especial, para la parte central de la galería, donde se encontraban Isabel y Alberto de Inglaterra. ¿Cómo sabía Catalina su nombre completo? No había tiempo ahora de preguntarse esas cosas, la Reina Isabel le gritaba:

—Bien hecho, *señor* De Vega. Sois una persona muy inteligente —Lope volvió a hacer una reverencia. Isabel le lanzó una pequeña bolsa de cuero. La cogió en el aire. Era pesada, lo bastante pesada como para que estuviera repleta de oro. Volvió a hacer otra reverencia, esta vez casi se dobló en dos. Aturdido, siguió a la compañía detrás

del escenario.

Ya en el vestidor, se acercó a Catalina Ibáñez.

—¿Cómo puedo agradeceros que mencionarais mi nombre ahí afuera?

Sus ojos eran tan calurosos de promesas como una mañana temprana de verano

—Si sois tan listo como dice la Reina Isabel, *señor* De Vega, estoy segura de que algo se os ocurrirá —ronroneó. Solo más tarde se preguntó si, en realidad, le había mirado a él o a la bolsita que acababa de recibir.

Sam King se acercó a Shakespeare en la sala de la casa de huéspedes que compartían. Algo tímido, le dijo:

—Tengo algo para vos, maestro Will. —Extendió la mano y le dio a Shakespeare tres peniques: dos acuñados con los rostros de Isabel y Alberto, y el tercero con el de Elizabeth.

—Muchas gracias —dijo sorprendido Shakespeare. Hasta ahora, King no había tenido dinero suficiente para sí mismo, menos aún para pagar lo que debía. Shakespeare ya casi había olvidado los tres peniques que le había dado al joven para que pudiera cenar y, la verdad, no había esperado volver a verlos de vuelta.

Pero, con un toque de orgullo en su voz, King continuó:

—Pago lo que debo, sí.

—Me alegra oíros decir eso —respondió Shakespeare—. ¿Entonces habéis encontrado trabajo?

—Se podría decir que sí. —Pero la afirmación de King parecía querer convencerle a él tanto como a Shakespeare—. Sí, señor, podría decirse que sí.

—¿Y qué tipo de trabajo es, si puede saberse?

Nada más haber mencionado las palabras, Shakespeare deseó no haberlo hecho. Si Sam King hubiera conseguido hacerse aprendiz de carpintero o de albañil lo hubiera gritado a los cuatro vientos, y muy merecidamente. Tal y como estaban las cosas… Tal y como estaban las cosas, se puso colorado.

—Me he iniciado como mendigo —contestó finalmente.

—¿En serio? —Shakespeare trató de sonar feliz por el hombre que compartía habitación con él. Para alguien solo y hambriento en Londres, incluso iniciarse formalmente como mendigo debía parecer un paso hacia delante. Cuidadosamente, el poeta siguió —Dios quiera que la gente sea generosa.

Se preguntó cuánto tiempo seguiría la gente siendo generosa. King era joven y saludable, aunque algo esquelético. Un mendigo con una pierna, o un ojo menos, o con alguna enfermedad o achaque que provocara más pena tenía más posibilidades de conseguir peniques, medio peniques y cuartos de peniques. Pero King sonrió.

—Hay todo tipo de trucos para engañar a los que tienen dinero. En este momento, tengo una falsa llaga, capaz de hacer vomitar a un hombre al verlo.

—¿Si? —A Shakespeare no le sorprendió oír eso. Había conocido a otros

mendigos que usaban heridas falsas para conseguir dinero de aquellos que las veían.

—Sí, señor —dijo Sam King—. Y cuanto mejor conozca el arte, mejor será la vida que tendré. —Sí, parecía que hablara de carpintería o albañilería.

—Espero que así sea —dijo Shakespeare, todo lo educadamente que pudo. Deseó que el otro hombre se marchara. De vez en cuando, daba monedas a los mendigos sin preocuparse de si le engañaban.

Pero King estaba entusiasmado con su nuevo negocio.

—Cojo ranúnculos, flámulas y sal, lo mezclo todo y lo pongo sobre el lugar del cuerpo donde quiero tener la herida —explicó entre risas—. La piel de esta forma se irrita, así que primero pongo una tela blanca, que se pega rápido y, al sacarla, hecho matarratas sobre la carne abierta para que tenga peor aspecto, y luego lo envuelvo con una tela, que siempre está sangrienta y mugrienta.

A Shakespeare se le revolvió el estómago como probablemente hubiera hecho en un barco sobre mar brava. Sorprendido, a su pesar, preguntó:

—¿Pero no acabarás malherido de verdad con tan mal uso de tu piel?

—No, no —Sam King lo corroboró con la cabeza—. Lo hago tan a menudo que, al final, no siento dolor, tampoco quiero que se cure; pero viajaré de mercado en mercado con mi gran herida, y seré capaz, gracias a mis súplicas, de ganarme cinco chelines a la semana, en dinero y en granos de trigo.

—No me extraña que puedas devolverme el dinero —comentó Shakespeare. Cinco chelines a la semana no hacían a un hombre rico, pero uno no se moría de hambre con esos ingresos.

—No es del todo de extrañar —dijo de acuerdo King—. Voy con otros dos o tres falsos mendigos, y cantamos juntos en voz alta… —Su voz se tornó en un quejido penetrante y agudo: —“¡El amor de Dios cuida de vuestros ojos misericordiosos! Una mirada lastimosa de la gente impotente, afligida, coja y dolorida, a la llaga molesta provocada por la grave enfermedad; no tenemos descanso día ni noche de las úlceras y gusanos que continuamente devoran la carne del hueso. Por el amor de Dios, una cruz de vuestras pequeñas monedas, para comprar nuestra salvación y ungüentos, para aliviar el pobre cuerpo desdichado, que nunca tiene reposo. ¡Dios os compensará por ello en el cielo!”

Jane Kendall entró en la sala a toda prisa.

—¡Fuera de aquí! No queremos mendigos —empezó a decir, pero luego se detuvo—. Ah, sois vos, maestro King. Pensaba que erais algún infeliz artificioso que buscaba engatusarnos para obtener monedas mediante engaños. No quiero esos comportamientos en esta casa. Hay cosas mejores que hacer.

No le importaba si King mendigaba en otros sitios. Sencillamente no quería que sus huéspedes estafaran dinero que quizás de otro modo aseguraría su renta. Después de llevar ya algún tiempo en su casa, Shakespeare estaba seguro de ello.

—No temáis. No hacía más que mostrarme su abogacía, la cual es muy curiosa y aceptable.

—Entonces no se hable más —la viuda Kendall suspiró—. Este sitio ya no es lo que era, por todos los santos, ya no lo es. Quién me iba a decir a mí que tendría que dar alojamiento aquí, todos al mismo tiempo, a un mendigo, a una bruja y a un poeta… —Negó con la cabeza.

Shakespeare se sintió ofendido por haber sido metido en el mismo saco que Sam King y Cicely Sellis. Aunque, tras un momento de reflexión, llegó a la conclusión de que quizás ellos también se sentían ofendidos por haberles incluido con él.

—Dado que os pagamos lo que nos pedís el día acordado, ¿qué es lo que os preocupa, señora Kendall?

—Mientras lo hagáis, todo está bien —respondió—. Pero, con semejantes negocios… Dulce Jesús, ¿quién ha oído alguna vez hablar de un poeta rico?

Podía imaginarse a un mendigo rico. Podía imaginarse a una curandera con dinero. Pero, ¿a un poeta rico? Eso no. Shakespeare se sintió tentado a jactarse de todo el oro que había obtenido de Lord Burghley y de don Diego. Se sintió tentado, durante un breve instante. Luego, el sentido común volvió a prevalecer. La mejor manera de evitar que a uno le robaran o que le rebanaran el cuello era no revelando que tenía algo que valiera la pena robar.

Mommet entró en la sala. El gato restregó un costado de la cabeza contra el tobillo de Shakespeare y empezó a ronronear. Algo incómodo, Shakespeare empezó a acariciarle. Parecía que el gato de la curandera -¿su familiar?- le había cogido cariño desde el primer día que se encontraron. ¿Qué diría de eso un inquisidor tras el rastro de la brujería? Nada bueno, Shakespeare estaba seguro de ello.

—Señora Kendall —preguntó Sam King— ¿puedo tomar una jarra de vuestra deliciosa cerveza? —Tras el asentimiento de la mujer, King se precipitó a la cocina. Cuando regresó con la jarra, la malicia se reflejaba en su rostro. Se sentó en cuclillas junto a Mommet y tiró un pequeño charco sobre el suelo.

La viuda Kendall gritó indignada.

—¡Parad ahora mismo! ¿Qué hacéis? ¿Queréis malgastarla?

—En absoluto —cantó suave King—. Ven gatito, gatito —al animal—. Ven hasta aquí, abre la boca, aquí está lo que también a ti te hará hablar, gato. ¡Abre la boca!

Mommet olisqueó la cerveza que, lentamente, empapaba el suelo. La cabeza del gato se inclinó. Siempre tan delicado, le dio un lametazo al brebaje. Luego alzó la cabeza. Sus ojos reflejaban el fuego de la chimenea y relucían verdes.

—¿A qué jugáis?

Sam King se sobresaltó violentamente y se santiguó. Shakespeare también se asustó. Pero no era el gato el que había hablado. Era Cicely Sellis, que se encontraba de pie junto a la entrada de su habitación, con los brazos en jarras, y furiosa.

—¿A qué jugáis? —volvió a preguntar—. Decídmelo ahora mismo, o haré que os arrepintáis de vuestro silencio.

—N-na-na-na-nada, señora Sellis —tartamudeó King, el rostro se le tornó blanco de terror—. Le estaba dando a vuestro gato, mmm, algo de beber.

—Os hacéis pasar por limosnero —dijo la curandera—. No os hagáis pasar por estúpido, hombre, o encontraréis más estupidez de la que nunca hubierais imaginado. ¿Me oís?

—S-sí —King respondió con una voz muy menuda.

—Ya lo veremos —dijo bruscamente Cicely Sellis. Emitió un pequeño sonido de cloqueo—. Ven aquí, Mommet.

Los gatos no responden cuando uno los llamaba. Shakespeare lo había sabido desde que era un niño en Stratford. Los gatos hacían lo que querían, no lo que uno quería. Pero Mommet trotó hasta Cicely Sellis como un perrito faldero. El ronroneo contenido del gato retumbaba en toda la sala.

Eso volvió a hacer brotar el miedo en Sam King.

—Que Dios me juzgue, señora, no pretendía hacerle daño —susurró.

La mirada que le lanzó la curandera decía que “ella” sería quien le juzgara, y que Dios no tendría nada que hacer al respecto.

—Hay personas a las que no les agrada un lechón preparado —dijo—; otras, a las que el la mirada de un gato puede provocarles accesos de locura. Como no hay una razón de peso por la que hacerle daño a un pobre gato, sería más prudente por su parte que mostrara compasión y piedad, en vez de retozar con un pobre animal estúpido que no sabe nada de retozar. ¿O pensáis de otra manera?

—No —los labios de King formaron la palabra, pero no emitieron sonido alguno. Desapareció a la habitación que compartía con Shakespeare. Jane Kendall desapareció casi con la misma velocidad.

Eso dejaba a Shakespeare solo con Cicely Sellis y con Mommet. Podría habérselas arreglado sin ese honor, si es que podía considerarse así.

—¿Vais a la arena a ver peleas de osos, corridas de toros, o peleas de gallos? —preguntó mientras acariciaba el pelo pinto del gato.

Para su alivio, no se molestó y entendió la pregunta. Mientras negaba con la cabeza, respondió:

—No veo ninguno de esos denominados “deportes”. No los soporto. En cuanto a mis afectos y opiniones, maestro Shakespeare, estoy cortada por un mismo patrón. ¿Podéis decir lo mismo?

—¿Yo, mi señora? No, ni tampoco trataría de hacerlo, ya que todos mis juicios son muy diversos, ahora de un color, después de otro. ¿Y quién de nosotros es mejor por ello? —preguntó Shakespeare. Cicely Sellis pensó, luego se encogió de hombros, lo cual le pareció a Shakespeare un gesto básicamente honesto.

X

Una tos brusca sacó a Lope de su ensimismamiento. Miró a Shakespeare, que avanzaba en el escenario del Theatre.

—No estáis atento, maestro De Vega —dijo severo Shakespeare—. Esa era vuestra entrada para decir vuestras frases, y os la habéis saltado. No sabía que fuerais un actor tan imperfecto sobre el escenario, que por temor deja pasar su fragmento.

—No lo soy —Lope hizo una reverencia en señal de disculpa—. Os pido perdón, señor, os lo ruego. No ha sido el temor lo que me ha dejado de lado.

—¿Qué entonces? —preguntó Shakespeare, aún con el ceño fruncido—. Cualquiera que sea la razón, tenéis que mejorar; de lo contrario, no actuaréis. ¿Queréis que el público os arroje calabacines, remolachas y manzanas podridas? ¿Queréis que os interrumpan la escena gritando: “Oh Jesús, lo hace como uno de esos actorzuelos prostitutos que vi una vez”? —La voz del inglés alcanzó un tono falsete burlón.

—No, no y no —Lope lo ratificó con la cabeza. El comentario sobre la prostitución le tocó la fibra —me temo que soy yo el que me distraigo solo, un asunto que no tiene nada que ver con vos o con vuestro excelente “El Rey Felipe”.

Se preguntó cuánto más tendría que contar. Pero Shakespeare, tras ladear la cabeza, llegó al meollo del asunto en dos palabras.

—¿Una mujer?

—Sí, una mujer —Lope respondió algo aliviado—. Había hecho promesas, las hizo y no las cumplió. Y espero que lo haga. En estos momentos, me debato entre la esperanza y la furia.

No había pensado que Catalina Ibáñez le tomaría por estúpido. Había pensado que “podría” tomarle por estúpido. Pero la amante de don Alejandro había sido todo calor y seducción mientras no tuvo que dar nada, y había evitado verse a solas con él o se había comportado de forma frustrantemente fría cuando lo había hecho. Esto llevaba a Lope al borde de la locura: demasiado loco para darse cuenta que quizás esa había sido la intención de ella.

Will Kemp se rió. El bufón alzó la voz, como había hecho antes Shakespeare.

—Si creéis que soy demasiado fácil, me comportaré de forma áspera y perversa y os rechazaré. Si eso es lo queréis. —Volvió a su registro usual—. ¿Así que así están las cosas?

Lo había resumido mucho mejor de lo que había podido hacer De Vega.

—Sí, exacto —respondió Lope—. ¿Qué se supone que debo hacer?

—Debéis recitar vuestras líneas como maestro Idiáquez de memoria, incluso aunque ella sea cruel —le dijo Shakespeare—. No permitáis que vuestro honor de hombre afecte a vuestro honor de actor, o no seréis actor.

—Lo entiendo —dijo Lope contrito—. Tenéis razón, *señor*. Mi aflicción personal no debería afectar a vuestra obra.

—Para la moza, una patada en el trasero obraría milagros, tal y como se hacía antes —dijo Kemp—. Y si no la puedes dominar con el pie, quizás lo hagas con la verga.

Miró lascivamente. Shakespeare resopló. Igualmente así lo hicieron todos los ingleses que le oyeron. Lope se rascó la cabeza. Hablaba bien inglés; pero, de vez en cuando, se le pasaban cosas por alto. Tuvo la sensación de que aquella era una de esas veces.

—Me sé mis versos —dijo, ignorando aquello que no podía entender—. Escuchadme, si queréis:

"Ese cardenal,
A pesar de proceder de familia humilde,
Nació para perseguir los honores.
Fue un sabio eminente, y muy bueno,
Sagaz y elocuente, tenía el don de la convicción;
Agrio y altivo para los que no lo apreciaban,
Pero dulce como el verano para los que le adoraban.
Y, para mayor honor,
Murió temiendo a Dios."

—En realidad, las sabéis —dijo de acuerdo Shakespeare—. Aunque sería mejor que las recitarais en su momento.

—Así lo haré —prometió Lope—. Ante Dios, lo haré.

—Ante Dios, sí, siempre estamos ante Dios —dijo Will Kemp—. ¿Pero podéis poneros ante el público y recitarlas ante éste? Esa es la cuestión.

No podía haber querido decir que los mosqueteros eran un público más importante y complicado que Dios… ¿no? Nadie podía ser tan blasfemo. La Inquisición inglesa usaría sus garras para coger a cualquier hombre que se atreviera a decir algo por el estilo, lo agarraría y nunca más lo dejaría marchar. Un hombre cualquiera, obligado a presentarse ante los inquisidores, no tendría defensa alguna. Pero un actor, Lope se dio cuenta, podría tenerla. Podría decir que, por un instante, dejó que la mentalidad de su oficio se antepusiera a la de su alma. Seguramente, no quedaría impune, pero se libraría de lo peor.

—Volvamos a intentarlo —dijo Shakespeare—. Cuanto más trabajemos para nosotros, mejor lo haremos cuando el Theatre esté lleno.

—O no, y será porque Dios así lo haya querido —replicó Kemp—. La compañía que ensaya más veces hará, de vez en cuando, un auténtico desastre.

—Yo mismo he podido comprobarlo, más veces de lo que hubiera deseado —dijo Lope totalmente de acuerdo.

—Sí, es probable. Como todos —dijo Shakespeare—. Pero una compañía que haya ensayado menos tiene más probabilidades de sufrir un desastre. Por lo tanto,

queridos amigos, de nuevo al asunto, una vez más; o cerremos el espectáculo con nuestras frases estropeadas y disgustemos a la naturaleza con un arte acartonado. Cuando el toque de las trompetas suene en vuestros oídos, entonces imitad la actuación de los españoles.

—Yo no tengo necesidad de imitar —señaló Lope.

Shakespeare le hizo una reverencia.

—Por supuesto que no, Teniente. Pero como además de vos hay otros, y me gustaría veros a todos como galgos en tensión al esperar la salida de la liebre. Seguid vuestro espíritu y a vuestra entrada gritad: ¡Dios por Felipe! ¡Dulce España y San Jaime!

Richard Burbage había dejado el escenario, seguramente para satisfacer necesidades corporales. A la vuelta, aplaudió.

—Por Dios, Will, he ido a algunas guerras con palabras menos alentadoras en mis oídos.

—Nunca he pretendido la guerra —dijo Shakespeare—. En lugar de eso, estructuremos “El Rey Felipe”. Poneos en vuestros sitios. Volveremos a ensayar la escena.

Esta vez, Lope recordó sus frases. Las pronunció resonando en el Theatre vacío. Mientras hablaba y gesticulaba trataba de imaginarse el lugar repleto de gente ruidosa y agitada, todos esforzándose por no perderse ni una sola de las palabras que dijese, y todos preparados para arrojarle lo que tuvieran a mano en cuanto se quedara en blanco, o, sencillamente, si no les importaba lo que decía. Por lo que había visto, el público inglés tenía menos compasión que sus homólogos españoles. Cuando percibían la debilidad, iban directos a por la presa.

Aunque, esta vez, Shakespeare pareció satisfecho.

—Me parece que es suficiente por ahora —dijo—. Dios quiera que tengamos más tiempo para seguir trabajando en esto. De todas formas, la obra del día dará comienzo a las dos. La obra en la que debemos ser buenos pronto, ahora debe ocupar el lugar de honor de la obra en la que deberemos ser buenos más adelante. Maestro Lope, gracias por vuestro trabajo de hoy.

—El placer es mío —De Vega tocó con el dedo el ala ancha de su sombrero a modo de saludo. La frase era una traducción al inglés de un dicho frecuente en español, pero lo decía de corazón—. Vosotros, todos vosotros, me demostráis cada día que paso aquí cómo debe ser una auténtica compañía teatral.

—Por todos los santos, maestro Lope, me tomo como un insulto que cualquiera me pueda considerar un ejemplar —gruñó Will Kemp—. ¿Os retractáis o nos dará la satisfacción?

Por un instante, De Vega creyó que le retaban de verdad. Luego pensó que quizás podría aprovecharse del bufón, y despojarle de tanta insolencia de una vez por todas. Pero, tras una pausa que no pudo durar mucho, contestó como si se hubiera sentido ofendido.

—¿Yo daros satisfacción, hombre? ¿Me tomáis por una dama?

Los actores se rieron. La sonrisa de Will Kemp dejó al descubierto unos dientes irregulares.

—A fe mía, no —respondió—. ¿Me habéis tomado por Kit Marlowe?

Se alzaron más risas, la risa aulladora de los hombres burlándose de la valentía del otro.

—Me habéis herido —dijo De Vega, y puso ambas manos sobre el corazón.

—Lo que demuestra que no sabéis dónde os heriría Kit —dijo Kemp, y colocó ambas manos sobre el trasero. Esa grosería, hizo que la risa se duplicara.

Lope se unió a ella. Había admirado, aún admiraba, a Marlowe el poeta. Era como si Marlowe el sodomita fuera otra criatura, separada de la primera. La vida habría sido más sencilla de ser eso cierto. Pero ambos constituían partes distintas de un mismo hombre. De Vega se preguntó, no por primera vez, cómo podía infundir Dios dones maravillosos y un pecado semejante en una sola persona. A veces pensaba que Dios lo hacía para evitar que los mortales creyeran que le entendían y que exagerasen la noción de su propia inteligencia.

“¿Entonces, la caída de Marlowe ha salvado a otros hombres de sus pecados?” se preguntó. “En caso de que así fuera, ¿no hace eso que Marlowe se convierta en un igual a nuestro Señor?” Lope hizo que no con la cabeza. He aquí una de las especulaciones que nunca escucharía su confesor. Si esto llegaba a oídos de los inquisidores... No, Lope no quería pensar en eso.

Cuando la compañía de Lord Westmorland empezó con la obra con la que habían inaugurado el Theatre, De Vega salió, se subió a su caballo, y volvió a Londres. Esta vez nadie en las abarrotadas casas de vecinos a las afueras del muro le molestó: no más allá de los usuales abucheos e insultos a sus espaldas. Ignorarlos era siempre lo más fácil; tratar de localizar a las personas que lo habían dicho sólo le provocaba frustración e ira.

En Bishopsgate, los guardias irlandeses también le reconocieron como español. Por su parte, recibió respeto en lugar de desdén. Su sargento, un hombre inmenso, hizo una torpe reverencia. Los soldados de a pie murmuraron en lo que podría haber sido irlandés o lo que ellos consideraban inglés. De cualquier modo, era incomprensible para Lope. Se tocó el sombrero y siguió su camino.

No lejos de la entrada que acababa de atravesar, se topó con un insólito espectáculo: una bella mujer salía de una taberna con un gato sobre el hombro izquierdo como si se tratara del ave de un marinero. Se detuvo.

—Buenos días tengáis, mi dama —dijo—. ¿Puedo preguntaros por qué lleváis así a esa bestia?

Ella le contempló atentamente.

—Buenos días, señor —respondió. Lope se dio cuenta de que era unos años mayor que él; no se había percatado de ello a primera vista, como habría hecho con la mayoría de mujeres. Su sonrisa ocultaba cierto reto. —En cuanto a Mommet, bueno,

¿por qué no?

Por supuesto sabía que era español por su vestimenta, su mirada, su acento. Él se rió.

—¿Y por qué no? ¡Aunque qué bestia tan extraordinaria, que se queda ahí donde decidáis que se quede!

El gato, Mommet, le lanzó una mirada verde con los ojos entreabiertos, algo más desdeñosa que la de su ama. Su bostezo descubrió unos dientes afilados y una lengua rosa.

—¿Qué gato no es una bestia extraordinaria? —dijo la mujer. —Llegados a este punto, ¿qué hombre no es una bestia extraordinaria?

Lope parpadeó. Estaba enamorado de Lucy Watkins. También estaba enamorado de Catalina Ibáñez, un amor que atormentaba su alma, entre otras cosas, más que nada porque aún no se había consumido. Aún así, no podía evitar que una mujer que hablaba con enigmas le intrigara. Amar el cuerpo, sí. Amar el espíritu, sí, eso también. Pero también amar la mente, sobre todo un hombre con una mente tan rápida y agitada como la de Lope, un amor que no sentía por ninguna de sus dos actuales amadas.

—¿Quién sois? —preguntó con urgencia.

Se preguntó si le respondería. Una mujer modesta no lo hubiera hecho. Pero, en ese caso, una mujer modesta tampoco hubiera hablado con él en plena calle.

—Me llamo Cicely Sellis —respondió, sin que él percibiera ni la más mínima indecisión—. ¿Y vos, señor, sois…?

Con otra mujer, o con una mujer de otro tipo, hubiera dado su rango y la grandeza de su nombre completo. Pero a ella, solo le dijo:

—Me conocen como Lope de Vega —no pudo evitar hacer una especie de reverencia sobre la silla de montar y añadir —a vuestro servicio, señora Sellis.

Mommet volvió a bostezar, como si quisiera dar cuenta de lo poco que representaba su servicio. Cicely Sellis le obsequió con una reverencia simbólica, cuidadosa de no hacer caer al gato.

—Sois amigo del maestro Shakespeare —dijo.

Empezó a santiguarse, no había sido una pregunta, había sido una simple declaración de hechos. Detuvo el gesto.

—¿Cómo lo sabéis?

—No es ningún misterio —la diversión le brillaba en los ojos—. Su residencia y la mía son las mismas, y en muchas ocasiones os ha nombrado.

—Oh —Lope quiso preguntar qué había dicho Shakespeare sobre él. Con pesar, decidió que no era buena idea. Le saludó con la cabeza y ordenó al caballo seguir adelante—. Espero volver a veros, señora Sellis.

—Que así sea —dijo, y por fin la verdadera primavera inglesa llegó para Lope.

Jack Hungerford enseñó a Shakespeare una hilera de cascos baratos y oxidados con algunas zonas mejoradas con manchas de pintura plateada.

—Con penachos de plumas, maestro Will, servirán bien como yelmos romanos —dijo el encargado de vestuario—. ¿Veis cómo los trozos que he añadido ayudan a darles una apariencia de antigüedad?

Shakespeare extendió el brazo y tocó uno de los pedazos. Tal y como había esperado, no era más que estaño cortado, apenas más grueso que una hoja de papel. Eso no importaba. Al público le parecería bien. Lo que llevaban los actores y lo que veían los espectadores, o imaginaban que veían, eran dos cosas muy distintas. Eso lo sabía. Todo aquél que alguna vez había subido a un escenario lo sabía. Pero...

—¿No podemos hacer más evidente quiénes son estos romanos, a quién representan? —preguntó.

Hungerford frunció el ceño.

—Son romanos, ¿no? —se rascó la cabeza.

—Sí, por supuesto, son romanos —Shakespeare tamborileó los dedos de la mano derecha sobre sus calzas. El encargado de vestuario, que trataba con cosas, no atendía a símbolos—. Pero pensad una cosa, maestro Jack. Son romanos, sí. Son invasores, que han venido a Bretaña a conquistarla, a cambiar sus costumbres antiguas y ancestrales. Entre sus actos, han derrocado una reina… —¿Cuántos ejemplos tendría que ponerle? ¿Cuánto tardaría Jack Hungerford en entender lo que quería decir? ¿Llegaría a entenderlo el encargado de vestuario?

Nuevamente rascándose, esta vez un lado de la barbilla, Hungerford habló en un tono pensativo.

—Le recuerdan a uno a los españoles, ¿no?

—¡Así es, maestro Jack! ¡Así es! —Shakespeare quiso besarle. Al fin y al cabo, Hungerford había visto por donde iba encaminado el asunto—. ¿Podéis idear algo con lo que vean a la vez a los romanos y a los españoles?

—Bueno… Tengo estos morriones —dijo dubitativo Hungerford, mientras señalaba a una hilera de cascos de estilo español debajo de los “romanos”—. Con algo de suerte podré cambiarlos para ponerles un penacho de plumas o de pelo de caballo aquí, sobre la cresta, así… —Recorrió con los dedos la zona del morrión a la que hacía referencia.

—¡Sí! ¡Excelente! —exclamó Shakespeare—. A fe mía, maestro Jack, es perfecto. Ahora, a veces, se ve a los soldados romanos armados. ¿Puede esto también recordar a la indumentaria de los españoles?

—Oh, sí. Eso es muy sencillo —ahora que el encargado de vestuario había cogido la presa entre los dientes, ya podía echar a correr—. Una buena coraza inglesa es similar a la que llevan los españoles. Un águila dibujada sobre el pecho puede representar a la de los romanos, si os parece bien.

—De hecho, me parece muy bien —Shakespeare asintió—. Ahora, una cosa más. ¿Qué tenemos aquí de vestiduras para reinas?

—¿Para reinas...? —Incluso entusiasmado, a Hungerford le costaba modificar el rumbo; necesitaba un rato para que sus pensamientos pasaran de un camino a otro. Pero, luego, chasqueó los dedos—. ¡Ah! ¡Ya entiendo! Para el muchacho que interpretará a… —Volvió a chasquear los dedos, esta vez disgustado—. Que me aspen si recuerdo el nombre.

—Boudicca —dijo, impaciente, Shakespeare. ¿Cuántas personas en aquella época sabían de la Reina de los icenos, derrotada y muerta hacía ya más de mil quinientos años? Sólo aquellos que habían leído los *Annales*. Quizás su tragedia cambiaría eso. Pero, nuevamente, quizás nunca llegaría al escenario. Pero tenía que proseguir como si fuera a hacerlo.

—Boudicca —repitió Hungerford—. Una denominación pagana, si nunca llegara a serlo. Bueno, ¿qué atuendo queréis para que se corresponda con esa parte, maestro Will?

—Que se asimile al de otra reina depuesta, lo más parecido posible —respondió Shakespeare.

No iba a mencionar el nombre. No sabía porqué no. Esa conversación ya era manifiestamente una traición, el nombre no podía empeorarlo más. Pero, en aquellos días en Inglaterra, nadie lo pronunciaba sin escalofrío de temor, sin preguntarse quién podría escucharlo. Se preguntó si alguna niña nacida después del verano de 1588 lo llevaba. Tenía sus dudas. Sabía que él no se lo habría puesto a una niña, no en una Inglaterra gobernada por Isabel y Alberto. Quizás, algunas personas eran más valientes que él. No, seguro que había personas más valientes que él. ¿Pero había alguien tan valiente, o tan imprudente?

Nuevamente, el encargado de vestuario necesitó un instante para entenderle.

—¿Otra...? —dijo Hungerford, y luego asintió—. Oh, Elizab... —se detuvo. Él tampoco estaba dispuesto a mencionar el nombre completo. Los ojos se le abrieron como platos—. Entiendo vuestra idea. Sea lo que sea lo que no tengamos puedo conseguirlo mediante trueques con otras compañías. No tienen porqué saber nuestras verdaderas intenciones, sólo que es para vestir a una reina.

—Si lo preferís, podéis decir que es la Reina María —dijo Shakespeare—. Tiene un pequeño papel en “El Rey Felipe”.

—Como lo tuvo en la vida del Rey Felipe —dijo Hungerford, que era lo bastante mayor como para recordar la época en la que, brevemente, María y Felipe compartieron el trono de Inglaterra. Asintió—. Sí, eso servirá en caso de que alguien decidiera preguntar. ¿Os parece bien si le pongo una peluca colorada y polvos blancos en el rostro como era... costumbre suya hace algunos años?

—Lo que a vuestro juicio sea conveniente —respondió Shakespeare—. Aunque cuanto mayor sea el parecido, más probable será que los oyentes lo comprendan.

—Entonces lo haré —sentenció Hungerford.

—Y una cosa más, maestro Jack —dijo Shakespeare con gran seriedad—. Pase lo que pase, procurad que el Teniente De Vega no se entere de lo que tenemos entre manos, de lo contrario, estamos perdidos.

—No hace falta que me digáis eso —contestó el encargado de vestuario—. ¿Me tomáis por estúpido? ¿Por un imbécil bizco?

El poeta negó con la cabeza.

—De ningún modo, señor. Pero el asunto tiene tanto peso y perentoriedad, que prefiero advertir sin necesidad que necesidad sin advertir. Por los clavos de Jesucristo, no pretendía ofenderos, y os ruego me disculpéis si lo he hecho.

Hungerford sonrió.

—Tranquilo. No soy una persona que acumule la ira en su interior, que aprecia el calor como un hombre en enero recién llegado al fuego y al hogar. Y estáis en lo cierto: no es un juego lo que jugamos, a menos que decidierais jugar de este modo con el destino de los reinos.

Shakespeare suspiró aliviado. Aún no tenía ninguna garantía de que *Boudicca* llegara a buen puerto, o que fuera a causar el efecto que Sir William Cecil esperaba y que ayudaría a alzar a Inglaterra contra los ocupantes españoles. Ni tan siquiera sabía con certeza si la obra llegaría a representarse. (Esto daba lugar a una nueva preocupación: Si *Boudicca* no se representaba, y “El Rey Felipe” sí, ¿cómo podría recuperar los fragmentos escritos? Si un español llegaba a ver cualquiera de éstos, sería suficiente para que le arrastrasen hasta Tower Hill, le colgaran, le mataran, le bajaran, le descuartizaran y le lanzaran a la hoguera. Su peligro no finalizaba con la no representación de *Boudicca*. Como mucho, empeoraba las cosas). Pero, si su tragedia sobre la reina bretona llegaba a los escenarios, Jack Hungerford haría todo lo que estuviera en sus manos para que fuera tal y como debía ser. Y el encargado de vestuario se lo tomaba muy en serio. Entendía lo mucho que estaba en juego.

“Quizás sea mejor poeta que Kit Marlowe”, pensó Shakespeare. “Pero en todo lo demás era más apropiado que yo, ya que era un intrigante y un estratega nato”.

—Oh, Padre, a ser posible, libradme de este cáliz.

No se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta hasta que Hungerford acabó la cita por él.

—Que no sea como quiera yo, sino como queráis vos.

¿Era esa la voluntad de Dios? pensó Shakespeare. Esa era la pregunta equivocada. Sin duda, todo era voluntad de Dios. ¿Pero era voluntad de Dios que la revuelta siguiera adelante y triunfara?

“¿Cómo puedo saberlo?” Shakespeare volvió a suspirar por otro asunto. Casi en un refunfuño, dijo:

—¡Oh, Dios! Si pudiéramos leer en el libro del destino, para saber qué es lo que nos depara el futuro.

—Que los hombres acepten lo que el destino les impone —dijo Hungerford.

El asentimiento de Shakespeare era medio abatido, medio exaltado.

—Hemos arrojado nuestros guantes a la misma Muerte, como garantía de que nuestros corazones son intachables. De lo contrario, si la gangrena de la traición habita en el pecho de alguien, entonces estamos todos acabados.

—Matrimonio y mortaja del cielo bajan —dijo el encargado de vestuario; un dicho popular que hubiera hecho más feliz a Shakespeare si su matrimonio hubiera ido mejor.

Salió del vestidor y se dirigió al escenario, donde proseguía el ensayo de *Boudicca*. Burbage, que representaba al cuñado de Boudicca, Caratach, intercambiaba comentarios mordaces con Will Kemp, que interpretaba a Marcus, un soldado romano capturado por los icenos, y con Peter Baker, el muchacho que interpretaba al sobrino de Caratach, Hengo.

"Servidles más vino, dadles cuencos repletos
¿Quién, en recompensa de este bien, se atreve
A darme un golpe certero en el campo de batalla?"

Retumbó la voz de Burbage. Caratach era un soldado fiero y vociferante.

"Delicado capitán,
Para recompensaros en buena medida,
Os reventaré los sesos."

Contestó Kemp. El modo de hablar de Marcus era mucho más descarado que el de su interpretación. Imitó el gesto de engullir comida frente a él.

"Por todos los dioses, tío,
Si en los dientes su valor oculta, es el más valiente."

Se burló el muchacho que interpretaba a Hengo. Sacudió el puño ante Will Kemp.

"A la condena te llevará tu atrevimiento: tú reventarle los sesos,
¡Tú deshecho humano! Tío, no quiero oír esto."

—Amarrad vuestro cachorro —le dijo Kemp a Burbage, tal y como si se tratara de un romano altanero en manos de los bárbaros.

Peter Baker dio un brinco en un arrebato de ira muy bien representado:

"¡Tú matar a mi tío! Si al menos

Tuviera una espada os haría un favor ¡Perro disecado!”

—Qué brío encierra esta pequeña alimaña —murmuró Will Kemp.
—¡Matar a mi tío! —chilló el muchacho.
—No lo hará, chico —dijo Burbage, en nombre de Caratach.

“No puede, es un bergante,
Un bergante glotón: ¡Matar a mi querido tío!
¡Oh, si fuera ya un hombre!”

Gritó Peter Baker.
Will Kemp sonrió satisfecho.

“Por este vino, que bebo en
honor al Capitán Junius, que ama
a la hija menor, la más dulce y asustada,
de su excelencia la Reina, que lo haré.”

—Tío, lo mataré con un gran alfiler —vociferó el joven que interpretaba a Hengo.

—No más, chico —empezó a decir Richard Burbage. Antes de que pudiera seguir y, a continuación, beber en honor al Marcus de Kemp, el ayudante del encargado de vestuario empezó a silbar la melodía subida de tono que tanto le gustaba. Inmediatamente, Peter Baker bajó del escenario. Burbage pasó del feroz Caratach al majestuoso Felipe: se inclinó algo hacia delante y dejó que le colgara la barriga, y bajó la voz media octava. Will Kemp fue igual de rápido en realizar el cambio, camaleónico, y convertirse en un cardenal que daba caza a los mahometanos en el sur de España: olvidó el romano lujurioso y borracho que acababa de ser en un abrir y cerrar de ojos.

Para cuando Lope de Vega entró en el Theatre, lo que había sido un ensayo de *Boudicca* se había metamorfoseado en un ensayo de “El Rey Felipe”.

—Buenos días, caballeros —anunció el español mientras se dirigía hacia el escenario. Saludó con la mano a Shakespeare—. Buenos días tengáis, maestro Will. Veo que seguís sin mí.

—Buenos días también, Teniente —respondió Shakespeare—. Todos debemos ensayar nuestras partes.

—Cierto —asintió Lope—. Decidme algo si tenéis la amabilidad.

—Si yo lo sé, vos lo sabréis —dijo Shakespeare. Sonó como una promesa. Pero era una promesa que no tenía ninguna intención de cumplir en caso de que De Vega

quisiera saber algo que no debía.

Aunque todo lo que Lope dijo fue.

—Siempre que vengo aquí tarde, alguien en aquella galería de ahí arriba silba la misma canción. ¿Qué es? La melodía me gusta. ¿Hay palabras que la acompañan?

Shakespeare tosió. Richard Burbage daba puntapiés a los tablones del escenario. Will Kemp se rió a carcajadas. Dado que Shakespeare podía responder tranquilamente, así lo hizo.

—Si recuerdo bien, la cancioncilla se titula "La verga de un hombre".

—No la verga de un marinero o la de un patrón —añadió Burbage, quizás amablemente—. La verga de cualquier hombre.

—¿Si? —Lope parecía confuso—. ¿Podéis cantarme algo de la canción?

Eso hizo que Shakespeare volviera a toser, a toser y a dudar. Muy pocas cosas hacían dudar a Will Kemp. Empezó a cantar en barítono zumbante:

"Adivina adivinanza, ¿qué es?
Sujétala entre las manos cuando meando estés.
Es una especie de grato aguijón,
Una cosa placentera, es como un punzón.
Es una vara dura, corta y carnosa
Que las mozas toman en su madriguera frondosa.
Venus lasciva quiso la varita crecida
Que sin tener pie, se mantiene erguida."

Habría seguido, pero Lope, sonriente, alzó una mano.

—*Basta* —dijo. Es suficiente para mí. Y ahora, *por Dios*, entiendo vuestra burla de hace unos días. También tenemos cancioncillas de éstas en España. —Él también empezó a cantar. Shakespeare pudo entender algunas cosas; sabía italiano y francés, que eran primos del español, y había aprendido algunas palabras de la lengua de los conquistadores en esos diez años de invasión en Inglaterra. Por lo que pudo entender, era del mismo estilo que "La verga de un hombre". Él también alzó la mano.

—Esta práctica quedaría mejor en la taberna que en el teatro. ¿Qué es lo que queréis, Teniente De Vega?

—¿Que qué quiero? —dijo Lope—. Bueno, pues sólo ver qué tal lo lleváis, amigo mío, y cómo lo lleva vuestra compañía. —Se sentó al borde del escenario, con los pies colgando por encima del sucio suelo donde se situarían los mosqueteros por la tarde. Shakespeare contuvo un suspiro. Deseó que el español hubiera venido por alguna razón concreta. En ese caso, hubiera arreglado lo que fuera que éste quisiera y se habría marchado. De este modo, podía ser que se quedara todo el día, lo que significaba que nadie podría trabajar en *Boudicca* en todo el día.

—Cada día que nace, nace para que caiga sobre él una jornada de destrucción —

dijo Will Kemp—. Es una labor ingrata la de llevar tamaña frivolidad tan cerca del corazón.

Tomarle el pelo a un español podía ser peligroso. Los españoles eran muy susceptibles con lo que atañía a su honor. Lo que un inglés ignoraría con una sonrisa podía hacer montar en cólera asesina a un español. O, por lo mismo, no era así. Lope saludó con la cabeza al bufón.

—Mi cuerpo se mantendrá quieto y mi ingenio competirá. Mejor así que lo contrario, me parece.

—¿Acaso decís que yo soy Contrario? —Kemp hizo una reverencia—. A vuestro servicio, señor.

—En realidad, siempre has sido contrario a lo prudente —murmuró Burbage.

El bufón también le hizo una reverencia a él.

—¿*Et tu, Brute?* —dijo, mientras pronunciaba el nombre del romano más noble como si se tratara de la palabra común "bruto". Burbage hizo una mueca de dolor.

También la hizo Shakespeare, pero no pudo evitar aportar sutileza a la sutileza.

—Mejor que no se rumoree que somos de todo menos contrarios a holgazanería.

La mirada de De Vega iba de uno al otro sucesivamente.

—Dais mejor espectáculo ahora que cuando los mosqueteros pagan su penique.

—Tengo dos cosas que decir a eso —declaró Will Kemp—. *Imprimis*, que me cago en todos aquellos que se gastan aquí sus peniques —Shakespeare y Burbage refunfuñaron a la vez. Lope de Vega sólo volvía a mirar perplejo, como había hecho antes con "La verga de un hombre". Antes de que alguien pudiera explicarle la frase inglesa, Kemp siguió—. Y *secundus*, no me extraña que ahora seamos mejores. En la obra, "él" ha escrito todas las palabras —señaló a Shakespeare con el pulgar entre los dos primeros dedos —no vale un bledo.

—No sabías ni lo que significaba un bledo hasta que tu madre te lo enseñó —le replicó Shakespeare y le devolvió el gesto—. Y, ahora mismo, no serías más que el producto de una imaginación —Kemp se estremeció. Burbage aplaudió. De Vega estaba sentado al borde del escenario sonriendo a la espera del siguiente intercambio.

—Virgen Santa, mi vida, hubiera deseado que estuvierais allí y que entendierais el inglés —le dijo Lope a Catalina Ibáñez—. Era como si lucharan con estoques, sólo que las palabras penetraban una y otra vez sin matar; aunque conseguirían que un hombre deseara estar muerto.

Catalina se encogió de hombros. Su corpiño ajustado y escotado hacía que valiera la pena observar el gesto.

—Por lo que he podido ver, los actores siempre son maldicientes —dijo.

—No —negó con la cabeza—. Haces que parezca menos de lo que es. Si hubiera podido anotarlo tal y como lo decían, y luego traducirlo al español…

—Seguramente sonaría insignificante y estúpido —le interrumpió—. Siempre

pasa con estas cosas, cuando no son frescas —le miró con una caída de ojos—. Además, Teniente Primero, ¿me habéis traído aquí para charlar sobre ingleses chiflados?

—Por supuesto que no, preciosa mía —respondió Lope—. Oh, no. Por supuesto que no. —Estaban sentados uno junto al otro sobre un cobertor de tafetán a la sombra de las hojas de una pequeña arboleda de sauces en el jardín de Whitehall, el terreno cedido a los reyes de Escocia cuando decidían venir de visita. No parecía inminente ninguna visita por parte del Rey Jaime, por mucho que los españoles estuvieran deseosos de verle caer en sus garras. Pero, aun así, los ingleses cuidaban del jardín y de los edificios. Lope alzó una botella—. ¿Más vino?

—¿Por qué no? —respondió Catalina. Mientras le servía, un pájaro empezó a trinar. Ella frunció el ceño—. ¿Qué es? No reconozco ese trinar.

—Creo que es una curruca —respondió. El nombre, por fuerza, le salió en inglés —. Este pájaro no habita en España. Yo tampoco había oído esos nombres antes de venir aquí.

Catalina Ibáñez escuchó un rato más, luego se acabó el vino y sintió un escalofrío. Eso, por una vez, no podía tener nada que ver con el desagradable clima inglés. Por fin había llegado el verano. No era una réplica del verano en Madrid; pero era tolerable, tal vez algo más que tolerable—. Incluso los pájaros aquí son extraños. No me extraña que siempre me sienta tan sola —dijo Catalina.

—¿Sola? —Lope depositó las manos sobre las de ella—. Oh, no, mi amor. ¿Cómo podéis decir algo así cuando tenéis a... don Alejandro?

Ella le miró sorprendida. Debía esperar que le preguntara: “¿Cómo podéis decir algo así cuando me tenéis a mí?” Su asentimiento reveló cierta admiración, como si él hubiera realizado un movimiento inusual, que invitaba a la reflexión, en una partida de ajedrez. Dado que él había mencionado a su amante, ella tenía que responder. Y así lo hizo, con un movimiento de melena que desordenó bellamente sus rizos.

—Don Alejandro no me entiende —dijo; una vieja táctica, pero buena—. Es rico, es importante; pero no tiene ni idea de lo que quiere una mujer.

Lope no era ni rico ni importante, y dudaba que llegara a serlo alguna vez. Pero en cuanto a lo otro... Lentamente, se acercó la mano de Catalina a los labios.

—¿Qué puede querer una mujer —murmuró— más que se la adore?

Esa también era una vieja táctica. No funcionó exactamente como deseaba que lo hiciera.

—Don Alejandro es el hombre más tacaño del mundo —prosiguió Catalina—, y nunca me regala cosas o me lleva a bailar, o incluso —pareció acordarse de algo— a comer a sitios maravillosos como éste.

—Bueno —dijo Lope—, eso es una pena. —De repente, empezó a preguntarse si había sido tan buena idea traerla a comer a ese sitio tan maravilloso. Era bella, sí, sin duda alguna; ¿pero era menos mercenaria que un soldado alemán cubierto de cicatrices que vendía su espada al mejor postor y se marchaba si los pagos se

retrasaban?

Catalina pareció percatarse de que había enseñado una o dos cartas de más. Se acercó a él con ojos enternecidos.

—Estoy tan contenta de salir a cualquier lado, tan contenta. —Se acercó aún más.

Había llegado el momento del beso. Sin pensarlo ni un instante, Lope lo hizo. De haberlo pensado, quizás se hubiera preguntado quién hacía qué con quién, y por qué razones. Pero nunca había tenido la costumbre de pensar en compañía de mujeres. Apenas se había imaginado que fuera posible hasta que tuvo la oportunidad de conocer a la extraña inglesa del gato. Y, así, besó a Catalina Ibáñez, y las cosas continuaron a partir de ahí.

Ella suspiró desde lo más profundo de su interior, y se dio la vuelta para pegarse a él.

—*Ah, querido* —murmuró al final cuando sus labios se separaron—. No sabéis cuánto tiempo hacía que quería esto.

—Y yo —respondió Lope—. Oh, sí, por Dios, y yo. —Volvió a besarla. Su boca sabía a vino, pero más dulce.

A excepción de los pájaros gorjeantes, estaban totalmente a solas. Las ramas del sauce colgaban hasta casi tocar el suelo, lo que les protegía de miradas entrometidas. La hierba bajo el cobertor de tafetán estaba crecida y era suave y elástica. En diversas ocasiones, Catalina apartó las manos de Lope cuando éste trataba de empezar a explorarla; pero sólo era por dificultar la acción, y ambos lo sabían. Ella rió tontamente cuando él le mordisqueó el suave cuello blanco. La risa se hizo suave, casi como un suspiro contenido cuando bajó la cabeza un poco para que la lengua alcanzara un pezón.

Ella volvió a suspirar, no mucho más tarde, cuando él se colocó sobre ella y se hizo camino, como su estoque en la vaina. Sus muslos agarraron con fuerza su ijada. Sus brazos le apretaron como si no quisiera dejarle ir nunca más. Descubrió que el verano inglés era lo suficientemente caluroso como para estimular un sudor placentero, proporcionado si uno encontraba la compañía adecuada.

—¡Oh, Lope! —jadeó Catalina, justo antes de que él alcanzara el momento cumbre. Luego, ella emitió un suave maullido que, curiosamente, le recordó a Mommet, el gato de Cicely Sellis, aunque nunca había oído a Mommet emitir ningún sonido. Sus uñas, afiladas como pequeñas dagas, se le clavaron en la espalda. Entró hasta lo más profundo y se desbordó.

La boca de ella esbozó una mueca de pesar cuando él salió. Pero, rápidamente, empezó a arreglarse. De Vega también se vistió. Alargó la mano para darle una palmada en el trasero desnudo mientras ella se ponía los calzones.

—Mejor de lo que había imaginado —le dijo Lope.

—¿Imaginado? —Se tocó el rostro con la mano, como para ocultar el rubor, como si le dijera que no podía imaginarse que un hombre se imaginara ávidamente haciendo el amor con ella.

—Era todo lo que podía hacer —dijo él—. Lo era; pero ya no. —Si hubiera sido unos años más joven, se hubiera vuelto a tumbar sobre el cobertor de tafetán y la hubiera vuelto a tomar allí mismo. Suspiró por la juventud perdida. Aunque habría otras ocasiones, y pronto. Y no tardaría mucho en volver a ver a Lucy Watkins. No era como si se hubiera desenamorado de ella al enamorarse de Catalina Ibáñez.

¿Y cómo debía ser aquella inglesa del gato entre las sábanas? Lope no había vuelto a pensar en encontrar una amante mayor que él desde que tenía dieciocho años. Pero, para ella, pensó en hacer una excepción.

—Es mejor que te devolvamos —le dijo a Catalina, mientras se deshacía de los pensamientos sobre la mujer con la que no estaba. Le dio a la mujer con la que estaba un beso fugaz—. Creo que nunca he disfrutado tanto de una comida al aire libre.

—Debería esperar que no. —Se recompuso con el orgullo susceptible. “Oh, sí. Ésta es todo fuego y hielo”, pensó Lope. “No habrá momento aburrido a su lado”. Puso el corcho de vuelta en la botella. También había traído unas rebanadas de pan y un bote de miel. El pan y la miel seguían intactos. Se rió al meterlos en el fardo hecho con el cobertor. “Hoy he probado dulces mejores que la miel”.

Cogidos de la mano, él y Catalina caminaron por la hierba crecida del jardín que ningún rey de Escocia parecía ir a visitar en breve, hacia la verja por la que habían accedido. Habían medio salido de la arboleda de sauces cuando la verja se abrió. Un hombre alto, de espaldas anchas entró en el jardín y se dirigió resuelto hacia ellos.

—¡*Ay, madre de Dios!* —exclamó Catalina Ibáñez. Soltó la mano de Lope como si ésta estuviera ardiendo. Bajo su maquillaje, el rostro se tornó blanco como la leche —. ¡Es don Alejandro!

Lope dejó caer el fardo sobre la hierba. La botella de vino chocó contra el bote de miel. Deseó que no se rompieran, pero esa era la última de sus preocupaciones en esos momentos. Su mano derecha se posó sobre la empuñadura de su estoque. Lo había llevado tanto para fanfarronear como por si surgía algún problema. Sin él, ahora sería hombre muerto.

“De todas formas, puede que sea hombre muerto”. Don Alejandro había pasado de caminar resuelto a un trote pesado. Su estoque se libró de su vaina. El filo alargado, fino y mortal relucía al sol.

—¡De Vega! —gritó el noble—. Por todos los demonios del infierno, De Vega, qué haces con mi mujer.

Si De Recalde hubiera llegado unos minutos antes, podría haber visto con sus propios ojos lo que Lope hacía. Por la respuesta satisfecha de Catalina, el noble podría haber aprendido algo al mismo tiempo. Pero este no parecía el momento ni el sitio adecuado para esa discusión. Lope desenvainó el estoque. Pero trató de dar una respuesta todo lo tranquilizadora que pudo.

—Hablar sobre teatro.

—¡Mentiroso! ¡Perro! ¡Hideputa! —gritó don Alejandro, y se abalanzó sobre él como una avalancha. Con un ruido estrepitoso, el acero chocó contra el acero. Las

chispas saltaron. Catalina lanzó un chillido.

—¡Cállate, pequeña *puta*! —gritó don Alejandro—. ¡Tú eres la siguiente!

Su primera estocada larga y abrupta casi le agujereó el corazón a Lope; a duras penas, De Vega logró esquivar el golpe. No podía contraatacar. Rápido como el ataque de una serpiente, don Alejandro trató de alcanzarle la barriga. Tan solo un rápido brinco hacia atrás le salvó de tener un segundo ombligo. Y cualquier pinchazo unas pulgadas más profundo seguramente significaba la muerte, tanto desangrado como de fiebre, un proceso más lento y doloroso.

Don Alejandro de Recalde era un esgrimidor modelo, su estilo era el más puro que había visto Lope en toda su vida. Mantenía el filo frente al cuerpo listo para atacar en cualquier momento, y, además, era rápido y fuerte. Podía haber salido directo de una escuela de esgrima hacia el jardín del rey de Escocia. En sus primeros intercambios, Lope se preguntó cómo podría salir vivo de ahí. Y, entonces, cuando dio una estocada para alcanzar la barriga de don Alejandro, y el noble golpeó a un lado su filo con una perfecta parada, esbozó la sonrisa más desagradable de su repertorio.

Su siguiente estocada no fue al estómago de don Alejandro, sino al rostro. El amante de Catalina también logró esquivar esa; pero no tan elegantemente, y sacudió la cabeza de un modo que ningún maestro de esgrima hubiera aprobado. La sonrisa de Lope se hacía más grande y desagradable.

—¿No lucháis de verdad muy a menudo, eh? —jadeó.

—No pienso deciros nada, De Vega —gruñó De Recalde y volvió a atacar—. ¡Nada! —*¡Clang! ¡Clang! ¡Clang!* Resonaban las espadas, como si lucharan sobre un escenario.

Pero el manejo de la espada en las luchas reales era diferente al que se daba con los mosqueteros animando allá abajo. Lope volvió a lanzar una estocada al rostro de don Alejandro. Esta vez, su enemigo no se apartó lo suficientemente rápido. La punta quedó marcada en la mejilla. El noble aulló de dolor. La sangre corrió por la mandíbula. Catalina Ibáñez chilló.

—¿Eso no os lo enseñan en la escuela, eh? —le gritó Lope. Sabía muy bien que no lo hacían. Nadie incluía ataques al rostro en los ejercicios de esgrima. Eran demasiado peligrosos. Los maestros de esgrima que masacraban a sus estudiantes o que los marcaban de por vida no tenía muchas probabilidades de conseguir más trabajo.

Don Alejandro trató de responderle; pero, en lugar de palabras, de su boca brotó la sangre. De Recalde estaba listo. Trató de esforzarse en alcanzar a Lope. Sus esfuerzos eran alarmantemente buenos, pero no lo suficientes.

Lope volvió a alcanzarle en la cabeza, esta vez le atravesó la oreja izquierda. Brotó más sangre. Don Alejandro sacudió la cabeza y siguió con la pelea. Tanto él como Lope ignoraban los gritos de Catalina.

“Una vez más”, pensó Lope. Dio una estocada con toda la extensión del brazo. La

punta penetró en el ojo derecho de su oponente, penetró el frágil hueso que se encontraba detrás y llegó a lo más profundo de los sesos de Recalde. Con un gruñido que parecía más de sorpresa que de dolor, don Alejandro se vino abajo sobre la hierba como un saco de ropa apaleado. Los dedos, ya sin fuerza, dejaron caer el estoque. Los pies tamborilearon brevemente, para luego quedarse inmóviles. Un repentino hedor era la muestra de que sus intestinos se habían vaciado. Catalina gritó una vez más. Soltó una última orden para que se detuvieran; las lágrimas humedecían su rostro.

—Estúpido hideputa —dijo Lope cansado, tiró de su espada para librarla y luego frotó el filo contra la hierba para limpiarlo—. Nunca antes habíais tratado de matar a alguien, ¿no? Bueno, santo Dios, una cosa es segura, y es que no volveréis a intentarlo jamás.

Deseó no haber matado nunca a nadie. Pero había luchado por hacerse camino hasta Londres después de que el ejército de la Armada desembarcara; si no hubiera matado a unos cuantos ingleses, seguramente le habrían matado a él. Deseó a sus almas un juicio justo ante Dios, como hacía ahora por la de don Alejandro de Recalde; pero ellos estaban muertos y él vivo, y así era como quería que fuesen las cosas.

Se dio la vuelta hacia Catalina Ibáñez.

—Venga —le dijo—. Tenemos que explicar a las autoridades lo que ha pasado aquí. Eres mi testigo de que lo maté en defensa propia.

Ella asintió.

—Eres mi héroe, mi campeón —dijo—. Lo mataste por… por mí. —Con las lágrimas aún húmedas sobre las mejillas, le lanzó una mirada plena de pasión animal. Lope nunca había recibido una mirada femenina de ese tipo por esa razón. Pidió al cielo que nunca más le sucediera.

La noche anterior, Shakespeare se había dormido con los ronquidos de Jack Street. Ahora se había despertado por ellos. Mientras bostezaba y se levantaba de la cama, se preguntó si alguna vez sería capaz de dormirse sin el jaleo del vidriero después de tantos años de compañía. Se había acostumbrado de tal manera, que lo dudaba.

Sam King yacía dormido en la tercera cama de la habitación que compartían. Los ronquidos de Street también habían dejado de molestarle. Shakespeare se sacó la camisa de dormir y se puso el jubón y las calzas. El sol tempranero que se filtraba por las contraventanas cerradas le proporcionaba luz suficiente para vestirse. En verano, el día se tragaba la mitad de la noche, y no al revés. Se deleitaba de la luz del día, y se deleitaba más porque sabía que ésta volvería a menguar en cuanto las estaciones dieran la vuelta al interminable ciclo.

Un cazo de gachas hervía a fuego lento sobre los fogones. Shakespeare se sirvió un cuenco repleto para romper el ayuno. Se sirvió una taza de cerveza de la jarra

depositada sobre el mármol y se sentó a comer.

Cicely Sellis salió de su habitación unos minutos después, con Mommet caminando a sus pies.

—Buenos días tengáis, maestro Shakespeare —dijo, y también se preparó el desayuno. Mientras se sentaba en una silla al otro lado de la mesa frente al poeta, el gato se colocó sobre los zapatos de ella.

—Buenos días tengáis también —respondió Shakespeare—. ¿Todo marcha bien?

—Bastante bien —dijo—. ¿Cómo le van las cosas a vuestro amigo, el español De Vega?

—Hace unos días que no le veo —dijo Shakespeare. Luego se sobresaltó violentamente. Hizo todo lo que pudo por evitar santiguarse—. ¿Cómo sabéis que nos conocemos? —"¿Qué truco de bruja te lo ha revelado?" Era lo que, en verdad, quería decir. Como le sucedió con el gesto de santiguarse, tampoco tuvo la valentía de decirle eso.

Pero Cicely Sellis rompió en una carcajada, en una carcajada alegre.

—Ni campanillas, ni libros, ni velas: por Dios os doy mi palabra —no mostró ningún temor a santiguarse ella misma. Nunca lo había tenido. Aún entre risas, prosiguió—. Por una parte, más de una vez habéis mencionado su nombre en mi presencia, aunque quizás no lo recordéis. Por otra, no hace mucho, yo misma le conocí personalmente en Bishopsgate; me atrevo a decir que la imagen de Mommet sobre mi hombro le llamó la atención. Un hombre con mucho encanto e ingenio, y un gran admirador vuestro.

Shakespeare sólo la escuchaba a medias, incluso menos después de que demostrara que no había usados las artes oscuras para saber de Lope de Vega. En otras ocasiones, hubiera disfrutado del elogio, y también de la compañía de Cicely Sellis. Ahora, había dejado limpio el cuenco, se tragó lo que quedaba de cerveza.

—Debo marcharme —murmuró, y se marchó a toda prisa de la casa. Ella le había convencido de que, esta vez, no había usado la brujería. Pero no había conseguido convencerle ni lo más mínimo de que no era una bruja.

Dos casas más abajo, alguien arrojó todo el contenido de un orinal repleto desde una ventana superior a la calle. Aunque estaba lejos de alcanzar a Shakespeare, el hedor hizo que arrugara la nariz. Ese hedor también acabó con su placentero día. Se apresuró hacia Bishopsgate, con la esperanza de no toparse con más sorpresas desagradables.

La gente entraba en tropel a Londres procedentes de las casas de vecinos de las afueras de los muros, en busca de trabajo, para vender y comprar o para beber. Pocas personas tomaban la dirección contraria.

—¿A dónde vas tan temprano? —le preguntó uno de los soldados de infantería irlandeses cuando Shakespeare quiso salir. Hizo como si fuera a dar un paso hacia delante para cortarle el paso al poeta.

—Me dirijo al Theatre —respondió Shakespeare.

—¿De verdad? —dijo el irlandés—. Entonces, explícame para qué. Tengo entendido que las obras se representan por la tarde.

—En realidad, así es —afirmó Shakespeare—. Pero debemos practicar antes de representarlas, de lo contrario no valdría la pena verlas.

El irlandés se rascó las patillas rojas. Rascó con fuerza, cogió algo y lo aplasto entre los dos pulgares. Al ver eso, Shakespeare también tuvo la tentación de rascarse. Quizás el hecho de librarse del bicho había aliviado al soldado, le hizo una señal a Shakespeare para que continuase.

—Pasa.

—Muchas gracias. Que Dios os proporcione un grato día —al menos por el miedo que les tenía, Shakespeare siempre era educado con los salvajes de la isla occidental.

Fuera del muro, las casas de vecinos estaban más atestadas y eran más asquerosas que cualquiera de las que hubiera dentro, o incluso peores. Shakespeare caminó decidido por Shoreditch High Street en dirección al Theatre todo lo ferozmente que pudo. Los asaltadores nunca le habían atacado y esperaba que una muestra de beligerancia por parte de un hombre de tamaño respetable les llevara a escoger otras víctimas.

Tan solo el vigilante nocturno estaba en el Theatre cuando Shakespeare llegó. Estaba sentado en una silla, con la espalda apoyada contra el muro en la entrada exterior, el sombrero bien calado para protegerse los ojos del sol. Un ligero ronquido le delataba. Shakespeare esperó que hubiera estado más atento durante la noche.

Se detuvo frente a la entrada y tosió. Los ronquidos del vigilante cambiaron el ritmo. Shakespeare volvió a toser, esta vez con más fuerza. El otro hombre bostezó, se estiró, y alzó el sombrero lo justo para ver por debajo del ala.

—Oh, sois vos, maestro Will —dijo en un bostezo que dejaba al descubierto unos dientes en mal estado—. Buenos días, señor. Entrad y acomodaos. Hoy sois el primero.

—¿Cómo lo sabes? —Como Pilatos cuando preguntó “¿Qué es cierto?”, Shakespeare no quería una respuesta. Asintió y entró en el Theatre. El vigilante volvió a calarse bien el sombrero. Estaba preparado para seguir durmiendo.

Resultó estar en lo cierto: nadie de la compañía había entrado mientras dormitaba. Shakespeare tenía el Theatre todo para sí solo. Miró arriba, hacia el enorme anillo del techo. Un cernícalo sobrevoló por lo alto. El pequeño halcón nunca tuvo dudas acerca del tipo de presa que la naturaleza quería que cazara, ni sobre cómo llevar a cabo las tareas que la naturaleza le había asignado. Por su parte, Shakespeare nunca imaginó que llegaría a envidiar la pura simplicidad de un pájaro. Nunca lo había imaginado, pero era así.

Mientras estaba allí con los pies sobre la tierra comprimida (olía ligeramente a cerveza derramada; a pesar del trabajo de los barrenderos, había huesos de ciruelas, pedazos de pan, una pipa de arcilla rota y otras porquerías que aún yacían sobre el

suelo) estiró los brazos en toda su longitud y, melancólicamente, los empezó a agitar arriba y abajo. También envidió la facilidad del cernícalo para escapar volando de los problemas.

A sus espaldas alguien gritó.

—¡Ved aparecer a la gentil alondra, que, fatigada del reposo, desde su nido se remonta a las alturas y despierta la mañana!

Shakespeare se dio la vuelta. Ahí estaba Richard Burbage, con una sonrisa dibujada en el rostro agradable y carnoso.

—No soy ningún pájaro cantor —dijo Shakespeare—. Pero el cuervo canta con la misma dulzura que la alondra cuando no se le hace caso.

—¿No eres un pájaro cantor? Puede que no, no en tu propia persona —dijo Burbage—. Pero, en verdad, proporcionas otro tipo de música, preocupación mortal y corazón apenado. Orfeo de luto hizo que los árboles se doblegaran al oírle cantar. Igual que tú, incluso aunque sea a través de las gargantas de los demás.

—Eres tan gracioso —dijo Shakespeare—, y te lo agradezco.

—¿Por qué estás aquí a estas horas tan tempranas? —le preguntó Burbage—. Pensaba que estaría un rato solo, como suele ocurrir.

—¿Por qué, Dick? Yo te lo diré —Shakespeare le explicó que Cicely Sellis le había preguntado acerca el Teniente De Vega. —Me hizo salir espantado antes de hora, pero no me arrepiento de haberlo hecho.

—Y esta vez no fue cosa de brujería que te hablara de ello, o incluso que se conocieran. Es muy extraño —Burbage chasqueó los dedos—. Eso me recuerda que no debemos preocuparnos del maestro Lope durante algún tiempo.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó Shakespeare—. Si doña Rumores ha pasado por aquí, no me he enterado.

—Ayer cené en una taberna cercana al acuartelamiento de los españoles. Se hablaba sobre todo en español; pero también en inglés entre el tabernero y un prestamista, por lo que pude entender algo. De Vega ha asesinado a un hombre, un noble español.

—¡Dios bendito! —exclamó Shakespeare—. ¿Le colgarán por ello?

Burbage negó con la cabeza.

—Creo que no. Fue una reyerta por una mujer.

—¿El maestro De Vega? Me dejas asombrado —dijo Shakespeare. Burbage se rió. Él también estaba al corriente, era difícil no estarlo, de la pasión de Lope de Vega por las conquistas apasionadas. Shakespeare siguió hablando—. Aun así, podría haberse tratado de un asesinato si estaba a la espera de su rival, o si le atacó por la espalda.

—Bueno, podría ser —admitió Burbage—. No había pensado en eso, ya que el español parece un hombre honesto, pero podrías tener razón. No lo sé, y tampoco me pude enterar por la conversación que intercepté. Pero pasará un tiempo hasta que pueda volver por aquí, y en eso no me equivoco.

—Esperemos que así sea —dijo Shakespeare—. Unos días para ensayar nuestra *Boudicca* tranquilos serían una bendición.

—No. Nada comparable con poder desplazarse por el escenario tranquilamente para refinar los asuntos pendientes; que le interrumpan a uno en plena escena no es menos duro que le interrumpan en pleno acto con una muchacha.

—Una figura espléndida, teniendo en cuenta lo sucedido —Shakespeare ladeó la cabeza.

—Estoy seguro de que tenía una figura espléndida —dijo Burbage—. El español tiene buen ojo para esas cosas.

—Mantén al tanto al ayudante del encargado de vestuario —le advirtió Shakespeare—. No podemos arriesgarnos a que nos descubran si, de repente, el maestro Lope regresara.

—Eso lo sé, Will —dijo pesadamente Burbage—. Por mis huesos, eso lo sé.

Lope de Vega estaba atento ante el Capitán Baltasar Guzmán.

—Lo juro por Dios, señor, fue en defensa propia, nada más —declaró. Una pluma recorría la hoja de papel de un lado a otro: era el sirviente de Guzmán, Enrique, que anotaba todas y cada una de las palabras que decía—. Don Alejandro se acercó a mí espada en mano. Si no me hubiera defendido, ahora le estaría tomando declaración a otro oficial.

“Ahora podría estar tomándole declaración otro oficial”, pensó Lope. “O, quizás no”. En caso de que hubiera sido don Alejandro de Recalde el que le hubiera matado, ¿hasta qué punto le habrían interrogado? Al fin y al cabo, él no era más que un teniente, perteneciente a una familia no especialmente eminente. Probablemente, le habrían enterrado, habrían dado unas palmaditas en la espalda a don Alejandro por su buen manejo de la espada, y habrían proseguido con sus asuntos.

Ahora, Baltasar Guzmán no decía nada. Estaba sentado detrás de su escritorio y observaba a De Vega.

—Habréis interrogado a mi acompañante —dijo rígido Lope—. Las declaraciones de la *señor*ita Ibáñez deberían ajustarse a las mías.

—Y así es —admitió Guzmán—, de lo contrario, os encontrarías en una situación más comprometida de la que ya estáis.

—Su Excelencia, si las declaraciones de la señorita Ibáñez coinciden con las mías no debería estar en ninguna situación comprometida.

—Por desgracia, Teniente Primero, no es tan sencillo. ¿Qué hacíais con esa mujer cuando don Alejandro os encontró allí a solas?

—Fuimos a comer al aire libre, señor —dijo impasible Lope—. Estábamos a punto de salir del jardín del Rey de Escocia cuando don Alejandro irrumpió ahí dentro. —El rápido sonido de la pluma surgía de la veloz mano diestra de Enrique.

—¿A comer? —Una de las cejas del Capitán Guzmán se alzó.

—Sí, su Excelencia. A comer. Los soldados que vinieron tras la pelea se llevaron el cobertor sobre el que estuvimos, la botella de la que bebimos, las tazas y el pan y la miel que trajimos.

—Uno, o dos, pueden hacer más cosas sobre un cobertor además de estar sentados.

—Sin duda, señor. Estábamos comiendo —dijo Lope; de fondo se oía el sonido de la pluma.

—¿Volveréis a veros con la *señor*ita Ibáñez? —preguntó Guzmán.

—¿Cómo puedo saberlo, Excelencia? —respondió De Vega—. Es... una mujer atractiva, su amante, su antiguo amante, por desgracia ha fallecido de forma desafortunada.

—Sí. Muy desafortunada. Vi el cuerpo —dijo el Capitán Guzmán—. Cuando lucháis con un hombre no os lo pensáis dos veces, ¿verdad Teniente Primero?

—Señor, se precipitó hacia mí bramando como un toro. Si no hubiera peleado a muerte, me hubiera matado —respondió Lope. Eso no era sólo verdad, sino que era lo que tenía que decir para conservar la vida. Aunque el respeto de Guzmán, garantizado de mala gana, le reconfortó, ya que su superior era un hombre formidable con un estoque en la mano. De Vega añadió —era bueno con la espada, muy rápido, muy fuerte y muy limpio; pero no era más que un luchador de escuela.

—Ah —El Capitán Guzmán asintió—. Así que así fue, ¿eh? No, no se aprenden esas estocadas en la escuela. Las aprendes cuando pones en juego tu vida, de lo contrario no, como le sucedió a don Alejandro.

—¿Qué pasará conmigo, *señor*? —preguntó Lope.

—Bueno, creo en lo que me habéis contado, o en la mayor parte de ello—respondió Guzmán—. Por lo que a mí respecta, seguís de servicio. Pero debéis entender que, cuando se mata a un noble, el asunto no finaliza en el superior inmediato de uno.

—Sí, señor —dijo Lope resignado.

—Sabéis, podría haber sido peor —le explicó Baltasar Guzmán—. Podríais haber matado a De Recalde en España. Entonces, no sólo os habríais tenido que preocupar de vuestros superiores. Todos aquellos pertenecientes a su clan habrían reclamado venganza, y también todos sus amigos. Aquí en Inglaterra, no tiene muchos familiares, y no estuvo el tiempo suficiente como para hacer muchos amigos.

—No hay duda de que estáis en lo cierto, señor. —Lo mismo se le había ocurrido a Lope—. ¿Algo más, señor?

—No por mi parte, como ya os he dicho. Pero os diré otra cosa: si os enamoráis locamente de Catalina Ibáñez en las próximas semanas, se hablará. No creo que nadie pueda demostrar nada, pero se hablará.

—No puedo hacer nada al respecto, Excelencia —contestó Lope.

—Podríais tratar de manteneros alejado de ella —dijo el Capitán Guzmán. Lope no respondió. Guzmán suspiró—. No vale la pena acabar con un hombre si luego no

os podéis divertir. ¿No es lo que pensáis?

—Excelencia, ¿ponéis en duda mi honor? —preguntó Lope, muy suavemente.

Si Guzmán hubiera contestado que sí, las cosas habrían tomado un rumbo distinto. Pero el capitán negó impaciente con la cabeza. —No, no, de ningún modo. Ibáñez sólo es una amante, no esposa. ¿Cómo puede alguien perder el honor con una amante? Pero incluso el hombre más susceptible se dará cuenta de que hay una diferencia entre el honor y los rumores y el escándalo.

—Muy bien, *señor*. Os agradezco el consejo.

—Por lo que deduzco que no tenéis intención de aceptarlo —suspiró Guzmán.— Bien, ya habéis demostrado que no teméis trinchar a un hombre para que el encargado de arreglar el cadáver no pueda hacer su trabajo. Eso hará que más de uno se lo piense dos veces. Podéis iros y volver al trabajo, pero tened en cuenta que además de mí os pueden mandar llamar otros.

Tranquilo, Lope estaba trabajando en su habitación en un informe sobre las actividades en el Theatre cuando Enrique llamó a su puerta.

—Ruego me disculpéis, Teniente Primero —dijo el sirviente de Guzmán— pero mi superior acaba de recibir una orden de don Diego Flores de Valdés desde Westminster. Debéis ir en seguida para que os interrogue sobre el asunto de don Alejandro.

—Gracias, Enrique —Lope suspiró y se levantó de la silla—. Por supuesto que iré —¿Qué más podía hacer si el comandante de las fuerzas españoles en Inglaterra le mandaba llamar?

Cuando se dirigía a la salida del cuartel, su sirviente corrió por el pasillo hasta alcanzarle.

—*señor*, hay un condestable inglés ahí fuera, un hombre llamado Strawberry —dijo con cuidado—. Quiere hablar con vos. O eso es lo que dice un soldado que habla algo de inglés.

—¿Un condestable? —De Vega negó con la cabeza—. Don Diego Flores de Valdés me ha mandado llamar. Ahora no tengo tiempo para ese inglés don nadie. Ahora mismo no tendría tiempo ni para la Reina y el Rey de Inglaterra. Vuelve y dile al hombre, quienquiera que sea, que lo siento mucho; pero que tendré que verle otro día.

—¡No hablo inglés! —se lamentó Diego.

—Bueno, pues vuelve a encontrar a ese soldado —dijo Lope impaciente mientras se apresuraba hacia los establos—. Tú has sabido qué es lo que quería el condestable, que descubra él que es lo que quieres tú.

Cuando salió en dirección a Westminster, vio fugazmente a su sirviente y a un inglés de mediana edad que estaban uno frente al otro en medio de la calle, gritándose mutuamente, y sin entender ni una palabra de lo que decía el otro. Quizás el soldado que hablaba inglés se había marchado. Lope sonrió. Diego necesitaba ejercicio de ese tipo para asegurar que la sangre le seguía fluyendo. En cuanto al otro hombre, ese

Strawberry… Bueno, ¿a quién le importaba un condestable inglés?

Una vez Lope hubo llegado a Westminster, tenía que encontrar el despacho de don Diego Flores de Valdés, que tan sólo había visitado en una ocasión. Supo que se acercaba cuando alguien le llamó por su nombre: un debilucho inglés, delgado y con la cara picada por la viruela, que llevaba anteojos.

—Oh, *señor* Phelippes —dijo Lope, contento de toparse con una cara conocida—. La sala del comandante está en este pasillo, ¿verdad?

—Cierto —respondió Phelippes. Mientras Lope le había hablado en inglés, él había hecho uso de su español fluido—. Enhorabuena por la habilidad de vuestra diestra. —Su propia mano derecha, aún con una pluma agarrada, imitó los movimientos de la espada.

—Os lo agradezco —De Vega se esforzó por no sonreír. Le costaba imaginar un hombre menos peligroso que Thomas Phelippes.

Apresurándose por los pasillos, encontró a don Diego que también garabateaba algo. Esperó a que el comandante español levantara la vista de su trabajo para saludarle.

—Me presento tal y como se me ha ordenado, Excelencia.

—Bien. Entrad, Teniente Primero, entrad —Don Diego tamborileó los dedos sobre la mesa. Señaló un taburete frente a ésta. —Sentaos, si queréis. ¿Así que habéis tenido más líos de faldas, eh?

—Bueno… —Lope no vio el modo de escapar de esa pregunta—. Sí, Excelencia —dijo a regañadientes.

—Haréis que se hable de ello, después de haber matado a alguien de alta clase social—apuntó don Diego.

—No cabe duda. Pero prefiero eso a que fuera yo el que estuviera muerto.

—Sí, puedo entenderlo. Don Alejandro no era el hombre más inteligente que he conocido, pero era valiente y le echaremos de menos. Aquí no tenemos suficientes españoles, y no podemos permitirnos matarnos entre nosotros.

—Entiendo, Excelencia —dijo Lope—. Aunque, mejor que me lo digáis a mí que se lo estuvierais diciendo ahora a él.

—Él no hubiera estado de acuerdo con vos; pero, de todas formas, no está aquí para que se lo preguntemos, ¿no? —Don Diego volvió a tamborilear los dedos—. Por lo que relatáis, por lo que relata su amante, fue una lucha justa —los dedos iban arriba y abajo, arriba y abajo—. La dama de Ibáñez, estoy seguro, es una gran diversión en la cama. Pero, maldita sea, Teniente Primero, ¿vale tanto como para mandar a un hombre a su sepultura? Os será tan infiel como le fue a don Alejandro, e incluso antes, ya que él tenía más dinero para gastar en ella del que tenéis vos.

No importaba lo encaprichado que Lope estuviera de ella, esa sentencia estaba cargada de maldita verdad.

—Aprovecharé mis oportunidades, Excelencia —contestó, sin esperar nada mejor.

—Así lo haréis —afirmó el comandante español—. Así lo hacéis —frunció el ceño—. Marchaos, salid de aquí. Tenéis que vigilar a los ingleses en el Theatre. Sólo el buen Señor sabe lo que planean, pero algo hay. Necesito un perro de caza que rastree la traición. Eso será lo que haréis vos. Y un hombre que sabe manejar la espada siempre es una ventaja. ¡Por el ojo! ¡*Madre de Dios*!

—Excelencia, con la propia vida en juego, uno hace lo que debe —se defendió Lope.

—Sí. Y esa es la razón por la que os mando de vuelta al Theatre —dijo don Diego. Su rostro alargado parecía ir a tornarse en un gesto doloroso, y así lo hizo—. Os necesitaremos, necesitamos la obra, y pronto. Las noticias que llegan desde España anuncian que es probable que Su Majestad Católica jamás vuelva a levantarse de su lecho. Sus doctores no se atreven a moverlo, ni tan siquiera para cambiar las sábanas del colchón. El final se avecina —se santiguó.

Lope también lo hizo.

—Haré todo lo que esté en mis manos para asegurar que tenga aquí su monumento —dijo Lope—. Podéis confiar en mí, señor.

—Lo hago, Teniente Primero —le dijo don Diego Flores de Valdés—. Esa es la razón de vuestro regreso. Dado que aún temo traición del Theatre, quiero que estéis ahí para detenerla.

—No tengo noticias de ello —dijo Lope—. Pero si la traición levanta su horrible cabeza, se la arrancaré con raíces y ramas incluidas.

En la galería superior del Theatre, el ayudante del encargado de vestuario que llevaba a cabo su función de vigía empezó a silbar “La verga de un hombre”. Todos a una, los actores que habían sido romanos y bretones luchando unos contra otros cambiaron los papeles y se convirtieron en ingleses y españoles luchando unos contra otros.

—¡Por Dios! —gruñó Richard Burbage a Shakespeare—. ¿Ya vuelve a estar aquí? —Miró al poeta como si fuera culpa suya.

Shakespeare extendió los brazos con las palmas hacia arriba.

—Yo no le he dicho que viniera.

—Los huéspedes sin invitación son más bienvenidos cuando se marchan —dijo Burbage—. Pero, últimamente, no hay manera de que se marche. ¿Cómo podemos ensayar *Boudicca* ante la mirada de un español? Nos chupa el tiempo como una sanguijuela la sangre; la diferencia es que una sanguijuela puede curarte y lo único que puede hacer un español es daño.

—No puedo hacer nada; y no vuelvas a mencionar el nombre, nunca más —añadió Shakespeare—. Tiene conocimientos suficientes de latín como para saber de dónde procede y lo que implica —Lope entró. No era muy alto, pero se pavoneaba como un gigante. Shakespeare sonrió y le saludó con la mano. —¡Bienvenido! —

mintió—. Buenos días tengáis.

—Buenos días tengáis también —respondió De Vega, mientras se acercaba al escenario. Contempló a los actores que luchaban con una mirada crítica—. Muchos de estos morirían rápido, si salieran a la batalla en serio.

—No son soldados. No hacen más que representarlos —dijo Shakespeare.

—Pero su representación necesita más realidad —respondió Lope. Shakespeare miró a Burbage. Muy ligeramente, el actor asintió. Había sido soldado, y sabía a lo que se refería Lope.

—Los ojos de un soldado pueden detectar los defectos, pero ¿y el público en general? —preguntó Shakespeare.

—Los que hayan luchado en una guerra no verán ninguna guerra sobre el escenario —dijo Lope.

—Haremos lo que podamos —Shakespeare se esforzó en ocultar un suspiro. No creyó que De Vega se diera cuenta. Burbage sí, y sonrió. Shakespeare formuló la pregunta que más le importaba a él, y la que más importaba a todos. —¿Cómo se encuentra Su Majestad Católica?

—No muy bien —el rostro atractivo de De Vega se tornó envejecido y agotado, como si hablaran de su padre en el lecho de muerte—. Como ya he dicho antes, está postrado en la cama. El menor movimiento le causa un profundo dolor. Sus llagas avanzan lentamente. Cuando los cirujanos las cortaron para dejar salir el pus, éste desprendía un hedor espantoso. Dicen que cada día sufre más de hidropesía y que está cada día peor. Pero el corazón se mantiene fuerte. Se muere, pero lo hace a pasos muy lentos.

En el escenario, todos los actores inclinaron la cabeza. La mayoría había sido testigo de una muerte de este tipo, como también de otras más rápidas y sencillas, más compasivas.

—Que Dios le otorgue el alivio sin sufrimiento —dijo Shakespeare santiguándose.

—Que así sea —Lope también se santiguó—. Me gustaría observar cómo avanza aquí la obra.

—Preferiría que no fuese necesario representar “El Rey Felipe” —dijo Shakespeare.

Lope le hizo una reverencia.

—Sois muy cortés, maestro Shakespeare.

“No soy más que un tonto corriente, con no más cerebro que una piedra”, pensó Shakespeare. Lope de Vega lo había entendido como que quería que Felipe II viviera para siempre. Y así era como había querido que lo entendiera. Pero el español podría haber interpretado las palabras de otra forma, como una forma de decir que podría ofrecerse otra obra en lugar de “El Rey Felipe”. Y con esa intención lo había dicho; pero dar esa información al Teniente De Vega no podría haber significado otra cosa más que la catástrofe.

Burbage también se había dado cuenta. Con un gruñido que podría haber procedido de las profundidades de un oso encadenado al palo en el foso de lucha, dijo:

—¿Haréis una demostración de vuestro ingenio, eh?

—¿Por qué no debería hacerlo? —preguntó Lope—. ¿Pediríais a un poeta que ocultara su ingenio? ¿Acaso pediríais a una doncella que ocultara su belleza?

—El ingenio de un poeta podría ponerle en peligro —contestó Shakespeare—. Y la belleza de una mujer podría igualmente ponerle a ella, y al que la mira, en peligro. ¿U opináis lo contrario?

De repente, el rostro de Burbage se iluminó. Shakespeare no pudo evitar vanagloriarse un poco, orgulloso de su agudeza. Si había algo que pudiera hacer que Lope se alejara de los doble sentidos indecoros, eso era hacerle pensar en sí mismo y en su roce con la muerte. La mano del español se posó sobre la empuñadura del estoque. Unas pulgadas del filo de la espalda salieron de la vaina mientras se colocaba.

—El peligro sabe perfectamente que Lope es más peligroso que él.

Su altanería hubiera parecido de risa si no fuera porque acababa de matar a un hombre. Así como estaban las cosas, se había ganado el derecho a pavonearse.

—La belleza resalta por sí misma sin necesidad de que lo haga un orador —dijo Shakespeare—. ¿Traeréis al Theatre a la belleza que os ha atrapado, para que todos podamos maravillarnos y envidiar vuestra conquista?

—Me temo que no, ya que no habla vuestra lengua —contestó Lope.

La casualidad quiso que Will Kemp, en ese momento, saliera del vestidor. El bufón hizo una reverencia cortesana exagerada hasta la absurdidad.

—¿Tanto si habla como si no, no os place su lengua? —preguntó.

Quizás el español no entendería lo que Kemp quería decir. Así lo esperaba Shakespeare. El inglés de Lope, aunque bueno, no era perfecto. Pero resultó ser lo suficientemente bueno, y lo entendió.

—¿Cómo os atrevéis a poner en vuestra boca su lengua? —rugió, y volvió a repetir el gesto de desenvainar el estoque.

—Nunca lo hice, y ella tampoco —dijo Kemp. Pero parecía menos temeroso de lo que habría estado Shakespeare después de insultar a un hombre que acababa de demostrar su habilidad con la espada. —Dejadlo —le dijo Kemp a De Vega—. ¿Acaso no sabéis que si mancháis el filo de vuestro estoque con la sangre de un necio, se oxidará sin poder hacer nada al respecto?

La absurdidad detuvo al español cuando nada más podría haberlo hecho.

—¿Pero qué pasa con el necio? —preguntó.

Kemp soltó un grito horrible, se cogió la barriga, y se sacudió y retorció sobre el escenario en una agonía muy bien fingida. Con la misma brusquedad con la que había comenzado se detuvo.

—Esto, probablemente —respondió, mientras volvía a ponerse en pie.

Lope rió y negó con la cabeza.

—Realmente Dios debe amar a los necios —dijo—. ¿Cómo no voy a hacerlo yo?

—¿Por qué os iba a parecer difícil, cuando a la mayoría le parece sencillo? —contestó Kemp—. Pero entonces, ¿no os parece difícil..?

—¡Basta! —Shakespeare y Burbage exclamaron la misma palabra al unísono. Kemp volaba hacia el desastre como la mariposa nocturna lo hacía a la llama.

Tras la representación de la tarde, Shakespeare salió del Theatre en cuanto se hubo limpiado el maquillaje. Normalmente, se habría quedado en el vestidor a compartir chismes y pullas, o se habría dirigido a una taberna para conversar sobre la obra con actores y amigos. Ese día no, principalmente, debido al regreso de Lope de Vega. A veces, soportar la compañía del oficial español era una carga demasiado pesada.

Pero marcharse le aportó escaso alivio. Mientras se apresuraba a salir del Theatre, el Condestable Walter Strawberry entró con una expresión sombría en el rostro. Shakespeare se preguntó si Strawberry le buscaba para hacerle más preguntas; pero el condestable, tras saludarle de forma sombría con la cabeza, siguió adelante. Así lo hizo también Shakespeare, pero en dirección contraria.

No había llegado muy lejos cuando un hombre de tamaño medio y poco agraciado de aproximadamente su edad se acercó sigiloso a él.

—Buenas tardes tengáis, maestro Shakespeare —su voz sugería que conocía todo tipo de cosas interesantes, incluso quizás algunas lícitas.

—Maestro Skeres —Shakespeare esperó que sonara menos consternado de lo que se sentía—. Buenas tardes tengáis, también, señor. Hacía ya tiempo que no tenía el placer de disfrutar de vuestra compañía —“Ni tampoco la quería, pensó”—. ¿Qué es lo que queréis?

—Os diré algo que preferiría no tener que decir, pero que igualmente deberíais saber —respondió Nick Skeres.

Visto que no seguía hablando, Shakespeare le preguntó.

—¿Y de qué se trata?

—Lord Burghley se encuentra en el lecho de muerte —dijo Skeres sin darle más vueltas—. No volverá a levantarse, más que para ir a su ataúd.

Para Shakespeare, la noticia fue como un jarrón de agua fría.

—Que Dios le deje descansar en paz —dijo—. Él y Felipe morirán a la vez, tal y como pronosticó la primera vez que nos vimos.

—Sí —la risita de Skeres dejó al descubierto los dientes irregulares—. Su mente aún está clara, y todavía bromea al respecto.

—¿Qué hay del... asunto? —Shakespeare no iba a decir más que eso, no en plena calle en Shoreditch. Más tarde, se acordó de que debería haberle comentado a Nicholas Skeres el tema de alzar la multitud inglesa contra los odiados soldados de los españoles: los irlandeses. En ese momento, con la noticia de Skeres, no se le cruzó la idea por la mente.

El otro hombre contestó sin vacilar.

—Seguiréis adelante como antes, bajo las órdenes del hijo de Lord Burghley. Y, creedme, irá igual de bien bajo el mando de Robert Cecil como habría ido bajo el del padre. Aunque su espalda esté curva, su ingenio y voluntad están bien erguidos.

—Esperemos que demostréis ser un buen profeta —pero Shakespeare no podía evitar preocuparse, preocuparse incluso más que antes. Sir William Cecil era un poder en esa tierra desde hacía más tiempo que él que estaba vivo. Sí, desde la llegada de la Armada, había estado algo eclipsado, pero su hijo, Robert, parecía que siempre había estado a la sombra. ¿Podía aparecer ahora a la luz, en el momento de mayor necesidad? “Debe intentarlo”, pensó Shakespeare, y dio un puntapié a la mugre del suelo. El devenir de los hechos no podría haber sido peor.

XI

Cuando Lope de Vega visitó el Theatre con Lucy Watkins, no la llevó al vestidor después de la representación. Era demasiado probable que Will Kemp u otro aspirante a genio le preguntara por qué no había optado por traer a su dama española. No quería que Lucy supiera de Catalina Ibáñez. Sucedían cosas horribles cuando alguna de sus damas se enteraban de la existencia de otra: ya había pasado por eso dolorosamente.

Pero en ese ámbito, parecía que estaba predestinado a tener problemas. Él y Lucy acababan de salir del Theatre y se dirigían de regreso a Londres cuando ella le dijo:

—¿Es verdad que habéis matado a un hombre?

La inquietud asaltó a De Vega. Se esforzó por hacer ver que la malinterpretaba.

—Mi amor, soy un soldado. Esas cosas forman parte de esta profesión.

Ella negó con la cabeza.

—No. Recientemente. Se dice que era un caballero español.

—A fe mía, un noble, no un caballero —dijo. Paseó la vista a su alrededor y suspiró. Le había dicho lo que tenía que saber, o la mayor parte.

Y ella ya había oído el resto, o casi todo.

—Se dice que os batisteis en duelo por una dama.

De la misma que había dicho que don Alejandro de Recalde no era un caballero, tampoco quería que Catalina Ibáñez fuera calificada como una dama. Pero eso no cambiaría nada. Volvió a suspirar.

—Sí, así fue.

Lucy asintió.

—Me hubiera gustado enterarme por vos. Os debía tanto, antes de deciros adiós.

—¡No digáis semejante cosa! —exclamó Lope—. ¡Os amo!

—¿Y a la otra dama?

—A ella también —confirmó Lope.

—No podéis amar a más de una —dijo Lucy triste.

—¿Por qué no? —le preguntó—. Ya he recibido esta crítica en otras ocasiones, pero sigo sin entenderlo.

—Cosa que no cabe la menor duda. Pero si se ama a dos mujeres… —Se detuvo un momento, mala señal—, entonces dos amarán a uno y ambas querrán que les den todo lo que esa persona pueda ofrecerles, de la misma forma que ellas lo han entregado todo. ¿Podéis amar en igual medida a las dos? Permitidme que lo dude. Amar a más de una no es amar sabiamente, sino demasiado.

—¿Cómo puede uno amar demasiado? Es un ideal, una idea imposible.

—Amad a dos mujeres al mismo tiempo, como decís que amáis a dos mujeres al mismo tiempo, y amaréis demasiado.

—Permitidme que os demuestre que vuestras concepciones están equivocadas, que… —empezó a decir Lope.

—¿Cómo? ¿Nos pondríais a las dos, a esa fresca española y a mí, en una cama? —Ahora Lucy volvía a usar un tono de insulto—. Tanto si ella estuviera dispuesta a hacerlo como si no, yo no, nunca lo haré. A dónde voy a ir es a un lugar alejada de vos, ahora y para siempre —su voz trataba de contener las lágrimas—. Así nos amamos, éramos dos en amor, pero solo uno en esencia. Éramos dos partes indivisibles: el número había muerto por el amor. En amor entre los dos resplandeció, que un enamorado veía fulgurar sus deseos en los ojos del otro. Cada uno con el alma del otro. Pero recen una plegaria por este amor fallecido. —Se marchó.

El amor, para Lope, era como un niño que anhelaba todo lo que podía conseguir. Explicarle eso a Lucy no parecía que fuera a surtir efecto para que cambiara de opinión.

—Nosotros, amantes sinceros, damos en extraños caprichos —le gritó—. Porque el amor, con la venda en los ojos, puede, ciego, imponer sus antojos.

—¿Antojo? No podéis llamarlo así, no si es para amar a otra a la misma vez que a mí —Lucy siguió caminando. Unos pasos más adelante, se detuvo, cogió una piedra y se la lanzó a Lope con destreza impropia de una dama. Si no se hubiera agachado, le hubiera dado en la cara. Se agachó a coger otra piedra.

—¡Basta! ¡Ya es suficiente! —exclamó Lope—. Ya no os molestaré más.

Lucy dejó caer la piedra.

—Si no hubierais preguntado por mi nombre, si nunca me hubierais dirigido la palabra amablemente, si no hubierais encontrado a esa fresca española… porque no podéis tenernos a las dos a la vez. ¡Virgen santa, apiadaos de las mujeres! —Dio la vuelta a la esquina y desapareció.

—No temáis, amigo —dijo un inglés que había escuchado, entretenido, la discusión—. Las mujeres son como los peces: otra vendrá pronto, a picar el anzuelo al final de vuestra caña. —Se rió.

Lope lo hizo también cuando, un poco más tarde, entendió la broma. No siguió a Lucy; eso, sencillamente, era una causa perdida. En lugar de eso, recorrió penosamente Bishopsgate. Aún disponía de las atenciones fogosas de Catalina Ibáñez, pero pensó que no le apetecían en ese momento. Quería a Lucy, la que acababa de perder. Si hubiera perdido a Catalina y se hubiera quedado con Lucy, no le cabía duda que, en ese caso, habría suspirado por las caricias de la española. “Por Dios, sé lo que soy”, pensó. “¿Qué hacer al respecto? Esa es otra cuestión”.

Los soldados irlandeses de la entrada se percataron de que Lope era español. Se quitaron los sombreros y le hicieron reverencias al pasar por ahí. Él, por su parte, les saludó con la cabeza. Una vez en Bishopsgate, redujo el ritmo y miró a su alrededor. Si tenía suerte...

Y la tuvo. Cicely Sellis salió de una tienda de cintas con unos metros de cinta verde alrededor de la manga izquierda de su jubón masculino; la seguía su gato, como si se tratara de un perro. Lope le hizo una reverencia.

—Señora Sellis. Qué alegría veros. Buenos días.

Ella le hizo una reverencia como si se tratara de un duque, en lugar de un oficial inferior.

—Buenos días tengáis, maestro Lope. ¿Cómo marcha todo?

—He conocido tiempos mejores —contestó.

—Bueno, seguro que aquellos que se encuentran por encima de vos están totalmente de acuerdo de que luchasteis contra don Alejandro por salvar vuestra propia vida —dijo—. ¿Cómo podría ser de otra manera, si el relato de la señorita Ibáñez coincide con el vuestro?

—Los problemas residen en otra parte —dijo De Vega antes de parpadear y preguntarse cómo sabía ella todo eso. Iba a preguntarle, pero se dio cuenta de que no se atrevía. Iba a santiguarse, pero tampoco tuvo valor para eso. *Bruja*, pensó, y tembló en el calor, por lo menos para Inglaterra, del sol de julio.

—¿Dónde? —preguntó Cicely Sellis. No le dejó responder, pero mostró más de lo que podría haberse considerado brujería cantando suavemente:

"Un día, ¡funesto día!
Amor, cuyo mes es mayo,
Una bella flor vio en el aire,
Caprichoso jugueteando.
Entre sus hojas, la brisa,
Invisible, se abría paso.
Enfermo, ansiaba el amante
Ser en brisa transformado.
Brisa, decía, tus mejillas
Triunfan, más yo no alcanzo.
De tus espinas, mi diestra,
No separarse ha jurado.
Que se hizo la juventud
Para coger lo que es bálsamo.
Si me convierto en perjuro,
No me acuses de pecado.
Júpiter, por ti jurara
Que Juno era negra, acaso,
Y negaría ser Júpiter
Por ser mortal a tu lado."

Esta vez, Lope se santiguó, y lo hizo violentamente.

—¿Cómo sabéis de mis sentimientos? —le preguntó con la voz áspera—. Decídmelo de inmediato, sino otros más santos que yo serán los que os pregunten.

El gato le sopló, pero ella se mantuvo sonriente y despreocupada.

—Esto no necesita las artes de una hechicera, maestro Lope. Os habéis dirigido a mí cabizbajo. Cuando os batisteis en duelo con don Alejandro os encontrabais en compañía de su amante, ¿pero no es cierto que teníais otra querida? Y estoy segura de que no me equivoco, os ha dicho adiós muy buenas.

"Bruja", volvió a pensar Lope. Pero quizás no. Lo que decía tenía sentido, como solía tenerlo cualquier cosa referente a las mujeres.

—De hecho, sois una hechicera —dijo lentamente y de mala gana.

Cicely Sellis volvió a hacer una reverencia.

—Cosa que os agradezco. Y vos tenéis mi comprensión (la de la bruja, como la de todas, vale su peso en oro) mientras que ella fue demasiado ciega para ver vuestro verdadero valor.

Él la observó boquiabierto. No era por su apariencia, aunque era bastante bella, y debía haber sido encantadora a los dieciocho. Pero nunca había conocido a una mujer que usara las palabras como un bravo usaba el estoque, y era tan mortal con ellas como nunca un bravo lo había sido jamás.

—Por Dios —cogió aire, sin apenas darse cuenta de que hablaba en voz alta—. Debo conoceros mejor.

—¿Y le daréis la espalda a la señorita Ibáñez, para serme totalmente fiel? —le preguntó.

Con cualquier otra mujer, habría empezado a parlotear promesas, a sabiendas de que era mentiras. Con Cicely Sellis, eso no parecía muy razonable. ¿Qué le haría si le descubría? ¿Qué podía hacerle? "¿Realmente quieres saberlo?" Se preguntó Lope, y supo que no. Exhaló un suspiro y negó con la cabeza.

—Doy gracias a Dios de ser tan honrado como cualquier joven en vida, que no sea más honrado que yo.

La curandera también sonrió.

—Cada hombre tiene algún defecto, y el vuestro es ¿la honestidad? —sugirió.

Sí, tenía una lengua viperina. Y si era peligrosa en un sentido, ¿qué era capaz de hacer en el otro? Lope se obligó a detener sus fantasías lascivas mientras trataba de comprender cómo podía responder a eso.

—No tengo arte para mentir, pero creed que os amo —dijo finalmente.

—¿Qué? ¿A mí? —Ahora fue Cicely Sellis la que se tomó una pausa. Pasado un instante, le apuntó con un dedo—. No, no digáis eso. Sois inteligente, señor, probablemente os pasáis de listo.

—Podría amaros. Querría amaros —dijo De Vega.

—Pero no solo a mí —respondió ella. No era una pregunta. Esperó para ver si Lope lo negaba. Cuando lo hizo, volvió a sonreír y negó con la cabeza—. No daría todo mi amor para compartirlo con el de otra, ni daría ni daré. Con mucho gusto, sería vuestra amiga y, con el mismo gusto, nada más.

—¿Y si os lo ruego? —Lope hizo como si fuera a hincar la rodilla en el suelo fangoso. Riéndose, Cicely Sellis le hizo un gesto para decirle que debería mantenerse

en pie—. ¿Y si os cantara una serenata? —Empezó a rasguear en un laúd imaginario y empezó a cantar en español.

—¡Basta! —dijo entre risas—. ¿Cambiará el tigre el patrón de su pelaje? No lo creo. Si yo fuera una mujerzuela distinta, os diría, venga, cortejadme; cortejadme, ya que me encuentro de humor, y me gusta lo suficiente como para consentirlo. Pero, al ser yo misma, no seré más que parte de los gustos de alguien.

Se parecía molestamente a Lucy Watkins.

—Entonces, seré vuestro amigo —dijo Lope a sabiendas de que no conseguiría más ese día—. Aquellos con los que emprendéis una amistad, y a los que entregáis vuestro corazón, que mantengan esa amistad bajo la llave de su propia vida.

—Pronto —dijo la curandera—. Pronto, pero no tan a menudo como nos gustaría. Empezó a recitar lo que al principio parecía una oración—. Que nunca demuestre ser tan necia, como para confiar en las promesas de un hombre; ni dejar de conservar mi libertad, o mis amigos, en caso de necesitarlos. Amén.

—¡Sí! —exclamó, con una mueca de dolor. Pocos hombres tenían una concepción tan irónica del mundo, y las mujeres aún menos.

—Debo irme —Cicely Sellis recogió a su gato, Mommet, a cuyo nombre respondía, y se lo colocó sobre el hombro, donde se encontraba la vez que Lope la vio por primera vez. Cuando empezó a caminar por Bishopsgate, en dirección a la entrada, en dirección contraria a la suya, añadió —que Dios os bendiga con buenas... amistades.

—Igualmente, dama —le gritó—. Igualmente —Quiso darse la vuelta y seguirla. Sólo la certeza de que eso, en ese mismo momento, le iba a costar su frágil amistad hizo que siguiera su camino hacia Londres. Sus pies, se arrastraban de mala gana por la mugre a cada paso.

William Shakespeare observaba desde un costado del escenario mientras el Teniente De Vega, como Juan de Idiáquez, declamaba lo que iba a ser su epitafio para Felipe II.

“No hubo rey mejor en España.
Repleto de virtudes, sabía mandar;
Los rayos de su espada alzada
A mucha gente cegaron;
Sus brazos semejaban las alas de un dragón;
Sus ojos centelleaban llamas iracundas,
Que al enemigo hacía retroceder,
Más que cuando el sol del mediodía reflejaba.
¿Qué más podría decir?
Sus acciones las palabras sobrepasan:

No alzó el brazo más que para vencer.”

Para sorpresa de Shakespeare, el español, tras recitar su parte, se cubrió el rostro y se echó a llorar.

—¿Pero qué sucede? —le preguntó Shakespeare, mientras corrió hacia él.

Lope de Vega alzó la vista, las lágrimas manaban desvergonzadas de sus ojos.

—La belleza de vuestras palabras me ha llegado al corazón —respondió—. Su belleza, sí, y su verdad. Ya que, ciertamente, el Gran Felipe se muere, y mucho se muere con él. Desde ese momento en adelante, España quedará huérfana.

—Luego España huérfana será —murmuró Shakespeare, mientras transformaba la frase en el pentámetro yámbico del verso libre. Volvió a repetirlo, luego asintió—. Muchas gracias, Teniente. Añadiré eso al final de vuestro discurso —hizo una reverencia a Lope—. Os doy la enhorabuena: vuestro primer verso en inglés. —La verdad era que De Vega solo había hecho cuatro pies del verso; pero Shakespeare no iba a discutir eso.

Diversos actores aplaudieron. Lope sonrió e hizo una reverencia. Pero Matthew Quinn, que interpretaba al soldado romano llamado Decius en *Boudicca*, le dijo a Shakespeare:

—Una hora más reflexionad; si vuestra confianza crece, así lo habéis de dejar.

Un silencio repentino se cernió, violentamente, sobre el Theatre. Shakespeare esperó que su propia mandíbula no se abriera excesivamente. La primera línea y media había sido extraída directamente del fragmento del actor contratado, las últimas dos palabras eran el final de un verso libre que todo actor podría recitar en sueños.

El verso libre sonaba como el habla natural. Que sonara como habla natural era su razón de ser. Lope no sabría, no podría saber, no podía saber que las palabras procedían de *Boudicca*. Pero todos los demás sí, y el español se percató de la consternación sobre el escenario.

—¿Sucede algo? —preguntó.

—No, nada —Shakespeare deseó sonar convincente—. Tan solo el espectáculo de un bobo desgraciado; sí, de un tonto del culo; un insensato, un memo muy corto; en realidad, la cosa más falta de sentido.

—No lo entiendo —dijo Lope.

Quinn sí que lo había entendido, y a la perfección.

—¡Tú mozo cabizbajo! —vociferó; su rostro rollizo se tornó morado— ¡Diablo invisible que juega con un lenguaje mudo que tienta muy hábilmente! —No llegó a gritar que Shakespeare era un traidor, pero le faltó muy poco.

—¡Comadre charlatana y lenguaraz! —replicó Shakespeare—. ¡Maldito pozo de envidia!

—¡Basta! —gritó Richard Burbage— ¡Ya es suficiente! Callad par de infames

cómplices, o responded ante mí. —Doblegó una mano en un puño.

Shakespeare calló. Ya había dicho demasiado. También Quinn, demasiado. Y por culpa de eso, también lo había dicho Burbage. El actor contratado, con la peluca ligeramente torcida, parecía dispuesto a decir mucho más. Pero Burbage se le acercó, y el puño echado hacia atrás listo para golpear. Quinn se lo pensó dos veces.

Lope se rió.

—Sois una pandilla de amigos, y lucháis como tales —dijo.

—Cierto —Shakespeare también se rió con la esperanza de parecer convincente —. Y ahora me parece que deberíamos prepararnos para la obra del día. Reanudaremos el ensayo de “El Rey Felipe” mañana o pasado mañana.

—Que así sea, pues —la voz de Lope encerraba pesar—. Podríamos trabajar más ahora, pero entiendo que debáis preparan antes la obra más próxima que la que está por venir —se tocó el ala del sombrero—. Acabado el ensayo de hoy, debo marcharme, ya que me esperan otras obligaciones. Que pasen un buen día, caballeros. —Salió apresurado del Theatre.

En cuanto se hubo ido, Shakespeare y Matt Quinn empezaron a gritar de nuevo.

—¡Basta! —gritó otra vez Burbage. Señaló al actor contratado—. Tú, señorito, has jugado al gorrión insolente delante del gato. Que no salte, no quiere decir que no pueda saltar —el dedo apuntó entonces a Shakespeare—. Y tú, señorito, no has sabido controlarte y nos has puesto en peligro, un peligro mucho peor que la locura del maestro Quinn. Si el español hubiera empezado a investigar... Pero no lo ha hecho, y eso está bien. Por tanto, seguiremos adelante con el máximo cuidado.

—Te ruego que me perdones —dijo Shakespeare. Se dio la vuelta hacia Matthew Quinn. Más a regañadientes se dirigió al actor contratado —ruego me perdones.

—Dejémoslo de lado —respondió Quinn—. Cuando actuemos ya tendremos tiempo para esos versos que has escrito para mí.

—Sí. Suéltalos antes de hora y fallaran en alcanzar su objetivo —Shakespeare se preguntó por qué al otro hombre le entusiasmaba tanto el papel de Decius: no era ni extenso ni importante. Pero, entonces, se dio cuenta de que Matt Quinn nunca había tenido mucha suerte en el teatro. Además de un talento más bien desapercibido, había tenido la mala suerte de ofender a alguien o ponerse enfermo en el momento menos apropiado en cuatro o cinco ocasiones, lo que le había convertido en un hombre que, como mucho, podía protagonizar algún papel secundario; pero que nunca llegaría a interpretar un papel importante. Quizás estaba contento de cualquier cosa que pudiera recitar.

Y, quizás, no era más que un estúpido boquimuelle. Shakespeare había conocido a muchos de éstos en los muchos años que llevaba en el teatro. Deseó que la compañía de Lord Westmorland no tuviera que cargar con uno en este momento tan vital. Si se hubiera atrevido, le hubiera pedido a Burbage que despidiera a Quinn. Observó al actor contratado y negó con la cabeza. No, no se atrevía. Quinn sabía mucho, sabía demasiado. Si le despedían, si se disgustaba, ¿no iría directo a los españoles con la

canción? Shakespeare lo veía más que probable.

La obra de la tarde era la obra de Shakespeare “Si os gusta”, una obra que la compañía ya había interpretado varias veces. De hecho, recordó Shakespeare, la habían representado el día que Marlowe le arrastró por vez primera a toda esa conspiración. Al haberla hecho tantas veces, los actores no necesitaban mucho ensayo para recordar. Shakespeare volvió a su casa de huéspedes en cuanto acabó la obra.

Cuando, a la mañana siguiente, regresó al Theatre, los actores y los tramoyistas se encontraban reunidos en pequeños grupos con las cabezas juntas.

—¿Qué pasa aquí? —gritó Shakespeare; no era una imagen que le gustara ver.

Edward, el ayudante del encargado de vestuario le respondió.

—Matt Quinn se había puesto morado en el Bull Inn ayer por la noche, cuando…

—¿En el Bull Inn? —le interrumpió Shakespeare—. ¿En Bishopsgate? ¿Cerca de donde resido?

—Ahí mismo —dijo Edward—. Y entre jarra y jarra se fue de la lengua sobre Boudicca, sí, y mucho. Will Kemp lo oyó, todas y cada una de sus palabras, como hicieron muchos otros que no están al corriente de nuestro misterio.

—Si los hombres tuvieran que salvarse por sus obras, ¿qué agujero habría en el infierno lo suficientemente caliente para acoger a Quinn? —vociferó Shakespeare mientras se daba un golpe con la palma en la frente—. Este sí que está condenado, como un huevo más frito, solo por un lado —empezó a decir más cosas, y se encendió cada vez más; pero se recompuso—. ¿Dónde está Kemp? Quiero oír esto directamente de sus labios —miró a su alrededor—. Y además, ¿dónde está el propio bramador borracho? Quiero oír el relato de esta locura de sus labios.

—El maestro Kemp está en el vestidor —contestó Edward—. En cuanto al maestro Quinn, hoy aún no se ha dignado a acercarse hasta nuestro escenario.

—¿Duerme embriagado? —gritó Shakespeare—. ¿O se ha abandonado a los placeres incestuosos del lecho? ¿Está ocupado en el juego, o en blasfemar colérico o en otra acción contraria a su salvación? Si es así hacedle la zancadilla para que sus talones golpeen el Cielo, y su alma esté tan condenada y negra como el Infierno al que se dirige.

Edward extendió los brazos con las palmas hacia arriba.

—No lo sé, maestro Shakespeare. Sólo sé que no está aquí. Pero por qué… —Negó con la cabeza.

—Si se arrepiente de su bufonada borracha creyendo que se salvará del resultado si va a ver a los españoles… —La voz de Shakespeare se desvaneció como poco antes le había sucedido a Edward.

Richard Burbage salió del vestidor en el momento justo para oír eso.

—¡Virgen santa, que Dios lo evite! —exclamó—. Pero ahora sí despediré a ese maldito hideputa, Will. No digas nada en contra. No digas nada sobre las precauciones. Ya he tomado una decisión —tras representar a muchos reyes, sabía hablar como uno cuando la ocasión lo requería.

—No diré nada —respondió Shakespeare—. Aunque creo que entre nuestros problemas éste es una nimiedad.

—¿Quién asumirá su papel si no regresa? —preguntó Edward.

Burbage apuntó al joven musculoso.

—¿Te lo aprenderás tú? No tenía más que unas cuantas frases, para las que no es necesario ser un artista.

Edward se quedó boquiabierto. A continuación, una enorme sonrisa se le dibujó en el rostro.

—¡Lo haré, señor! Enseñadme esas frases, y me las aprenderé en menos que canta un gallo. Basta que me enseñéis cuándo tengo que entrar y cuándo salir y seré vuestro hombre. ¡Dios os bendiga por esta oportunidad!

—¡Qué estúpidos llegan a ser estos jóvenes! —exclamó Will Kemp que salía del vestidor tras Burbage. Sus hombros acompañaban a sus carcajadas. Lanzó una mirada a Shakespeare. —¿Estás tan ardiente de entusiasmo que estás dispuesto a hacer el ridículo ante el público?

—¿Yo? Más caliente que el sueño de Edward de actuar —respondió Shakespeare —. Y aquí y allá siempre hago el ridículo. Lo hacemos todos.

Matthew Quinn no se presentó en el Theatre. Edward asumió su papel, y se las arregló... bastante bien. Thomas Vincent tuvo que soplarle algunas de sus frases la segunda vez que subió al escenario; pero las recitó con suficiente fuerza y se acordó de encarar al público para que éste pudiera oírle bien. El sudor nervioso le oscureció la zona axilar de la túnica; comprensible, era un día caluroso. También sudaban otros actores.

Después de la obra, todos hablaban del ayudante del encargado de vestuario. Shakespeare solo oyó mencionar el nombre de Quinn en una ocasión. Cuando lo oyó, alguien, no pudo ver quien, dijo:

—Para nosotros es hombre muerto —las cabezas en el vestidor afirmaron solemnemente.

Desde el Theatre, Shakespeare ya había recorrido casi todo Bishopsgate cuando un hombre se interpuso en su camino cuando se dirigía hacia Shoreditch High Street. El hombre debía tener su edad, era un moreno ancho de espaldas, bien afeitado, con el pelo cortado muy corto, como lo llevaban los puritanos antes de que la Inquisición lo prohibiera para reprimir a los protestantes de todas las clases. Su jubón debía haber sido muy bonito cuando era nuevo, pero de eso hacía años. En lugar de calzas, llevaba pantalones a rayas de marinero.

Cuando no se apartó de su camino, Shakespeare le dijo:

—¿Sí? ¿Deseáis algo de mí? —Se hizo el valiente. Si lo que ese extraño quería era su dinero, primero tendría que luchar.

Entonces el hombre sonrió, y habló, y entonces dejó de ser un extraño.

—Por Dios, Will —dijo—. Si no me conoces tú, ¿quién lo hará?

—¿Kit? —preguntó Shakespeare asombrado—. ¡Pero, pero si cogiste el barco en

Deptford!

Incluso la sonrisa de Marlowe parecía distinta sin el contorno de la barba y sin el pelo largo que enmarcaba su rostro.

—Sí, cogí el barco en Deptford; pero me bajé de esa gabarra espantosa en Margate. Desde entonces, he cambiado mi apariencia y mi estilo: si no te importa, llámame Charles Munday.

—Te llamaré idiota, monstruo aficionado, y loco desgraciado —exclamó Shakespeare—. Podrías estar a salvo en otro lugar, ¡pero no! ¡Aquí no tendrás ninguna seguridad! Si alguien descubriera tus mechones despojados…

—¿Pero dónde podría vivir más que en Londres? —preguntó Marlowe—. ¡Este lugar tiene vida! Las demás ciudades parecen muertas en comparación con ella.

—Este lugar encierra tu muerte, en la horca o algo peor —dijo Shakespeare—. ¿Dónde vivirás? ¿Cómo comerás?

—Donde, me lo guardo para mí, todo lo que no sepas, no podrá sonsacártelo ningún inquisidor —dijo Marlowe, y Shakespeare se acordó forzosamente de su propio peligro—. En cuanto a cómo, ningún hombre ligero con la pluma debe temer morir de hambre, y yo lo soy. ¿Cómo marcha *Boudicca*?

Incluso bajo peligro mortal, Marlowe hablaría de cosas que era mejor ni pensarlas, y ya no digamos mencionarlas.

—Desconozco el título —respondió helado Shakespeare—. Hasta que llegue el día no lo sabré. Incluso después del día, probablemente no lo sabré.

—Mejor que seas prudente —le dijo Marlowe, el cual, Shakespeare acababa de darse cuenta, no había cambiado de iniciales—. O, te guste o no, no serás más que otra especie de estúpido, que desarrolla algún tipo de locura.

Mientras se acordaba de todos los ensayos de *Boudicca* que había visto, Shakespeare sólo pudo asentir.

Lope de Vega luchaba por ocultar en su rostro lo aburrido y molesto que se sentía. ¿Cuántas veces le había mandado llamar el Capitán Baltasar Guzmán a su despacho sólo para agitar una hoja de papel ante sus narices sin dejarle ver lo que era?

Pero, aunque Guzmán agitaba el papel como cualquier otro, sobresaltó a Lope al entregárselo y decirle:

—Tomad. Esto puede que os interese, Teniente Primero.

—¿Si? —Lope lo leyó rápidamente. Sus ojos iban abriéndose cada vez más con cada línea que leía. No se había dado cuenta de lo mucho que había dejado abrir la boca hasta que tuvo que hablar y volver a cerrarla.— Pero esto... esto, Excelencia... esto es de una imprenta. Una imprenta en Madrid. En... en la capital —se dio cuenta de que tartamudeaba, se quedó en silencio.

El Capitán Guzmán asintió.

—Sí, una imprenta —dijo—. Os lo dije, si *El mejor mozo de España* tenía éxito,

se mandaría junto a *La dama boba* a España, para representarla ante el mundo civilizado. *El mejor mozo de España* recibió los elogios de, nada más ni menos, que la hija de Su Majestad Católica. Cumplo mis promesas.

—Esto dice que… —De Vega se obligó a callarse para volver a empezar—. Esto dice que al responsable de la imprenta le han gustado las obras, dice que las admira, y que estaría encantado y honrado de poder imprimirlas. ¡Encantado y honrado! ¡Que Dios, la Virgen santa y todos los santos os bendigan, Excelencia! ¡Me imprimirán! ¡Por fin, imprimirán mis obras! ¡Me recordarán eternamente!

Tantas obras morían junto a sus creadores. Una vez ya no estuviera allí, quién contaría, quién se acordaría, de los frutos de su imaginación. Morirían con él. De la misma forma en que los gusanos se comían a uno, el olvido le engullía. Pero dejar una obra impresa… Dentro de cien, o doscientos, o trescientos años, alguien podría coger un libro suyo de la estantería, hojearlo y decidir llevar a escena *La dama boba*. Y cuando la mema se subiera al escenario, Lope reviviría.

Con una carcajada sardónica, el Capitán Guzmán lo devolvió al presente.

—Mientras estéis aquí y no seáis más que un mortal, Teniente Primero, ¿recordáis alguna mención a Sir William Cecil en el Theatre?

—¿A Lord Burghley? No, Excelencia —respondió Lope—. No recuerdo haber oído mencionar ese nombre allí, aunque tengo entendido que se está muriendo.

—Ya casi está muerto. Es mayor que Felipe y cae con más rapidez. Nunca he llegado a entender por qué Su Majestad Católica le perdonó tras la conquista, pero esa fue su voluntad de rey. Quizás respetaba a un adversario digno; Burghley destacaba por encima de los demás hombres, ese pequeño hombre que aconsejaba a Elizabeth. Todo oficial español que conozco está convencido de que ocultaba alguna conspiración detestable, pero nadie ha podido descubrirla.

—En Westminster, don Diego dijo prácticamente lo mismo, señor —explicó De Vega—. Pero no he visto nada en el Theatre que me hiciera pensar en algo en lo que esté involucrada la compañía de Lord Westmorland.

—¿Ni tan siquiera el asesinato de Geoffrey Martin? —preguntó Guzmán.

—No, señor —contestó Lope—. Por todo lo que el condestable inglés en Shoreditch farfulla sobre que conoce a alguien que sabe de alguien que conoce a otra persona, o eso creo que es lo que farfulla ya que siempre habla con enigmas (a menudo, creo que él mismo se lía); creo que no tiene ninguna prueba, ninguna en absoluto, de que el asesinato de Martin fuera algo más que un cuchillazo habitual a causa de un robo habitual.

—Podría ser —la voz de Guzmán era deliberadamente evasiva—. Sí, podría ser. Pero, en ese caso, ¿qué hay de la muerte de Matthew Quinn?

—¿La muerte de…? —Eso dejó perplejo a Lope—. Pero si vi a Quinn vivo y ensayando hace tan sólo unos días. ¿Está muerto? ¿Dónde? ¿Cómo?

—En cuanto a cuándo, por el hedor y otros signos, tan sólo hace unos días, supongo que después de que lo vierais por última vez —Baltasar Guzmán tenía un

humor tan lacónico, que Lope tardó más tiempo del necesario para darse cuenta que había algo de humor en sus palabras—. En cuanto a cómo... —Se cruzó el cuello con el dedo.

—¿Dónde le encontraron? —preguntó De Vega.

—En un callejón detrás de una calle en la que se encuentra una taberna llamada Bull Inn, en Bishopsgate —contestó Baltasar Guzmán—. No está lejos de donde reside el señor Shakespeare, sea lo que sea lo que eso implique. El cuerpo se halló sin bolsa, sin un penique, por lo que podría haber sido un simple robo. Podría; pero, nuevamente, podría ser que no.

—Sí —Lope se estiraba la pequeña perilla sumamente cuidada—. Un asesinato en una compañía de actores, no significa nada. A mí tampoco no me importaría matar a algún actor de los de esa compañía. ¿Pero dos? Dos asesinatos en un mismo grupo reducido levanta sospechas. ¿Hizo Quinn algo en esa taberna fuera de lo normal?

Guzmán le honró con una mirada de aprobación. No recibía muchas de esas por parte de su superior, y se deleitó con esa.

—Pues esa, Teniente Primero —le dijo el noble— es una pregunta muy interesante. Lo que quisiera obtener es una respuesta igualmente interesante. No disponemos de respuesta alguna. Ninguno de los que se encontraba en la taberna que hayamos interrogado confiesa acordarse de la presencia de Quinn. Nadie.

—¿Ni tan siquiera el tabernero? —Lope frunció el ceño—. A Quinn le gustaba hablar y que le escucharan, y llevaba una peluca que le sentaba muy mal. No es fácil olvidarle.

—Cuando encontraron el cuerpo, alguien también le había robado la peluca —comentó el Capitán Guzmán. Lope emitió un pequeño sonido de disgusto. Guzmán asintió y continuó—. No, ni tan siquiera el tabernero. Dijo que Quinn no era un cliente habitual y que nunca presta mucha atención a los que no son habituales. Los clientes habituales juran que cuenta la verdad.

—¿Dirían lo mismo si les interrogásemos… adecuadamente? —De Vega no tenía ningún problema en considerar la tortura, pero no se atrevió a acabar la frase y mencionarla.

—Otra pregunta interesante. Quizás, a esa, sí le encontremos una respuesta —contestó Baltasar Guzmán—. Aunque, mientras tanto, quiero que trabajéis con este Condestable Strawberry que ha tratado de coger a quienquiera que asesinara a Geoffrey Martin. Quizás pueda ayudarnos, en caso de que los dos asesinatos estén relacionados.

—Sí, Excelencia —dijo Lope obediente. Pero no pudo evitar un suspiro—. Aunque no me gusta mucho ese inglés, y no creo que sea muy inteligente.

—Puede ser, pero es el hombre que está en el caso y que ha trabajado en esto desde que murió Martin —dijo Guzmán—. Martin era un buen católico. Su muerte no debería quedar impune.

—¿Era Quinn un buen católico? —preguntó Lope.

Con una mirada infeliz, el Capitán Guzmán negó con la cabeza.

—No. O, al menos, nadie lo cree así. Antes de que llegáramos era protestante. Luego iba a misa, pero nadie creía que fuera piadoso.

—Entonces no hay relación —dijo Lope. Guzmán le lanzó una mirada de advertencia. Se apresuró a acabar la frase—. Pero saldré a buscar si hay alguna más.

Con la sensación de que se habían aprovechado de él, se dirigió a Shoreditch. Cuando llegó allí, uno de los vigilantes que ayudaba al condestable le dijo que Strawberry había ido a hacer la ronda. El hombre se acordaba vagamente de dónde podría encontrarse Strawberry. “Ahora podría estar en el Theatre”, pensó ofendido Lope, “y no aquí, tratando de encontrar a este inglés corto de entendederas que seguramente no sabrá nada”.

Finalmente, encontró a Walter Strawberry mientras éste recorría una calle embarrada, agitando la porra por la correa de cuero.

—Buenos días tengáis, condestable —gritó, mientras se acercó al hombre.

—Por qué, maestro De Vega, si vivo y muero—dijo Strawberry, mientras le saludaba con un toque en el ala de su sombrero—. Saludos y palpitaciones a vos también, señor.

—Mmmm… gracias —dijo Lope. Escuchar al condestable siempre le recordaba que el inglés era una lengua extranjera—. Me acaban de informar de la muerte del actor, Matthew Quinn.

—Ciertamente ha muerto. Asesinato. El asesinato más vil, y el robo de su peluca, otro delito grave más —dijo Strawberry—. No sé vos, pero tengo curiosidad por saber quién es el responsable.

—¿Si? —dijo Lope. El Condestable Strawberry asintió solemne—. ¿Creéis que este asesinato está relacionado con el de Geoffrey Martin?

—¿Relacionado? ¿Relacionado? —repitió el inglés—. Bueno, hombre, si algún tipejo no estuviera relacionado con Geoff Martin, y ahora con Quinn, no los habrían asesinado. ¿Acaso creéis que me equivoco? —Sacó la mandíbula en un gesto de reto.

—Creo que no me habéis entendido —dijo Lope—. Desde vuestro punto de vista, ¿creéis que hay alguna relación entre el maestro Martin y el maestro Quinn?

—Permitidme que lo ponga en duda, señor. Ambos eran hombres honestos, lo bastante honestos, y con un vicio que atenta contra todas las conjunciones bíblicas…

De Vega recitó en voz baja un rápido *Pater noster*. Esperó que Dios le estuviera escuchando. Tratar de comunicarse con Walter Strawberry era como ir al dentista, solo que Strawberry te extraía el sentido en lugar de los dientes.

—Dejadme que vuelva a intentarlo —dijo Lope con una calma que consideró encomiable—. ¿Creéis que el mismo hombre podría haber asesinado a los dos hombres?

—Sí, aparentemente —respondió el condestable; por fin, una respuesta clara.

Lope sintió que se animaba.

—¿Y quién es ese hombre?

—Bueno, pues el asesino, por supuesto —Strawberry le miró fijamente—. ¿Quién sino?

Otro *Pater noster* no era suficiente para De Vega. Tampoco santiguarse. Con los dientes apretados, preguntó.

—¿Cómo se llama? Quiero decir, el hombre que decís que podría ser el asesino.

—¿Conocéis a un malvado tipejo llamado Ingram Frizer?

—No señor, no le conozco —Lope negó con la cabeza.

—Bueno, pues creo que él es el benefactor en cuestión.

—Lo siento, señor —dijo Lope—. Lo siento profundamente. Uno de nosotros tiene una comprensión imperfecta de la lengua. Quién de los dos… —Lanzó los brazos al aire—. Yo mismo no lo sé.

—He hablado inglés desde que era un críο llorón: es la lengua de mi cautiverio —dijo Strawberry—. Entonces, debéis ser alguien libre de errores.

—¡Quisiera serlo! —exclamó Lope—. Contadme más cosas sobre ese Frizer —quizás se enteraría de algo nuevo. Se atrevió a tener esperanzas. Cosas más extrañas tenían que haber sucedido, pero ninguna ocurrió en ese momento .

—Tenía un cuchillo y un genio que combinaban muy bien —dijo el Condestable Strawberry, y De Vega entendió cada palabra—. A vos, dado que os relacionáis con ellos en el Theatre, siento la necesidad de advertiros: este Ingram Frizer es compañero de Nick Skeres —hizo una pausa expectante.

—De nuevo, lo siento, pero desconozco ese nombre —dijo Lope.

—Lo desconocéis. ¿De verdad lo desconocéis, señor? Bueno, el maestro Skeres, aunque no os rajaría el gaznate con un corvo, es el aranero más vil, un estafador tal que ni Judas Iscariote habría visto algo semejante. Y —hubo otra pausa portentosa— conoce al maestro Shakespeare, el poetastro.

—¿Poetastro? ¿Shakespeare? Demostráis no tener juicio en poesía, maestro Strawberry, al darle una designación tan peyorativa. ¿Acaso puede dudarse que sea uno de los mejores poetas de nuestros tiempos? Creo que no.

—¿Puede dudarse que conoce a Nick Skeres? Creo que no —replicó Strawberry.

Una vez más, Lope logró entender todas las palabras, al menos una por una. Lo que no entendía era, en todo caso, qué quería decir con esa frase. Masculló algo desagradable en voz baja, a sabiendas de que no tendría más remedio que tratar de descubrirlo.

Tras otra representación como fantasma en “El Príncipe de Dinamarca”, Shakespeare se limpió la pintura blanca y negra de la cara en el vestidor. De vez en cuando, alguien se le acercaba para decirle lo aterrador que había estado. Sus agradecimientos eran claramente abstractos. No dejaba de buscar por la sala, preguntándose si Christopher Marlowe se atrevería a aparecer. Su compañero poeta sería un fantasma aún menos bien recibido que el del infeliz padre del príncipe.

Hasta ese momento, no había signos de la presencia de Marlowe. Shakespeare se sentía aliviado. Quizás, al fin y al cabo, la locura de Kit tenía límites. Quizás se atrevió a tener esperanza.

—¡Bien interpretado, maestro Shakespeare! ¡Muy bien interpretado!

Shakespeare tenía una toalla sobre los ojos en ese momento, pero no necesitaba ver para estar seguro de quién era el que se dirigía a él.

—Os agradezco vuestra amabilidad, Teniente De Vega —le contestó.

—No es nada, nada en absoluto —dijo Lope presuntuosamente.

Cuando Shakespeare se quitó la toalla de la cara, a pesar de todo, tuvo una sorpresa, ya que junto al español se encontraba Cicely Sellis, con Mommet al hombro. Shakespeare hizo una reverencia a la curandera, y trató de que su agitación no fuera visible.

—Buenos días tengáis, señora Sellis.

—Igualmente —le contestó—. Os había visto en otras ocasiones interpretar al fantasma, pero creo que nunca tan bien como hoy.

—Sois demasiado generosa —murmuró Shakespeare—. “Preferiría ser que representar al fantasma”, pensó. “¿Pero acaso tengo otra elección?” Se dio la vuelta para dirigirse a Lope de Vega y volvió a murmurar, esta vez solo dos palabras: —¿Cómo es?

“¿Cómo es que me visitáis junto a la señora Sellis en lugar de junto a la moza española que le costó la vida a un noble?” Era lo que quería decir en verdad. Por el modo en que Lope tosió en diversas ocasiones y se tornó colorado, había entendido todas las palabras que Shakespeare no había dicho. Pero respondió con facilidad.

—Ambos, al ser amigos, y teniendo un amigo en común, estábamos encantados de venir a verle interpretar su famoso papel.

—Eso es —dijo Cicely Sellis. El gato bostezó.

De Vega sonrió. Shakespeare hizo caso omiso de su gesto; Mommet podría haberlo utilizado para jugar con un ratón. Ahora el español iba a vengarse. Y lo hizo.

—¿Conocéis a un hombre cuyo nombre es Ingram Frizer, maestro Shakespeare?

“Debería haberlo supuesto”, fue la idea que pasó por la mente de Shakespeare. Nadie en la compañía había hablado mucho sobre la muerte de Matthew Quinn. Tampoco nadie pareció muy sorprendido al enterarse, dado que la lengua de Quinn era muy suelta. Pero dos asesinatos en una compañía habían llamado la atención de los españoles, y la del Condestable Strawberry, así que Shakespeare no se imaginó que fuera a sorprenderse tanto de eso.

Antes que transcurriese un abrir y cerrar de ojos, negó con la cabeza y respondió:

—¿Frizer? No, Teniente, no conozco a nadie con ese nombre —nadie podía demostrar lo contrario, esperaba. Su pregunta parecía segura—. ¿Por qué me preguntáis acerca de ese hombre?

Seguro de sí mismo, De Vega respondió:

—Es sospechoso de la muerte del actor, Quinn.

—Entonces, que el verdugo venda la soga con la cual danza en el aire —dijo Shakespeare—. Pero ruego que me digáis por qué creéis que deberíamos conocernos.

—Porque ambos conocéis a un tal Nicholas Skeres —respondió el oficial español, su voz sonaba dura.

¿Cuánto sabía? Si sabía la suficiente, no habría traído a Cicely Sellis mientras formulaba sus preguntas, en su lugar habría traído a un pelotón de soldados y se habrían llevado a Shakespeare a rastras. El hecho de darse cuenta de todo ello hizo que el poeta venciera su miedo. Lope sólo trataba de averiguar alguna cosa por casualidad.

Shakespeare lo resolvió aportándole lo mínimo que pudiera:

—Conocí a Nicholas Skeres, sí; pero no es mi amigo. De hecho, no dudaría lo más mínimo en sospechar de él; por lo que sé ha estado a la sombra y su nombre aparece en el Libro Negro —no tenía ni idea de si Skeres había estado en prisión ni si su nombre estaba en el registro, pero no le hubiera sorprendido. Y no le importaba lo más mínimo calumniar a un hombre que realmente le desagradaba. Estaba convencido de que Skeres cuidaría de sí mismo.

—Esto encajaría con lo que le contasteis al Condestable Strawberry.

“Maldito Condestable Strawberry, tipejo superficial, ignorante y desconsiderado”, pensó Shakespeare.

—¿No es verdad la verdad? —dijo en voz alta—. Esa verdad debería silenciarse, cosa que casi había olvidado.

—No sé si es verdad u otra cosa —respondió De Vega—. Sé que descubriré dónde se oculta la verdad, aunque se encuentre en lo más profundo. Que un hombre repita lo mismo dos veces no demuestra que diga la verdad, sólo que es constante.

—¿No somos todos amigos? —preguntó Cicely Sellis—. ¿Se tratan así los amigos?

Para sorpresa de Shakespeare, Lope hizo una reverencia.

—Sois tan sabia como encantadora. Por supuesto, mantengámoslo tal y como lo hubierais mantenido.

Ella esbozó una reverencia. No la hizo muy baja para evitar que Mommet cayera o que le clavara las uñas.

—Os lo agradezco —dijo—. En una falsa discusión no cabe el valor verdadero.

—Bien dicho. —Asintió Lope.

—La verdad es que sí —afirmó Shakespeare. Pero sabía que el español no había acabado de indagar; sólo se tomaba un descanso en compañía de la curandera. Incluso ese era un acuerdo mejor del que Shakespeare había esperado. Se fijó en el modo en que los ojos de De Vega la acariciaban. “Le gustaría ser algo más que un amigo”, se dio cuenta el poeta. “Qué madeja más enredada tenemos aquí, ¿cómo la desenmarañaremos?” Trató de imaginarse a Lope realizando visitas regulares a la casa de huéspedes de la viuda Kendall, entrando a la habitación de Cicely Sellis, cerrando la puerta tras sí...

“¿Miraría Mommet?” se preguntó. “¿Podía un hombre acostarse con una bruja, y tener a su familiar delante? ¿No le amedrentaría? La miró. ¿Sabré todo esto por el español o por mí mismo?”

“Probablemente por mí mismo”.

Los ojos de Cicely Sellis, grises como los mares del norte, se cruzaron con los suyos; se cruzaron y mantuvieron la mirada. No por vez primera, tuvo la sensación de que ella sabía todo lo que pasaba por su mente. Teniendo en cuenta cuáles eran algunos de estos pensamientos... Sintió temor y se sonrojó como un escolar.

Si la curandera verdaderamente podía leerle la mente, no dio señales de ello. Se inclinó hacia Lope y le habló en voz baja, demasiado baja como para que Shakespeare pudiera entender algo. El español asintió, una sonrisa indulgente, y más que un poco hambrienta. Un momento más tarde, se despedía de Shakespeare y se la llevaba fuera del vestidor.

Richard Burbage se acercó al poeta.

—¿El español vuelve a tener “otra” mujer?

Shakespeare tan solo se encogió de hombros.

—No puedo decírtelo. Pero que le gustaría tenerla, eso no lo dudo. Ella es la curandera, Cicely Sellis, de la que debo haber hablado en una o dos ocasiones.

Los ojos de Burbage se abrieron de par en par.

—¿La que reside contigo en la casa de huéspedes?

—La misma.

—Espero que a esa maldita bruja, esa maldita hechicera, se le haya pasado por alto todo este engorro infernal —dijo Burbage, su voz era sombría y profunda.

—¿De..? —Shakespeare dejó el título de la obra en el aire.

—De eso, y de otras cosas —respondió el actor.

—Así lo espero, pero me parece que a Cicely Sellis hay poco que se le pase por alto.

—¿Le revelará al español lo que sabe? —preguntó Burbage nervioso.

—No… creo —Shakespeare quiso negar con la cabeza y decir que algo así era imposible, inimaginable. Quería, pero sabía demasiado bien que no podía. Él y Cicely Sellis apenas habían hablado de temas políticos. Poca gente en esa Inglaterra ocupada hablaba de semejantes cosas, excepto con aquellos que sabían que no les traicionarían. Confiar en el hombre, o mujer, equivocado se encontraba entre los errores más graves que alguien podía cometer.

—¿Crees que no? —repitió Richard Burbage y Shakespeare asintió. Burbage insistió—. ¿No puedes decir más que eso? —Ahora el poeta negaba con la cabeza. Burbage, por su parte, parecía muy infeliz, cosa que Shakespeare no le podía echar en cara—. ¿Ella también conocerá al sonriente del cuchillo bajo la capa?

Eso hizo que Shakespeare se sorprendiera. Había usado a Chaucer como fuente para algunas de sus obras, pero no sabía que Burbage hubiera leído “Los cuentos de Canterbury”. Aunque esperaría algún tiempo más en preguntarle acerca eso.

—¿Por qué formularme a mí esta pregunta? —dijo, en apenas un susurro para que nadie más en el vestidor le oyera—. No supe nada de la muerte del pobre Geoff de antemano y tampoco de Matt Quinn.

Burbage no respondió. Su silencio fue más devastador que cualquier palabra que pudiera haber dicho. Shakespeare hizo una mueca y se marchó. Había dicho la verdad. Como había sucedido en tantas otras ocasiones, no le había hecho mucho bien.

Cuando llegó a la casa de huéspedes, encontró a Jane Kendall visiblemente alterada.

—¡Un español! —le susurró la viuda en cuanto entró por la puerta—. ¡Ha venido aquí con un español! —Se santiguó. Como católica profunda que era, prefería a Isabel y Alberto en el trono en lugar de a Elizabeth, pero no sentía mucho aprecio hacia los soldados que se habían asentado en el país. Semejantes contradicciones no eran de extrañar en aquella época.

—Podéis descansar tranquila, señora Kendall —dijo Shakespeare; otro disgusto era lo último que necesitaba—. El español es un conocido mío: un hombre honrado, un buen hombre.

—Pero es un español —replicó la viuda Kendall—. Si no aparentara ser tan dulce, no sería más que un español, un demonio intruso —hizo una pausa, y luego volvió a santiguarse—. Ni tan siquiera me atrevo a replicarle lo que ha hecho, no sea que me eche una maldición con su vil magia —su voz cayó en un susurro apenas audible—. ¿Es su amante?

—No lo sé, no puedo garantizároslo —respondió Shakespeare—. Creo que a él le gustaría serlo; pero, a menudo, hay un abismo entre lo que querría el hombre y lo que quiere la mujer.

Jane Kendall se sorbió la nariz.

—Dígaselo a ella, yo soy viuda. ¿Pero cuántas cortesanas, rameras y mujeres mundanas dicen lo mismo?

Shakespeare pensó que Cicely Sellis podía ser muchas cosas. ¿Pero una prostituta? Nunca. Aunque no lo discutió con la viuda Kendall. Hacía tiempo que no lo hacía, desde que descubrió que no valía la pena. Simplemente, se dirigió a su dormitorio.

—Debo coger mi pluma y papel, y luego iré a la taberna a cenar y, Dios lo quiera, a escribir algún verso decente.

Su casera no podía lamentarse en voz muy alta como tenía por costumbre, no cuando temía a la curandera y también que ésta le oyera. Eso le permitió salir de la casa y dirigirse a la taberna. Cuando regresó, Jane Kendall ya se había acostado. También lo hizo él, no mucho más tarde.

Se dirigía al Theatre a la mañana siguiente cuando Nicholas Skeres salió de una calle y se unió a él.

—¡Madre de Dios! —exclamó Shakespeare—. Hubiera preferido ver a un gato

negro cruzarse en mi camino antes que veros a vos. Estoy bajo sospecha porque nos conocemos, y se sabe que nos conocemos.

Skeres no se enfadó, lo que decepcionó a Shakespeare: anhelaba una discusión, incluso una pelea.

—Me iré pronto —dijo el hombre inteligente pero poco agraciado—. Pero, antes, debéis saber una cosa: Lord Burghley ya no está con nosotros. Murió ayer noche, mientras dormía.

—Dios nos salve —murmuró Shakespeare. Había esperado esa noticia desde la última vez que había visto a Nick Skeres. Aun así, oírlo le sobresaltó.

—Sí, que Dios nos salve —respondió Skeres—. Que Dios y el bueno de San Jorge salven Inglaterra; Dios, San Jorge y vos, maestro Shakespeare.

—Estoy convencido de que este paño tiene más hilos que no sólo yo —dijo Shakespeare, y Nicholas Skeres no le contradijo—. Dios quiera que Robert Cecil los controle a todos—. Skeres asintió, y desapareció. Shakespeare recorrió, penosamente, el camino hacia el Theatre, en soledad y ensimismado en sus pensamientos.

Lope de Vega y Catalina Ibáñez estaban en una taberna en Westminster donde bebían vino dulce del Rin y se miraban el uno al otro.

—Nunca me lleváis a ningún lado —se quejó Catalina—. Por lo mismo podría estar en un convento, tal es la diversión que me aportáis.

—Eso no es verdad —dijo Lope indignado—. ¿No hace tan sólo dos noches que acudimos a la pelea de osos? ¿No fue un buen espectáculo? —Sintió remordimientos al regresar a Southwark, pero lo había hecho por Catalina. Dado que, en esos momentos, era su única amante no había temido ningún desastre. Ni tampoco lo había sufrido. Había pasado un rato agradable, y creía que ella también.

Quizás así había sido, pero ahora no lo demostraba.

—¡Peleas de osos! —Soltó las palabras con desdén—. ¿Dónde están los bailes, dónde están los banquetes, dónde están los espectáculos de danza y canto a los que solía llevarme don Alejandro? A vos os lo pido, ¿dónde están? Será mejor que tengáis una buena respuesta —sus ojos centelleaban peligrosamente.

Con toda la paciencia que pudo reunir, De Vega respondió:

—Querida, don Alejandro era un noble, y un hombre que acababa de llegar de España. Es natural que le invitaran a todos esos eventos. Yo tan sólo soy un Teniente Primero. Quisiera que se me requiriera más; pero, desafortunadamente...

—¿Por qué me junté con vos? —Catalina parecía preguntárselo más a Dios que a Lope.

—¿Por amor? —respondió Lope, no obstante.

—¿Amor? —apartó esa idea de inmediato—. Cuando la Reina Isabel os lanzó esa bolsa de cuero tras representar a *El mejor mozo de España*, pensé que ibais en buena dirección. Pero al único lugar al que queréis dirigiros es al teatro inglés.

—Desearía que hablarais el idioma —dijo Lope—. Hay tanto que ver, tanto que admirar, tanto que aprender.

Catalina Ibáñez bostezó delante de sus narices.

—Tanto con lo que aburrirse. Me he aburrido a cada minuto desde que empezamos a vernos.

—¿Cada minuto? —repitió Lope—. Creo que no, mi vida —si había fingido su placer, era mejor actriz de lo que habría demostrado ser sobre el escenario.

No se dignó a responder a la astuta indirecta. En lugar de ello, dijo:

—Nunca debería haber dicho que matasteis al pobre don Alejandro en una reyerta justa. Si no empezáis a tratarme mejor, le contaré a la gente lo que sucedió de verdad, en ese jardín.

—¿Lo que sucedió de verdad? —Lope no saltó de su taburete, ni levantó la voz; ni tan siquiera se inclinó hacia delante. Pero la amenaza estaba en sus palabras y en su comportamiento—. ¿A qué os referís? Explicádmelo con más precisión.

Absorta en sí misma, Catalina Ibáñez no se percató de la amenaza, no en primera instancia.

—Bueno, pues como le aguardasteis y… y… —Su voz se cortó.

Demasiado tarde. Demasiado lento.

—No haréis eso —le habló con la misma calma con la que le explicaría que, al día siguiente, el sol iba a salir—. Si creéis que podéis chantajearme, mi amor, será mejor que lo penséis dos veces. ¿Recordáis cómo quedó el cuerpo de don Alejandro? Podría ser el vuestro.

—No os atreveríais… —Pero Catalina, una vez más, no pudo acabar la frase. Quizás Lope lo haría. ¿Qué le detendría? Ya lo había hecho con don Alejandro de Recalde.

—¿Queréis ponerme a prueba? ¿Queréis descubrir lo que haría y lo que no? —preguntó Lope—. Seguid adelante, mi vida, y sabréis todo lo que queréis saber, os lo prometo.

—¡Sois un monstruo! ¡Un animal! —dijo Catalina estridente.

De Vega inclinó la cabeza.

—A vuestro servicio, señorita. Siempre a vuestro servicio.

—¡Mi servicio! —exclamó—. El mejor servicio que podríais ofrecerme es no volver a verme.

—Si eso es lo que queréis, así será —Lope se puso en pie. Se quitó el sombrero e hizo una reverencia—. Es una pena que un hombre muriera por algo tan menudo y pasajero como es vuestro afecto; pero así es la vida. Pero incluso aunque dejemos de vernos, recordad que sabré si mentís acerca de mí a las autoridades. Puede que creáis que podéis arruinarme. Hasta puede que estéis en lo cierto, pero os prometo que me vengaré. ¿Acaso lo dudáis?

Catalina Ibáñez le lanzó una mirada como si no hubiera nada en el mundo que deseara más que eso. Pero todo lo que dijo fue:

—N-N-N-No —el titubear más aterrado que nunca había oído.

No tenía ni idea de si creerla o no. Igualmente, se negaba a preocuparse de eso. Si se dirigía a las autoridades con sus mentiras, podía ser que la tomaran en serio o no. Tanto si lo hacían como si no, el honor reclamaba que vengara el desaire. Y lo haría, cualquiera que fuera el coste que tuviera que pagar por ello. Ella debía saberlo. No era inteligente en lo referente a sumergirse entre libros, pero era astuta.

—Hasta la vista, mi antigua amada —dijo Lope con otra reverencia. —Os recordaré en mis sueños y, si Dios es generoso, en ningún otro lado más —salió de la fonda justo a tiempo para ver la procesión del funeral de Sir William Cecil, que llevaba al gran consejero de la depuesta Elizabeth desde Westminster a su lugar de descanso definitivo en la catedral de St. Paul en Londres. De Vega no había pensado que ningún inglés, sobre todo uno de lealtad tan dudosa, pudiera levantar tanta pompa. Pero cuando vio la cantidad de personas que se concentraban en la calle para dar el último adiós a los restos mortales de Lord Burghley incluso aquí en Westminster, un bastión de Isabel y Alberto y de los españoles, se dio cuenta de que los mandos no se habían atrevido a denegar la procesión por miedo a sublevaciones o cosas peores.

Cuatro caballos blancos envueltos en terciopelo negro decorado con el escudo familiar de Sir William transportaban el féretro por las calles. Más terciopelo, éste en un matiz púrpura oscuro, cubría el ataúd que transportaba el cuerpo de Cecil. Sobre el ataúd, había una efigie del noble inglés fallecido, con los brazos cruzados sobre el pecho en forma de cruz. Un palio de terciopelo negro, nuevamente distinguido con el escudo familiar de Cecil, protegía la efigie del sol de agosto.

Tras el féretro, andaba Robert Cecil, el hijo de Lord Burghley. El menudo hombre pálido, de espalda corva, parecía fuera de lugar bajo ese sol robusto; el terciopelo negro que vestía en señal de duelo solo acentuaba su palidez. Durante apenas un instante, sus ojos se encontraron con los de Lope. Asintió, como a un amigo, y siguió su camino.

Detrás de él, iban diversos ingleses destacados, de su generación y de la de su padre. Lope distinguió a Francis Bacon, quien, al ser el primo de Lord Bourghley, no se le podía culpar de llorar su muerte. Aunque, algunos de los otros sorprendieron a De Vega. Sir William Cecil había tenido más amigos de los que creía entre los que controlaban el país en nombre de la Reina Isabel y el Rey Alberto.

Muchos de esos hombres, sin duda alguna, se hubieran sentido igual de orgullosos de poder ayudar a gobernar Inglaterra a la hereje de Elizabeth. Los ojos de Lope se dirigieron al este, hacia la Torre en la que se encontraba. De modo extraño, el hecho de asesinar a la Reina María de los escoceses podría haber salvado la vida de Elizabeth. Al no querer perpetrar él mismo un regicidio, el Rey Felipe no la había imitado y la había dejado con vida.

Catalina Ibáñez salió de la taberna. Al ver a Lope ahí de pie observando la procesión del funeral que se dirigía a Londres, gruñó algo que haría sonrojar a un

arriero entrecano, y luego se marchó airada. “No creo que vuelva a verla”, pensó De Vega con un suspiro. “Tampoco necesito perder el tiempo preocupándome por ella. Está destinada a caer de pie o de espaldas o de la forma que mejor le convenga. Pero aun así…” Volvió a suspirar.

Junto a él, alguien le habló en español con acento inglés.

—Ha fallecido un enemigo peligroso de Isabel y Alberto.

—Oh. Buenos días, señor Phelippes —empezó a decir Lope— debía estar con la cabeza en las nubes porque no me he dado cuenta de vuestra presencia. Lo siento mucho —hizo una reverencia en señal de disculpa.

Thomas Phelippes devolvió, educadamente, la reverencia.

—No hay nada de qué preocuparse, Teniente Primero —siguió hablando en español, cuando Lope contestaba la mayor parte de las veces en inglés.

—Decidme —dijo De Vega—, ¿qué opináis de Robert Cecil, hijo y heredero de Lord Burghley?

Para responder a eso, Phelippes se dirigió en inglés, como si no fuera capaz de ser lo suficientemente desdeñoso en español.

—No hay que hacer caso de los cachorritos que enseñan los dientes. Es tan desobediente y ofensivo como el perro de mi señora. Un cachorro sin adiestrar, es mi opinión: le veréis alzar la pata para hacer sus necesidades sobre el regazo de una dama.

Lope se rió encantado, pues no esperaba esa respuesta.

—¿Entonces no consideráis que sea el hombre que fue su padre?

—Ni la mitad de lo que fue, señor, en nada en particular —respondió el inglés—. Ni en talla ni en circunferencia, ni en edad ni en sabiduría, ni en panza ni en rabo: un tosco maniquí, como un plato de leche desnatada que no ha visto el mundo desde tiempos de Nerón.

—Me tranquilizáis —dijo Lope—. Transmitiré vuestra opinión al Capitán Guzmán, que estaba algo preocupado con el hijo de semejante padre.

—Lejos de temer a alguien como Robert Cecil, vuestro buen capitán puede tomárselo con calma y no temer nada —dijo Thomas Phelippes—. Le he dicho lo mismo a don Diego Flores de Valdés.

—Por Dios, señor, eso son buenas noticias —dijo De Vega—. Sólo lamento que Su Majestad Católica no pueda sobrevivir mucho tiempo más al enemigo que perdonó por compasión.

—Los caminos del Señor son misteriosos, que Su nombre sea bendecido —Phelippes se santiguó. Lope hizo lo mismo. El pequeño inglés con marcas causadas por la viruela y con anteojos prosiguió—. He tenido el privilegio de pasar a limpio las partes de “El Rey Felipe” de Shakespeare, y de hacer las copias para los actores. Aunque lo construyeran con ladrillo y mármol, cualquier hombre tendría un monumento peor.

—Comparto plenamente vuestra opinión —dijo De Vega conforme.

Phelippes volvió a hacer una reverencia.

—Esperemos que la representación no deba darse pronto —dijo—. Y ahora, señor, si me disculpáis, debo marcharme. —Se marchó en dirección, o en la que Lope pensó que era la dirección hacia el palacio en el que él y don Diego ayudaban a administrar la ocupación española en Inglaterra. Lope habría tratado de regresar a Londres, pero la procesión del funeral de Lord Burghley saturaría seguramente el Strand durante algún tiempo. Ahora que Catalina Ibáñez se había ido, decidió volver a entrar en la taberna.

Durante esos días, cada vez que Shakespeare salía de su casa de huéspedes o del Theatre, la primera cosa que hacía era mirar ansiosamente en todas direcciones. No quería que volviera a aparecer Nick Skeres con más malas noticias. Y, sobre todo, no quería ver a Ingram Frizer, que podría buscarle para proporcionarle la muerte.

Estaba cenando ternera cocida y hueso con tuétano guisado con cebada, chirivías y champiñones cuando Thomas Phelippes entró en la taberna. Para entonces, había venido las veces suficientes como para que Kate le preguntara:

—¿Una copa de vino del Rin, señor, como siempre?

—Si fuerais tan amable, señorita —contestó Phelippes. Cogió un taburete y se sentó a la mesa que ocupaba Shakespeare—. Buenas noches —le dijo.

Shakespeare acaba de acercarse un hueso a la boca. Sorbió el delicioso y sabroso tuétano con un ligero sonido, casi involuntario, de placer. Luego, dejó el hueso de vuelta al cuenco; ese no era ningún antro de mala muerte, ni era un pueblerino o un rufián, para lanzar los huesos al suelo.

—Buenas noches tenga también, maestro Phelippes —dijo a regañadientes. ¿Era el pequeño hombre de cara picada compañía más segura que Skeres o Frizer? Tenía sus dudas.

La sirvienta le trajo a Phelippes su vino. Éste dejó un penique sobre la mesa. Ella lo recogió. La observó mientras ésta se marchaba con el dinero; el resplandor de las velas se reflejaba en los lentes de sus anteojos.

—Una moza prometedora —comentó.

—¿Eso creéis? —dijo Shakespeare, todo lo neutral que pudo. Echó algo de sal del salero en el cocido—. ¿Qué queréis? —preguntó en voz baja—. No creo que hayáis venido para elogiar la belleza de la señorita, por muy digna de alabanza que sea.

Phelippes asintió.

—En eso tenéis razón, señor —apuntó a la cuchara de peltre que Shakespeare había traído a la taberna—. Terminad de comer, tan rápido podáis. Me gustaría que me acompañarais.

—¿Qué? ¿Esta noche? ¿Ahora? —aulló Shakespeare. Thomas Phelippes volvió a asentir—. ¿Adónde? ¿Para qué? —preguntó el poeta—. Me había propuesto trabajar en mi propia obra esta noche. Dado que los otros dos encargos ya están finalizados,

como habréis podido comprobar. —No pudo resistir la pulla, ya que no sabía aún con certeza quién era el verdadero superior de Phelippes—. Tenía la esperanza de poder escribir una trama que nadie me hubiera impuesto.

—Estad siempre enemistado con la esperanza fingida, es un adulador —dijo Phelippes. Shakespeare le observó. Esfuerzo malgastado: no hizo más caso que una serpiente a las miradas desesperadas de un pájaro engullido por ésta. Prosiguió—. Venid conmigo. Alguien estará encantado de reunirse con vos.

—¿Alguien? —repitió Shakespeare. Phelippes volvió a asentir—. ¿Quién? —quiso saber el poeta. El otro hombre ladeó la cabeza. La llama inquieta de la vela se reflejó en los lentes de sus anteojos, efecto que le iluminó y le dio una apariencia inhumana durante un instante. Shakespeare dijo de boquilla el nombre de Robert Cecil. Phelippes volvió a asentir. A sabiendas de que no podía negarse, Shakespeare comió con rapidez. Cuando se hubo acabado la carne y las chirivías, recogió sus utensilios de escritura y se puso en pie—. Guiadme, maestro Phelippes.

Al verle dirigirse a la puerta en lugar de empezar a escribir, Kate le llamó entre sorprendida y alarmada.

—¿Va todo bien, Will?

—Bastante bien, o eso espero —respondió. Eso no la tranquilizaría. Esperó que eso inquietara a Phelippes. Si algo le sucedía, la alarma saltaría rápido. La otra cuestión era, ¿le importaba eso a Phelippes, o a Robert Cecil? Shakespeare tuvo que convencerse de que así era. Si iban a matarle cuando él no les había hecho nada, cuando había trabajado largo y tendido para cumplir con su causa, ¿cómo podían ser mejores que los españoles?

Una vez salieron de la taberna, la oscuridad era espesa, casi palpable. A medida que el mes de agosto empezaba a darle paso al de septiembre, las noches volvían a ser más largas, y más frías también. Cuando Shakespeare suspiró, pudo ver el vaho de su propio aliento. En algún lugar a lo alto, un búho ululaba. Ligeros ruidos junto a los muros revelaban que ratas y ratones proseguían su ritmo a pesar de ello.

—¿En qué dirección? —volvió a preguntar Shakespeare. En esa oscuridad sofocante, se sintió como una alimaña asustada y huidiza.

En lugar de responder con palabras, Thomas Phelippes empezó a caminar a paso ligero. “¿Podré soportar esta arrogancia? ¿Y de este personaje?” Tristemente, Shakespeare sabía que no tenía otra opción. Le siguió.

Deseó tener los ojos de Mommet. Eso le habría evitado pisar diversos montones apestosos y charcos nocivos. Por los comentarios en voz baja y las maldiciones a veces no tan en voz baja, supo que el otro hombre se enfrentaba al mismo problema. De todas formas, eso no le consolaba.

Phelippes le guió al sur y al oeste. No se dio cuenta de lo lejos que estaban hasta que vio la enorme masa de la catedral de St. Paul que se alzaba hacia el cielo tapando las estrellas. Poco después, Phelippes llamó a la puerta de una casa que no parecía ni pobre ni rica. Llamó a la puerta con un cierto ritmo: “un código”, pensó Shakespeare.

La puerta se abrió.

—¡Adentro, rápido! —dijo alguien. Phelippes entró.

Una vez más, Shakespeare le siguió. No obstante, deseó poder dar media vuelta y huir. Aunque si lo hacía, tenía muchas probabilidades de encontrarse con Ingram Frizer llevando a cabo su labor de rufián profesional. ¿Sonreiría Frizer al clavarle el cuchillo? Shakespeare no apostaría en contra.

Dentro, la luz procedía de las velas, antorchas y del fuego vivo del hogar; un fuego más adecuado para el invierno que para el verano. Robert Cecil estaba sentado en un sillón cerca de las llamas; quizás le dolía la espalda si se sentaba en taburete como hacía la mayoría de hombres.

—Buenas noches, maestro Shakespeare —dijo, e inclinó la cabeza en algo semejante a una reverencia sentada.

—Igualmente, señor —contestó Shakespeare—. Mis más sinceras condolencias por vuestra pérdida.

El hijo de Lord Burghley le señaló un taburete. Cuando se hubo colocado, nervioso como un pájaro, el joven Cecil prosiguió:

—Deberíais expresar vuestras condolencias al reino, no a mí. Mi padre falleció a una edad avanzada, pero el salvador de Inglaterra murió prematuramente. Lo que ya no puede hacer él, debo intentar hacerlo yo. ¿Cómo están las cosas por lo que a vuestra parte respecta?

—Seguramente, ya sabréis que la obra está acabada —dijo Shakespeare, y Robert Cecil asintió. El poeta prosiguió—. Y también sabréis que el Condestable Strawberry investiga quién fue el responsable de la muerte de Geoff Martin y, ahora, la de Matthew Quinn.

Cecil volvió a asentir.

—No nos merecemos nuestra libertad —dijo Phelippes— y semejante caótica situación podría hacer tambalear la estructura de nuestro diseño.

—Lo que quizás no pueda hacer Strawberry sin ayuda, por ventura lo logre con cómplices —dijo Shakespeare—. Probablemente, ya sabréis que trabaja con el Teniente De Vega.

Nuevamente, fue Phelippes el que habló.

—¿Acaso De Vega no ha sido bien y certeramente engañado? ¿No cree que formo parte de su bando? ¿Puede temerse a semejante garrote sin valor?

—Hay que temer a todo hombre que se oponga a nosotros —dijo Shakespeare, que, desde el pasado otoño, había aprendido más acerca del temor de lo que hubiera querido. Dirigió su mirada a Robert Cecil. Cecil guardaba silencio. Podría haber sido un hombre peligroso en una partida de cartas; Shakespeare no tenía ni idea de lo que podía estar pensando. Se atrevió a desear que Cecil estuviera pensando algo, y se recordó a sí mismo que Lord Burghley tenía una buena opinión de su jorobado hijo.

Un sirviente trajo copas de jerez y azúcar para endulzarlo. Todos mantuvieron el silencio hasta que el hombre hizo una reverencia y salió de la sala. Entonces,

mientras sorbía el licor, Cecil preguntó:

—¿Debería saber algo más?

Shakespeare empezó a negar con la cabeza, tal y como Robert Cecil esperaba que hiciera. Pero, luego, detuvo el movimiento.

—Quizás sí deberíais, Excelencia.

Una de las cejas de Cecil se arqueó, asombrosamente oscura en contraste con la tez pálida de su frente. Los alargados y delgados dedos se pusieron rígidos alrededor del pie de la copa. Pero su voz no delataba nada cuando dijo:

—Contádmelo, entonces.

—De la misma manera que sabéis de Walter Strawberry y de sus tratos con el español, también, probablemente, sabréis que Kit Marlowe ha regresado a Londres.

La noticia fue como soltar un halcón entre palomas. Robert Cecil se sobresaltó de tal manera que el jerez azucarado salió de la copa para caer en el terciopelo negro de su jubón.

—¡Tú, mentiroso infinito e interminable! —exclamó Thomas Phelippes.

—Os lo juro, señor, no soy semejante criatura, y condenado sea el arrogante opresivo e ignorante que me haya llamado así —respondió enfadado Shakespeare.

Antes de que Phelippes pudiera también desahogarse, Robert Cecil alzó una mano. El gesto, aunque sencillo, era un orden; Phelippes se calló al momento. Shakespeare tuvo tiempo de percatarse de ello justo antes de que la mirada del joven Cecil se posara plenamente sobre él. No era una mirada autoritaria, como la que tenía Sir William Cecil. Pero su ardiente intensidad hacía que, como mínimo, fuera igual de impactante.

—Contadme de una vez, ¡de una vez!, cómo sabéis que es cierto —dijo.

—¿Cómo, señor? Porque le he visto y he hablado con él —dijo Shakespeare—. Lleva el pelo muy corto y la barba afeitada, de manera que cualquiera podría cruzarse con él y no reconocerle; pero su voz no es tan fácil de disimular.

—Pero si embarcó en Deptford —dijo Thomas Phelippes.

—Cierto: tal y como le dije —contestó Shakespeare—. Y me dijo que desembarcó en Margate, para poder apresurarse de vuelta a Londres.

—Condenado sea —dijo Phelippes—. Hubiera sido mejor que se marchara. Ya que acabará por delatarse. No puede evitar escupir palabras como un beodo no puede evitar escupir vino.

—Si los españoles lo cogen, morirá —dijo Robert Cecil— cosa que debería saber.

—Lo sabe —dijo Shakespeare—. Pero no puede evitar lo que se cuece aquí, no más de lo que puede una grajilla que divisa algo trivial y brillante cuya utilidad es de cebo.

—Una grajilla no hace más que caer sola en la trampa: a no ser que la atrapen —dijo Cecil severo —domen y enseñen, no tendrá conocimiento de la lengua humana. Ojalá sucediera lo mismo con Marlowe.

—Si los españoles consiguen atraparle, ¿cómo se salvará? —preguntó Phelippes.

La preguntó quedó en el aire. Phelippes no la respondió. Tampoco lo hizo Robert Cecil. El silencio se encargó de hacerlo por ellos. Inmediatamente, a Shakespeare se le ocurrió una posibilidad: “contándoles todo lo que sabe”. Eso había rondado sus pensamientos desde el momento que tuvo la desgracia de descubrir que su compañero poeta no había tenido el sentido común para salir de Inglaterra cuando había podido hacerlo.

Cecil volvió a posar su mirada en él.

—Muchas gracias, maestro Shakespeare, por informarnos de esta nueva noticia. No cabe duda de que me ocuparé de ello.

—Por el modo en que lo decís, en caso de que vuestros cómplices lo encuentren, asimismo morirá —dijo Shakespeare.

Ahora, la mirada de Cecil era perfectamente opaca. Shakespeare se percató de que se había equivocado, y de que, quizás, se había equivocado garrafalmente. No se trataba de que no estuviera en lo cierto. De hecho, se trataba de que estaba en lo cierto. Cuestiones de semejante índole era mejor dejarlos sin tratar. De ese modo, el joven Cecil no tendría que admitir su plan de acabar con Marlowe prematuramente ni tampoco tendría que contarle una mentira para negarlo.

—Si se hubiera marchado lejos —murmuró Phelippes: probablemente, esa era la única respuesta que Shakespeare recibiría.

—Volveré a preguntárselo una vez más, ¿tenéis más noticias que deberíamos saber? —Cecil, esta vez, sonó como si la pregunta fuera sincera, y no una mera pregunta retórica.

Pero Shakespeare negó con la cabeza. “La próxima vez que vea a Kit, tengo que contarle que ambos bandos desean descubrir el color de su sangre”, pensó. No sabía si volvería a ver a Marlowe, pero le parecía más que probable. “Ícaro voló muy cerca del sol, y falleció por ello. Kit le supera en locura, ayudando primero a prender la llama que ahora le quemará”.

Phelippes apuntó a la puerta.

—Nos encontramos en Paternoster Row, cerca de la catedral de St. Paul —le informó—. Con esta información, ¿sabréis regresar a vuestros aposentos?

—Puedo, si es que no me asaltan o asesinan en el camino —respondió Shakespeare. Nicholas Skeres le había dicho que los bellacos de Londres habían recibido órdenes de dejarle en paz. Había visto algunas señales de que podría ser así. Pero aún estaba lejos de estar seguro de que la palabra de Skeres fuera de fiar. Y, en una noche tan tupida como aquella, incluso un asaltante de caminos honesto podía cometer un error honesto y atacarle.

La noche no era tan oscura cuando abandonó la casa como cuando entró en ésta: los tres cuartos de luna, que se asemejaba a un ángel dorado o a una señal, se habían alzado por encima de los tejados hacia el noroeste. De hecho, a Shakespeare le sirvió de muy buena guía para el camino de regreso apresurado a la casa de huéspedes de Jane Kendall.

Había salido después del toque de queda. En dos ocasiones, tuvo que ocultarse en algún portal a la sombra ante el paso de una patrulla española, siempre varios hombres juntos, ya que un español solo, una vez puesto el sol, no estaba a salvo en la calle. En una ocasión, alguien que había salido tarde, no se escondió lo suficientemente rápido. Un español le llamó. El inglés, en lugar de acercarse, salió corriendo. Entre gritos y tacos, los españoles le persiguieron. Uno de ellos disparó un arma. No siguió ningún grito, por lo que Shakespeare supuso que la bala había fallado. Esperó hasta que los soldados hubieron dado la vuelta a la esquina, luego prosiguió su camino.

Llegó a casa sin más problemas. Quizás incluso podía escribir algo. ¿Dormir? Quizás pudiera algo esa noche. No estaba seguro de ello.

XII

Lope de Vega y Cicely Sellis se encontraban ante la puerta de la habitación de la curandera. Mientras ponía la mano sobre el pomo, le avisó.

—Recordad, maestro de Vega, que somos amigos, no amantes. Espero que lo recordéis bien cuando entremos y que no tratéis de manosearme o de llevar a cabo otras descortesías.

—Que Dios lo prohíba —exclamó Lope, a la vez que se santiguaba para demostrar su sinceridad. Luego dejó escapar un suspiro melodramático para mostrar que no era tan sincero como pretendía ser. Ella le hizo una mueca. Lope le guiñó el ojo y le sopló un beso—. No enseñéis a vuestros labios a ser tan desdeñosos, ya que fueron creados para besar, dama, y no para semejante contención. Y mis besos están tan repletos de santidad como el tacto del pan sagrado.

Ella puso los ojos en blanco.

—El amor no es más que una locura, y, os digo, merece una casa oscura y un látigo igual que los locos. Ahora, jurad y jurad con sinceridad o quedaos fuera de mis aposentos.

—Como deseéis, así será —prometió solemne Lope—. Esto lo juro —y si, una vez que estuvieran dentro y a solas, ella deseaba algo más que mantener la distancia, él estaría dispuesto a hacerle el favor. Y si podía persuadirla de desear algo distinto a eso, entonces, también lo haría.

Algo en la expresión de Cicely Sellis le decía que ésta sabía perfectamente lo que pasaba por su mente. A Lope eso le fastidiaba; no le gustaba ser transparente ante las mujeres. “Al fin y al cabo, es una curandera”, se recordó, y luego, no por primera vez, recordó el otro nombre más corto que se usaba para designar a una curandera: “bruja”. Cosas que quizás se atrevería a intentar con otras mujeres, quizás sería prudente, por su parte, olvidarlas con ésta.

—Os tomo la palabra —le dijo y abrió la puerta—. Entrad y poneos cómodo.

Lo hizo, curioso al menos por descubrir cómo era la habitación de una bruja. Parecía bastante normal: cama, taburete, cómoda con palangana y cántaro, indudablemente un orinal bajo la cama. Lo único mínimamente extraño era una caja medio repleta de lana sin curtir. Eso extrañó a Lope hasta que Mommet asomó la cabeza por encima de la caja y maulló.

—Un nido ingenioso —dijo el español.

—Encaja con él —Cicely Sellis le señaló el taburete—. Sentaos —ella se sentó al borde de la cama.

Hubiera preferido sentarse a su lado, pero no podía hacerlo; no cuando ella había sido tan determinante. Mommet salió de la caja, se detuvo para rascarse tras la oreja, y se acercó a olisquear las botas de Lope. Éste acarició al gato. Ronroneó y, a continuación, trató de morderle. Retiró la mano de un tirón. Mommet siguió ronroneando.

—Bestia infiel —refunfuñó.

—Es un gato —le replicó la curandera—. Transcurrido un instante, ya no sabe lo que ha hecho. ¿Es por tanto tan distinto a los que andan sobre dos piernas?

—Lleva la traición en la sangre —contestó De Vega.

—¿Es por tanto tan distinto…? —Esta vez, Cicely Sellis no repitió toda la pregunta, lo suficiente para hacerse entender.

Al hacerlo, le dio a Lope una forma de empezar la conversación.

—¿Conocéis a alguien así? —preguntó manteniendo el tono todo lo informal y ligero que pudo—. Seguro que debéis haber oído todo tipo de cosas temerosas y curiosas.

—Los confesionarios tienes sus secretos —respondió—. Igual que mi oficio. ¿Quién hablaría con una curandera si supiera que sus palabras se difundirían en público? No menos que un cura, oigo sobre adulterios, fornicaciones, engaños y, como decís, todo tipo de formas de tentar a Adán y demostrar que somos pecaminosos hasta la médula.

Una curandera, por supuesto, carecía de la inmunidad de un cura que escuchaba confesiones. Lope no le mencionó eso. Debía saberlo muy bien. Y, tras mencionar diversas cosas sobre las que había oído, no había dicho palabra sobre la traición. Si la presionaba, que ella sospecharía. En lugar de eso, cambió, aparentemente, de tema de conversación.

—Cómo os envidio, vivís aquí, codo con codo, con el maestro Shakespeare. ¿Os ha revelado ya de qué tratará su próxima obra?

Cicely Sellis negó con la cabeza.

—No, ni tampoco ha dicho nada que pudiera ser tachado de traición mientras yo estuviera presente.

A Lope le quemaban las orejas. Resultaba no haber sido tan sutil ahí como era su intención. Aunque, si reconocía el golpe, ella pensaría que tenía más interés en espiarla que en ella misma. Tenía interés en espiarla, pero eso no significaba que no estuviera interesado en ella: todo lo contrario.

—Me alegra saberlo —dijo—. Oídos tan dulces como los vuestros no deberían oír cosas infames, asquerosas y repugnantes.

Ella ser rió. El gato estaba sentado sobre sus ancas como un perro pidiendo, mientras la miraba.

—¿Qué deberían oír entonces?

—Bueno, pues lo bella que sois —respondió al momento—. Que enseñáis a las antorchas a dar luz, que vuestra belleza es demasiado rica para usarse, y demasiado valiosa para la tierra.

Eso hizo que volviera a reírse.

—¿No os había dicho que éramos amigos? ¿Decís semejantes cosas a todos aquellos con los que mantenéis una amistad?

—No —dijo Lope—. Pero, como somos amigos, yo desearía que fuéramos algo

más. Me lo merezco. Si dijera lo contrario se me cuajaría la sangre.

—Me halagáis —Cicely Sellis sacó una baratija de cristal reluciente que llevaba colgada al cuello con una cadena. Dejó que el colgante se balanceara a un lado y a otro unas cuantas veces; atraía los ojos de Lope como el imán atrae al hierro. Entonces, mientras sonreía para sí misma, volvió a esconderlo bajo la camisa, en el valle a la sombra entre sus pechos. La mirada de él la siguió hasta que desapareció. Ver eso hizo que su sonrisa se ensanchara.

—Diríais lo mismo a cualquier mujer que os pareciera atractiva.

En eso llevaba algo de razón, pero tan solo un poco.

—He visto multitud de mujeres atractivas —dijo—. He amado a multitud de mujeres atractivas. Y, después de hacerlo, creo que amarlas sólo por su atractivo es algo pasado. —Pensó en Catalina Ibáñez y deseó no haberlo hecho—. Antes amaría a alguien que también me amara a mí por razones tan diversas y distintas como por las que yo la amara a ella.

—Os lo vuelvo a decir, no somos amantes —le dijo.

—Os lo vuelvo a decir, ¡ojalá lo fuéramos! —exclamó Lope. Que le pusiera las cosas difíciles no hacía más que encenderle más si cabía.

—Me halagáis —volvió a decir Cicely Sellis.

—No, ya que los halagos no son más que mentiras y lo que yo digo no encierra más que la verdad —dijo Lope.

—Cuando este hombre jura que dice la verdad, casi le creo, aunque sé que miente —dijo la curandera, como si se dirigiera a un público que solo ella podía ver. Luego, sin lugar a dudas, su atención volvió a centrarse en Lope—. ¿Dijisteis lo mismo a Catalina Ibáñez? ¿Dijisteis lo mismo a Lucy Watkins? ¿Le dijisteis lo mismo a Nell Lumley? ¿A Martha Brock? ¿A Maude Fuller, o nunca salisteis por su ventana?

De Vega se quedó perplejo.

—¿Cómo sabéis de ella? —Estaba seguro de que Shakespeare no lo sabía, lo que significaba que Cicely Sellis no podía haberlo oído de su boca.

—Tengo mis recursos —contestó. Él se santiguó. "*¡Bruja*! Al fin y al cabo es una bruja", pensó. Ella hizo como que no se daba cuenta y siguió hablando—. Su hermana es mi lavandera, y le gusta mucho el chismorreo.

—Oh —Lope se sintió estúpido. Cicely Sellis siempre tenía, o decía tener, un modo natural para enterarse de todo. Quizás no era una bruja; quizás era muy buena ocultando su rastro. ¿Quién podía saberlo a ciencia cierta? De Vega sabía que él no. Cada vez que creía estar seguro, le seguía la confusión.

—¿Os sentís respondido? —le preguntó.

—Sí —le contestó, más o menos, sinceramente. Llegado al meollo de la cuestión, sintió que su calentura se había enfriado. Se dio cuenta de que no iba a mentir a Cicely Sellis ese día—. Quizás sea mejor que regrese —murmuró, con el deseo de que ella le pidiera que se quedara.

Pero no lo hizo. Tan sólo le respondió con un asentimiento enérgico.

—Creo que será lo mejor. Siempre me alegra veros, maestro De Vega, y hablar con vos. Sois un hombre de partes; aunque no dejaría acceder a mí todas esas partes.

¿Alguna mujer le había dicho alguna vez algo más subido de tono para rechazarle? La mayoría de mujeres que le permitían acceder a sus camas nunca decían nada subido de tono. Hizo una reverencia y murmuró:

—Que tenga un buen día, entonces —y salió apresurado de la habitación.

También intentó salir, a toda prisa, de la casa de huéspedes; pero casi le pasó por encima a Shakespeare en su camino de salida. Ambos hombres exclamaron sorprendidos.

—No esperaba encontraros aquí, maestro Lope —dijo Shakespeare.

—Como sabéis, la señora Sellis es una amiga —contestó Lope.

—Por supuesto —respondió Shakespeare. La contestación pareció quedar en el aire. ¿Qué se escondía detrás? ¿Celos? ¿Anhelaba también el poeta inglés a Cicely Sellis? No había dado muestras de ello. ¿Pero qué demostraba eso? Él tampoco le había contado nada sobre sus anteriores amigas; no que eso fuera relevante, ya que, de todas formas, ya sabía de ellas. —¿Y qué ha pasado entre ambos? —preguntó en un tono algo amenazante.

Antes de responder, De Vega reflexionó para asegurarse.

—Hemos hablado de muchos temas, vos mismo entre ellos —si Shakespeare se imaginaba a ambos hablando, no se los imaginaría desnudos y entrelazados. No lo habían estado; pero la imaginación podía resultar ser más peligrosa que la verdad, incluso en un hombre normalmente tan poco belicoso como Shakespeare.

Pero era evidente que el inglés seguía desconfiado.

—¿Cómo llegó mi nombre hasta vuestra conversación? —preguntó, su voz era áspera.

—¿Por qué? Pues por vuestra poesía por supuesto, ¿por qué si no? —dijo Lope —. Le he explicado cómo la envidio por tener la posibilidad de saber de vuestros versos antes que nadie.

—No lo sabe —la mirada de Shakespeare encajaba con su tono—. Nadie más que yo mismo oye un solo verso antes de que llegue a manos de la compañía de Lord Westmorland. —Tosió, y volvió a reemprender la conversación ya más tranquilo—. Los ladrones se ocultan en cualquier lugar, así están las cosas. ¿No sucede lo mismo en España?

—En eso tenéis toda la razón —admitió De Vega—, y condenados sean. —Hizo un gesto como si fuera a acercarse a un taburete del salón, como si tuviera intención de sentarse y hablar un rato. Shakespeare avanzó para interponerse entre Lope y el taburete. Lope entendió la indirecta y salió de la casa de huéspedes. “Está celoso de mí; tanto si lo admite, como si no”, pensó triste. “Espero que esto no afecte a nuestra amistad”. Pero no lo deseó tanto como para estar dispuesto a dejar de ver a Cicely Sellis en otra ocasión.

El fantasma de “El Príncipe de Dinamarca” no era el único fantasma que representaba Shakespeare. De cuclillas bajo el escenario como el espectro de la obra de Christopher Marlowe “Cambises, Rey de Persia”, trató de ver la multitud a través de las grietas y de los huecos de los nudos en los tableros. Los polvos de maquillaje blanco que le cubrían el rostro y el humo que saldría con él por la trampilla hacían que le cosquilleara la nariz; esperaba no tener la necesidad de estornudar. El humo también le irritaba los ojos, pero no podía frotárselos por miedo a correr la pintura negra de alrededor.

¿Cómo reaccionaría el público cuando la compañía de Lord Westmorland representara *Boudicca*, si es que lo hacía? Sabía cómo Lord Burghley, Robert Cecil, y los otros aspirantes a rebeldes querían que reaccionara la multitud al ver una obra sobre bretones oprimidos por sus invasores venidos del otro lado del mar. ¿Daría la gente lo que los conspiradores querían? “En caso de que no sea así, que Dios se apiade de todos nosotros”, pensó melancólico.

Se puso tenso. A no más de diez pasos se encontraba Lope de Vega, con Cicely Sellis a su lado. Ella se reía de algo que el español había dicho. ¿De qué hablaban? Shakespeare ladeó la cabeza y puso la oreja contra la grieta por la que había mirado, pero no logró aislar la conversación de la pareja del resto del ruido. Encontrarse a Lope en su casa de huéspedes había sido una sorpresa desagradable. Si aún hubiera trabajado en esos momentos en *Boudicca*... Se estremeció y negó con la cabeza, como si hubiera contraído la enfermedad del sudor.

Aún tembloroso, se acercó a otra grieta unos pasos más allá. Un instante más tarde, se puso tenso y se quedó de piedra, como si la mirada de un basilisco le hubiera dejado seco. Ahí estaba Marlowe. Seguía bien afeitado y con el pelo muy corto, pero todavía seguía siendo él. No estaba muy lejos de donde estaba Lope; al contrario, estaba muy cerca. ¿Le reconocería el español a pesar de su apariencia alterada? ¿Si gritaba como cualquier mosquetero que había ingerido demasiada cerveza, reconocería Lope su voz?

“¡Márchate!” Pensó Shakespeare para sí, con tanta urgencia como pudo. “¡Vete de aquí! ¡Fuera! ¡Desaparece!” Pero Marlowe, por supuesto, ni se inmutó. Estaba ahí, de pie, como si nunca nadie hubiera querido colgarle por sodomizar a chicos. Cuando un hombre con una bandeja de salchichas se hizo camino por la multitud, Marlowe le compró una y la devoró como cualquier curtidor, vendedor de pescado seco o tintorero.

En esos momentos, Shakespeare deseó no haber empezado a mirar a la multitud que se encontraba a primera línea. De modo que, cuando descubrió a Walter Strawberry un poco más a la izquierda de Marlowe, no cayó en el pánico, como hubiera hecho en otra situación, porque ya se había hundido en la desesperación. El condestable no podía sumergirle en ese estado; no, porque ya lo estaba.

Representar la obra le supuso un gran alivio. Mientras pisaba los tablones, no tuvo que, no pudo, pensar en otra cosa. Oír a la gente gritar ante su primera aparición,

oír cómo una mujer chillaba en las galerías, le aseguraba que seguía interpretando el espectro mejor que nadie. Solo deseó tener más frases, cosa que le hubiera mantenido más distraído.

“Sí, soy un fantasma bastante bueno”, pensó mientras se agachaba nuevamente debajo del escenario, a la espera de la siguiente escena. “¿Me convertiré en fantasma de verdad antes de que este entuerto se desenmarañe por completo?” Eso también parecía más que probable.

Volvió a aparecer para hacer las reverencias pertinentes después de representar “Cambises, Rey de Persia”, aún con el maquillaje fantasmal y el turbante. Vio aplaudir a De Vega (y a Cicely Sellis a su lado); también vio aplaudir a Marlowe, lo cual le provocó una curiosa sensación de placer; incluso vio aplaudir a Walter Strawberry. Pero lo único que pasó por su mente fue “me dirijo aclamado a mi perdición”.

De vuelta al vestidor, aceptó, medio atento, todas las felicitaciones. Como sucedía siempre en una obra con fantasma, el duro trabajo de conseguir quitarse el elaborado maquillaje le daba una excusa para no prestar demasiada atención a la gente que se le acercaba. Siempre podía enjabonarse, frotarse, aclararse y decir “muchas gracias” sin preocuparse mucho por lo que trataban de explicarle. Ese día más que ninguno, le venía de perlas. Quería salir huyendo del Theatre todo lo rápido que pudiera, eso era justo lo que quería hacer.

Saludó a Lope y a la curandera, que iba de su brazo. “¿Se acuestan juntos?” se preguntó. Por la forma en que se hablaban, se tocaban y se miraban, no lo creía; pero ambos eran, en cierto modo, actores, por lo que sabían fingir mejor que la mayoría de personas. Eso le hizo preguntarse qué más debía ocultar Lope. ¿Sabía el español acerca de *Boudicca*? ¿Se tomaba el tiempo para coger a todos los conspiradores a la vez llegado el momento?

“He ahí una pregunta que desearía formular”. Pero Shakespeare también tenía que fingir. Tenía que fingir y rezar para que nadie le traicionara antes de que llegara el día, cuando fuera que llegara ese día. Y tenía que rezar para que la sublevación que seguiría tuviera éxito, ya que su fracaso le condenaría a él y a todos los componentes de la compañía de Lord Westmorland, a no ser que pudieran huir lejos de la venganza española, e inglesa.

Miraba constantemente por el vestidor por si veía a Christopher Marlowe, sobre todo después de que la compañía hubiera representado una de las obras del poeta. Kit había tenido la oportunidad de huir de la venganza española. La había tenido, y no la había aprovechado. “Chiflado”, pensó Shakespeare. Marlowe parecía haber tenido suficiente sentido común como para mantenerse alejado del lugar, donde su disfraz no tendría mucho efecto.

Shakespeare estaba a punto de salir del vestidor, del vestidor y del Theatre, cuando Walter Strawberry atravesó toda la multitud para dirigirse a él.

—Buen día tengáis, maestro Shakespeare —gruñó el condestable—. Buen día

tengáis.

—Igualmente, señor —respondió Shakespeare.

—Vuestra interpretación hoy ha sido espantosa, de hecho, muy espantosa —dijo Strawberry.

Por su sonrisa, era evidente que su intención era de alabo. Shakespeare agachó la cabeza de tal modo que esperó que lo interpretara como una modestia.

—Os agradezco mucho vuestra atenta amabilidad —murmuró. No preguntó a Strawberry qué era lo que quería. Si no lo preguntaba, tal vez resultaría que el condestable no había querido nada en concreto y le dejaría en paz.

Esperanza truncada. Strawberry plantó toda su anatomía frente a Shakespeare y le preguntó:

—¿Sabéis que en sus últimas horas en la tierra, Matt Quinn cometió traición? Es cierto, me lo ha confirmado cierto testigo.

—No lo sabía, señor —mintió Shakespeare, y se esforzó al máximo para sembrar la confusión siempre que se le presentara la ocasión—. Pero si fuera un traidor, entonces probablemente el que le mató amaba su país.

—¿Eso pensáis, eh? —dijo el Condestable Strawberry—. Bueno, tengo mi hipótesis sobre eso. Sí, hay algunas hipótesis aún por resolver, pues había un reguero de sangre donde encontramos a Quinn.

—Seguramente era sangre del asesino —dijo Shakespeare.

—Eso es lo que he dicho, ¿no?

—Dios prohíba que discuta con su señoría.

—¿Dios prohíba? ¡Dios ya lo prohíbe! Tengo que deciros, señor, que aquellos que conmigo discuten tienen razón para hacerlo después —declaró el condestable.

—No tengo duda alguna de que tenéis toda la razón —dijo, soberbio, Shakespeare.

—Pues tenedlo en cuenta —contestó el condestable—, ya que se acerca el gran día.

—Recordaré siempre vuestras palabras —Shakespeare dudó y luego preguntó—. ¿Qué tipo de traición cometió ese Matthew Quinn?

—Traición vil, ilícita: la más vil. ¿Conocéis algún otro tipo?

—¿Quizás podríais explicaros de forma más clara y sencilla?

—Pues, señor, procuro ser tan claro como esta nariz en este rostro y tan sencillo como un pavo real —replicó Strawberry—. Y no pienso exculparme más sobre este tema. El mencionado Quinn habló de forma insultante contra el Rey de España, comparándole con una simple alcahueta borrica.

—¿Una alcahueta borrica? —dijo Shakespeare con el ceño fruncido.

Walter Strawberry asintió.

—Eso es, señor, una gorda y fea que tenía dos hijas libertinas. Y si eso no es traición, ¿cómo lo llamaríais?

Shakespeare no respondió inmediatamente, trataba de encajar las piezas. Y,

entonces, con facilidad repentina y temerosa, lo hizo. Quienquiera que le hubiera contado la historia a Strawberry debía haber entendido “alcahueta borrica” por *Boudicca*: había sustituido la palabra poco conocida por esa denominación grosera. Y la Reina de los icenos tenía dos hijas que los romanos habían violado. Algo bueno del testigo que el condestable, o los españoles, habían encontrado era que éste no parecía tener ni idea de historia romana; de lo contrario, habría dado una imagen más clara de la locura de Matt Quinn. Por lo que Will Kemp había dicho sobre el incidente en el Theatre, Quinn había dicho mucho más de lo que Strawberry sabía.

—¿No lo llamaríais traición? —repitió Strawberry—. Si no traición, qué otro nombre le daríais. ¿Lo llamaríais pastel de ciruela?

—De hecho, lo llamaría traición. No lo niego —dijo Shakespeare—. Con suerte, su final llegó a manos de algún alma audaz cuya cólera desbordada no aguantó oírle injuriar así al buen Rey Felipe —nuevamente, se esforzó por alejar al condestable de la senda de la verdad.

Y, nuevamente, no consiguió llevarle tan lejos como hubiera querido.

—Este Ingram Frizer que ya he mencionado antes es lo suficientemente villano y criminal para asesinar y huir con su peluca. En mi opinión, estoy convencido de que es el responsable de la muerte de Matthew Quinn.

Dado que Shakespeare opinaba lo mismo, tenía que actuar con el máximo cuidado.

—Su Señoría lo sabrá entonces mejor que yo, ya que nunca he visto al caballero que mencionáis.

—No es ningún caballero, sino un delincuente peligroso e infernal —dijo Strawberry. Una vez más, Shakespeare estuvo de acuerdo y, una vez más, no se atrevió a mostrarlo ante Strawberry. El condestable siguió—. Es curioso que ambos tuvierais amistades en común. Realmente curioso, diría yo. ¿Qué me decís?

—Digo que Nick Skeres no es ningún amigo mío. He dicho lo mismo una y otra vez. ¿Queréis hacer el favor de prestarme atención? —Shakespeare se mostró algo enfadado. Si hubiera sido honesto, creía que habría actuado así. Y le ayudaba a ocultar su miedo.

Antes de que el Condestable Strawberry pudiera responder, otro hombre se acercó a Shakespeare: un hombre mayor, de papada prominente y apoyado en un bastón. Strawberry le hizo una reverencia.

—Buen día tenga, Sir Edmund.

—Igualmente, Condestable —le respondió Sir Edmund Tilney—. Disculpadnos un momento, si sois tan amable, para que pueda hablar un momento con el maestro Shakespeare.

—Por supuesto, por supuesto. ¿Cómo voy a negarme al Maestro de los Injuriosos? —Walter Strawberry volvió a hacer una reverencia y se marchó.

Shakespeare también le hizo una reverencia a Sir Edmund.

—Buen día tengáis, señor. ¿Qué deseáis?

El Maestro Censor miró a su alrededor para asegurarse de que Strawberry ya no podía oír nada antes de murmurar:

—Ese hombre viajará a la muerte cabalgando sobre su propia lengua.

—No habría cosa más honrada en su vida que la forma de abandonarla —respondió Shakespeare.

—Es una molestia pero, sin duda, no tan grave como eso —dijo Tilney.

—Su irritación no conoce límites —dijo Shakespeare con un suspiro—. Pero será lo que es, y le recriminaré o no. Vuelvo a preguntároslo, señor: ¿En qué puedo serviros?

—Para el asunto para el que he venido aquí, maestro Shakespeare, yo soy vuestro sirviente —contestó el Maestro Censor—. Hablo de vuestro “El Rey Felipe”.

—Ah. Decidme, señor. Lo que sea que no os guste de la obra, lo suprimiré. Ordenadme, de modo que tenga los cambios hechos a tiempo, ya que Su Majestad Católica empeora con los días —Shakespeare se santiguó.

Así mismo lo hizo Sir Edmund. Su movimiento torpe delataba todos los años anteriores a que la Armada llegara e impusiera el catolicismo y sus rituales de nuevo en Inglaterra.

—No hay ninguna necesidad de cambios; no según las reglas de mi despacho. Según las reglas de la dramaturgia... El propósito del teatro era y es mantener, tal y como era, la naturalidad. Creo que en este caso lo habéis logrado considerablemente.

—Por lo cual os doy mis más sinceras gracias —Shakespeare decía de corazón esas palabras. Si todo iba como Robert Cecil esperaba, “El Rey Felipe” nunca llegaría a representarse. Aun así, el poeta había trabajado tan duro y tan sinceramente en esa obra como para *Boudicca*. No se sentía poco orgulloso de lo que había logrado. Que el Maestro Censor, un hombre que seguramente habría visto más guiones que ningún otro hombre vivo, reconociera su calidad era algo que le llenaba de orgullo.

—Tenéis bien merecidos vuestros elogios —dijo Tilney. Shakespeare hizo una reverencia. El Maestro le devolvió el gesto—. ¿Con qué propósito os interrogaba el maestro Strawberry? —preguntó.

—Es el señor Oráculo, y cuando abre la boca hace callar a todos los perros—dijo Shakespeare amargamente. Sir Edmund se rió entre dientes. Pero Shakespeare se dio cuenta de que esa respuesta no sería suficiente. Tilney podía preguntárselo personalmente al condestable. Mejor calmarlo que dejar que Strawberry avivara la llama de las sospechas—. Busca a la persona que asesinó a Geoffrey Martin y a Matt Quinn —respondió.

—¿No creerá que esa persona sois vos? —dijo Tilney.

—No, señor; por lo que doy gracias a Dios. Pero el hombre del que sospecha y yo, tenemos un conocido en común. Razón por la que parece ser que estoy bajo sospecha, por así decirlo.

—¿Quién es esa persona en común? —preguntó el Maestro Censor.

Shakespeare deseó que hubiera decidido formularle otra pregunta.

—Un tal Nicholas Skeres, señor —dijo, de nuevo a sabiendas de que Walter Strawberry podría responder si no lo hacía él.

—¿Nick Skeres? —repitió Tilney. Shakespeare asintió. —Por los clavos de Jesucristo, hace diez años que conozco bastante bien a Nick Skeres —le explicó Sir Edmund—. Nick Skeres es un amigo de Marlowe. No jugaría con él, eso es verdad: no tiene miramiento en la ley del engaño, en el juego tanto le da estafar a un hombre importante que a un don nadie o usar un dado cargado para embaucar a un primo. ¿Pero un asesino? Lo veo difícil de creer, y le diría lo mismo al Condestable.

—Muchas gracias, si fuerais tan amable —dijo Shakespeare. Él también opinaba que Skeres era de los que usaba dados solo con números altos o solo con números bajos o con un peso siempre que creyera que podría salirse con la suya—. Los asedios del maestro Strawberry me distraen de poder seguir adelante con “El Rey Felipe”. Si pudierais tranquilizarle...

—Espero que pueda —dijo el Maestro Censor—. Los celos sin sentido son como un mástil sin puntales; el hombre que tiene una cosa sin la otra pronto caerá en la desgracia. Sí, maestro Shakespeare, hablaré con Strawberry por vos.

—Lo cual os agradezco profundamente, señor. Debería haber sido más vergonzoso con vos al respecto —dijo Shakespeare, inexpresivo.

Sir Edmund empezó a asentir y se dio la vuelta. Luego oyó lo que, en verdad, había dicho Shakespeare. Tras una de las mejores reacciones tardías que el poeta nunca había visto, Sir Edmund se rió a carcajadas.

—Sois un tipo de lo más peligroso, vil y malvado —dijo—, y conocéis vuestra presa como un cazador de conejos conoce su conejo.

—¿Qué, a qué os referís? —dijo Shakespeare. Esta vez, ambos se rieron. Tilney le dio unas palmaditas en el hombro y se marchó a conversar con Thomas Vincent. Por el modo en que el apuntador sonreía y asentía, Sir Edmund le explicaba también a él que la compañía de Lord Westmorland podía representar legítimamente “El Rey Felipe”.

Shakespeare se miró en un espejo. Refunfuñó en voz baja: se había dejado algo de pintura debajo de un ojo, y parecía como si lo tuviera morado. Se limpió el maquillaje con un paño basto, y volvió a mirarse. Esta vez asintió satisfecho.

El sol ya empezaba a ponerse por el oeste cuando salió del Theatre. El equinoccio había llegado el día anterior. Pronto, demasiado pronto, los días menguarían hasta llegar a las pocas horas de luz de otoño y de invierno. Una brisa fría que olía a lluvia hizo que se alegrara de llevar el jubón grueso de lana.

No había caminado mucho en dirección a Londres cuando vio a Marlowe sentado sobre un pedrusco cerca de Shoreditch High Street. El otro poeta, sencillamente, le esperaba.

—Márchate, corneja, anfibio, cuerpo desaliñado y poco agraciado —dijo Shakespeare.

—A vuestro servicio, señor —Marlowe bajó de la roca y le hizo una reverencia

—. Puedes interpretar al fantasma. No te lo niego. Es más, oiré en tu boca palabras muertas de Darío.

—Yo puede que haga de fantasma; pero tú, si no te vas, harás el papel de tu vida —respondió Shakespeare—. Robert Cecil sabe de tu regreso a Londres. Y si sus hombres te encuentran, serás agua pasada —no le dijo a Marlowe que él había sido el que se lo había contado a Cecil.

—¿Por qué debería buscarme para acabar conmigo? —preguntó Marlowe.

—No te hagas el inocente conmigo, falsa virgen —dijo Shakespeare, mientras se preguntaba si quedaba alguna parte de Marlowe virgen—. Sabes demasiado sobre... esto y lo otro —no mencionó nombre alguno, no mientras otras personas caminaban por Shoreditch High Street—. Sabes demasiado, y tu lengua es tan ligera como las sábanas secándose al viento. Razón más que suficiente para mantenerte callado, ¿no crees?

—¿Cómo las sábanas secándose al viento? ¡Tú, esclavo mentiroso!

—No —Shakespeare negó con la cabeza—. Kit, escucha bien: todo es verdad —chasqueó la lengua en señal de disgusto. Automáticamente le había salido un verso suelto, y no uno muy bueno.

Marlowe se dio cuenta de lo mismo.

—Diez sílabas pobres, triste verso —se mofó, también en verso libre, además de una pulla desagradable.

—Búrlate si quieres, búrlate; pero vete ya. Quédate y morirás, si no sucumbes a manos de alguien como Ingram Frizer, lo harás a manos de los españoles. Lo que sabe Cecil, probablemente pronto lo sabrán otros. ¿Acaso crees que estoy equivocado?

Caminaron un rato, mientras discutían.

—Puedo decirte que me alegro de haberme quedado para poder ver la representación —dijo Marlowe testarudo.

—La primera vez que supiste que los españoles te buscaban, te atemorizaste terriblemente —dijo Shakespeare—. Entonces fuiste inteligente. Cosa que no estás siendo ahora, esto no es más que el coraje de un loco. Por los clavos de Jesucristo, ¿no te diste cuenta de que casi pisas a De Vega allí entre los mosqueteros?

—Sí, le vi, con una nueva fulana —dijo Marlowe, con desdén en su voz—. ¿Y qué? No me reconoció.

Primero la viuda Kendall había dudado de la castidad de Cicely Sellis y ahora era Marlowe el que hacía lo mismo. Shakespeare no había discutido con su casera y tampoco valía la pena corregir a Marlowe. En lugar de eso, trató, una vez más, que el poeta tuviera un poco de sentido común.

—Aquí no eres ningún actor. Al no serlo, ocúltate, a menos que quieras llegar a oídos de aquellos que te ocultarán para siempre. Tendrías que ver cómo se resuelve todo esto, deberías hacerlo; pero no dejes que se resuelva en tu propia persona.

—El consejo de un cobarde —dijo Marlowe—. Esperaba algo mejor de ti, Will.

—Vas a lanzar tu vida por la borda, animal chiflado. Está más claro que el agua que no te importa lo más mínimo. Bueno, pues que así sea. Pero en tu locura, ¿también te llevarás por delante a la vieja Inglaterra?

—¿Qué es para mí la vieja Inglaterra o yo para ella, para que tenga que llorarla? —Marlowe parecía curiosamente sincero.

—¿Cómo dices eso? —Shakespeare se golpeó la frente—. ¿Tú me metiste en este juego, maldito demonio calvo, y ahora dices que no te gusta? ¡Vergüenza debiera darte!

Marlowe se rió.

—Como si fuera un verbo en latín, me malinterpretas. El juego me importa mucho, es por el juego por lo que regresé de Margate. Veré la representación. Y, si puedo, participaré. Sí, el juego lo es todo. ¿Pero Inglaterra? —Chasqueó los dedos—. Eso de por la vieja Inglaterra… —Asintió, se metió en un portal de una casa de vecinos y desapareció.

Shakespeare empezó a seguirle, se detuvo y empezó a murmurar maldiciones. ¿De qué serviría? De nada. Seguramente, de nada. Shakespeare no creía que Marlowe menospreciara su país como decía que hacía. Era todo fachada, todo provocación y todo ganas de impresionar. Pero si le forzaba, podría decidir actuar en consecuencia de su posición. Era mejor dejarlo solo y esperar que él solo entrara en razón.

“Hubiera sido mejor que no la hubiera abandonado”, pensó Shakespeare, “tratad a cada uno como se merece, e id a ver quién logra escapar del castigo”. Siguió reflexionando sobre esa buena idea mientras recorría las calles hacia Bishopsgate.

Enrique extendió una mano suplicante a Lope de Vega.

—Teniente Primero, tenéis que hacerme saber cuándo interpretaréis a Juan de Idiáquez en el escenario inglés —dijo el hombre de Baltasar Guzmán—. Vendré a veros, aunque sigo sin conocer tan bien como debiera el idioma.

—Me alegrará verte allí —respondió De Vega—. Me temo que no será dentro de mucho.

—Me temo lo mismo. Cada navío procedente de España trae noticias peores de Su Majestad Católica —Enrique se santiguó.

También lo hizo Lope. Por todo lo que sabía, el Rey Felipe ya podría haber muerto. Era curioso que allí en España podría estar ya enterrado mientras que, en Inglaterra, seguiría al mando hasta que llegaran las noticias de su fallecimiento. “Una obra podría tratar sobre estos cambios de tiempo y conocimiento”, pesó Lope. Se preguntó cómo podría enfocarlo.

—Que Dios proteja al nuevo Rey cuando llegue su día —comentó Enrique.

Lope asintió.

—Sí. Que Dios le proteja.

Ambos compartieron una mirada. Uno y otro sabían que Felipe III no era la

mitad, ni un cuarto, del hombre que había sido Felipe II. Lope temía por España bajo el reino del hijo de Felipe II. Pero no podía comentarlo, solo podía rezar. Últimamente, había hecho muchas plegarias.

También podía intentar sacar todas esas preocupaciones de su mente. Hizo una reverencia a Enrique casi con el mismo respeto con el que la hubiera hecho al Capitán Guzmán.

—*Hasta luego*. Me voy a Bishopsgate.

Enrique sonrió.

—Suerte con vuestra nueva amiga, Teniente Primero.

“Es una pena que sólo sea una amiga”, pensó Lope. “Bueno, si Dios está de mi parte, puede que consiga que sea algo más”.

—Muchas gracias —y salió a toda prisa del acuartelamiento en el centro de Londres.

Pero la breve charla con el sirviente del Capitán Guzmán le retrasó lo justo para que, en su salida, casi se chocara con Walter Strawberry, que entraba. No podía evitar al hombre, no importaba lo mucho que lo deseara. Con toda la amabilidad que pudo reunir, sonrió.

—Buenos días tengáis, Condestable Strawberry.

—Buenos días tengáis también, Teniente —respondió Strawberry—. He oído algo muy extraño, lo más extraño nunca oído, y he pensado que debería informar de ello a vuestros honorables oídos.

—Decidme —urgió De Vega, deseando que el inglés fuera directo al grano, si es que había un grano, y le dejara marcharse rápido para ir a ver a Cicely Sellis.

En su propio estilo, Walter Strawberry habló.

—Doña Rumores, señor, dice que Christopher Marlowe, haciéndose llamar Karl Tuesday, ha regresado a Londres y que se hacer pasar por un desconocido.

Lope se quedó perplejo. Eso sí que eran noticias, si es que eran ciertas.

—¿Cómo lo sabéis? ¿Le habéis visto?

—Como os he dicho, no con mis propios oídos —respondió el condestable—. Pero tengo muchos testimonios de ello, y algunos de estos si compartieron sus consultas.

—¿Sus consultas? —De Vega frunció el ceño, mientras se preguntaba qué era lo que trataba de decir. De repente, vio la luz—. ¿Queréis decir que...?

—Quiero decir lo que he dicho, ni una palabra más —declaró Strawberry —ha buscado consejo en Gomorra, donde se rumorea que sufre de la maldición denominada gonorrea, o quizás de sífilis.

Para decir eso había sido suficientemente liante como para ocultar a una manada de zorros de los perros de caza; pero Lope se hizo camino despiadadamente.

—¿Habéis sabido por jóvenes amantes o por sodomitas que Marlowe ha regresado a Londres? —No sabía que Marlowe estuviera enfermo, ni le importaba. Esa no era su preocupación, no en ese momento.

Walter Strawberry asintió.

—¿No lo he dicho ya?

—Uno nunca sabe —murmuró Lope. Le dio unas palmaditas en el hombro del condestable inglés—. Habéis hecho un gran servicio al informarme de esto. Creedme, señor, si Marlowe se encuentra en esta ciudad, le encontraremos. Y ahora, si me disculpáis, debo marcharme —dejó atrás a Strawberry y salió a St. Swithin's Lane.

—Pero… —le gritó Strawberry a sus espaldas. No oyó nada más, ya que corría calle abajo de camino a Bishopsgate. A cada paso, el estoque le golpeaba el muslo.

Le daba vueltas a sus pensamientos. ¿Cómo podía haber regresado a Londres Marlowe si había zarpado? ¿Para qué debía haber regresado? Dado que conocía bastante bien a Marlowe, tenía sus sospechas. Algo se estaba tramando, y el inglés quería verlo, fuera lo que fuera. Marlowe no podía mantenerse mucho más alejado de los problemas que las abejas de los tréboles en flor. "¿Qué tipo de problemas?" se preguntó De Vega. Una palabra le vino de inmediato a la cabeza: traición.

"Esto significa más preguntas que hacer a Shakespeare", pensó Lope infeliz. "Si le encuentro en la casa de huéspedes, aprovecharé para preguntárselo".

Pero la mujer mayor que regentaba la casa negó con la cabeza cuando le preguntó si Shakespeare se encontraba en la casa.

—Deberíais saberlo, señor, está en el Theatre, para ganarse el pan y poder pagar su alquiler, mi alquiler—dijo nerviosa.

Lope pensó en dirigirse directamente a Shoreditch, pero decidió que eso podía esperar. No tenía ninguna prueba de que Shakespeare supiera algo del regreso de Marlowe. En cuanto a eso, no tenía pruebas de que Marlowe hubiera regresado. De Vega deseó que Walter Strawberry estuviera equivocado, por el bien de Marlowe y porque eso significaría menos problemas en adelante.

Cuando llamó a la puerta de Cicely Sellis, ésta le abrió en seguida. Pero cuando le vio ahí de pie, se sobresaltó un poco, o más que un poco.

—Oh, maestro Lope. Yo esperaba a... otro.

—¿A Christopher Marlowe? —soltó De Vega, que empezaba a sospechar de todos.

Pero la curandera negó con la cabeza.

—No le conozco —dijo. Si actuaba, demostraba lo estúpida que era la prohibición inglesa sobre las actrices—. ¿A qué habéis venido?

—A hablar con vos, preciosa —dijo Lope, que aprovechaba la oportunidad.

Su boca hizo una mueca de desesperación.

—Bueno, pues entrad —dijo—, pero sólo un rato —aunque debió percatarse del cumplido, se mantuvo distante.

En cuanto Lope entró, se dio cuenta de que ésta esperaba a un cliente. Había símbolos astrológicos garabateados en carboncillo en las paredes y un círculo grabado en el suelo. Enormes velas prendían a cado lado del círculo. Dentro, Mommet se rascaba la oreja para acabar con una pulga, luego bostezó al español,

mostrándole los dientes afilados. Era el turno de De Vega.

—Oh —dijo mientras la luz clareaba—, ibais a leer el futuro —dejó caer.

—Sí, y por un buen precio, lo cual me viene muy bien —dijo Cicely Sellis—. Decidme lo que queríais decir y luego os ruego que os marchéis. El pájaro está a punto de llegar.

“Y no queréis que un español le asuste, sea quien sea”, pensó De Vega. “Bueno, es normal”. Más confiado en las intenciones de ella, suspiró dramáticamente y volvió a intentarlo.

—Quisiera hablaros de amor.

Su sonrisa reveló más disgusto que diversión.

—Ya os he dicho, señor, que no tengo tiempo para eso ahora. Habladme de ello otro día, os complaceré y, quién sabe, quizás os haga caso.

—¿Quizás? —dijo animado por la respuesta.

Pero Cicely Sellis asintió.

—Quizás —repitió, con la voz firme—. ¿Queréis que os prometa más de lo que podría daros?

—A fe mía, os besaría con el corazón totalmente fiel —replicó Lope.

Parecía acosada. El gato, que de modo extraño reflejaba a menudo su humor, volvió a mostrar los dientes.

—Un trato: un beso y os marcháis —dijo finalmente transcurridos unos instantes — si tiene que haber más entre nosotros, dejemos que aguarde a otra ocasión, ya que esta vez no puede ser.

—Entonces, mi dama, un beso y me marcho —prometió Lope. Ella volvió a asentir y dio un paso hacia delante. Él la tomó entre sus brazos. Dada la oportunidad, trató de aprovecharla al máximo y la apretó contra sí de manera que sus cuerpos se pegaran el contra el otro. Su boca contra la de él era dulce y cómplice.

El beso duró y duró. Pero, finalmente, llegó a su fin. Con los brazos de Lope aún alrededor de ella, Cicely Sellis le acarició la mejilla. Pero sólo le dijo una palabra.

—Adiós.

—Síííí. ¡Me arrancaréis el corazón como los salvajes de la Nueva España! —gritó Lope. Ella tan solo aguardó. Pensó en los riesgos de romper el trato con la *bruja*, lo pensó y pensó que eran demasiado elevados. Aunque sus labios aún ardían por el roce con los de ella, hizo una reverencia rígida.— Adiós —repitió y, tras girar sobre sus talones, se dirigió hacia la puerta de la habitación y salió de la casa de huéspedes.

Entre tantas prisas, casi chocó y atropelló a otro hombre que se dirigía hacia la casa de la viuda Kendall: un hombre de espalda ancha con un rostro afable y el pelo muy corto. Lope dio un paso a un lado para dejar pasar al hombre y, a continuación, se quedó helado; recordó lo que Walter Strawberry le había contado.

—¡Marlowe! —exclamó, y su espada pareció saltar de la vaina a la mano.

Christopher Marlowe se dio la vuelta. Él también llevaba un estoque. Lo liberó en un abrir y cerrar de ojos.

—¡El higo de España! —gritó. Su gesto obsceno acompañó a las palabras.

—¡Soltadlo! —le ordenó Lope—. Soltadlo y entregaos. Os he cogido. Incluso aunque me venzáis, se sabrá que estáis en Londres. ¿Cómo podéis esperar quedar libre? Rendíos ahora.

—No lo haré —Marlowe suspiró y negó con la cabeza—. Rueda de la fortuna que giráis infame, ahora lo veo, en vuestra rueda hay un punto que, en cuanto los hombres aspiran a él, se vienen abajo precipitadamente —parecía hablar más para sí mismo que para De Vega—. Yo toqué ese punto, y, al ver que no había más que eso, ¿por qué debería afligirme en mi caída? —Sin más aviso que ese, lanzó una estocada al corazón de Lope.

Lope empujó el filo a un lado. Su mano tuvo más protagonismo en esa reacción que su cerebro, aunque quizás recordaba su reyerta con don Alejandro de Recalde. Su pinchazo no fue a parar al ojo derecho de Marlowe, sino encima. El poeta inglés soltó un chillido que se desvaneció casi al momento para convertirse en un balbuceo constante. Cayó en la calle, inerte como una piedra.

Un hombre grande, rubio y de mirada brava que llevaba un sombrero desaliñado sonrió a Lope, gesto con el cual dejó al descubierto la falta de algunos dientes.

—Muchas gracias, Excelencia —dijo, y se tocó el ala del sombrero—. Acabáis de ahorrarme algo de trabajo con esto —antes de que el español le preguntara qué quería decir con eso, el hombre se marchó a toda prisa.

—Iré a por un condestable —dijo otro hombre y también se marchó a toda prisa.

—Sí, hacedlo, y de inmediato —le gritó Lope—. Y si os cruzáis con un patrulla española traedla también —miró el estoque. Las últimas pulgadas del filo estaban manchadas de sangre, sangre del cerebro de Christopher Marlowe. Fregó la espada contra el suelo para limpiarla, como había hecho después de acabar con don Alejandro.

Lope aún esperaba junto al cuerpo de Marlowe a que el condestable y sus hombres llegaran cuando las campanas empezaron a repicar, primero de una iglesia lejana, luego de otra y de otra y de otra, hasta que, no más de un minuto o dos después, el sonido metálico del bronce inundó todas las calles de Londres.

—¿Qué significa eso? —preguntó alguien. Otro se encogió de hombros. Pero Lope sabía lo que significaba, lo que debía significar, fuego y hielo le recorrieron el cuerpo.

Su Majestad Católica, el Rey Felipe II de España, tras tanta agonía, finalmente había fallecido. Y Lope de Vega, ahí de pie espada en mano, rompió a llorar como un niño.

Un oficial atildado como un gallo de pelea lanzó una pregunta en español. Shakespeare miró a Lope de Vega, que tradujo al inglés.

—El Capitán Guzmán querría saber por qué Christopher Marlowe se dirigía a

vuestra residencia cuando nos encontramos. Yo mismo, también quisiera saberlo.

—Igual que yo —respondió Shakespeare. ¿Quién podía culparle de que le temblara la voz? Los españoles habían venido a buscarle al amanecer, cuando estaba a punto de salir de casa de la viuda Kendall para dirigirse al Theatre, y lo habían llevado al acuartelamiento de éstos. Si no les gustaban las respuestas que les daba, a ciencia cierta, era hombre muerto; aunque no iba a ser el único en morir—. Creía que Kit había huido al extranjero.

¿Les había visto juntos alguien que hubiera reconocido a Marlowe? Si alguien aseguraba que mentía… Se negó a seguir pensando en eso. Si alguien aseguraba que mentía ahí mismo, los españoles no se limitarían a interrogarle. Le introducirían las preguntas, además de otras cosas distintas y más dolorosas.

—Por lo visto no —fue todo lo que dijo De Vega.

“Tú, bufón estúpido, estuviste a su lado en la representación de Cambises y no lo reconociste”, pensó Shakespeare. El Capitán Guzmán le dijo algo más en español. Nuevamente, Lope de Vega hizo los honores.

—Pregunta, que cómo puede ser que el Condestable Strawberry supiera que Marlowe había regresado a Londres mientras que vos seguíais sumido en la absoluta ignorancia.

“Maldito Condestable Strawberry”. Pero Shakespeare sabía que tenía que dar una respuesta mejor que esa.

—Quizás el condestable tiene informadores entre los hombres que se prostituyen en su dominio. Con conocimiento de los vicios de Kit, sabía que se encontraba por esas partes o dondequiera que la gente lo hubiera visto.

De Vega hablaba un español alterado al dirigirse a su superior. La respuesta del Capitán Guzmán sonaba todo menos convencida. Lope volvió a hablar, aún más apasionado.

Guzmán respondió encogiéndose de hombros.

—Fue así como Strawberry supo del regreso —dijo De Vega a Shakespeare— eso me lo contó cuando le pregunté acerca de eso.

—Bueno, pues —Shakespeare se arriesgó a mostrar indignación—. Si eso es así, ¿para qué me interrogáis acerca de algo que no sé?

Después de que De Vega hubo traducido eso en su propia lengua, Baltasar Guzmán gruñó algo que sonaba muy enfadado.

—Eso es lo que dice mi capitán — contestó Lope—. ¿Cómo es posible que, estando a la orilla de tantos pantanos de traición, vuestros pies se mantengan secos?

—Nos soy un traidor —dijo Shakespeare, tal y como debía—. ¿Cómo podría haber escrito “El Rey Felipe” si fuera semejante desgraciado macilento?

Una vez más, Lope tradujo sus palabras al español. Una vez más, no se atrevió a responder él mismo y esperó a la respuesta de su superior. El Capitán Guzmán dijo una frase breve en español.

—Esto es lo que queremos saber: si el gusano de la traición aún corroe vuestra

alma —así fue como lo dijo en inglés De Vega.

—¿“Aún”? —Shakespeare sabía que luchaba por su vida, y que no podía ceder lo más mínimo ante sus enemigos—. Estoy al servicio de vuestro capitán, maestro Lope, y decidle esto lo más preciso posible: con esta palabra da por supuesto que soy un traidor, y demuestra ser un juez injusto. Por lo que debería retractarse de lo dicho, ya que calumnia mi honor.

¿Cómo respondería a eso el Capitán Guzmán? ¿Le dejaría defender su honor con una espada? De ser así, era hombre muerto. No tenía habilidad alguna en el manejo de la espada, mientras que era más que probable que un oficial español fuera altamente peligroso con esa arma en las manos. En cualquier caso, Lope de Vega ya había demostrado serlo.

Pero Guzmán asintió e hizo una reverencia profunda. Habló en español.

—Dice que tenéis razón —dijo Lope—. No hay ninguna prueba que os inculpe, y tampoco os debería haber hablado tal y como lo ha hecho. Os pide disculpas por ello —Shakespeare también hizo una reverencia, no había esperado una respuesta así. El español volvió a hablar, esta vez severamente—. No hay ninguna prueba que os inculpe, dice, pero mucho que sospechar. Obtendremos respuestas de vos.

—Ya os he aportado todo lo que sabía —dijo Shakespeare—, y así seguiré. Preguntad lo que queráis.

Le avasallaron con preguntas acerca Marlowe, Nick Skeres, Ingram Frizer y sobre el fallecido Sir William Cecil. Tenían la mayoría de piezas del rompecabezas; pero aún no sabían cómo, o si estas piezas encajaban. Shakespeare les explicó lo mínimo posible. Ahora eso no le haría daño a Marlowe, y Skeres estaba a salvo de las garras españolas.

Cuando Shakespeare les dijo que estaba sediento, le dieron un vino blanco muy fuerte. Deseó haber mantenido la boca callada, ya que era muy probable que el vino hiciera que se le soltara la lengua y eso podría significar su perdición. Pero no pudo negarse a él, no después de haberse quejado. Sorbió cuidadosamente, sin beber demasiado.

Tras algún tiempo interminable, alguien llamó a la puerta del despacho del Capitán Guzmán. Éste gruñó una orden en español y apuntó a la puerta. Lope de Vega la abrió. Entró un inglés delgaducho con la cara picada por la viruela y que llevaba anteojos: Thomas Phelippes.

Shakespeare no supo si regocijarse o si desesperarse. Los españoles no habían dicho ni palabra acerca Phelippes, ni buena ni mala. ¿Quería eso decir que el hombrecito había conseguido cubrir su rastro? ¿O quería decir que Phelippes era uno de los suyos, un espía infiltrado en lo más profundo de la conspiración?

Fuera lo que fuera, habló en español demasiado rápido y fluido para que Shakespeare tuviera la menor posibilidad de seguirlo. Baltasar Guzmán no tardó en responderle con dureza. Phelippes hizo caso omiso del oficial. Shakespeare entendió el nombre de don Diego Flores de Valdés, el comandante español en Inglaterra.

Entendió el nombre, sí, pero no lo que lo acompañaba. El Capitán Guzmán volvió a hablar. Una vez más, Thomas Phelippes volvió a hablarle en tono condescendiente. Guzmán parecía haber mordido un limón.

Finalmente, Lope de Vega volvió a hablar en inglés.

—Don Diego está convencido de que sois un hombre honesto y leal, maestro Shakespeare, estáis en libertad para marcharos y para volver a vuestros asuntos teatrales. Después de poner en escena "El Rey Felipe"… entonces puede que volvamos a indagar en las cuestiones pendientes.

—Muchas gracias —aquí Shakespeare podía demostrar sinceramente lo aliviado que se sentía—. Y también gracias a vos, maestro Phelippes.

—No me lo agradezcáis a mí —la voz de Phelippes era muy fría y distante—. Ha sido la piedad de mi superior, no la mía. Don Diego tiene un alma buena y sencilla. La mía es menos flexible, y me maravilla su decisión, aunque debo obedecerle. Marchaos, como os ha dicho el maestro Lope, y dad gracias a Dios de que podáis iros.

—Por mi santidad, esperanza y salvación, señor, os doy las gracias —Shakespeare se santiguó—. Dios será mi esperanza, mi refugio, mi guía y farol a cada paso que dé —Volvió a santiguarse.

Phelippes y De Vega también se santiguaron. También lo hizo el Capitán Guzmán cuando Phelippes le tradujo las palabras de Shakespeare. Entonces Guzmán hizo un gesto brusco: "fuera de aquí". El poeta nunca había estado tan contento de obedecer una orden.

Fuera del acuartelamiento, el día era oscuro y gris, con gotas ocasionales de llovizna, frías y desagradables. A Shakespeare le pareció tan glorioso como el día más reluciente, caluroso y soleado de junio. Creyó que no volvería a ver la libertad. Un soldado español, un hombrecillo feroz que mostraba sus cicatrices como insignias de honor que entraba en el edificio le gruñó algo, probablemente algo como "aparta de mi camino". Shakespeare se apartó de un salto. El soldado pasó junto a él sin tan sólo dirigirle una mirada.

Shakespeare corrió al Theatre.

—¿Qué hora es? —le pidió a alguien que iba en dirección contraria.

—Pues acaba de dar la una —respondió el hombre.

Mientras le daba las gracias, Shakespeare prosiguió su camino. El público empezaba a llenar el edificio de madera en Shoreditch cuando llegó allí. Uno de los hombres encargados de recaudar la entrada trató de sacarle un penique.

—No, es el maestro Shakespeare —le dijo otro hombre—. ¿Dónde estabais, maestro Shakespeare? Todos os echaban de menos.

—¿Dónde? En la ciudad del confinamiento —respondió Shakespeare—. Pero ya soy libre, y estoy preparado, más que preparado, para recitar mis versos a las mil maravillas.

Al verle entrar en el vestidor, los actores le vitorearon. Richard Burbage le hizo

una reverencia digna de un duque. Will Kemp se acercó sigilosamente a él.

—Temíamos que hubieras corrido la misma suerte que la racha que afectó a Geoff Martin y a Matt Quinn.

—Suerte—exclamó el poeta—. ¿Así lo llamas?

—Exacto —dijo inocentemente Kemp—. Una plétora de hierro en el cuello, ¿no fue así?

—Venga, venga —ese era Jack Hungerford. Incluso Kemp tomaba en serio al ayudante de vestuario. Se marchó alicaído—. Sacaos la ropa, maestro Will, y poneos el disfraz; a menudo, la vestimenta proclama al hombre.

—¿Tengo tiempo de cambiarme? —preguntó Shakespeare, ya que iba a aparecer en la segunda escena de la comedia de Thomas Dekker.

—Lo tenéis, señor, si lo utilizáis en lugar de malgastarlo hablando —dijo, severamente, Hungerford. Sin decir palabra, Shakespeare se puso la seda y la escarlata que el ayudante de vestuario le dio.

Milagro también digno de mención, al menos en su opinión, fue que recordó su parte. Incluso consiguió que algunos se rieran con sus versos. Cuando volvió al escenario para hacer las reverencias pertinentes tras finalizar la representación, se sintió mareado, como si se hubiera pasado demasiado tiempo bailando alrededor del Palo de Mayo: ese día habían sucedido demasiadas cosas en demasiado poco tiempo.

Después, mientras se quitaba el magnífico traje para ponerse la ropa de calle, Burbage se le acercó.

—Temimos que te hubieras topado con alguna desgracia, o que alguna desgracia se hubiera topado contigo. ¿Por qué has llegado tan tarde?

—Ayer De Vega acabó con Marlowe delante de mi casa de huéspedes —respondió cansado Shakespeare—. No es necesario que un hombre sea muy listo para preguntarse por qué Kit se dirigía hacia allí. Esta mañana los españoles me llevaron con una escolta de soldados a su acuartelamiento para interrogarme acerca de las intenciones que llevaron a Kit hasta allí.

—¡Virgen santa! —murmuró Burbage. Su rostro orgulloso y carnoso se tornó pálido—. ¿Y qué les dijiste?

—Bueno, pues que no lo sabía, lo cual no es más que la verdad —¿Quién podía estar junto a Richard Burbage escuchando la conversación? Shakespeare no le aportó nada distinto de lo que había dicho a De Vega y a Guzmán. —En serio, no tenía ni idea de que el pobre Marlowe había regresado a Londres —añadió.

—Yo tampoco —negó Burbage. Él también actuaba por si había oídos ajenos que escuchaban; Shakespeare ya le había contado que Marlowe había regresado. Ambos se sonrieron entre mentiras.

Cuando Shakespeare volvió a su casa de huéspedes después de la representación, la viuda Kendall le dio una bienvenida incluso más calurosa de lo que le habían dado sus compañeros de profesión.

—¡Oh, maestro Will, pensaba que habríais muerto! —gritó—. Cuando los

españoles capturan a un hombre, pocas veces éste regresa.

—Estoy aquí, sano y salvo —Shakespeare le hizo una reverencia, como para demostrar que no había recibido ninguna tortura traumática—. No fue más que un desafortunado malentendido.

—¡Malentendido, claro! —exclamó Jane Kendall—. Un malentendido que podría haber resultado en vuestra muerte —golpeó con el regordete dedo índice—. ¿Y todo aquello del hombre acusado de sodomía, ese Marlowe, al que mató el español de la señora Sellis en plena calle como si se tratara de un perro callejero, simplemente pasaba por ahí ese día, no?

Antes de que Shakespeare pudiera responder, la puerta de la habitación de Cicely Sellis se abrió. Salió la curandera con un inglés regordete de mirada preocupada. Mommet caminaba entre sus tobillos.

—No temáis, señor, y confiad en Dios —le dijo a su cliente—. Él os protegerá.

—Que así sea, mi señora —le dijo, como si se tratara de una noble. Con un ligero movimiento de cabeza, saludó a Shakespeare y a la viuda Kendall y corrió hacia la creciente penumbra de fuera.

Cuando el hombre hubo cerrado la puerta tras de sí, Cicely Sellis dijo:

—El Teniente de Vega no es mi español, señora Kendall. Y, aunque él desearía que yo fuera su inglesa, no lo soy tampoco.

Jane Kendall se santiguó.

—Por mi fe, señora Sellis, yo-yo no pretendía ofenderos —tartamudeó—. No era más que… una forma de hablar —se iluminó—. Sí, eso es, no era más que una forma de hablar.

—Sí, es posible —las palabras de la curandera revelaban que lo aceptaba. Su tono no decía lo mismo. Pero, entonces, cuando su gato se acercó a Shakespeare y empezó a fregarse contra la pierna de éste, ella le obsequió con una sonrisa de lo que él interpretó que era alegría sincera. —Igual que la señora Kendall, estoy muy contenta de volver a veros, de volver a veros bien una vez más.

—Yo también estoy muy contento de volver, una vez más, aquí —respondió Shakespeare. Se preguntó cómo Cicely Sellis sabía de lo que habían hablado él y su casera. Ella, al fin y al cabo, había estado tras una puerta cerrada. ¿Eran sus oídos tan finos? Shakespeare supuso que podría ser posible. Dejó de rascar un lado de la mandíbula de Mommet. El gato empujó la cabeza contra su mano y ronroneó aún más fuerte.

—Tened cuidado —le dijo Cicely Sellis—. El juego aún no ha acabado. —Sonó casi como si fuese oráculo, como aquella vez en el salón cuando luego no recordó lo que había dicho justo después de decirlo.

—No soy más que un actor y algo poeta —le contestó Shakespeare—. No jugaría a juegos perspicaces —se preguntó si se daría cuenta de la diferencia entre jugaría o jugaré. Como respuesta, y para su alivio, ella solo asintió.

Se metió en su habitación, cogió sus útiles de escritura y la nueva obra, ¡su propia

obra!, en la que en ese momento trabajaba, y se fue a la taberna.

—¡Will! —gritó Kate cuando le vio entrar por la puerta—. ¡Mi querido Will! —La sirvienta se tiró a sus brazos y le besó.

—Si supiera que despertaba tantos sentimientos, habría hecho que los españoles me capturaran cada día —dijo Shakespeare. Eso hizo que unas cuantos hombres que ya estaban cenando se rieran. Y que Kate quisiera estirarle de las orejas.

Después de haber cenado, de haber escrito un rato, y después de que se fueran los últimos clientes de la taberna, ella le llevó a su minúscula habitación. Ambos hicieron el amor con cierto sentimiento de desesperación.

—Oh, tierno Will, ¿qué será de ti? —dijo—. ¿Qué será de nosotros?

Quería proporcionarle alguna mentira tranquilizadora, pero se dio cuenta de que no podía.

—No lo sé —le dijo—. Aunque dentro de poco lo sabremos. Lo sabremos —“de una manera u otra”, pensó, pero eso no lo dijo. En lugar de eso, la acarició.

—Temo que te pase algo —le susurró.

—Temo que me pase algo —respondió—. Pero debo seguir adelante, este camino no tiene vuelta atrás, cosa que no podría hacer aunque fuese posible.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Kate.

—No te lo contaré, pues podría hacerte daño al contártelo. Pronto lo sabrás —Shakespeare se levantó y se vistió rápido. Cuando abrió la puerta para marcharse, le ofreció otro manojo de palabras—. Pase lo que pase, nunca me olvides —cerró la puerta tras de sí.

Cuando regresó a la casa de huéspedes, puso algo de leña en el fuego para combatir el frío de la noche. La viuda Kendall ya se había acostado, y no podía reprenderle. De la habitación en la que luego dormiría Shakespeare, provenían los ronquidos de Jack Street. El poeta esperó a que la leña prendiera con fuerza para sentarse frente al fuego y empezar a trabajar.

No le sorprendió excesivamente oír abrirse una puerta minutos después, o ver a Cicely Sellis y a Mommet aparecer en el salón.

—Que tengáis una buena noche —dijo, y saludó con la cabeza a la curandera.

—Igualmente —le respondió ésta, y se sentó en un taburete mientras el gato ronroneaba con fuerza—. ¿Os molesto?

—Con vuestra existencia, una y otra vez. Con vuestra presencia aquí —Shakespeare le ofreció una sonrisa irónica y negó con la cabeza— no. Ya tengo líos suficientes para… —Su voz se apagó. Ya había dicho más de lo que debía, seguramente demasiado.

Cicely Sellis asintió solemne como si supiera exactamente de lo que hablaba. Quizás lo sabía, ya que dijo:

—El tema de los españoles y del maestro Marlowe asesinado como un perro en la calle —no sonó como una pregunta.

Shakespeare le miró a los ojos. ¿Cuánto sabía de Lope de Vega? Fuera lo que

fuere lo que había oído, ¿qué opinaba al respecto? Desesperado, necesitaba saberlo y no se atrevía a preguntarlo. En lugar de eso, permaneció en silencio a la espera de que fuera ella la que hablara.

Ella se encogió de hombros muy ligera y tristemente.

—Sospecháis de mí. Tantas personas que apenas me conocen confían plenamente en mí, y vos sospecháis de mí. Después de este día tan duro.

—Sólo puedo hacer lo que hago —respondió Shakespeare—. Si dijera más… —Ahora se interrumpió bruscamente; negó con la cabeza. Eso también era demasiado.

—Quizás seáis más prudentes que los demás —dijo la curandera. Y en ese momento, por su rostro, reveló que había descubierto gran parte de lo que quería saber.

Shakespeare se preguntó cuánto le habrían dicho sus traspiés y silencios.

—Pensad lo que queráis, no pretendo haceros ningún daño, ni a Inglaterra tampoco —antes de que pudiera encontrar alguna respuesta a eso, ella cloqueó a Mummet. El gato acudió como un perro bien entrenado. Murmuró un “Buenas noches” y volvió a su habitación.

Shakespeare avanzó muy poco en la obra después de eso.

Cuando, a la mañana siguiente, entró en el Theatre, se encontró que el Teniente De Vega ya estaba allí, enzarzado en una seria conversación con Richard Burbage. Burbage hacía reverencias y asentía. Al ver a Shakespeare, De Vega también hizo una reverencia.

—Ya se ha anunciado en toda la ciudad —dijo— que la compañía de Lord Westmorland representará “El Rey Felipe” el martes de la semana próxima, el día trece de octubre, cuando se haya cumplido un mes del día en que Su Majestad Católica pasó a mejor vida —el español se santiguó, Shakespeare y Burbage se apresuraron a imitarle—. Así lo ha ordenado don Diego Flores de Valdés, comandante de nuestros soldados españoles en Inglaterra. ¿Estará todo en orden para la mencionada representación?

—Sí, maestro Lope, siempre que interpretéis a Juan de Idiáquez tal y como debería ser —respondió Shakespeare.

—Ya os lo había dicho, maestro De Vega —dijo Burbage—. Si eso es así, no es necesario que busquéis otra ayuda que la mía para esta tarea.

Como jefe de la compañía, por supuesto, estaba bastante en lo cierto. Aunque, el modo descarado en que lo había dicho podría haber ofendido a Shakespeare. Hoy no. Su corazón palpitaba con fuerza. Al menos, la fecha estaba marcada. Sin mediar palabra, hizo una reverencia a Burbage y a Lope de Vega.

Ni por su vida, Shakespeare no sabría decir qué obra había representado esa tarde la compañía de Lord Westmorland, aunque había representado su papel. En su camino de vuelta del Theatre volvió en sí cuando un pequeño mendigo jorobado, mugriento y vestido con andrajos se le acercó y le rogó.

—¿Limosna, amable caballero? Que la misericordia de Dios esté en vos para que

os apiadéis de un pobre hombre hambriento.

En lugar de dejarle atrás o de mandarlo a paseo con una maldición, Shakespeare se detuvo y le observó. Donde no había sabido distinguir la apariencia, había reconocido la voz: ahí, delante de él, disfrazado de forma muy ingeniosa, estaba Robert Cecil. El hijo de Lord Burghley reía y reía, de hecho, de forma algo maníaca, ante el semblante de Shakespeare. Se recompuso y le susurró:

—¿Qué es lo que queréis, señor?

—Pues un penique, si sois tan amable —dijo Robert Cecil, y Shakespeare le dio la moneda. Al abrigo de la travesura, Cecil prosiguió, también en voz baja—. No representaréis vuestro “El Rey Felipe” el próximo martes, sino vuestra *Boudicca*. Si este y otros asuntos en marcha van según lo previsto, Inglaterra recuperará su libertad. Hasta ese día, animaos y no temáis.

Se marchó pidiendo limosna a otros en Shoreditch High Street. Shakespeare caminó hasta la casa de la viuda Kendall mientras su temor crecía a cada paso que daba.

Al ver el sol resplandeciente que brillaba sobre Londres el día señalado, Lope de Vega no podría haberse sentido más encantado. Cuando su sirviente entró en la habitación, sonrió resplandeciente.

—¡Qué magnífico día, Diego! Podría ser primavera en lugar de otoño —comentó—. Los cielos hacen todo lo posible para que “El Rey Felipe” sea bien recibida.

—*Sí, señor* —Diego parecía algo indiferente—. Ese condestable inglés, ese Strawberry, espera fuera. Quiere hablaros de algo.

—¿Hoy? ¿Ahora? ¡Por el amor de Dios! —Lope sintió ganas de tirarse del pelo—. No tengo tiempo para hablar con él. Tengo que ir al Theatre para ensayar. ¿Qué puede querer?

Diego se encogió de hombros.

—No lo sé. No hablo inglés.

—¡Por todos los santos, tampoco él! —Lope se tranquilizó—. Por lo que veo, no puedo huir de él. Dile que pase. Intentaré acabar con esto cuanto antes.

La masa sólida de Walter Strawberry parecía desbordar el espacio de la pequeña habitación.

—Que Dios os dé un buen día, señor —gruñó.

—Igualmente, Condestable —respondió De Vega—. ¿Qué sucede? Sea rápido, a ser posible, debo ir al Theatre cuanto antes.

—Sí, señor. Rápido soy, rápido seré. Y, al ser tan rápido, os contaré algo o moriré.

Siempre que Lope escuchaba a Strawberry, tenía la sensación de estar dando vueltas en círculo y que se mareaba. Tratando de mantener firme su paciencia, asintió.

—Decidme.

—¿Sabéis, señor, que el maestro Shakespeare ha hablado con indeseables en la calle?

—¿Indeseables? —De Vega se rascó la cabeza—. Seguramente estáis equivocado, ya que Christopher Marlowe está muerto.

El condestable parecía tan desconcertado como se sentía Lope.

—¿Marlowe? ¿Quién ha hablado de Marlowe? Hablo de indeseables de los que extienden la palma de la mano para pedir limosna, entre los que se encuentra un pequeño jorobado que guarda un gran parecido con el maestro Robert Cecil.

Cecil era probablemente el único nombre que podría haber recibido la plena e inmediata atención de Lope.

—¿Eso decís? —murmuró mientras se inclinaba hacia Strawberry—. ¿Eso es lo que decís? ¿Estáis seguro de ello?

—Lo estoy —Walter Strawberry asintió—. He sido testigo de testigos de ellos y también de otros que han visto lo mismo. Y si no se trata del mismo Robert Cecil, tiene un gemelo no reconocido, que tiene un desagradable físico igual que el de éste.

—¿Tenéis alguna otra prueba además de ese testigo, o del que fuiste testigo? —preguntó Lope—. Shakespeare niega toda conexión con la traición, y don Diego Flores de Valdés está muy seguro de ello. Con razón, después de escribir un obra espléndida, sí, la más espléndida, sobre la vida de Su Majestad Católica en la que tendré el honor de actuar esta tarde. Al estar todo esto así, como podéis comprobar, no pienso capturarle sin pruebas mucho más consistentes de su culpabilidad.

—Lo que tengo, señor, os lo he dado —dijo el Condestable Strawberry—. Es mi deber, y así os lo he hecho saber.

—Maldita sea —murmuró De Vega. Strawberry le había dicho lo suficiente como para alarmarlo; pero no lo suficiente para que pudiera actuar, sobre todo después de que Shakespeare hubiera quedado libre de los problemas provocados por la vuelta de Christopher Marlowe. Lope se acarició la menuda perilla mientras reflexionaba. De repente, señaló al condestable—. ¿Habéis registrado su casa de huéspedes? Si ha cometido traición, la habrá cometido con la pluma. ¿Qué sino podría haber involucrado a un poeta, a un dramaturgo? ¿Lo habéis hecho?

—¿Sin una orden? —Strawberry parecía seriamente sorprendido—. No, señor, no lo he hecho. Eso se encuentra más allá de mis límites, y más allá de los límites de cualquier inglés honrado.

—¡Qué una plaga se lleve todos los límites, tú-tú sinvergüenza! —estalló Lope. Se golpeó con el pulgar en la mejilla—. Yo no soy ningún inglés, a lo que doy gracias a Dios. Si lo que quiero es buscar, busco. Puedo y, por la Virgen santísima, vaya si lo haré. —Con la seguridad del poder que ostentaban los invasores, no tenía duda alguna de ello.

Tampoco la tenía el Condestable Strawberry.

—Hacedlo como queráis. Yo no tengo el derecho ni la obligación —Se dio la vuelta para marcharse—. Adiós, y tened cuidado, por favor.

Con cuidado o sin él, Lope corrió a la casa de huéspedes de Shakespeare. Era lo suficientemente temprano como para que estuviera satisfecho del mundo y del rumbo que el asunto tomaba. “¿Qué hago si encuentro pruebas?” se preguntó. La respuesta parecía bastante clara. “Yo actúo en “El Rey Felipe”, y luego me ocupo de arrestar a Shakespeare”. Suspiró. Arrestar al poeta después de haber escrito semejante obra le parecía una pena, pero ¿qué otra opción tenía? De Vega sabía que ninguna.

Deseó que Shakespeare ya se hubiera marchado al Theatre. Si el inglés aún se encontraba ahí, tenía riña asegurada. Se tocó la empuñadura de la espada. No quería una reputación de asesino de dramaturgos, pero la aceptaría si tenía que hacerlo.

Cuando llegó a la casa, se encontró a Cicely Sellis en el salón despidiendo a un cliente madrugador. El hombre la colmó de cumplidos mientras se marchaba. La curandera hizo una reverencia a De Vega.

—Que tengáis buen día, maestro Lope —dijo—. ¿A qué venís a estas horas?

—En busca de traición contra Su Majestad Católica, el Rey de España —dijo severamente Lope. Mommet se había tumbado en toda su extensión sobre el suelo. Al oír el tono de Lope, el gato se puso de pie, se le erizó el pelo del lomo y la cola, que parecía un cepillo para limpiar botellas. Lope le ignoró. —¿Se encuentra aquí el maestro Shakespeare o ya se ha marchado al Theatre?

—Pues hace más de una hora que se ha marchado —respondió Cicely Sellis. Ladeó la cabeza y regaló a Lope una sonrisa lenta y medio entristecida. Catalina Ibáñez habría dado la vida por tener una sonrisa como esa; hizo que el español sintiera flaquear las rodillas—. Y yo que esperaba que hubierais venido a verme a mí —añadió la curandera.

—¿En serio? —dijo Lope. Cicely Sellis ni tan siquiera asintió. Con su mera presencia, le hizo saber que no podía decir otra cosa más que la verdad. Sintió que el pulso se le aceleraba. Hiciera lo que hiciera en ese momento, nadie se llevaría nada de la habitación de Shakespeare mientras él lo hacía. Tenía tiempo. Estaba seguro de que disponía de tiempo. Le hizo una reverencia.

—Mi dama, me pongo a vuestro servicio —y así lo hizo o, al menos, parte de él.

—Venid pues —dijo, y volvió a su habitación, Mommet corrió tras ella. Lope la siguió, ansioso como un chico ingenuo en su primera vez. Cerró y atrancó la puerta tras de sí.

Como en su última visita, gruesas velas iluminaban la habitación cerrada con la misma intensidad que la luz del día. Mommet se hizo un ovillo en una esquina, bostezó y se puso a dormir. Cicely Sellis se sentó sobre la cama. Cuando Lope se fue a sentar junto a ella, ésta le volvió a sonreír, y mientras le decía “Pronto, pronto” le señalaba el taburete frente a la cama.

Algo más que un poco tímido, se sentó ahí.

—¿No me estaréis tomando el pelo, espero? —le avisó. El tono tímido de sus palabras sonó dulce.

—Por Dios, no —le contestó ella—. Y nunca deberíais tomar a una mujer por

garantizada.

De Vega no era ningún muchacho inexperto. Mucha experiencia le decía que ella le decía la verdad. Bajó la cabeza ante ella.

—Será tal y como queráis, aunque deberíais darme una razón por la que esperar.

—Os lo suplico, tened paciencia conmigo —le rogó—. Los amantes sinceros damos en extraños antojos.

Antes de que pudiera responder, ella se levantó y sacó algo de debajo del vestido: era el colgante de cristal reluciente, que ya había visto en otra ocasión, que pendía al final de una larga cadena. Empezó a moverlo de un lado a otro, de un lado a otro. Lope pensó que quizás era una costumbre nerviosa ya que apenas parecía darse cuenta de que lo hacía. El colgante reflejaba la luz de las velas y acaparaba sus ojos mientras no dejaba de balancearse. Intentaba apartar la vista una y otra vez, pero su mirada volvía cada vez al colgante.

—No, a una mujer siempre le disgusta que le den prisas, incluso que la apuren o que le digan que dé y que lo dé inmediatamente —aunque sus palabras reflejaban disgusto, Cicely Sellis hablaba con una voz suave, tranquila y afable—. ¿No es más dulce cuando se brinda libremente, cuando se ofrece de todo corazón, con el corazón contento, con el corazón a rebosar de amor, que cuando se le requiere groseramente antes de que haya llegado la hora, antes de que se esté totalmente preparado, antes de hacer aquello que, con todo el tiempo, sin duda haría?

—Sin duda —repitió Lope, con la voz abstraída. Sus palabras habían llegado a medias hasta él. Sus ojos seguían el ritmo del colgante brillante, de un lado a otro, de un lado a otro. Transcurrido un rato, no estaba seguro de que pudiera apartarlos de ahí. Pero tampoco quería, así que qué importaba.

La curandera siguió hablando, con el mismo tono suave y calmado que antes. De Vega no habría sabido decir qué le había dicho; sentía su voz básicamente como un fondo suave del movimiento infinito del colgante. De un lado a otro, de un lado a otro... Mientras lo miraba, se sentía como si casi estuviera durmiendo.

—Querido Lope, ¿me oís? —preguntó transcurrido no demasiado tiempo.

—Sí —El sonido de su propia voz le sorprendió débilmente; podía haber procedido de muy, muy lejos.

—Entonces escuchadme bien, porque os voy a contar la verdad —dijo. Él asintió; en esos momentos, no podía haberlo dudado ni lo más mínimo. Incluso mientas asentía, sus ojos seguían el movimiento de un lado a otro, de un lado a otro...—. El maestro Shakespeare no ha cometido traición. ¿Me oís?

—Os oigo. El maestro Shakespeare no ha cometido traición —cuando ella lo dijo, cuando él lo reafirmó, se debió grabar en algún lado de su mente.

—Aquí no esconde papeles que demuestren su traición; por tanto, no hay necesidad de buscar. ¿Me oís, querido Lope?

—No hay papeles que demuestren su traición. No hay necesidad de buscar —cuando ella lo hubo dicho, cuando él lo hubo dicho, así fue. La Escritura Sagrada no

podría haber sido más cierta para él.

—Tampoco tenéis la necesidad de ir a buscarle hoy al Theatre, ya que allí todo marcha bien —murmuró la curandera.

—Idiáquez… —empezó a decir Lope. Idiáquez brilló en el reflejo del colgante y desapareció—. No hay necesidad de buscar. Todo estará bien.

—Todo estará bien —repitió Cicely Sellis. Le guió a través de su catecismo dos veces más. Luego, cuando dejó de mover el colgante y volvió a esconderlo en su sitio, dijo —en señal de que habéis oído bien, cuando junte las manos, soplaréis una vela —apuntó a una— y luego volveréis a comportaros como soléis hacerlo. ¿Me oís?

—Sí, soplar una vela —repitió Lope. Cicely Sellis dio una palmada. Él parpadeó y sonrió, se sintió tan fresco como si acabara de salir de la cama tras una noche de sueño reparador. Luego, aún sonriente, se levantó de la cama y sopló una de las velas que había en la cabecera de la cama.

—¿Por qué habéis hecho eso? —le preguntó ella.

—La luz me cegaba los ojos —respondió. Un paso rápido le llevó junto a ella—. Y ahora, mi amor, mi amada, mi vida… —La tomó en sus brazos.

Ella rió, desde lo más profundo de su garganta.

—Ya volvéis a comportaros como soléis hacer—dijo y, por un instante, a Lope le pareció haber oído esas palabras ya antes. Pero luego sus labios se acercaron a los de ella, y los de ella se alzaron para alcanzar los suyos, y le importó un comino lo que podía haber oído o no.

XIII

—¿Dónde está De Vega? ¿Dónde está ese condenado español? ¿Dónde está el español? —Dentro del Theatre, las preguntas azotaban a Shakespeare una y otra vez.

—No lo sé. ¡Juro por Dios que no lo sé! —En un intento de escapar de ellas, salió del escenario y se refugió en el vestidor.

Richard Burbage le persiguió, implacable como el destino personificado.

—¿No te das cuenta, Will, de que tenemos que saberlo? —dijo Burbage—. Si hubiera venido, le hubiéramos cogido, atado, dado unos golpes en la cabeza y hubiéramos seguido adelante con el plan tranquilamente. ¿Pero dónde está? Y si aparece en el momento en que ya hayamos dado comienzo, acompañado de soldados gritando: "¡Deteneos! ¿Qué es esta traición?" ¿Lo hará, Will?

—No lo sé —volvió a decir Shakespeare. Desesperado por escapar, aunque sabía que no podía hacerlo, se dejó caer sobre un taburete con el rostro entre las manos. Presionó las bases carnosas de los pulgares contra los ojos cerrados hasta que unos destellos en espiral y unas chispas de colores iluminaron la oscuridad que veía.

Hubiera sido mejor que se cubriese los oídos ya que Burbage persistía.

—¿No sería más prudente, más seguro, que representásemos "El Rey Felipe" y no... la otra obra? —Incluso ahora, no era capaz de nombrarla—. Aún estamos a tiempo, y lo sabes muy bien.

—Dick, no sé nada de nada, ¿me oyes? —Shakespeare quiso gritarlo. En lugar de ello, de su boca no salió más que un susurro—. No hay inteligencia en mí, no hay más que un gran vacío de ingenio. Y te digo más, incluso con Lope retenido y atado, no habría seguido adelante tranquilamente, ya que la seguridad no se esconde en ninguna parte de este complicado enredo.

Burbage gruñó como si le hubieran asestado un golpe en la barriga. Shakespeare se preguntó por qué. Por lo que sabía, no había dicho más que la verdad, la única verdad que conocía. Sonorizando un gruñido doloroso, el actor preguntó:

—¿Qué hacemos entonces, Will? ¿Qué debemos hacer?

De mala gana, Shakespeare bajó las manos y le miró. —Si tienes que pensar en algo, piensa en esto: cuando te cuelguen por traidor, ¿prefieres que te cuelguen por traición contra el Rey de España o contra la vieja Inglaterra?

—Preferiría no acabar colgado—dijo Burbage.

Shakespeare se rió amargamente.

—Demasiado tarde, ya estás casi en la horca, como yo.

—Condenado seas. —Burbage lo miró furioso.

—Sí —Shakespeare asintió. —¿Y entonces?

—Venga pues, desgraciado —Burbage extendió los brazos y, con una fuerza espantosa y sin apenas esforzarse, lo levantó del taburete y lo puso en pie. El actor se soltó; pero, aún así, siguió a Burbage al escenario—. Escuchadme, amigos —dijo Burbage en un estallido: su voz envolvió todo el teatro. De todos los rincones del

edificio, las cabezas giraron para mirarle—. Escuchadme —volvió a decir—. Representaremos *Boudicca*, y que Dios nos ayude a todos.

“Más vale que lo haga”, pensó Shakespeare.

Will Kemp le hizo a Burbage una reverencia burlesca.

—Como siempre, hablas muy bien. Y cómo te quieren el verdugo y los gusanos.

Mientras se encogían de hombros, Burbage respondió.

—Que así sea entonces. Si hubiera ordenado que hoy se representara “El Rey Felipe”, podrías haber dicho lo mismo.

—¿No te colgarías antes por inglés? —dijo Shakespeare, mientras su espíritu empezaba a avivarse ahora que la muerte estaba cerca.

A modo de respuesta, Kemp se tiró de la entrepierna

—Es mejor que cuelguen bien que estar bien colgado.

—¡Vete al infierno! —exclamó Shakespeare cuando la compañía estalló en carcajadas subidas de tono. Después de eso, los actores se pusieron todos a trabajar en sus cosas mucho más tranquilos. A Shakespeare no le cabía duda de que aún estaban atemorizados, él también lo estaba; pero parecían más dispuestos a dejar ese sentimiento de lado. En un momento de tranquilidad, hizo una reverencia a Will Kemp. El bufón volvió a cogerse de la entrepierna.

El público empezó a entrar en el espacio abierto, rodeando el escenario por los tres lados. Algunos de éstos saludaban con las manos a los actores, otros lo hacía a amigos que reconocían entre la gente o a los vendedores que ya vendían salchichas, vino y castañas asadas. La gente vestida más lujosamente tomó su lugar en los bancos de las galerías. Más vendedores se paseaban por ahí.

Un caballero vestido en seda, terciopelo y encaje, con una enorme gorguera laboriosamente plegada pasó entre la cada vez más abundante multitud de mosqueteros para llamar a Richard Burbage.

—¿Qué pasa? Me han dicho que no vendéis asientos junto al escenario.

Con una reverencia, Burbage asintió.

—Os ruego me disculpéis, señor; pero os han dicho la verdad. El espectáculo que vamos a ofrecer deben verlo bien todos. Hoy prescindiremos de los asientos que interfieren con la vista del público. Mañana volverán a estar disponibles.

El caballero aún no parecía satisfecho, pero la respuesta de Burbage no le dio opción a responder. Dio medio vuelta y regresó a las galerías. Burbage y Shakespeare intercambiaron una mirada. La respuesta del actor había sido educada, convincente y falsa. La verdadera razón por la que la compañía no ponía a la venta esos asientos era para evitar que los aristócratas de sentimientos españolistas desenvainaran las espadas y atacaran a los actores cuando *Boudicca* se empezase a representar en vez de “El Rey Felipe”, que los carteles fuera del Theatre todavía anunciaban.

Shakespeare vio a multitud de aristócratas en las galerías. De algunos sabía que profesaban amor hacia España. Sobre los otros, ¿quién podía decirlo? Pero incluso esos ingleses que servían efusivamente a los españoles lo hacían por el bien de sus

intereses, más que por convicción. Si se percataban de que el viento soplaba en una nueva dirección, ¿no podía ser que cambiaran de rumbo? “Quizás lo haría”, pensó el poeta. Eso tenía un corolario que deseó poder ignorar: “O quizás no”.

Burbage hizo señas a los últimos actores que quedaban sobre el escenario que se pavoneaban ante los mosqueteros o que charlaban con éstos para que volvieran al vestidor. Shakespeare podía oler el fuerte hedor a pavor que emanaba de alguno de ellos. No cabía duda que también emanaba de él.

—¡Levantad el ánimo, muchachos! —gritó Burbage— recitad vuestra parte, os lo suplico, tal y como lo habéis aprendido; dejad que fluya con soltura de vuestras bocas. Y mientras actuéis, tened una sola cosa en la cabeza: si hoy todo marcha bien, seremos hombres con éxito asegurado por siempre jamás. A ninguno de nosotros le faltará de nada durante el resto de sus días.

Él también quería que la compañía viera el viento soplar en una nueva dirección. Por el modo en que asentían los actores, lo veían. Pero, entonces, Will Kemp se turbó. Shakespeare podía adivinar lo que iba a decir: si las cosas no iban tan bien, el resto de sus días serían breves y repletos de dolor. Shakespeare se cruzó con la mirada del bufón y negó con la cabeza. “Ahora no”, dijo de boquilla. Kemp se rió y sacó la lengua, pero se mantuvo callado.

En algún lugar a lo lejos, apenas audible por el rumor de la multitud en el Theatre, la campana de una iglesia tocó la hora: las dos. Richard Burbage señaló a Shakespeare.

—Will, ¿te encargas tú de dar el prólogo?

¡*No*! Eso era lo que Shakespeare quería gritar. Pero no podía, ahora no. Se preguntó qué parte del coraje no era más que la necesidad de no parecer ridículo antes los amigos de uno. No se trataba de un parte minúscula, si tenía que dar su opinión sobre el tema. Se mojó los labios secos.

—Lo haré.

—Entonces, ve, y que Dios vaya contigo —dijo Burbage.

El silencio casi absoluto cayó sobre el Theatre cuando Shakespeare se acercó lentamente al centro del escenario. Nunca se había sentido tan solo. Deseó que una de las trampillas por las que aparecían los fantasmas se abriera y le engullera. Pero no. Estaba allí. ¿Qué podía hacer más que seguir adelante?

Se mantuvo callado durante un rato; dejó que todos los ojos se posaran sobre él. Luego, en ese silencio casi absoluto, dijo:

“Su Gran Majestad ha fallecido.
Aquí nos reunimos para honrarle.
A Felipe he venido a elogiar,
Cuyo poder aún sentimos nuestro.
Humilde escritor soy; con esta obra
La vida del Rey yo narraré.

Imaginad la antigua Bretaña;
Boudicca, Reina de los icenos,
De los romanos vengarse quiere
Por torturarla y a sus dos hijas,
Jóvenes y vírgenes, violar.
En vuestras manos el fin está,
Sea pues victoria o derrota
Es hora de una guerra empezar.”

Shakespeare se retiró en un silencio absoluto y perplejo acompañado de algunos tímidos aplausos. No, su prólogo no se correspondía con lo que anunciaban los carteles ahí fuera. A medida que se retiraba, vio a tres o cuatro hombres, todos de entre el público y en las galerías, que, rápidamente, empezaron a movilizarse. No cabía duda de que iban en busca de Sir Edmund Tilney: por supuesto, el Maestro Censor tenía espías para asegurarse de que la obra que se representaba se correspondía con la que se anunciaba y a la que había dado su aprobación.

Pero esos espías no encontrarían a Sir Edmund, no esa tarde. Aun así, Shakespeare deseó, devotamente, que no lo hicieran. Los ayudantes de Jack Hungerford, los hombres que se encargaban de recaudar el dinero del público y un puñado de rufianes contratados para el día tenían como misión no dejar salir a nadie hasta que la obra hubiera finalizado. Para entonces, ya sería demasiado tarde.

“¿Para los españoles”, se preguntó Shakespeare, “o para nosotros?” Antes de que pudiera inquietarse más al respecto, salió un ruidoso druida de pocas palabras, los jóvenes actores que representaban a Boudicca y a sus hijas, y Richard Burbage, espada en cinto, que interpretaba a Caratach. Para bien o para mal, había dado comienzo; ya no había forma de detenerlo, no hasta el final.

“Poderosos dioses de Bretaña,
Escuchad todas nuestras plegarias,
Escuchadnos grandes vengadores;
En este día, tened piedad
De nuestras armas, y desconfiad
De la bravura de nuestros hombres.”

Dijo Joe Bordman, que interpretaba a Boudicca. No era tan bueno como habría sido Tom, pero no era católico. El nerviosismo aportaba vida a su voz, mientras proseguía:

“Tristes recuerdos de nuestros fallos

En cada corazón redoblad;
¡Haced que nuestra venganza a Roma
Infinita e interminable sea!
¡Terror sobre nuestras picas hoy hay,
Horror en nuestras ejecuciones;
Truenos en nuestros carros armados;
Frustración y muerte para las tropas;
Que la vergüenza no les ataña!
Alzaos, vestigios de la muerte,
Cuyas hazañas nuestro druida canta.
¡Valientes esqueletos, alzaos!
¡No permitáis que esta infame tierra
Oprima vuestro honores, mientras
Que el orgullo de Roma os fulmina
Y aniquila todas las historias!”

Con un gran movimiento de brazos, el hombre que interpretaba al druida respondió:

“Gran Taranis, que los sacerdotes
Sagrados, de truenos espantosos,
Tanto veneramos por encima
Del resto de dioses inmortales;
Fuego voraz y flechas letales
Usad para que a casa regresen.
¡Herid cada corazón romano
Con confusión; sus almas volad,
Destruidlos; segad sus falanges,
Como segáis al árbol; agitad
Sus cuerpos, acabad con sus fuerzas
Y sus fortunas desarraigad,
Que así, confusos, en la ruina caigan!”

Epona, la hija mayor de Boudicca, levantó el grito de condena contra los invasores romanos:

“¡Oh, Dios, querido y temido Dios,
Si vuestro sabio juicio condena
La violación de mujeres (oh, sí,

Mujeres creadas por vos mismo),
Sus deshonras y los sufrimientos
De aquellos con cuyos sacrificios
El incienso arde, escuchadme!
Contra estos romanos vuestra furia
Desatad; vuestro poder desprecian,
Mientras a nosotros nos corrompen,
Vengaos con vuestra ira mortal,
Mostrad vuestra gran fuerza y haced
Justicia, en nombre de esta isla sagrada,
De lo que Roma es o ha sido!”

Las primeras murmuraciones surgieron de entre la multitud, la gente empezaba a darse cuenta de a quién iba a alabar la obra. La hija menor de Boudicca, Bonvica, continuó en la misma línea, con las siguientes palabras:

“Ved, santo Dios,
Ved cómo os han robado las masas;
Nuestro honor, ¡oh, hermana, nuestro honor!
¿Pueden ser dioses y sus pecados
Encubrirse?”

Un encargado se ocupó de encender el fuego sobre el altar frente al cual el druida se colocó de pie. Boudicca dijo:

—Prende, buen augurio.

Interpretando a Caratach, Richard Burbage dio un paso adelante y apuntó con su espada como si fuera a sacarles los ojos a todos. Su potente voz habría hecho lo mismo cuando declaró:

“Saludo a nuestros dioses bretones.
Divino Audate, lleváis las riendas
De batallas y guerras feroces,
Que orgulloso las ruedas del carro
Sobre cuerpos y heridas pasáis,
Dadnos fuerza, buenos enemigos,
El viento a nuestro favor, de heridas
Que tememos protegednos; de ira
Dotadnos y de luchas a su altura.
Nada una herida es, no muy profunda;

Libre la sangre de la guerra es.
¡Dejad que Roma su poder muestre,
Y que vuestra pequeña Bretaña,
Grande en fortuna, la iguale en fuerza
Orgullo y atrevimiento! Roma,
Hoy y aquí, no ganará más tierras,
Tan solo cuerpos.”

—Ahora estoy tranquila —dijo Boudicca. Salieron acompañados del lamento de las flautas.

Pero antes de esa música, el silencio sepulcral llenó el Theatre mientras los actores abandonaban el escenario. En ese silencio, alguien de la galería superior, gritó:

—¡Traición! ¡Estúpida traición! —estalló una reyerta. Con un grito salvaje, alguien cayó de la galería para acabar con un ruido sordo entre los mosqueteros. Nadie volvió a gritar traición.

—¡Que siga la obra! —gritó alguien desde la misma galería—. ¡Por Dios y por San Jorge, que siga la obra! —Resonó una gran salva de aplausos. Shakespeare se sintió sobrecogido. “Recuerdan que son ingleses”, pensó.

Aparecieron los romanos de la segunda escena del primer acto. Cuando la gente asimiló los cascos y corazas españoles, incluso los ingenuos y los zopencos que no habían entendido el sentido hasta ese momento, de repente, lo comprendieron. Y cuando uno de los romanos dijo:

“Con nuestras radiantes armaduras,
Mientras marchamos, daremos caza a
Las estrellas del cielo y sus ojos
Captaremos con nuestros brazos
Tan admirados.”

Los silbidos y abucheos que surgieron de todos los rincones no eran más que una muestra de la admiración que sentían por las armas españolas.

—Ha surtido efecto —dijo Burbage de vuelta en el vestidor.

—Sí, quizás —Shakespeare asintió cautelosamente.

—Ha surtido efecto “aquí” —arregló Burbage—. ¿Qué hará la ciudad más allá del Theatre? —Shakespeare solo pudo encogerse de hombros, y desear que Robert Cecil y sus cómplices también hubieran planeado eso. Burbage no tenía tiempo para quedarse y seguir preguntando; volvía a aparecer en la siguiente escena.

Tal y como había sucedido en la vida real mil quinientos años atrás, la gran

rebelión de los icenos contra la ley tirana romana se representó sobre el escenario. Un oficial legionario gritó desesperado:

"Las colinas de sus partisanos
Repletas están; y los valles
Cubiertos de dardos, como páramos
De juncos comunes; no nos queda
Terreno para atacar, espacio
En el que luchar. Fortuna y esfuerzos
Aquí nos han traído, infinitos
Y ágiles son, todos moriremos;
Mujeres desahuciadas, sin miedo
Ni temor nunca visto, el diablo
Entre las multitudes se esconde;
Si los hombres fracasasen, ellas
Cruelmente nos envenenarían;
Si los hombres fracasasen, curas
Suficientes para reducirnos.
La destrucción nos derrotará,
Tratados como simples motines,
A la perdición nos dirigimos.
Desesperada y súbita ejecución:
La salvación ya no tiene fin,
La prudencia, peligros entraña."

Espadas, picas y alabardas chocaron a la vez. Guiados por Burbage, Caratach, los actores que interpretaban a los bretones perseguían a los que interpretaban a los romanos sobre el escenario. ¡Cómo rugía la multitud!

Y Boudicca, también exultante, gritó:

"¡Dioses bretones! ¡Estos romanos
Robustos, óxido de las armas,
Vergüenza absoluta de soldados!
¿Hombres que conquistan por herencia?
¿Cazadores de fortunas? ¿Julios,
Que miden la riqueza por el sol,
Que hacen del mundo una Roma, un César?
¡Cómo huyen! De César el alma débil
Han recibido, sudan aceite y
La tentación aman, no las armas.

Cómo esto se atreven a mandar,
¿Chicas romanas? ¿Grata, Bretaña?
Ya dos veces les hemos vencido,
Caratach, ya los ha dispersado;
Razón de canciones vergonzosas;
Fue mujer, sí, mujer quien venció,
¡Una mujer a los romanos venció!”

Antes de que Richard Burbage pudiera pronunciar la contestación de Caratach, alguien dijo, no muy fuerte, una palabra:

—¡Elizabeth! —El nombre recorrió todo el Theatre.

La excitación corrió junto al nombre, como si la mera mención del nombre prohibido a lo largo de diez años, pudiera ayudar a recordar a todos lo que Inglaterra era antes de que llegaran los españoles y lo que podría volver a ser. Shakespeare asintió para sí mismo. Había esperado eso. Ver que lo que había esperado se hacía realidad... ¿Qué escritor podía esperar más?

Y Burbage, como Caratach, dejo que el nombre de Elizabeth se repitiera una y otra vez antes de decir:

“Eso parece. Un hombre, un guerrero,
De hablar así, se avergonzaría.”

Boudicca preguntó:

“Mi valiente primo ¿Es vil decir,
Que libertad y honor se nos brindan,
Y lo que los dioses nos apoyan?”

—No, Boudicca —Caratach, negó con la cabeza—.

“Las palabras los hechos no exceden.
De los romanos has dicho que son
Temerosos, muchachas romanas,
Los posos de placeres manchados:
¿Así es un líder? ¿Son así?”

—No son más —respondió Boudicca—. ¿Ahora les adoras?

Caratach volvió a negar con la cabeza:

“Amo al contrario, nací soldado;

Al enemigo que me reta,
Que mi cuerpo con su espada apunta,
En mi amante se convierte. Himen
Ocre, nunca amarré con más júbilo
Una virgen nostálgica; casado
Con el hombre que me hiere estoy:
¿No los son todos estos romanos?
Estas cicatrices son fruto de
Diez batallas, y todas romanas;
Diez largos años de noches frías
Y duras marchas (cuando tormentas
Gélidas la coraza atravesaban,
Dudaba si el metal de mi cuerpo
Formaba parte) he aguantado,
Todo por estos romanos.”

Por supuesto, Boudicca no le iba a hacer caso. Ahí residía la tragedia: en su ambición, al creer que podría echar al poderosos Imperio Romano de las costas bretonas. “¿No somos también demasiado ambiciosos con los españoles?” se preguntó Shakespeare. Tuvo un escalofrío. “Y si lo somos, moriremos con más ferocidad de lo que nunca soñó la reina bretona”.

La obra siguió adelante. Los romanos, presionados por los icenos, pasaban por la agonía del hambre. El Marcus de Will Kemp, el bufón que trataba de dar un poco de color a la situación, dijo:

“Todos mis cohortes fascinadas;
Nunca piensan en carne, ni hablan
De lo que es el forraje: cordiales
“Vayas” son para soldados gáleas.
¡Vivir de la carne! ¿Cómo,
Engrasando nuestros cuerpos? Práctica
Lasciva, lenta, que nos descubre
Como simples mortales. Nos lleva
A luchar, como camellos, con las
Bolsas bajo nuestras narices.”

Hizo un gesto cómico antes de continuar.

“Estamos enamorados: bien

Vendernos sabemos, que se sepa.
Dejadnos morir de hambre, podemos
Arrastrarnos como cangrejos a
Nuestras muchachas. Enamorados,
Es nuestro ejemplo, seguidlo todos
Con pensamientos salados, mucho
Pan salvado y el hambre ha acabado.”

Con las manos sobre la prominente barriga, abandonó el escenario.

Shakespeare se acercó a toda prisa.

—¡Muy bien interpretado!

—¿Cómo no? —respondió Kemp—. Quizás, cuando esté en la horca, el verdugo me haga el mismo elogio. Espero que estés a mi lado para oírlo.

—¿Si tú vas a la horca, dónde se supone que estaré yo sino ahí también? —preguntó Shakespeare.

—Si tú vas a la horca, espero estar en otro lugar —contestó el cómico.

Poenius, el oficial que no iba a mandar a sus legionarios a ayudar a Suetonio, gritó desesperado a medida que los bretones avanzaban contra sus compañeros romanos:

“¡Gran batalla en las colinas viene!
Sus capas doradas como escamas
De dragón relucen, marchan como
Asalto al caer; mirad, observad,
Veréis cómo Roma se evanesce.
Si fracasan, mirad, carro armado
Allí aguarda ¡Un nuevo ejército!
La muerte triunfante avanza, Drusus,
La destrucción las bestias fustiga,
Y entorno a él miles de almas huyen.
Frente a ellos, truenos la tierra aran;
Hasta el final, soñaré con lo que
La poderosa Roma era.”

El combate siguió sobre el escenario. Ahora, en lugar de ser los icenos los que aniquilaban a los romanos, eran los romanos, restablecidos, los que aniquilaban a los bretones. Los mosqueteros —sí, y las galerías también— se lamentaban consternados cuando Boudicca, sus hijas y Caratach se enclaustraron en la última fortaleza para resguardarse del despiadado e implacable asedio romano. Poenius cayó sobre su espada por vergüenza.

En la fortaleza, Boudicca habla furiosa a los soldados que le han fallado, entre

gritos:

"¡Vergüenza! ¿Por qué huis bretones
Nefastos? ¿A la matriz de vuestras
Madres correréis a resguardaros?
¡Liebres, más que ira tenéis palomas
Temerosas! ¿Fallarme a mí?
¿Desolada a vuestra reina dejáis?
¿Qué los romanos sus hijas vuelvan
A violar y maltratar? ¡Cobardes!
¡Que la vergüenza siempre os persiga!
¡Todo está perdido! Mirad, cómo
Los romanos sentencian nuestra muerte."

Desde la galería sobre el vestidor, que hacía las veces de fortaleza para la batalla, Epona habló al general romano, Suetonio:

"Escuchadme, recordadme bien
Y miradme frente a frente al rostro,
Mi rostro de mujer, cuya única
Belleza es el odio que os profesa;
Sólo ver el temor, una sombra
De terror, palidez no causada
Por la ira, vuestra piedad despierta.
No, estúpido, condenado estúpido,
No nacimos para vuestros triunfos,
Ni para seguir vuestros deportes,
Ni como motivo de abucheos
Y vítores de vuestros esclavos.
Veréis cómo, a pesar de todas las
Alas de águila, crearemos un
Mundo sobre vosotros; desde nuestra
Cumbre nos agacharemos, sin
Temer vuestros talones sangrientos."

Se lanzó a la muerte. Cuando Shakespeare oyó los gemidos, cuando oyó a las mujeres llorar —sí, también a algunos hombres— supo que, a pesar de lo que sucediera fuera, él había hecho todo lo que estaba en sus manos ahí dentro.

Entre tanto, entre los romanos que habían sitiado la fortaleza de los bretones, el Marcus de Will Kemp declaró:

"Digo que a grandes damas no más

Améis; no os equivoquéis, no guardan
Entretenimiento. Todo oculto
Se encuentra entre sus sedas robadas;
Hechas para ver y no tocar,
Sus cuerpos de carácter tan débil
En pedazos se fragmentarían
En una cama salvaje. No,
Dadme algo que pueda aplastar.”

Lo ilustró, con prominentes gestos lascivos. La multitud, que había llorado la muerte de la pobre Epona violada, ahora reía lascivamente por los comentarios de un soldado al que le gustaba la idea de las violaciones.

Pero, un momento más tarde, los espectadores aclamaron a Caratach cuando éste y el último batallón de los icenos aparecieron. Caratach degolló a Marcus; Richard Burbage disfrutó al matar a Kemp, aunque sólo fuera en la obra. Tras esa victoria, Caratach dijo:

“Mi esperanza atraviesa el fuego,
Atraviesa brechas imposibles,
Atraviesa batallas invencibles,
Atraviesa a la misma muerte,
Para siempre, ahora, mis amigos,
Se ha marchado. No me quedaré
Para aguantar risas y relatos.”

Se lanzó hacia los romanos que acompañaban a Suetonio y murió en la lucha.

Dentro de la fortaleza de los icenos, la esperanza también empezaba a morir. Mientras que los romanos de abajo les asediaban cada vez más, Boudicca y Bonvica se encontraban en la almena desde donde Epona se había suicidado. Bonvica preguntó:

—¿Dónde debemos ir cuando muramos?

—¡Extraña pregunta! —le replicó Boudicca a su hija más joven—. ¡Al lugar sagrado, mi amor! Dulzura eterna.

—¿Vendrás conmigo?

—Sí, mi querida niña —respondió Boudicca.

—¿Sin romanos? Me resisto a encontrarlos allí.

—“Sin hombres viles que de la violencia
Y la dura opresión viven. Allí
Solo cabe el bien y la bondad.”

—Querida madre, acabemos ya —dijo Bonvica—. ¿Tenéis la copita que el druida os dio?—

Juntas se tomaron el veneno. Bonvica murió al instante. Boudicca, que dejó la mayor parte a su hija para asegurar su muerte, resistió hasta que los romanos, guiados por Suetonio, irrumpieron en la fortaleza y llegaron a la almena.

—Estúpido —le dijo al general—.

"Al vencer, la muerte deberíais
Haber frenado; habéis sudado
En vano por mí: ¡miradlo aquí!
Es mío, mi amigo; vuestra piedad
Risa me causa. Y yo seré
Una profeta antes de morir.
Una criatura real, ¡el cielo
La bendecirá!, desde la cuna,
A su país miles y miles
De bendiciones promete, que el tiempo
Cumplirá. Aunque muy pocos serán
De los hoy vivos que lo verán,
Modelo será para los príncipes
De su época y consiguientes:
Ni la Reina de Saba tanta virtud
Y sabiduría cobijó.
Virtudes y gracias reales
En ella se duplicarán;
La verdad la nutrirá. Será
Amada y temida, pero siempre
Bendecida. Todos sus enemigos
Ante ella temblarán como paja
Al viento. Durante su reinado
La gente segura podrá comer;
El honor y la grandeza de su
Nombre crecerá, y nuevas naciones
Serán fundadas. Florecerá en
Todas las llanuras colindantes.
Los hijos de nuestros hijos serán
Testigos y al cielo loarán."

—Habláis maravillas —dijo Suetonio, con el sobrecogimiento en su voz.

“Será vuestra reina verdadera,
Engendrada, nacida y criada
Entre vosotros. De manera que,
Como bretones que todos sois,
Es natural que la defendáis,
Y que no sólo la protejáis
Poniendo en peligro vuestras vidas,
Sino que así mismo la auxiliéis
Con todo a vuestro alcance. Por vuestro
País, vuestro querido país,
En el que os nutriréis, lucharéis.
Vuestra tierra nativa es, la más
Dulce, ¿Cómo no vuestra tierra amar?”

Boudicca moribunda consiguió asentir débilmente y pronunció sus últimas palabras hacia un Theatre sumido en un silencio sepulcral:

“Eso es cierto, sí. ¡Oh! ¡Siento el veneno!
Los bretones nunca nos sumimos,
Ni nos sumiremos, al orgullo
De un conquistador; antes morir.
Aunque tres cuartas partes del mundo
Vinieran armadas: regresarían
Derrotadas. No hay nada capaz
De afligirnos, mientras los bretones
Nos mantengamos leales.”

Cayó de espaldas y falleció.

Shakespeare dio un paso adelante, para acercarse a la parte delantera del escenario. En un gran silencio, interrumpido sólo por sollozos, dijo:

“No habrá epílogo aquí, a no ser
Que vosotros lo hagáis; si libertad
Es lo queréis, id y tomadla.”

Ahí de pie, esperó quizás durante unos doce latidos de corazón. Esto era incluso más duro que cuando había pronunciado el prólogo. Si fallaba al final… De repente, sin aviso previo, el silencio se rompió, no en aplausos, sino en un gran clamor de

cólera hacia todo aquello que Inglaterra había tenido que soportar durante los diez años que hacía que los españoles habían llegado e instaurado a la fuerza a Isabel y Alberto en el trono inglés. Si Shakespeare hubiera sido el Rey o la Reina extranjeros, ese clamor le hubiera estremecido.

Siendo quien era, miró perplejo al público. Todo lo que habían contenido a lo largo de esos diez años, ahora salía de golpe. Al grito de: “¡Perros españoles!” y otras cosas, mucho peores, los espectadores se volvieron en contra de algunos de los suyos que sabían que eran partidarios de los invasores. En las galerías, se desataron varias reyertas serias; la mayoría de la gente de clase alta, los que podían permitirse esos sitios, eran partidarios de los españoles y de Isabel y Alberto.

Más hombres que luchaban, y también algunas mujeres que chillaban histéricas, cayeron o fueron arrojados a los mosqueteros. Sus cuerpos precipitados caían sobre la gente abajo, lo cual debió herir seriamente a más de uno. Los espectadores golpeaban, asestaban puñetazos, daban patadas y, sin duda, atracaban, a los más ricos que, literalmente, caían en sus manos. Daban por supuesto que todo aquel que era arrojado estaba a favor de los españoles. Shakespeare se preguntó si estaban en lo cierto.

En la galería del medio, la más lujosa del Theatre, un aristócrata con un fino jubón de brillante seda blanca alzó su voz por encima del estruendo:

—¡A la Torre! ¡A la Torre, a liberar a la Reina! —era atractivo y algunos años más joven que Shakespeare, de pelo oscuro y con una barba rojiza escasa sobre las mejillas, pero larga en la barbilla y cortada recta al final, y labios muy, muy rojos—. ¡A la Torre, yo os guiaré! —Como si se tratara de una entrada teatral, el sol se reflejó en el estoque que blandía.

—¡A la Torre! ¡A la Torre! ¡A liberar a la Reina! —Gritó un hombre de propósitos firmes dispuesto a encender a todos los demás. Cuando el aristócrata descendió, los mosqueteros le rodearon y lo alzaron a hombros.

—¿Quién es ese tipo de la pequeña nobleza? —preguntó Shakespeare a los actores en el escenario tras él. Habían salido para hacer sus reverencias; pero la multitud, totalmente apasionada, los había olvidado.

—¿Acaso no conocéis a Sir Robert Devereux? —Richard Burbage parecía sorprendido. Shakespeare sólo se encogió de hombros. Nunca se había preocupado mucho de reconocer de vista a los aristócratas. Eso se lo dejaba a Burbage, un hombre socialmente más ambicioso; de hecho, era un arribista como ninguno.

Entonces fue cuando Edward, el ayudante del encargado de vestuario, actor en ciernes, que aún llevaba su casco y su coraza “romanas”, levantó la espada como había hecho Devereux.

—¡A la Torre! —gritó—. ¡A la Torre, a liberar a la Reina! —Pasó corriendo junto a Shakespeare, saltó del escenario, y se unió a la multitud enloquecida que salía del Theatre.

Ocho o diez actores, algunos de los que habían interpretado a los romanos y otros

a los icenos, le siguieron; ahora, aliados contra los españoles.

—¡A la Torre! —gritaron, uno detrás de otro. El joven que había representado a Epona lanzó la peluca y corrió tras ellos, aún vestido de mujer.

Y, entonces, para sorpresa y consternación de Shakespeare, Burbage y Will Kemp dieron a la vez un paso hacia delante, ambos con la sencilla intención de marchar también hacia la Torre de Londres. Shakespeare cogió a Burbage del brazo.

—¡Detente, Dick! —le ordenó—. No permitas que esta locura infecte tu buen juicio. ¿Puede un enjambre de violentos autómatas tirar abajo esos muros de piedra gris? Los soldados que se encuentran allí llevarán a cabo una horrible carnicería. No lances tu vida por la borda.

Antes de que Burbage pudiera responder, lo hizo Will Kemp.

—Los soldados de los muros llevarán a cabo una carnicería, sí, y tienen estómago para hacerlo. ¿Pero realmente crees que será así? Una conspiración que se ha gestado en el Theatre seguramente no fracasará a pies de la Torre.

Shakespeare lo consideró. Por supuesto, los planes de William Cecil, ahora de Robert Cecil, iban mucho más allá de la representación de *Boudicca*. El poeta lo había visto desde el principio. Lo había visto, pero no había visto todo lo que ello significaba. Estaba claro que, en esa situación, Kemp veía más de lo que había sabido ver él.

—Llegados tan lejos, Will, ¿no sería mejor que te dieras cuenta de lo que han conseguido tus palabras?

—De eso hablaba Kit Marlowe cuando regresó a Londres —dijo Shakespeare— y mucho lo disfrutó —pero Burbage y Kemp saltaron a la vez al suelo sucio en el que los mosqueteros habían estado hasta escasos momentos antes. Una vez más, Shakespeare descubrió que la necesidad de no parecer un cobarde antes sus amigos le hacía seguir adelante en los momentos en los que el temor le hacía echarse atrás. Entre maldiciones en voz baja, maldiciéndose por el suicidio que iba a cometer y por su estupidez, también saltó.

Otro romano del escenario saltó a su lado y le ofreció un cuchillo, diciéndole:

—Yo puedo prescindir de él, ya que también dispongo de esta larga espada.

—Muchas gracias —dijo Shakespeare. No podía imaginarse el bien que haría la daga contra los arcabuces y los cañones de las guarniciones en la Torre. Pero tenerla entre las manos le daba cierta seguridad.

Únicamente una estrecha entrada daba acceso y salida al Theatre, era mejor para evitar que los estafadores entraran sin pagar. La multitud tardó algún tiempo en poder pasar por ahí. Shakespeare se preguntó si el retraso enfriaría el ánimo. Pero no; los gritos de “¡A la Torre”, “¡A liberar a la Reina!” y “¡Dios bendiga a la Reina!” sonaban una y otra vez.

Cuando, finalmente, Shakespeare logró salir del edificio, vio que se alzaban gruesas columnas de humo negro en diversos puntos de Londres. Entre el estruendo y el barullo a su alrededor, el crepitar distante de los arcabuces y las pistolas era cada

vez más constante; el lento retumbar del disparo de un cañón llegó hasta sus oídos. La ciudad ya se había alzado contra sus ocupantes.

—¿No te lo había dicho? —le chilló Will Kemp al oído.

—Sí. Y tenías razón —Shakespeare daba la razón cuando era justo y admitía lo que, difícilmente, podía negar.

Bramando hacia Bishopsgate, la multitud del Theatre gritaba el nombre de Elizabeth una y otra vez, cada vez más fuerte, con más ferocidad. Pedían la cabeza de Felipe II, de Felipe III y de todo español nacido. También pedían la muerte de Isabel y Alberto. Y, de vez en cuando, alguien recitaba un verso o dos de *Boudicca*. El orgullo se agolpó en el pecho de Shakespeare. “Soy el padre de esto”, pensó. “No el único padre, pero padre nada menos”.

No habían avanzado mucho en el desorden desvencijado de las casas de vecinos, tiendas y antros del distrito sin muro de Bishopsgate, cuando un condestable —no Walter Strawberry sino un hombre más joven y delgado con una barba rubia pelirroja — se plantó en medio de la calle, alzó una mano, y gritó:

—¡Alto, ahí! ¡Alto, os digo! ¿A qué se debe este indecoroso altercado?

Se lo mostraron. Alguien a la cabeza del grupo alborotador se agachó, cogió una piedra y se la lanzó. Le dio al condestable en plena cara. Shakespeare, más alto que la mayoría, vio cómo la sangre chorreaba de la nariz totalmente destrozada del condestable. Con un gemido, el hombre se tapó la cara y cayó de rodillas. Toda la multitud pasó por encima de él, le golpearon, le dieron patadas, lo pisotearon y apuñalaron.

Para cuando Shakespeare pasó por ahí, el condestable no era más que una mancha roja pisoteada en la tierra apestosa. Al poeta se le revolvió el estómago. Siguió adelante, tratando de no vaciar el contenido de éste. “Y yo soy el padre de esto”, se dijo, mientras deseaba poder encontrar una dulce y tranquilizadora mentira a eso, “no el único padre, pero padre nada menos”.

La gente miraba desde las ventanas y los portales. Incluso allí, rara vez los asesinatos se llevaban a cabo tan abiertamente. Incluso allí, pocas veces las maldiciones se gritaban tan alto, o surgían de tantas gargantas a la vez. Y si algo podía atraer a tenderos y peones, a ladrones y asaltadores, a sirvientas y rameras, el asesinato público y las maldiciones en voz alta parecían ser los imanes perfectos. La multitud, como por arte de magia, se duplicó.

Con cada paso más cercano a Bishopsgate, la alarma crecía en Shakespeare. Los españoles y los salvajes irlandeses que montaban guardia en la entrada no iban a dejarse coger por sorpresa como había hecho el desafortunado condestable. (¿Tenía mujer? ¿Hijos? Ya no volvería nunca a casa para reunirse con ellos). Si tenían tiempo, cerrarían las puertas ante esta avalancha. Incluso si no lo tenían, seguramente se mantendrían firmes y lucharían.

La luz del día empezaba a debilitarse, el sol empezaba a esconderse entre el humo que se alzaba en dirección a Westminster. Aunque había luz más que suficiente para

ver que Bishopsgate seguía abierta. Los vítores surgieron de innumerables voces, vítores y un grito renovado: “¡A la Torre! ¡Todos a la Torre!”

La sangre manchaba las piedras grises de los muros de la entrada. Una bota española yacía hecha añicos ahí cerca. Esas fueran las únicas señales que Shakespeare vio de que los soldados habían estado allí. ¿Habían muerto? ¿Huido? “Seguramente, algunos habían muerto”, pensó, mientras observaba las gotas de sangre y la bota y se preguntaba qué le habría sucedido al hombre que la llevaba.

“¡Todos a la Torre! ¡A la Torre! ¡A liberar a Elizabeth! ¡A liberar a la Reina!” Estos gritos salvajes se hacían cada vez más sonoros a medida que la multitud del Theatre, y la de las casas de vecinos detrás de los muros, entraban a Londres como un ejército conquistador. “¿Pero hasta qué punto eran un ejército conquistador?” Shakespeare se preguntó, y deseó no haberlo hecho.

Pero no eran el único enjambre perdido en la ciudad. Más gritos y abucheos surgieron: algunos eran de personas solas, otros de batallones. La locura se había desatado. Quizás Robert Cecil lo había hecho mucho mejor de lo que creía.

—¡Un español! ¡Un español! —Surgió un nuevo grito. Del mismo modo que unos cazadores hubieran gritado “¡Un zorro! ¡Un zorro!” Shakespeare alcanzó a ver al español, vio cómo el horror se le reflejaba en el rostro, vio cómo se daba media vuelta y empezaba a correr, y vio cómo un inglés le placaba como en un partido de fútbol el martes de Carnaval. El español cayó con un gemido. No volvió a levantarse más.

Si los españoles hubieran podido poner una fila de arcabuceros frente a la multitud alborotada que procedía del Theatre y hubiera descargado sobre ésta, la habrían disuelto. Shakespeare estaba seguro de ello. Una fila de piqueros armados también podría haberla detenido. Incluso así como estaban las cosas, los mosqueteros y la gente de las casas de vecinos -algunos aún gritaban que había que liberar a Elizabeth- se separaban del grupo para saquear las tiendas que más les tentaban.

Pero no había ninguna hilera de españoles feroces, de rostros enjutos y morenos. Los gritos y lamentos y los disparos sordos sugerían que los españoles estaban muy ocupados, desesperadamente ocupados, en algún lugar de Londres. Cuando, casualmente, Shakespeare y Burbage se volvieron a encontrar durante un instante, el actor dijo:

—Quizás hayan montado una base en la Torre.

—Es probable —le confirmó infeliz Shakespeare. Esos muros se habían construido con el objetivo de poder detener a un ejército, y esta... cosa a la que se había unido era todo menos eso.

Se dirigieron hacia Tower Hill, donde había visto el auto de fe el año anterior. Un sonoro bramido, un bramido de triunfo, se alzó entre los hombres delante de él cuando pasaron la cima de la colina y bajaron a toda velocidad hacia Tower Ditch y hacia los muros que había detrás. Y, cuando el mismo Shakespeare alcanzó la cima, miró hacia delante y también rugió de alegría, de sorpresa y de repentina esperanza.

Will Kemp tenía razón, mucha razón, incluso más que eso. Todas las entradas de la Torre de Londres estaban abiertas.

Tras besar tiernamente a Cicely Sellis para despedirse, Lope de Vega se detuvo en una taberna cercana para comer algo y tomarse una copa de vino para celebrar su conquista. La copa de vino se convirtió en dos, luego en tres, y luego en cuatro: una conquista como esa bien merecía una buena celebración. Para cuando decidió dirigirse al acuartelamiento español, el reloj ya había tocado la una. Eso no le preocupó. Por lo que podía recordar, no había ningún sitio en el que tuviera que estar.

Por lo que podía recordar… Aunque, otros, quizás recordaban más. Acababa de llegar a St. Swithin's Lane cuando un grito sorprendido procedente del final de la calle dijo:

—¡Teniente De Vega! *Madre de Dios*, señor, ¿qué hacéis aquí a estas horas?

—Ah, hola Enrique —dijo Lope—. Regreso al acuartelamiento, por supuesto. ¿Qué debería hacer sino?

Lo dijo a modo de broma. Pero el sirviente del Capitán Guzmán le observó perplejo.

—¿Qué deberíais hacer sino? *señor*, ¿no vais a interpretar, no deberíais estar interpretando, a don Juan de Idiáquez en la obra de Shakespeare, *El Rey Felipe*, dentro de media hora? Ahora me dirigía al Theatre para veros. Por Dios y todos los santos, señor, nunca habría esperado encontraros aquí.

—Don Juan de Idiáquez… —Lope bostezó. Dijo el nombre como si nunca antes en su vida lo hubiera oído. De hecho, así lo sentía. Pero, en ese momento, fue como si le arrancaran la venda que llevaba delante de los ojos. La memoria, la verdadera memoria, fluyó de vuelta: el recuerdo de porqué debería estar en el Theatre, y el recuerdo de porqué había ido primero a la casa de huéspedes de Cicely Sellis, ¡a la de Shakespeare!

Se santiguó, no una vez, sino una tras otra. Al mismo tiempo, maldijo tan groseramente como supo; obscenidades grandiosas, apisonadoras, guturales que hacían que los ojos y la boca de Enrique se abrieran cada vez más. A De Vega le daba igual. Quería darse un baño; aunque sabía que ni tan siquiera eso haría que volviera a sentirse limpio. Se preguntó si nunca algo volvería a hacer que se sintiera limpio.

—Esa *bruja*, esa ramera, me ha embrujado, Enrique; me ha embrujado, me ha violado y me ha enviado de vuelta como un… como un… no sé como qué. Y eso significa, eso tiene que significar que…

—No lo entiendo, *señor* —le interrumpió Enrique—. No entiendo nada de nada.

—¿Entiendes lo que es la traición? ¿Entiendes lo que es la traición obscena, vil y oscura? Y la traición está a punto de caer, ¡pronto, por Dios!, de lo contrario nunca hubiera... —De Vega no perdió el tiempo en acabar la frase. Se dio media vuelta y volvió a recorrer el camino hecho por St. Swithin's Lane.

—¿A dónde vais? —le gritó Enrique.

—Primero, a acabar con esa *puta* —gruñó Lope—. Y luego, al Theatre, para hacer todo lo que pueda para detener cualquiera que sea la locura que ahí estén tramando —incluso furioso, se dio cuenta de que no podía, seguramente no podría, hacer eso solo. Apuntó a Enrique con un dedo—. En cuanto a ti, vuelve para avisar al Capitán Guzmán. Dile que mande un pelotón de hombres al Theatre lo más rápido que pueda. Dile que es malo, muy malo, todo lo malo que puede ser. ¡Corre, maldita seas!

Enrique corrió como si diez millones de diablos le persiguieran. Lope se apresuró hacia Bishopsgate a una velocidad, a paso decidido, a caballo entre caminar y trotar. Una furia oscura se agolpaba en su interior. Nunca hubiera imaginado que una mujer pudiera utilizarle de semejante modo. Entendía a mercenarias como Catalina Ibáñez, pero lo que le había hecho Cicely Sellis era diez, cien, mil veces peor. No sólo le había robado una parte de él, sino que, además, había disfrutado a su costa después para hacerle perder más tiempo y asegurarse de que no recordara esa parte.

“Y no lo habría recordado, de no haberme topado con Enrique”, pensó salvajemente. “Pero vuelvo a ser yo mismo, y pagará por ello. ¡Vaya, si lo pagará!” Sus manos se aferraron hambrientas a la empuñadura de su estoque.

Acababa de girar por Lombard Street y de pasar la iglesia de St. Mary Woolnoth cuando divisó una patrulla de soldados españoles delante de él.

—¡Vosotros! —les gritó, he hizo un gesto perentorio—. ¡Venido conmigo!

El sargento le reconoció.

—¿Qué queréis de nosotros, Teniente De Vega? Hay lugares que tenemos que ir a controlar, y ya vamos tarde.

Lope puso las manos sobre la cadera.

—Y yo tengo que coger a una *bruja* y poner fin a la traición que ha cometido —respondió—. ¿Qué es más importante?

Mientras tragaba saliva, el sargento se puso firme.

—¡A vuestras órdenes, *señor*!

—Más te vale. ¡Vamos, y que nuestro Dios también nos acompañe!

Las campanas de St. Mary Woolnoth dieron las dos. En todo Londres, docenas, cientos, de campanas de iglesias repicaron la hora. De Vega empezó a maldecir. Debería estar en el Theatre. La compañía de Lord Westmorland debía estar representando *El Rey Felipe*. ¿O no? Si no representaban eso, ¿qué sino? No lo sabía. No podía saberlo. Pero podía suponerlo, y todas sus suposiciones hacían que los escalofríos le recorrieran la espina dorsal.

Y entonces, de repente, tuvo otras cosas de las que preocuparse además de la compañía teatral. Alguien subido a un tejado lanzó una piedra o un ladrillo a la patrulla. Cayó sobre el morrión de un soldado. El hombre se tambaleó, pero se mantuvo en pie.

—¿Te encuentras bien, Ignacio? —le preguntó el sargento.

—Sí, gracias a Dios, tengo la cabeza dura —contestó el soldado—. ¿Pero, dónde está el hideputa cobarde que ha lanzado eso? Voy a matar a ese cabrón.

Antes de que el sargento pudiera responder, un orinal salió volando de la ventana de un segundo piso, y no sólo su contenido, sino todo el orinal. Cayó entre dos españoles, y salpicó de mugre a toda la patrulla. Y, entonces, cuando aún estaban maldiciendo ese acto; se disparó una pistola. Con un grito de dolor, un soldado se desplomó al suelo, mientras se agarraba la pierna. Sangre carmesí empezó a brotar de entre sus dedos.

Alta, aguda y plena de excitación, una voz gritó en inglés.

—¡Muerte a los españoles!

Y, como si esa voz fuera la mecha ardiendo que llevaba a un barril de pólvora, un coro enorme reanudó el grito.

—¡Muerte, muerte, muerte a los españoles! —en un abrir y cerrar de ojos, el grito se repitió en todas las calles de Londres—. ¡Muerte, muerte, muerte a los españoles!

La mente de Lope se aclaró y enfrió como el hielo que había imaginado que le recorría la espalda. De repente, la patrulla que había parecido tan segura y fuerte se sintió pequeña y desamparada como un bebé. Asintió al sargento.

—Eso es. Van a sublevarse —su propia voz encerraba cierta certeza espeluznante.

El sargento trató de mirar todas las ventanas que daban a la calle. El humo aún se arremolinaba en una. El disparo había salido de ahí; pero, qué probabilidades había de que el pistolero aún se encontrara allí. Escasas, muy escasas. No ordenó a sus hombres que fueran tras el asesino, como habría hecho de no haber oído ese grito desalentador. En lugar de eso, mientras asentía a Lope, espetó:

—¿Y qué hacemos ahora, *señor*?

—Vencer o morir; así de sencillo —respondió Lope. Pero no era exactamente tan sencillo. También miró a su alrededor como había hecho el sargento y trató de evaluar todas las opciones a la vez. Estaba claro que la patrulla nunca llegaría al Theatre, ni tan siquiera a Bishopsgate. Deseó que no hubieran herido al soldado. No podía soportar la idea de dejar al hombre ahí solo, pero llevarlo con ellos les dificultaría el camino. —Creo que es mejor que volvamos al acuartelamiento —dijo de mala gana—. Allí, tendremos a más de los nuestros de nuestro lado.

—Sí, señor —el sargento parecía aliviado. Ahora que había recibido órdenes, sabía qué hacer con ellas—. José, Manuel: vendadle la pierna a Pedro y levantadlo con sus brazos sobre vuestros hombros.

Los dos soldados se arrodillaron para hacer lo que les habían ordenado, pero uno dijo:

—No podremos hacer mucho si tenemos que luchar así, Sargento.

—Ya nos preocuparemos de eso más tarde. ¡Ahora daos prisa! —Para resaltar las palabras del suboficial, otra piedra cayó en la calle. No alcanzó a nadie, pero podría haber aplastado un cráneo de haberlo hecho. A verla y oírla, Lope, sagazmente, se dio cuenta de que llevaba un sombrero de fieltro con plumas garbosas y no un morrión

con su cimera.

Pedro volvió a gemir de dolor cuando le levantaron. Y el sargento demostró ser más inteligente de lo que De Vega había creído: uno de los soldados que sujetaba al herido era zurdo, de modo que ambos tenían las espadas a mano aunque tuvieran los brazos del herido sobre sus hombros.

—Venga, movámonos —dijo Lope, y empezaron a deshacer el camino que habían recorrido.

—¡Muerte, muerte, muerte a los españoles! —el grito parecía proceder de todos los lugares a la vez, cerca y lejos. Más piedras y más sustancias pestilentes cayeron de las ventanas. Un soldado furioso disparó su arcabuz contra uno de sus torturadores, pero solo consiguió una carcajada burlona por respuesta. Y, luego, la patrulla tuvo que detenerse mientras éste cargaba el arma: un arcabuz vacío era poco más que un garrote pesado.

Lope odiaba cada segundo de retraso que llevaban. ¿Cuánto tardarían los ingleses en lanzarse a luchar a las calles, si es que no estaban ya en otra zona de Londres? ¿Cuánto tardarían en aparecer las armas atesoradas durante largo tiempo? No mucho, se temía, y no tenía hombres suficientes para protegerse.

Media docena de ingleses, algunos armados con espadas, el resto con porras, salieron de St. Mary Woolnoth y formaron una fila irregular a lo largo de Lombard Street.

—¿Qué hacemos, *señor*? —murmuró el sargento.

—Si es necesario, lucharemos; pero, antes, dejadme que intente otra cosa primero —respondió Lope en voz baja. Luego, gritó en inglés —¡Apartaos, en nombre de la Reina!

Suspiró profundamente de alivio cuando todos se apartaron. Uno de ellos se quitó el sombrero y le hizo una reverencia torpe a De Vega, a la vez que le decía:

—Os rogamos nos disculpéis, señor, os habíamos tomado por una manada de esos apestosos españoles.

—¡Dios bendiga a Elizabeth! —añadió otro inglés.

Todos asintieron. Así lo hizo también Lope. Guió a la patrulla por delante de los hombres sin mediar palabra. Si hablaba demasiado, el acento le traicionaría. Y ya había suficiente traición suelta ese día en Londres. Si se atrevían a mencionar el nombre de la aprisionada Elizabeth, si creían que él, que guiaba a soldados, hablaba de Elizabeth y no de Isabel... Si eso era así, la traición estaba mucho más allá de lo que incluso Lope había imaginado.

—Venga. Vayamos a la Torre, a ayudar a liberarla —dijo tras de él uno de los ingleses; los pasos que se alejaban eran rápidos y decididos. Pensaban que podían hacerlo. Tanto si demostraban poder conseguirlo como si no, su seguridad hizo que Lope se estremeciera.

—¡Sargento! —dijo severamente.

—¿*Sí, señor*?

—¿Quién guarnece la Torre de Londres? ¿Nosotros, o los ingleses?

—Bueno, pues varios de cada, señor. Ambos queremos asegurarnos de que Elizabeth, la hereje, permanezca allí hasta el día de su muerte, ¿no? —el sargento no había entendido nada de lo que Lope o los rufianes de la calle habían dicho en inglés. El temor de De Vega era cada vez mayor. En esos tiempos que corrían, ¿hasta qué punto podía un español confiar en un inglés?

Mientras él y la patrulla bajaban por St. Swithin's Lane, una descarga potente de disparos procedió del sur, de la dirección en la que se encontraba el acuartelamiento español. Quiso ordenar un ataque, pero con el soldado herido, que retrasaba a todos los demás y dificultaba el movimiento a dos hombres sanos, no podía.

Los ingleses se aglomeraron en las calles en su dirección. Huían, no luchaban. De sus bocas no brotaban los gritos de "¡Muerte a los españoles!". Se habían topado con la muerte, y no les había gustado. Uno de ellos divisó a De Vega y a sus camaradas, gritó: —¡Aquí hay más de esos viles diablos! ¡Estamos acabados! —pero él y sus amigos desaparecieron antes de que Lope y su pequeño ejército pudiera plantearse perseguirles.

En la calle, yacían cuerpos, algunos inmóviles y otros que se retorcían de dolor. Los soldados españoles caminaban entre ellos y le clavaban la espada a todo aquél que aún estuviera con vida. Más españoles, picadores y arcabuceros, formaban un cordón de batalla frente al acuartelamiento. Uno de los soldados que empuñaba una espada levantó la vista de su denodada tarea y gritó:

—¿Quién demonios sois? —mientras Lope guiaba la patrulla hacia ellos.

—Teniente Primero De Vega —respondió De Vega.

El rostro del otro español se mudó.

—¡Oh! Vos sois el que sabía que todo esto iba a suceder. Pasad, *señor*, pasad. Si no nos hubieran avisado con unos minutos de antelación, esos malditos ingleses nos hubieran cogido desprevenidos.

—¡De Vega! ¿Sois vos? —Desde una de las líneas posteriores del cordón de batalla, el Capitán Guzmán le saludó con la mano.

—Sí, Excelencia —Lope le devolvió el saludo con la mano.

—Gracias a Dios que estáis bien —dijo Guzmán—. Cuando Enrique vino corriendo de vuelta con vuestras noticias, temí que no volviéramos a verlo. Estaba a punto de ir al Theatre cuando nos atacaron.

—Nos preocupéis por el Theatre, ni por mí —incluso Lope, que se alejaba considerablemente del prototipo de hombre menos egocéntrico del mundo, sabía que había cosas más importantes que él—. Los ingleses van a tratar de liberar a Elizabeth de la Torre. Si lo consiguen…

Siempre tan cortesano, Guzmán le hizo una reverencia.

—Ahora mismo soy el oficial primero. Iba a proteger el acuartelamiento de lo que fuera que nos pudieran arrojar. Ahora, me habéis dado algo más importante que hacer. *Muchas gracias*. —Gritó órdenes. Más soldados españoles salieron del edificio

y se pusieron en formación en dirección sur: unos cien en total, calculó Lope.

—Formad una columna, chicos —ordenó Guzmán—. Tenemos que ir a la Torre, y es probable que sea una tarea ardua. ¿Estáis preparados?

—¡Sí, señor! —gritaron todos los soldados. Por el modo en que sonó, no habría inglés que pudiera detenerlos o frenarlos.

Baltasar Guzmán volvió a hacer una reverencia.

—¿Podemos disfrutar del placer de su compañía, Teniente Primero De Vega?

—Por supuesto, Excelencia. Pero tengo un hombre aquí herido, y...

—Dejadlo. —La voz de Guzmán fue rotunda—. No podemos llevarlo con nosotros, y no podemos malgastar hombres para que le protejan. Lo siento, pero así están las cosas. ¿Vais a decirme que estoy equivocado?

Esperó la respuesta de Lope. Lope no tenía nada que responder, y lo sabía. En cuanto hizo el gesto con la cabeza, José y Manuel dejaron a Pedro en el suelo. “¿En qué piensa?”, se preguntó Lope. Negó con la cabeza. Mejor no saberlo.

El Capitán Guzmán alzó la voz.

—A la Torre, tan rápido como podamos. ¡Por Dios y San Santiago, adelante, marchad!

—¡Por Dios y San Santiago! —gritaron los soldados. Allá fueron: un regimiento andrajoso contra toda una ciudad. Verles tan ufanos no hacía pensar que la ciudad era la que les superaba en número.

Quizás medio kilómetro separaba el acuartelamiento de la Torre de Londres. Si hubieran ido todo lo rápido que hubiesen podido, los soldados podrían haber llegado en cinco minutos; quizás hubieran llegado, si nadie ni nada se hubiera interpuesto en su camino.

Guzmán llevó a los españoles por una calle paralela al río, hasta Upper Thames Street, que luego se convertía en Lower Thames Street al este del Puente de Londres y que llevaba directamente a la Torre. Aunque el hecho de que la calle paralela al Támesis llevaba directamente a la Torre resultó ser algo más que obvio para otros también. En cuanto sus hombres desfilaron por Thames Street en dirección este, los ladrillos y las piedras empezaron a volar desde tejados y ventanas: no unas pocas como había recibido la patrulla de Lope en Lombard Street, sino que fueron fusilados con ellos a conciencia. Los misiles chocaban estrepitosamente contra cascos y corazas. Los hombres maldecían o gemían cuando las piedras alcanzaban esas zonas que no tenían cubiertas. Un soldado alcanzado en la cara cayó sin ruido alguno. Un momento más tarde, cayó otro.

—¿Qué hacemos, Capitán? —gritó un soldado.

—Seguimos adelante —respondió Guzmán severamente—. Detenernos a matar ingleses aquí sería un buen entretenimiento, pero no llegaremos a tiempo a donde tenemos que ir. ¡Adelante! —Lope admiró la disciplina del noble. Si él hubiera sido el que diese las órdenes a los españoles, sabía que se habría rendido a la dulce tentación de la venganza contra los cobardes y pusilánimes que les acosaban.

Guzmán tenía más juicio.

Justo pasada la iglesia de All Hallows The Lees, una barricada bloqueaba Thames Street: tablas, carros, basura, rocas y mugre. Los ingleses que se escondían detrás blandían un surtido variado de alabardas, picos, picas y espadas. Dos o tres bocas de arcabuces asomaban por encima, y apuntaban directamente a los soldados españoles que se acercaban.

—¡Muerte a los españoles! —gritaron los ingleses.

Los labios del Capitán Guzmán dejaron al descubierto los dientes la dibujar una sonrisa salvaje.

—Ahora podremos acercarnos a algunos de estos perros huérfanos —dijo—. Chicos, descargad sobre ellos y demostradles lo que es una carga de verdad.

La primera fila de arcabuceros se arrodilló. La segunda fila apuntó sus armas por encima de las cabezas de los primeros. Al otro lado de la barrera, los ingleses dispararon sus escasas armas. Las llamas surgieron de las bocas. Una bala pasó muy cerca de Lope y, con un ruido sonoro, se incrustó en la carne de alguien tras él. Un soldado chilló. Nubes de oscuro humo gris nublaban la barricada.

Fue entonces cuando el Capitán Guzmán gritó:

—¡Fuego! —. Fue como si el final del mundo hubiera empezado en Upper Thames Street. El rugido de veinticinco o treinta arcabuces fue un golpe palpable para los oídos. Se alzó más humo. El olor y el sabor del azufre hicieron pensar a Lope en el infierno al que esperaba que la descarga hubiera enviado a muchos de esos ingleses. Los gritos desde detrás de la barricada eran la señal de que algunas balas habían alcanzado sus objetivos. Baltasar Guzmán dio una nueva orden.

—¡Cargad! ¡Santiago y a por ellos!

—¡Santiago! —gritaron todos los españoles. Espadachines y piqueros pasaron a los arcabuceros hacia la barrera que les bloqueaba el camino. Escalaron por encima y abrieron entradas con las manos. Los ingleses que quedaban detrás de la barricada cortaban y mutilaban en un intento de mantenerlos atrás. Una pistola se disparó, luego otra. Los alborotadores se encomendaron a San Jorge con el mismo fervor que los hombres de Guzmán a Santiago.

Mientras los ingleses les retenían con su barricada, más ladrillos y piedras llovían sobre los españoles de los edificios que se alzaban a cada lado de Thames Street. El piquero junto a De Vega, dejó caer el arma y retrocedió tambaleante, su rostro era una máscara sangrienta. Pero, incluso con la ayuda de la barrera, los ingleses no podrían detener durante mucho tiempo más a los hombres de Guzmán. Lope saltó sobre un carro y desde ahí saltó al otro lado de la barricada. Un alabardero trató de detenerle. Lope se precipitó hacia delante y pasó por encima del inglés. En el agolpamiento, una partesana era demasiado tosca para que fuera muy útil.

Después de que los alborotadores perdieran la barricada, los que aún quedaban en pie trataron de huir. Los españoles les cortaron el paso y les dispararon.

—¡Adelante! —volvió a gritar el Capitán Guzmán, y adelante fueron sus

hombres. La mole del Puente de Londres se alzaba a la derecha de Lope. Pero, antes de que él y sus camaradas pudieran llegar al puente, otra barricada les impidió el paso. Ésta parecía más sólida que la que acababan de superar. Y, desde el este, bajaban ingleses dispuestos a defenderla. La luz del día hacía que las armaduras brillasen. De Vega empezó a maldecir. Incluso algunos soldados ingleses que habían servido a Isabel y Alberto se habían cambiado de bando, al bando de la rebelión.

Arcabuces y pistolas rugían: más de los que habían defendido la primera barricada. Un español cerca de Lope que había girado la cabeza en el momento más inoportuno empezó a retroceder, le habían volado media mandíbula. La sangre brotaba. Empezó a agitar la lengua entre los dientes destrozados. Horribles ruidos angustiosos surgían de esa boca hecha añicos.

—¡Descargad! —ordenó el Capitán Guzmán. Pero, en el desorden de la primera lucha y persecución, la descarga tardó más tiempo en organizarse. Mientras tanto, las armas inglesas no dejaban de disparar a los soldados españoles que se encontraban en la calle frente a ellos.

Indiferentes al fuego enemigo, los arcabuceros se abrieron paso y se colocaron en posición, algunos arrodillados y otros de pie. Fueron como un solo hombre al apretar el gatillo. De Vega se preguntó si, al final del día, estaría sordo. Al gritó de "¡Santiago!" los españoles asaltaron la segunda barricada.

La lucha en la primera barrera había sido salvaje, pero breve. Los ingleses no habían contado con suficientes hombres para mantener la posición. En ese momento, las cosas eran distintas. Era más difícil vencer a soldados de verdad con sus corazas y cascos que a esos pobres infelices de antes. Blandían la pica y la espada con la misma habilidad profesional que Lope y sus compatriotas. Y a las personas de a pie que luchaban junto a ellos parecía no importarles vivir o morir. Si uno conseguía placar a un español, de modo que otro pudiera apuñalarlo mientas estaba tirado en el suelo, morían no sólo contentos, sino felices además.

Como antes, los ingleses habían alzado la barricada entre edificios altos. Las piedras, ladrillos, sartenes, taburetes (todo lo suficientemente pequeño y pesado para poder ser arrojado por una ventana) llovían sobre los españoles. También había pistoleros que disparaban desde las ventanas de los pisos superiores.

Lope cogió un morrión de alguien que lo había perdido y se lo colocó sobre la cabeza. Era demasiado grande; casi le cubría los ojos. Eso no le preocupó, era mejor que nada. Avanzó como pudo, en un intento de alcanzar la barricada. Un español herido, que se cogía al muñón chorreante de los dos dedos que le faltaban, retrocedió y cayó a su derecha. Lope se puso en el lugar que el hombre acababa de dejar libre, y acabó junto al Capitán Guzmán.

—Ah, De Vega —dijo Guzmán, como si en lugar de estoques empuñaran una copa de vino.

—¿Podremos llegar hasta la Torre? —le preguntó Lope.

—Espero que sí —le contestó tranquilamente Guzmán.

—¿Cuántas barricadas más nos esperan? —preguntó Lope. El capitán solo se encogió de hombros, como queriendo decir que eso no importaba. Pero sí que importaba, sobre todo si todas las defendían con tanta tenacidad. Lope volvió a insistir—. ¿No deberíamos tomar un camino alternativo para llegar hasta allí?

—Este es el camino más corto —dijo Guzmán.

Tenía razón, en cuanto a distancia se refería. En cuanto a tiempo, en cuanto a esfuerzo, en cuanto a vidas perdidas… —Ruego me disculpéis, Excelencia —dijo Lope—, pero de qué nos servirá llegar allí mañana con tres hombres vivos.

—Yo soy el que da las órdenes aquí, haréis lo que yo os diga, y el resultado será todo lo favorable que Dios quiera. Mientras tanto, tenemos trabajo que hacer aquí delante de nosotros, ¿no?

Lope no encontró más respuesta a eso que dar un paso más hacia delante. Un español muerto yacía justo delante de la barricada. Lope pasó por encima del cuerpo. Un hombre detrás de él le empujó sobre un barril repleto de porquerías que bloqueaba la calle. Un inglés le atacó. Esquivó la lanza con el filo de su espada. Una bala le rozó la oreja con mala intención.

“Si me quedo aquí, seguramente moriré”, pensó. Tampoco podía volver atrás. Gritó “¡Santiago!” con todas sus fuerzas y saltó al otro lado de la barricada. Un inglés le amortiguó parcialmente la caída. Clavó la espada en el pecho del hombre; le alcanzó las costillas. El hombre emitió un chillido sofocado y se desmoronó, la sangre le brotaba de la boca y de la nariz. Lope pasó un mal momento porque no conseguía sacar el filo; pero, al final, consiguió liberarlo teñido de carmesí casi hasta la empuñadura. Volvió a gritar “¡Santiago!”, y golpeó salvajemente con la espada, en un intento de hacerse algún hueco y de tratar que no le mataran al siguiente instante.

No era el primer español que conseguía alcanzar el otro lado de la barricada. Algunos soldados ya habían caído, y no volverían a alzarse hasta el día del Juicio Final. Pero otros, como él, cortaban, golpeaban, maldecían y luchaban para hacer sitio para que sus compañeros les pudieran seguir. Un arcabuz, un arcabuz español, se disparó justo a sus espaldas, desde la cima de la barricada. Esa bala también casi le mató. En lugar de hacerlo, aplastó el hombro izquierdo de un inglés con el que había intercambiado golpes de espada. Mientras el hombre gritaba de dolor, Lope le dio una estocada en la garganta y pasó por encima del cuerpo que todavía se retorcía.

Aunque, cada vez se unían más adversarios a la lucha mientras gritaban “¡Muerte a los españoles!” y “¡Elizabeth!” y “¡Dios y San Jorge!”. La mayoría no iba armada. Muchos no tenían ni experiencia. Pero su ferocidad... Tras diez años de dura ocupación en la que apenas habían tenido problemas, ahora los españoles recibían de golpe todo el torbellino contenido. Si a los ingleses les quedaba como última opción para evitar que llegaran a la Torre levantar una barricada con sus propios cuerpos inertes, parecía dispuestos, e incluso contentos, a hacerlo.

Una piedra, por fortuna una pequeña, alcanzó el casco robado de Lope. Se tambaleó, pero se mantuvo en pie. En esa situación, desplomarse significaba la

muerte. Maldijo sonoramente cuando un cuchillo le rasgó el brazo izquierdo. Su cuchillada de contraataque, que fue más que nada un instinto, le abrió la cara al hombre fornido que le había herido. Abrió y cerró las manos varias veces para comprobar que todos los músculos y tendones aún funcionaran. Se rió. ¡No podría haber hecho mucha cosa en caso de que no hubieran estado en buen estado! Ni tan siquiera podría haberse vendado. Sólo esperaba no sangrar con demasiada abundancia.

Los españoles ganaron un paso, perdieron medio, ganaron dos, perdieron uno, ganaron uno, y volvieron a perderlo. Luego, una docena aproximada de arcabuceros se alzó sobre la barricada y descargó sobre los ingleses; nuevamente, una bala pasó rozando a De Vega. A medida que los heridos enemigos caían, los soldados españoles les empujaban a un lado para pasar.

Un sargento tiró del brazo herido de Lope de Vega. Chilló.

—Perdone, *señor* —le gritó al oído el sargento. El hombre también estaba herido; le habían sacado el morrión de un golpe y lucía un desagradable corte en el cuero cabelludo. La sangre espesa le manchaba el rostro y la coraza. —¿Cuáles son vuestras órdenes?

—¿Mis órdenes? —le respondió gritando Lope—. ¿Dónde demonios está el Capitán Guzmán?

—Ha caído, señor. Una herida en el muslo —le respondió el suboficial. De Vega hizo una mueca, una herida como esa fácilmente podía matar. El sargento prosiguió —. ¿Qué hacemos ahora, señor? Cada vez vienen más de esos malditos ingleses hacia nosotros, y también hay cada vez más en los tejados. ¿Qué hacemos? ¿Qué podemos hacer? —Parecía temeroso por todo el ejército español.

Hasta ese momento, Lope había estado demasiado ocupado para temer por alguien que no fuera él mismo. Empezó a maldecir las ideas de Guzmán. Si el capitán no les hubiera traído a la Torre por el camino más obvio… “Quizás no habría importado mucho”, pensó De Vega. Ahora no podía cambiar de ruta. Tampoco podía dividir a su ejército, no cuando los acosaban por todos los bandos. Solo veía una posibilidad.

—¡Adelante! —exclamó—. Tenemos que seguir adelante. Decidle a la guardia de la retaguardia que contengan a los ingleses que tenemos detrás. Pase lo que pase, tenemos que llegar hasta la Torre —el Capitán Guzmán había llevado razón en eso.

Siguieron adelante, medio paso sangriento por momento. Por lo menos, cada soldado que perdían había valido la pena. Más refuerzos ingleses frescos se añadían constantemente a la batalla.

Incluso a través del estrépito de su propia batalla, Lope oyó un ruido intenso de disparos más adelante, procedente de la Torre de Londres. No sabía lo que eso significaba, no con toda seguridad; pero sabía que, probablemente, no le gustaría. Luego, un inglés que no vio venir le golpeó un lado de la cabeza con una partesana; esta vez, a diferencia del inglés que había matado antes De Vega, el hombre sí había

encontrado espacio suficiente para manejar el arma entre la multitud. El mundo se tiñó de rojo, luego negro. El estoque que empuñaba Lope salió volando. De Vega se tambaleó, se estremeció… y cayó.

Cuervos. Esos estupendos pájaros negros siempre habían ocupado, anidado, la Torre de Londres. En ese momento, al margen de los enjambres de ingleses vivos que entraban en la Torre, las bestias carroñeras se dirigieron a los cuerpos que yacían extendidos y retorcidos como resultado de las batallas que habían tenido lugar en el patio. La mayoría de muertos era española, pero había también bastantes ingleses entre los otros. De vez en cuando, cuando alguien se acercaba demasiado, los pájaros alzaban el vuelo; pero nunca se iban por mucho tiempo. Hacía años que no disfrutaban de semejante festín.

Shakespeare sintió un escalofrío al ver los cuervos. Había estado convencido de que las aves carroñeras le picotearían los ojos y la lengua y otras exquisiteces después de que le matasen. Y aún podía suceder, eso también lo sabía. No tenía ni idea de cómo iba la sublevación en el resto de Londres, en Westminster, en cualquier lugar de Londres. Aunque, ahí, en la Torre, todo iba bien, por lo que sus miedos remitieron por unos instantes.

—¡Al Campanario! —gritó la gente—. ¡Está en el Campanario! —Todos se dirigieron hacia allí. No hacía falta preguntar quién estaba allí. Incluso no había necesidad de gritar su nombre, ahora no. Si no hubiera sido por ella, ese gentío nunca hubiera ido a la Torre.

Junto a Shakespeare, un hombre de barba gris dijo:

—Ella también estuvo en el Campanario en otra época. María la Sanguinaria la encerró allí, hace cuarenta años o más.

“María la Sanguinaria”. Eso asombró mucho a Shakespeare. ¿Quién, desde que llegó la Armada, se había atrevido a referirse con ese nombre a la hermanastra de Elizabeth? Nadie que el poeta hubiera oído, no en todos esos años. Realmente, soplaban vientos de cambio. “Que se conviertan en un vendaval, en una tempestad impresionante”, pensó.

Soldados armados con una armadura abollada, maltrecha y manchada de sangre montaban guardia en la base del Campanario. Sus lanzas, espadas y arcabuces, y su imponente presencia, evitaban que la gente se apresurara a entrar en la Torre que acogía los aposentos donde Elizabeth había pasado los últimos diez años. Mejillas rubicundas, ojos azules, barbas castaño claro, rubias y rojo encendido revelaban que se trataba de ingleses. Shakespeare se preguntó si ahí quedaba algún español con vida y deseó que no.

—¡Atrás! ¡Quedaos atrás! —gritó un oficial. Media pluma de su casco había sido cortada, pero su voz y su arrogancia aún irradiaban autoridad. En realidad, la multitud no retrocedió, era imposible, ya que a cada momento entraba más gente en el patio.

Pero dejaron de intentar avanzar. En esas circunstancias, eso ya era más que un milagro. Una mirilla en la puerta detrás del oficial se abrió. Alguien le habló a través de ésta. Asintió. La mirilla se cerró. El oficial volvió a gritar:

—¡Oídme todos! ¡Oídme todos! Su Majestad se dirigirá a vosotros dentro de unos instantes desde su ventana —apuntó hacia arriba—. Pero sed pacientes, y todo saldrá bien.

“Su Majestad”. Nuevamente, Shakespeare sintió que el mundo giraba, cambiaba, a su alrededor. Desde 1588, la hija de Felipe II, Isabel, había sido la Reina de Inglaterra. Quizás Isabel aún creía serlo. Pero este enjambre de ingleses no lo creía así. “Dios quiera que estemos en lo cierto”.

—¡Elizabeth! —retumbó la voz de Sir Robert Deveroux, incluso con aún más autoridad, más segura, que la del oficial—. ¡Elizabeth! ¡Elizabeth! ¡Dejaos ver, Elizabeth!

De repente, la multitud empezó a corear:

—¡Elizabeth! ¡Elizabeth! ¡Dejaos ver, Elizabeth! —Resonaba en los muros de piedra gris de la Torre. Shakespeare gritó con el resto—. ¡Elizabeth! ¡Elizabeth! ¡Dejaos ver, Elizabeth! —El ritmo se apoderó de él de la misma forma que era imposible escapar del latido de su propio corazón.

Los postigos de la ventana se abrieron. El cántico se detuvo.

Una mujer de rasgos marcados y de cabellos grises en un sencillo vestido de lana miró por la ventana al gentío repentinamente silencioso que esperaba abajo. Cuando Shakespeare la vio, primero creyó que se trataba de una sirvienta que no tardaría en acompañar a Elizabeth hasta la ventana. Cuando pensaba en la Reina de Inglaterra, pensaba en ella como había sido retratada durante su reinado. Para ser Elizabeth tendría que haber llevado un magnífico vestido, debería haber lucido joyas, el rostro debería haber sido pálido y terso a pesar del paso de los años, y la cabellera roja también debería haber desafiado al paso de los años. Una tiara brillante debería haber coronado la cabeza.

Pero entonces dijo:

—Aquí estoy. Mi querido pueblo de Inglaterra, al final habéis venido, y yo… aún… sigo… aquí —cada palabra desprendía una determinación implacable, incluso aunque se le hubieran podrido la mayoría de los dientes.

—¡Dios salve a la Reina! —gritó Robert Deveroux, mientras agitaba su estoque. Nuevamente, la multitud repitió el grito.

Elizabeth alzó la mano. Una vez más, se hizo el silencio.

—Dios me ha protegido hasta que ha llegado este momento, por el que le estaré agradecida el resto de mis días —su voz parecía fortalecerse a cada frase. Shakespeare se preguntó cuántas veces podría haber hecho uso de su voz en los últimos diez años. ¿Con quién debía haber hablado? ¿Quién debía haberse atrevido a dirigirle la palabra? —Y os aseguro, que no deseo vivir ni un día más si no cumplo con mi gente fervorosa y viviente. Que teman los tiranos y los viles usurpadores.

Siempre me he comportado así, incluso durante este largo tiempo de privación y dolor, por eso, juro por Dios, que he depositado mi fuerza y salvaguarda en los corazones leales y en la buena voluntad de mis súbditos. Es por esa razón por la que hoy me encuentros ante vosotros, no para mi diversión y agrado, sino porque he tomado la decisión de situarme en el centro de esta revuelta gloriosa para vivir o morir entre vosotros, nunca más permitiré que me vuelvan a separar de vosotros...

Su voz estremecía. A Shakespeare, los ojos se le llenaron de lágrimas. ¿Qué había tenido que soportar la Reina, aquí en la Torre, a manos de sus enemigos? "¡Elizabeth!" gritó la multitud una y otra vez. "¡Elizabeth! ¡Elizabeth!", Shakespeare se unió a ellos y gritó hasta que ya no pudo más.

Elizabeth volvió a levantar la mano.

—Ahora hemos vuelto a empezar —dijo—. Con mucho gusto, volveré a reinar, por mi Dios, mi reino, mi gente, mi honor y mi sangre, incluso en la penumbra. Sé que tengo el cuerpo de una mujer débil y frágil; pero también tengo el corazón y el estómago de un rey, y además de un rey de Inglaterra. Y con vil desdén considero que España o cualquier príncipe de Europa no debería de haber tratado de invadir las fronteras de mi reino, ni que Isabel y Alberto, falsamente, debieron proclamarse soberanos de éste. Antes de que más deshonor caiga sobre mí, yo misma levantaré las armas…

Esta vez, el clamor de la multitud la detuvo: un clamor salvaje sin palabras allá abajo le decía que podría haberles guiado desarmados contra todos los españoles, y que podrían haberles despedazado por ella. Incluso Shakespeare, sin ser el hombre más valiente, buscó algún español al que atacar, aunque tampoco no le importó divisar ninguno.

—Mi mente no es tan infame como para que el miedo hacia cualquier criatura o príncipe vivo no me permita hacer lo que hay que hacer —dijo Elizabeth cuando pudo hacerse oír nuevamente—. No soy de tan bajo linaje, ni dueña de juicio tan vil. Podéis estar seguros de que, por mi parte, no tengo ni la menor duda de que esta invasión y ocupación tirana, orgullosa y enferma de mi querida Inglaterra no significa más que el principio, aunque no el final, de la perdición del reino que, de la forma más traicionera, incluso en pleno tratado de paz, ha dado comienzo a esta guerra injusta. España me ha proporcionado mi mayor gloria que ha significado mi tortura más dolorosa y, de este modo, ha debilitado la luz de su sol y a aquellos cuya voluntad es la deshonra; vayamos a visitar a su ejército. Y, por el contrario, aquellos que buscan la venganza por los grandes males cometidos y recompensa por las cargas soportadas a lo largo de nuestra larga cautividad, dejadlos que sigan adelante, conmigo, ¡y que Dios defienda a los justos!

Se apartó de la ventana. Por un instante, Shakespeare creyó que no le importaban nada las aclamaciones del gentío. Como hombre de teatro que era, sabía el error que eso suponía. Pero, entonces, la puerta tras los soldados ingleses en la base del Campanario se abrió. Ahí estaba Elizabeth, aún con ese vestido sencillo y sin color.

¡Cómo la aclamaron, allí con el día que llegaba ya a su fin y que aun así parecía la salida del sol! Sir Robert Devereux corrió adelante, pasó a los guardias armados, para colocarse junto a la Reina. Hizo una reverencia muy baja, le murmuró algo, algo que Shakespeare no pudo entender entre el jaleo. Fuera lo que fuera, Elizabeth asintió. Y luego el poeta vio, todos vieron, lo que significaba. Devereux se agachó, la alzó con la misma ligereza que si tratara de una criatura que aprendía a caminar, y la colocó sobre sus hombros anchos como los de un toro. Se intensificaron las ovaciones y los gritos. Shakespeare nunca hubiera imaginado que pudiera ser así.

Desde esa percha inestable, Elizabeth volvió a alzar la mano. Lentamente, la tranquilidad se aposentó entre el caos.

—Mi querida gente —dijo la Reina— debería prestar atención a cómo me comporto ante las multitudes armadas. Debería, pero no lo haré. Yo misma seré vuestro general, juez y recompensa de todas y cada una de vuestras virtudes en el campo de batalla cuando derrotemos y acabemos completamente con la vil usurpación que ha oprimido mi reino a lo largo de estos diez años. Ya sé que por vuestro atrevimiento os merecéis recompensas y coronas; y, os aseguro, en boca de un príncipe, que se os pagará.

Otro clamor, esta vez fusionándose con el grito espontáneo de "¡Elizabeth! ¡Elizabeth! ¡Elizabeth!" Aposentada en los hombros de Devereux, volvió a saludar con la mano. Poco a poco, un nuevo grito reemplazó su nombre.

—¡Muerte, muerte, muerte a los españoles! —Y la sonrisa que se dibujó en el rostro de Elizabeth cuando lo oyó habría helado la sangre de cualquier español.

Shakespeare gritó junto a los demás. Mientras gritaba, recompensas y coronas pasaban por su mente. No se había embarcado en el proyecto de *Boudicca* con la idea de ser recompensado. Si echaba la mirada atrás, no podía recordar la razón por la que se había embarcado, a excepción del miedo a ser asesinado por negarse a ello. Pero ya le habían pagado generosamente (y también le habían pagado los españoles, por la obra que nunca sería). Si ahora la mismísima Elizabeth le dirigiese una mirada de benevolencia…

Lo que importaba en ese momento era que esa sublevación triunfara, lo cual ya parecía algo más que seguro. Sir Robert Devereux se unió a la multitud al grito de "¡Adelante! ¡Adelante, por San Jorge y por la Reina Beth!"

La gente avanzó, no contra los españoles, sino hacia él y Elizabeth, para aclamarla, para tocarla, para, sencillamente, verla de cerca. Devereux siguió adelante, imparable como si le impulsara la corriente del saetín, para sacar a Elizabeth de la Torre en la que había languidecido durante tanto tiempo y devolverla, nuevamente, a su reino.

Alguien chocó contra Shakespeare: Will Kemp. El bufón hizo una reverencia, una reverencia apretujada entre el gentío.

—Buenas tardes, cebo de horca —dijo alegremente.

—¡Márchate! —exclamó Shakespeare—. Me parece que hemos empezado bien.

—Sí, empezado bien. Y quizás, dentro de no mucho, también habremos acabado bien —Kemp ladeó la cabeza, hizo que los ojos se le salieran un poco de las órbitas, y sacó la lengua como si le acabasen de ahorcar.

Estremecido, Shakespeare le dijo:

—Si tu viento sopla en esa dirección —respondió Shakespeare estremecido— ¿por qué estás aquí en lugar de con los españoles?

—¿Por qué? —Kemp le besó en la mejilla— ¿Crees que eres el único hijo de su madre que ha nacido estúpido en toda Inglaterra? —Desapareció entre la multitud, deslizándose como un anguila, para hacerse camino hasta la Reina. Shakespeare no le siguió, simplemente se quedó ahí donde estaba. Demasiadas cosas habían sucedido en demasiado poco tiempo.

Por casualidades de la vida, Elizabeth pasó a poca distancia de donde se encontraba. Sus ojos se encontraron por un instante. Por supuesto, ella no tenía ni idea de quién era él. ¿Cómo podía si había llegado a Londres pocos meses antes de que la encerraran? Pero le saludó con la cabeza como si hiciera años que fueran íntimos. Quizás cualquiera hubiera hecho lo mismo. Pero tan solo unos pocos, solo los mejores actores, podían hacerlo y hacer sentir a las personas a las que saludaban sentirse como que hacía años que eran íntimos. Shakespeare era tristemente consciente de que no tenía ese don. Richard Burbage, sí. Como también lo tenía, a su modo, Will Kemp. Y Elizabeth.

—¡Muerte a los españoles! —gritó Shakespeare, y siguió a la menuda señora anciana que era su Reina rescatada de la Torre, a Londres.

XIV

Cuando Lope de Vega recuperó la conciencia, no acababa de creerse que se hubiera despertado. Creía que había muerto y que se encontraba en algún foso, estigio del infierno. Lentamente, muy lentamente, empezó a darse cuenta de que estaba vivo y que respiraba; pero temió haberse quedado ciego. Luego, se dio cuenta de que la oscuridad que le rodeaba no estaba en sus ojos, sino delante de éstos. Semejante oscuridad tenía un nombre. Lo buscó a tientas y, buscando, lo encontró: era la noche.

Gimió y trató de sentarse, craso error. El movimiento avivó la agonía vibrante de la cabeza. Se le revolvió el estómago. Devolvió lo que fuera que contenía su estómago. Sólo poco a poco empezó a notar también un dolor agudo en el brazo izquierdo, como si tuviera un corte. ¿Le habían herido allí? Al principio, no pudo recordarlo.

En un primer instante, tuvo dificultades para recordar su nombre, por no hablar ya de otras cosas. No tenía ni idea de por qué se encontraba tirado en alguna calle de Londres (sí, estaba en Londres, eso lo sabía) cubierto de sangre y, ahora también, de vómito. No tenía ni idea de quiénes eran los cuerpos que yacían bajo él, a su alrededor y sobre sus piernas. Pero que eran cuerpos no tenía la menor duda; no había carne humana viva que pudiera estar tan fría.

Con más cuidado esta vez, trató de volver a incorporarse. El dolor le produjo otro gemido; pero, esta vez, lo consiguió. Mientras se santiguaba, se deshizo del cuerpo inerte que tenía encima. Pero no pudo escapar de todos. Había demasiados y él aún estaba demasiado débil para moverse mucho.

¿A qué se debía semejante carnicería? ¿Quiénes eran los muertos? No lograba recordar porqué, no con las campanadas de tormento que tañían en su cabeza. ¿Quiénes? No muy lejos de allí, con el rostro pálido y rígido a la luz de la luna, yacía el cuerpo del sargento que le había informado que el Capitán Guzmán había caído. Lo recordaba. Cómo había fallecido Guzmán, era algo que aún no lograba sacar a flote.

Y no solo Guzmán.

—*Madre de Dios* —susurró suavemente Lope, y volvió a santiguarse. Los cuerpos que se apilaban a su alrededor eran todos españoles, decenas de españoles. Se estremeció. El estómago se le volvió a hacer un nudo; aunque, ahora, ya no le quedaba nada que devolver.

Incluso aunque el espasmo aún le sacudía, lo que debió ser la fría verdad empezó a infiltrarse en su mente. “Me tiraron aquí, porque creyeron que también estaba muerto”. En ese momento, deseó estarlo. Pero, luego, vio un cuerpo inerte con el cuello degollado con una herida tan abierta que parecía una segunda boca, y otro, y otro. Habían rematado a muchos para asegurarse. A él no le habían prestado atención. Respiró. Sintió palpitar el corazón, la sien se estremecía con un ruido sordo a cada latido del corazón. Su mirada se posó en otro hombre degollado. No, Todavía no sentía la necesidad de morir.

¿Ellos? Los ingleses. Debían haber sido los ingleses. Se habían sublevado. Debían haberse sublevado. Pero por qué aún le eludía. Por lo que podía recordar, todo había estado tranquilo. Debía haber representado a Juan de Idiáquez en *El Rey Felipe* en el Theatre. ¿Lo había hecho? No lo creía.

Ahora, nada estaba tranquilo. Entre el hedor a muerte de tantos hombres, olió más humo de lo que había hecho nunca en la humeante Londres. La noche estaba viva, atrozmente viva, con gritos y alaridos aquí y allá. A una manzana o dos, se disparó una pistola. La detonación hizo que a Lope casi le estallara la cabeza.

El Rey Felipe… El Theatre… Shakespeare… Cicely Sellis… De Vega se puso tenso. La cadena de asociaciones condujo sus pensamientos hasta un camino hasta entonces sin acceso.

—¡Esa *puta*! —jadeó—. ¡Esa *bruja*! —Ella le había embrujado, seducido, y le había hecho olvidar todo sobre el Theatre, de modo que volvió al acuartelamiento, volvió al acuartelamiento y… Empezó a maldecir. Lo había perdido, lo que fuera.

Trató de ponerse en pie. Necesitó tres intentos antes de conseguirlo. Incluso entonces, se meció como un frágil árbol joven ante una tormenta. Un coro de voces inglesas borrachas se alzaban en el aire: “¡Muerte, muerte, muerte a los españoles!” Los ingleses aullaban carcajadas y obscenidades; luego, volvieron a cantar. “¡Muerte, muerte, muerte a los españoles!” Más carcajadas de deleite.

A Lope casi le fallaron las piernas. Tambaleando, llegó hasta un muro y se apoyó ahí. Había oído esa consigna antes. Había luchado por llegar hasta la Torre de Londres. Eso lo recordaba, y también barricadas en las calles, y todos los malditos ingleses del mundo corrían hacia él y sus camaradas con cualquier arma que fuera que tuviesen. Y...

—Y debemos haber perdido —dijo Lope. Explicarse las cosas, parecía serle de gran ayuda—. Por Dios y Santiago, debemos haber perdido —habían gritado “¡Santiago!”. Eso también lo recordaba. Aún tenía la garganta irritada de gritar. Pero Dios y Santiago no les habían hecho caso.

La Torre de Londres… Incluso con la mente confusa, sabía quién estaba allí encerrada. Lo había sabido desde que llegó a Londres. Y, por si acaso no lo había recordado, esos ingleses ruidosos y borrachos empezaron a gritar una nueva consigna: “¡Dios bendiga a la Reina Beth!”

¿Elizabeth libre? Si lo estaba, habría atraído a los rebeldes como el Polo Norte atraía la aguja de una brújula. Inglaterra nunca había sido más que hoscamente aquiescente ante la ocupación española. Con el tiempo, quizás se calmarían las cosas. Pero una revuelta ahora… Ahora, una revuelta podía ser muy negativa, y eso lo sabía.

Emitió una pequeña y alocada carcajada. “Alocada, sí”, pensó a pesar de su latiente dolor de cabeza. Sencillamente, esta sublevación era ya todo lo mala que podía ser.

Pasos silenciosos, tres o cuatro ingleses que subían la calle. De Vega se quedó totalmente inmóvil. El muro que le medio mantenía en pie estaba a la sombra. No le

vieron. De todas formas, la idea de que quedara algún español vivo nunca pasó por sus mentes. Venían con la intención de saquear a los muertos.

Empezaron a remover los cuerpos.

—Llegamos demasiado tarde —dijo uno de ellos apenado—. Han pasado demasiados antes que nosotros: no nos queda nada.

—James, serías capaz de robar un huevo de un claustro —le contestó otro; por la forma en que lo dijo, lo decía como un elogio—. ¿No crees que encontrarás algo que te sea valioso?

—Lo dudo —contestó James—; de hecho, ¿dónde están los artículos de ferretería que llevaban puestos? No están, como la virginidad de una mujer de ciudad. Podríamos haber conseguido algunas monedas por las corazas y las espadas, pero ¿tú ves alguna? Antes fiaría mi mantequilla a un flamenco o mi botella de aguardiente a un irlandés que creer que estos otros hayan dejado algo de la cubertería española.

Soldados y oportunistas saqueaban a los caídos tras una batalla. Se había hecho desde el principio de los tiempos. Lope mismo lo había hecho al llegar a Inglaterra. Pero nunca había oído hablar al respecto con tanta calma, con tanta sangre fría.

—Ahí hay un crucifijo, quizás sea de oro —dijo otro ladrón. La luz de la luna se reflejó en el filo de su cuchillo cuando lo cortó.

El que se llamaba James seguía en actitud pesimista.

—Hazme caso, Henry, cuando se haga de día, tu vista de vidriero se dará cuenta de que no es más que latón. Si hubiera sido oro, ya haría tiempo que se lo habrían llevado —pero, luego, se agachó y emitió una especie de gemido placentero—. O quizás me equivoque, ya que aquí aún queda una bolsa cargada sin cortar, aunque no puedo decir lo mismo del pescuezo de este individuo.

Hacia el oeste, una fuerte descarga del fuego de arcabuces siguió a otra un momento más tarde, y luego siguió el profundo estruendo de un cañón.

—¿Qué os parece si bajamos a por unos españoles y los desplumamos? —gritó el hombre que se llamaba Henry.

—¿A quién? Da igual —contestó alguien—. O los perros rasgan al oso o el oso desgarra a los perros; pero las ratas entre las tablas prosperan —todos se rieron y, entonces, las autoproclamadas ratas se fueron a robar.

Lope se dio cuenta de que también era mejor que se marchara. Los cuerpos de sus camaradas atraerían a más saqueadores y alguien podría verle. No podría haber luchado contra un ratón; por tanto, mucho menos contra una rata. Y se dio cuenta de que no tenía nada con lo que luchar. Su estoque había desaparecido. Ni se había percatado de eso hasta ese momento. Y, cuando su mano se dirigió a la funda de su cuchillo en el cinto, se dio cuenta de que funda y cuchillo habían desaparecido. Seguramente, montones de ladrones habían venido ya a visitar a los españoles.

“¿A dónde voy?” se preguntó. “¿Qué hago?”

Más disparos en dirección oeste le ayudaron a decidirse. Si aún se daba una batalla en esa dirección, allí encontraría, quizás, a sus compatriotas. Y si se

encontraba con ingleses antes que con sus compatriotas, entonces era probable que también se encontrara con la muerte. Subió Thames Street tambaleándose, iba de un lado a otro como un borrachín. Pasó por las dos barricadas, ya prácticamente derribadas, y pasó junto a más cuerpos. Aún recordaba algo de la batalla, pero nada del golpe que casi le había partido el cráneo. Se preguntó si lograría recordarlo algún día.

Poco a poco, su mente pareció que empezaba a ponerse en funcionamiento. Mientras que hasta entonces no había sentido más que el atronador dolor de cabeza, ahora empezaba a registrar una sed atroz y el mal sabor del vómito en su boca. Recordó que el río tan solo se encontraba a una manzana de allí. Torció por un callejón y se dirigió hacia allí con el paso más ligero que pudo. Habría superado a cualquier caracol. ¿A una tortuga? Seguramente, no.

Al otro lado del Támesis, un enorme fuego, o dos, ardían en Southwark. La luz hirió los ojos de Lope como le habrían dolido después de beber mucho vino. Se miró, se miró por primera vez desde que se había alzado de entre los muertos. El estómago se le volvió a revolver. Estaba cubierto de sangre, desde la cabeza hasta los pies.

Necesitó algo de tiempo para comprender que no era toda suya. No podía ser. Si lo fuera, ya no debía quedarle mucha dentro. ¿Cuántos otros habrían sangrado encima de él mientras estaba inconsciente? Muchos. ¡Oh, demasiados! Siguió caminando penosamente hacia el río. Cuando por fin llegó, cayó de rodillas, tanto por debilidad como por sed: estaba completamente seco. Ahuecó las manos y se acercó el agua a la boca. Tenía sabor a barro y... ¿sangre? No sabía si la sangre estaba en el agua, en las manos o en el rostro. Bebió y bebió, luego se mojó las mejillas y la frente con más agua. Por un momento, el frío le dolió terriblemente; pero, luego, pareció calmarse. Sabía que debía ir en busca de sus compatriotas. Lo sabía... pero estaba al límite de sus débiles fuerzas. Se tumbó junto al Támesis, jadeando como un perro, mientras miraba cómo los fuegos se extendían más y más al otro lado de la lejana orilla.

“¡Muerte, muerte, muerte a los españoles!” Ese horrible grito volvió a alzarse una vez más en algún lugar detrás de él. Si los ingleses le encontraban allí tendido, volverían a matarlo como ya casi habían hecho antes. No lograba que eso le preocupara, o le obligara a moverse.

Incluso en medio de esa locura, los botes seguían haciendo el trayecto de un lado a otro del Támesis. Resonaban los gritos de “¡Al este voy!” y “¡Al oeste voy!” y de “¡Cuidado, maldito desperdicio de la naturaleza!”, como habrían hecho a cualquier otra hora de la noche o del día.

Un gran barco, con al menos doce hombres a los remos, venía del oeste y se dirigía al Puente de Londres. A popa había sentados un hombre y una mujer. Él estaba desplomado a un lado, ella estaba sentada muy rígida y tensa. Cuando el barco pasó junto a Lope, los remeros tiraban con fuerza para navegar más rápido por el río, la mujer dijo algo en español. De Vega no pudo entender las palabras, pero el idioma era inconfundible. Parecía furiosa. El hombre le respondió en el mismo idioma, pero con

cierto acento gutural, más como si fuera alemán en lugar de inglés. El barco se deslizó por el Támesis, por debajo del puente y hacia el este.

“Son libres. Han escapado”, pensó Lope vagamente, aunque no tenía ni idea de quiénes eran. Trató de ponerse en pie, lo intentó y falló. En lugar de volver a conseguirlo, cayó sobre algo quizás un poco más apropiado para dormir que el lugar donde, un poco antes, había recuperado la conciencia. Mientras Londres hervía a su alrededor, Lope se tumbó de lado y empezó a roncar.

Shakespeare se sentía borracho, aunque no había bebido más que un par de jarras de cerveza que había arrebatado apresuradamente y engullido con la misma prisa. Había estado despierto a lo largo de toda la salvaje noche, corriendo, gritando y, de vez en cuando, arrojando piedras a los españoles. Ahora, estaba en Westminster, mirando el sol que surgía sangriento entre las espesas cortinas de humo que se alzaban sobre Londres y Southwark.

Los gritos de “¡Muerte a los españoles!”, “¡Elizabeth!” y “¡Viva la Reina Beth!” retumbaban en su cabeza. Aquí y allá, los españoles aún luchaban. En la distancia, un grito de “¡Santiago!” precedió una irregular descarga de artillería y de diversos gritos.

Richard Burbage le dio unas palmaditas en la espalda. El actor tenía la cara manchada de hollín; el sudor marcaba senderos pálidos. “Quizás yo tenga esa misma pinta”, pensó Shakespeare. Los ojos de Burbage estaban rojos, pero relucían como faroles.

—¡Qué me aspen si no hemos acabado con ellos, Will! —exclamó.

—Puede que tengas razón —dijo Shakespeare con lento y cansado asombro—. Por Dios, puede que sí —bostezó—. ¿Pero dónde están Isabel y Alberto? Nadie los ha visto.

—Lo sé, y no me gusta nada —respondió Burbage—. Si no les damos caza pronto tratarán de reunir españoles y traidores a su bando. —Él también bostezó considerablemente.

Tres ingleses obligaban a avanzar a un cuarto, mejor vestido que ellos, a punta de espada por la calle.

—Os digo que os equivocáis conmigo —dijo el prisionero—. Siempre he amado a Elizabeth, siempre la he considerado mi legítima soberana, siempre…

—Siempre has sido un eterno e infinito mentiroso, un constante quebranta promesas, el propietario de ni una sola buena cualidad —le interrumpió uno de los hombres que llevaba espada—. Eres una ofensa pública, y todo hombre debería sacudirte, y tendrán su oportunidad. ¡Camina! —Obligó al hombre a seguir adelante.

—Ahora empieza la venganza —señaló Shakespeare.

—Ahora empieza la limpieza —dijo Burbage—. He ahí, los establos de Augias eran como dulce agua de lluvia que caía del cielo en comparación con la ciénaga de injusticia que ha sido nuestra Inglaterra a lo largo de esto diez años. Deja que el río

de la venganza fluya por ella —como si se encontrara sobre el escenario, hizo una pose.

Shakespeare no discutió con él. Si Elizabeth triunfaba, cualquiera que hablara en contra de erradicar hasta el último hombre que hubiera ayudado a los españoles y a Isabel y Alberto se pondría tan en peligro como el que había hablado a favor de Elizabeth y sus partidarios después de que la hubieran encerrado en la Torre. ¿Cuántas injusticias habían llevado a cabo entonces los españoles y sus secuaces? “Muchas”, pensó el poeta. ¿Y cuántas llevarían a cabo la gente fiel a la Reina Beth como réplica? “No menos”.

Ese pensamiento lúgubre apenas acababa de pasar por su mente cuando otro grupo de hombres guió a otro prisionero que protestaba por delante de él y de Burbage.

—Ya os he dicho, caballeros, que no soy ningún defensor de los españoles, sino un inglés honesto —dijo el hombre, mientras miraba miope a sus captores. Era delgado y tenía el rostro picado por la viruela, y llevaba unos anteojos estropeados en la mano izquierda.

—¡Deteneos! —ordenó Shakespeare a los hombre de apariencia violenta que lo escoltaban. Uno de ellos llevaba una pica y el otro una pistola. Shakespeare era plenamente consciente de que no llevaba más arma que la daga que el actor le había dado al final de *Boudicca*—. Sé de buena fe que el maestro Phelippes es fiel y leal.

Thomas Phelippes se inclinó hacia delante, tratando de ver algo.

—¿Sois vos, maestro Shakespeare? ¡Dios os bendiga, señor! Sin mis anteojos, todo lo que pasa ante mis narices no es más que una imagen borrosa.

El hombre con la pistola apuntó a Shakespeare. De repente, el cañón de ésta pareció tan ancho como el calibre de un cañón.

—Márchate, o también serás acusado de traición, parásito odioso —le amenazó el rufián—. Este execrable infeliz era secretario del comandante español; lo cual no niega, ni puede, ya que lo cogieron en el mismo refugio de los españoles. ¿Y hablas de él como si fuera un hombre de bien? Tú, excremento de vendedor ambulante, desgraciado de lengua suelta, ¿cómo te atreves?

A Shakespeare no le pareció muy inteligente mostrar su ira a un hombre armado con una pistola. Escogió sus palabras con cuidado, y respondió:

—Me atrevo a decirlo porque sé que es uno de los mejores y más fieles espías de Lord Burghley, ahora de Robert Cecil.

Tal y como había esperado, esos eran nombres a los que evocar. El hombre volvió a agitar la pistola delante de él, pero más ligeramente. Pero el hombre que la manejaba aún parecía feroz cuando preguntó:

—¿Cómo lo sabes? ¿Quién eres, para que puedas saber algo así? ¡Responde rápido, ahora! No pierdas el tiempo inventando mentiras.

—¿No has oído hablar del maestro Phelippes? Cuya lealtad también puedo corroborar —le instó Richard Burbage—. Tienes ante ti, ni más ni menos, que al

famoso Will Shakespeare, cuya magnífica obra *Boudicca* ayudó ayer a encender el fuego contra los españoles.

El hombre con la pica le dio un codazo al pistolero.

—Es él, Wilf, te lo juro, lo es. ¿No lo he visto yo en múltiples ocasiones sobre el escenario? Debe saber de lo que habla. Si herimos a alguno de los hombres del Jorobado Bob, significará la horca para nosotros.

"¿El Jorobado Bob?" Shakespeare no podía imaginarse que se refirieran a Robert Cecil con ese nombre. Aunque, para su alivio, el hombre de la pistola, Wilf, la bajó.

—Bueno, ¿y quién es este que le acompaña? —quiso saber.

El desdén se reflejaba en la voz del piquero:

—¿Qué? ¿No eres capaz de reconocer a Will Kemp?

Burbage se tornó del color de una manzana madura. Pero a Wilf, los ojos casi se le salieron del sitio.

—¿Will Kemp? —susurró—. Si ambos dan testimonio de este desgraciado, al fin y al cabo, es probable que no sea un desgraciado —empujó a Phelippes, no muy fuerte, hacia Shakespeare y Burbage—. Ve con ellos, y da gracias a Dios que te hayan reconocido; de lo contrario, estarías muerto.

—Oh, ya se las doy —dijo Phelippes—. Podéis estar tranquilo, buen señor, que ya se las doy. —Buscó a tientas la mano de Shakespeare y la apretó.

—Vamos —le dijo Wilf al piquero—. Montones de traidores esperan a que les quememos. —Se apresuraron calle arriba.

Thomas Phelippes miró con dificultad a Burbage, e hizo una reverencia.

—También os doy las gracias a vos, maestro Kemp —dijo—. No quisiera parecer desagradecido...

Un ruido chirriante salió de la garganta de Burbage. Su voz sonaba como un grito estrangulado.

—Ni soy Will Kemp, ni tampoco quisiera serlo —sencillamente, quería gritar con todas fuerzas cuál era su identidad. Pero igual de sencillamente sabía que no podía, por temor a que eso hiciera que los rufianes armados volvieran atrás.

—Maestro Phelippes —dijo Shakespeare en voz baja— os presento a mi buen amigo y compañero actor: Richard Burbage.

—Os ruego me perdonéis —dijo Phelippes tras buscar a tientas la mano de Burbage— ya que no os he reconocido por la voz, y vuestro rostro y figura nunca fueron tan borrosas para mis ojos.

—Dejadlo, señor, dejadlo —dijo Burbage bruscamente—. Tenéis excusa por la que pudisteis confundirme; pero, en cuanto a ese enorme ignorante flagrante y miserable que acababa de marcharse... —Negó con la cabeza—. ¡Por Jesús! ¡Este Dios debería revelarse ante semejantes villanos! —Murmuró algunas cosas más desagradables, demasiado en voz baja para entenderlas.

—¿Cómo os habéis sentido a manos de semejantes desgraciados villanos? —le preguntó Shakespeare a Thomas Phelippes.

—¿Cómo, señor? Pues tal y como os podéis imaginar —le respondió Phelippes—. Ayer vine aquí a sabiendas de que la suerte estaba echada y era determinante, si podía, para convertirlo en un dado cargado para don Diego Flores de Valdés —Shakespeare movió la cabeza, para reflexionar sobre lo dicho; si alguien iba a lanzar unos dados en una situación como esa, un dado que no fuera perfectamente cuadrado parecía la mejor opción. Phelippes emitió una risita irónica—. En esa situación, la confusión resultó agravarse lo suficiente como para provocar la ausencia de mi auxilio.

—¿Qué le sucedió a don Diego? —preguntó Shakespeare—. Un hombre increíble, aunque fuera un adversario.

Phelippes asintió.

—Increíble, ciertamente. Cuando llegó el informe que anunciaba que la lucha empezaba a ser considerable, se puso en pie, cogió la espada y se marchó para unirse a ella. “El lugar de un general está en el frente”, dijo. No sé si aún sigue con vida.

—Quizás hubiera sido más inteligente quedarse atrás, para que los españoles tuvieran a alguien plenamente informado de los riesgos que podía correr Londres y sus alrededores —dijo Burbage.

—Quizás —dijo de acuerdo Phelippes—. Pero los españoles, y no negaré que los soldados ingleses también, llaman a eso sabiduría teórica, y la desprecian. Cuando la sangre corre, quieren que corra la de sus enemigos, y saben que serán tildados de cobardes achantados. El temor a la mala fama es peor cobardía, aunque no se dan cuenta de ello.

—¿Si don Diego sintió la necesidad de marchar a la guerra, no debió dejar a alguien para que quedara al mando de todo el asunto español? —dijo Shakespeare.

—Bueno, eso fue lo que hizo —incluso sin sus anteojos, Thomas Phelippes logró dibujar una sigilosa sonrisa. El hombre bajito y con la cara picada hizo una sutil reverencia—. A su servicio, señor.

—¡Ja, ja! —carcajadas jovianas de Burbage—. ¿Y cuántos españoles se descarriaron a causa de eso?

—Quizás unos cuantos —el chasqueo de Phelippes, fue de menosprecio hacia sí mismo; pero, en lugar de eso, pareció de fanfarroneo—. Sí, quizás unos cuantos.

—Sois un ejército en un solo hombre —dijo Shakespeare mientras se preguntaba cuántos ingleses debían haber ayudado más que él llevar a cabo esta revuelta. Pocos. Muy pocos. ¿Pero recordarían los cronistas a un hombre como Phelippes? ¿Escribiría alguien una obra sobre la forma en la que ayudó al levantamiento? Shakespeare reflexionó sobre eso y, a continuación, negó con la cabeza. El papel de Phelippes había sido muy importante, sí; pero no dramático en cualquier sentido corriente de la palabra.

—¿Sabéis dónde podrían estar Isabel y Alberto? —preguntó Burbage.

Phelippes negó con la cabeza.

—No, y quisiera saberlo, ya que no sólo van a reunir a los españoles sino también

a aquellos ingleses de firme fe católica —miró a su alrededor, como si buscara a la Reina y al Rey, luego se rió de sí mismo—. Podrían estar a mi lado y no les reconocería, tan lamentables son estos ojos sin anteojos.

—¿Qué les ha pasado a vuestros anteojos? —le peguntó Shakespeare.

Thomas Phelippes volvió a reírse, esta vez de vergüenza. El rubor coloreó las mejillas cetrinas.

—La metedura de pata más grandiosa que pueda cometer cualquier hombre: me tropecé con los cordones sueltos del zapato y caí en toda mi longitud al suelo, y los anteojos, salieron volando y... —suspiró—. Me sentí como un auténtico estúpido; pero no hay nada que hacerle, no hasta que Dios me otorgue el tiempo libre suficiente para buscar una solución a mi pérdida.

—Que llegue pronto ese tiempo —le dijo Burbage—, lo que significaría nuestra victoria final sobre los españoles y todos aquellos que nos hayan oprimido.

A Shakespeare le gruñó el estómago. Había sobrevivido a base de nervios y poco más desde la tarde anterior, y empezaba a sentirse vacío.

—A mí, sencillamente, me oprime el hambre —dijo—. Moriré de hambre, muerte digna de un perro.

Burbage asintió, mientras posó ambas manos sobre su protuberante barriga.

—Sí, yo también —dijo—. Pan, carne y vino, comida digna de héroes. O, dicho de otra forma, el héroe no puede ejercer como tal sin éstos.

—Os agradecería que me guiarais, caballeros, ya que no puedo llegar hasta allí por mi cuenta —dijo Phelippes.

—Entonces, vayamos en busca de alimentos —dijo Shakespeare—; y, con suerte, pronto nos encontraremos con algo que llevarnos a la boca.

—¡Basta ya! —El gruñido de Burbage nada tenía que ver con el hambre. Miró hacia el cielo y murmuró —¡y me confundieron con el imbécil de Kemp! —Pero tan solo Shakespeare entendió el juego de palabras, ya que le apunto con el dedo mientras decía:

—Mejor suerte sería que nuestros alimentos nos encontraran a nosotros.

Caminaron por las calles de Westminster, pasaron por delante de un inglés que le quitaba las botas a un español muerto, de varios perros que devoraban el cuerpo de un inglés colgado de la rama de un roble. Una pancarta que colgaba del cuerpo del hombre advertía: “QUE ANDEN CON CUIDADO AQUELLOS QUE SIRVIERON A ESPAÑA”. Thomas Phelippes no alcanzaba a verlo y Shakespeare no se lo leyó: fácilmente podría haber sido Phelippes el que estuviera ahí colgado.

No tardaron en encontrar una taberna abierta. Seguramente, el día anterior, el propietario debía haber saludado y servido a españoles e ingleses, siempre que pagaran. Ahora servía cerveza, queso y pan moreno con un entusiasta: “¡Que Dios bendiga a la Reina Beth!” El hombre colgado no estaba lejos de allí. El tabernero, que no era más que un alma flexible, no quería acompañarle.

“Y, como puede que suceda, si los españoles nos vuelven a derrotar, el saludo

volverá a ser en español: *Buenos días, señores*”, pensó Shakespeare con repugnancia. Pero luego la repugnancia se extendió sólo al propio hombre, porque su forraje era increíblemente delicioso.

Fuera, se oyeron pasos corriendo. Un grito de “¡Huido! ¡Han huido! ¡Por Dios, han huido de verdad!” Gritaba una voz muy excitada; luego, diversas voces se unieron al grito.

Shakespeare y Burbage se levantaron de sus asientos. Con jarras y pedazos de pan aún en las manos corrieron para oír más. Thomas Phelippes corrió como pudo tras ellos y casi se tropezó con un taburete.

—¡Esperad! —gritó Burbage con su potente voz, una voz que no daba admitía réplica—. ¿Quién ha huido?

—¿Se trata de… Elizabeth? —preguntó con voz temblorosa Shakespeare. Tenía el corazón en un puño. Si la Reina, una vez liberada de la Torre, también había salido de Inglaterra... El miedo le sacudió como una nube asfixiante. Los españoles podían estar de camino a Londres agrupados en decenas de miles, preparados y capacitados para cortar de raíz este levantamiento. “¿Podría huir al extranjero antes de que llegaran?”

Pero el hombre que había traído las noticias negó con la cabeza.

—¿Elizabeth? No, el Señor la ama, ella está aquí. Se trata de Isabel y Alberto, han huido como ladrones en la noche. Nos hemos encontrado con un sirviente que los vio subirse a un barco ayer por la noche y navegar por el Támesis, fuera de Westminster, fuera de Londres, para salvar su sangre apestosa. ¡Han huido! —Otro grito de alegría exultante.

Burbage y Shakespeare se miraron mutuamente. Lentamente, solemnemente, se abrazaron. Shakespeare extendió el brazo y lo puso también sobre Phelippes. Las lágrimas se agolpaban en sus ojos.

—Hasta ahora la fortuna nos ha sonreído —dijo—. ¿Nos veremos recompensado con laureles de victoria?

—Tengo gran esperanza en ello —dijo Burbage.

—Yo también —dijo de acuerdo Phelippes.

—Y yo. Incluso yo —susurró Shakespeare—. El amor perfecto, dijo John, desbanca al miedo. Creo que la esperanza también servirá, incluso quizás aún mejor —bostezó hasta que le crujió la mandíbula—. Y ahora, con la esperanza en el corazón, merezco descansar —se dirigió a Burbage—. Te agradecería que me despertaras a las dos, por favor, levántame. El sueño me ha tomado por completo.

Pero el actor negó con la cabeza. Él también bostezó.

—No seré yo quien lo haga, Will. Dado que estoy igualmente molido, preferiría acostarme también.

—Dormid los dos y no temáis —dijo Phelippes—. Yo vigilaré y os despertaré a la hora que habéis señalado: una pequeña recompensa por el servicio que me habéis prestado, lo sé, pero es la primera piedra del edificio de la gratitud. Dormid

tranquilos, amigos, con la paz en vuestros pechos.

—Muchas gracias —le dijo Shakespeare. No lejos de allí había un césped en cuya hiera amarillenta ya yacían diversos ingleses dormidos. Shakespeare y Burbage se tumbaron entre ellos. El poeta cambió de posición unas cuantas veces. Alargó la mano para quitar una hierbecilla que le cosquilleaba la nariz, luego volvió a bostezar y se olvidó del mundo.

Lope de Vega se despertó, murmulló algo, y se sentó. La cabeza aún le dolía horrores, pero estaba más cerca de que le funcionara plenamente. Miró al sol y parpadeó sorprendido. Era casi mediodía. Había dormido, o permanecido inconsciente, casi un día entero. Sacudió la cabeza, y consiguió hacerlo sin provocarse mucho más dolor. Esto parecía tener un efecto reconstituyente, no simplemente... vacío, como en su ronda anterior de inconsciencia.

Una mujer mayor que caminaba por la orilla del río en dirección a él soltó una risa nerviosa.

—Pensaba que estabais muerto hasta que os vi moveros —dijo, la voz era pastosa y difícil de entender por qué le faltaba la paleta.

—Yo también —respondió Lope—. ¿Qué hay de nuevo? —Se alegró de hablar inglés. Si la mujer se hubiera dado cuenta de que era un español, quizás hubiera tratado de asegurarse de que estuviera muerto; y, en su actual estado de debilidad, seguramente lo habría conseguido.

—Bueno, ¿sabéis que han liberado a Elizabeth? —le preguntó. De Vega asintió. La vieja no parecía muy segura de que ni tan siquiera supiera eso. Cuando se miró la ropa empapada en sangre, Lope supuso que tendría sus razones para pensarlo. Al verle que reflexionaba, la mujer prosiguió—. Y quizás sabéis también que Isabel y Alberto han huido, se salvaron por los pelos de que les decapitasen.

—¡No! —exclamó Lope; pero luego, un momento más tarde, y de forma más suave dijo:

— Sí —el barco en el Támesis la noche anterior, cuando se estaba lavando la cara...

—No echaré de menos a los españoles, y les hemos vencido por completo —dijo la mujer inglesa mayor—. Todos ellos, no son más que unos viles petimetres.

—Sí —volvió a responder Lope. La señora asintió y siguió su camino. De Vega ladeó la pobre cabeza golpeada, y escuchó. Oía muy poco: ningún disparo, ningún grito de “¡Muerte a los españoles!”. Eso debía significar que Londres ya estaba a manos de los ingleses.

“¿Qué hago ahora?” se preguntó. No podía alquilar una gabarra para que le sacara de la ciudad, y seguir el ejemplo de Isabel y Alberto. Quizás habían huido para reunir fuerzas en algún otro lugar y luego tratarían de regresar. Pero también podía ser, cosa más probable, que hubiesen huido de un grupo de ingleses que los hubieran matado

de haberlos cogido. La señora mayor parecía estar en lo cierto en cuanto a eso.

Lo primero que hizo Lope fue volver a beber. Estaba tremendamente sediento. También estaba hambriento, pero eso tendría que esperar. Se tiró más agua por la cabeza. Al menos, el frío sirvió para calmar el dolor.

Levantarse fue tarea más fácil en ese momento de lo que había sido durante la noche. Decidir adónde ir ya era más difícil, sobre todo con la cabeza aún algo confusa. Dejó que los pies le condujeran adonde fuera. “Ahora mismo son la parte más inteligente de la que dispongo”, pensó.

Le condujeron en dirección al acuartelamiento desde el cual los españoles habían dominado Londres a lo largo de esos últimos diez años. No tardó mucho en pasar por delante de una pila de cuerpos similar a la pila donde había despertado cuando recuperó la conciencia por primera vez. Sintió un escalofrío, se santiguó y siguió adelante. No, sus compatriotas ya no dominaban esa ciudad.

Justo a la vuelta de la esquina de esa pila mortal, casi se tropezó con el cuerpo de un inglés de cabellos grises. Al hombre le habían golpeado la cabeza. No había sangrado mucho, y la sangre que brotaba corría calle abajo en lugar de formar un charco debajo de él. No era mucho más alto que Lope. Algún ladronzuelo ya le había robado los zapatos y la bolsa del cinto, pero aún llevaba el jubón y los greguescos.

Lope le desnudó (una tarea difícil ya que había empezado a entumecerse) y luego se quitó la ropa sangrienta que llevaba. Los greguescos del hombre le quedaban un poco cortos, pero el jubón le quedaba bien. Ahora no solo llevaba ropa mucho más limpia, sino que también le daba una apariencia más inglesa.

Deseó tener a su alcance un arma de algún tipo, aunque fuera un cuchillo corriente. Se encogió de hombros, gesto que le provocó un tremendo dolor de cabeza. Habría más cuerpos en la calle, de eso estaba seguro. No todos habrían sido saqueados, aún no.

No tardó mucho en conseguir una daga, mucho mejor que un cuchillo corriente. En su bolsa, también tintineaban algunas monedas, no tantas como antes de que le robaran mientras yacía inconsciente, pero algunas. El inglés al que se las había quitado, ya no tendría que preocuparse nunca más del dinero.

Lope se gastó algunas monedas en pan y una jarra de cerveza. El hombre que se lo vendió le miró severamente.

—Tu forma de hablar es muy extraña, amigo —le señaló.

“¿Eres español?” era lo que quería decir.

—Me extraña que hasta pueda hablar —respondió Lope— algún desgraciado cobarde me pateó brutalmente la sesera, por lo que mi mente aún vagabundea.

—Ah —el tabernero se relajó y asintió—. Sí, un buen golpe puede dejarte tocado durante un tiempo. Bueno, que tengas un buen día.

—Igualmente —De Vega apuró la cerveza y se marchó; por el camino, fue mordisqueando pedazos de su pan. De hecho, un golpe en la cabeza podía hacer que un hombre actuara durante un tiempo como un epiléptico; eso lo sabía muy bien.

Una manzana más adelante, giró en St. Swithin's Lane. Cuando pasó por delante de la Piedra de Londres y vio el acuartelamiento español, de repente, la esperanza se apoderó de él: soldados montaban guardia en la entrada. Pero cuando se acercó, la esperanza se desmoronó con la misma velocidad con la que había aparecido. Los soldados fornidos, rubios y de amplia sonrisa eran ingleses, no españoles.

—¡Dios bendiga a la Reina Beth! —le gritó un transeúnte a uno de ellos.

El hombre le saludó con la cabeza. Su sonrisa se hizo aún más amplia.

—Sí, que la bendiga —respondió—. Habréis visto, señor, que hemos empezado bien con una buena limpieza de este nido de ratas.

El transeúnte, que le saludó con la mano y también sonrió, siguió su camino. Pasó junto a Lope sin detectar lo que realmente era, como ya habían hecho tantos otros. Los centinelas tampoco le prestaron atención. Cuando vio los cuerpos amontonados contra el muro norte del acuartelamiento, descubrió a qué se había referido el soldado al hablar de la "limpieza de ratas". La mayoría de cuerpos pertenecían a sirvientes, ya que los soldados españoles que se encontraban en el acuartelamiento cuando estalló la rebelión fueron a tratar de defender la Torre de Londres, y, como bien sabía Lope, nunca llegaron allí. Sus cuerpos yacían más al este.

Pero ahí estaba Pedro, el soldado herido de la patrulla que Lope había guiado de vuelta. Y ahí yacía Enrique, con su inteligente cabeza partida. Él también había regresado allí a las órdenes de Lope. Y… ¿era ese...? Lope dio unos pasos hacia los cuerpos para asegurarse. Tuvo que bajar la mano derecha que ya había empezado a hacer el movimiento inconscientemente; no podía santiguarse allí, no sin delatarse. Pero ahí estaba Diego; el pobre, vago y gordo de Diego, que siempre había sido demasiado indolente para amenazar a algo o a alguien más que al temperamento de su maestro. Pero a los ingleses eso no les había importado. Le habían asesinado junto al resto de sus compatriotas.

—*Requiescat in pace* —murmuró Lope. Las lágrimas le inundaron los ojos. Cómo podían haber creído que el somnoliento Diego iba a matar a nadie... Bueno, ahora dormiría para siempre—. Que Dios tenga piedad de su alma—. Eso también fue un murmullo, un murmullo en inglés, por seguridad.

—¿Ves a alguno que te molestara especialmente? —le preguntó un inglés. Lope tuvo que asentir. Nuevamente, cualquier otra respuesta podría traicionarle. Odiándose a sí mismo, se marchó. Detrás de él, el inglés emitió una carcajada de regodeo. Admiraba los cuerpos que Lope lloraba.

"¿Qué ha sido de tus burlas, tus brincos, tus cantos y aquellas gracias repentinas que hacían estallar en una carcajada a toda la mesa? ¿Quién se reirá de tus burlas ahora que ya no queda nada de ti?" Espontáneamente, a Lope le vinieron a la mente los versos de la obra de Shakespeare, "El Príncipe de Dinamarca". Maldijo en voz baja. Había estado aquí cerca (bueno, en St. Swithin's Lane, pero tan solo a un tiro de piedra) cuando Enrique, tan rápido como el golpe de un látigo, Enrique ahora tan muerto como Diego, le hizo ver que Shakespeare era un traidor y que Cicely Sellis…

Cuando pensaba en Cicely Sellis y en lo que le había hecho, deseaba que el golpe le hubiera dejado con menos memoria. Lo recordaba demasiado bien. La vergüenza ardía en él, una llama que le devoraba.

—Pero aún puedo vengarme —susurró. El día anterior, iba en busca de venganza, cuando el mundo que le rodeaba entró en erupción. Incluso quizás la habría obtenido, de no haber optado por llevarse consigo a la patrulla con la que casualmente se topó. ¿Quién habría tratado de detener a un hombre solo? Seguramente, nadie. ¿Quién iba a tratar detener un hombre solo hoy? Nadie, o eso esperaba.

Pues de nuevo hacia St. Swithin's Lane. A la derecha a Lombard Street, como había hecho el día anterior, pasó por la iglesia de St. Mary Woolnoth; no había caminado mucho más cuando repicaron las dos y el infierno se desató. No había caminado mucho ese día, cuando volvió a repicar la misma hora.

Por la calle, en dirección a él, bajaba una larga hilera de hombres abatidos, con las manos en alto: eran soldados y oficiales españoles cautivos. Sus ojos, oscuros y tristes, en los rostros alargados y apenados, repasaron a Lope. Reconoció a algunos. No cabía duda, que algunos también le habían reconocido. Nadie dijo una palabra ni dio señal alguna. Los sonrientes y burlescos guardias ingleses que les obligaban a avanzar a empujones no se percataron de su presencia.

Cuando los últimos prisioneros de la fila pasaron, De Vega se dio la vuelta para observarlos. ¿Cuál sería su destino? Esperaba que exigieran un rescate por ellos o que los intercambiaran, y no que los mataran directamente. Los españoles no habían asesinado a los cautivos tras su victoria en 1588. ¿Podía esperar que los variopintos seguidores de Elizabeth lo recordaran?

De momento, no lo sabría y quizás nunca.

—¡Aligerad el paso, bestias roñosas! —les gritó un inglés. Pocos de los hombres capturados debieron entenderle, pero los gestos y los golpes ocasionales les llevaban St. Swithin's Lane abajo.

Pero los asuntos de Lope estaban ahora en otra dirección. Posó la mano derecha sobre la empuñadura de la daga que había encontrado. Estaba demasiado maltrecho para caminar ligero, pero nadie se lo exigía. Al paso que mejor se adecuaba a su estado, caminó por Lombard Street hacia Bishopsgate, hacia su venganza.

Shakespeare se despertó porque alguien le zarandeaba. Bostezó y miró a su alrededor, trató de recordar dónde estaba y qué hacía allí. A su lado, Richard Burbage se sentó, también bostezando y tratando de frotarse el sueño de los ojos. Thomas Phelippes habló inquieto.

—Os ruego me disculpéis, caballeros, ya que aún falta para las dos; pero tengo que irme, y he pensado que era mejor despertaros que dejaros dormir más del tiempo que me habíais dicho.

—¿Tenéis que iros? —Shakespeare se detuvo para volver a bostezar. No le

hubiera importado seguir durmiendo, la verdad era que no—. ¿Por qué?

Phelippes no respondió. Lo hizo Nicholas Skeres, que estaba junto a él.

—Porque Robert Cecil ha solicitado su presencia.

—Ya —Shakespeare asintió. No, Phelippes no podía rechazar esa petición para quedarse junto a un par de actores—. ¿También me recibirá a mí, el maestro Cecil?

Skeres negó con la cabeza.

—A su debido momento, pero no ahora.

Eso dolió. Shakespeare acababa de recordar que él y Burbage no estaban en una posición tan alta de la conspiración. Ahora que el desdeñoso Nick Skeres le acababa de recordar lo mismo (ahora que Robert Cecil, a través de Nick Skeres, acababa de recordarle lo mismo) deseó que ese césped de Westminster le engullera.

—No creáis, maestro Shakespeare —dijo Phelippes— que eso signifique que no os respete, a vos o a todo lo que habéis escrito para Inglaterra. Pero tengo, tenía, un cargo elevado en la administración española; quizás lo que sepa sobre sus secretos nos ayudará a derrotarlos definitivamente.

—Me tranquilizáis, señor, y de la forma más cortés y sabia —dijo Shakespeare.

—Tom tiene razón —le dijo Skeres—. Los hombres de mi amo llevan buscándole desde ayer, pero entre el alboroto no le encontramos. Nos ha dicho que no le hubiéramos encontrado, cosa que ya me temía… que no le hubiéramos encontrado con vida, de no haber sido por vosotros dos. En nombre del reino, muchas gracias. —Por su tono, por su actitud, tenía todo el derecho a hablar en nombre de Inglaterra. A Shakespeare le pareció tan absurdo como todo lo que había sucedido durante esos últimos dos días.

Por el tono de Phelippes, a él no.

—Dirigidme, guiadme, os seguiré como mejor pueda —le dijo a Skeres—. Os reconoceré por vuestro jubón mostaza; eso lo veo, con o sin anteojos —ambos se fueron rápidamente.

Burbage también se levantó.

—Yo también me voy, Will. Tengo que saber si Winifred está sana y salva, y los niños —su rostro se enturbió al pronunciar la última palabra. Él y su mujer habían perdido dos hijos en los últimos tres años, y de los dos que le quedaban, un niño y una niña, la niña estaba enferma.

—Te acompañaré hasta tu casa, así te hago compañía —le dijo Shakespeare. Burbage asintió y le ofreció la mano para ayudarle a levantarse. El poeta siguió hablando, mientras se desprendía de la hierba seca—. Luego iré a mi casa de huéspedes, para que la viuda Kendall sepa que estoy vivo, y le pagaré la renta para que me permita volver a dormir en mi cama.

—Pues, en marcha —dijo Burbage. Mientras se dirigieron al este de Westminster, el actor negó con la cabeza y empezó a reír tristemente—. Daría lo que fuera por saber cómo marcha este levantamiento más allá de Londres. Isabel y Alberto han huido, pero adónde. ¿Regresarán pronto, con más ejércitos a sus espaldas? ¿O

pretenden coger un barco en dirección a Holanda o España, para protegerse?

—No lo sé. Ya quisiera, ya —respondió Shakespeare—. El inaudible y silencioso paso del tiempo lo dirá.

Aquí y allá yacían cuerpos en las calles. Los pájaros carroñeros se alzaban en nubes hambrientas cuando Shakespeare y Burbage pasaban por allí, para luego volver a posarse y reanudar el banquete. La mayoría de los cuerpos ya estaban casi desnudos, las prendas habían sido saqueadas por carroñeros humanos antes de que llegaran los pájaros.

—¿Pero qué panorama es este? —dijo sorprendido Burbage y apuntó a la larga hilera de hombres que salían de Ludgate y que se dirigían penosamente hacia ellos.

Shakespeare entrecerró los ojos para ver a través de la nube de polvo que los hombres levantaban.

—Pues, prisioneros españoles, y no me equivoco —dijo un rato después—. Tanta alma morena no puede ser de raza inglesa.

—Tienes toda la razón —afirmó Burbage cuando el principio de la hilera se acercó más—. Esos guardias, ¿los ves?, seguro que son ingleses.

—Cierto —dijo Shakespeare. Uno de los guardias a la cabeza de la hilera, un hombre enorme con el pelo y la barba color amarillo mantequilla que llevaba un corte pasado de moda y empuñaba un sable (¡nada de estoques elegantes!), saludó alegremente a los dos hombre del Theatre. Shakespeare y Burbage devolvieron el saludo. Salieron del camino y se quedaron a un lado mientras pasaban los prisioneros.

Shakespeare observaba el flujo de rostros oscuros y apenados.

—¿Buscas a De Vega? —le preguntó Burbage.

—Sí —le respondió el poeta—. Me gustaría saber qué ha sido de él. ¿Por qué no vino ayer al Theatre?

—Sea cual sea la razón, no derramaré ni una lágrima por él —dijo Burbage—. Y tampoco derramaré lágrimas por su ausencia, ni por su larga persistencia. Me estremecía al pensar que podía aparecer en mitad del tercer acto al frente de una patrulla de españoles, gritando “¡Deteneos! ¡Se ha acabado todo!”

—Yo tuve el mismo pensamiento —Shakespeare sabía que nunca recordaría la primera representación de *Boudicca*, sin recordar también el miedo que la había acompañado, el miedo que pudo oler en el vestidor. Siguió mirando a los españoles —. Aunque aquí no le veo… ni a él, ni a otros.

—¿Eh? —dijo Burbage—. ¿Qué quieres decir? —Shakespeare no respondió. No solo había observado a los capturados, sino también a los que les vigilaban, porque se preguntaba si Ingram Frizer se encontraría entre estos últimos. Después de haber visto a Nick Skeres, no le pareció muy improbable encontrarse con otro de los hombres de Robert Cecil. Y la oportunidad de robar, y quizás también de matar, a una manada de prisioneros parecía algo del gusto de Frizer. Pero Shakespeare vio tanto de él como de Lope de Vega.

Él y Burbage entraron a Londres por Ludgate. No lejos de la entrada, en el lado

norte de Bowyer Row, había una iglesia dedicada a San Martín. Dos curas, aún en sotana, habían sido colgados de las ramas de un castaño que se alzaba junto a la iglesia. SERVÍ A ROMA, rezaba el cartel que colgaba de uno de ellos. El cartel que colgaba del otro sugería la forma en que había servido al Papa.

Burbage contempló, impasible, los dos cuerpos guindados.

—Que todos los inquisidores sigan el mismo camino —dijo con la voz fría como el metal.

—Que así sea —Shakespeare sabía que sonaba ferozmente ansioso. Impulsada por los españoles, la Inquisición inglesa había dispuesto de diez años para introducir a la fuerza la fe de Roma en sus compatriotas—. Eran nuestros tiranos; que todas sus fechorías se vuelvan en su contra cuando los cacen.

Burbage y él caminaron unos pasos más. Entonces el actor dijo:

—Si Elizabeth sale victoriosa, Dios lo quiera así, ¿cuántos curas papistas deben quedar vivos después de todos estos años?

—Pocos, más todos aquellos que teman que les den caza —dijo Shakespeare. Burbage asintió, disfrutaba de la perspectiva. Shakespeare suspiró. Parte de él echaría de menos la grandeza del ritual católico. Sabía que era mejor no mencionar nada de eso: no tenía madera de mártir. Había aceptado con la misma docilidad el rito romano cuando Isabel y Alberto derrocaron de su trono a Elizabeth. Aquí, los hombres mayores, de la edad de Lord Burghley, habrían visto cómo cambiaba la fe de su reino (Shakespeare se detuvo para contar con los dedos) en cinco ocasiones distintas, de la católica a la protestante, vuelta a la católica, vuelta a la protestante, vuelta a la católica, y ahora otra vez vuelta a la protestante. ¿Cómo podía tener un hombre auténtica fe después de tantos cambios? Eso también era mejor no decirlo en voz alta. Incluso era mejor ni pensarlo.

Más curas muertos colgaban o yacían delante de cada iglesia por la que pasaban Shakespeare y Burbage. Tras un rato, los cuerpos perdían la capacidad de horrorizar. “La costumbre me ha familiarizado con la tarea”; a Shakespeare sus propias palabras le retumbaban en la cabeza. Él y Burbage llegaron a St. Paul. Lo que los enloquecidos ingleses habían hecho allí con los curas era… Cualquier hombre que hubiera permanecido impasible tras ver eso, debía tener el alma muerta.

—Oh, dulce Jesús —murmuró Burbage. Apartó la vista. Shakespeare hizo lo mismo. Demasiado tarde, demasiado tarde. Pasaría años intentando olvidarlo, y sabía que sería en vano.

Burbage vivía en Cordwainer Street Ward, al este de la gran iglesia. Su casa no quedaba lejos del Red Lion, una bestia de madera que marcaba un patio cuyas tiendas vendían paños finos y otras vestiduras. Mientras él y Shakespeare se acercaban a la puerta principal, ésta se abrió de golpe. Su mujer salió disparada y se arrojó a sus brazos.

—¡Dios bendito, estás bien! —gritó Winifred Burbage—. Vos también, maestro Shakespeare —añadió educadamente. Volvió a centrar la atención en su marido—. A

lo largo del día de ayer vi morir a miles de personas, y sabiendo lo que ibas a representar, temía que no volvieras nunca… —Era una mujer de buen ver cerca de la treintena, pelo color caoba, ojos azules; pero la preocupación le restaba gran parte de su belleza.

Burbage la besó, y luego le hizo una pose.

—Estoy bien, como puedes ver. ¿Qué hay de ti, y de William e Isabel?

—Están bien —su mujer parecía intentar convencerse, tanto a ella como a él—. Cuando todo estalló, nos encerramos en casa. Mataron a un español allí, delante del maestro Goodpasture —señaló al otro lado de la calle. No quedaba señal del cuerpo. Cobró fuerza y siguió con el relato—. Pero, aparte de eso, todo pareció suceder en algún país lejano; pero era real, era real —temblaba.

También lo hacía Shakespeare, que había visto más que ella lo real que había llegado a ser. Puso la mano sobre el hombro de Burbage.

—Doy gracias al Señor de que todo esté en orden aquí, pero ahora tengo que marcharme.

—Que Dios te proteja, Will —contestó el actor. Winifred Burbage asintió. En tiempos como aquellos, esa no eran palabras vanas, sino un deseo verdadero e inmediato.

Las campanas de la iglesia tocaron las dos cuando Shakespeare salió de casa de Burbage. Volvió a temblar. ¿Tan solo había transcurrido un día desde que la compañía de Lord Westmorland había representado *Boudicca* en lugar de “El Rey Felipe”? Parecía imposible, pero tenía que ser cierto. Nunca antes había experimentado veinticuatro horas más completas. En un día normal, a esa hora, la compañía daría comienzo a una nueva representación. Hoy no. Esperó que el Theatre aún estuviera en pie. Si no fuera así, ¿de qué iba a vivir? Como cualquier actor, se preocupaba de eso a pesar del dinero que había recibido de Lord Burghley y de los españoles por sus dos obras.

Un hombre subía altanero la calle con una colcha de plumas sobre el hombro, una jaula con varios pájaros pequeños que gorjeaban desesperadamente en una mano, y una pistola en la otra. ¿Cuántos ingleses habían usado la excusa de la sublevación como excusa para rapiñar a su propia gente? Eso acababa de pasar por la mente de Shakespeare cuando se oyó el grito de una mujer unas manzanas más lejos. ¿Y cuántos ingleses usaban también la sublevación como excusa para violar? “Se deleitan con la noche, los robos, el asesinato, y cometen los pecados más antiguos de la manera más reciente”, pensó tristemente.

Aquí y allá, los fuegos seguían ardiendo. Si el viento hubiera sido más fuerte, la mayor parte de Londres se habría incendiado. Empezó a santiguarse para dar gracias a Dios de eso no hubiera sucedido, pero detuvo el gesto antes de que alguien viera lo que hacía. Hasta ayer, no santiguarse podía haberle delatado como un hereje protestante. Ahora, hacer el signo de la cruz podía hacer que le consideraran un papista rebelde. Los hombres de costumbres fijas, los hombres que no podían

adaptarse con facilidad ni rápidamente a los tiempos de cambios, seguramente morirían porque otros les juzgarían equivocadamente. Ya había sucedido antes, la última vez había sido diez años atrás.

Subió por Bishopsgate Street y corrió hacia el norte en dirección a su casa de huéspedes. No hacía ni un día que había bajado bramando la misma calle hacia la Torre de Londres al grito de "¡Muerte, muerte, muerte a los españoles!". Y la muerte había sido el destino de muchos de ellos, y también el de muchos ingleses. Sí, la muerte había predominado ese día, y Shakespeare aún la temía considerablemente.

Al girar a la izquierda en Bishopsgate Street, el poeta recorrió el laberinto de calles laterales y de callejones malolientes para llegar a casa de la viuda Kendall. Cuando pasó por delante de la taberna donde cenaba a menudo, murmuró "Oh, Dios bendito", al ver que no le había sucedido nada. Eso, probablemente, quería decir que Kate estaba bien. Casi se detuvo para hacerle saber que estaba bien; pero, con un bostezo, decidió seguir adelante. Ya iría por la noche. Ansiaba con más desesperación el sueño.

La puerta principal de la casa de la viuda Kendall estaba abierta. Shakespeare frunció el ceño. Eso era poco corriente. Normalmente, su casera la mantenía cerrada porque temía, con cierta razón, que entrasen a robar. Se oyó un chillido procedente de la casa. Shakespeare entró a toda prisa.

Jane Kendall volvió a gritar cuando entró por la puerta principal al salón. Cicely Sellis se protegía con un taburete como si fuera una domadora de leones, y se esforzaba por mantener alejando al hombre que la amenazaba con una daga que casi parecía una espada en miniatura.

Sin apenas pensarlo, Shakespeare se abalanzó sobre el hombre por la espalda. El hombre emitió un gemido sobresaltado. El cuchillo salió volando de su mano. La viuda Kendall volvió a gritar. Shakespeare sólo se percató ligeramente. Sujetó al hombre contra el suelo mientras Cicely Sellis se hacía con la daga. Su enemigo trató de liberarse y de luchar contra él, pero todos sus movimientos eran lentos y torpes. A pesar de que no era ningún hombre de lucha, Shakespeare no tuvo problemas para dominarlo.

Y cuando lo hizo…

—¡De Vega! —exclamó.

Un enorme golpe hinchado y amoratado cubría la mitad izquierda de la frente de Lope. A Shakespeare le sorprendió que alguien pudiera sufrir semejante golpe sin que el cráneo acabara aplastado por completo. No era de extrañar que el español fuera más lento y menos temible de lo que hubiera sido en una situación normal.

Casi por casualidad, Shakespeare recordó que él también llevaba un cuchillo. Lo sacó y lo apretó contra la garganta de Lope.

—¡Deteneos! —jadeó—. Dejad de luchar, de lo contrario, moriréis al instante.

De Vega se puso rígido para un último empujón; pero, al final, se quedó sin fuerzas.

—Me rindo —dijo de forma hosca. Cuando miró a Shakespeare, tenía una pupila más dilatada que la otra.

—¿A qué habéis venido? —le preguntó el poeta—. ¿Y por qué amenazáis a la señora Sellis?

—¿A qué? —repitió Lope—. Para matar a esta bruja, esta ramera…

—No soy la ramera de ningún hombre —replicó Cicely Sellis. Shakespeare se dio cuenta de que no negó lo otro.

—Bendito sea el cielo por haberos hecho llegar en el momento oportuno, maestro Will —dijo la viuda Kendall—. Creí que se cometería un asesinato vil y sangriento en mi propio salón.

—Quizás no, si hubierais ayudado más y gritado menos —le replicó la curandera, en un tono agrio.

Jane Kendall la miró enfurecida. La miró como si quisiera responderle con dureza, pero no se atreviera. Shakespeare también se lo habría pensado dos veces antes de hacer enfadar a Cicely Sellis.

Volvió a centrar su atención en Lope de Vega.

—Seguid. ¿A qué os referís?

De Vega dudó, luego se encogió de hombros.

—Bueno, ¿por qué no? ¿Qué importa ahora? Ayer, me enteré de que habíais tenido trato con Robert Cecil en la calle, vine a toda prisa aquí para saber si os proponíais cometer traición a pesar de vuestros maravillosos versos dedicados a Su Majestad Católica.

Shakespeare sintió un escalofrío. ¡Así que algún espía había reconocido a Robert Cecil, incluso a pesar de su disfraz de mendigo! ¡Cómo había pendido de un hilo la sublevación! Pero no se había roto, no del todo.

—¿Qué tiene eso que ver con la señora Sellis? —preguntó Shakespeare.

—Bueno, pues nos encontramos en este mismo salón —respondió Lope, como si Shakespeare ya hubiera tenido que saberlo—. Nos encontramos en este salón y, al preguntarme ella a qué había venido, le dije la verdad, ya que creía que era una mujer honesta…

—Y lo soy —respondió Cicely Sellis. Por la expresión de la viuda Kendall, ella no compartía esa opinión, pero no dijo nada.

—Me invitó a pasar a su habitación —continuó Lope. Jane Kendall se agitó otra vez. Pero, nuevamente, no se atrevió a hacer nada más que moverse—. Me invitó a pasar a su habitación —repitió el español—, y ahí me embrujó. Mediante algún hechizo vil, hizo que perdiera la memoria, e hizo que me olvidara del porqué había venido, de que tenía que ir al Theatre, a representar a don Juan de Idiáquez…

Al decir eso, la viuda Kendall se santiguó. Sus labios rezaron un silencioso padrenuestro. Cicely Sellis solo se encogió de hombros. Mommet salió de su habitación y se paseó entre sus piernas. Mientras se agachó para acariciar al gato detrás de la oreja.

—No fue más que el mismo truco que utilicé para calmar al maestro Street la Pascua pasada —Mommet ronroneó. Empujó su hocico contra la mano de la curandera.

—Ah —dijo Shakespeare: el ruido menos comprometedor que pudo hacer. Pensó que lo que le había hecho a Jack Street era magia, y no un mero truco. Los ojos que reflejaban el auténtico terror de su casera le decían que ella pensaba lo mismo.

—Y entonces —Lope siguió—, y entonces… —Le lanzó una mirada repleta de furia a la curandera—. Y luego se acostó conmigo, para desorientarme más y desviarme del propósito por el que había venido. No fracasó en su objetivo —el reproche se reflejaba en su voz. "¿Reproche hacia él o hacia ella?" se preguntó Shakespeare. "Quizás hacia ambos". Sus ojos se posaban hora en De Vega, hora en Cicely Sellis, así, una y otra vez. No creía que se pondría tan celoso del español.

Celos no era lo que sentía Jane Kendall.

—¡Entonces, sois una cualquiera! —le soltó a Cicely Sellis— ¡Ramera! ¡Rabiza! ¡Sucia cualquiera!

—Venga, cállate, viejo pedazo de queso rancio roído por las ratas —le contestó la curandera—. Vuestra virginidad, vuestra vieja virginidad, es como una de esas peras francesas podridas: parecen que están pasadas y están muy secas al comerlas.

La viuda Kendall la miraba, los ojos se le salían de sus órbitas a causa de la ira. Al haber tenido un marido, seguramente no era virgen. Y en ese momento, después de lo que le había dicho a la otra, parecía que las palabras se le habían atascado, y no de forma lisonjera.

Muy calmada, Cicely Sellis asintió a Shakespeare.

—Sí, me acosté con él. Tanto vos como él habíais dejado muy claro que algo de no poca importancia se estaba cociendo, que él no debía descubrir ni entorpecer. Me acosté con él, y pensé en Inglaterra.

—¿En Inglaterra? —gritó Lope—. Me tumbé sobre su barriga, ella estaba de espaldas, ¿y pensaba en Inglaterra? Por Dios, ¡qué mentirosa sois señora Sellis! No era en Inglaterra, sino en vuestro… —Parecía no encontrar la palabra en inglés. Shakespeare no acabó la frase. De Vega, ofendido y más que ofendido, dirigió sus palabras a él—. Os lo aseguro, maestro Will, sus aullidos parecían proceder de esta maldita bestia, su familiar embrujado. —Señaló con un pulgar a Mommet.

El gato arqueó la espalda y le sopló. Cicely Sellis se ruborizó. Con eso, Shakespeare supuso que había pensado en otras cosas además de en Inglaterra cuando se acostó con Lope, y que había disfrutado más de lo que ahora pretendía demostrar. Pero eso no significaba que no hubiera pensado en Inglaterra. Y si había evitado que el oficial español encontrara los papeles en el baúl de Shakespeare, quizás había salvado el levantamiento. Si los españoles hubieran dispuesto de algunas horas para prepararse… Shakespeare no quería pensar en eso.

—Uno haría por amor a su país lo que no haría por nadie más —De Vega aulló. La viuda Kendall se sorbió la nariz. La curandera volvió a asentir. ¿Era alivio lo que

se reflejaba en su rostro? Shakespeare no podía estar seguro; no, porque la mujer siempre había controlado tan bien sus gestos que no recordaba haber visto antes esa expresión.

—Yo aún digo… —empezó a decir Jane Kendall.

—Os ruego que esperéis —dijo Shakespeare. Su casera le miró perpleja; pocas veces, se atrevía a interrumpirla—. Sería prudente por vuestra parte, señora Kendall, que no dijerais nada que no pueda ya arreglarse. Los tiempos cambian, tanto si queréis como si no, y será muy duro para aquellos que no cambien con ellos.

Los tiempos iban a cambiar, si la sublevación triunfaba. No sabía si iba a ser así, pero la viuda Kendall no sabía que podía no ser así. Y, como alguien que se había mostrado devota católica a lo largo de los últimos diez años, estaba a punto de perder mucho si alguien de los que la conocían la denunciaba. Se humedeció los labios. Shakespeare pudo ver cómo comprendía cada vez mejor como estaba todo. Debía haber visto, los españoles se ocuparon de que lo viera toda Inglaterra, lo que había sucedido con los protestantes rebeldes. Con el nuevo rumbo dado, ahora sería el turno de los papistas. Exhaló de un modo que podría haber significado furia, pero no dijo ni media palabra.

Cicely Sellis señaló con la cabeza a Lope.

—¿Qué haréis con él, maestro Will? —le preguntó.

—¿Yo? —Shakespeare sonó asustado, incluso para sí mismo. Nunca antes había tenido en sus manos la vida de un hombre. Si degollaba a De Vega ahí en el salón, nadie pensaría nada malo de él (excepto, quizás, la viuda Kendall, por el desastre que eso supondría). Si… Suspiró y negó con la cabeza. —Por mis venas no corre sangre de asesino —dijo, como si alguien le hubiera dicho lo contrario—. No hizo más que lo que era su obligación, y por lealtad a su Rey. Dejemos que le tomen como prisionero, para que exijan un rescate por él, lo usen como intercambio o a lo que sea que esté destinado.

—Muchas gracias —dijo suavemente—. Estoy a vuestras órdenes —Con dificultad consiguió hacer un chasquido—. Y, si no hubiera sido por vuestra bruja, habría interpretado a un espléndido don Juan de Idiáquez.

Eso provocó una carcajada y un asentimiento de Shakespeare.

—Sí, quizás —dijo—. Algún día, me gustaría ver “El Rey Felipe” sobre el escenario. Si os encontrarais entonces en Inglaterra, maestro Lope, el papel es vuestro.

De Vega dibujó una mueca curva.

—A nuestro Señor le digo, libradme de este cáliz.

—Venga, vamos —le dijo Shakespeare, y con el cuchillo le señaló la puerta. —Os entregaré a aquellos cuya responsabilidad es tomar a los cautivos, ya que sé que esos hombres existen. No intentéis escapar. Os habéis rendido, y si huis sólo hará que las cosas sean peor, ahora que los ingleses dominamos Londres.

—Ante Dios juro que no escaparé —en cuanto Lope se puso en pie, se tocó la

cabeza golpeada—. Por Dios, no podría escaparme muy lejos. Pero no lo haría, aunque pudiera. He visto a vuestros lobos londinenses comportarse como lebreros preparados para salir corriendo, y no quisiera ser yo la presa.

—Pues entonces vayamos —dijo Shakespeare—. Os prometo, que no os entregaré a nadie que no os mantenga a salvo hasta que os vuelvan a poner en libertad —De Vega asintió. Incluso ese pequeño movimiento debió dolerle, ya que se quejó y, con cuidado, se volvió a tocar la cabeza. Shakespeare hizo una reverencia a Jane Kendall y a Cicely Sellis. —Adiós, damas.

Su casera le contestó con una reverencia torpe. Cicely Sellis bajó la cabeza y murmuró:

—Estoy en deuda con vos, maestro Will.

"¿Y cómo le pagaría esa deuda?" se preguntó. "¿Con la misma moneda que al español?" Le dio un empujón a Lope.

—Venga, vamos —volvió a decir; sonó tosco como un soldado.

No quería tener que recorrer mucho camino con De Vega. Acababan de dejar atrás Bishopsgate Street cuando una hilera fresca de prisioneros bajaba del norte.

—Moveos, desgraciados cornudos; gamberros; villanos despiadados, traidores, lujuriosos e insoportables —les gritaba un inglés—. Sí, moveos o será aún peor para vosotros, indeseables, violadores de vírgenes, perros. —La mayoría de los españoles no entendían ni una palabra del abuso al que se les sometía, pero entendían que tenían que seguir avanzando.

Shakespeare agitó los brazos al inglés que gritaba.

—¡Un momento, por favor! Tengo aquí a otro español, para que lo añadáis a vuestra comitiva.

—Bueno, pues entonces traed aquí a ese maldito rastrero, asesino, judas —contestó el hombre.

Sin importarle qué angustias le podría conllevar, Lope le hizo una reverencia.

—A vuestro servicio, soberbio demacrado desdeñoso —dijo.

Al inglés debió sonarle como un elogio.

—Así que aquí tenemos un perdedor con una lengua ingeniosa, ¿no? —dijo—. ¿Opinan quizás lo mismo las damas lujuriosas? —De Vega asintió, respuesta que el hombre no parecía haber esperado. Apuntó con el pulgar a los prisioneros—. Mézclate con ellos. No causes problemas o te arrepentirás.

—Ya me arrepiento —contestó Lope, pero se colocó entre los demás españoles. Empezaron a marchar, hacia el centro de Londres.

Cuando Shakespeare volvía a su casa de huéspedes, oyó un fuerte disparo no muy lejos de allí: lo suficientemente cerca, en todo caso, como para, a continuación, oír el grito de los hombres heridos. La lucha por Londres aún no había finalizado. No podía distinguir si los gritos eras en inglés o en español. Los hombres atormentados sonaban muy parecidos en todos los idiomas.

El sol se ponía rápido a través de las nubes y del humo, más de lo primero y

menos de lo último en comparación con el día anterior. La mayoría de las veces, a esa hora, estaría de camino a casa de la viuda Kendall y luego iría a la taberna a cenar. Ya había estado en la casa de huéspedes. La agitación con De Vega le había sacudido el sueño de encima, y ahí estaba la taberna con la puerta abierta, invitadora.

Cuando entró, Kate colocaba las velas sobre las mesas y las encendía con una astilla prendida. Un hombre ya le había quitado el sitio junto al fuego. Cortaba el solomillo que tenía sobre una bandeja de madera.

—¡Will! —exclamó Kate, y dejó caer todas las velas que sujetaba. Corrió hacia él, lo tomó entre sus brazos, lo estrujó hasta dejarle sin aire y le besó—. ¡Dulce Will! ¡Dios bendito, doy gracias por verte entero y sano! —Volvió a besarle.

—Un antro muy acogedor, este —dijo el hombre del solomillo, con una sonrisa dibujada en el rostro graso.

Shakespeare le ignoró. Con Kate entre sus brazos, besándole, se olvidó de Cicely Sellis. No, eso era demasiado: no la olvidó, pero la apartó momentáneamente de sus pensamientos. Era un tentación; una muy dulce, pero ya no. Kate… Si no estuviera ligado a Anne en Stratford, la habría convertido encantado en su mujer.

Apartó esa idea de su cabeza, como debía ser.

—Ya me ves —dijo— y me alegro de verte —ahora fue él quien la besó. El hombre junto al fuego gritó de alegría. Ninguno de los dos le prestó la menor atención.

Finalmente, el beso concluyó; pero seguían pegados el uno al otro. Kate le preguntó:

—¿Qué es lo que quieres, mi amor?

—Sabes muy bien que es lo que quiero —le respondió Shakespeare—. Lo que quiero, lo que puedo, lo que debería… —Se encogió de hombros—. Tú conoces tan bien como yo las dificultades, los impedimentos, los obstáculos que se anteponen a mí. Nunca te he mentido. —Sintió cierto orgullo desolado por ello. Kate asintió—. Y si pudiera apartarlos de mí, lo haría en un abrir y cerrar de ojos.

—Pues que así sea. ¡Pues que así sea! Con todos los cambios nuevos, ¿quién puede decir que esto o lo otro no pueda ser posible? Si es verdad que Elizabeth ha sido liberada de la Torre…

—Lo es —le informó Shakespeare—. La vi salir con mis propios ojos, a hombros de Sir Robert Devereux.

—Bueno, pues —dijo Kate, como si eso demostrara algo. Quizás, para ella, sí era así—. ¿Quién podría haber soñado semejante cosa hace una semana? Semejante milagro se ha dado en Inglaterra, ¿por qué no uno más pequeño, que sólo nos atañe a nosotros dos?

—Sí, ¿por qué no? —dijo conforme Shakespeare, y volvió a besarla. Que estuviera con vida y libre para hacerlo le parecía, en ese momento, ya más que un milagro.

Cuando una de las amantes de Lope le pilló saliendo de la lucha de osos en Southward con otra, creyó que el edificio redondo de madera, como un teatro en construcción, quedaría para siempre entre sus recuerdos más humillantes. Ahora había regresado a la arena, nuevamente humillado: los ingleses usaban la construcción para retener a todos los españoles prisioneros. Se sentó abatido sobre el sucio suelo cubierto de arena en el que tantos osos y perros habían muerto.

Las bestias ya no estaban, las habían trasladado a otro terreno, pero sus olores aún permanecían allí: el fuerte hedor de los perros y el olor fétido de los osos, el olor hediondo a almizcle. Con tantos rehenes en el lugar, los olores corrientes a hombres sin lavar y a sus desechos empezaban a fulminar el de los animales.

Las nubes grises se aglomeraron sobre sus cabezas. Si se ponía a llover, el suelo de la arena se volvería fangoso. Lope sabía que debía buscarse un sitio en una de las galerías. “Debería haber hecho eso antes”, pensó. Pero no había tenido la energía suficiente. Había estado aletargado desde que el golpe que había recibido casi le rompió el cráneo y, sobre todo, desde que fracasó en su intento de vengarse de Cicely Sellis. Después del fracaso, ya nada parecía tener importancia.

No lejos de ahí, uno de sus compatriotas le preguntaba a otro:

—En nombre de Dios, ¿por qué no viene nadie a rescatarnos?

—Los que ganan, rescatan —le dijo el otro español—. Si no nos rescatan, es porque no hemos ganado.

Eso tenía mucho más sentido de lo que Lope hubiera deseado.

—¿Pero cómo podemos perder contra esta muchedumbre inglesa? —preguntó el primer español. —Nosotros les derrotamos primero, les derrotamos con facilidad. ¿Se han convertido en semejantes gigantes? ¿No hemos empequeñecido a lo largo de estos diez años?

—Ahora, nuestro ejército se encuentra disperso por todo el país —le respondió el otro—. Se suponía que los soldados ingleses iban a hacer gran parte de nuestro trabajo, de manera que muchos de nuestros hombres pudiesen ir a Flandes a someter a los rebeldes de allí.

—Claro que sí. ¡Claro que sí! —dijo el primer prisionero—. Los ingleses han hecho un trabajo excelente dominando el campo, hasta que se han vuelto en nuestra contra como perros rabiosos.

—Y Flandes también ha vuelto a sublevarse —dijo Lope— o eso dicen los ingleses. Justo cuando creíamos que por fin los teníamos bajo control… —Quiso negar con la cabeza, pero no lo hizo. Incluso ahora, más de una semana después de que le hubieran golpeado, un movimiento así podía cegarle de dolor. Dejó pasar un rato para luego proseguir—. ¿Y quién sabe lo que hará Felipe III cuando finalmente tenga noticias de lo sucedido?

Ninguno de los hombres respondió durante un rato. Al final, uno de ellos murmuró:

—Si aún viviera su padre—. Su amigo asintió. También lo hizo Lope, con

cautela. Felipe II habría optado por luchar con mano dura contra una sublevación como aquella. Eso, por supuesto, no era una razón poco importante por la que los ingleses habían esperado a que muriese para rebelarse. Y todos sabían demasiado bien que Felipe III no era el hombre, ni la mitad del hombre, que había sido su padre.

Esa noche, el disparo de cañones procedente del este interrumpió el descanso de Lope. Se preguntó qué significaría, pero ninguno de los que se encontraba aprisionado en la arena, antes destinada a la lucha de osos, podía ver lo que sucedía fuera. Empezaba a volverse a dormir a pesar de los disparos lejanos, cuando una explosión tremenda, mucho mayor que una simple detonación de cañón, le sacudió violentamente e hizo que se preguntara si también le iba a estallar la cabeza. Después de eso, los disparos disminuyeron rápidamente. Un silencio prácticamente afligido volvió a inundar el lugar. Al no tener nada más que hacer, se tumbó y volvió a dormirse.

Cuando salió el sol, los ingleses que iban a dar de comer a sus prisioneros estaban jubilosos.

—Algunos de vuestros galeones trataron de entrar por el Támesis —dijo el hombre que le sirvió a Lope un cuenco de gachas que olía a agrio —, pero los hemos mandado de vuelta, santo Dios, y con la cola entre las patas.

—¿Podéis decirme cómo, os lo ruego? —le preguntó Lope. Se introdujo las gachas en la boca con los dedos, ya que no disponía ni siquiera de una simple cuchara.

—¿Cómo? Con brulotes, que les mandamos desde debajo del Puente de Londres —respondió el inglés—. Mandamos los cascos incendiados contra vuestra flota que venía río arriba, que tuvo que apartarse elegantemente para poder huir: de lo contrario, también habría ardido. Como le sucedió al *San Juan*; ¿no oísteis el enorme estallido cuando el fuego alcanzó la santabárbara?

—¿El *San Juan*? —Lope se santiguó y murmuró un *Ave María*. Había venido a Inglaterra en ese barco.

—Y el *San Mateo de Portugal* se encuentra encallado —añadió el hombre—. Encallado y capturado. No me cabe duda de que vuestros españolitos exultantes se lo pensarán dos veces o más antes de volver a intentar algo semejante —dijo, y se alejó para dar de comer a otros.

—¿Qué es lo que dice? —le preguntó un español a Lope—. Le he oído mencionar nombres de nuestras fragatas entre sus frases inglesas.

—No estoy seguro de que dijera la verdad —dijo De Vega después de traducir.

—Parece probable —dijo otro hombre—. Sólo parece más que probable. ¿Tendría una mentira tantos detalles?

—Una buena podría tenerlos —respondió Lope, aunque sabía que trataba de convencerse tanto a sí mismo como al hombre con el que hablaba.

Los días fueron pasando. No hubo ejército español que tratara de entrar en Londres. Como mínimo, para Lope eso era señal de que el inglés no le había mentido.

Cuanto más tiempo pasaba en la arena donde antes luchaban los osos, más seguro parecía que la sublevación inglesa había triunfado.

Con la arena aún repleta de prisioneros, a los londinenses les habían quitado uno de sus deportes más populares. Escoltados por guardias armados, empezaron a venir a ver a los prisioneros españoles. Lope suponía que era un divertimiento pobre en comparación a lo que estaban acostumbrados. “Quizás arrojarán perros sobre nosotros en lugar de a los osos”, pensaba. Tuvo la delicadeza de nunca decir eso en voz alta. La primera vez que se le pasó por la mente, le pareció una broma de mal gusto. Pero los ingleses lo harían, si es que se les ocurría.

La mayoría de los hombres que venía a ver a los españoles mostraba cierto respeto hacia ellos. Cualquiera que hubiera luchado en una guerra sabía que la desgracia podía caer incluso sobre los mejores soldados. Las mujeres eran peores; se mofaban y les abucheaban y, la mayoría de las veces, Lope tenía la sensación de que los guardias protegían más a él y a sus compatriotas de ellas que al revés.

Y luego, un día de llovizna, vio a una belleza de pelo negro y ojos azabache al brazo de un noble inglés. El noble observaba a los españoles del mismo modo que hubiera hecho con los animales enjaulados. También lo hacía su acompañante, que se reía, le murmuraba cosas al oído, se frotaba contra él y hacía de todo menos ponerle la mano directamente en la entrepierna delante de todos. Y él solo se pavoneaba, fanfarroneaba y la cogía por la cintura, para mostrar al mundo el nuevo juguete que había encontrado.

Lentamente y a propósito, Lope se dio la vuelta. Tendría que haber sabido que Catalina Ibáñez trataría de sacar el mejor partido de cualquiera que fuera el destino de Inglaterra. Le podría haber dicho una o dos cosas a ese noble, pero ¿para qué? Además, tarde o temprano, el hombre se daría cuenta por sí mismo.

De Vega esperó que Catalina no le reconociera. Ahora, la barba oscura le cubría las mejillas, la mandíbula y la barbilla. A sus ojos, no debería haber sido más que un prisionero sucio y abatido entre muchos otros. Aguantar su regodeo sobre su miseria sería más de lo que podría aguantar. La miró por el rabillo del ojo.

Ella no dio señales de reconocerle: una pequeña victoria, todo lo que podía tener ahí dentro. Ella volvió a reírse, un sonido similar al repicar de las campanillas, y se puso de puntillas para besar a su nuevo protector en la mejilla. Con una risa entre dientes indulgente, le dio una palmadita en el trasero. Lope rogó que apareciera un oso, o incluso perros mastines; pero Dios debía estar ocupado en algún otro lugar, ya que Catalina y el inglés salieron de la arena juntos.

XV

Como en aquella tarde fatídica de hacía seis semanas, el silencio absoluto reinaba en el Theatre. En él, Joe Boardaman volvía a recitar los versos finales de Boudicca:

"Los bretones nunca nos sumimos,
Ni nos sumiremos, al orgullo
De un conquistador; antes morir.
Aunque tres cuartas partes del mundo
Vinieran armadas: regresarían
Derrotadas. No hay nada capaz
De afligirnos, mientras los bretones
Nos mantengamos leales."

La reina de los icenos volvió a morir.

Como hizo la otra vez, Shakespeare se colocó delante del cuerpo de Boudicca. Y como había hecho entonces, acabó la obra:

"No habrá epílogo aquí, a no ser
Que vosotros lo hagáis; si libertad
Es lo queréis, id y tomadla."

Y, igual que la otra vez, se quedó ahí de pie en el escenario a la espera de lo que sucediera luego.

Esta vez, lo que hubo fueron aplausos, multitudinarios una y otra vez, tanto de los mosqueteros como de las galerías. Los ojos de Shakespeare se dirigieron a la silla tapizada en terciopelo que había sido colocada en el centro de la galería. Hizo una gran reverencia a la Reina Elizabeth.

Ella, a modo de respuesta, inclinó la cabeza. Volvía a tener la apariencia de una reina: lucía un vestido largo brillante, cubierto de perlas, una gran gorguera almidonada y blanca como la nieve, los polvos pálidos le restaban años a su sufrido rostro, y una corona colocada sobre su peluca de rizos caoba. Aunque en la mente de Shakespeare, nunca había parecido más reina que cuando habló, sin adorno alguno, desde la ventana de la Torre.

Detrás de él, los actores que habían actuado en *Boudicca* se adelantaron para hacer las pertinentes reverencias. En la primera representación, no habían recibido los aplausos que se merecían. El objetivo de la obra había sido sublevar a la audiencia contra los ocupantes españoles, y había logrado ese objetivo muy por encima de lo que Shakespeare se había atrevido a desear. Aunque eso significó que los actores

fueran totalmente olvidados.

Ahora no. El público aplaudía, pataleaba, gritaba y les aclamaba. Los hombres de la compañía de Lord Westmorland hicieron reverencias una y otra vez; pero el tumulto no cesaba. Robert Cecil, ahora Sir Robert, que estaba sentado junto a Elizabeth, se inclinó hacia ella y le dijo algo a la oreja. Shakespeare vio cómo sonreía y asentía. Luego se puso en pie y lanzó un beso a la compañía. Junto a todos los demás, Shakespeare volvió a hacer una reverencia, más baja que nunca. El estrépito se redobló en el Theatre.

Finalmente, tras lo que pareció ser una eternidad, empezó a disminuir. Un trompetista situado detrás de Elizabeth hizo sonar su cuerno. Las notas sostenidas y claras llamaron la atención de todos los presentes. Elizabeth volvió a ponerse en pie.

—Queda demostrado que Lord Westmorland es un traidor y un hereje romano que ha huido con los españoles, y que el nombre de una antigua compañía de actores ha quedado en un lamentable desuso. Por tanto, es para mí todo un placer ordenar y declarar que los actores reunidos aquí delante serán conocidos, de ahora en adelante y para siempre, como la Compañía de la Reina, lo que implicará que disfrutarán de mi pleno favor.

Eso hizo que los aplausos fueran incluso más fuertes que los de después de la representación. Una vez más, Shakespeare hizo una reverencia muy baja. También lo hicieron todo los miembros de la compañía detrás de él. Cuando las risas se entremezclaron con los aplausos, Shakespeare miró por encima de su hombro. Ahí estaba Will Kemp, que había convertido su reverencia hacia la Reina en un salto estúpido. Burbage le miró horrorizado. Cuando Shakespeare miró a Elizabeth en la galería, ésta se reía. Quizás eso demostraba que Kemp conocía mejor el humor de Elizabeth que Burbage. Quizás, seguramente lo más probable, demostraba que el payaso no podía evitar hacer payasadas, fuera cual fuera la situación.

El trompetista volvió a tocar otra fanfarria. Tuvo que hacerla sonar dos veces antes de que la multitud le prestara atención y se calmara. Elizabeth continuó:

—También quiero hacer saber que los actores de la Compañía de la Reina recibirán más compensación que únicamente el nombre, el cual es como el viento y el aire: sirve para alardear pero para poco más. Puedo aseguraros que el valor que demostrasteis al representar esta obra cuando los viles ocupantes de nuestro país lo hubieran considerado la mayor de las traiciones no será olvidado. Volver a ser Reina de algo mayor que mi habitación es algo que también he conseguido gracias a vuestros esfuerzos, y nunca lo olvidaré.

Los vítores volvieron a estallar, algunos feroces, no tanto de envidia como de especulación. “Dispondrán del favor de la reina y de riquezas. ¿Cómo puedo desposeerles de ello y hacérmelos míos?” Shakespeare podía oír las mentes entre los aplausos. Si hubiera estado entre los mosqueteros o incluso en las galerías, seguramente, esos pensamientos también habrían cruzado su mente. “El consumo de la bolsa del dinero es incurable, ¿quién no buscaría un remedio a eso?”

El trompetista tocó una fanfarria más. Seguida por Robert Cecil, la Reina bajó de la galería central. Aunque, en lugar de abandonar el Theatre, se hizo camino entre los mosqueteros hasta llegar al escenario. Los mosqueteros se apartaban ante ella como el Mar Rojo lo hizo ante Moisés. Vestido en terciopelo negro, el joven Cecil podría haber sido su sombra.

—¿Cómo puedo subir? —le preguntó a Shakespeare, que aún se encontraba avanzado respecto al resto de la compañía.

Apuntó hacia la derecha.

—Ahí tenéis la escalera, Majestad.

Con un gesto brusco de cabeza, se dirigió a la escalera para subir al escenario. Sir Robert siguió bien pegado a ella. El miedo se apoderó de Shakespeare. Si alguien entre el público le deseaba algún mal, no tenía más que sacar la pistola y… pero nadie lo hizo. Elizabeth iba segura, incluso los pasos arrogantes eran señal de que estaba segura de que nadie lo haría. Quizás fue esa seguridad la que aseguró que nadie lo hiciese. Aun así, Shakespeare seguía nervioso.

La Reina se situó junto a él. Miró a la audiencia por un momento; nuevamente parecía desafiante a cualquiera que le deseara algún mal.

—Sabed, maestro Shakespeare, que estáis en mi mente y en mi corazón por haber escrito *Boudicca* a pesar de la presión de los españoles, con lo que habéis demostrado un coraje inmenso.

“Temía más al cuchillo de Ingram Frizer que a los españoles”, pensó Shakespeare. Aunque, a veces, no hacía faltar decir toda la verdad. En ese instante, pudo superar la situación con un murmullo.

—Majestad, estoy a vuestro servicio.

Elizabeth volvió a asentir.

—Que así sea. Y me habéis servido muy bien, de una forma que ninguna otra persona podría haber conseguido —Shakespeare sintió una punzada de dolor por Christopher Marlowe. Pero incluso Kit le había dicho que él era más adecuado para ese asunto. Luego, la Reina añadió una sola palabra mordaz más, una que hizo que todos los pensamientos sobre Marlowe se esfumaran de su mente —arrodillaos.

—¿Maj…? —replicó sorprendido Shakespeare. Los ojos de Elizabeth destellaban. Torpemente, Shakespeare hincó la rodilla derecha en el suelo.

—Vuestra espada, Sir Robert —dijo Elizabeth.

—Siempre a vuestro servicio, Majestad —Robert Cecil desenvainó su espada y la ofreció a la Reina.

Por la forma en que la sujetaba, sabía cómo usarla. Posó la hoja plana sobre el hombro de Shakespeare, con la suficiente fuerza para hacerle balancearse.

—¡Levantáos, Sir William! —le ordenó.

Confuso, Shakespeare lo hizo, entre vítores de sus compañeros actores y de la multitud en el Theatre. La Reina Elizabeth devolvió el estoque a Robert Cecil, que volvió a envainarla.

—Maj…Majestad —tartamudeó Shakespeare—. Creo que me he quedado sin palabras.

—Eso ahora os lo perdono, ya que no las perdisteis cuando usasteis la pluma para crear esta obra, que tanto bien ha hecho por mi continuidad y por la de la libertad de Inglaterra, deshaciéndonos de los tiranos —contestó Elizabeth—. La necesidad de ese acto hace que mi discurso sea el más sincero, y espero que midáis mi grato afecto con el equilibrio justo de mis actos respecto a la gratitud que hacia vos siento, por lo que os doy un millón de gracias. Dulce es mi inclinación hacía vos, con lo que os demostraré mi cuidado: de eso hablaremos más adelante. —Bajó del escenario; una vez más, Sir Robert Cecil la seguía de cerca.

Salió del recinto, entre los mosqueteros. Éstos la aclamaron con la misma ansia que antes, y se dieron la vuelta para gritar:

—¡Viva Sir William! —Aún confuso, Shakespeare volvió a dedicarles una última reverencia antes de abandonar el escenario. “Y si hubiéramos representado “El Rey Felipe” y la rebelión hubiera fracasado, quizás hubiera sido la Reina Isabel la que hoy me hubiera nombrado caballero”, pensó; “al presenciar ese espectáculo la misma gente hubiera gritado con no menos entusiasmo”.

¿Y si hubieran representado “El Rey Felipe” e Isabel le hubiera nombrado caballero, habría pensado que Elizabeth hubiera hecho lo mismo de haber representado *Boudicca*? Negó con la cabeza, no tanto como negativa sino más bien como renuncia a entrar en la red de enredos de lo que podría haber pasado. Volver al vestidor no supuso ningún alivio.

Allí no encontró la paz que ansiaba. Los actores no dejaban de acercarse a él para presentarle sus respetos. También lo hicieron el encargado de vestuario, el apuntador, los ayudantes del encargado de vestuario, y todos los otros que consiguieron entrar en la atestada habitación. Algunos de ellos, realmente le felicitaban a él. Otros, a su parecer, felicitaban a su nuevo rango.

Ese mismo pensamiento también debió tenerlo Will Kemp. Después de hacerle una reverencia suntuosa, demasiado para un caballero (o incluso para un duque), el bufón dijo:

—Sí, santo Dios, ahora eres un tipo de alto rango —y arrugó la nariz.

—¡Márchate! —le dijo riendo Shakespeare—. Es la peste de tu ingenio la que desearía eliminar de mis fosas nasales.

—Si tuviera más rango, apestaría menos. Si el mismo Dios hubiera tenido menos, habría sido más —dijo Kemp.

—Tus sutilezas llueven como las flechas a San Sebastián —Shakespeare imitó el acto de que le atacaran.

—Bajo cualquier otro nombre, las flechas olerían igual de dulces —le replicó Kemp. Shakespeare se estremeció. Por mucho que le gustaran los juegos de palabras, nunca habría podido imaginar el verso de Romeo y Julieta tan falto de sensibilidad—. Lo mismo no cuenta para mí.

—Nada cuenta para ti —le dijo Richard Burbage, que se había acercado hasta ellos—. Ni el honor, ni el sentido común, ni la decencia.

—¡Ah, pero mientras me quieras, Dick, todo estará bien! —gritó Kemp, y plantó un húmedo y sonoro beso en la mejilla de Burbage.

—¡Aparta! —Burbage le apartó con brusquedad—. ¡Vete, estúpido!

El bufón suspiró.

—Desgraciadamente, este amor, tan amable en apariencia, resulta ser en verdad tirano y tosco —volvió a darle un beso.

—Dios mío, cuánta locura señorea en esta mente enferma—dijo Burbage.

—No lo estoy, ya quisiera el cielo —contestó Kemp—. Para que me olvidara de quién soy —hizo una cabriola imposible, casi lasciva.

Burbage parecía dispuesto a golpearle en serio.

—Basta ya los dos —dijo Shakespeare.

Will Kemp volvió a hacerle otra extravagante reverencia.

—Antes sería gallo y desobedecería al sol que desobedecer a un caballero.

—Medio gallo, quizás —dijo Burbage.

—Me rindo a tu criterio, dulce Dick, ya que todos los hombres como tú también sois sin duda gallos.

—¡Basta! —gritó Shakespeare, lo suficientemente fuerte como para hacerse oír entre el estruendo del vestidor y que todos le observaran. Le dio igual—. He dicho que paréis y eso es lo que quiero que hagáis —dijo—. La Reina ha dicho que nos recompensará en función de lo que nos merezcamos, ¿y vosotros vais a discutiros? Esto es una estupidez. Es peor que una estupidez: por los clavos de Jesucristo, es una locura. ¿Acaso nos discutimos de esta manera cuando, a la sombra del terrible e inevitable peligro, preparamos *Boudicca* sobre el escenario?

Avergonzarles para que dejaran de molestarse el uno al otro no funcionó como había esperado. Burbage asintió.

—Sí, por mi fe, si lo hicimos —declaró.

Kemp solo se encogió de hombros.

—Yo, no lo sé. Pregúntaselo a Matt Quinn.

Shakespeare levantó los brazos al aire.

—Pues continua, entonces —le dijo—. Como te gusta tanto, márchate. Estabas contento de poder seguir interpretando al gallito. Pues ponte espuelas en los tobillos, y luego paséate por la platea —Will Kemp se revolvió. Shakespeare fijó la mirada en él. Ese juego de palabras nunca se llevó a cabo.

A medida que los actores abandonaban el Theatre, Burbage se acercó a Shakespeare y le dijo:

—Hay veces… —Sus enormes manos hicieron un movimiento giratorio, como si retorcieran el cuello de un gallo.

—Tranquilo —dijo Shakespeare—. Tranquilo. Te saca de quicio a propósito.

—Y lo sé —contestó Burbage—. Sin embargo, me saca de quicio.

—Si te dejas, solo conseguirías que siga intentando hacerlo.

—Si me pincha, ¿no sangraré? Si me envenena, ¿no moriré? ¿No tengo sentimientos, afectos y pasiones? Si me ultraja, ¿no me vengaré? La villanía que me enseña pondré en práctica, y lo haré mejor de lo que me ha instruido.

—No es más que un payaso por naturaleza —contestó Shakespeare—. Siempre saldrá de él, quiera o no. Y tiene un don que el público quiere, como lo tienes tú —añadió rápidamente—. La compañía es mejor, la Compañía de la Reina es mejor, al teneros a ambos.

—La Compañía de la Reina —la mirada iracunda de Burbage se suavizó—. Cuenta conmigo, Will. Un premio digno de ganar, y nosotros nos lo hemos ganado. Y debo reconocer que nos ayudó a ganarlo. —Era un hombre justo cuando se acordaba de serlo.

Cuando Shakespeare entró en su casa de huéspedes, se encontró a Jane Kendall agitada de emoción.

—¿Es verdad, maestro Shakespeare? —trinó—. ¿Es verdad?

—¿El qué es verdad? —preguntó confuso.

—¿Sois… Sir William?

—Lo soy —asintió— pero, ¿cómo os habéis enterado?

Antes de que su casera pudiera responder, ésta le abrazó, se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla. Con ese aliento explosivo y escandaloso, antes hubiera preferido un beso de los labios de Will Kemp. No se lo dijo. Igualmente no hubiera tenido tiempo, porque ya se había ido.

—Bueno, me lo contó Lily Perkins, la vecina tres puertas más abajo, que lo oyó de su vecina Joanna Ball, que se lo había dicho Peg Mercer, que lo había oído de su marido Peter, a quien se lo había contado en su tienda en Bishopsgate Street un hombre que acababa de llegar a Londres procedente del Theatre. De lo más sencillo.

—Ya veo —dijo Shakespeare y, de alguna forma, lo veía. Los rumores corrían tan rápido, que no tardaría mucho en hablarse de cosas antes de que éstas sucedieran. “Suerte que no fue así con *Boudicca*”, pensó, “en caso contrario los españoles habrían encontrado el modo de frustrar nuestros planes”.

—Sir William —repitió la viuda Kendall, mientras le hacía ojitos—. Tener un caballero habitando en mi casa… —habitando para que pueda pagar su parte, debería decir.

—No temáis, señora Kendall —la tranquilizó Shakespeare—. Aunque no sea un hombre rico, tampoco soy pobre. ¿Alguna vez he dejado de pagarle lo debido?

—Ni una sola vez, razón por la que aún vivís aquí —le contestó su casera. Shakespeare reprimió un suspiro. Sólo le quería por su dinero.

La puerta de la habitación de Cicely Sellis se abrió. La curandera salió acompañada de una matrona de cara redonda y de expresión preocupada. Casi todos los que venían a verla tenían expresión de preocupación. ¿Quién sin preocupaciones vendría a ver a una curandera? Mommet salió de un brinco y empezó a oler los

zapatos de Shakespeare, que al olfato del gato debía decirle dónde había estado el poeta.

—Estad tranquila. Todo irá bien —le dijo Cicely Sellis a su clienta—. Eso a lo que teméis permanecerá en la oscuridad…

—¡Que Dios así lo quiera! —prorrumpió la otra mujer.

—Permanecerá en la oscuridad —repitió Cicely Sellis tranquilizadoramente—, si no os delatáis vos misma con vuestros alaridos internos.

—No debería —respondió la mujer—. No lo haré. Que Dios os bendiga, señora Sellis —Cuando salió parecía más contenta que un momento antes.

Shakespeare se preguntó qué debía ser eso que no quería que se revelara. ¿Había colaborado con los españoles? ¿O sencillamente tenía un amante? Difícilmente llegaría a enterarse. Aunque, si introdujera esta escena en una obra, ¿cuál de las dos opciones escogería?

Si iba a introducir esta escena en una obra, tendría problemas para encontrar un actor joven que pudiera reproducir la cara de terror y odio que se reflejaba en el rostro de Jane Kendall mientras observaba a la curandera. “Ramera”, murmuró silenciosamente, “fulana”. Pero no dijo ni una voz en alto. Cicely Sellis también pagaba lo que debía cuando debía.

Saludó a Shakespeare con la cabeza.

—Buenas tardes tengáis, Sir William.

La viuda Kendall dio un brinco. Eso ya le pareció demasiado.

—¿Cómo os habéis enterado de su nombramiento, fresca? —le preguntó—. ¿No habéis estado encerrada con vuestra campanilla, libro y vela estas dos últimas horas?

Ahí se equivocaba. La campanilla, el libro y la vela eran parte de la ceremonia de excomunión, no las herramientas que debía necesitar una bruja. Incluso Shakespeare lo sabía. Por el brillo de diversión en los ojos de Cicely Sellis, también ella lo sabía. No trató de explicárselo a su casera.

—¿No acabáis de llamar ahora mismo al maestro Shakespeare Sir William? —fue todo lo que preguntó —¿y no vino hace un rato Lily Perkins a contaros lo del nombramiento, cloqueando como una gallina? No estoy sorda, señora Kendall… aunque, a veces, en su escandalosa casa, desearía estarlo.

Transcurrido un rato en el que Jane Kendall pudo asimilar lo dicho, ésta volvió a dar un brinco. Shakespeare miró a Mommet para ocultar su sonrisa. La curandera se había vengado de la “ramera” murmurada por la viuda Kendall. Cuando su rostro volvió a estar serio, asintió la cabeza.

—Buenas tardes tengáis también, señora Sellis.

—Os felicito, ya que habéis hecho tanto por merecer este honor —le dijo Cicely Sellis.

—Muchas gracias —respondió Shakespeare.

—Que vuestra fama crezca, y vuestra riqueza junto a ella, de manera que, como cualquier hombre rico y famoso, podáis construiros vuestra propia casa y no tengáis

necesidad de vivir en un lugar como éste —le dijo la curandera.

Jane Kendall volvió a agitarse.

—¡No hay nada de malo aquí! —dijo estridentemente—. Y si hay algo que no os guste, señora Sellis, ¿por qué no os buscáis otra morada?

—Porque no puedo permitirme más —replicó Cicely Sellis—. Lo mismo no se aplica al maestro Shakes… a Sir William.

—No hay nada mejor que encontrar —afirmó Jane Kendall. Cicely Sellis no respondió. A Shakespeare, su silencio le pareció la respuesta más devastadora posible. Y lo mismo debió parecerle a su casera ya que no pudo evitar gritar —¡es verdad! —como si la curandera la hubiera llamado mentirosa directamente.

Y Cicely Sellis tenía razón: podía permitirse algo mejor que una tercera parte de una habitación en Bishopsgate. Si quería gastarse el dinero en algo mejor ya era otra cuestión. Tenía muy arraigado el recelo propio de los actores sobre la fortuna y temía que ésta no fuera duradera. ¿Cuántos hombres había conocido que durante algún tiempo habían andado bien de dinero, se habían gastado todo lo que tenían mientras lo habían tenido y, cuando las desgracias les azotaron, desearon no haber sido tan derrochadores? Muchos, demasiados.

No le importaba hacerlo público. Por lo que sonrió y dijo:

—¿Dónde sino podría yacer sin los trinos de ruiseñor de Jack Street, como si procedieran de alguna granada, para tranquilizar mis oídos y hacer que mis párpados se fueran cerrando?

—¿Ruiseñor? —Cicely Sellis negó con la cabeza—. Un burro rebuznando por una trompeta de metal podría hacer ruidos semejantes si soplara bien fuerte, pero seguro que nada parecido a algo con alas.

—No es para tanto —la viuda Kendall se esforzó en parecer sincera.

—La verdad es que no: es mucho peor —dijo Cicely Sellis—. Y el maestro Will, Sir William, no duerme tras robustas puertas que por la distancia consiguen amainar el indecoroso jaleo, sino que en la misma habitación. Que aún no se haya quedado sordo es algo que me sorprende considerablemente.

Lo curioso es que Shakespeare había dicho la verdad. Por atroces que le parecieron los ronquidos del vidriero cuando Street acababa de mudarse en la casa de huéspedes, ahora ya no eran más que un sonido de fondo.

—Sabéis, Sir William, siempre sois y siempre seréis bienvenido aquí, siempre que paguéis vuestro alquiler cuando debáis —ni para salvar su alma, Jane Kendall podría haber omitido esa cláusula eliminatoria.

—Os lo agradezco —dijo Shakespeare obedientemente. Habría sido menos obediente de no saber que le hubiera dicho lo mismo a Ingram Frizer siempre y cuando los hombres que el rufián matara en el salón no fueran sus inquilinos o ella misma.

Con el otoño ya finalizando y el invierno de colmillos helados cerca, la noche se cernía antes.

Shakespeare caminó a oscuras hasta su taberna.

—¡Sir William! —exclamó Kate cuanto entró en el ambiente cargado de humo, caluroso e iluminado. Le hizo una bonita reverencia.

Empezó a preguntarle cómo se había enterado, como ya había hecho antes en la casa de huéspedes. Entonces, alguien sentado en una mesa cercana al fuego le saludó con la mano. Ahí estaban Nick Skeres y Thomas Phelippes.

—¿Os apetece cenar con nosotros, Sir William? —le dijo Skeres. Por el modo en que arrastraba las palabras ya había vaciado unas cuantas veces la copa que tenía delante.

Shakespeare cogió un taburete y se sentó junto a Phelippes. El cetrino rostro picado del pequeño hombre también estaba sonrojado detrás de sus nuevos anteojos. Primero, Shakespeare pensó que era el fuego lo que le coloreaba la tez. Pero luego Phelippes le echó el aliento a vino a la cara.

—¿Se trata de una celebración? —preguntó el poeta.

—Faltaría menos, Sir William, por mi fe —dijo grandiosamente, con más calidez (con más expresión, en general) en su voz de lo que Shakespeare estaba acostumbrado a oír de él. Con la copa en alto, llamó a Kate —¡algo para beber aquí, por favor! Mi garganta está reseca como el desierto de África.

—Voy, señor, voy —le contestó, como solían hacer los sirvientes cuando tenían mucha más prisa que sus clientes.

—¿Qué tipo de celeb…? —Shakespeare se detuvo. Primero apuntó a Phelippes y luego a Skeres—. ¿Por casualidad no estoy en presencia de Sir Thomas y Sir Nicholas?

—Así es, Sir William —Nick Skeres, Sir Nicholas Skeres ahora, asintió y se rió.

—Muy bien hecho, caballeros —Shakespeare le dio la mano a Phelippes y luego a Skeres. Había sospechado lo de uno y temido lo del otro, cuyas apariencias, como las de un petrel, presagiaban tormentas cerca. Pero las tormentas habían pasado y, con ellas, el miedo y la sospecha. Habían estado todos en el mismo bando, y su bando había ganado. Eso era suficiente para hacer que fueran una pandilla de hermanos, al menos por esa noche.

Kate trajo cuencos con estofado de ternera para Skeres y Phelippes.

—Muchas gracias, cariño —le dijo Skeres y la miró lascivamente. Shakespeare miró a su nuevo “hermano” como Abel debió haber mirado a Caín.

Pero su celosía pasó cuando vio que Kate ignoraba a Skeres. Apuntó a un cuenco y preguntó:

—¿Esta es la cena de tres peniques de hoy? —ella asintió—. Entonces tomaré lo mismo y además lo regaré con vino.

—Será otro penique —le advirtió, como si a esas alturas aún no lo supiera.

—Que así sea —le dijo.

—Os lo traigo en un momento, Will, Sir William —Kate se marchó apresurada.

—¿No es nuestra anfitriona de la taberna un muchacha la mar de dulce? —Skeres

observó el movimiento de caderas mientras Kate se alejaba.

—Es una mujer honesta —le contestó Shakespeare con cierta aspereza.

—Es una mujer, por tanto, hay que ganársela —Nick Skeres se mojó los labios carnosos con la lengua—. Es bella, por tanto, puede cortejarse —procedente de debajo de la mesa, se oyó un golpe sordo. Skeres dio un gañido y se cogió del tobillo —. ¿A qué demonios ha venido eso? —preguntó.

—Cabeza de chorlito, ¿no os dais cuenta de que es del poeta? —siseó Phelippes. Shakespeare no creyó que fuera a darse cuenta de eso, pero sí lo hizo.

Skeres siguió acariciándose el tobillo dolorido, pero su rostro se aclaró.

—Os ruego me disculpéis, Sir William… no lo sabía —dijo.

Shakespeare hizo una señal de que el tema ya estaba solucionado. Kate le trajo su copa de vino.

—La cena llegará en un momento —asintió, y observó a Skeres. Skeres miraba a la sirvienta. Shakespeare volvió a asentir, esta vez para sí mismo. No había esperado otra cosa. Confiaba en Kate. ¿Y en Skeres? No creía que nadie pudiera confiar nunca en Sir Nicholas Skeres.

Alzó su copa.

—A vuestra salud, caballeros —dijo— y ¡Dios salve a la Reina!

Todos bebieron.

—Dios ya la ha salvado —dijo Phelippes—. Como también ha salvado su reino, que todos daban por perdido a manos de los españoles y de los curas.

Kate le sirvió a Shakespeare un cuenco de estofado. Esta vez, la mirada de Skeres no se posó en su escote o en sus caderas. El recién nombrado caballero alzó su copa de vino.

—Por los Cecil, padre e hijo —dijo—. Sin ellos… —Negó la cabeza.

—*Sine quibus non* —dijo Thomas Phelippes. Shakespeare asintió. Sin los Cecil, no habría habido sublevación. Él, Skeres y Phelippes bebieron.

—Es una pena que Lord Burghley no viviera para ver florecer su gran plan —dijo Shakespeare—. Él era Moisés, que guió a su pueblo a la Tierra Prometida, pero que no pudo entrar.

—Pero murió pudiendo confiar plenamente en su hijo, cosa que no pudo hacer Felipe de España —contestó Phelippes. Por supuesto, en España, aún gobernaba un Felipe, pero no era “el” Felipe. Felipe II siempre sería *el Felipe*—. Sé de lo que hablo ya que he visto los informes que el Rey enviaba a don Diego Flores de Valdés. Felipe III no habla francés. Prefiere quedarse dentro y tocar la guitarra. No ha aprendido el arte de las armas, ni sabe nada sobre cuestiones de estado. Eso decía su padre, el Rey.

—Dios quiera que así sea, para que Elizabeth pueda hacerle frente con más facilidad —Shakespeare se acabó la copa de vino e hizo señas para que le trajeran más. Kate se lo sirvió. El cuchillo que usó para cortar los trozos de carne era el que le había dado el soldado romano en el Theatre.

—Ahora que ha vuelto a recuperar su trono, creo que ya le ha hecho frente —dijo

Thomas Phelippes—. ¿Cómo conseguirá volver a someter a Inglaterra bajo el yugo? Solo podría con otra Armada. ¿Tiene la voluntad para hacerlo? Incluso aunque tuviera voluntad, ¿tiene recursos? Por lo que he podido saber, no y no.

Eso era tan razonable, tan convincente y todo lo que Shakespeare quería oír, que no se lo hubiera discutido por nada del mundo. Pero Nick Skeres fue más allá.

—Sin los españoles que les apoyen, podremos vengarnos de los malditos lobos irlandeses.

—Sí —Shakespeare asintió. Recordaba (¿cómo podía olvidarlo?) los escalofríos que siempre le habían producido los mercenarios irlandeses de Isabel y Alberto—. Hagamos que reciban su merecido por instaurar el terror entre los honestos ingleses. —Lo que Inglaterra le había hecho a Irlanda nunca pasó por su mente. Únicamente pensaba en lo que pronto Inglaterra volvería a hacerle a Irlanda.

Phelippes, sabiamente, también asintió.

—Eso ya está en marcha —dijo.

—Bien —Shakespeare y Skeres hablaron a la vez. Podían discrepar en muchos asuntos; pero, a lo que los irlandeses se refería, compartían la misma opinión.

Kate trajo en diversas ocasiones más vino. Shakespeare sabía que la cabeza le dolería a la mañana siguiente. Pero ya tendría tiempo suficiente para preocuparse de eso al día siguiente. Mientras tanto… Mientras tanto, Nick Skeres volvió a vaciar por última vez su copa, se puso en pie y empezó a cantar:

“El capitán, el galopín y yo,
Igual que el contramaestre, el artillero
Y su sirviente, éramos todo amor
Por Mall, Peg, Marian y Margery… Pero
A Kate nadie quería
Por su lengua viperina.
Gritaba al marinero:
¡Que te ahorquen! No quería
Ni de lejos oler
La brea ni la pez.
Más de un poeta aceptaba el restregón
Si sentía escozor.
¡Todos al mar, muchachos, y en la tierra
A la hora con ella!”

Varias personas que se encontraban en la taberna se rieron. Algunos hombres aplaudieron. Shakespeare se dirigió a Thomas Phelippes.

—Llevaos a este marinero de aquí inmediatamente, antes de que acabe en el suelo —Apretó los puños. Había bebido suficiente vino para estar dispuesto a pelearse con

Phelippes si éste le decía que no.

—Eso haré, Sir William —respondió Phelippes; se dio la vuelta hacia Skeres.— Vayamos, buen Sir Nicholas. Habéis tomado demasiado de vuestra agua; vuestro ingenio zozobra con rapidez.

—¿Agua? —Skeres negó con la cabeza—. No, por Dios. Era el mejor jerez.

—Peor aún, en el vino se hunde todo aquello que se mantiene a flote en el agua —Phelippes le miró desde la puerta. Saludó a Shakespeare con la cabeza—. Buenas noches tengáis, Sir William.

—Igualmente, Sir Thomas, en cuanto os lo llevéis de aquí —dijo Shakespeare. Skeres empezó a cantar de nuevo. Phelippes le empujó hacia la puerta y a la calle.

Kate se acercó a Shakespeare.

—¿Es ese Sir Nicholas un verdadero caballero? —le preguntó.

—Creo que, efectivamente, es un caballero, sí —respondió Shakespeare—. No confío sólo en sus palabras; pero sí doy crédito a las del maestro Phelippes, Sir Thomas. A pesar de todo lo que es capaz, Skeres no mentiría sobre semejante asunto.

La sirvienta negó desconcertada con la cabeza.

—Extraño mundo nuevo, éste en el que tienen cabida semejantes personas.

—Sí, es probable —pero después de que Shakespeare acabara de mencionar la despreocupada afirmación, se dio cuenta que el comentario de Kate contenía más verdad de la que había sabido ver en un primer instante. Nuevamente, libre tras diez años bajo el dominio español, Inglaterra difícilmente podía evitar convertirse en un lugar extraño. Aquellos que habían servido a los españoles lo estaban pagando y aquellos que habían sufrido bajo su poder habían llegado alto. Pocos se habían atrevido a confiar plenamente en el reinado de Isabel y Alberto, y otros pocos se atreverían a confiar plenamente en el reinado de Elizabeth.

Los pensamientos de Kate no iban más allá del ámbito personal.

—No tenía derecho a cantar así sobre mí —dijo—, y tampoco sobre ti.

—Nick Skeres es un tipo astuto, pero no tan astuto para no creer que es más astuto de lo que realmente es —dijo Shakespeare.

Observó cómo Kate asimilaba lo que acababa de decir y se reía cuando por fin lo entendió. Se fue a servir la cena a unos hombres sentados en otra mesa. Esperó pacientemente, mientras bebía su vino, hasta que el último de los clientes se marchó a casa. Luego, a la luz de la vela que llevaba Kate, subieron las escaleras que llevaban a su habitación. Cuando empezó a desvestirse a la luz tenue y parpadeante, de repente, tímida, se dio la vuelta. Su voz, suave y preocupada, le asaltó.

—Un actor puede amar a una sirvienta, pero ¿y un caballero?

En esa habitación menuda, un paso fue suficiente para llegar hasta ella. La tomó entre sus brazos. Entre sus manos, la piel de ella era suave, lisa y caliente. Se acercó a su oreja.

—Te aseguró que lo hará, si es que ella no se lo impide.

Ella se encaró a él. Su beso fue feroz.

—¿Qué os parece?

Su boca recorrió el cuello hasta llegar a sus desnudos pechos. Se entretuvo allí un rato. Ella gimió y le apretó más contra sí.

—Mi vida, pobre es el amor que puede calcularse —le dijo. No hubiera sabido decir quién llevó a quién a la angosta cama.

Pero, después, mientras él volvía a vestirse, ella se echó a llorar. Cuando trató de calmarla, ella negó con la cabeza.

—Os habéis convertido en un gran hombre —dijo—. ¿No encontraréis una gran dama más adecuada?

—Bueno, ya la he encontrado —contestó, y volvió a besarla.

—¡Marchaos! —se rió, aunque las lágrimas seguían cayendo—. Sois el truhan más embustero de toda la Cristiandad, y os amo por ello. —Salió de la cama para ponerse el camisón cálido de lana—. Ahora marchaos, y espero que volváis pronto, dulce Sir William.

—Desgraciadamente, me voy —dijo y se llevó el cabo de la vela para iluminarse el camino de bajada de las escaleras.

Ya casi había llegado a la casa de huéspedes cuando se detuvo para preguntarse cómo acogería su mujer la noticia de su nombramiento. Cuando lo hizo, deseó no haberlo hecho. Sin duda, la principal preocupación de Anne sería cuánto dinero significaría eso. Se encogió de hombros. Entre una cosa y la otra, no debería preocuparse de eso. Tenía suficiente para mandar a Stratford. A ella y a sus hijas no les faltaría de nada. Aparte de eso… Aparte de eso, a Anne nada más le preocuparía, y a él tampoco.

Cuando se levantó a la mañana siguiente, le dolía la cabeza. Una jarra de la buena cerveza de la viuda Kendall acompañada de sus gachas del desayuno le ayudó a aliviar el dolor. El reticente sol del tardío otoño empezaba a despuntar cuando salió por la puerta. Podría ser Sir William, pero tenía una obra que representar en el Theatre.

O eso creía, hasta que la puerta se abrió tras él cuando apenas había caminado unos pasos dentro del edificio. Un hombre de apariencia bravucona entró, estoque en cinto.

—Sir William Shakespeare —dijo. No era una pregunta.

Aun así, Shakespeare se preguntó si debía admitir quién era. Tras meditarlo brevemente, asintió.

—¿Qué deseáis?

—Tenéis órdenes de acompañarme.

—¿Órdenes, decís? ¿De quién? ¿A dónde?

—Junto a su Majestad, la Reina; a Westminster —dijo bruscamente el hombre—. ¿Queréis acompañarme o pretendéis negaros a verla?

—Vengo —dijo Shakespeare sumiso. En el Theatre podrían arreglárselas sin él esa mañana.

Cuando salió, le esperaba otra sorpresa: un caballo esperaba para llevarle a Westminster, otro hombre armado sujetaba las riendas. La bestia parecía enorme. Shakespeare montó torpemente, el hombretón que había entrado a buscarle soltó un resoplido desdeñoso. No le dio importancia. No había montado a caballo desde que tuvo que dirigirse a toda prisa a Stratford para despedir a su hijo Hamnet, y no podía recordar la última vez que se había subido a lomos de un caballo antes de eso. Hizo un gesto con la cabeza al hombre de apariencia bravucona.

—Adelante, señor, trataré de seguiros.

—Muy bien, entonces —dijo el hombre, con cierto tono de duda.

Mediante las riendas, la voz y la presión de las rodillas contra los costados del animal, hizo que el caballo avanzara. Shakespeare hizo lo mismo. Su montura, una yegua dócil y bien amaestrada, le obedeció con tanta facilidad que, para cuando llevaban unas manzanas, se sentía tan centauro como hombre. El hombre que había sujetado el caballo del poeta acababa la fila a lomos de su propia bestia.

—¡Fuera! ¡Dejad paso! —gritaba el hombretón cada vez que tenían que reducir la velocidad a causa de la gente de a pie, otros jinetes o carros—. ¡Dejad paso para asuntos de la Reina! —Alguna vez los aludidos se ponían a un lado, otras no. Cuando no lo hacían, la escolta de Shakespeare les gritaba otros improperios de peor mal gusto.

A la entrada de St. Paul, la cabeza y los miembros descuartizados de un cadáver estaban clavados en lanzas. Todas estaban untadas de alquitrán para retardar la putrefacción y mantener alejados a las aves carroñeras. A pesar de eso, Shakespeare reconoció los rasgos magros, incluso ascéticos, de Robert Parsons antes de ver los carteles que anunciaban el fallecimiento del Arzobispo católico de Canterbury. SIC SEMPER TYRANNIS! Rezaba uno de los carteles.

“¿Fue para esto para lo que comisteis durante tanto tiempo el agrio pan del exilio?” se preguntó Shakespeare. “¿Fue para esto para lo que regresasteis a casa?” Parsons quizás hubiera respondido que sí; la fuerza y el coraje de su creencia no era menor que la de sus enemigos. “Y mucho bien consiguió de éstos”, pensó Shakespeare. Un grajo, cuya base del pico era pálida en contraste con las plumas negras, revoloteó hasta posarse sobre la cabeza del fallecido religioso. Con alquitrán o sin él, picoteó la mejilla de Parsons.

Más cuerpos y fragmentos de cuerpos bordeaban el camino de Londres hasta Winchester. Grajos, cuervos carroñeros, grajillas y urracas negras como el azabache alzaban el vuelo cada vez que los jinetes pasaban por delante, luego regresaban al banquete interrumpido. Mientras miraba por encima del hombro a Shakespeare, el escolta le dijo:

—Que estos pájaros puedan engordarse gracias a la carne de los traidores como se atiborran las ocas de los franceses con higos y nueces.

Shakespeare consiguió asentir con la cabeza, en un gesto que temió demasiado débil. Se alegraba de que Inglaterra estuviera libre; pero la venganza, sin importar lo

dulce que era al principio, le parecía dura. Veía la necesidad, tendría que haber sido ciego para no verla, pero no podía regocijarse en ella. Muchos otros sentían todo lo contrario.

Como habían hecho antes Isabel y Alberto antes que ella, y ella antes que ellos, Elizabeth residía ahora en Whitehall. Los sirvientes que probablemente antes se habrían inclinado y arrodillado ante la hija de Felipe II y su marido lanzaban miradas desdeñosas a Shakespeare por sus sencillos greguescos y jubón. Pero su comportamiento varió considerablemente cuando descubrieron quién era.

El trono de Elizabeth se encontraba en el centro del estrado. Hasta unas semanas atrás, allí había habido dos tronos. A la derecha de la Reina, en una silla más baja, se encontraba Sir Robert Cecil. Dado que era bajo y jorobado, tenía que levantar la barbilla para dirigirse a su soberana.

Shakespeare hizo una reverencia muy baja a la Reina Elizabeth, y murmuró:

—Majestad.

—Podéis enderezaros, Sir William. Dios os dé un buen día. —Como en el Theatre, Elizabeth luchaba contra el tiempo con peluca, maquillaje, y un vestido espléndido. Tan sólo los dientes podridos reflejaban hasta qué punto había envejecido.

—A vuestro servicio, Majestad —dijo Shakespeare—. No tenéis más que ordenarme y, si se encuentra a mi pobre alcance, lo cumpliré. Por mi fe, que…

Los ojos de la Reina se mantuvieron lo suficientemente impasibles como para clavarse como espadas. Bajo esa mirada severa, sus palabras dejaron de fluir. Apenas se atrevía a respirar. Entonces Elizabeth sonrió, y fue como si la primavera hubiera aniquilado al invierno.

—No os he mandado venir para que me sirváis, sino para recompensaros tal y como os prometí el día que os nombré caballero —dijo—. Quizás no lo queráis pero me complace que Sir Robert haya fijado para vos la cantidad de… —Miró a Cecil.

—Trescientas cincuenta libras —dijo él.

—Mu-Muchas gracias —tartamudeó Shakespeare, he hizo otra reverencia. Entre lo que había recibido del padre de Sir Robert y de don Diego por *Boudicca* y “El Rey Felipe”, de repente, se había convertido en un hombre de no poca riqueza—. Siempre estaré en deuda con vos.

—No es así, sino al contrario —dijo Elizabeth—. Lo rebosante de felicidad que me siento por el hecho que este acontecimiento haya superado tantos esfuerzos conflictivos, preocupaciones penosas y compromisos repletos de atención, podéis imaginároslo; pero sé y puedo afirmar que vuestro éxito está al mismo nivel que el de tantos otros. Y que Dios siempre os bendiga por ello en todos vuestros actos. Yo misma, solo puedo reconocer vuestra diligencia y peligrosa aventura, y aclamaros y juzgaros como vuestra soberana agradecida. Lo que de mí queráis, pedidme, y no ahorraré en el pago, sino que os lo daré con ambas manos. Amo el honor, ya que el que dispone de honor, dispondrá de Dios allá arriba.

Shakespeare estaba boquiabierto. ¿Significaba eso, podía significar eso, lo que parecía que era? ¿Podía pedir lo que quisiera en el mundo y la Reina se lo otorgaría? Antes de que pudiera empezar a hablar, se le adelantó Sir Robert Cecil, con su voz siempre seca.

—Sir William, solo os diré esto: no pidáis más oro a su Majestad, ya que no tiene más para dar, puesto que en Inglaterra aún está todo confuso y desordenado.

—Entiendo —Shakespeare no tenía la intención de pedirle más oro. Eso habría sido como pedirle un cuarto deseo a un hada que concediera tres: una buena manera de perder todo lo que podría haber ganado. Se detuvo para ordenar sus pensamientos, luego se dirigió directamente a Elizabeth —Majestad, cuando era un muchacho en Stratford me casé, cosa de lo que me arrepiento. Dado que se han derrocado una vez más las doctrinas romanas —recordó el grajo que se había posado sobre la cabeza alquitranada de Robert Parsons a la afueras de St. Paul—, quizás podríais ordenar que quedara invalidado, y eso os lo agradecería.

—¿Hay fruto de la mencionada unión? —preguntó Elizabeth.

—Dos hijas vivas, Majestad, y un hijo que murió ahora hace dos años —respondió. “Hamnet, pobre Hamnet”—. Daría a la madre de las niñas cien libras de la generosa recompensa que me habéis otorgado, para que no sufran miseria el resto de su vida.

—Ciento cincuenta libras —dijo con dureza Elizabeth. Shakespeare se quedó perplejo. No había esperado ese tipo de regateo. Pero asintió. Así lo hizo también la Reina. Se dirigió a Sir Robert—. Haced saber a actuarios y eclesiásticos que esa es mi voluntad, a la cual no podrán poner ningún impedimento.

—Así será, Majestad —dijo Cecil.

La Reina volvió a centrar su atención en Shakespeare.

—Bueno, pues un asunto solucionado. ¿Hay algo más?

Tres deseos, volvió a pensar, desorientado.

—Su Majestad sabrá —dijo— que cuando escribí *Boudicca* también escribí otra obra, ésta última titulada “El Rey Felipe”.

Elizabeth asintió.

—Lo sé. Decidme, Sir William. Me habéis despertado la curiosidad. ¿Qué deseáis a beneficio de este “El Rey Felipe”?

Shakespeare respiró profundamente.

—El Rey Felipe es hombre muerto, por lo que toda Inglaterra dará gracias a un Dios amable y justo. Con vuestro permiso, Majestad, desearía representar “El Rey Felipe”.

—¿Qué? —Las cejas de Elizabeth hicieron un gesto ascendente y descendente en un fruncido de ceño furioso. La había asustado, y también enfadado. —¿Queréis que esa obra que escribisteis para los españoles, para los invasores, saqueadores, ocupantes —usó la palabra en el mal sentido— de nuestra querida patria, rezando, eso espero, para que nunca volviera a suceder, ahora se represente? ¿Cómo tenéis la

desfachatez de pedirme eso?

Tras mojarse los labios, Shakespeare respondió:

—Sólo os lo pido por una razón: porque en “El Rey Felipe” reside parte de mi mejor trabajo, el cual no quiero dar por perdido.

¿Lo entendería? Todo lo que tenía para perdurar en la tierra eran las palabras que ponía sobre papel; no formaba ejércitos, ni escuadrillas; no emitía decretos; no fabricaba guantes, como había hecho su padre. Sin palabras, no era nada, ni tan siquiera viento y aire.

En lugar de responderle directamente, Elizabeth se dirigió a Sir Robert.

—¿Habéis leído la obra de la que habla?

Cecil asintió.

—Sí, Majestad. Sir Thomas Phelippes, mientras estuvo bajo las órdenes de don Diego, nos dio a conocer la obra a mí y a mi padre.

—¿Y qué pensáis de ello? —le cuestionó la Reina.

—Su Majestad, mi opinión coincide con la de Sir William: aunque Felipe esté muerto, la obra merece vivir. Es muy artificial, y está repleta de presunciones ingeniosas.

Los ojos de la Reina se entrecerraron mientras reflexionaba.

—Felipe me perdonó la vida cuando pudo haberme asesinado —dijo cavilando, al menos para sí misma— incluso aunque, como podría haber sido, no demostró la misma merced al encerrarme entre los muros de la Torre. Y me he comprometido con vos, Sir William; deberíais obtener aquello que vuestro corazón os pida, por lo que se haga como decís, y representad “El Rey Felipe” sin que yo me interponga y con mi plena aprobación. Es acto noble rendir homenaje al enemigo, y no hacerlo mancillaría mi honor.

—De nuevo, Majestad, muchas gracias —contestó Shakespeare—. Con vuestro cortés permiso, demostráis al mundo la nobleza de vuestra mente.

A juzgar por su sonrisa de satisfacción por sí misma, eso alcanzó la vanidad de Elizabeth.

—¿Hay algo más que deseéis de mí?

Asintió.

—Una cosa más, si no os importa, también referente a esta obra.

—Decidme.

—Un oficial español, el Teniente De Vega, iba a interpretar don Juan de Idiáquez, el secretario del Rey. Ahora está prisionero, y os ruego que le liberéis y pueda volver a su país.

—De Vega… Creo que he oído ese nombre antes —Elizabeth frunció el ceño, como si tratara de recordar dónde. Al encogerse ligeramente de hombros sugirió que no lo recordaba—. ¿Por qué queréis eso? ¿Es algún amigo especial vuestro?

—¿Un amigo especial? No, no lo llamaría así, aunque nos parecemos mucho el uno al otro, ambos somos fieles a nuestro propio país. Él también es poeta y crea

obras en lengua española. Si los poetas no se ayudan los unos a los otros, ¿quién lo hará? Nadie, nadie en el mundo.

—De Vega… *Lope de Vega* —La mirada de la Reina Elizabeth se quedó fija—. De hecho, he oído ese nombre: es un escritor de comedias, ¿no es así? Los guardias de la Torre hablaban con gran aprobación sobre alguna obra suya representada ante los usurpadores este pasado verano. Al tener algún conocimiento de italiano, a veces podía entender algo de su español.

—Su Majestad, yo hago lo mismo —dijo Shakespeare.

—¿Estáis seguro de que se encuentra prisionero y que no ha sido asesinado?

—Sí, yo mismo lo entregué —dijo Shakespeare.

—Muy bien: dejad que vuelva a España y que escriba comedias para los españoles; pero estipulad que primero jure que nunca alzará las armas contra Inglaterra. Sin ese juramento, seguirá cautivo —Elizabeth volvió a dirigirse a Robert Cecil—. Encargaos vos, Sir Robert.

—Por supuesto, Majestad —respondió Cecil—. Conozco a ese De Vega, no es el peor de los hombres —procediendo de su boca, eso sonó como un elogio—. Una idea amable, Sir William, la de dejarle en libertad.

—Agradezco vuestro honor —respondió Shakespeare—. Sería negligente por mi parte no mencionar a la señora Sellis, una viuda que habita en mi casa de huéspedes. Su ingenio agudo —“entre otras cosas”, pensó el poeta— evitó que el Teniente De Vega se enterara de que íbamos a representar *Boudicca* en lugar de “El Rey Felipe”, y que, por tanto, desbaratara nuestro propósito.

—Que la recompensen por ello —dijo Elizabeth. Preguntó a Sir Robert Cecil: —¿Os parecen suficientes diez libras?

—Quizás serían mejor veinte —dijo.

Elizabeth regateaba como un ama de casa comprando manzanas en primavera.

—Que sean quince —sentenció—. Quince, y ni un cuarto de penique más.

Sir Robert suspiró.

—Entonces, quince —suspiró Sir Robert— tal y como ordenéis, Majestad, así se cumplirá.

—Sí, como corresponde a una reina —la voz y el rostro de Elizabeth se endurecieron—. Quién debería saberlo mejor que yo, después de que me recluyeran, ¡por Dios, de que me recluyeran cruelmente!, durante diez años de esta vida que nunca recuperaré, en los que no se respetó ni una sola palabra que surgió de mis labios. —Por un momento, pareció imaginarse que aún se encontraba en la Torre de Londres, que se había olvidado de Robert Cecil, de Shakespeare, de su guardia y del mismo trono en el que se encontraba sentada. Luego se recompuso—. ¿Hay algo más que podamos hacer para vuestra satisfacción, Sir William?

—Majestad, si no pudiera vivir satisfecho a la luz de vuestro amable favor, es que no soy más que la sombra de un hombre —contestó Shakespeare.

—Cortesía propia de un cortesano —dijo la Reina, lo cual podría haber sido un

elogio o cualquier otra cosa—. Muy bien, entonces. Podéis iros.

—Dios os bendiga, Majestad —Shakespeare volvió a hacer una última reverencia.

—Ya me ha bendecido —contestó Elizabeth—. Durante mucho, mucho tiempo lo dudé, pero… sí, me ha bendecido con creces —Shakespeare se dio la vuelta para no ver las lágrimas en los ojos de su soberana.

La lluvia caía sobre Lope de Vega. Aún no había nevado, por lo que daba gracias a Dios. Junto a él, otro soldado español tosía, tosía y tosía. “Se consume”, pensó Lope tristemente. Estaba contento de que la peste negra no se hubiera desatado entre sus afligidos compatriotas. Sin nieve. Sin peste. Esas eran las cosas por las que debía sentirse agradecido esos días.

Y sus dolores de cabeza eran menos habituales. Supuso que también debería estar agradecido por eso, pero hubiera estado aún más agradecido si no hubiese vuelto a sufrir más dolores de cabeza. Por otra parte, si no le hubieran dejado inconsciente de un golpe y dado por muerto, probablemente habría muerto en la lucha salvaje que se había cobrado la vida de tantos españoles. Con mucho cuidado, negó con la cabeza. “Maldito sea si tengo que estar agradecido de que casi me aplastaran la cabeza como un melón arrojado sobre los adoquines”.

Un inglés, un oficial (por el guardamano de su estoque y el sombrero emplumado), entró altanero a la arena de la lucha de osos. Lope no le prestó especial atención. Muchos ingleses, e inglesas, venían a la arena a ver a los prisioneros españoles como si se trataran de animales que siempre habían habitado ahí. Lope sólo vio una vez a Catalina Ibáñez del brazo de su caballero inglés. Una cosa pequeña, muy pequeña, más de lo que estar agradecido.

Luego el oficial cogió un pedazo de papel y lo observó, protegiéndolo de la lluvia con la mano izquierda.

—¡Lope de Vega! —gritó—. ¿Dónde está el Teniente Lope de Vega? ¡Lope de Vega, acercaos!

—Aquí estoy —De Vega se puso en pie—. ¿Qué es lo que queréis, señor?

—Venid conmigo, inmediatamente —contestó el inglés.

—Que la buena fortuna de Dios os acompañe, *señor* —le dijo el soldado que se consumía.

—*Gracias* —le respondió Lope, y luego más alto y en inglés—. A sus órdenes.

El oficial le sacó de la arena. Sólo a unos pasos de donde las dos amantes de Lope se habían descubierto, el hombre le dijo:

—Se os dejará libre, Teniente, en cuanto juréis sagradamente que nunca más volveréis a levantar las armas contra Inglaterra y que abandonaréis cuanto antes el país. ¿Es vuestra voluntad aceptar los mencionados términos y prestar juramento?

—Por todos los santos, señor, ¿lo decís en serio? ¿No bromeáis? —preguntó

Lope, sin apenas creer lo que oía.

—Por Dios, Teniente, yo no haría semejante maldad —contestó el oficial inglés—. La orden de vuestra libertad, si prestáis juramento, la ha dictado Robert Cecil, bajo mandato de su Majestad, la Reina. Vuelvo a preguntároslo: ¿Lo juráis?

—Con mucho gusto lo haré —dijo De Vega—. Por Dios, la Virgen y todos los santos, juro que, si es vuestro deseo dejarme en libertad, nunca más levantaré las armas contra este reino, y que me alejaré todo lo que pueda de él. ¿Os parece bien así, señor, o queréis que jure algo más?

—Ha sido un juramento romano, pero no esperaba otra cosa de un español —dijo el oficial—. Estoy satisfecho con este, y os declaro libre. Que Dios os acompañe.

Lope hizo una reverencia.

—Y a vos, por vuestra generosa caballerosidad —dudó y, a continuación, emitió un chasquido avergonzado—. Os ruego me perdonéis por esta pregunta estúpida; pero, cómo voy a regresar sin un solo penique en el bolsillo. Ya que el dinero me lo quitaron o robaron.

—En caso de que me preguntarais, me dijeron que os diera esto: dos ángeles de oro, que es una libra en total —tras devolverle la reverencia, el inglés depositó las monedas en la mano de Lope—. Sir William dice que Dios os acompañe y que tengáis una vuelta sana y salva a casa.

—¿Sir William? —Lope se rascó la cabeza—. No conozco a nadie con ese nombre y título más que a Lord Burghley, en paz descanse —se santiguó.

El oficial empezó a imitar el movimiento, pero se dio cuenta de lo que hacía y se detuvo. “Se ha olvidado de que ya no es católico”, pensó De Vega, con regocijo que no se atrevió a mostrar.

—Tanto si le conocéis como si no, Teniente, él sí os conoce. ¿Qué tiene más importancia?

—Que me conozca, sin duda. Y os agradezco profundamente que me hayáis hecho llegar su amable regalo. —“Por no quedároslo”, se refería. El oficial debió pensar que alguien lo comprobaría.

—De nada —el oficial señaló al norte, hacia los muelles de Southwark y, al otro lado del Támesis, Londres. —Quizás allí encontréis algún barco que os lleve a Francia o a Holanda.

Un hombre se dirigió hacia la arena de la lucha de osos: un hombre alto de la edad de Lope, con perilla arreglada y una frente alta, aún más alta a causa de las entradas.

—Puede que encuentre a un amigo —De Vega hizo señas con las manos y levantó la voz para gritar: —¡Will! ¿Creíais que me encontraríais ahí dentro? Llegáis tarde porque me acaban de dejar en libertad.

—Dios os de un buen día, maestro Lope —respondió Shakespeare—. Y si os acaban de dejar en libertad, quiere decir que ya os lo han dado. ¿Queréis venir a cenar conmigo?

—Querría, pero no puedo, ya que acabo de jurar que saldré cuanto antes de Inglaterra.

—¿A quién le importará que os vayáis con el estómago lleno? —le dijo Shakespeare—. Primero, a una taberna; y luego, al puerto.

Lope se dejó persuadir. Después de las raciones que había soportado como prisionero, no podía resistirse a la oferta de una comida abundante. Medio capón asado, regado con vino del Rin, lo convirtieron en un hombre nuevo aunque Shakespeare le tuviera que prestar un cuchillo con el que comer. Cortó la molleja del ave y se la metió en la boca. Cuando se hubo tragado el duro trozo, dijo:

—Habéis mostrado una gran amabilidad hacia mí, sobre todo teniendo en cuenta que os hubiera asesinado la última vez que nos vimos.

—Eso sucedió en otro país —le dijo Shakespeare; aunque no era del todo cierto, ya que Isabel y Alberto habían huido la noche anterior, pero bastante aproximado—. Y además, la bruja aún vive —añadió el poeta.

—Es una gran pena que aún viva —dijo Lope.

—Nadie discute que servisteis a España lo mejor que pudisteis —dijo Lope—. La señora Sellis hizo lo mismo por Inglaterra.

—*Puta* —murmuró Lope, pero dejó el tema.

—En el muelle Broken Wharf en Londres se encuentro atracado el *Oom Karl* —le explicó Shakespeare—. A bordo lleva una partida de lana, con destino a Ostende y diversas paradas en otros puertos flamencos. ¿Creéis que os servirá?

—Quizás, sí —suspiró De Vega. — Por el nombre, suponía que sería un tripudo barco holandés con un tripudo capitán holandés al mando. Preferiría no tenerme que fiar de esos, pero —otro suspiro— a veces uno hace lo que tiene que hacer y no lo que le gustaría.

—Ahí tenéis toda la razón, como bien lo sé yo —dijo Shakespeare.

—¿Sí? —dijo Lope—. ¿Así están las cosas? ¿Cuál es la obra que reconocéis haber escrito por obligación, la que ayudó a liberar vuestra Reina hereje, o la que hubiera elogiado a un rey católico?

—Ambas —respondió Shakespeare para su sorpresa—. No sabía cuál iba a representarse, ni cuál iba a ser considerada traición hasta el mismo día de la representación.

—¿En serio?

—En serio —contestó el poeta inglés, y Lope no pudo evitar creerle.

—Es increíble, no os lo negaré —dijo, y se puso en pie. Shakespeare también se puso en pie—. El *Oom Karl*, ¿no? —preguntó. Shakespeare asintió. Lope sólo lo había preguntado para asegurarse. Se acordaba del nombre del barco. Quizás le iría bien, Ostende se encontraba en la zona española de Flandes. Desde ahí, podría encontrar sin problemas un barco que le llevara a España y a casa.

¡A casa! Incluso la palabra parecía extraña. Había pasado casi una tercera parte de su vida, y casi toda su vida adulta, allí, en Inglaterra. ¿Cómo sería Madrid después de

diez años, y con un nuevo Rey? ¿Le recordaría alguien? ¿Habría dado a conocer sus obras al mundo aquél impresor que el Capitán Guzmán conocía? Eso podría facilitar su vuelta a la comunidad española de actores y poetas. Se atrevió a tener esperanza.

—Pues me voy a Broken Wharf —dijo

—Que la fortuna os acompañe —Shakespeare dejó un penique sobre la mesa entre ambos—. Tomad, para que algún barquero os lleve al otro lado del Támesis.

—Muchas gracias —Lope recogió la moneda—. Los ingleses sois generosos con vuestros adversarios, yo mismo incluido. Esta buena cena y un penique de vos, maestro Will, y además tengo una libra en oro que algún caballero inglés me ha dado para pagarme el regreso a España.

—¿De verdad la tenéis? —murmuró Shakespeare. Inclinó la cabeza ante De Vega y le sonrió agriamente—. Parece que nos queremos deshacer de vos.

—Parece que deberíais —Lope dio la vuelta a la mesa, se puso de puntillas y besó a Shakespeare en la mejilla—. Dios os proteja, amigo.

—Habláis como un noble caballero vivaz —dijo Shakespeare, y le devolvió el beso—. Si volvemos a encontrarnos, sonreiremos; si no, entonces, habrá sido una buena despedida.

—Cierto —Lope salió de la taberna sin volver a mirar atrás. Cuando llegó al río, hizo señas a un botero.

Contestando a las señas, el hombre remó hasta él. Se tocó el ala del sombrero.

—¿A dónde, señor?

—A Broken Wharf, lo más cerca que podáis del *Oom Karl* —contestó De Vega.

—A ver ese penique —le dijo el barquero. Lope le dio la moneda, vio que estaba acuñada con los rostros de Isabel y Alberto. Bueno, habían podido huir de Inglaterra antes que él. El barquero volvió a tocarse el ala del sombrero. Su sonrisa mostró la falta de algunos dientes—. A Broken Wharf pues, Excelencia, y en un periquete.

Puso la mano en la remada y el corazón en los insultos que gritaba a los otros barcos del río. Tenía que luchar contra la corriente; Broken Wharf se encontraba a cierta distancia río arriba del Puente de Londres, casi junto a la catedral de St. Paul.

A medida que la embarcación se acercaba, Lope señaló un enorme galeón de tres mástiles ahí amarrado.

—¿El *Oom Karl*? —preguntó.

—Sí, señor, el mismo —la voz del barquero se alzó hasta convertirse en un grito furioso: —¡Aparta, mocoso deformado! —De Vega, lejos de encontrarse entre los mejores nadadores, se preguntó si podría llegar al galeón tras lo que parecía que iba a ser una colisión segura. Aunque, de algún modo u otro, el barco de su remero y el otro no chocaron. Llegó a la conclusión de que, al fin y al cabo, era posible que Dios le amara. El barquero se lo tomó todo con calma. Remó hasta la base del muelle. —Hemos llegado, señor. Que la fortuna os acompañe.

—Muchas gracias —Lope salió con dificultad de la barca. Caminó por el muelle hacia el *Oom Karl*. Sobre la cubierta, se encontraba un hombre alto con una espesa

barba rubia y un aro de oro en una oreja que gritaba órdenes en holandés gutural a la tripulación y maldecía en un inglés fluido a los estibadores que cargaban cajas y bultos a la embarcación. —Buenos días tengáis —le gritó Lope, también en inglés —¿Os dirigís a Ostende? ¿Cuál es la tarifa?

La pipa de arcilla sujeta entre los dientes del hombre alto hizo un movimiento nervioso.

—*Sí, señor, nos dirigimos a Ostende* —contestó en español, con la misma fluidez y habilidad que su inglés y su holandés. Para poder detectar el acento de Lope en tan pocas palabras, debía tener tan buen oído como lengua astuta—. En cuanto al precio… dos ducados bastarán.

Dos ducados eran diez chelines, eso era uno de los preciados e irremplazables ángeles de oro de Lope.

—Tengo dinero inglés —dijo, y volviendo a su lengua materna—. Os daré cinco chelines.

—No —negó el hombre, con la voz firme y alta—. Un español que sale de Inglaterra no tiene nada que regatear. Pagaréis lo que os digo, y dad gracias a Dios y a la santa Virgen que no sea más. ¿Sí o no?

De Vega sabía que no tenía más opción. Si se quedaba allí, sería presa fácil, y cómo disfrutarían los ingleses metiéndose con él. Una vez llegara a Ostende, quizás sus compatriotas fueran más caritativos. Asintió y pronunció la palabra que debía:

—Sí.

—Entonces, subid a bordo y dadme el dinero —le dijo el hombre de barba rubia con la pipa en la boca—. Estamos cargados hasta arriba, o casi, lo que apenas importa. Levantaremos anclas y desplegaremos las velas cuando cambie la marea.

—*Alles goed, Kapitein Adams* —dijo un marinero mientras Lope le daba al patrón de apariencia pirata su moneda de oro.

Eso se parecía lo suficiente al inglés para que Lope pudiera entenderlo. Cosa que le sorprendió.

—¿Capitán Adams? —preguntó—. ¿Sois inglés? Pensaba que erais holandés.

—Will Adams a vuestro servicio —dijo Adams en inglés y le hizo una reverencia. —Totalmente a vuestro servicio, ahora que tengo vuestro ángel —tiró la moneda al aire, la cogió y la metió en la bolsa del cinto—. ¿Vais a bajaros u os quedaréis a bordo hasta que zarpemos?

—Si no os importa, preferiría quedarme —le respondió De Vega.

—Como queráis: ya os lo he dicho —después de eso, el Capitán Adams volvió a hablar en holandés. La tripulación le obedecía como si fuera uno de sus compatriotas. Al poco rato, los últimos estibadores bajaron a toda prisa del galeón. Los marineros estibaron la plancha. Las anclas se levantaron, los hombres tiraban de los cabrestantes a proa y popa. Entraron las cuerdas que amarraban al *Oom Karl* al muelle. Mientras el galeón empezó a navegar río abajo con la corriente, la velas se desplegaron en los mástiles.

El Puente de Londres se avecinaba. Hábilmente, Will Adams gobernó el barco entre dos muelles. Por pocos pies de distancia, los mástiles no rozaron contra los tablones del puente. Si el Támesis hubiera ido más crecido, no habrían podido pasar.

Tras el puente se encontraba la Torre de Londres. Lope la observó mientras el galeón navegaba por delante. Luego miró hacia el este, al Mar del Norte. Pronto Londres, pronto toda Inglaterra, quedaría detrás de él. A pesar de todo lo que había sucedido, estaba de camino a casa.

Los ojos de Kate se abrieron como platos.

—¿Una orden de divorcio? —susurró.

—Sí —Shakespeare asintió—. Se lo supliqué a la Reina, y me la concedió. —Cogió las manos de Kate entre las suyas—. Por tanto, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí quiero. Quiero con todo mi corazón, querido Will. Pero… —Dudó, luego asintió, como si hubiera decidido formular la pregunta—. ¿Pero qué hay de tu… tu mujer en Stratford? ¿Y de tus hijas?

—No les faltará de nada, nada en absoluto. La Reina les otorgará ciento cincuenta libras —Shakespeare no mencionó que eso era parte de lo que le había dado a él. Podía desear que no fuera así, pero sabía que no había de qué quejarse. Nunca en su vida, había soñado con obtener tanto de lo que quería.

Los ojos de Kate volvieron a abrirse como platos.

—¿Ciento cincuenta libras? ¡Jesús! Una suma espléndida, ciertamente. ¿Pero qué hay de justo en que ellas obtengan más que vos cuando habéis hecho tanto por Elizabeth y ellas nada?

—No temáis, mi amor, ya que la justicia se ha hecho: no tienen más que yo —le aseguró Shakespeare, y sus ojos volvieron abrirse de par en par. Asintió. —Es cierto, Kate, de verdad.

—Ya estaba más que contenta de casarme con vos, creyendo que no erais más rico que cualquier otro que viniera aquí a cenar —dijo Kate—. Al no ser así… Al no ser así, pues también estoy contenta.

—Yo también —dijo Shakespeare, y la besó. El beso duró una eternidad. Aún estaban pegados el uno al otro cuando la puerta se abrió y entró un cliente.

El hombre se quitó el sombrero y les hizo una reverencia, mientras ellos se apartaban sobresaltados.

—Ruego me disculpen. No pretendía molestaros.

—Sois bienvenido, señor —le dijo Kate mientras el hombre tomaba asiento—. ¿Qué queréis tomar?

—Algo de lo que le dabais a vuestro alto caballero me iría bien —contestó—, pero supongo que se lo ha quedado todo él. Visto que eso no podrá ser, ¿qué hay en la cena de tres peniques?

—Estofado de cordero.

—¿En serio? Bueno, un poco de cordero siempre es bienvenido. —El hombre guiñó el ojo a Shakespeare. Kate se sobresaltó indignada. Shakespeare, furioso, dio un paso hacia delante. El cliente alzó una mano—. No, señor; no, señora. No pretendía ofender. No era más que una broma. Por mi parte, soy uno de esos que adoran un poco de cordero crudo, y ya estoy más que provisto con tres mozas plenas de vitalidad. No quiero pelearme por un estúpido malentendido.

Shakespeare tampoco quería pelearse, pero tampoco quería parecer un cobarde ante Kate. Le lanzó una mirada interrogadora. Sólo cuando ella asintió, le hizo al otro hombre una pequeña y rígida reverencia.

—Dejémoslo, entonces.

—Muchas gracias, señor, muchas gracias. ¿Me permitís que os invite a una jarra de cerveza como agradecimiento por vuestra amabilidad? Y, por supuesto, también a vuestra dama. —El extraño volvió a levantarse el sombrero—. Cedric Hayes, a vuestro servicio. Me alegro, señor, de que os hayáis dado cuenta de que donde un hombre podría luchar por necesidad, no significa que necesite forzosamente hacerlo —. Hayes sacó un cuchillo de su cinto. Con un movimiento tan rápido que Shakespeare apenas pudo ver, lanzó la hoja. Se clavó, temblando, en el tablero del marco de una ventana. Poco después, otro cuchillo golpeó justo debajo del primero.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Shakespeare—. Cualquier hombre que luchara con vos no tardaría en arrepentirse, quizás para siempre.

—Sí, pero eso no lo sabíais cuando optasteis por la gentileza. —Hayes se levantó, fue a por los cuchillos para desclavarlos y volvió a enfundarlos—. Es un truco embaucador, lo sé, pero embaucador soy, así que tengo derecho a hacerlo.

—¿Podríais mostrar este arte sobre el escenario, maestro Hayes? —le preguntó Shakespeare.

—Encantado lo mostraría en cualquier lugar donde me pagaran por hacerlo —dijo el tirador de cuchillos—. ¿Quién sois, señor, y qué querríais que hiciera?

Shakespeare le facilitó el nombre. Orgullosa, Kate le corrigió.

—*Sir William Shakespeare*.

—Ah —Cedric Hayes hizo una reverencia—. A vuestro servicio, Sir William. He visto algunas de sus obras, y me han gustado mucho. Vuelvo a preguntaros, ¿qué querríais que hiciera?

—En algunas de las obras de la compañía, «Romeo y Julieta» y «El Príncipe de Dinamarca» son dos que ahora me vienen a la mente, vuestra destreza podría avivar lo que ya está escrito. Y si resultáis ser fiel, escribiré papeles más largos para vos en próximas obras.

—No soy como el escudero fiel que se escapó —dijo Hayes—. Cuando digo que estaré, es que estaré; y cuando digo que haré algo, lo haré.

—Excelente —contestó Shakespeare—. ¿Conocéis el Theatre, que se encuentra pasado Bishopsgate?

—Por supuesto, señor. En muchas ocasiones he estado entre los mosqueteros para

reírme de las estupideces de Will Kemp o para escuchar a Richard Burbage recitar con grandilocuencia un verso libre.

A Burbage no le hubiera hecho ninguna gracia oír mencionar antes el nombre de Kemp que el suyo. Shakespeare decidió que lo mejor era no mencionárselo.

—Id allí mañana a las diez en punto —dijo— yo estaré allí, y Burbage también. Veremos qué tal andáis y así podremos saber qué cartas escondéis en la manga.

—Muchas gracias, maestro Shakespeare, Sir William, debería decir —Hayes alzó su jarra—. Un encuentro afortunado.

—A vuestra salud —dijo Shakespeare, y también bebió.

Cuando Cedric Hayes acabó de cenar, se fue de la taberna. Shakespeare sacó papel y pluma y se puso a trabajar. ¡Qué alivio, poder escribir sin temer la horca o algo peor en caso de que la persona equivocada mirara por encima de su hombro en el momento equivocado!

Tampoco tenía que levantar la vista preocupado cada vez que alguien entraba en la taberna. Al poder concentrarse más en su trabajo, podía hacer más. Lo que también hizo que levantara la vista, sorprendido, cuando un hombre se plantó ante él.

—Oh —dijo, y dejó la pluma sobre la mesa mientras saludaba con la cabeza al recién llegado—. Buenas noches, Condestable.

—Buen Edén tengáis —le contestó solemnemente Walter Strawberry—. Que obtengáis el Paraíso.

—Muchas gracias —respondió Shakespeare—. ¿A qué habéis venido?

Antes de responder, Strawberry cogió un taburete de una mesa cercana y se sentó delante del poeta.

—¿A qué, señor? Bueno, pues a conversar con vos. Pero conversar es un trabajo sediento, y por eso —alzó la voz e hizo una señal a Kate— una copa de vino bien fresquita.

—En seguida, señor, en seguida —le contestó ella, y siguió con lo que estaba haciendo.

Cuando el vino no llegó al momento, el Condestable Strawberry le lanzó una mirada apenada.

—«En seguida», me dice y aún no ha venido. ¿Es que no soy nadie, para que no me reconozca?

Shakespeare se rascó la cabeza. ¿Lo tergiversaba Strawberry todo como siempre, o le había hecho la broma con alguna intención? Por su expresión, probablemente no.

Shakespeare le hizo a Kate una pequeña señal. Ella puso los ojos en blanco, pero le trajo al condestable lo que había pedido.

—Gracias —dijo de mala gana—. Te lo hubiera agradecido más si hubieras llegado antes.

—Ahí está la diferencia entre nuestros sexos —contestó Kate, con la voz melosa.

—¿Eh? ¿Qué has querido decir? —le preguntó Strawberry. Kate hizo como que no le oía. Shakespeare fijó la vista en la mesa para que el condestable no le viera el

rostro. Strawberry maldijo para sus adentros, luego habló en voz alta —doy gracias a Dios de no ser una mujer, y estar cargado de tantas ofensas tergiversadas.

—Cierto es, señor —dijo Shakespeare—. ¿A qué habéis venido? Ya os lo he preguntado antes, pero no me lo habéis dicho.

Strawberry frunció el ceño. Quizás no recordaba muy bien a qué había venido a la taberna; a Shakespeare no le hubiera sorprendido. Pero, luego, sus marcados rasgos se aclararon. —Pensé que preferiríais oír el informe de mis propios labios.

—Mejor oír el escopetazo de vuestros labios, señor, que oír el escopetazo de una pistola —dijo Shakespeare solemnemente—. ¿Pero de qué escopetazo habláis?

—Bueno, pues del que estoy a punto de contaros, por supuesto —contestó el condestable.

—¿De qué se trata? ¿Qué es lo esencial? ¿La yema? ¿La chicha?

—Ahora que ya se conoce debería contároslo —dijo Strawberry.

—Y en cuanto a la chicha, meáis fuera de tiesto —farfulló Kate.

—¿Qué ha querido decir? ¿Qué ha querido decir? Por los clavos de Jesucristo, os aseguro que no resultará nada bueno de ello.

—Haced el favor de explicaros, entonces —le instó Shakespeare.

—Y así lo haré, entrañas y astringentes —dijo el Condestable Strawberry—. Habéis negado conocer al criminal Ingram Frizer.

—Aún lo niego —contestó Shakespeare. Sí, los dos hombres que había asesinado Frizer murieron por orden de Sir Robert Cecil o de su padre. Sí, ahora Sir Robert era la mano derecha de Elizabeth. ¿Pero quién podía saber a cuántos otros había asesinado Frizer? ¿A cuántos había robado o atacado? Cualquiera que admitiera conocerle era estúpido o también un maldito criminal; por una vez, el Condestable Strawberry no se había equivocado al describir así a Frizer.

—Quizás os guste saber que le han cogido —le comunicó Strawberry, como si el poeta hubiera admitido conocer a Frizer en lugar de negarlo.

—Si es el gran asesino y criminal que decís que es, ¿qué hombre honesto no se alegraría? —le preguntó Shakespeare—. Que reciba su merecido.

—No, no habrá mazapán, ni membrillo, ni gelatina para ese desgraciado —contestó el contestable—. Se encuentra engrillado en la prisión de Clink, y miente, por santo Dios, al decir que no ha hecho nada malo. No me equivoco, no, hay muchas cosas por las que se le podría condenar a yacer para siempre.

—No lo sé. Si la verdad se descubre, la verdad es que tampoco me importa —dijo Shakespeare—. Y en cuando a cosas que me importan, solo hay una —sonrió a Kate. Ella salió de detrás de la barra y le puso las manos sobre los hombros.

—¿En serio? ¿Así están las cosas? —preguntó Walter Straberry. Tanto Shakespeare como Kate asintieron. Se puso en pie y puso la mano derecha sobre la de ella. Strawberry sonrió abiertamente—. Os deseo mucha felicidad, y que no conozcáis la desgracia, maestro Shakespeare.

Una vez más, Shakespeare se preguntó si había usado esas palabras sin más o con

doble sentido. Antes de que pudiera llegar a una conclusión, Kate le dijo:

—Dirigíos a él como es correcto, maestro Condestable, es Sir William.

—¿Vos, señor, un caballero? —dijo sorprendido Strawberry.

—Sí —admitió Shakespeare.

—Virgen santa, no lo sabía —el condestable pasaba la vista de Kate a Shakespeare y viceversa. —Y supongo que os casaréis. ¡Vaya! Os congrego, y os deseo toda la infelicidad doméstica.

Kate emitió un gruñido desde lo más profundo de su garganta. Shakespeare la detuvo. Mientras le acariciaba la mano dijo:

—Os lo agradezco con la misma acidez con la que nos habéis presentado vuestros amables deseos.

—¿Ácido? Ni lo más mínimo, Sir William, el vino que tengo delante es de lo más dulce —Strawberry se puso en pie—. Y ahora, que ya he venido, tengo que marcharme. Buena suerte, buena suerte. —Salió torpemente de la taberna.

El poeta le siguió con la mirada, una vez más, confuso. ¿Había dicho «Buena suerte, buena suerte» o «Buena suerte, buena muerte» o «Buena muerte, buena muerte»? Shakespeare decidió que no le importaba. Él también se levantó, besó a su prometida y se olvidó de Walter Strawberry.

Nota histórica

Conquistar Inglaterra en 1588, no habría sido nada fácil para la Armada española. La flota del Rey Felipe hubiera necesitado diversos golpes de suerte que no tuvo: quizás un viento más favorable en Calais, que hubiera evitado que los ingleses lanzaran sus brulotes incendiarios contra la Armada; y un desacuerdo entre los holandeses y los ingleses que hubiera permitido al Duque de Parma embarcarse en Dunkirk y unirse con su ejército a la flota del Duque de Medina Sidonia para invadir Inglaterra. La parte más dura hubiera sido conseguir el paso de los soldados españoles por el Canal. Si lo hubieran logrado, la infantería española, la mejor del mundo en aquella época y a las órdenes de un buen capitán, seguramente habría podido derrotar las fuerzas armadas de Elizabeth.

Si los españoles hubieran ganado, Felipe tenía la intención de otorgar el trono de Inglaterra a su hija Isabel; debido a su descendencia de la casa Lancaster, ella tenía derecho a éste. También trató de casarla con uno de sus primos austriacos; Alberto es con el que contrae matrimonio en la historia real. Entre los objetivos que se encontraban al llegar allí la Armada, Felipe deseaba acabar con todos los consejeros de Elizabeth; pero quería perdonarle la vida a Lord Burghley. Por lo que me pareció legítimo mantenerle con vida para los propósitos de esta novela.

Nicholas Skeres e Ingram Frizer son dos de los hombres que, en la realidad, asesinaron a Christopher Marlowe en lo que podría haber sido, o no, un asesinato intencionado o en una reyerta sobre un pago en la taberna de Eleanor Bull en Deptford, el 30 de mayo de 1593. Frizer fue el que asestó la herida mortal. Skeres, según los archivos, era más propicio a las estafas en los juegos que a la violencia acérrima. Las fechas mencionadas pertenecen al estilo antiguo (Old Style); la diferencia entre el calendario juliano de Inglaterra y el gregoriano (que, en la historia real, no fue adoptado por el mundo angloparlante hasta el 1752) tiene un papel importante en la narración.

Edward Kelley, falsificador y alquimista, era un socio de John Dee; y también, como Skeres, Frizer y el propio Marlowe, pertenecía a los confines del mundo tenebroso del espionaje de la corte de Elizabeth. Como también es el caso de Anthony Bacon, el hermano mayor de Francis, que estuvo involucrado en un escándalo relacionado con lo que los seguidores de Elizabeth llamaban sodomía en Francia antes de los tiempos de la Armada. El propio Francis tenía gustos similares, aunque en la vida real no salieron a la luz hasta bien entrado el siglo diecisiete.

Lope de Vega mantiene una posición en la literatura española no lejos de la que tiene Shakespeare en la inglesa. Ciertamente, navegó con la Armada, y fue uno de los pocos afortunados que pudo regresar a salvo a España. Tuvo una relación muy activa con las mujeres a lo largo de toda su vida.

Muy poco de lo que se supone que es *Boudicca* y *El Rey Felipe* es obra mía; no soy una bestia del verso libre de la época de Elizabeth, como llamaba George Bernard Shaw a Marlowe.

La mayor parte de los fragmentos de *Boudicca* pertenecen al *Bonduca* de John Fletcher (Una variante del nombre de la Reina de los icenos, a la que se la conoce extensamente, aunque incorrectamente, como Boadicea). Fletcher era el contemporáneo más joven de Shakespeare, y, probablemente, aunque no con certeza, su colaborador en *Enrique VIII*, *The Two Noble Kinsmen* (Los dos parientes nobles) y la obra perdida *Cardenio*. Prolífico dramaturgo, Fletcher colaboró más frecuentemente con Francis Beaumont. Mi *Boudicca*, no sigue el argumento de su *Bonduca*; él tenía sus propósitos, muy distintos a los míos. He extraído los versos sin orden y fuera de contexto, y las he adaptado cuando he creído necesario. En su caso, no ofrece el nombre de la hija de Boudicca/Bonduca; yo he facilitado uno. Él llamó Judas al romano que yo llamo Marcus (no creo que Shakespeare hubiera sido tan poco sutil de usar ese nombre). Otros fragmentos de la obra ficticia proceden del *Enrique VIII* y el *Rey Juan* de Shakespeare, del *Tamburlaine* de Marlowe (tanto de la primera como de la segunda parte), y de la obra de William Averell, *An Exhortacion to als English Subjects*, ésta última confieso haberla adaptado al verso libre.

Una muestra de la importancia del teatro en la época de Elizabeth y de su posible uso en las rebeliones contra el estado es la representación del *Ricardo III* de Shakespeare antes de la rebelión del Conde de Essex (Sir Robert Devereux); Essex quería usar la obra como una forma de demostrar a la gente de Londres que un soberano podía derrocarse. Fracasó, pero el hecho de que lo intentara es significativo.

Lo que se supone que es *El Rey Felipe* se compone de fragmentos y partes extraídos de *Tito Andrónico* (es suerte que «España» y «Parma» puedan reemplazar a «Roma» y «Tito»), *El mercader de Venecia*, *Enrique VIII* y la obra de Thomas Hughes, *The Misfortunes of Arthur*.

El lector atento se habrá percatado de que, a lo largo de las páginas de *Britania Conquistada*, se encuentran dispersos fragmentos de las obras de Shakespeare. Unos de los placeres que degusté al llevar a cabo la investigación para esta novela fue la lectura de toda las obras de Shakespeare que han sobrevivido, y la introducción de frases y versos siempre que fuera posible.

Verdaderamente, existió una mujer llamada Cicely Sellis que dominaba la brujería, pero no era como el personaje de este libro, y no vivía en Londres. El Capitán Will Adams también es un personaje histórico, así como Diego Flores de Valdes, comandante de uno de los barcos de la Armada. No lo son ni el capitán Baltasar Guzmán, ni el Condestable Strawberry, aunque los orígenes de este último deberían ser obvios.

Un acercamiento a Harry Turtledove

Los géneros de la Ciencia Ficción y la Fantasía siempre han estado estrechamente asociados y no es infrecuente para un escritor que trabaja en uno de ellos, cruzar ocasionalmente la frontera del otro. La mayoría de estos excursionistas están aislados y, sin embargo, un puñado de escritores como Frizt Leiber, Michael Moorcock o Ursula K. LeGuin han logrado construir una sólida reputación en ambos campos. Uno de los autores más recientes en conseguir esta envidiable proeza es el norteamericano Harry Turtledove, quién se ha convertido rápidamente en un novelista digno de confianza y muy productivo.

Harry Turtledove no era un escritor especialmente prolífico hasta la mitad de los años 80. Empezó su carrera con dos novelas de Espada y Brujería en 1979, *Wereblood*, y su secuela *Werenight*, publicadas originalmente bajo el pseudónimo de Eric Iverson, y más tarde reeditadas en un solo volumen bajo el de Turtledove. Juntas conforman una estimulante, pero rutinaria aventura, con un héroe buscando un poderoso hechicero capaz de ayudar en la defensa de un pueblo asediado por una amenaza sobrenatural. Durante los años 80 sus cuentos aparecieron regularmente, y ya empezaban a mostrar la variedad de intereses que caracterizaría su obra en los años posteriores. Algunos de ellos eran historias fantásticas, pero la mayoría pertenecían a la ciencia-ficción, algunas veces situadas en versiones alternativas de nuestro mundo, dónde la historia toma un derrotero diferente. Varias de estas historias fueron recogidas en *Agent of Byzantium* (1987): aventuras de espías en un mundo dónde el Imperio Bizantino no cayó y en lugar de eso se convirtió en la mayor potencia mundial.

Otras dos de sus primeras novelas también estaban escritas como historia alternativa. Una primitiva variedad de humanos sobrevive en Norteamérica y son descubiertos por Cristóbal Colón en *A different flesh* (1988). *A world of difference* tiene lugar en una versión alternativa de Marte, que es habitable y está poblado. Otras novelas de este período son *Noninterference* (1988) y *Earthgrip* (1991), ambas relativamente rutinarias *space operas*. La mayoría de los relatos de Turtledove desde los 80 fue recopilada en *Kaleidoscope* (1990) y *Departures* (1993). Particularmente interesante es «The pugnacious Peacemaker» (1990), una novela corta secuela de «The Wheels of If» de L. Sprague de Camp, que también es un relato de historia alternativa. Las primeras novelas de importancia de Turtledove empiezan con *The misplaced Legion* y *An Emperor for the Legion*, ambas publicadas en 1987; son los primeros volúmenes de la serie de Videssos, en la cual una legión romana atraviesa la barrera hacia un mundo alternativo dónde existe la magia. Intervienen al lado de uno de los bandos de un conflicto civil, y aseguran el trono para el gobernante legítimo después de varias aventuras que muestran profusamente el conocimiento del autor de la historia antigua. Los dos siguientes volúmenes continúan las aventuras. En *The Legion of Videssos* (1987), los romanos se encuentran injustamente acusados de

traición, y deben probar su fidelidad en *Swords of the Legion* (1987). Las novelas de Videssos llegaron a tener mucha popularidad y Turtledove continuó la saga durante varios años, pero las tramas empezaron a ser repetitivas, con otra batalla por el trono en *Krispos Rising* y *Krispos of Videssos* (ambas de 1991), y una ronda fresca de guerras civiles en *Krispos the Emperor* (1994). Los posteriores volúmenes como *The stolen throne* (1995), *Hammer and anvil* (1996), *The thousand cities* (1997) y *Videssos besieged* (1998), son aventuras mucho más brillantes, pero rara vez rompen el patrón de los primeros libros.

Tras la reimpresión de las novelas de Eric Iverson, Turtledove añadió tres aventuras más a la saga, empezando con *Prince of the North* (1994), en la que el héroe envejecido es obligado a salir de su retiro para combatir una nueva amenaza a su pueblo. *King of the North* (1996) y *Fox and Empire* (1998) son historias posteriores en el mismo mundo. Otra de sus novelas de fantasía de los primeros años 90 y que asombrosamente no forma parte de una serie, es *The case of the Toxic Spell Dump* (1993), una de sus mejores novelas; el divertido cuento de una América alternativa dónde los hechizos tóxicos deben ser manipulados por una sobrenatural Agencia de Protección del Medio Ambiente. Le siguieron otras fantasías independientes, incluyendo *Thessalonica* (1997), una novela histórica ubicada en los últimos días del Imperio Romano, y *Between the rivers* (1998), ubicada en una prehistoria en la que la Humanidad es dividida en dos culturas que siguen a dos dioses diferentes, uno de los cuales enferma y permite a sus seguidores pensar por sí mismos. Turtledove también ha contribuido a la saga de Conan el Bárbaro, creada por Robert E. Howard, con *Conan of Venarium* (2004).

Las dos series de fantasía restantes de Turtledove adaptan muchos de los dispositivos de la ciencia ficción militar en mundos dónde la magia es común. Las novelas de la Oscuridad, consistentes en *Into the Darkness* (1999), *Darkness Descending* (2000), *Through the Darkness* (2001), *Rulers of the Darkness* (2002), *Jaws of Darkness* (2003), y *Out of the Darkness* (2004), tienen muchas similitudes con la Segunda Guerra Mundial; los dragones actúan como aviones, y los hechiceros invocan conjuros equivalentes a la artillería y otro armamento tecnológico, para dos grandes alianzas enzarzadas en una devastadora guerra que atrae a la batalla a la mayoría de las naciones neutrales. Las novelas presentan una amplia galería de personajes y elaboradas descripciones de batallas individuales. Los detalles de la ambientación de la historia son fascinantes, pero la naturaleza episódica de las historias y los frecuentes cambios de punto de vista pueden llevar a confusiones ocasionales. Su segunda serie de fantasía militar, que incluye *Sentry Peak* (2000), *Marching Through Peachtree* (2001), y *Advance and Retreat* (2002), está basada en la Guerra Civil Norteamericana trastocando los roles de las razas.

Hay caracterizaciones más definidas y tramas más centradas en esta serie, y las divertidas analogías satirizan la historia sin interrumpir su curso. Después de 1990, casi toda la ciencia-ficción de Turtledove tiene lugar en historias alternativas. Su

interés por la Guerra Civil Norteamericana se refleja en una de sus más tempranas y mejores ucronías sobre el tema, *The guns of the South* (1992), en la que viajeros del tiempo proporcionan armamento avanzado a los Confederados, de modo que son capaces de separarse con éxito de los Estados Unidos. No obstante, su primera y más larga serie sobre historia alternativa es Worldwar, inicialmente compuesta por *In the Balance* (1994), *Tilting the Balance* (1995), *Upsetting the Balance* (1996), and *Striking the Balance* (1996). La premisa se basa en que durante el curso de la II Guerra Mundial, una raza alienígena invade la Tierra estableciendo acuartelamientos militares en diversas partes del mundo; su presencia obliga a comunistas, fascistas y aliados a unirse en contra del enemigo común. La trilogía de la Colonización es, en su mayor parte, una recapitulación de la serie Worldwar. La Tierra unida contra invasores alienígenas en *Second Contact* (1999), *Down to Earth* (2000), y *Aftershocks* (2001), finalmente prevaleciendo contra ellos. Turtledove retornó años después a la II Guerra Mundial con *In the presence of Mine Enemies* (2003), que tiene lugar en un mundo en el que los nazis conquistaron con éxito Europa, pero no América; y con *Days of infamy* (2004), que relata la historia de la invasión y ocupación japonesa de Hawaii durante 1941.

El interés de Turtledove en la Guerra Civil estadounidense se impone en el resto de su ciencia-ficción. *How few remain* (1997) tiene lugar en otra realidad dónde la Confederación ha prevalecido y se convierte en una nación independiente. Usando la fuerza, el gobierno Confederado intenta anexionarse parte de México, lo que eventualmente provoca una reanudación de las hostilidades. Esta continua enemistad es el preludio a una serie sobre la Gran Guerra en la que la Confederación independiente cambia las alianzas que se produjeron realmente en la I Guerra Mundial. En *American Front* (1998) relata la cadena de acontecimientos por los que lo que queda de los Estados Unidos originales acaba aliándose con Alemania, en lugar de Inglaterra o Francia. *Walk in Hell* (1999) y *Breakthroughts* (2000) continúan la historia, con agentes comunistas buscando simpatías en la zonas cada vez más industrializadas de los Estados Unidos. Esta polarización, eventualmente, desemboca en otra guerra con la Confederación, la cual tiene numerosos problemas internos. Turtledove agregó a la saga otras secuelas, *Blood and Iron* (2001), *The Center Cannot Hold* (2002), y *The Victorious Opposition* (2003): la Confederación quedó en el bando perdedor de la Gran Guerra y su ya frágil economía sufre una profunda depresión. Al mismo tiempo, los Estados Unidos han sido cada vez más subvertidos por los comunistas, y se convierten en un estado socialista. Cuándo la Confederación abandona sus propios principios democráticos y se convierte en una dictadura, el escenario está listo para la guerra final entre ambos estados. Otra serie de novelas que abarcan una versión alternativa de la Segunda Guerra Mundial ha comenzado recientemente con *Return engagement* (2004).

Más recientemente, Turtledove ha comenzado a explorar otros períodos de la historia. Ha comenzado una nueva serie con *Gunpowder Empire* (2003) y su secuela

Curious notions (2004), emplazada en un mundo dónde el Imperio Romano nunca cayó. Las demás novelas de ciencia ficción de Turtledove parecen ser independientes, aunque siempre cabe la posibilidad de que el autor escriba secuelas en un futuro. A estas pertenece *Britania conquistada* (2002), que Turtledove tardó más de seis años en documentar y escribir, y se convierte sin duda en una de sus mejores novelas. La ambientación de una Inglaterra sometida a los españoles tras la victoria de la Armada Española está realmente conseguida, y ver al poeta William Shakespeare como protagonista, poniendo su particular talento al servicio de los rebeldes ingleses que pretenden liberarse del yugo extranjero, es sencillamente delicioso. Esta novela le valió el premio de novela Sidewise 2003 de Historia Alternativa.

Turtledove ha colaborado con Judith Tarr en *Household Gods* (1999), en la que una mujer viaja a través del tiempo a la antigua Roma, y descubre que no era exactamente como la esperaba. Otra colaboración, *The two Georges* (1996), escrita junto al actor Richard Dreyfuss, es una excelente y brillantemente ejecutada ucronía en la que las colonias de Norteamérica nunca se independizaron de Inglaterra. Sus cuentos más recientes han sido recopilados en *Counting up, Counting down* (2002), aunque raramente alcanza en sus historias cortas la misma efectividad que en sus novelas. «En las Tierras del Fondo» (1994) es una de las pocas excepciones, una novela corta que ganó el Hugo ese año. Turtledove, que también escribe novelas históricas «convencionales» como H.N. Turteltaub, alcanza su mayor capacidad cuándo usa su minuciosa recreación de ambientes en la historia para crear un mundo inventado, pero completamente realista. Aunque la trama de sus novelas en ocasiones parece dispersa y más interesada en la especulación que en la narración, casi todas ellas son gratificantes y entretenidas. Si algo se le puede achacar es que es simplemente un buen narrador; pero lo compensa con creces al proporcionar un inusual acercamiento a lector en sus historias y mostrarnos como los grandes acontecimientos siempre nos afectan individualmente.

Don D’ammassa.

HARRY TURTLEDOVE (Los Ángeles, Estados Unidos, 1949). Historiador y escritor norteamericano, Harry Turtledove ha publicado gran cantidad de novelas en las que trata, sobre todo, la posibilidad de historias alternativas, o Ucronías.

Ganador de premios como el Sideways o el Hugo en su categoría de novela corta por En las tierras del fondo y Britania Conquistada.

Notas

[1] En español en el original, al igual que todas las palabras en castellano que aparezcan en cursiva. <<